



VIOLETAS
PARA
VIOLETA

PAULA LÁZARO TOMÁS

Violetas para Violeta

Paula Lázaro Tomás

© Paula Lázaro Tomás

“A mis conejillos de indias, que me ayudaron con mi
leísmo salido de no sé dónde,
y a mi hermano Adrián por esa espectacular
portada”

Capítulo 1. Un gilipollas se saltó el semáforo

Un gilipollas se saltó el semáforo en rojo, no lo vio o lo vio y le dio igual. El gilipollas en cuestión intentó frenar al verme aparecer por la perpendicular, eso lo sé porque llegué a oír el frenazo, pero no frenó a tiempo, es lo que tiene saltarse un jodido semáforo en rojo...

Me envistió y salí volando por los aires. Caí al suelo a unos metros, mientras mi moto iba a parar contra un coche aparcado. Alguien en la calle gritó, la gente corrió hacia mí. Una señora llamó al 112 y la ambulancia llegó pocos minutos después, también dos policías locales que se fueron directos a por el gilipollas del coche.

Cuando llegaron los de la ambulancia yo aún respiraba y mi corazón latía, pero a lo que me subían a la camilla entré en parada. Durante cuatro minutos mi corazón dejó de latir y dejé de respirar. No vi mi vida pasar ante mis ojos, ni luces al final del túnel, ni tuve ningún tipo de experiencia mística o paranormal... Pero sí que estuve muerto, o algo parecido a muerto, durante cuatro minutos. Cuatro jodidos minutos y todo cambió... joder, que si cambió.

Me llevaron a urgencias del Clínico. Tenía tres costillas rotas que me habían perforado el pulmón derecho, y además me había reventado la clavícula. Como me había golpeado la cabeza al caer al suelo, me hicieron pruebas para ver si había traumatismo craneal, pero por suerte el casco había hecho su trabajo. El tiempo de parada era la principal preocupación, cuatro minutos son demasiados minutos para que un cerebro se quede sin oxígeno, pero de nuevo por suerte no hubo lesiones neurológicas, no de las lógicas y habituales al menos...

Pasé dos semanas en la UCI hasta que por fin me subieron a planta. Durante el tiempo que estuve en el hospital, al menos desde que volví en mí y pude procesar algo de lo que ocurría a mi alrededor, me encontré con el panorama habitual: familiares y amigos yendo y viniendo, preocupados al inicio, y cansados pero animados después, al ver que mejoraba con el paso de los días. Entre todos ellos destacando mi madre, más angustiada y agotada que todos los demás por razones obvias, que es mi madre, vaya.

Cuando estuve algo más recuperado, y vieron que por fin entendía algo de lo que me contaban, me pusieron al día del accidente. Me dijeron que el pronóstico era bueno y que me recuperaría con unos meses de rehabilitación.

—¿Cómo está la moto? —fue casi lo primero que pregunté.

A mi madre no le pareció que esa fuera la mejor pregunta que hacer.

—¿Casi te matas por ese estúpido cacharro y te preocupa cómo está? ¡Pues mejor que tú, está! —me contestó.

—¿Está bien entonces? —insistí, porque, la verdad, decir que estaba mejor que yo no era necesariamente decir que estaba bien.

—Tengo un hijo tonto —sentenció mi madre.

Mi hermana asintió, de acuerdo con la valoración de mi madre, pero me hizo un gesto tranquilizador que interpreté como que la moto sobreviviría.

Mientras estuve en planta vinieron a verme los amigos, por tandas para no avasallar, y fue entonces que de repente una tarde cuando mi padre vino a verme después de trabajar, apareció con él Lorena, mi ex. Verla a ella me dejó más atontado que los sedantes. No fui capaz de entender qué estaba haciendo ella allí.

—Mirad a quién me he encontrado en el vestíbulo —dijo mi padre, haciéndola pasar.

—Lorena, cielo, me alegro de que hayas podido venir por fin —mi madre le dio un abrazo.

—Siento no haber venido antes, he estado muy liada con el trabajo...

—No pasa nada, cielo —aseguró mi madre, se volvió hacia mí — Lorena no ha parado de llamar y escribir para ver cómo estabas.

Yo miré a mi madre y luego a Lorena, sin entender lo que estaba pasando. Me pregunté si los médicos no se habrían equivocado al decirme que no había daño cerebral, porque estaba bastante seguro de haberles contado a mis padres que había roto con Lorena. Por la evidente incomodidad de mi madre, y la cara de “yo no he tenido nada que ver en esto” de mi padre, me di cuenta de que no había daño cerebral, sólo una madre entrometida y una ex imbécil.

—Ya sé que estabais pasando por un bache cuando tuviste el accidente... pero casi te mueres con esa dichosa moto y Lorena ha estado muy preocupada por ti, Carlos.

“Estar pasando por un bache” era el eufemismo del año. Lorena me había dejado unos días antes del accidente. Después de tres años juntos, así, de buenas a primeras, había cogido y me había dicho que quería dejarlo. Me dijo que lo sentía mucho pero que ya no podía seguir así, que estaba agobiada, que no veía futuro en lo nuestro... Las típicas gilipolleces que no significan nada.

A mí la ruptura me pilló totalmente por sorpresa. Vale que no habíamos estado en nuestro mejor momento las semanas anteriores, sobre todo porque

ella estaba todo el día trabajando y apenas nos veíamos, pero no era tan grave. A falta de una explicación mejor, deduje que había otro. Cuando le pregunté se puso como loca, toda ofendida. Me dijo que otra persona no era el único motivo para dejarlo con alguien, que no era ese el problema, sino nuestra relación. Que nuestra relación no funcionaba.

Gilipolleces. Vale, digamos que en teoría todo eso puede hasta llegar a ser cierto en algún caso extraño y particular, pero la mayoría de las veces todas esas excusas no son más que gilipolleces. Son mentiras que la gente cuenta para no quedar mal, y la verdad suele ser mucho más sencilla: te dejo porque quiero tirarme a otro; o bien, te dejo porque ya me lo estoy tirando.

Así que al día siguiente de que Lorena me dejara, me planté frente a su oficina a la hora a la que salía del curro, con la intención de espiarla y descubrir si efectivamente me había mentado. Un poco acosador por mi parte, lo sé, puede que un poco patético también... no estaba en mi mejor momento. Lorena trabajaba en un despacho de lo penal en el centro, la explotaban con un contrato de broma, obligándole a echar más horas que un tonto por un salario que ni los del Burger King. La vi salir del despacho y dirigirse tan alegremente a un bar cercano con otra chica. No sé si me sentí más cabreado o más triste al verla de tan buen humor, posiblemente más cabreado. Ahí estaba ella tan feliz y contenta, como si nada, oye. Como si su vida fuera ahora jodidamente perfecta, después de tres años. Tres putos años, que se dice pronto.

Me gustaría poder decir que puse freno a mi vena acosadora, que acepté la ruptura de forma madura y responsable, y pasé a olvidar a mi ex... pero va a ser que no. En mi defensa, cuando dejas a alguien, más después de tanto tiempo, lo menos es echarle huevos y decir la verdad, por muy mal que la verdad te haga quedar. Al día siguiente, o puede que un par de días más tarde, no estoy seguro de cuántos días fueron, pero no muchos, sólo un par... El caso es que lo de espiarla dio sus frutos. Vale, sí, acosarla... En mi defensa, creo que no lo hice tanto por celos y porque me cabreara que hubiera otro, como por demostrar que yo tenía razón y que efectivamente sí había otro... Tampoco sé qué es peor, la verdad... El caso es que la vi salir del despacho con la chica del primer día, y también con uno de los abogados del despacho: un pijo repeinado, traje de marca y expresión de "me como el mundo". Fue ver al gilipollas engominado y saberlo. Lorena se despidió de él con dos besos, al inclinarse hacia él le cogió del brazo y casi al instante vi como él le cascaba toda la manaza en el trasero. Al apartarse se miraron con una

sonrisilla estúpida, pero disimulando, probablemente por la otra chica que en ese momento rebuscaba en su bolso con gesto despistado.

Y ahí lo tenía, Lorena se estaba tirando a otro, en concreto a ese pijo repeinado gilipollas. Me planteé ir hasta ellos y gritarle un par de cosas a la cara a Lorena, y ya de paso darle un puñetazo al pijo gilipollas ese que le tocaba el culo. Por sus brazos de pesas en el gimnasio pensé que igual el puñetazo me lo llevaba yo, aunque igual no, si le cogía por sorpresa... Tendría que darle el puñetazo al pijo primero, y gritarle cosas a Lorena después. Dudé sobre qué hacer, preguntándome si sería capaz de realmente ir allí y pegarle. Pero no, ese no era yo. Por muy cabreado que estuviera, por muy dolido, no iba a sentirme mejor montando una escena. Daba igual si conseguía darle un puñetazo a ese gilipollas, no iba a cambiar las cosas, y desde luego no iba a sentirme mejor si el puñetazo me lo llevaba yo.

Opté por una opción más pasivo—agresiva, más en mi línea, y más segura también, que no hay motivos para arriesgarse a llevarse una hostia así gratuitamente... Saqué el iPhone y busqué a Lorena en el whatsapp.

—“Sé que te estás tirando a ese abogado con el que trabajas. ERES UNA MENTIROSA Y UNA ZORRA” —directo y conciso, y en mayúsculas, en plan no te lo digo, sino que te lo grito.

Me largué de allí segundos después de verla mirar el móvil y poner cara de horror. Me fui a buscar la moto que había aparcado a la entrada de la calle y me largué de allí sin volver la vista atrás.

Al llegar a casa tenía una retahíla de whatsapps acumulados. En un acto de disciplina y fuerza de voluntad más que elogiabile, ignoré todo lo que me había escrito. Para compensar tanta madurez, convencí a mi amigo Raúl para ir a echar un par de cervezas, que acabaron siendo más que un par, y más gintonics que cervezas. A las siete de la mañana, borracho como un piojo, volvía a casa arrastrándome.

Previendo una buena resaca al día siguiente, me tomé un omeoprazol y un ibuprofeno, y atacé el fuet y el queso de la nevera como si no hubiera comido en todo el día. Después me tiré en la cama como un peso muerto. Había sido una buena noche, pero seguía cabreado y triste. Sonó un whatsapp, lo miré pensando que sería Lorena de nuevo, era Raúl.

—“Que le den por culo a esa zorra” —esa frase se había convertido en nuestro lema de aquella noche, la habíamos repetido tantas veces que al leerla me parecieron palabras sin sentido.

No me resistí más, abrí la conversación con Lorena para leer lo que me

había escrito. Y como las gilipolleces con las que pretendía excusarse por haberme puesto los cuernos no parecían bastante, seguí leyendo conversaciones antiguas, de antes de que me dejara. Y como aquello tampoco parecía autoflagelación suficiente, me puse a mirar fotos con ella que tenía guardadas en el iPhone: fotos del finde que habíamos pasado en Andorra un par de semanas antes, habíamos ido a Caldea con una oferta de Groupon; fotos de la boda de su prima, estaba jodidamente guapa con ese traje verde y ese recogido alto; más atrás tenía fotos del verano en Salou, donde sus padres tenían un apartamento... A la altura de Andorra ya empecé a llorar como un niño, y a lo que acababa las fotos de la playa me quedé dormido.

Así que no, “estar pasando por un bache” no era la forma más adecuada de describir lo mío con Lorena. Por otra parte, tampoco era justo echarle a mi madre toda la culpa por infravalorar nuestros problemas de pareja, básicamente porque no se lo había contado todo. No le había contado nada del abogado repeinado, y es posible que hubiera preferido dar la impresión de que la decisión de romper había sido conjunta, y no unilateral por parte de Lorena.

Tuve que aguantarla hablando con mis padres como si nada, poniéndoles al día de su vida que parecía tan perfecta ahora que yo ya no estaba en ella. Me dirigía miradas huidizas, pero no me sostenía la mirada. Tampoco me hablaba de forma directa, sabía que si lo hacía le contestaría con alguna bordería. De no estar mis padres presentes la habría mandado a la mierda y obligado a largarse, pero como estaban allí me tocaba aguantarme.

Cuando por fin Lorena se fue, me dio por pensar que la preocupación que sentía por mí, más que preocupación parecía culpa. Tenía lógica, dejás a tu novio tras ponerle los cuernos, y a la semana coge y casi se mata en un accidente. La culpa tenía que estar corroyéndola. La verdad es que eso me hizo sentir un poco mejor.

Cuando pasaron los días y pude levantarme por mi propio pie, pero aún no me dejaban irme a casa, me dediqué a pasear por el hospital. No aguantaba más atrapado en aquella habitación, tumbado en esa cama. La tele por las mañanas es una basura, y creo que ya me había visto todos los vídeos de gatos de Internet, que parecerán eternos, pero no, al final se repiten si ves suficientes. Y no hay mucho más que hacer en una habitación de hospital. Hay un número limitado de veces que puedes releer las tarjetas de amigos y familiares deseándote una pronta recuperación, y un número limitado de veces que puedes abrir las cajas de bombones que te han regalado para

comprobar que ya sólo quedan los de chocolate negro con licor... No sé para qué ponen esos bombones si no le gustan a nadie. Los de coco aún, siempre hay algún raro a quien le gustan los de coco, ¿pero los de licor? Así que siempre que podía aprovechaba para salir de la habitación y darme una vuelta.

Fue en uno de esos viajes míos por el hospital que ocurrió por primera vez. Vi ajeteo en una habitación y me asomé a ver qué pasaba, por curiosidad. En la habitación intentaban reanimar a un hombre, su cuerpo convulsionaba con las descargas de las placas. Me llevé la mano al pecho sin darme ni cuenta, hacía un par de semanas yo había estado como estaba ese tío en ese momento.

Y entonces distinguí algo raro al mirar a aquel extraño. Su cuerpo había adoptado un color extraño, como transparente, aunque más que un color era como una sensación, como si aquel tipo comenzara a apagarse y estuviera desvaneciéndose mientras se moría en aquella cama. Y entonces esa extraña transparencia desapareció, porque se murió. Aquella extraña sensación de que ese hombre se desvanecía se fue tal y como había llegado. El tipo volvió a tener un color normal, bueno, normal de muerto. Me quedé un momento mirándolo, hasta que una enfermera me vio y me echó.

Volví a mi habitación que ya no me parecía un lugar tan agobiante. Pensé en lo fácil que habría sido morir yo también el día del accidente, si no hubieran conseguido reanimarme como no habían podido reanimar a aquel tipo. Y pensé en ese halo transparente en su cuerpo, me pregunté si acaso sólo me lo había imaginado. Todavía me tenían a sedantes hasta arriba, y estaba siempre cansado... y además la gente no se vuelve extrañamente transparente a las puertas de la muerte.

Al día siguiente seguía dándole vueltas, así que decidí comprobar si se me estaba yendo la cabeza o no. Decidí darme otra vuelta por el hospital, en concreto por las plantas donde más probable era encontrar gente que se fuera a morir. Mirando el tablón informativo, se me ocurrió que la unidad de quemados podía ser una buena opción, pero excesivamente morbosa, probablemente. Localicé una opción mejor y me fui a oncología.

Apenas entré y vi la sala de espera, me quedé helado. Esa sensación de transparencia, de estar ya desvaneciéndose de este mundo, la vi en tres de los pacientes que esperaban. Me quedé mirando fijamente a uno de ellos, en el que la transparencia era más intensa. Se le veía ojeroso, cansado, y calvo. Una enfermera leyó su nombre y él se puso en pie y la siguió por un pasillo

hacia la sala de quimioterapia. Miré a los otros dos pacientes transparentes: un hombre pálido y desgarrado, y una señora mayor con un pañuelo en la cabeza. En ellos, sin embargo, la sensación de transparencia era menor que en el otro tipo que había entrado a recibir su quimio. Pensé que aun con todo estaban condenados. Había otra chica más esperando, ella no transparentaba y pensé que al menos ella saldría de aquello... Eso, o ella no era una paciente sino que estaba allí acompañando a alguien, que también podía ser.

—¿Tú qué haces aquí? —exclamó una enfermera al verme con la bata del hospital y el brazo en cabestrillo.

—Pasear —reconocí sorprendido, sin tiempo a inventarme algo mejor.

—¿Te parece que esto es un parque para pasear?

—Hombre, yo preferiría irme a un parque, pero no me dejan salir —me lamenté.

—Venga a tu habitación —me ordenó la enfermera.

Obedecí y volví a mi habitación. No me atreví a hacer más inspecciones por el hospital buscando moribundos, pero no dejaba de darle vueltas a qué sentido tenía aquello. Pensé que podían ser las drogas, que se habían pasado con los sedantes... Una opción más inquietante era que sí que tuviera algún tipo de daño cerebral, por más que los médicos habían dicho que estaba bien.

Busqué en google efectos de traumatismo craneoencefálico y anoxia cerebral, que es cuando el cerebro se queda sin oxígeno, pero lo único que encontré fueron problemas cognitivos y de memoria, daños normales y además frecuentes cuando se había estado sin oxígeno tanto como yo. No encontré nada sobre alucinaciones con gente que va a morir, y desde luego nada sobre desarrollar la capacidad, y busqué también superpoder, de identificar a quien está al borde de la muerte. Lógicamente, porque saber algo así es imposible... y si sí fuera posible y ocurriera a raíz de un golpe en la cabeza, se sabría, y no me haría falta buscarlo en google.

En definitiva, no tenía la menor idea de qué me estaba pasando ni por qué, pero estaba claro que normal no era.

Capítulo 2. Por fin de vuelta en un bar

Cuando por fin me dieron el alta volví a casa.

—¿Has hablado con Lorena? —me preguntó mi madre casi nada más entrar por la puerta.

—No.

—Pues llámala. Cielo, está preocupada por ti...

—Mama, ya no estamos juntos —le repetí, porque parecía estar costándole entenderlo.

—Ya sé que lo habéis dejado, hijo, pero seguro que podéis solucionar las cosas. De verdad que no te das cuenta de cuánto me ha llamado y escrito para preguntar por ti.

—Mama, no vamos a volver. Ya está, déjalo.

—Lorena es muy buena chica, y se preocupa por ti. Deberías darle otra oportunidad.

—Me dejó ella ¿vale? —la interrumpí, un poco a bocajarro, pero no podía soportar otra disertación de mi madre sobre las bondades de mi ex, la tenía en un jodido pedestal —No vamos a volver, se acabó

—¿Te dejó ella? —preguntó sorprendida —¿Por qué? ¿Qué has hecho?

—¿Qué he hecho yo? ¡Qué ha hecho ella! —protesté.

—Algo habrás hecho, con lo que te quiere. La habrás descuidado, saliendo hasta las mil con tus amigos. Una chica necesita sentirse especial...

—Está con otro, mama —la delicadeza no es lo mío —Se ha liado con un gilipollas de su curro.

Mi madre se quedó con la boca abierta. Yo bajé la vista, avergonzado. Me habían puesto los cuernos, y no sentaba nada bien reconocerlo, menos a tu madre.

—¿Pues sabes qué? —repuso mi madre, recomponiéndose —Que ella se lo pierde —se inclinó hacia mí y me besó la sien, se quedó un instante pensativa —¿Quieres croquetas para cenar?

—¿De pescado? —la miré esperanzado.

—Es que a tu padre le gustan las de jamón... —le puse carita de perrillo apaleado —Te haré a ti de pescado y a él de jamón —resolvió.

Sonreí satisfecho, a veces se le puede sacar alguna ventaja a que tu vida se haya ido a la mierda, y las croquetas de pescado de mi madre están cojonudas.

El siguiente par de semanas mi vida se redujo a ir a rehabilitación y el

resto del tiempo deambulaba por mi casa, colgado al móvil y jugando a la consola. La mano derecha me respondía bien, aunque apenas podía mover el hombro, pero por suerte no hace falta el hombro para usar el móvil y ver series. Dedicué parte de mi tiempo a buscar trabajo y enviar mi currículum por ahí, pero sin muchas esperanzas, ya tenía asumido que me valdría más aprender alemán que seguir buscando trabajo en España.

Intenté volver a la rutina anterior al accidente, pero al no ser ya parte de ella Lorena, ni el gimnasio ni los partidos de fútbol, me sobraba el tiempo libre... Vamos, que me aburría soberanamente.

Cuando pasaron los días y me sentí más recuperado, y después de tener que amenazar a mi madre con escaparme si no me dejaba salir de casa de una puñetera vez, volví a quedar con los colegas fuera de mi salón, en la calle, por fin de vuelta en un bar.

—¡Ay, mi motorista intrépido que casi se nos abre la cabeza! —me saludó Ana dándome un sonoro beso en la mejilla —¿Qué tal andas?

—Ya levanto el brazo hasta aquí —le dije, y lo levanté patéticamente apenas lo justo para alzar el botellín de cerveza de la mesa y acercármelo a los labios, metiendo más codo que hombro, porque la clavícula apenas podía moverla aún.

—Es cuanto hace falta —opinó Raúl.

Ana cogió una silla de la mesa de al lado y se nos unió.

—¿Y con Lorena qué?

—¿Qué de qué? —gruñí, molesto porque sacara el tema, ¿que no hay más temas de conversación o qué?

Ana me miró con mucha intensidad. Me hizo sentir incómodo, mirándome así me recordaba a mi madre.

—¿No irás a volver con ella, verdad?

—Pero si me dejó ella... —no sólo no iba a volver con ella, es que ella no quería volver conmigo.

—Volverá arrastrándose cuando se cansé de ese pijo, y tú tienes que estar mentalizado de que no la quieres de vuelta en tu vida o le dirás que sí.

—Me puso los cuernos —protesté. No iba a volver con ella, no después de algo así.

—Tú la perdonarías —opinó Ana con convicción.

Molesto miré a Raúl buscando apoyo, pero él se limitó a asentir con la cabeza.

—Eres así de tonto —sentenció Raúl.

—¡Que no, coño!

—¿Y tú puedes beber alcohol? ¿No estás con pastillas?

—Mira que eres pesada, Anita —gruñí dándole un trago desafiante a la cerveza.

Ella me miró molesta.

—Me la encontré el otro día en el centro ¿sabes? A Lorena —dijo como si tal cosa.

Yo la miré sorprendido.

—¿Le dijiste algo? —pregunté inquieto, Raúl sonreía, se estaba imaginando la escena.

—Me preguntó por ti.

—¿Y...? —insistí inquieto, yo también me estaba imaginando la escena, y conociendo a Ana y a Lorena, me imaginaba una confrontación.

—Le dije que me había enterado de lo del abogaducho ese y que había metido la pata hasta el fondo, pero que me alegraba de que lo hubierais dejado, que tú te merecías a alguien mejor —sonreí, agradecido por la lealtad de Ana hacia conmigo, claro que sabía que Lorena nunca le había caído demasiado bien —Así que ahora no vuelvas con ella, porque no puedo volver a ir de amiga con ella después de esto ¿eh? Además, lo pienso de verdad, lo que le dije... Encontrarás a alguien mejor que esa imbécil.

Conseguí desviar la conversación a otros temas menos personales, hasta que se hizo hora de volver a casa a cenar.

—¿Qué vuelves, en moto? —preguntó Raúl.

—Serás gilipollas —gruñí, mientras él se reía satisfecho con su broma.

—Pásate mañana por la biblioteca y echamos un café —propuso Ana — Estoy en la salita pequeña, con Isa y Dani.

—Tengo fisio, pero me paso a la tarde.

—Aquí estamos, eternos estudiantes forzados —Ana e Isabel estaban preparando oposiciones, Dani andaba con el doctorado. Se pasaban el día de bibliotecas.

Me eché a andar hacia la parada del bus, preguntándome cómo podría abordar a mi madre, una vez que ya pudiera mover el brazo en condiciones, para volver a coger la moto. No iba a hacerle ni puñetera gracia. Lo peor es que la hostia ni siquiera había sido mi culpa. Yo siempre llevaba casco, nunca me pasaba de velocidad, nunca conducía bebido... Había sido otro, un gilipollas, el que se había saltado el semáforo; pero el que difícilmente podría volver a coger la moto sin que a su madre le diera un infarto cada vez que le

viera salir de casa, era yo.

Estaba pensando en todo aquello, cuando de repente, al otro lado de la calle, distinguí a un señor mayor con ese halo transparente que había visto en el hospital. Le observé girar en la esquina. Dudé un instante antes de dejar la parada de bus para ir tras él. Mantuve una distancia prudencial para que no se diera cuenta de que lo seguía, sin tener muy claro qué pretendía siguiéndolo, cuando de repente le vi pararse en mitad de la calle. Yo me paré también, y para que no pareciera raro, saqué el móvil como si estuviera leyendo un mensaje o algo. El hombre transparente se había quedado inmóvil, y entonces vi que se inclinaba hacia delante. Distinguí que intentaba sujetarse a una farola, para acto seguido desplomarse al suelo. Me aproximé a él, sobrecogido porque realmente le hubiera pasado algo a aquel hombre transparente. Una cosa era gente en un hospital, gente que evidentemente estaba enferma y podía morir, pero un señor cualquiera con el que me había cruzado en la calle... Al acercarme le vi respirando jadeante, con la mano sobre el pecho y expresión de dolor. Sí, ese señor confirmaba lo que transparentar significaba, y también confirmaba que no se me estaba yendo la cabeza. Me quedé paralizado apenas un instante, antes de reaccionar y llamar por teléfono a emergencias. Me quedé junto a aquel hombre, que seguía sujetándose el pecho y cuya expresión de dolor parecía más bien de miedo ahora. Intenté darle ánimos, pero no sabía qué decirle salvo que la ambulancia estaba en camino.

—¿Qué ha pasado? —me preguntaron los de la ambulancia al llegar, por suerte el Clínico estaba cerca y tardaron poco.

—Iba caminando y de repente se ha caído, le ha dado un infarto o algo...

Me quedé mirando cómo le atendían, hasta que lo subieron a la camilla y lo metieron dentro de la ambulancia.

—¿Puedo ir?

—¿Acaso le conoces? —preguntó la enfermera de la ambulancia, mirándome extrañada, mientras atendía a aquel hombre le había dado la impresión de que no nos conocíamos.

—Soy su hijo —probé, me miró con cara de “y yo su tía”.

—¿Y cómo se llama tu padre?

Dudé un instante antes de contestar.

—Antonio —me la jugué, tenía cara de Antonio. La enfermera resopló, me miró escéptica —Vale, no sé quién es —reconocí al ver que no colaba —

¿Adónde lo lleváis?

—Al Clínico.

Se fueron y yo también me encaminé hacia allí, estábamos al lado y quería saber si aquel hombre se recuperaría. Como no sabía su nombre, en urgencias pregunté por el tipo que acababa de llegar con un infarto o un ataque de algún otro tipo similar a un infarto, pero nadie me quiso o me pudo decir nada. Di un par de vueltas por allí a ver si conseguía enterarme de algo, cuando reconocí a la enfermera de la ambulancia.

—¿Cómo está?

—Tú eres el hijo ¿no? —se jactó.

—Le he visto caerse en mitad de la calle y os he llamado —reconocí. A veces ser sincero funciona mejor que mentir, sobre todo si ya has intentado mentir y no ha funcionado —Sólo quiero saber si está bien.

La enfermera debió de pensar que no había maldad alguna en mi interés.

—Creo que estará bien, le hemos traído rápido —explicó —Has hecho bien en llamarnos, probablemente le hayas salvado la vida.

Me sonrió y se fue hacia la salida, de vuelta a su ambulancia. Yo la observé alejarse procesando lo que acababa de decir, sintiéndome satisfecho, orgulloso: ese hombre iba a morir y yo lo había evitado, sí que le había salvado la vida. Es una sensación cojonuda saber que le has salvado la vida a alguien, la verdad. Me encaminé hacia la puerta cuando me sonó el teléfono, era mi madre.

—Ya voy para casa —le dije al darme cuenta de la hora.

Se oyó una voz de megafonía de fondo.

—¿Dónde estás? —preguntó asustada —¿Eso es el hospital? —mi madre se había pasado muchas horas en esos pasillos y sabía cómo sonaba un hospital.

—Qué va a ser el hospital, mama, no me seas paranoica —le contesté, alejándome de la puerta y de la megafonía —Se me ha hecho tarde, pero estoy ya cogiendo el bus, llego ahora en nada.

Me dio el discurso habitual de que su casa no era un hotel y que la cocina cerraba a las diez y media. Colgué y volví a casa, sin poder quitarme de la cabeza al tipo transparente del infarto.

Al día siguiente pasé la tarde con los colegas en el mismo bar de cervezas a un euro del Campus. Los demás se fueron yendo hasta que quedamos Raúl, Ana y yo. Hablábamos de las mismas tonterías de siempre, cuando se me ocurrió contarles lo que me estaba pasando.

—Creo que desde el accidente, sé distinguir cuando alguien va a morir —así, sin rodeos.

La carcajada de Raúl fue tan fuerte que interrumpió la conversación de los de la mesa de al lado.

—¿Qué eres ahora, el niño del sexto sentido?

Ana me miraba más confusa que divertida.

—No, en serio, tienen un halo, como transparente, y después se mueren. Creo que es eso, veo que van a morir.

Raúl volvió a reírse, Ana miró mi cerveza.

—Ya te había dicho yo que no mezclaras alcohol y pastillas, Carlos.

—Hablo en serio. Ayer lo vi en un hombre, y le dio un infarto, y le llevaron al hospital y se salvó.

Ambos me miraron como si estuviera de atar. Saqué el móvil y les enseñé la llamada al 112.

—Te lo has currado, sí —reconoció Raúl al ver el registro de llamadas.

—Que no es coña, joder, que distingo a quien va a morir. En el hospital se lo vi a un tío y la palmó, y a los de la sala de quimio también...

—No hay que tener superpoderes para ver a un tío en quimio y prever que la va a palmar —protestó Raúl.

—Que no son superpoderes, hostias. Pero es así, veo ese halo transparente y eso es que esa persona va a morir.

—¿Vamos a morir alguno de nosotros? —preguntó Raúl entre risas.

—No, joder.

—¿Alguien aquí?

—Que no.

Raúl me miró confuso, imagino que intentando adivinar cómo continuaría la broma. Yo dejé que me mirara.

—¿Has hablado con Lorena? —miré a Ana molesto, ¿qué coño tenía que ver Lorena con todo aquello?

—No —gruñí.

—La he vuelto a ver hoy.

Miré a Ana confuso.

—Te digo que sé cuando la gente va a morir y tú me hablas de mi ex.

—Carlos, es que creo que no estás llevando este tema nada bien. Lorena, el accidente... son muchas cosas.

Miré a Raúl, esperando que él no le diera la razón. Me pareció escéptico con lo de que yo no estuviera llevando bien lo de Lorena, pero eso no hacía

que me creyera en lo de ver gente que iba a morir.

—Bueno, digamos que me lo acabo de inventar, da igual... La pregunta es: ¿qué haríais vosotros si os pasara eso?

—¿Si viéramos muertos? —preguntó Raúl confundido.

—Muertos no, gente que va a morir. Si supierais cuando alguien está a punto de palmarla.

Me miraron confusos, pero también pensativos. No me creían, pero al menos pensaban en una respuesta.

—¿Intentaríais evitarlo, no? —insistí —¿Pero cómo?

—Bueno, hay muertes que no se pueden evitar, como la gente que está enferma... —dijo Ana.

—Ya, pero los accidentes, por ejemplo, eso es más fácil de evitar —opiné.

—No puedes saber cuándo se va a producir un accidente —protestó — Ni dónde. No puedes estar listo para intervenir...

—Podrías mirar pasar el tranvía —propuso Raúl, con expresión tan seria que no supe si lo decía de coña o no —He leído que hay un montón de viejos que la palman por cruzar sin mirar. Creo que en Independencia y Gran vía sobre todo.

—¿Quieres que me siente en un banco y vea pasar el tranvía?

—¿Tienes algo mejor que hacer? —replicó Raúl —¿Contestar a las mil ofertas de trabajo que te llegan cada día o algo así? —se jactó.

Yo gruñí por lo bajo.

—Supongo que podrías ir a sitios concurridos y esperar a ver pasar alguien que... ¿brillara? —propuso Ana

—No brillan, se vuelven transparentes —corregí.

—Lo que sea. En sitios concurridos es más probable que pase alguien que vaya a morir. Y si lo ves, pues les sigues y lo evitas.

—¿Y cómo? —insistí, agradecido porque Ana se mostrara más constructiva.

—Bueno... como tú decías, si es un accidente debería ser fácil, los accidentes son cuestión de un segundo, normalmente... Si detienes a esa persona, apenas un instante, podrías evitar el accidente ¿no?

—¿Y si es otra cosa? ¿Un incendio en su casa o... qué se yo?

Ana se encogió de hombros.

—Sin saber de qué se trata es difícil... Habría que conocer a esa persona un poco más.

Yo bajé la vista a mi cerveza, pensativo.

—También puedes irte a curvas peligrosas y hacer de guardia de tráfico —propuso Raúl —O regalar adhesivos de bañera a la gente, pero no del chino, que esos no hacen nada. Mogollón de gente se muere porque se resbala en la bañera.

—Tú eres tonto —gruñí.

—Y tú un flipado —replicó él —Con superpoderes, manda huevos... Pues los adhesivos de bañera ayudan, que así se muere mucha gente, que lo he leído. Mogollón de gente la palma por tonterías. Hay hasta un premio, los Darwin, se lo dan a gente que muere por hacer el gilipollas. Había uno que le puso un motor de cohete a su coche, y otro hizo malabares con granadas... son todo gilipolleses así.

—Esos tienen que ser todos yanquis —opinó Ana.

—No te creas, gilipollas hay en todas partes.

La conversación derivó de nuevo en tonterías y ahí se acabó la discusión sobre lo de ver gente que iba a morir. Volví a casa en bus, atento a cada persona que me cruzaba, pero no volví a ver a nadie transparente. A lo que bajaba del bus me llegó un whatsapp, era Raúl.

—“En ocasiones veo muertos”

—Será gilipollas —murmuré mientras buscaba las llaves de casa en el bolsillo.

Capítulo 3. Mani a las 19.00 en Paraninfo

Un par de días más tarde, Ana escribió un whatsapp en la conversación de grupo de los colegas.

—“Hoy mani a las 19.00 en Paraninfo”.

Era una excusa tan buena como cualquier otra para salir de casa, así que me fui para allá. No tardé en localizar a Ana e Isabel.

—¿Y esta vez qué recortan? —pregunté, porque la verdad que andaba ya un poco perdido, era difícil llevar la cuenta.

—Los derechos de la mujer —explicó Ana en tono solemne.

Ojeé los carteles de los manifestantes, en su mayoría mujeres, y comprendí que era por la reforma de la ley del aborto.

—Ven —me llamó Ana, con una pintura de cera en la mano, y comenzó a dibujarme algo en la mejilla.

Vi que Isabel llevaba un símbolo de la mujer en su mejilla, el del círculo y la cruz, y comprendí que a mí me iba a caer otro igual. Raúl estaba también por allí, intentando ligar con una hippy de rizos. Se acercó al ver que Ana me estaba pintando la cara.

—Déjame a mí —pidió.

—Y una mierda —repliqué yo, seguro que él me dibujaba otra cosa, una polla o algo.

Se río. Sí, quería dibujarme una polla en la cara.

—Ven tú también —le dijo Ana.

—¿Eso se va, no? Que mañana tengo partido y no puedo ir con mariconadas en la cara.

—¿El símbolo de la mujer te parece una mariconada?

—El símbolo de la mujer y cualquier otra cosa pintada con cera en la mejilla, que no tengo cuatro años —protestó, pero se dejó pintar.

—Yo curro esta noche y me he pintado —animó Isabel, Isabel trabajaba de camarera en un bar de la Magdalena.

—Isa, a ti no te miran a la cara cuando curras —se río Raúl.

—Serás imbécil —gruñó ella. En su defensa, Raúl tenía razón, poco importaba lo que Isa se pusiera en la cara.

La manifestación recorrió Independencia en dirección al Pilar. Había pancartas para todos los gustos: desde el reclamo jurídico “aborto legal”, al filosófico “un huevo no es una gallina”, o el más directo y conciso “en mi vagina mando yo”. Lentamente avanzamos por la calle con el cántico de

fondo casi permanente de 'nosotras parimos, nosotras decidimos'. A la cabeza algunos con pancartas de partidos políticos y sindicatos, y también algunas plataformas salidas del 15M. Nosotros íbamos algo más atrás, entre la gente sin emblemas.

—Esta manifestación es de las suaves, pero si se pone feo, tú te piras, que no tienes el hombro para hostias —me advirtió Ana.

—¿Si se pone feo? —repetí preocupado.

—Ya sabes lo tonta que está la poli últimamente en las manis, que a la mínima se ponen chulos —dijo ella como si tal cosa —En la de sanidad de la semana pasada cargaron.

—No te preocupes, si cargan yo te saco de aquí —se ofreció Raúl. Le miré escéptico, como si Raúl fuera a esperar a nadie para desaparecer si veía movida cerca.

Seguimos la marea humana. Raúl localizó a la hippy de rizos de nuevo y comenzó a darle la chapa quejándose de la reforma de la ley, repitiendo lo que solía decir Ana cada vez que salía el tema: que si era una vuelta atrás treinta años en los derechos de la mujer, que si cómo era posible que en un país aconfesional se impusieran las creencias católicas...

—Al menos veo que me escucha cuando hablo —gruñó Ana, molesta al ver como la hippy secundaba encantada todo lo que Raúl decía, poniéndole ojitos.

Yo me reí, pero pensé que tarde o temprano Raúl la cagaría con algún comentario estúpido, Raúl tenía el don de cagarla cuando más en racha iba.

Unas crías de jersey de pico y faldita de colegio privado nos empezaron a gritar desde un lateral de la mani.

—¡Asesinos! —oímos. Nos volvimos hacia ellas sorprendidos — ¡Asesinos de niños! —repetían.

—¿Cómo se puede ser tan joven y tan gilipollas? —gruñó Ana, debían de rondar los catorce o quince años —Si estas son las generaciones que nos siguen...

—Iros a rezar a otra parte —les contestó un tipo de barba detrás de nosotros.

—¿Qué vais a hacer? ¿Matarnos también a nosotras? —replicó una de las crías.

—Nadie va a morir aquí, no dentro de poco al menos —aseguré yo, porque ninguna transparentaba. Ana me miró con gesto de preocupación mientras dejábamos a las niñas fachas atrás.

—Eso ha sido raro —murmuró.

Yo me encogí de hombros, sería raro, pero era verdad, a esas niñas aún les quedaba mucho tiempo de vida por delante para seguir diciendo gilipolleces.

Seguimos avanzando por Independencia, mientras sentía que Ana me estudiaba pensativa, cuando algo captó mi atención entre la gente que parada en las aceras observaba la marea humana pasar: un señor mayor cuyo cuerpo parecía transparentar.

—¿Qué? —preguntó Ana, inquieta al ver mi gesto.

—Hay un tío ahí que... —me miró expectante, yo busqué la manera de decirle aquello de forma que me tomara en serio —... que la va a palmar — expliqué sin rodeos, no iba a tomarme en serio dijera lo que dijera, así que...

Ana negó con cara de preocupación.

—Carlos, me estás empezando a asustar...

Vi como el señor transparente dejaba atrás la multitud de la acera, metiéndose por una calle lateral de Independencia, y sin pensármelo dos veces dejé atrás la manifestación y me fui tras él.

Ana dudó un instante antes de seguirme. No creo que ella creyera que yo podía ver cuando alguien iba a morir, pero le pudo la curiosidad, o tal vez su preocupación por mí. Conseguimos abrírnos paso entre la gente que curioseaba. Localicé al señor al final de la calle, por suerte su cuerpo transparente era difícil de perder de vista. Callejamos un poco, siguiéndolo, hasta que prácticamente le alcanzamos, entonces se metió en un portal.

—Mierda —me lamenté, al ver que la puerta se cerraba ante nuestras narices.

Ana venía detrás con gesto asustado.

—Carlos, en serio, tienes que dejar de hacer lo que sea que estés haciendo... No sé si es una broma o qué, pero para.

Yo miré el telefonillo, comencé a apretar botones, sin saber muy bien qué hacer si alguien contestaba. Se oyó la voz de una abuela.

—¿Sí?

—Sí, señora... acaba de entrar un señor mayor en este portal... y...

Alguien más contestó.

—¿Quién es?

—Acaba de entrar un señor mayor en el portal, se le ha caído algo ¿ha entrado en esa casa?

—No aquí no es —contestó la segunda voz.

La abuela seguía preguntando, al parecer tenía problemas de audición.

—¿Quién habla? No oigo.

Yo seguí intentando hacerme entender con la abuela.

—¿José, eres tú? —preguntaba ahora la señora, que no oía un pijo.

—¿Sí? —preguntó otra voz —Se han confundido —le anunció a alguien en la casa.

De repente oímos ruido de una ventana del edificio. Ana se echó atrás y alzó la vista, se había abierto una ventana en el cuarto piso. Tiró de mi brazo y me señaló al señor al que había venido siguiendo. Lo vi transparentando, no cabía duda, y entonces ambos vimos como comenzaba a asomarse a la ventana, intentando, torpemente, sentarse con las piernas hacia fuera. Tanto Ana como yo nos quedamos de piedra al comprender que aquel tipo se preparaba para saltar.

—¡No salte! —grité yo con todas mis fuerzas.

El señor se tambaleó, casi perdiendo el equilibrio al oírme. Me miró sorprendido. Ana y yo dimos unos pasos más atrás, observándole. Se había conseguido sentar, aún agarrado al marco de la ventana.

—¡No se tire! —pedí.

El tipo nos miró sorprendido, no esperaba tener público. Le habíamos visto antes incluso de que se preparara.

—Oh, Dios mío —susurró Ana, mirándome sobrecogida, comprendiendo que había dicho la verdad, que de algún modo imposible e increíble, yo podía ver cuando alguien iba a morir.

—Iros de aquí —ordenó el señor con voz temblorosa.

—Oiga señor, no sé por qué quiere hacerlo, pero no merece la pena. Sea lo que sea lo que haya pasado, siempre hay opciones, segundas oportunidades...

El señor rondaría los cincuenta años, calvo y de gesto cansado. Me miró con expresión desganada.

—No sabes nada...

—No, no lo sé. Pero siempre hay una salida, vuelva a meterse en su casa.

Vi que el señor comenzaba a sollozar.

—Me la van a quitar —explicó, al principio no entendí a qué se refería —La casa. El banco se la va a quedar, me han despedido, no puedo pagar la hipoteca... Me la van a quitar y no tengo dónde vivir.

—Pues, no... Llamamos a los de Stop desahucios —propuse, sin saber

qué otra cosa decir —Mire, ella tiene un noviete ahí. Le montamos un piquete aquí mismo, para que no le desahucien, la liamos muy gorda para que no le quiten su casa. Es a lo que se dedican, y pueden ayudarle, hombre.

Ana me miró sorprendida.

—¿Qué noviete?

—Pues el de las rastas...

—No es mi noviete —protestó ella, alzó la vista hacia el señor que nos observaba desde su ventana, con medio cuerpo fuera —Es sólo un amigo —explicó.

—Pero estáis liados —observé yo.

—Nos hemos liado un par de veces y ya está, sólo es un amigo —repitió Ana a la defensiva.

—Pero le tienes en el móvil ¿no? Le puedes llamar ¿verdad? —apremié, señalé al tipo de la ventana.

—Sí, claro. Le llamé —gritó hacia la ventana —No dejaremos que le quiten su casa.

—Señor, piense en la gente que le quiere —insistí yo —¿Tiene familia, verdad?

—Mi mujer me ha dejado —explicó —Se ha ido con otro...

—A mí me ha dejado mi novia —grité yo —La muy zorra se ha ido con otro también. Tres años llevábamos juntos, tres putos años, y coge y me deja por un pijo gilipollas de traje.

—Yo llevaba treinta años casado.

—Ya, eso es peor —reconocí yo —Pero, oiga, yo tampoco tengo trabajo, ni perspectivas de encontrarlo, y hace poco tuve un accidente de moto y tengo la clavícula reventada, y en la cabeza no me han encontrado nada pero no estoy yo tan seguro... Pero no me subo a una ventana para saltar. Siempre hay oportunidades, siempre hay una salida.

El tipo negaba entre sollozos.

—Es todo culpa de este sistema capitalista —gritó Ana, a la que de repente le salió la vena antisistema y se creció —Cuidan a los bancos y no cuidan a las personas. No deje que puedan con usted, planteles cara —animó —No deje que le pisoteen, no muera rindiéndose.

Yo miraba a Ana perplejo, flipando con esta versión suya rollo William Wallace de las Delicias.

—No podrán con nosotros si les plantamos cara. Siempre hay opciones. Y si van a aplastarnos, que lo hagan mientras les plantamos cara. No

dejaremos que nos opriman en el silencio...

Yo observé al señor calvo, que escuchaba a Ana sorprendido igual que yo por ese arrebatado revolucionario suyo. Ana avanzó hacia el portal, mientras seguía con su cháchara reivindicativa. Yo me di cuenta de que estaba debajo de la ventana.

—Ana, échate para atrás —protesté, acercándome y tirando de ella.

—Suéltame —protestó.

—Ana, coño, quítate que estás debajo.

—Si salta, me llevará con usted al caer. Puede que quiera matarse ¿pero quiere matarme a mí? —retó.

—Ana, que te quites, coño —protesté yo, tirando de ella, pero no había manera.

Me di cuenta entonces de que un grupo de gente se había arremolinado para mirar la escena. Vi caras angustiadas, y algunos móviles grabando.

—No dejaré que se suicide hoy. Va a tener que aguantar y va a tener que luchar. Y salvaremos su casa, y a su mujer que le jodan —clamó Ana — Porque no le merece, usted merece una nueva oportunidad. No se tiré, por usted y por todos los demás en su situación, no se tire.

El señor dudaba, creo que sobre todo por el hecho de que Ana estuviera justo debajo.

—Vamos a salir en la tele —murmuré yo mirando a la gente, esperando que alguien hubiera sido capaz de llamar a la poli antes de ponerse a grabarnos.

Pensé en la cantidad de policía que había en la manifestación para nada, y me pregunté por qué tardaban tanto en llegar donde sí que hacían falta.

—No saldremos, hay un efecto contagio con el tema suicidios, no lo sacan en la tele para no animar a otros —me explicó Ana.

Yo la miré escéptico, volví la vista a la gente con móviles.

—Te digo yo que esto va a salir —gruñí.

—¿Sigue transparente? —me preguntó Ana, mirándome con gesto serio.

Yo dudé, sorprendido. Alcé la vista al señor. Seguía transparentando, pero desde luego no tanto como cuando le habíamos seguido hasta allí.

—Sigue hablando —animé a Ana.

Ella continuó animándole a resistir, a no dejarse llevar, a ser fuerte. Le dijo que había que alzar las voces, porque unidos nuestra voz era fuerte... y más mierdas del estilo. El señor había comenzado a sollozar mientras la escuchaba, y entonces distinguí que la transparencia desaparecía. Con gestos

torpes el señor se volvió a meter en la casa por la ventana, y la gente en la calle comenzó a aplaudir. La policía llegó en ese momento, muy oportunos ellos.

—¿Qué ha pasado?

—Un señor, en el cuarto, que iba a saltar —expliqué señalando la ventana, los dos agentes se fueron hacia el portal.

—A tiempo, como siempre —gruñó Ana observándoles llamar al telefonillo para entrar al edificio.

La policía entró en el portal y Ana se volvió hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja en la cara. Supe que se sentía satisfecha y orgullosa como nunca por haber convencido a ese hombre de que no saltara, aunque yo creo que lo que le convenció fue que Ana no se quitara de debajo de la ventana...

—Vámonos —propuse, tirando de Ana para largarnos de allí antes de que alguien empezara a hacernos preguntas.

Nos alejamos y volvimos a la mani, y durante un buen rato Ana no dejó de mirarme ni un instante, y lo peor era cómo me miraba, como si yo hubiera hecho magia o algo.

—Ana, ya vale —protesté.

Estaba flipando, y no lo disimulaba nada, y a mí me estaba agobiando.

—Sí sabías que iba a morir —repitió, bajando la voz para que la gente de alrededor no nos oyera.

—Ya te lo había dicho.

—Pero no te había creído. Esas cosas no pasan, eso... eso no puede pasar... ¿Crees que es porque moriste? —se quedó callada, pensativa —¿Se dice moriste? Yo morí, tú moriste... —le sonaba bien —¿Fue cuando moriste? ¿Crees que... volviste con poderes del más allá o algo así? —lo de los “poderes del más allá” a mí me sonaba a médium cutre de los de la tele a las tres de la mañana.

—Yo qué sé, Ana.

Ella me siguió escrutando.

—Tienes superpoderes, Carlos.

Me reí.

—No soy Superman, Ana.

—Has salvado a ese hombre.

—Le has salvado tú —corregí.

Ella bajó la vista pensativa.

—Si no le hubieras visto, si no le hubiéramos seguido...

—La acera de debajo de su casa estaría hecha unos zorros. ¿Quién limpia eso? ¿Los de limpieza municipal? ¿Qué asco, no?

—Carlos, has salvado la vida de un hombre. De dos con el del infarto del otro día. Deberías sentirte bien ¿no?

Yo me encogí de hombros, quitándole importancia, pero sonreí, sí me sentía bien.

—Aunque ese hombre aún perderá su casa, y su mujer aún le ha dejado... No sé, igual vuelve a intentarlo...

—Voy a ir a verle —dijo Ana, yo fruncí el ceño confuso —Al suicida. No quiero que piense que no tiene a nadie. Y voy a escribirle a Millán —la miré más confuso aún —Mi amigo de Stop desahucios —No sabía que el de rastas se llamara Millán. Es un nombre raro ¿no? Nadie se llama Millán, aunque igual Millán era el apellido... —Voy a contarle lo que ha pasado, seguro que podrán hacer algo...

Yo esboqué una media sonrisa que Ana supo interpretar.

—Sólo es un amigo —bufó a la defensiva.

—Sí, sí...

Al día siguiente al despertar vi que Ana me había enviado un link por whatsapp, al abrirlo me encontré con un vídeo casero colgado en youtube. Reconocí la casa del suicida, y al darle al play vi que efectivamente era un vídeo en el que salíamos Ana y yo convenciendo a aquel hombre de que no saltara. El vídeo se hizo viral en cuestión de horas. Todo el mundo lo había visto, y lo comentaba, y lo compartía en redes sociales... Aunque salíamos casi todo el tiempo de espaldas, los colegas nos reconocieron, sobre todo por la voz de Ana que se hacía oír claramente, y enseguida amigos y conocidos nos acribillaron a preguntas. Contamos que habíamos pasado por allí de casualidad y le habíamos visto asomarse a la ventana, no nos quedaba mucha más opción que decir eso. Una vez que comenzamos a contar esa versión, pasó a ser la única versión, la única verdad. Para mentir bien hay que creerse lo que se está contando y sobre todo ser coherente y repetir siempre lo mismo. El resto de lo que había pasado estaba prácticamente todo en el vídeo así que no requería de mucha aclaración.

Después de invadir las redes sociales, el vídeo llegó a las noticias. Eso sí, en la tele el discurso antisistema de Ana no lo ponían, sólo contaban la historia con final feliz de un suicida que no había saltado gracias a la intervención de dos desconocidos. Yo sabía, por haber visto el vídeo varias veces, que se podían escuchar perfectamente todas las críticas de Ana a los

desahucios, pero eso en la tele no debía de quedar bien.

En la prensa más independiente, y sobre todo la prensa internacional, sí metían más caña. Le envié a Ana un artículo del Huffington Post en inglés en el que, además de hablar de dos jóvenes anónimos que habían convencido a un hombre que se disponía a saltar de que no lo hiciera, el artículo describía los recortes de la economía española en el último par de años y el problema de los desahucios.

—“Ya eres una heroína internacional” —le dije, porque así se referían a ella en el artículo.

Me contestó con un emoticón sacando la lengua y guiñando un ojo.

Capítulo 4. Lo normal es relativo

Los días pasaron. Mi rutina seguía siendo rehabilitación, cervezas con los amigos y enviar algún que otro currículum. Me llamaron del Inaem para decirme que me habían cogido en un curso de alemán para desempleados.

Mi madre se puso toda contenta al ver que eso me obligaría a irme de casa pronto por las mañanas, lo que le permitiría tener toda la casa recogida bien de mañana, como a ella le gustaba. De alguna extraña manera que ningún hijo es capaz de entender, las acciones más nimias como mear y lavarse las manos, destruyen todo el esfuerzo de limpieza y orden de una madre como por arte de magia, y es que vayas cuando vayas al baño parece que tu madre siempre acabe de limpiarlo...

Una de esas tardes de cervezas con los colegas, quedé con Raúl un rato antes junto al estanque del Campus. De nuestro grupo de amigos, Raúl era, después de mí, el que más tiempo libre tenía. Había empezado la carrera conmigo pero aún no había terminado, arrastraba un par de asignaturas que tenía atragantadas, por no hablar de que tenía muy poca prisa, y aún menos ganas, de sacárselas y dejar sus años de estudiante atrás.

Estaba hablando con él del partido del Barça del domingo, cuando me fijé en una chica sentada en las escaleras de la facultad de Filosofía. Su cuerpo transparentaba, como si se estuviera desvaneciendo.

—Voy a Filo un momento a mear —balbuceé interrumpiendo a Raúl.

Me acerqué a la chica, sin poder apartar la mirada de ella. Era morena, de pelo largo y ojos oscuros, vestía vaqueros y zapatillas. Ella notó que la miraba. Miró a su alrededor, pensando que tal vez miraba a alguien más, al ver que no había nadie más me miró inquieta.

—Lo siento —exclamé, comprendiendo que la estaba acojonando —Es que... te he visto y se me ha ido la bola totalmente.

La chica sonrió, no sé si halagada o por cortesía, desde luego un poco nerviosa. Yo sacudí la cabeza al percibir sus dudas.

—No soy un raro perverso, en serio... No se me da muy bien interactuar con gente como una persona normal, obviamente, pero no soy peligroso —aseguré —Me llamo Carlos —me presenté.

Ella sonrió, sonrió divertida. La había convencido.

—Marta —se presentó.

—No suelo abordar a las chicas así —aseguré —Es que, bueno... —no supe qué decir.

Sonrió. Señaló el edificio tras ella.

—¿Estudias en Filo?

—No, yo ya acabé la carrera. Hice Ingeniería industrial.

—¿Así que te paseas por el Campus para...?

—Acojonar estudiantes mirándolas fijamente, al parecer —me reí. Se rió conmigo —Mis colegas estudian aquí, están opositando, y suelo venir a verles. Iba a entrar al baño de Filo. No sé por qué leches vengo a estos baños si son los que más grima dan...

Sonrió, y asintió, de acuerdo conmigo en lo de los baños. Yo me resistí a irme.

—Puedo quedarme un rato más hablando contigo o... ¿te doy demasiado mal rollo? —me miró dudando.

—Estoy esperando a una amiga...

—No te preocupes, desaparezco en que venga, o en que quieras que me vaya —prometí. Dudó todavía —Te amenizaré la espera —la animé —Puedo ser muy entretenido. Puedo hasta comportarme como una persona normal si me lo propongo, esforzándome un poco... Pero tú decides.

—Vale, punto negativo por el rollo de tío raro que se pasea solo por el Campus, punto positivo por originalidad y confianza en ti mismo.

—Eso son dos puntos positivos —opiné —Además, no estoy solo, tengo un amigo ahí —señalé a Raúl que andaba empanado fumando, ni nos había visto —Pero él no te iba a causar mejor impresión que yo, así que mejor que no se acerque...

Se rió, señaló la escalera a su lado.

—Siéntate —indicó.

Me senté.

—¿Estudias Filosofía?

—Filología francesa —explicó.

—Me encanta el francés, me refiero a cómo suena, el idioma —aclaré rápidamente. Ella se rió, me gustó su risa.

—¿Lo hablas?

—No, me apaño con el inglés y gracias. En un par de semanas empiezo un curso de alemán.

—Ingeniero aprendiendo alemán, eso te abrirá puertas.

—No descarto irme fuera a buscar curro, a Alemania o a donde sea, tal y cómo están las cosas aquí... A ver qué tal se da el curso.

—¿Y sabes ya algo de alemán?

—Sé danke y... kartofen.

—¿Qué es kartofen?

—Patata, puedo ir a un fritur y pedir patatas fritas con mucha educación.

Kartofen friten, danke.

Se echó a reír.

—¿Friten es fritas?

—A mí me suena alemán...

—Necesitas ese curso —se rió.

—Sí, creo que sí... ¿Y en qué curso de Filología estás?

—Acabo este año, si todo va bien. No descarto irme a Francia, allí la cosa también está mejor.

—¿Has estado allí antes?

—Hice mi Erasmus en Toulouse.

—Yo estuve en Groningen, en Holanda. Fue genial, el mejor año de mi vida.

—Sí, quién pudiera volver al Erasmus.

En ese momento una chica de pelo castaño con coleta salió de la facultad, se nos quedó mirando con curiosidad. Marta la vio y la saludó.

—Irene, este es Carlos —nos presentó.

—Hola, encantado. ¿Tú también estudias aquí?

—Filología francesa también —explicó la chica, mirando a Marta intrigada, sin duda preguntándose de dónde leches había salido yo.

Yo miré a Marta, que seguía transparente. Me pregunté qué podía ser. Pensé que si fuera a tener un accidente, mi charla debería entretenerles y evitarlo, claro que tal vez no había hablado lo suficiente.

—¿Así que soléis estar por aquí?

—Sí, estudiamos en Filo —se adelantó a contestar la amiga —Estamos por aquí casi todos los días.

—Pues igual nos vemos otro día por aquí ¿no?

—¿Tú también estudias aquí?

—No, él ya ha acabado —explicó Marta.

—Pero vengo mucho, estoy mucho en el bar de las cervezas a un euro, ese que ha cambiado de nombre mil veces, y bueno, vengo a ver a los colegas que están opositando y estudiando también en la biblioteca... —seguía transparentando —Y... ¿Os gusta Filología?

—Sí, está bien —contestó la amiga.

Seguía transparente, pero a mí ya se me estaba acabando la cháchara

insustancial para gastar tiempo.

—¿Tiene salidas?

—No es la carrera con más futuro, pero algo se puede hacer ¿Qué estudiaste tú?

—Ingeniería industrial —expliqué, volví la vista a Marta, ¿por qué leches seguía transparente?

—¿Ingeniero? Qué interesante —opinó la amiga.

Me di cuenta de que aunque la amiga se mostraba receptiva, Marta tenía ganas de largarse. No podía seguir dándoles el coñazo con tonterías por mucho que siguiera transparente.

—Bueno, no quiero entreteneros.

—Ha sido un placer, Carlos —dijo Marta sonriendo, se acercó a mí y me dio dos besos.

La amiga quiso también dos besos ella. Vi como se daban media vuelta para marcharse, se iba a largar transparente... Actué por impulso.

—Marta —interrumpí —Vale, le estoy echando mucho morro, pero ¿te gustaría ir a tomar un café algún día?

Irene se rió, sonrió a su amiga con gesto pícaro. Marta dudaba, me miró indecisa.

—Hacemos una cosa —propuse —Te doy mi teléfono, si quieres me llamas y si no, no. Así depende de ti si quieres tomar ese café o no, y no te pongo en la situación de dudar entre darme un número falso o el bueno.

Marta sonrió, supongo que le hizo gracia que yo pensara que ella se plantearía darme un número falso, o tal vez le hizo gracia que yo adivinara que eso era justo lo que pensaba hacer. En cualquier caso, sonrió y asintió conforme. Sacó su teléfono y le di mi número.

—Por ahora vas a ser Carlos Tío Raro.

—Si es por ahora, será que me vas a dar la oportunidad de demostrar que soy un tío normal —adiviné —Lo soy —aseguré, lo normal es relativo.

Sonrió mientras guardaba el contacto en su teléfono.

—Tengo whatsapp, así que puedes escribirme por ahí, si quieres, así es más barato —propuse, yo dándole facilidades.

—Puede que lo haga —contestó con una media sonrisa.

Yo sonreí, eso sonaba suficientemente bien. Me volví hacia Irene.

—Encantado, Irene.

Las dos chicas se alejaron, las oí reírse por lo bajo a lo que doblaban la esquina. Yo seguí a Marta con la mirada hasta que desapareció de mi vista,

tan transparente como al inicio de toda aquella conversación. Me planteé seguirla, ¿pero qué iba a ganar con eso? No parecía que se tratara de un accidente a punto de ocurrir, de ser eso habría cambiado de aspecto al entretenerla ¿no? Y si era cualquier otra cosa, no podía evitarlo siguiéndola, no podía ayudarla si no sabía lo que le iba a ocurrir. Además, tampoco me parecía bien ponerme en plan acosador con ella, ya bastante acosador había parecido al abordarla.

De repente Raúl apareció a mi lado, me dio una palmada en el hombro, por suerte en el hombro bueno.

—Muy bien, Carlos, veo que no perdemos el tiempo —yo suspiré, ojalá se tratara de eso.

Pasé la tarde inquieto, preguntándome si no habría tenido que seguir a Marta para asegurarme de que estaba bien. Claro que sabía que no podía seguirla si entraba en su casa, o si cogía un bus o subía a un coche... Y no sabía cuándo iba a morir, podía ser cuestión de días, o semanas, pero no podía pasarme días, menos semanas, siguiéndola.

Es muy difícil evitar que alguien muera si lo único que sabes es que va a morir. Falta información, hay demasiadas variables a tener en cuenta, demasiados interrogantes. Vaya, que me pasé toda la puta tarde pensando en cómo podría morir, definitivamente no la mejor manera de pasar el tiempo. Tal vez iba a tener un accidente de coche, estadísticamente era lo más probable. Tal vez tenía alguna enfermedad chungueta, que pareciera sana no quería decir que lo estuviera. O a lo mejor su casa se iba a incendiar, o iba a electrocutarse... o a lo mejor hasta se iba a resbalar en la bañera como había dicho Raúl. Lo busqué en google, y al parecer los accidentes en el baño son una cosa bastante más habitual de lo que yo pensaba.

Me tranquilicé pensando que ese halo transparente que había visto en ella no era tan intenso, no parecía que su muerte fuera inminente. Eso me daba tiempo, tiempo para quedar con ella, conocerla, y tal vez así adivinar qué mierdas le iba a pasar y evitarlo.

Constantemente miraba el móvil, esperando que me escribiera, confiando en que no la hubiera asustado demasiado con mi forma de entrarle y me diera la oportunidad de volver a verla.

A la mañana siguiente aún no tenía noticias de Marta. Sin saber qué hacer, desquiciado por aquella espera, decidí consultar a Ana, que al fin y al cabo era la única de mis amigos con la que podía hablar de todo aquello. La fui a buscar a la biblioteca, la acompañé fuera a echarse un cigarrillo y le

expliqué lo que había pasado.

—Espera a que te escriba y queda con ella —me aconsejó, pues no es que fuera un consejo muy original.

—El problema es si no me escribe, no me ha escrito todavía.

—Te escribirá —aseguró con calma.

—A lo mejor no, a lo mejor le di muy mal rollo... le entré muy a saco.

Sonrió con dulzura.

—Carlos, te va a escribir. Si ocurrió cómo me has contado, te va a escribir.

—Me añadió al móvil como Carlos Tío Raro.

Sonrió con gesto convencido.

—Le gustaste, en serio. Se rió con la tontería esa de las patatas alemanas —lo dijo como si aquello fuera prueba suficiente —Te escribirá.

—Me podía haber escrito ya —protesté, molesto porque estuviera tan jodidamente convencida, o puede que molesto porque se metiera con mi broma de las patatas.

—Es normal que no te escriba enseguida, ninguna tía escribiría tan pronto. Pero le gustaste, fuiste raro pero interesante. A las chicas nos gusta eso.

—¿Os gustan los raros?

—Nos gusta lo diferente. Lo raro está bien, aunque no de cualquiera, claro, pero tú eres lo suficientemente mono para poder permitirte ser raro —opinó ella, yo sonreí halagado por lo de “suficientemente mono”, me quedé todavía un instante pensando en lo que estaba diciendo.

—Las tías sí que sois raras...

—Pues no te digo yo que no —reconoció ella —Pero el caso es que te va a escribir, tú espera y queda con ella.

—Vale, pongamos que sí me escribe y sí quedo con ella ¿Y entonces qué? ¡No sé cómo va a morir!

Ana dudó.

—Puede que tenga una enfermedad y por eso no era muy intenso. Puedes proponerle que se haga análisis...

—Eso es algo que surge con total naturalidad en una conversación normal —protesté.

—Se más listo, cuéntale que a alguien que conoces le detectaron algo de la nada, sugiérole que nunca se sabe...

—¿Y si no es una enfermedad?

—No creo que sea un accidente o lo habrías evitado al entretenerla ¿no crees?

—A lo mejor su caldera está en mal estado, yo qué sé.

—Pues consigue que te lleve a su casa y revísala.

—¿Qué soy yo, técnico de calderas? ¿Cómo coño voy a saber si su caldera está bien o mal? Y como que es tan fácil que una chica te lleve a su casa...

—Le has gustado, y creo que ella te ha gustado a ti.

—Sólo hablé con ella porque era transparente.

—Está bien que te quites de la cabeza a Lorena —y dale con Lorena, qué pesada —y que entres otra vez en el mercado, aunque sea con una chica que crees que va a morir... Probablemente no tu mejor opción, mejor no te encariñes.

La miré inquieto.

—Quiero evitar que muera —protesté, quería salvarla.

—Si está enferma no lo vas a poder evitar, Carlos. Y bueno, pueden ser mil cosas, no sabes lo que le va a pasar, así que... por si acaso, no te encariñes ¿vale?

Yo refunfuñé, molesto por lo fría que podía ser Ana cuando quería, o tal vez sólo molesto porque sabía que tenía razón y que no poder evitar que Marta muriera era una posibilidad, una bastante probable además.

Capítulo 5. Como Superman pero sin capa

A la tarde por fin recibí un whatsapp de Marta. Me propuso quedar al día siguiente a última hora para tomar una cerveza. Ana me confirmó que el cambio de café a cerveza era buena señal.

La fui a buscar a Filo, donde la había encontrado por primera vez. Seguía transparente, aunque era de agradecer que al menos siguiera viva. Me saludó alegremente con dos besos, yo le entregué una bolsa de plástico.

—Es un pequeño regalo, una tontería.

Sonrió y miró dentro, y sacó una alfombrilla para la bañera con un dibujo de patitos con paraguas.

—Hay muchos accidentes por no tener una alfombrilla para la bañera, hay que tener cuidado con la seguridad en casa.

Se rió, sorprendida.

—Es el regalo más raro que me han hecho nunca —aseguró, me miró pensativa —Eres un tío raro.

Lo dijo sonriendo, así que supongo que le parecía algo bueno. “Lo suficientemente mono” para poder permitirme ser raro, eso había dicho Ana. Marta parecía estar de acuerdo.

Fuimos a un bar de la calle Cerbuna y pedimos dos cañas. Lo cierto es que la conversación fluyó de forma natural. Marta era una chica muy maja y divertida. Hablamos de la carrera, de nuestros Erasmus, de nuestros planes de futuro...

No me olvidaba del motivo de aquella quedada, ni se me iba de la cabeza lo transparente que estaba; era difícil ignorarlo cuando la tenía sentada frente a mí y veía su transparencia cada vez que la miraba, que al estar los dos solos era básicamente todo el tiempo... Así que aprovechaba cualquier oportunidad para sacar información sobre posibles peligros de muerte en su vida, y ya de paso para tratar de advertirla. Le hablé de mi accidente de moto y de la rehabilitación, una buena forma de empezar.

—Ahora ya estoy bien. Bueno, el hombro todavía no, apenas puedo girarlo y va a tardar aún... Pero por lo demás estoy bien, no fue para tanto. A una prima mía le han detectado leucemia, eso sí que es una putada.

Me miró con expresión de duelo.

—Lo siento mucho.

—Ya, estaba tan sana, y de un día a otro se lo detectaron. Eso te hace pensar... estas cosas nos pueden pasar a cualquiera. Y al menos se lo han

detectado pronto, aún se puede intentar hacer algo. Fue al hacerse unos análisis de rutina ¿sabes? Hay que hacerse análisis habitualmente, por si acaso.

Marta asintió pensativa.

—Sí, yo soy donante de sangre, así que por suerte esas cosas te las van mirando —explicó.

—Ah —murmuré, casi decepcionado, claro que podía ser que le detectaran algo la próxima vez que fuera a hacerse análisis, o que fuera una enfermedad que no saliera en los análisis de sangre... Mi cerebro trabajaba a toda velocidad —Y hay muchas enfermedades por ahí que se pueden solucionar si se detectan a tiempo. Las chicas tenéis mucho riesgo de cáncer de mama, por ejemplo —dije —Eso al parecer es súper fácil de detectar, salen unos bultos a los lados de los pechos, se pueden detectar tocándolos.

Me miró con gesto de sorpresa, yo entendí de golpe.

—No quería hablar de tus pechos, ni de tocarlos —soltó una carcajada, una risa cristalina pero fuerte, que hizo que los de la mesa de al lado se volvieran a mirar. Yo estaba todo rojo.

—Eres muy gracioso —dijo sonriendo —Raro, pero gracioso.

—Soy un bocazas —corregí. Ella aún sonreía.

—Un poco sí.

—No siempre hablo de estas cosas, supongo que después del accidente le doy muchas vueltas a la seguridad y las enfermedades...

—Bueno, tiene sentido. Estuviste a punto de morir. Creo que cuando alguien experimenta algo así, cambia su percepción de todo, del mundo, de la vida y la muerte...

La miré absorto. Mi percepción de la muerte había cambiado, eso seguro.

—Sí, yo también lo creo.

—Pero ya estás bien ¿no? Aparte de lo del hombro... Se te ve normal. Normal dentro de que eres tú —se rió

—Sí, dentro de que soy yo —me reí yo también. Estaba claro que ese rollo de la normalidad y lo raro iba a ser una broma recurrente nuestra, y me parecía bien, me gustaba que tuviéramos una broma nuestra —La recuperación va bien, yo me siento bien... No tengo lesiones neurológicas —aseguré. Ella asintió, tal vez preguntándose si era cierto, yo aún me lo preguntaba —Lo peor es que aún no puedo jugar al fútbol, ni básicamente hacer deporte...

—¿Juegas a fútbol?

—Sí, estoy metido en una liguilla, en un equipo con unos amigos, fútbol
7. Pero por ahora me dedico a verlos jugar y gritarles lo malos que son desde fuera del campo.

Ella sonrió.

—Tuviste suerte de que no fuera nada más grave. Los accidentes de moto suelen ser muy peligrosos.

—¿Tú tienes moto?

—No —negó.

—¿Coche?

—No, aunque tengo el carné, pero voy en bus a todas partes. De todas formas vivo aquí cerca, así que me muevo casi siempre andando.

Asentí pensativo.

—El otro día leí que a un abuelo se lo llevó el tranvía cerca de Plaza España, la gente no se para a mirar —ella asintió con la cabeza, divertida porque le hablara de aquello —Hay que cruzar en verde —murmuré, decidiendo poner fin a mi conversación sobre seguridad, porque ya estaba rayando en lo patético.

—Sí que tienes un rollo raro con la seguridad.

—Ya paro —prometí.

Sonrió.

—Está bien, te preocupas por la gente, eso es bueno. Me encantan los patitos —sonrió con gesto tierno señalando la bolsa de plástico.

Yo sonreí, pero ella seguía transparente. Nos tomamos otra cerveza más y seguimos hablando de mil cosas. Además de las clases de Filología, hacía yoga y danza del vientre, no dejé de apuntar lo sexy que era eso. También daba clases particulares de francés a unas niñas los lunes y miércoles. No hacía puenting, ni parapente, ni ningún otro tipo de deporte de riesgo. Le gustaba viajar, me contó que estaba organizando un viaje a Tailandia con dos amigas para el verano, que sería la primera vez que saliera de Europa y estaba entusiasmada. Me pareció poco probable que le fuera a pasar algo en el viaje quedando tanto tiempo por delante. Me dijo que era de Tarazona, y aunque vivía en Zaragoza, muchos fines de semana se volvía a casa. Vivía en un apartamento compartido cerca del Campus, con otras dos chicas que eran también de Tarazona y de Borja.

—¿Y cómo vas a Tarazona?

—En bus —explicó.

Me pareció poco probable que el bus fuera a tener un accidente mortal, pero sería fácil comprobar si había más gente transparente entre los que fueran a coger el bus la próxima vez que se fuera a su casa.

Hablamos también de mí, aunque no es que tuviera mucho que contar. Es lo que tiene que tu vida sea poco más que videojuegos, series y médicos. Intenté adornarlo un poco, pero en definitiva le conté como pasaba los días yendo al fisio, enviando currículums y viendo series de televisión. Al hablar de series coincidimos en varias, le encantaba Juego de Tronos, y ya con eso me tenía ganado.

En ningún momento mencioné a Lorena. Ana me había insistido en que no mencionara que acababa de salir de una relación de tres años, que eso podría hacer pensar a Marta que seguía pensando en mi ex y que ella sólo era una chica rebote. Me había aconsejado que de nombrar a Lorena, dijera que la ruptura era mucho anterior, para demostrar a Marta que tenía madera de novio sin estar aún rayado por mi ex. Ana le daba muchas más vueltas a todo esto que yo, porque la verdad que yo no pensaba hablarle de Lorena ni a Marta ni a nadie. Eran pasadas las diez cuando me dijo que se había hecho tarde y que se tenía que ir. Salimos del bar.

—Si te parece bien te acompaño a casa —me ofrecí —Aunque a lo mejor aún no me has descartado como un posible acosador pervertido y no quieres que sepa dónde vives...

Marta se rió.

—Si me estuvieras acosando ya sabrías dónde vivo.

—Es verdad, así que ahora sólo estaría haciéndome el tonto, fingiendo que no lo sé.

—Entonces no cambiaría nada que me acompañases —sonrió.

Vivía cerca, en una calle paralela a Gran vía. Nos detuvimos en la puerta. Yo me di cuenta, frustrado, que seguía transparente, y que, lo que era casi aún peor, esa chica me gustaba de verdad.

—Vale, no quiero abusar, no tengo segundas intenciones... ¿pero te importaría que suba y vaya al baño? La cerveza me está haciendo efecto.

Dudó un instante.

—Sube, pero sólo para ir al baño —advirtió, pero lo dijo con una sonrisa.

Asentí obediente. Vivía en el típico piso de estudiantes lleno de muebles de Ikea, me recordó al piso de Lorena. Me acompañó hasta la puerta del baño. Hice pis y tiré de la cadena. Estudié rápidamente el cuarto, no había

caldera de gas. Al pasar junto a la cocina miré dentro curioso.

—¿Butano?

—No, eléctrica —dijo ella, sonrió — ¿Tu paranoia de la seguridad?

Me abstuve de preguntar si utilizaban estufas eléctricas, porque esos días estaba haciendo calor como para necesitar tanta calefacción. En ese momento salió al pasillo una morena pecosa, Marta me presentó a su compañera de piso. Ella no estaba transparente, así que probablemente no tenía que preocuparme por un accidente en la casa. Ya no se me ocurría que más podía ser. Marta me acompañó a la puerta.

La miré un instante pensativo. Me di cuenta de que era una mirada demasiado intensa, que podía malinterpretarse.

—Prometí que subiría a tu casa sin segundas intenciones, sólo para ir al baño, así que no voy a intentar besarte —dije de forma directa, lo cual a ella la dejó totalmente descolocada —Pero me gustaría quedar otro día, si quieres.

—Puede... —vi que dudaba, sonrió y me miró con intensidad también ella —Puede que no me importara que lo intentaras.

—Ah ¿sí? —pregunté sorprendido.

—Estoy bastante convencida de que no me lo tomaría mal —sonrió, yo también sonreí.

Dudé apenas un instante antes de inclinarme hacia ella y besarla. Por un instante me sentí extraño, llevaba tres años sin besar a otra chica que no fuera Lorena, y me sentía fuera de juego, como si fuera algo nuevo, estúpidamente de regreso a la adolescencia. Pero lo cierto es que esa chica me gustaba, y ella quería que la besara, y desde luego yo quería besarla y más que eso también. Me dejé llevar, recreándome en sus labios y su boca, mientras ponía las manos sobre su cintura, resistiéndome a la tentación de desplazarlas de ahí. Sentí su cuerpo próximo al mío, el sabor de sus labios, su perfume envolviéndome y sus manos en mi cuello, atrayéndome hacia ella. Fue un buen beso, un muy buen beso.

Después se apartó ligeramente, sonrió con gesto tímido. Yo sonreí a su vez, tratando de asimilar aquel beso imprevisto, sintiendo el sabor de su boca todavía en la mía.

—Te escribiré —repuso sonriente.

Yo dudé un instante, todavía con mis manos en su cintura.

—Hazlo, por favor —le rogué, ella se rió.

Salí de la casa, y tras repetirme que me escribiría, cerró la puerta tras de mí. Con una sonrisa de tonto dibujada en la cara salí del portal. Tuve que

recordarme que Marta seguía transparente. Me di cuenta de que mi inquietud por ella había pasado a verdadera preocupación. Me gustaba esa chica, me gustaba de verdad, y sabía que iba a morir, y no tenía ni idea de cómo evitarlo. Me planteé quedarme en su portal, esperarla, estudiarla... Si le iba a pasar algo tal vez podía evitarlo. Pero podían ser mil cosas, y mil cosas inevitables, y no sabía cuándo ocurriría. Triste y preocupado volví a casa. Ana me había escrito por whatsapp, para ver qué tal había ido.

—“Sigue transparente” —contesté —“Y me gusta de verdad” —añadí en un arranque de sinceridad.

—“No te encariñes”—me aconsejó ella.

—“No quiero que le pase nada, Ana”—contesté yo —“Tengo que evitarlo y no sé cómo”

—“Lo sé” —me dijo, añadiendo un emoticón triste.

Al día siguiente le escribí un whatsapp a Marta, le propuse ir al cine el sábado. Me dijo que tenía una fiesta de cumpleaños, pero que podíamos quedar el domingo por la tarde. El sábado por la tarde intercambié un par de whatsapps con ella, proponiéndole película y sesión. Nos pusimos de acuerdo con la peli fácilmente, Marta tenía buen gusto y no me iba a hacer sufrir una de esas películas moñas románticonas. Dejamos lo de la hora en suspenso, porque ella iba a salir y yo también, y quedó la cosa en que lo pospondríamos para el lunes si al día siguiente no había demasiadas fuerzas.

Por la noche salí de fiesta con los colegas. Tuve que resistirme a la tentación de escribirle. Lo cierto es que estaba preocupado por ella, y además tenía ganas de verla. A eso de las tres, con unas cuantas copas encima, le escribí.

—“¿Qué tal?” —inocente y cauto, no llegaba a un minuto más tarde que añadí —“No paro de pensar en ti” —bastante menos inocente y menos cauto.

Vi que tardaba en contestar, y por fin vi aparecer un emoticón sonriente, ese de los coloretos en las mejillas, no el que enseña los dientes.

Eran casi las cinco cuando nos echaron del bar porque cerraba. Más alcoholizado de lo que había pretendido, me arrastré a la calle con los colegas. Nos quedamos como siempre parados a la entrada del bar, decidiendo si irnos ya para casa, ir a comer un kebab o buscar un bar abierto donde echar la última, cuando de repente distinguí un tipo transparente que se alejaba con pasos tambaleantes.

Sin decir nada a nadie, y dando algún traspiés, le seguí. El tipo iba tan borracho como yo, a lo mejor más, sí, probablemente más aún. Se arrastraba

dando tumbos, y casi se zampó una farola. Me pregunté si se iba a morir así, dándose un cabezazo contra un poste. Qué muerte más tonta sería esa. Me pregunté si le darían un premio Darwin de esos. Cruzó la calle por donde le vino en gana y un coche pitó, casi llevándoselo por delante. Pensé que aquel tipo era un peligro para sí mismo, así era difícil evitar que se matara estúpidamente.

Lo seguí un par de calles más abajo, y entonces vi que buscaba en su bolsillo y sacaba un puñado de llaves. Hizo pitar un coche y se acercó a él. Comprendí que el muy gilipollas pretendía largarse a casa conduciendo.

—Eh, espera, el del coche —le llamé, el tipo se detuvo y me miró confuso.

Yo me acerqué, vi que seguía transparente.

—¿Qué?

—Chssstt —le mandé callar —Espera, escucha...

Esperó y escuchó, y yo también. Pero claro, no había nada que escuchar. Yo esperaba con él, esperando que dejara de ser transparente, pero no, seguía desvaneciéndose.

—¿Qué? —repitió con voz pastosa, bizqueó los ojos.

Entendí que si iba a tener un accidente, no cambiaba nada esperar, no iba a estar en el peor lugar en el peor momento, no era una cuestión de suerte. El problema era que estaba jodidamente ciego e iba a conducir. Probablemente se daría una hostia contra un poste, o un muro o algo.

—¿No lo oyes? —insistí —Viene de allí.

Señalé tras él, y cuando miró, le quité las llaves de la mano. Se miró la mano vacía y luego me miró a mí, confuso. Yo di un paso atrás y le estudié, comenzaba a estar menos transparente, casi normal.

—¡Eh! —protestó —Dame las llaves.

—Estás muy borracho —protesté.

—¡Dame las llaves, joder!

—Sé que no me crees, pero te vas a dar una hostia con el coche y te vas a matar. Y a lo mejor hasta matas a alguien más, lo que es aún peor...

—¡Dame las putas llaves! —grité.

—¡Tengo superpoderes! —grité, cuando el tipo fue a dar un paso hacia mí con gesto agresivo, alcé la mano hacia él, como si mis superpoderes se manifestaran a través de mi brazo y pudiera paralizarle o algo.

El tipo me miró totalmente perplejo.

—Soy como Superman pero sin capa —expliqué, que se le va a hacer,

yo también estaba bastante borracho —y con los calzoncillos por dentro.

—Te voy a partir la cara Clark Kent de los cojones —fue a avanzar hacia mí, pero viéndomelas venir, eché a correr, poniendo un coche aparcado de distancia entre aquel tipo y yo.

—Te lo digo por última vez, dame las putas llaves.

Yo miré alrededor. Había un cubo de esos de vidrio para reciclar, avancé hacia él y tiré las llaves por el agujero.

—¡No! —gritó, corriendo hacia allí.

Yo vi que la transparencia desaparecía. El tipo metió la mano estúpidamente, como si fuera a alcanzar las llaves. Como mucho se cortaría la mano con vidrio roto. Me alejé unos pasos de él, con el suficiente buen juicio para saber que en que diera por perdidas las llaves, volvería su atención a mí. Efectivamente, se volvió hacia mí hecho una furia.

—Sé que no me crees, pero te he salvado la vida. Soy el puto Superman.

—Cuando te coja te mato —echó a correr hacia mí.

Yo eché a correr también, y mientras corría como alma que lleva el diablo, bueno, o así me veía yo en mi cabeza, lo más probable es que corriera dando tumbos tristemente... me pregunté si en ese momento estaría transparente yo. Corrí como no había corrido en mucho tiempo, o eso creo... En cualquier caso, tuve la suerte de que aquel tipo estaba más borracho que yo, y tras un par de calles, y muchos “hijo de puta, te voy a partir la cara” y demás, conseguí dejarlo atrás.

La carrera me sentó como una patada en el hígado y acabé vomitando un par de calles más abajo. Cuando conseguí recomponerme, me encaminé hacia la parada de bus más cercana. En el móvil me encontré un par de mensajes de whatsapp, Raúl preguntaba dónde coño estaba y me informaba de que se iban a comer un kebab.

—“Me he ido a correr” —le expliqué.

—“Que guarrillo” —me contestó. Me lo imaginé meándose de risa, yo me reí también.

—“Ese correr no” —protesté —“Había un tipo transparente, le quité las llaves y tuve que correr. Me voy a casa. Estoy muy borracho”.

La respuesta no tardó mucho en llegar.

—“Bruce Willis está muerto”.

—Será gilipollas —me reí.

El viaje en bus y como entré en mi casa no quedó registrado en mi memoria.

Capítulo 6. La más absoluta nada

Al día siguiente me levanté muy resacoso y sabiéndome un imbécil por haberme pasado con el alcohol. Quería estar fresco cuando viera a Marta y no hecho unos zorros. Una vez busqué en google lo de estar hecho unos zorros, resulta que no tiene nada que ver con el animal, sino que la expresión viene de un antiguo plumero que se llamaba zorro, y que después de muy usado pues se veía hecho un desastre. Qué cosas ¿eh?

Escribí a Marta a la hora de comer para acabar de especificar la hora para el cine, dejando caer si no preferiría dejarlo para el lunes, porque la verdad que yo sí lo prefería. No contestó.

Me fui inquietando a medida que avanzaba la tarde y seguía sin contestar. Decidí llamarla, pero no me cogió el teléfono. Me planteé ir a su casa y llamarla al timbre, pero si no contestaba al móvil, no creía que fuera a contestar al timbre. Le escribí un par de mensajes más, pero no me salían siquiera como leídos. A lo mejor le habían robado el móvil y por eso no estaba mirando sus mensajes, podía ser sólo eso y no hacía falta emparanoiarme.

Como seguía resacoso, no intenté ir a su casa ni hice nada más que intentar volver a llamarla. De nuevo no contestó. Estuve preocupado toda la tarde. No podía dejar de pensar que le podía haber pasado algo, que mi previsión de que iba a morir podía haberse cumplido. También podía ser que hubiera decidido pasar de mí, o que estuviera con resaca, como yo, o, sí, que le hubieran robado el puto móvil. Ojalá le hubieran robado el puto móvil.

Por la noche no dormí bien. Me desperté varias veces, inquieto, soñando que a Marta le había pasado algo horrible, soñando que estaba muerta.

A la mañana siguiente me despertó el teléfono, contesté con voz pastosa.

—¿Carlos? —preguntó una voz de hombre.

—Sí, soy yo —murmuré, todavía somnoliento.

—Le llama el inspector Villalba —se me heló la sangre en las venas.

—¿Es... es la policía? —balbuceé.

—Sí, señor. Verá, nos gustaría hablar con usted...

—¿Es Marta? —interrumpí —¿Está bien? ¿Le ha pasado algo?

El hombre carraspeó.

—Preferiríamos hablar con usted en persona...

—Dios mío —balbuceé, sentí ganas de vomitar, me estaba mareando.

—¿Podría pasarse por la comisaría durante la mañana? Por la central, pregunte por el inspector Villalba.

—Está muerta ¿verdad? —se me escapó, el policía se quedó en silencio —¿Está muerta?—exigí, con el corazón en un puño.

El inspector permaneció en silencio un instante antes de contestar.

—Sí, señor, fue hallada muerta anoche.

Como si todavía tuviera resaca, con el estómago revuelto y todo el peso de la culpa sobre los hombros, me dirigí a la comisaría. Pregunté por el inspector Villalba. Me vino a buscar un policía joven con gafas que tenía pinta de pringadete recién salido de la academia.

—Soy el agente Ramírez, sígame —me dijo.

Me condujo hasta un pequeño despacho a través de una sala con mesas y ordenadores, llena de policías yendo y viniendo. En el despacho me esperaba un hombre que rondaría los cincuenta, vestido de traje con chaleco gris y gafas.

—Soy Carlos, me han llamado esta mañana —me presenté.

El inspector me miró atentamente, casi parecía sorprenderle verme allí, lo cual no dejaba de sorprenderme a mí ya que él me había pedido que fuera a verle.

—Soy el inspector Villalba —se presentó —Tome asiento, por favor.

Me dejé caer en la silla frente a su mesa, respiré hondo.

—Le dejo esto aquí —dijo el agente Ramírez, apoyando sobre la mesa una carpeta marrón que llevaba en la mano, después se largó de allí dejándonos solos.

—¿Qué ha pasado? —me lancé apenas el agente se hubo ido.

El inspector me observaba, estudiándome con descaro.

—Anoche las compañeras de piso de la señorita Aguilar regresaron a casa después de pasar el fin de semana fuera y encontraron a Marta Aguilar sin vida.

—¿Qué le pasó?

—Fue víctima de un crimen.

Me quedé helado. De todas y las muy variadas formas en que había imaginado la muerte de Marta, ninguna había sido un crimen.

—¿La han matado? —me parecía increíble, surrealista.

—Así es —confirmó el inspector.

—¿Cuándo...? ¿Cómo...? —pregunté horrorizado.

—Fue atacada el sábado de madrugada cuando volvía a casa de una

fiesta de cumpleaños.

—¿El sábado? —balbuceé perplejo, recordé su respuesta a mi whatsapp, la carita sonriente, tenía que haber sido después de aquello —¿Cómo...? — insistí.

El inspector dudó sobre qué contestar a eso, supongo que planteándose cuánto podía contarme, cuando un policía de unos treinta y cinco años y expresión de mala leche se asomó al despacho y le hizo un gesto al inspector.

—Déme un minuto —pidió, y salió fuera.

Miré al inspector hablar con el policía del gesto de mal humor, distinguí como me dirigía miradas malhumoradas. Dado que no me conocía, interpreté que no era nada personal, debía de ser el tipo de gente que mira cabreado a todo el mundo.

Volví la vista al despacho y lo curioseé, lo único interesante que había allí era una foto familiar en la estantería tras el escritorio, se veía a un Villalba más joven con dos niños. El resto eran cosas de oficina, muebles baratos con carpetas, papeles y demás. Y entonces volví la vista a esa carpeta marrón frente a mí, la carpeta que el agente joven había dejado sobre la mesa antes de irse. Clavé la mirada en ella, parecía que me estuviera llamando. Volví la vista atrás para asegurarme de que nadie me miraba, y la cogí. La abrí y miré dentro.

Me quedé helado al ver la primera foto. Allí estaba Marta, o al menos una macabra versión de ella. Su piel se veía pálida, pero su rostro estaba hinchado, y amoratado, con los labios rojos. Sus ojos marrones estaban abiertos, pero enrojecidos, y... vacíos, como si observaran la más absoluta nada. Pasé las demás fotos con manos temblorosas. Había fotos de su cuello, donde podían distinguirse unas marcas oscuras. También había fotos de sus muñecas y tobillos, donde también se veían marcas. Había fotos de su ropa también, llevaba un vestido blanco y azul, veraniego, que dejaba al descubierto sus piernas blancas. También había fotos de objetos de su habitación, de su armario abierto, de su mesilla de noche...

Oí pasos a mi espalda pero poco me importó.

—Esa carpeta contiene información confidencial de una investigación en curso —protestó el inspector, quitándomela de las manos.

Se me había revuelto el estómago. Me llevé las manos a la boca cuando sentí las primeras arcadas. Apenas tuve tiempo de preguntar por el baño.

—Al final del pasillo —indicó el inspector.

Salí casi corriendo hacia allí, apenas conseguí retener la última arcada

antes de asomarme al váter. Vomité todo el desayuno, adiós al café con leche y las dos magdalenas. Agarrado al váter me arrodillé, acabando de vaciar el estómago.

Me di cuenta de lo raro que resultaba el efecto de un cadáver de verdad. Lo cierto es que parecía un cadáver falso, una actriz maquillada para una serie de televisión, un cadáver del CSI. He visto muchas series y estoy inmunizado a los cadáveres de la tele, incluso cuando te enseñan la autopsia, o el cuerpo ha sido despiezado o algo peor, no impresiona porque es de mentira. No da asco, y tampoco da pena, claro, es un muerto falso y no importa.

Pero este no era un muerto falso. Esas fotos eran de verdad. Marta estaba muerta de verdad. Y le harían una autopsia de verdad, y le sacarían todos los órganos de verdad. Y sus padres y todos sus amigos llorarían por ella de verdad, y ella nunca más volvería a hablar, ni a reír, ni a besar a nadie...

Las lágrimas de las arcadas pasaron a ser lágrimas de tristeza. Recordé todos sus planes de futuro: acabar la carrera, tal vez mudarse a Francia, su viaje a Tailandia... Ya nada de eso importaba. Todo lo que podría haber sido su vida ya no iba a ser. Recordé sus gestos, su expresión, su risa... De repente, de la noche a la mañana, todo se había acabado. Un hijo de puta se cruzó en su vida y ya está, a la mierda, fin. Tuve que hacer un esfuerzo por recomponerme, me limpié la cara con papel y salí del baño con los ojos aún llorosos. Di un respingo al encontrarme al jodido inspector allí dentro esperándome.

—¿Se encuentra bien?

Se aproximó al váter y tiró de la cadena, desvió la mirada al interior antes de hacerlo. Como dudaba que tuviera ningún interés en saber lo que había desayunado, imaginé que quería comprobar si mis arcadas habían sido reales. Se volvió hacia mí y se me quedó mirando.

De repente caí en la cuenta de que no sólo habían matado a Marta, sino que me habían llamado a mí para preguntarme por ello.

—¿Por qué estoy aquí? —murmuré.

—Estamos contactando a los amigos y conocidos de la señorita Aguilar para preguntarles por lo ocurrido, por si saben algo de lo ocurrido el sábado o conocen de alguien que pudiera querer hacerle daño...

—Yo no sé nada, no —negué a la defensiva.

—Carlos... por cierto, ¿sus apellidos son?

Caí en la cuenta de que si me habían localizado por el móvil de Marta, como parecía lógico, ella no me tenía guardado con mis apellidos sino que en el móvil de Marta yo aparecía como Carlos Tío Raro. Observé al inspector, de repente asustado, ¿es que sospechaban de mí? Marta había sido asesinada y en su móvil había un chico al que ella acababa de conocer y al que había apodado Tío Raro. Pues no había que ser Colombo para sospechar de ese Tío Raro, en este caso, y para mi mala suerte, yo. Mierda. Tragué saliva nervioso.

—¿Por qué no hablamos en mi despacho?

Lo de salir del baño en el que acababa de vomitar me pareció buena idea. Me lavé la cara en el lavabo y me enjuagué la boca, mientras pensaba que todo aquello no podía estar pasando. Al volverme hacia el inspector vi que me ofrecía un caramelo de menta para la tos. Muy considerado por parte de alguien que debía de estar preguntándose si yo era un asesino. Lo cogí para quitarme el sabor amargo de la garganta.

Volví al despacho con el inspector. Sentía que estaba en un mal sueño, aquello no tenía ningún sentido. Cuando, así para mejorar la situación ya de por sí bastante penosa, reconocí a alguien al otro lado de la sala de escritorios a la que daba el despacho del inspector. Rápidamente entré en el despacho donde esperaba el otro policía, el de gesto de mal humor. Me hundí en el asiento frente al escritorio.

—Este es el subinspector Ortiz —explicó el inspector —Trabaja conmigo en el caso de Marta —yo asentí sin mucho interés, agazapado volví la mirada atrás, a la sala de ordenadores, intentando distinguir si me había visto.

—¿Puede decirme sus apellidos, Carlos? —pidió el inspector.

—Castillo Ruiz —vi que los anotaba.

—¿Profesión?

—Estoy en paro —no me pareció que eso me hiciera quedar muy bien pese a que yo no tenía la culpa de estar en paro —Soy ingeniero —añadí, eso queda mucho mejor.

Me asomé para mirar el papel en el que escribía, a ver si ponía lo de ingeniero, no quería que lo dejara sólo en parado.

—¿Edad?

—Veintiséis —lo anotó también.

Volví de nuevo la vista atrás, hacia la sala de ordenadores, pero desde donde estaba ya no la veía, no podía estar seguro de si me había visto o no.

—¿De qué conocía a la señorita Aguilar? —preguntó el subinspector.

Yo le miré pensativo, indeciso sobre qué decir.

—¿No tienen que decirme lo de que tengo derecho a no declarar, y que tengo derecho a un abogado? No me lo han dicho —protesté, el inspector me miró perplejo.

—No está detenido y no le estamos acusando de nada —aseguró.

Le miré escéptico, era obvio que sospechaban de mí.

—¿Y si quiero un abogado? —insistí —Tengo derecho a uno ¿verdad? Puedo no testificar sin mi abogado.

—¿Sabe lo caros que son los abogados?

—Pero tienen que ofrecerme uno ¿no? De oficio. Estoy en paro, no tengo dinero.

—No le estamos acusando de nada, así que no. Los abogados de oficio sólo pueden pedirse cuando es necesario un abogado, y no lo es para contestar a unas cuantas preguntas sin estar acusado de nada —objetó el inspector, confuso por mi reacción.

—Esto no es una puta película americana —resumió el subinspector Malaleche. Pensé que el pelo de su entrecejo ayudaba de todas todas a darle ese aire de malhumor permanente.

—¿Seguro que no me están acusando de nada?

—¿Deberíamos? —gruñó el subinspector.

—Sólo queremos hacerle unas preguntas sobre la señorita Aguilar, eso es todo.

—Ya, eso es lo que dicen siempre, sólo unas preguntas, pero he visto muchas pelis y series, y todos la cagan por hablar —en *The Closer* la rubia los engaña a todos mintiéndoles y haciéndoles hablar.

—¿Los culpables la cagan por hablar, dices? —gruñó el subinspector. Me di cuenta de que ahora me resultaba difícil no mirarle el entrecejo cuando hablaba, era como si todo lo que ocupara su cara fuera su entrecejo peludo.

—O el pringado de turno que parece culpable pero sólo tiene mala suerte —corregí, ese era yo.

—Tanto en las películas como en la realidad, pedir un abogado cuando no hay nada que ocultar incita a la policía a sospechar —opinó el inspector. Le miré inseguro, a lo mejor sí que estaba exagerando un poco con todo aquello... —Carlos, no le estamos acusando, no está detenido —insistió el inspector —Le repito que sólo le hemos llamado para hacerle unas preguntas.

—Yo no tuve nada que ver con la muerte de Marta. Y en cuanto al apodo, era una broma nuestra.

El inspector me miró como si no supiera de qué le hablaba.

—¿El apodo?

—Por eso no sabíais mis apellidos. No soy imbécil.

—Es una broma poco oportuna dada la situación —juzgó el inspector.

—Ya, es que he tenido muy mala suerte, pero era una broma. Había quedado con ella para ir al cine, si tú conoces a un tío raro, y me refiero a raro de que da miedo, no le das tu teléfono ni quedas con él para ir al cine ¿no? Era una broma.

Me revolví en mi silla, inquieto. No me gustaba la policía ya en general de antes, y en ese momento menos.

—¿Por qué no nos habla de su relación con la víctima?

—Éramos... —no supe cómo definirlo —amigos.

—¿Sólo eso?

De repente llamaron a la puerta y abrieron sin esperar respuesta. Volví la vista atrás y me hundí un poco más en la silla, pero de poco iba a servirme, aquella silla no me iba a hacer invisible. Lorena se asomó al despacho y me miró perpleja.

—¿Carlos?

No supe qué hacer, así que me limité a acabar de hundirme en el asiento, como si la silla sí pudiera hacerme desaparecer de alguna manera mágica. Obviamente no era así, ya me hubiera gustado.

Capítulo 7. Coartada de amigos borrachos, pero

coartada

—¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó alarmada.

—Disculpe, señorita, pero no puede entrar aquí —protestó el inspector, molesto por la interrupción.

Distinguí al subinspector Cejasjuntas hacer un gesto al agente Pringadete que estaba fuera en la sala, y que al momento entró al despacho para llevarse a Lorena.

—¿Por qué está él aquí? —exigió con sus aires de abogada mandona, o puede que sólo preguntara preocupada por mí —¿Carlos, estás bien?

—Carlos está perfectamente, sólo estamos haciéndole unas preguntas.

—¿Sobre qué? —preguntó confusa.

Entonces distinguió la carpeta encima de la mesa, la que yo había tomado “prestada”. Una de las fotos sobresalía, la cogió antes de que nadie tuviera tiempo de evitarlo. Apenas tuvo tiempo de echarle un vistazo rápido antes de que el subinspector Malaleche se la quitara de las manos.

—Eso es confidencial, señorita...

—Señorita Rivas.

A mí aquellas fotos me habían hecho vomitar, pero Lorena aguantó estoica como si nada. Tal vez había visto cosas peores en alguno de los casos que llevaban en su despacho, aunque sabía que no llevaban tantos casos de delitos violentos, desde luego no de asesinatos, sino que se dedicaban sobre todo a temas de tráfico, peleas y robos...

—¿Sobre esto le están preguntando a Carlos?

Los policías la miraron molestos porque no sólo irrumpiera allí, sino que encima se pusiera a hacer preguntas. Al volverse hacia mí yo bajé la vista, mi gesto le sirvió de respuesta.

—Señorita Rivas, le ruego abandone el despacho, ahora —pidió el inspector —Esto es un asunto de la policía que no le concierne...

El agente Pringadete cogió a Lorena del brazo, ella se volvió hacia él.

—Disculpe, ¿podría soltarme? —pidió, en tono cordial, pero desviando una mirada de hielo de las manos del policía a su cara. El agente se achicó como un perrillo y la soltó.

Lorena se volvió hacia el inspector con gesto sereno.

—Soy la abogada del señor Castillo ¿Está detenido? ¿Van a presentar

cargos?

El inspector gruñó de mal humor, mi interrogatorio le estaba dando muchos más problemas de lo que había previsto.

—No eres mi abogada —protesté yo —Quiero otro abogado —pedí al inspector.

Este me miró confuso.

—Soy tu abogada —repitió ella enfadada.

—Sólo eres una becaria mal pagada. Quiero otro abogado, uno mejor.

—Soy abogada colegiada ejerciente —bufó —Y agradecido tendrías que estar.

—Claro, agradecido a ti siempre —gruñí.

Me mantuvo la mirada cabreada, pero lo cierto es que aunque no la quisiera cerca, no acababa de parecerme mal tener algo de representación legal frente a la policía.

—Disculpad —interrumpió el inspector, mirándonos alternativamente preguntándose qué rollo nos llevábamos —El señor Castillo no está detenido y no pretendemos acusarle de nada. Sólo le hemos llamado para hacerle unas preguntas, no necesita un abogado.

—Me gustaría tener unas palabras con mi cliente antes de que prosigan con sus preguntas —anunció Lorena. Yo la miré alarmado.

—No tengo nada que hablar contigo —protesté, malo era tener que dar explicaciones a la poli ¿pero dárselas a Lorena?

Ella me miró enfadada otra vez.

—Ya ve, su cliente no le quiere aquí —apuntó el subinspector.

—Tampoco he dicho eso —objeté yo, porque era verdad que no había dicho eso, y porque además el subinspector Cejasjuntas no me caía bien.

—Si Carlos no es sospechoso, y no le están acusando de nada, no les importará que esté presente mientras le preguntan —opinó Lorena.

Mientras el inspector gruñía por lo bajo, ella volvió la vista atrás. Yo miré también, imaginando que se estaría preocupando por su verdadero cliente que debía de estar detenido o en la sala ahí fuera, y de ahí que ella estuviera en la comisaría. Distinguí entonces al abogado repeinado con el que me había puesto los cuernos, Lorena le hizo señas.

—Vamos, no me jodas —bufé yo al ver que se acercaba.

—¿Lorena? —se asomó al despacho.

Me miró hundido en la silla sin saber qué pensar. Yo le miré a su vez, era verle su cara de pijo gilipollas y entrarme unas ganas de darle una

hostia...

—Miguel Ángel, estos agentes están interrogando a un cliente nuestro por una investigación de asesinato.

El gilipollas repeinado me miró intrigado. Creo que por mis vaqueros y mis zapatillas rotas, consideró que no tenía suficiente dinero para ser cliente suyo.

—Pero tenemos que ir al juzgado... —objetó.

Me miró con desinterés, yo a él con odio, Lorena le hizo gesto de que la siguiera fuera. Gilipollas repeinado cabrón...

—Volvemos enseguida—avisó Lorena, se volvió hacia mí y me hizo un gesto de advertencia, me mandaba callar, no hacía falta que usara palabras para entender el mensaje.

Salieron al pasillo. Yo les miré a través de la cristalera del despacho, parecían discutir. Entonces ella tiró de él y se lo llevó hacia el final del pasillo. Me incliné tanto para ver a dónde iban que casi me caigo de la silla. Volví la vista a los policías que me miraban perplejos.

—No vas a hablar hasta que no vuelvan ¿no? —gruñó el inspector.

Negué con la cabeza, me parecía buen consejo no decir una palabra sin mi abogado.

—No necesitas abogado, sólo queremos saber de tu relación con Marta. Si esa chica te importaba algo querrás que encontremos a quien la ha matado ¿no? Con todas estas tonterías nos haces perder tiempo.

Quise defenderme, decirles que era culpa suya si perdían el tiempo haciéndome preguntas a mí, que no tenía nada que ver con la muerte de Marta. Pero opté por cerrar la boca y bajar la cabeza. El inspector soltó un gruñido perruno y el subinspector una palabrota. Y nos quedamos en silencio, los dos policías mirándome con cara de mal humor, yo esperando con la vista gacha. Fueron un par de minutos un tanto incómodos.

—Inspector, subinspector —volvió el repeinado —El señor Castillo es cliente nuestro y querríamos estar presentes mientras le hacen sus preguntas.

—Sólo queremos que nos hable de Marta y de su relación con ella.

Todos se volvieron hacia mí.

—Éramos... amigos —repetí.

—¿Tenían una relación romántica? —insistió el inspector.

Yo noté como Lorena se ponía tensa.

—Algo así.

—¿Erais pareja? ¿Os acostabais? —insistió el subinspector, tratando de

clarificar aquello.

—A lo mejor —contesté, atento a Lorena que se sonrojó hasta la raíz del pelo.

—Eso es un sí o un no —gruñó el inspector confuso.

Yo dudé un instante.

—No —reconocí, porque una cosa era putear a mi ex y otra era liar las cosas con la policía en un caso de asesinato —No nos acostábamos. Acabábamos de conocernos.

—No te acostabas con ella pero esperabas llegar a hacerlo —observó el subinspector.

Pues lo había definido bastante bien. Yo asentí.

—La conocí hace unos días y quedamos para tomar una par de cervezas y... nos besamos. Sólo nos besamos, no pasó nada más —lo repetí sabiendo que Lorena seguía tensa —Íbamos a volver a vernos, el domingo habíamos quedado para ir al cine pero no... —ella no había contestado y yo no había hecho nada, me había pasado el domingo con resaca en mi casa mientras ella estaba muerta en la suya —No quedamos, no pudo ser por razones obvias...

—¿Has estado alguna vez en su casa?

—El jueves la acompañé después de las cervezas.

—Le acompañaste a su casa —repetió el subinspector como si aquello significara mucho más de lo que significaba —¿Cuánto tiempo te quedaste allí?

—Nada, como cinco minutos. La acompañé, nos besamos, y me fui. Y ya está. Su compañera de piso estaba también ahí, se lo puede decir.

—¿En qué habitaciones de su casa estuvo? —intervino el inspector. Yo le miré confuso —Es el escenario de un crimen.

—Pues... en el baño, fui al baño. Obviamente estuve en el pasillo, y también estuve en la entrada, ahí nos besamos.

—¿Y en el dormitorio?

Recordé que las fotos parecían estar hechas en la cama.

—No, a su dormitorio no entré.

—¿Le hizo algún regalo? ¿Le envió algo tal vez?

Le miré confuso por la pregunta.

—Le regalé una alfombrilla de baño —recordé —De esas para no resbalar en la bañera. Habrá huellas mías en la bolsa, y en el envoltorio de la alfombrilla —todos me miraron sorprendidos —Fue un regalo —expliqué.

—¿Le regalaste una alfombrilla para la bañera? —casi escupió el

subinspector, expresando en voz alta la sorpresa que sentía él y todos.

—Me preocupaba por su seguridad —me defendí, me sentí triste al pensar en que no había servido de nada.

—¿Había algún motivo para que debieras hacerlo? —preguntó el inspector.

—Pues... no —murmuré.

—¿Le regalas alfombrillas de bañera a todas las chicas que conoces? —gruñó el subinspector Malaleche en tono acusador.

—Las tías valoran los regalos originales —me defendí yo, el subinspector me miró escéptico —No hay nada malo en preocuparse por el bienestar de otras personas.

—Carlos tuvo un accidente de moto recientemente, desde entonces la seguridad es una prioridad para él —intervino Lorena.

—¿Un accidente?

—Fue culpa del otro —asegué yo rápidamente.

—Busquen el acta policial, un conductor se saltó un semáforo y le envistió, la policía local intervino. Carlos sufrió varias lesiones graves: tres costillas fracturadas, un pulmón perforado y fractura de clavícula, además de varias contusiones por todo el cuerpo —yo miré a Lorena sorprendido de que estuviera tan al día, desde luego ella y mi madre habían estado hablando de mí mientras estaba en el hospital —Carlos ha estado ingresado durante semanas, y desde entonces está en rehabilitación. Todavía tiene movilidad reducida en el lado derecho.

—Hombre, que tampoco estoy parálítico —protesté.

—¿Qué tipo de movilidad reducida? —se interesó el inspector.

Haciendo un esfuerzo alcé mi brazo tanto como daba de sí, que no era mucho, desde luego no más arriba del hombro. El inspector observó el movimiento con atención.

—Va a mejor —asegué —Estoy yendo al fisio.

—No puede girar el hombro ni levantar peso con el brazo derecho —aseguró Lorena —Carlos es diestro, por lo que su movilidad ha quedado muy limitada —Quise protestar de nuevo porque me siguiera describiendo como un lisiado, cuando comprendí que probablemente parecerlo me ayudaba.

—¿Cuándo dice que ocurrió ese accidente? —Lorena le dio al inspector los detalles de la fecha y el lugar, no tuvo que buscarlo ni nada, se lo sabía de memoria.

—¿Y el sábado por la noche, no vio a Marta?

—No, sólo nos escribimos un whatsapp... Tienen que haberlo visto en su móvil.

El inspector revisó entre los papeles sobre su mesa.

—Le dijiste que pensabas en ella y ella te contestó con un emoticón — leyó el inspector.

—Uno sonriente —aclaré yo, a lo mejor la transcripción que tenía delante no decía qué emoticón era, pero era significativo que fuera el sonriente con mofletes colorados y no otro.

—¿Y después de eso no quedaste con ella? —continuó el subinspector Malaleche —¿No le fuiste a ver a su casa? Ella había mostrado interés y tú sabías dónde vivía.

Miré al subinspector molesto por lo que insinuaba.

—No suelo plantarme de madrugada, y sin haber sido invitado, en casas de tías a las que acabo de conocer... No sé qué leches harás tú los sábados... —el subinspector me miró enfadado.

—¿Qué hizo el sábado por la noche? —se adelantó el inspector, antes de que el subinspector pudiera contestarme.

—Ya que consideran a nuestro cliente sospechoso, nos gustaría tener unas palabras con él antes de que sigan con sus preguntas —intervino Lorena, tensa por el cariz que tomaba el interrogatorio.

La miré molesto porque saliera con esas otra vez. No me hacía falta hablar con ella, tenía coartada, y ella sabía cuál era, conocía mi rutina de los sábados. Además no quería quedarme a solas con ella y con el gilipollas del abogado repeinado para darles explicaciones sobre lo que hacía y dejaba de hacer...

—El sábado salí de fiesta con los amigos —me adelanté.

Lorena me miró molesta porque la ignorara otra vez.

—Cualquiera de mis amigos se lo dirá, pueden preguntarles. Estuvimos bebiendo por la Magdalena como hacemos cada sábado —expliqué, porque sí tenía coartada, de amigos borrachos, pero coartada al fin y al cabo.

—¿Hasta qué hora estuvo con sus amigos?

—Estuvimos bebiendo en el bar donde trabaja una amiga hasta las tres o así, después fuimos a otro bar y estuvimos hasta que cerraron y nos echaron... Se nos harían las cinco pasadas. Después ya me fui a casa en bus.

—¿Estuvo todo el tiempo con sus amigos?

—Hasta que me fui a casa sí. Puedo darles sus teléfonos, llámenles... aunque llamen mejor a Ana, ella suele acordarse de lo que hace borracha.

Era verdad. Raúl, por ejemplo, no retiene nada cuando está mamado. Además prefería que preguntaran a Ana, ella sabía de Marta y de su transparencia, y si tenía que fiarme de alguien para que me cubriera las espaldas, esa era Ana. El inspector me dio un papel para anotar los nombres y números de mis amigos.

—Dices que estuviste bebiendo... ¿Cuánto bebiste? —preguntó el subinspector como si fuera la pregunta más inocente del mundo.

Dudé sobre qué contestar a una pregunta así. Me di cuenta de que aquella era una pregunta trampa, porque no había una respuesta buena. Si decía algo que le pareciera mucho, podía interpretar que se me podía haber ido la cabeza borracho y a lo mejor ni acordarme, pero decir algo que sonara a poco podía interpretarse como que me había estado conteniendo para estar fresco para hacer algo malo más tarde.

—Lo normal —balbuceé.

—¿Qué es lo normal? —gruñó el subinspector —¿Cuántas copas?

—Unas cuantas, no sé...

El subinspector fue a insistir pero Lorena se le adelantó.

—Lo suficiente como para sentir los efectos del alcohol en sus capacidades motoras, pero no tanto como para perder el control o para no recordar después lo que había hecho —clarificó Lorena, bien definido.

El subinspector la miró molesto por su intervención, Lorena le respondió con una mirada fría y una sonrisa.

—Carlos no tiene problemas con el alcohol, ni es violento cuando bebe —afirmó, volviendo la vista al inspector, dejando patente que sabía quién mandaba allí —No perdió el conocimiento y recuerda todo lo que hizo ¿verdad, Carlos? —yo asentí efusivamente.

—¿Alguien le vio llegar a casa?

Le miré pensativo, ni recordaba cómo había llegado a casa, cosa que era mejor no mencionar.

—Mis padres estaban durmiendo —expliqué. Me pregunté si a lo mejor mi madre me habría oído llegar, intentar no hacer ruido al entrar en casa borracho no significa que lo consigas...

—A esas horas es normal que no le viera nadie —opinó Lorena.

—Oigan, yo no he tenido nada que ver con lo que le ha pasado a Marta. El domingo la llamé y le escribí varias veces —señalé el papel que el inspector todavía tenía delante —Mírenlo. No sabía que estaba muerta, quería ir al cine con ella.

El inspector volvió la vista a la hoja.

—Sí, hemos leído sus mensajes. Le pidió varias veces que contestara, diciéndole que se estaba preocupando —buscó en el texto —“Empiezo a rayarme, ya sabes, mi paranoia con la seguridad, di algo ¿ok?” —leyó —Y apenas una hora más tarde: “¿Estás bien? Dime que estás bien ¿ok? Mis mensajes no me salen como leídos. Sólo di algo y me quedo más tranquilo ¿ok?” —el inspector me miró con gesto suspicaz —Estos son algunos ejemplos, pero hay más, y la llamaste cuatro veces a lo largo de la tarde.

—Exacto, la llamé y escribí porque no sabía que estaba muerta.

—Pareces muy preocupado —observó el inspector señalando el papel frente a él —Son muchas llamadas y muchos mensajes.

—Soy un poco pesado —expliqué.

—¿Así que se preocupaba por la seguridad de esa chica sin motivo alguno? —Joder con el inspector de las narices.

—Me gustaba, me preocupaba que pudiera pasarle algo...

—¿Ella estaba preocupada por algo? —reformuló el inspector —¿O por alguien?

—No, ella... no estaba preocupada por nada.

—¿Por qué cuando llamamos enseguida pensó que estaba muerta?

Aquella pregunta me dejó frío. Recapacité la respuesta durante unos segundos que probablemente parecieron demasiados.

—Me llamó la policía, me puse en lo peor...

—Podía haber sido un ataque o un robo... pero pensó que le habían matado.

—No —protesté, dándome cuenta de que me la estaba liando, como la rubia de The Closer —Pensé que tal vez estaba muerta —corregí —Lo de que alguien la había matado lo supe después y me sorprendió, así que no intente liarme.

—Podía haber estado herida, podía haberle pasado cualquier cosa... pero pensó que estaba muerta —insistió, observándome con atención.

—Pues me puse en lo peor porque veo mucho la tele, y porque a lo mejor quería pensar que sólo habría ignorado mis mensajes por un caso extremo... ¡Yo qué sé!

—Podíamos haberle llamado por cualquier otra persona, pero pensó en Marta.

Ahí me tenía, no supe qué contestar a eso.

—Esperaba que la chica le contestara para quedar y como no lo había

hecho se preocupó por ella. Después cuando llamaron conjeturó que era ella, que al fin y al cabo había pasado el día anterior sin contestar a sus mensajes, y una llamada de la policía no suele augurar nada bueno, por lo que se puso en lo peor y pensó que la chica estaba muerta. No hay nada malo en ser exageradamente pesimista ¿no creen? —intervino mi abogado —Desde luego ser pesimista no prueba nada. Estuvo con sus amigos de fiesta el sábado por la noche, eso sí que prueba que no tuvo nada que ver.

El subinspector Malaleche seguía mirándome con gesto de mala leche, pero el inspector Villalba asintió, suficientemente satisfecho con la explicación.

—Si no tienen más preguntas... —se adelantó el repeinado.

—Consulten el parte del accidente, hay una causa pendiente contra el conductor que se saltó el semáforo, pueden revisar el caso para ver las lesiones que le causó a Carlos —añadió Lorena.

El inspector asintió, obviamente era algo que pensaba hacer.

—Si no tienen más preguntas nos vamos —dijo mi nuevo abogado a modo de despedida —Si la policía contacta contigo otra vez, llámame —me dio su tarjeta.

—Llama antes de venir a verles —especificó Lorena, desviando la mirada a los dos policías.

El repeinado salió del despacho con evidente prisa. Yo me incorporé, no muy seguro de si podía irme ya o no. Lorena esperó a que saliera y me siguió, me abordó mientras atravesábamos la sala de ordenadores hacia la puerta.

—¿No la viste el sábado, verdad? —yo la miré sorprendido, mal íbamos si hasta Lorena pensaba que había mentido —¿Ni estuviste cerca de su casa, ni en su casa, verdad?

—No —aseguré —No me presentaría borracho en su casa en mitad de la madrugada sin que ella me hubiera dicho de ir —me miró con expresión incrédula, frunció el ceño —No lo haría con una tía a la que acabo de conocer y con la que aún no me he acostado —aseguré, con una novia ya es otra cosa.

Lorena asintió satisfecha con mi respuesta, tal vez sólo aliviada.

—No tenías que entrometerte, no te necesito —aseguré.

—Yo creo que sí —gruñó ella —Es un asesinato, Carlos, ¿te das cuenta de lo serio que es eso?

—Yo no he hecho nada —protesté.

—Una chica asesinada, y al parecer era tu nueva novia —no se me escapó el retintín con el que llamaba a Marta mi nueva novia —El primer

sospechoso es siempre el novio, y más aún el nuevo novio, o peor aún, alguien que no era nada pero quería serlo.

—Yo no era nada —protesté —O sea, era alguien —las dobles negativas son difíciles.

—La policía te ha llamado para que dieras una coartada, Carlos. Eres sospechoso, y con razón.

—¿Por qué iba a matarla? Ella me gustaba, y me refiero a que me gustaba de verdad —aseguré, no iba a cansarme de repetirle aquello a Lorena.

—Tal vez ella te gustaba más a ti que tú a ella, tal vez no quiso ir tan rápido como querías ir tú, tal vez te pusiste en plan pesado, o celoso... Tal vez todo ese rollo de la preocupación no era más que control y acoso.

—¡Eso son gilipolleces! —protesté, obviamente ese no era el caso, ese no era yo, y Lorena lo sabía.

—Sí, lo son, pero es lo que la policía estará pensando, Carlos. Has tenido suerte de que estuviera por aquí, deberías estar agradecido porque me involucrara, y porque llamara a Miguel Ángel que es uno de los mejores penalistas de la ciudad. Para algo así necesitas un abogado.

Yo me detuve y la miré furioso.

—No te necesito a ti y no necesito al gilipollas de tu novio. No te he pedido nada.

—Deberías estarme agradecido.

—Sí, lo que me faltaba, que tuviera que darte las gracias a ti y al gilipollas ese...

—Miguel Ángel no quería ayudarte, ha sido gracias a que he insistido mucho que le he convencido —protestó.

—¿Qué, se la has ido a chupar al baño para convencerle?

Levantó la mano y me cruzó la cara con una bofetada fuerte y sonora, como las de las películas. Los policías en las mesas más próximas a la puerta se volvieron hacia nosotros, sorprendidos por la escena. Yo me aguanté las ganas de gruñir del dolor, sintiendo como su palma picaba fuerte en mi mejilla.

—¡Eres imbécil! —exclamó, bajó la vista al suelo, tal vez arrepentida por su arrebató —Miguel Ángel y yo ya no... ya no estamos juntos.

—¿Qué ha pasado? ¿Una vez que conseguí follarte perdiste interés? —su mano aún picaba en mi mejilla y yo seguía, no tengo filtro.

Esta vez la vi venir y le detuve la mano antes de que me cruzara la cara por segunda vez.

—Estate quieta —protesté, intentando agarrarle las manos para que dejara de intentar pegarme.

—¡Eres un gilipollas! —se dio media vuelta hecha una furia y se alejó.

—El que se ha cansado de follarte es él, no yo —le recordé.

Cabreada, se volvió de nuevo hacia mí, no sé si más ofendida por mis palabras o avergonzada porque hubiera dicho aquello en voz alta dejando que los policías más próximos lo oyeran. Dio un paso hacia mí como si fuera a volver a atacarme, y al mismo tiempo yo di un paso atrás y choqué con el marco de la puerta a mi espalda.

Se arrepintió, giró sobre sus talones y salió de la comisaría dando largas zancadas, con sus tacones resonando por el pasillo. Yo volví la vista hacia los policías que habían atendido a la escenita entre sorprendidos y divertidos. Pensé que para ser policías habían dejado que ella me atacara sin mover un dedo. Menuda mierda de policía y de protección al ciudadano. Bajé la vista y salí de la comisaría con tanta dignidad como me fue posible.

Capítulo 8. Jodidamente obvio

Tomé el camino de vuelta a casa sin poder dejar de pensar en Marta y en aquellas fotos tuyas. Me di cuenta de que tenía que hablar de aquello con alguien, y sólo había una persona con quien pudiera hacerlo y ser totalmente sincero. Me dirigí al Campus y entré en la biblioteca donde estudiaba Ana. Al verme ni le hizo falta que le dijera nada para darse cuenta de que necesitaba que saliera. Se quitó los tapones de colores y me siguió a la calle. Buscamos un rincón apartado de la entrada de la biblioteca, donde se reunían los fumadores y vagos, para poder hablar con calma. Me miró sin decir palabra, expectante.

—Está muerta —expliqué.

—Oh, Dios —susurró, se llevó la mano a la boca, consternada —¿Qué ha pasado?

Yo sentí que se me revolvía el estómago de nuevo, y sentí ganas de llorar. Intenté controlarme.

—La han matado.

Ahora la expresión de Ana fue de pura sorpresa.

—¿Qué? Pero... —balbuceó perpleja —¿Cómo...? ¿Qué ha pasado?

—Alguien la atacó en su casa el sábado de madrugada. La encontraron anoche sus compañeras de piso.

Ana me observaba con la boca abierta, no se lo podía creer. Se sentó y me señaló el bordillo a su lado. Me empezó a hacer preguntas y yo le conté todo lo ocurrido en comisaría. Cuando acabé de hablar me sequé los ojos con el dorso de la mano, me sorbí los mocos. Ana se sacó un paquete de clínex de la riñonera y me dio uno. Me soné. Sin decir palabra tiró de mí hacia ella y me abrazó con fuerza. Sentí que se me escapaban las lágrimas, por mucho que lo intentaba no conseguía contenerlas. Ana me acarició el cuello y la cabeza con gesto maternal.

—Lo siento mucho, Carlos.

Me abracé a ella con fuerza, buscando consuelo en su abrazo. No era sólo la pena, la rabia y la frustración, que bastante eran; lo peor era la culpa. No podía dejar de pensar que Marta estaba muerta porque yo no había hecho lo suficiente por ayudarla. No era la pérdida, que dolía ya bastante de por sí, era la culpa lo que me hacía sentir tan jodidamente mal. Intenté recomponerme porque no quería llorar enfrente de Ana ni enfrente de nadie. Volví a sonarme.

—La verdad es que Lorena se ha portado —la miré sorprendido, ¿y por qué de todo lo que le había contado salía con Lorena? ¿Es que tenía una obsesión con ella o qué? —Carlos, probablemente intentaban cargarte nada menos que un asesinato... Es una cosa seria.

—No hay huellas mías, ni ADN ni nada... Yo no estuve en su casa el sábado. Yo estaba de fiesta, tú estabas también, joder.

—¿Sabes a qué hora la mataron? —miré a Ana confuso, la verdad es que no lo sabía y esa era una pregunta realmente importante, ¿y si la habían matado después de irme yo a casa? —Yo me fui con Carmen cuando cerró el bar, serían las cinco menos cuarto o así... Os dejé decidiendo si ir a comer un kebab o a tomar otra, ¿qué hicisteis al final? —insistió Ana —¿Y qué le digo a la policía si me llaman?

La miré sorprendido porque hiciera una pregunta con una respuesta tan simple.

—Diles la verdad.

—Yo me fui antes que vosotros, ¿qué pasó después? ¿Estuviste todo el tiempo con los demás? ¿Volviste a casa con alguien?

Me quedé blanco al pararme a pensarlo.

—A eso de las cinco, cuando estábamos ya fuera del bar, me separé de los demás... Vi a un tío transparente que se iba a dar una hostia con el coche y le seguí para evitarlo. Volví a casa solo.

—Mira, Carlos, yo diré que estuve toda la noche contigo, y que bebimos todos juntos y que no te pasaste de beber... pero no volvimos juntos a casa, y si miento podría complicarlo todo más, porque el resto te vieron quedarte más tiempo, y si les preguntan a ellos y ven que he mentado por ti...

—No quiero que mientas —aseguré, sorprendido porque siquiera se lo planteara, no es que pareciera importarle mucho lo que era mentir a la policía, su preocupación parecía ser exclusivamente que la mentira no cuadrara.

—No tengo ningún tipo de confianza en la poli, ya lo sabes. No me fío de que intenten llegar al fondo de esto. Tú, con la mierda del apodo del móvil, y siendo su nuevo noviete, tienes todas las papeletas... Así que haz el favor de llamar a Lorena si se vuelven a poner en contacto contigo.

—Creía que no querías que volviera a hablar con ella nunca.

—No quiero que vuelvas a salir con ella, pero no quiero que te acusen de asesinato. Es abogada y te puede ayudar. Además, los abogados son muy caros, seguro que te hace algún descuento... Si le haces sentir suficientemente culpable igual ni te cobra. Llámala.

—¿Y al gilipollas al que se tiraba?

—Es un abogado ¿no? Y uno bueno —insistió.

Me pregunté cómo Ana podía ser tan racional y cínica a veces, con lo sensible que era normalmente. Refunfuñé por lo bajo y volví a sonarme la nariz.

—¿Y... qué le hicieron? ¿Cómo murió?

Me di cuenta, sorprendido, de que no lo sabía, la policía no me lo había llegado a decir. Recordé las marcas de su cuello y su cara hinchada.

—Creo que la estrangularon.

—¿Y la estrangularon y ya está? —murmuró Ana.

La miré sorprendido.

—¿Te parece poco?

Dudó.

—Sí —reconoció —¿Cómo... cómo eran las fotos?

Le expliqué lo que había visto, fotos de los objetos del cuarto, de su ropa, y de su cara hinchada y amoratada, de las marcas en el cuello, y de las marcas también en muñecas y tobillos.

—¿Marcas en muñecas y tobillos? —dijo un suspiro —Joder...

La miré sorprendido por aquel suspiro tan sentido.

—¿Qué? ¿Qué... qué crees? —balbuceé, no me gustaba cómo sonaba ese suspiro.

—Pues que... la ataron ¿no? Por eso las marcas. Y dices que estaba en la cama, así que... parece lógico que...

—¡Joder, Ana! —protesté al comprender.

Me llevé las manos a la cabeza, ni siquiera se me había pasado por la cabeza, claro que ahora que Ana lo decía parecía totalmente lógico. Una chica estrangulada y atada en la cama. Sí, era jodidamente obvio.

—Lo siento, Carlos.

—Pero estaba vestida —objeté, eso era buena señal ¿no? —Pudieron atarla para... no sé, retenerla y poder... ¿robar la casa?

—¿Robaron algo?

Dudé, me encogí de hombros.

—No lo sé... —no, probablemente no, ¿qué mierdas iba nadie a robar en un piso de estudiantes?

—Dices que llevaba un vestido corto, de manga corta ¿no?

—Sí, azul con... como florecitas —expliqué.

—No parece un vestido para salir un sábado, y menos a mediados de

marzo, no hace tanto calor...

—¿Dices que el que la atacó... le puso ese vestido?

Se encogió de hombros. Me quedé callado pensando en las fotos, en sus piernas blancas descubiertas, el vestido... Recordé que tenía los labios pintados de rojo.

—Tenía los labios pintados de rojo.

—¿Los solía llevar así?

—Yo no se los había visto pintados, pero a lo mejor sí para salir.

—Pocos pintalabios aguantan toda una noche de fiesta.

Volví a mirarla confuso por aquella afirmación.

—¿Me estás diciendo que la ató a la cama, la violó, y le puso un vestido de niña buena dominguera y le pintó los labios de rojo? ¿Eso estás diciendo, Ana?

Ana se encogió de hombros.

—Tal vez no en ese orden...

La miré perplejo, por la idea de que pudiera haber un loco que hiciera algo así, y también sorprendido por la frialdad de Ana al hablar de todo aquello. Me di cuenta de que para ella era diferente porque ella no conocía a Marta, sólo había oído hablar de ella por mí. No le ponía cara, no le ponía gestos, ni voz, ni una forma de reír... Para Ana, Marta sí era un muerto falso de los de CSI.

—Lo siento, Carlos, estoy siendo una insensible. Debería dejar el tema, yo... no quiero hacerte sentir aún peor.

—No, está bien —aseguré, quería seguir hablando del tema, quería que Ana siguiera dándome su opinión, obviamente veía la situación con más objetividad que yo —Crees que un jodido psicópata la atacó, le vistió así y la violó... —respiré hondo, sintiendo las lágrimas al acecho, aquello era aún peor de lo que había pensado.

—Hay gente que está muy jodida de la cabeza, Carlos.

Asentí con la vista gacha.

—La atacó cuando volvía borracha de fiesta, la ató, probablemente a la cama, para violarla y después la estranguló —recapitulé, resultaba difícil de asimilar.

—Suena a que ese tío es un puto cobarde de mierda.

Asentí, eso era justo lo que ese cabronazo era.

—¿Crees que la eligió a ella por casualidad? ¿Que la vio por la calle, tal vez sola y borracha... y la siguió a su casa? —preguntó Ana inquieta, puede

que un poco asustada con la idea de que la víctima hubiera podido ser cualquiera —¿O crees que ese tío la quería a ella específicamente? Puede que fuera un loco obsesionado con ella, que la acechara... ¿Te mencionó algo raro cuando quedaste con ella?

Yo negué. También la policía me había preguntado si Marta estaba preocupada por algo o alguien, pero no me lo había parecido.

—Sus compañeras de piso no estaban este fin de semana. Si la eligió por casualidad, entonces ese cabrón tuvo mucha suerte de que Marta estuviera sola en casa... Por otra parte, si alguien la acosaba no creo que ella lo supiera, no me dijo nada.

—A lo mejor tenía algún ex novio tocado de la cabeza pero no quiso sacar el tema. Y aunque hubiera notado a algún desconocido siguiéndola o rondándola, tampoco creo que te lo hubiera contado, esa no es conversación para una primera cita...

—No estaba preocupada ni asustada por nada. Y si hubiera creído que alguien la acosaba, un desconocido, cuando le entré en el Campus habría sospechado de mí ¿no? —Ana ladeó la cabeza pensativa y asintió —Mostró desconfianza, sí, pero nada más allá de lo normal, y me dejó acompañarla a su casa, y me escribió para quedar...

—Sí, vale, si la acechaba algún loco ella no lo había notado.

Yo asentí pensativo. De nuevo me vinieron a la cabeza aquellas horribles fotos.

—Ese rollo del vestido y el pintalabios... Parece que ese tío recreaba una escena ¿no crees? A lo mejor no es la primera vez que hace algo así.

Ana lo pensó un instante y asintió, sonaba razonable.

—Si recreaba una escena, y la quería vestida de una determinada manera, probablemente no le bastara cualquier chica, sino que buscaría a una chica con un cierto aspecto, que encajara en un perfil... Y una puesta en escena así lleva tiempo, sería lógico que atacara a una víctima que supiera sola en casa... —Ana asintió pensativa, de nuevo todo aquello le parecía razonable —Todavía no entiendo bien cómo funciona el rollo de la transparencia pero... transparentaba desde hacía tiempo, y fue en aumento, así que puede que ese tipo la acechara y su vida peligrara desde hacía tiempo... No creo que la viera por la calle el sábado y decidiera atacarla, no creo que fuera así de aleatorio.

Ana asintió de nuevo. De repente se volvió hacia mí y me miró con mucha intensidad.

—Carlos, tú no podías evitarlo.

Yo aparté la mirada, sintiendo que volvían las ganas de llorar.

—No es culpa tuya, Carlos. No podías saberlo.

—Pero es que sí lo sabía, Ana. Sabía que iba a morir.

—No sabías que un puto loco quería matarla —objetó.

—Ni siquiera fui a verla el domingo. No contestó pero yo no... no hice nada.

—Ella ya estaba muerta el domingo. No podías evitarlo, no es como evitar un accidente o... convencer a un suicida de que no se mate. No podías evitarlo sin saber de qué se trataba y era imposible que previeras lo que ese loco pretendía hacerle.

—Si la hubiera avisado o si... si el sábado hubiera quedado con ella...

—Si ese tío iba tras ella, tarde o temprano habría encontrado la forma de encontrarla desprotegida. No podías evitarlo y no puedes culparte por lo que le ha ocurrido. La culpa es de ese loco hijo de puta, no tuya.

Me miró expectante, quería saber que la creía, yo asentí a regañadientes.

—No quiero entretenerte, Ana, vuelve a la biblioteca.

—¿Qué vas a hacer?

—Me voy a casa.

Me miró con gesto triste, volvió a inclinarse hacia mí y a abrazarme. Yo dejé que me abrazara, sin responder al abrazo esta vez, pero agradecido igualmente por su cariño. Me soltó un sonoro beso en la mejilla y me acarició el pelo.

—Llámame para lo que necesites ¿vale? Si quieres hablar o... lo que sea. Ya sabes dónde estoy.

—Gracias, Ana.

Se levantó y se fue de nuevo a la biblioteca. Yo me quedé aún unos minutos ahí sentado. Sí, la culpa era de ese hijo de puta y yo no podía haberlo previsto, no era culpa mía... Pero resultaba más fácil decirlo que creerlo. Lo cierto es que yo sabía que Marta estaba en peligro y no había hecho nada. Le había regalado una jodida alfombrilla de baño, ese había sido mi plan.

Me intenté convencer de que Ana tenía razón, no podía haber imaginado que un asesino acechaba a Marta, y sin saber qué le iba a pasar no podía ayudarla. De todas las maneras en que había imaginado que podía morir, atacada en su casa por un psicópata asesino definitivamente no había sido una de ellas. De haber pensado en aquello podría haberla alertado, o podría incluso haberle mentado para que me creyera, inventarme que había visto a

alguien raro siguiéndola... cualquier cosa para ponerla sobre aviso.

En verdad, aun no habiendo pensado en un psicópata, sí que podía haberla avisado de que sabía que su vida corría peligro. Tal vez si le hubiera explicado todo, lo del tipo del infarto, y podía enseñarle el vídeo del suicida colgado en youtube... Tal vez me habría creído, o no, pero tal vez habría al menos sembrado una duda que le hiciera ser más cauta, no quedarse sola el sábado o mirar si alguien la seguía por la calle... Tal vez con eso habría bastado para cambiarlo todo.

O tal vez no. Tal vez estaría muerta igual y mi advertencia sólo habría servido para acojonarla y para que no quisiera volver a hablarme, y lo de Tío Raro de mi apodo me lo habría ganado a pulso... Tal vez le habría hablado de mí a otra gente, probablemente a sus amigos, y entonces seguro que la policía estaría totalmente convencida de que yo era el loco que la había asesinado después de advertirle de que iba a morir.

No podía saberlo, no podía estar seguro de cómo habría podido cambiar las cosas, o siquiera de si realmente había algo que pudiera haber hecho para salvarla. Lo que sí sabía seguro es que lo poco que había hecho no había bastado, y ahora Marta estaba muerta.

Capítulo 9. Ni una sola mentira

Salía ya del Campus camino de casa, cuando de repente apareció de la nada el inspector Villalba. Le miré alarmado, preguntándome dónde había dejado la tarjeta del gilipollas del abogado.

—Vamos a tomar un café y desayunas algo —propuso.

Yo dudé, le miré receloso.

—¿Me está siguiendo?

—No eres tan importante —aseguró.

—¿Estaba de casualidad por aquí? ¿En el Campus? —no me lo creía.

—¿En el Campus donde estudiaba la víctima cuyo asesinato investigo y a dos calles de donde vivía? —vale, sí, tenía lógica.

Le miré aún indeciso.

—Yo no tuve nada que ver con lo que le pasó a Marta.

—Venga, que invito yo —insistió.

Sin esperar a que yo contestara, se dio media vuelta camino del bar más próximo. Verle tan convencido de que le seguiría me acabó de convencer, y le seguí.

Se pidió un café solo, yo pedí un café con leche y una napolitana, al menos desayunaría gratis. Se sentó en una mesa apartada, yo me senté frente a él. Me observó atentamente sin disimulo, yo le aguanté la mirada. Pensé que fuera de la comisaría no imponía tanto, o tal vez era por no haber tantos policías alrededor, o a lo mejor era porque el imbécil del subinspector Malaleche no le acompañaba. Me dije que en cualquier caso, sospechara o no de mí, ese señor de chaleco que tenía en frente estaba intentando encontrar al cabrón que había matado a Marta, y eso le honraba.

—¿La violaron? —pregunté, antes siquiera de darle tiempo a que diera el primer sorbo de café.

Me miró sorprendido, supongo que no se esperaba una pregunta tan directa.

—¿Qué te hace pensar eso? —ahora sí dio un sorbo a su café.

—Estaba atada en la cama —era jodidamente obvio.

—En comisaría no has preguntado si le violaron.

—Me ha dado la idea una amiga —reconocí —Yo... la verdad que por obvio que parezca ni se me había pasado por la cabeza, pero con marcas de ataduras, en la cama... y el vestido que llevaba no era un vestido para salir por la noche en marzo —me miró sorprendido de nuevo —Eso también me lo

ha dicho mi amiga —para rato se me hubiera ocurrido a mí.

El inspector me observó pensativo.

—Pretendía ser yo el que hiciera las preguntas.

—Ya te he contado lo que sé, que es nada —aseguré —Os he contado la verdad.

—No creo que hayas contado toda la verdad.

Le miré sorprendido. Tragué saliva, inquieto.

—Pues va a tener que ser un intercambio —me envalentoné —Porque yo también quiero saber cosas y si no... bueno, habrás tirado tres euros a la basura, cuatro si también me pido el donut de chocolate ese que les queda ahí en la barra...

Gruñó por lo bajo. Yo le mantuve la mirada con firmeza, mientras pensaba en el donut. Le di un bocado a mi napolitana, tenía hambre y me sentaría bien al estómago comer algo.

—No puedo compartir información de una investigación en curso.

—Sólo quiero saber qué le ha pasado. Además, ya he visto las fotos, creo que ya sé bastante más de lo que debería saber...

—¿Y estás seguro de que quieres saber más todavía? —dudé un instante y asentí —De acuerdo —cedió tras dudar unos segundos él —Sí, abusaron de ella —lo dijo sin apartar la mirada de mí.

Yo respiré hondo. No podía decir que me sorprendiera, lo había dado por hecho, era jodidamente obvio... pero que la policía lo confirmara lo hacía más real.

Una cosa era que la hubieran matado, que ya era bastante malo de por sí, otra muy distinta era saber que antes de matarla la habían violado. Me pregunté cuánto tiempo habría estado viva antes de que este tipo la estrangulara, y qué le habría hecho durante ese tiempo. Pensé en la angustia y el dolor que tenía que sentirse al morir asfixiado, pero peor aún podía haber sido lo que le hiciera antes de aquello. Me pregunté cuántas veces la habría violado, durante cuánto tiempo, y si acaso su cuerpo tenía más marcas bajo el vestido que no había llegado a ver. Me pregunté cuánto dolor le habría hecho pasar ese loco hijo de puta. Empecé a sentirme mareado, dejé la napolitana en el plato.

—Creemos que le administró algún tipo de droga para reducirla, es posible que no fuera plenamente consciente de lo que ocurría... —añadió Villalba.

Yo le miré, agradecido por oír aquello. Eso era bueno ¿no?, al menos

era menos malo. Si te iba a pasar algo horrible, mejor drogado. Puede que Marta no hubiera sentido miedo si no entendía lo que le ocurría, puede que el dolor hubiera quedado atenuado si su cerebro no procesaba lo que le estaba ocurriendo... O puede que pese a las drogas, fuera consciente igual de lo que le pasaba y lo que le iba a ocurrir. No podía ni imaginar el miedo que se debía de sentir al saber que ibas a morir a manos de un loco cabrón como aquel.

—Pero la ató —recordé —¿La drogó y también la ató? Parece demasiado ¿no?

Pensé que tal vez aquel tipo no era suficientemente fuerte, tal vez mis problemas con el hombro no me excluyeran como sospechoso tanto como había pensado. Recordé las marcas del cuello.

—La estranguló con las manos ¿no? —pregunté, casi esperanzado. Villalba asintió —Hay que ser bastante fuerte para eso ¿no?

—Sí —confirmó de nuevo.

Eso estaba bien, no creía que yo y mi brazo derecho estuviéramos en condiciones de estrangular a nadie.

—¿Y por qué la ató? Si era suficientemente fuerte para estrangularla, y además ella estaba drogada...

—Pudo atarle para asegurarse de que ella no pudiera defenderse y evitar dejar pruebas físicas.

—Si estaba atada no podía arañarle —comprendí, en las series siempre miran debajo de las uñas de las víctimas para buscar restos de ADN, por si la víctima ha arañado a su agresor.

Repasé en mi mente las fotos: las marcas del cuello y las marcas de los tobillos y muñecas, el vestido y los labios rojos...

—El vestido y el pintalabios —continué — ¿Se los puso él?

Villalba me miró intrigado.

—¿Preguntas porque ese vestido no es un vestido de salir un sábado de marzo? —repitió mis palabras.

—Y porque pocos pintalabios aguantan toda una noche de fiesta —repetí las palabras de Ana, Villalba frunció el ceño confuso —La misma amiga me lo dijo —expliqué, de nuevo, para rato se me hubiera ocurrido a mí.

—Creemos que una vez que le inmovilizó en su habitación, le vistió y pintó los labios, sí.

—¿Llevó la ropa y el pintalabios con él? —pregunté confuso, ¿qué tipo

de asesino hacía eso? De repente me acordé de las fotos del armario abierto —¿O eran de Marta? ¿Lo sacó de su armario?

Villalba seguía mirándome con atención.

—Sí, sacó el vestido del armario. Creemos que también el pintalabios era de Marta, encontramos una caja abierta con su maquillaje —asentí, recordaba haber visto la foto de pasada.

—La maquilló y vistió, y entonces la violó y la estranguló —sentí que se me revolvía el estómago —¿Cuánto tiempo estuvo...?

—Eso está por determinar.

Yo bajé la vista a mi napolitana, procesando todo aquello. Me daba cuenta de que el inspector hablaba con total calma y serenidad, como si aquello le pareciera totalmente normal. Me pregunté cuánta gente muerta habría visto en su vida, en cuántos asesinatos habría trabajado. La verdad, no creía que en muchos, no creía que hubiera muchos asesinatos en una ciudad tranquila como Zaragoza.

—¿Cómo os conocisteis Marta y tú?

Yo procesaba aún toda la información sobre la violación.

—La conocí en el Campus, de casualidad.

—Cuéntamelo —animó, quería detalles.

Pensé que no era mala idea dejar de pensar en lo que Marta había pasado a manos de ese loco, al menos durante unos minutos, así tal vez se asentaría mi estómago y con un poco de suerte hasta podría acabarme la napolitana.

Le conté al inspector cómo la había abordado frente a su facultad, de ahí el apodo de Tío Raro. Me abstuve de decir nada de que la hubiera visto transparente, claro, y simplemente dije que me había parecido guapa y que por eso me había puesto a hablar con ella. Le expliqué cómo le había dado mi número para que me llamara si le apetecía tomar un café.

—¿Y ese tipo... la esperaba en el portal o la siguió hasta su casa? ¿Creéis que la conocía?

—Es pronto para estar seguros, pero es probable que le conociera o estudiara sus movimientos. Sabía que saldría esa noche y sabía que estaría sola en casa.

—Sus compañeras se iban mucho al pueblo los fines de semana.

—Sí, y ella también, pero no este fin de semana.

—Porque tenía un cumpleaños... Él sabía que ella estaría sola.

—¿Qué pasó la siguiente vez que le viste?

Le conté que habíamos ido a tomar una cerveza y después la había acompañado a su casa y nos habíamos besado. Hasta le conté que no pretendía besarla pero ella me había dicho que no le parecería mal que lo hiciera. Al hablarle sobre aquel beso, nuestro único beso, sentí que me fallaba la voz, las lágrimas al acecho de nuevo. Había sido un gran beso, un beso que prometía mucho, y definitivamente Marta me gustaba de verdad. Me gustaba y ahora estaba muerta. Malo era llorar delante de Ana, pero desde luego no iba a llorar delante de un inspector de policía, así que me recompuse. Volví a hacer hincapié en que no había estado en su dormitorio.

Entonces caí en la cuenta de que no me habían pedido mis huellas ni una muestra de ADN. Si ese cabrón había dejado un rastro, les bastaría compararlo conmigo para descartarme como sospechoso.

—¿Habéis encontrado huellas o... fluidos?

—Aún estamos trabajando en el tema de las huellas y el ADN —aunque le miré expectante, no añadió más, estaba claro que no pensaba darme más información sobre ese tema.

—Si la violó... encontraréis algo ¿no?

—No si usó condón y se lo llevó.

—¿Es normal que un violador use condón?

—Bueno, muchos han aprendido con la tele —reconoció.

—Si encontráis huellas o algo... os daré mis huellas y mi ADN, así podréis descartarme —propuse. Villalba asintió pero no me pareció demasiado interesado ni en mis huellas ni en mi ADN.

—¿Por qué creíste cuando llamé que llamaba por Marta y que estaba muerta?

Ahí me tuve que parar a pensar, obviamente no podía decir la verdad. Me acabé el café mientras pensaba en una respuesta creíble.

—No lo sé, sólo... se me vino a la cabeza... tuve una corazonada.

Me miró con gesto incrédulo, viniendo a decir que esa respuesta no le valía, tenía que darle algo más. Intenté inventarme algo lo más rápidamente posible, que resultara lo menos estúpido posible. Me pregunté si se olería mi mentira y cómo lo interpretaría en caso de hacerlo. Pensé que era mejor decir la verdad, al menos parte de la verdad.

—Desde que tuve el accidente de moto... no sé, me he vuelto un paranoico con la seguridad, la mía y la de todos. Es como si viera peligro por todas partes, como... —dudé un instante, ¿podía decirlo? —Como si viera gente a punto de morir allá donde voy —lo solté.

Distinguí como Villalba fruncía el ceño, analizando lo que le estaba diciendo.

—Cuando tuve el accidente estuve en parada cuatro minutos, o sea, estuve muerto. Y tener una experiencia así te cambia la forma de verlo todo, de ver la vida y la muerte. No quiero ponerme filosófico ni espiritual ni nada, pero... Bueno, una experiencia así te hace ver que cualquiera puede morir, el señor con el que te cruzas por la calle, o... o la chica que te gusta...

Villalba seguía mirándome en silencio.

—Puede que pienses que no estoy bien de la cabeza, y a lo mejor hasta es verdad, pero... de verdad que yo sólo me preocupaba por ella. No sabía que un loco la iba a matar, ojalá lo hubiera sabido para intentar evitarlo.

—Vale, te preocupabas por su seguridad, temes perder a la gente que te rodea, tiene sentido —me concedió —Pero pasó una tarde sin contestarte al teléfono y pensaste que estaba muerta. Le llamaste cuatro veces, le escribiste otras cuatro...

—Me preocupé y... Sé que lo lógico habría sido pensar que no contestaba porque tenía resaca, o porque le habían robado el móvil... Pero, no sé, me puse en lo peor y... he dormido mal, preocupado por ella, y he soñado con ella, he soñado que estaba muerta y... que me culpaba por no haberla ayudado —me detuve un instante, no mentía y esperaba que Villalba supiera darse cuenta —Cuando me has despertado, al llamarme por teléfono... que estaba muerta ha sido lo primero que he pensado.

Se me quedó mirando fijamente, creo que tratando de decidir si mentía o no. Repasé en mi cabeza mis palabras y, me creyera o no, lo cierto es que no había dicho ni una sola mentira.

—A lo mejor veo demasiadas series de asesinatos —concluí con una media sonrisa, y eso tampoco era mentira.

—¿Cómo ibas a poder evitarlo? —objetó, creo que porque decidió que no mentía.

—No lo sé. Si hubiera intentado ir a verla el domingo... Me quedé en casa pasando la resaca y no hice nada.

—El domingo ya estaba muerta.

—Pues, no sé, si le hubiera insistido más con mi rollo de la seguridad, con tomar precauciones... o si hubiera intentado quedar con ella el sábado por la noche. Quería verla, podría haberle propuesto vernos, podría haberla acompañado a su casa y ese loco no la habría atacado... Y lo he pensado, lo que dijo el subinspector Cej... el subinspector. Si sí me hubiera plantado en

su casa sin invitación en plan loco, llamando al timbre para ver si tenía suerte y caía... puede que ella siguiera viva —Villalba comenzó a negar con la cabeza —Podría haber asustado a ese tío ¿no? O podría haber visto algo raro, o... si ella no respondía, podría haber llamado a la policía, podría...

—Para —interrumpió Villalba —No hagas eso —negó con la cabeza — No puedes martirizarte pensando en lo que podría haber pasado si hubieras hecho las cosas de forma diferente. No podías saber lo que le iba a ocurrir y no podías evitarlo.

—Ya, pero... siento que podía haber hecho más por ella.

—¿El qué? —no sabía qué contestar a eso, pero al menos me di cuenta de que Villalba definitivamente me creía —La culpa es una respuesta común en aquellos que pierden a alguien —no sé si lo dijo a modo informativo o tratando de ofrecer algún tipo de consuelo, a mí lo que era consolarme no me consolaba —Pero no es racional y... culparse no sirve de nada.

Que no fuera racional y que no sirviera de nada no significaba que pudiera hacerla desaparecer. Asentí a regañadientes, de nuevo todo aquello era más fácil de decir que de creer.

—El que le ha hecho esto... ¿lo ha hecho antes, verdad?

Me miró sorprendido de nuevo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—¿Que es un puto enfermo que viste y maquilla a sus víctimas? — repliqué —Si lo ha hecho antes, entonces puede que esto no tenga nada que ver con Marta ni con quienes la conocían... Puede que ese puto loco sólo buscara una chica dentro de un patrón, y después le puso el vestido y el maquillaje... para hacerle parecerse a alguien.

Definitivamente con aquello había sorprendido al inspector, ahora me miraba receloso.

—Veo muchas series —expliqué —Y tíos así... tienen un perfil. Tendréis analistas de conducta estudiando a ese asesino ¿no? Haciéndole un perfil para que os digan qué buscar y eso ¿no?

—Sí, claro, hemos llamado al FBI y nos han mandado un grupo de expertos en perfiles, están de camino en su jet privado —se jactó el inspector, que para mi sorpresa resultaba tener sentido del humor, y además veía series.

—Esa es Mentecriminales —adiviné —Joder, en esa serie hay mucho loco muy... muy loco.

El inspector me miró con gesto cansado, a lo mejor no quería hablar de series de televisión conmigo.

—¿Pensáis que ha matado antes? No debería ser tan difícil saber si alguna otra chica ha aparecido estrangulada en su cama ¿no? No puede haber tantos asesinatos en esta ciudad para que sea tan difícil. Aunque igual mató en otra ciudad, igual no es de aquí o se ha mudado hace poco...

Me miró pensativo.

—Todavía estamos empezando la investigación —de nuevo, sobre ese tema no pensaba decirme nada.

—En las series y pelis siempre la clave está en la primera víctima. El asesino recrea su primer asesinato que es el de alguien cercano, una vecina a la que espiaba en secreto o... su madre. Esos tíos siempre tienen problemas con sus madres. ¿Tenéis una primera víctima?

Me miró con el ceño fruncido.

—Tú no trabajas ni nada ¿no? Tú sólo ves series de televisión.

—Soy un parado en rehabilitación, tengo mucho tiempo libre. Rehabilitación de hostia con la moto, no de drogas —especifiqué rápidamente.

Asintió, obviamente recordaba lo de mi accidente de moto.

—Deberías buscarte un hobby o una... —cerró la boca, yo adiviné lo que iba a decir.

—Me intenté buscar una chica, pero no salió bien —humor macabro, la napolitana y el café aún bailaban en mi estómago que llevaba una mañana de sobresaltos, pero ahí estaba yo con mi boquita de oro.

El inspector permaneció callado un instante, yo también.

—¿No te habló de nadie en su vida que le preocupara? ¿Tal vez algún ex o un amigo demasiado interesado en ella?

—No, no estaba preocupada por nadie ni por nada —el único que estaba preocupado era yo.

—Cuando quedasteis ¿viste a alguien raro que os siguiera o se fijara demasiado en ella?

Ya lo había pensado, me había estado preguntando si ese loco podía habernos seguido al bar, o espiado por la ventana o algo. Obviamente conocía la rutina de Marta, era fácil pensar que la espiaba. Volví a negar.

—No, no creo que nadie nos espiera, ni creo que ella supiera que tenía un loco acechándola. Siento no poder ayudar más, pero... te he contado todo lo que sé.

Asintió pensativo. Me di cuenta de que me seguía mirando escrutador. Tal vez no creía que hubiera tenido nada que ver con la muerte de Marta,

pero creo que todavía pensaba que no se lo estaba contando todo.

—¿Por qué te pusiste tan a la defensiva en comisaría? Te llamamos para unas preguntas rutinarias y pediste un abogado.

Dudé. Opté de nuevo por decir la verdad, al menos una verdad.

—No me gusta la policía.

El inspector frunció el ceño.

—¿Y eso por qué? —gruñó molesto.

Me encogí de hombros.

—Supongo que porque el único contacto que he tenido con la poli ha sido en manifestaciones —que también era verdad —Tanto policía junto... mi instinto es cubrirme la cabeza.

Le oí gruñir de nuevo. Me miró molesto, puede que hasta enfadado, desde luego mi comentario no le había hecho ninguna gracia, pero era un tipo con paciencia porque no me mandó a la mierda.

—Te das cuenta de la diferencia entre un antidisturbios y un inspector de homicidios ¿verdad?

—¿La porra? —probé, como respuesta recibí otro gruñido, pensé que tal vez era ya momento de dejar de tocar los huevos —Sí, sé que tú haces algo útil —cedí, tal vez no sonó tan diplomático como pensaba.

Vi que se revolvía en su asiento, puede que para, ahora sí, mandarme a la mierda.

—Quiero decir que... espero que cojáis a ese tío y que no mate a nadie más —intenté arreglarlo.

Asintió mirándome con gesto de mal humor.

—Si se te ocurre algo que pueda sernos útil, cualquier cosa que Marta te comentara, cualquier cosa extraña... llámame ¿vale? —se sacó una tarjeta del bolsillo.

Yo la cogí, nunca me habían dado tarjetas antes pero esa mañana ya llevaba dos.

—¿Si descubrís algo más me avisaréis?

La idea pareció resultarle graciosa.

—Ésta es una investigación en curso y tú ya sabes más de lo que deberías.

—Sólo quiero que cojáis a ese cabrón.

Asintió.

—Cuando atrapemos a ese tipo lo sabrás.

—Si lo atrapáis —apunté, no le gustó mi matización.

Si el asesino no había dejado semen, tal vez tampoco huellas, y si no tenía relación con Marta... Tampoco parecía fácil que algún vecino lo hubiese visto en el portal en mitad de la madrugada. No se me ocurrían más formas de dar con él. Esperaba que la policía tuviera más ideas, pero no me sentía particularmente optimista como para tener mucha fe en ello.

—Avísanos si se te ocurre algo —insistió el inspector.

Asentí de mala gana. El inspector pagó el desayuno y salimos fuera. Se sacó un paquete de Marlboro del bolsillo de la chaqueta. Se puso uno en los labios, me ofreció la cajetilla.

—No, gracias, no fumo tabaco —rechacé —Ni nada que se fume —añadí rápidamente, intentando corregir mi columpiada.

El inspector soltó un suspiro a modo de “¿tú te crees que soy imbécil?”, pero no dijo nada. Sacó el mechero y se encendió el cigarrillo.

—Siento lo de la chica —dijo a modo de despedida.

Yo asentí en silencio. El inspector se dio media vuelta y se fue. Yo me fui también.

Capítulo 10. Hay que ser masoquista

No pude dejar de pensar en Marta en todo el día, ni en los días siguientes tampoco. Pensaba en los pocos instantes que habíamos pasado juntos, en lo que recordaba de ella, trataba de formarme una idea más completa de ella, saber qué tipo de persona era, porque lo cierto es que la había conocido poco, no lo suficiente. Y pensaba en su muerte, pensaba en ese loco que le había acosado, atacado y drogado, y que había abusado de ella para después estrangularla.

Crímenes así no parecían tener nada que ver con mi ciudad, donde nunca pasaba nada. Nada que ver con mi vida de fisio, series y cervezas. Me costaba hacerme a la idea de que locos como aquel existían realmente, y estaban cerca. Y me costaba hacerme a la idea de que personas a las que yo conocía podían pasar a ser víctimas de la noche a la mañana.

Decidí investigar un poco más lo que había pasado, porque no era capaz de dejar de darle vueltas, porque no confiaba demasiado en que la policía encontrara a ese cabrón, y bueno, porque tampoco tenía nada mejor que hacer.

Además, no era como que el tema fuera fácil de olvidar, salió en las noticias y al día siguiente estaba en los periódicos, y la gente hablaba de ello. El martes por la tarde quedé con mis amigos para echar una cerveza, esta vez en un bar nuevo que tenía jarras a ochenta céntimos. La cerveza era más mala que la de un euro, pero claro, el precio lo batía, son las reglas del mercado. Fue Isabel la que sacó el tema de repente y sin venir a cuento.

—¿Os habéis enterado de lo de la chica que mataron el sábado? La atacaron al volver de fiesta. Qué mal rollo ¿eh? Una amiga la conocía, estudiaba en Filo.

Ana se puso tensa y me miró.

—Yo la conocía —dejé caer con la mayor naturalidad posible.

Todos se volvieron hacia mí sorprendidos.

—¿Recuerdas la chica con la que estuve hablando la semana pasada en la puerta de Filo? —dije vuelto hacia Raúl —Pues era ella.

—¿A la que le echabas la caña? ¡No jodas! —exclamó Raúl perplejo, hizo gesto de añadir algo más, probablemente algo fuera de lugar.

—¡No! —interrumpió Ana con gesto autoritario —Sobre este tema no se hacen bromas.

Raúl cerró la boca porque aparte de algo inoportuno, no tenía nada

inteligente que decir.

—Joder, ya lo siento, tío —me dijo Andrés —¿Y qué ha pasado? ¿Sabes algo?

Todos me miraron expectantes.

—No mucho... La atacaron al volver de fiesta, la drogaron y... la estrangularon —sentí que se me hacía un nudo en la garganta, pero me recompuse, no iba a dejar que me vieran afectado, menos al borde de las lágrimas. Una cosa era desahogarme con Ana donde no me viera nadie y otra parecer un niño llorón delante de los colegas —Se la encontraron muerta sus compañeras de piso al día siguiente.

—Qué horror —murmuró Isabel —Hace unos meses hubo otra chica a la que también atacaron en su casa al volver de fiesta ¿no? —yo la miré sorprendido —Me quiere sonar, creo que fue para Navidades.

—¿En serio? —pregunté interesado, pero Isabel no se acordaba de más.

—Había un violador hace unos años que atacaba en el portal, esperaba en la calle para entrar contigo y se subía al ascensor, y ahí te agredía —explicó Carmen —Pero después desapareció.

—Yo oí que unos taxistas le dieron una paliza —dijo Dani.

Yo seguía pensando en lo que Isabel había dicho, sobre la otra chica. Vi que me miraba.

—¿Y has hablado con la poli? Me han dicho que estuvieron hablando con las amigas de Marta.

Yo dudé, crucé una mirada con Ana que volvía a estar tensa.

—Sí, me llamaron para ver qué sabía.

—¿Te ha llamado la poli? ¡Joder! —exclamó Andrés —¿Y qué te han dicho?

Raúl volvió a abrir la boca, pero Ana le hizo un gesto y volvió a callarse.

—Querían saber de qué la conocía y saber si ella había estado preocupada, si había notado algo raro últimamente. No pude ayudar mucho, apenas la conocía.

—¿Y sospechan de alguien? —preguntó Dani.

Yo intenté no mirar a Ana que seguía muda y tensa, y que, la verdad, me estaba poniendo bastante nervioso.

—No creo que tengan ningún sospechoso por ahora —a mí, tal vez.

—Qué mal —murmuró Isabel —¿Y creen que era alguien que la conocía o más bien un loco que iba a por quien fuera?

—No lo sé, Isa —contesté con gesto cansado.

Isabel bajó la vista, inquieta.

—Me pone los nervios de punta pensar que pueda ser un loco que siga por ahí buscando nuevas víctimas... A partir de ahora no me voy a separar de mi spray de defensa.

A lo mejor debería haberle regalado a Marta un spray de pimienta en vez de una puta alfombrilla de baño. Me pregunté si eso habría bastado, si un spray en el bolsillo podía ser arma suficiente para un tipo que te drogaba. Me pregunté cómo la había drogado, no me lo habían dicho. Tal vez cloroformo como en las pelis, o una jeringuilla con algo como Dexter. También estaba la posibilidad del clásico de algo en la bebida, en ese caso lo del spray no habría servido de nada. Pensé que tal vez la poli pudiera rastrear esa droga para dar con ese cabrón enfermo.

Nos quedamos callados un instante, reflexionando sobre lo que le había pasado a Marta. Me di cuenta de que aunque yo fuera el más directamente afectado, a todos nos tocaba un poco.

—Si quisierais descubrir si algo como esto ha pasado más veces ¿cómo lo haríais? —me lancé a preguntar —Supongo que buscando en periódicos ¿no?

—Está en los periódicos locales, yo lo he leído en el Herald.

—Sí, y en la tele ha salido también, aunque no dan muchos datos. Una chica asesinada en su casa tras volver de fiesta sola la madrugada del sábado —recitó Isabel.

—Casi lo pintan como si ella tuviera culpa de algo, de salir de fiesta o de volver sola —gruñó Ana.

—Puedes mirar noticias antiguas. Métete en la web de periódicos locales y ve a sucesos, seguro que ahí encuentras algo.

—O busca en google a ver qué sale.

—En google ya he mirado —reconocí —Intentaré lo de la web de los periódicos.

—¿Por qué quieres saber si ha pasado antes? —protestó Ana —Tal vez sea mejor que dejes el tema...

—Tengo curiosidad.

Ana me miró molesta, con gesto de desaprobación, ella sabía que lo mío era obviamente algo más que curiosidad. Dejamos el tema ahí y pasamos a hablar de cosas menos penosas que chicas asesinadas. Cuando nos fuimos del bar, Raúl me acompañó a la parada del bus.

—Oye, la chica esa, la muerta —le miré expectante, preguntándome si ahora sin Ana delante soltaría alguna perla de las suyas —¿Sabías que iba a morirse... con tu sexto sentido y eso?

Le miré sorprendido, no creía que Raúl me creyera, pero parecía estar dispuesto a intentarlo.

—Sí.

—¿De verdad sabes cuando alguien va a morir? —no podía creerlo porque sonaba jodidamente imposible.

—Sí.

Me miró confuso, negó con la cabeza.

—¿Y por qué coño coges y te lías con una tía que sabes que se va a morir? —esa era una buena pregunta —Hay formas más fáciles de conseguir a una tía para un rollo de una noche sin compromisos —lo dijo medio en serio, medio en broma, como casi todo lo que Raúl decía habitualmente.

—No es eso, joder. Me acerqué a ella porque quería evitar que muriera y luego... pues resultó que me empezó a gustar.

—Pues hay que ser masoquista para ir por ahí colgándose de tías que sabes que la van a palmar, hombre —no le faltaba razón, no.

—Creí que podría evitar que muriera.

—¿Cómo? No podías evitar que la matara ese loco, podría hasta haberte hecho daño a ti de haberlo intentado...

—No pensé que fuera a ser asesinada, yo... hasta le regalé una alfombrilla de baño —me miró perplejo.

—¡No! —exclamó, se echó a reír —Pues ojalá fuera a haber muerto así... —se quedó callado, confuso —Fuera a ir a morir, hubiese ido... —no le salía la conjugación.

—Déjalo, anda —es un verbo complicado.

El resto de la semana me dediqué a buscar noticias por Internet. A primera vista la prensa recogía poca información de sucesos, todo era crisis y fútbol, algún caso de violencia de género y algún accidente de tráfico también. Por curiosidad hasta consulté el mío: “Conductor de cuarenta y dos años, de iniciales M.A.R., se salta un semáforo en rojo e impacta contra motorista. El conductor dio negativo en la prueba de etilometría, informan las fuentes de la Policía Local. El motorista, de iniciales C.C.R., fue trasladado de inmediato en ambulancia al Hospital Clínico con lesiones de pronóstico grave.”

Encontré noticias sobre el tiempo y el frío, denuncias por música alta en

algún bar, peleas de bar, desahucios... cosas así. Vivíamos en una ciudad tranquila. Me remonté varios meses atrás, prestando especial atención al periodo navideño, por lo que Isabel había mencionado.

Encontré una noticia de mediados de diciembre que cuadraba con lo que buscaba: Una chica de veintidós años, de iniciales I.M.T., encontrada muerta en su piso. Al parecer alguien había allanado la casa donde la chica vivía sola, no se descartaba la agresión sexual. Los forenses del IMLA, Instituto de Medicina Legal de Aragón, que practicaron la autopsia al cadáver, determinaron el estrangulamiento como causa del fallecimiento. La muerte se había producido entre las cuatro y las seis de la mañana.

La tal I.M.T parecía una candidata idónea, los pocos datos que daba la prensa sobre tu ataque coincidían con Marta. Me pregunté cómo conseguir más información sobre esa chica, buscando noticias sobre el mismo suceso en otros periódicos no conseguí mucho más. Decidí volver a pedir consejo a mis colegas al día siguiente.

—Di con una noticia de otra chica a la que estrangularon, en diciembre, creo que es el caso al que te referías, Isabel —dejé caer como si fuera el tema de conversación más normal de un viernes por la tarde.

—¿Crees que los casos están relacionados? —preguntó inquieta —
¿Dices que hay un asesino por ahí violando y matando chicas?

—Digo que a lo mejor.

—Me da muy mal rollo que investigues estas cosas, Carlos —protestó Isabel, pero me quitó el móvil de las manos para leer la noticia que había encontrado.

—He pensado que probablemente era estudiante en la universidad ¿no? Por la edad y, bueno, Marta estudiaba aquí. Si es el mismo tío puede que las encontrara aquí.

Isabel me miró curiosa.

—¿Y de qué te sirve saber eso?

—Bueno, a lo mejor preguntando por el Campus alguien se acuerda de esa chica, fue hace sólo tres meses...

—Podrías buscarla en la base de datos de la universidad —propuso Isabel —Una amiga mía tiene una beca de colaboración, ayuda en las matrículas y tiene acceso al listado de inscritos.

Miré a Isabel como si se me hubiera aparecido la virgen.

—¿En serio? ¡Eso sería genial!

—No creo que eso sea legal —protestó Ana.

—¿Y desde cuándo a ti te importa eso? —se ríó Dani.

—Tu amiga se puede meter en un lío.

—Si se lo pides tú, no creo que le importe —repuso Isabel sonriéndome con picardía, yo no entendí a qué venía eso —Es mi amiga Adela, te tienes que acordar de ella, estuvo en mi cumpleaños, estuviste mucho rato hablando con ella...

—¡Ah! Es la que te echaba la caña y no te diste ni cuenta —se ríó Raúl. Yo les miré confuso.

—¿Quién? ¿La rubia alta?

—Si, ya te gustaría —replicó Raúl.

—No, morena, bajita, llevaba un vestido verde como con flecos —sí, para acordarme de vestidos y flecos estaba yo.

Me encogí de hombros, Isabel bufó. Rebuscó en su móvil para enseñarme fotos.

—¿Ves? Es muy mona.

—Ah, sí, claro —contesté.

Isabel aún me siguió enseñando fotos, como si a mí me pudieran interesar en algo, después guardó el móvil satisfecha. Mientras, Raúl a mi lado se reía negando con la cabeza, por mi cara estaba claro que no me acordaba de la del vestido verde para nada.

—Agrégala en facebook y le dices —propuso Isabel —Es Adeladelade.

—¿La de qué? —balbuceé sin entender, Raúl soltó una carcajada.

Isabel me lo escribió en el móvil mientras yo me preguntaba qué leches podía significar ese estúpido apodo, le di a proponer amistad igualmente.

—¿Y qué pretendes conseguir sabiendo el nombre de esa chica? —protestó Ana.

—Puedo intentar descubrir si lo que le pasó a ella es como lo que le pasó a Marta.

—Carlos, hijo, creo que no es sano que te obsesiones con esto. Deberías dejar el tema y olvidarte de esa chica...

—Déjalo que quede con Adela —protestó Isa.

—El domingo toca Clásico —intervino Dani, y ahí se acabó nuestra conversación sobre chicas muertas.

Capítulo 11. Se daba un aire

Quedé con Adela el lunes por la mañana. Adela resultó ser una de esas personas que, aunque se ve que son buena gente, resultan un tanto cargantes, demasiado intensa... Mientras yo revisaba listados de alumnos en el ordenador, ella no paraba de interrumpirme para decir chorradas, y con cada comentario que creía ingenioso soltaba una risa tonta que me estaba poniendo muy nervioso. A media mañana se fue a clase y me quedé por fin solo y tranquilo revisando nombres.

Tardé un par de horas en dar con una candidata que cuadrara con las iniciales y la edad: Inés Martín Tabuena, estudiante de Derecho y ADE. Miré su foto, era una chica morena, de pelo largo y liso, y rostro aniñado. Me di cuenta de que se daba un aire a Marta, lo que le daba aún más peso como candidata.

Busqué la dirección y el teléfono de Inés y me lo apunté. Después me quedé dándole vueltas a qué hacer con esa información. Decidí jugármela. En la sala de matrículas había un teléfono, pensé que si lo usaba se vería la extensión y tendría más posibilidades de que contestaran a un teléfono desconocido, cuando ves una extensión piensas en la administración, y, bueno, además así la llamada me saldría gratis. Llamé al número de móvil, pero me salió una voz diciendo que el número ya no estaba disponible. Tenía lógica si Inés era la chica que buscaba y estaba muerta.

No me parecía bien llamar al teléfono fijo de su ficha, ni plantarme en su casa. Aunque en el mejor de los casos fuera el domicilio y número de los padres, y no del piso en el que ella había vivido sola, no me sentía con fuerzas de llamar a los padres de una chica asesinada para preguntarles detalles de cómo había muerto.

Volví al programa de alumnos de la universidad y busqué Martín Tabuena. Encontré a un Luis Martín Tabuena que había terminado Veterinaria tres años antes. Su archivo tenía un teléfono móvil, me lo apunté también.

De nuevo miré el papel con el teléfono sin saber qué hacer. Llamar al que probablemente era el hermano de esa chica muerta no sonaba mucho mejor que llamar a sus padres, pero algo tenía que hacer, así que me decidí y llamé. No tenía muy claro qué diría si Luis contestaba, pero algo se me ocurriría. Me acordé de que vería la extensión de la universidad, eso podía servirme. Al tercer tono contestó.

—¿Diga?

—Buenos días, ¿es Luis Martín Tabuena?

—Sí, soy yo.

Dudé, sin acabar de decidirme a decir la verdad o mentir.

—Le llamo de la universidad —me decidí por lo segundo, pensando que decir la verdad conllevaba un riesgo demasiado alto de que me colgara —Verá, le llamo porque he intentado localizar a la que si no me equivoco es su hermana, Inés Martín Tabuena, es por un problema con su expediente, nos gustaría contactar con ella para solucionar unos datos que nos aparecen mal...

—¿Cómo? —balbuceó confuso —Debe de ser un error, mi hermana... —se quedó callado —Mi hermana falleció recientemente.

Ahí estaba, la tenía.

—Oh, vaya, lo siento mucho, yo... ¿Puedo preguntar cuándo ocurrió?

—Pues... hará tres meses.

Era ella, sin duda.

—De verdad que lo siento, en el expediente no consta, supongo que aún no lo han actualizado —parloteé —Bueno, supongo que poco importa ya el dato del piso... De veras que siento mucho lo de su hermana.

—Sí, ha sido un duro golpe para todos.

—¿Puedo preguntar, si no es mucha indiscreción, qué le ocurrió?

Tardó en contestar, pensé que me iba a colgar.

—Fue víctima de un ataque.

Me quedé callado, para animarle a seguir hablando, pero no añadió nada más. Pensé que la mejor forma de conseguir información podía ser empezar dándola yo.

—Vaya, eso es terrible. Recientemente hemos tenido un caso de una chica, también una alumna de la universidad, que también fue víctima de un ataque. La encontraron en su casa, la atacaron de madrugada, fue una muerte violenta ¿sabe? Hace nada ha estado la familia por aquí y ha sido un duro golpe... Espero que no fuera nada parecido en su caso.

Él no se decidía a hablar y yo no tenía claro como empatizar más.

—También fue una muerte violenta en el caso de Inés —murmuró con voz pesarosa.

—Lo lamento mucho, de verdad. Esta chica que le digo, al parecer la encontraron estrangulada, en su cama... una situación de película, terrible... No puedo ni imaginar cómo se debe sentir su familia...

—¿Cómo dice? —el tono pesaroso había cambiado a alerta.

—Que lo lamento mucho.

—No, lo de... ¿Ha dicho estrangulada? —bingo.

—Sí, bueno, probablemente lo haya leído en los periódicos, la atacaron al volver de fiesta el sábado... ¿Por qué pregunta?

De nuevo permaneció callado.

—Inés...

—¿A Inés le pasó lo mismo? —me pasé de directo, pero necesitaba saberlo.

Se quedó de nuevo callado, pensé que ahora sí me colgaría.

—¿Dice que llama de la universidad?

Dudé de nuevo.

—Sí —repuse.

Y otra vez se quedó callado. Pensé que tal vez ya era hora de ser sincero.

—De hecho llamó desde la universidad, pero no de parte de la universidad. Me llamo Carlos y era amigo de Marta, la chica que acaba de morir.

—¿Quién es? ¿Es algún tipo de broma...?

—Marta murió estrangulada. Un loco la drogó, la violó y la estranguló. Y creo que lo ha hecho antes, y creo que lo volverá a hacer.

Se quedó callado. Pensé que esta vez sí, que en un instante oiría el ruido de la línea al cortarse cuando me colgara.

—¿Dices que te llamas Carlos...?

Me pregunté si no querría saber mi nombre para demandarme, o simplemente para buscarme para partirme la cara.

—Sí. Mira, no quiero molestar, ya bastante mal lo debes de estar pasando. Sólo quiero saber qué le pasó a Inés, sólo quiero saber si Marta y ella... si hay una relación. Siento haber mentido, pero necesito saberlo.

De nuevo el silencio.

—¿Eres periodista?

—No, sólo soy un amigo de Marta, sólo quiero... —me trabé, no sabía ni lo que quería, lo pensé un instante y lo tuve claro —Sólo quiero ayudar a encontrar al hijo de puta que le ha hecho esto.

De nuevo Luis se quedó callado.

—¿Puedes quedar esta tarde a eso de las siete?

—Sí, claro —contesté, casi sorprendido de que él estuviera dispuesto a

quedar.

Acordamos vernos en una taberna irlandesa, o puede que sea escocesa, que hay cerca del Campus.

Me quedé muy contento con el éxito de mi llamada, aunque todavía con dudas de si Luis no habría quedado conmigo para partirme la cara por llamar preguntando por su hermana muerta.

Cotilleé un poco más sobre Inés, ahora que sabía que era ella seguro y que todavía tenía acceso a su expediente. Estaba matriculada en quinto de la doble, en el grupo A, que era el grupo de mañanas.

Decidí pasarme por su clase, apenas tuve que esperar diez minutos para el descanso. Me acerqué a una de las chicas que salió primero, con el paquete de tabaco y un piti ya en la mano.

—Perdona, estoy buscando a alguien a quien preguntar sobre Inés Martín Tabuena.

La chica me miró extrañada.

—¿Inés qué? —gruñó.

—Una estudiante que murió hace tres meses.

La chica del cigarrillo se volvió atrás y se asomó a la clase.

—El grupito de la morena del jersey rosa y la rubia de gafas, esas eran amigas tuyas.

Esperé a que el grupito saliera. Me entró un escalofrío al verlas acercarse, las amigas de Lorena eran ese tipo de chicas, pijas clásicas vestidas de rosa palo y beige, con pinta de niñas buenas aunque luego eran capaces de las mayores puñaladas traperas.

—Perdonad, ¿vosotras erais amigas de Inés? —me miraron extrañadas y asintieron —¿Os importa si os hago un par de preguntas sobre ella?

—¿Por qué? —increpó la rubia de gafas, muy simpática la rubia.

—Soy... periodista —mentí.

Me miraron extrañadas, no debía de parecer periodista. Me pregunté qué pintas tienen los periodistas. A lo mejor llevar un cuaderno y un boli en la mano, y apuntar cosas, me ayudaría a dar el pego.

—¿Os parece bien si grabo la conversación? —eso es algo que haría un periodista ¿no?, no llevaba un cuaderno y un boli encima —Es sólo para tenerlo como notas.

No parecían muy convencidas, pero a falta de una negativa explícita me lo tomé como un sí. Busqué la aplicación del móvil de grabar audios, que, la verdad, no había utilizado en mi vida y ni estaba seguro de tener, pero al

parecer venía de serie en el móvil como notas de voz.

—¿Qué sabéis de lo que le ocurrió a Inés?

La rubia de gafas tomó la voz cantante.

—Le atacaron en su casa, dicen que le estrangularon... Fue un shock para todas, Inés era una tía genial.

A mí lo de “tía genial” me sonaba más falso que el rubio de la chica que tenía delante.

—¿Sabéis si salía con alguien?

—No, no tenía novio.

—¿Y algún ex pesado o algún amigo o conocido que pareciera demasiado interesado en ella?

—No, nada de eso. Había estado mucho tiempo con un novio, en el instituto, pero se llevaban bien. La policía ya vino a preguntarnos esas cosas —pensé que era buena señal, eso es que estaba haciendo las preguntas correctas.

—¿Qué más os preguntó la poli?

—Que si se había mostrado preocupada por algo, o si había notado que alguien la pudiera estar siguiendo...

—¿Y era así?

Todas ellas negaron.

—La mataron hace tres meses ¿por qué te interesa ahora? —esa era una buena pregunta, maldita pija repollo.

—¿Es por la otra chica? —intervino otra —¿La que murió la semana pasada? ¿Están los casos relacionados?

—¿Qué otra chica? —preguntó sorprendida la morena.

—Otra estudiante, creo que de Filología. La atacaron en su casa el sábado por la noche, salió en el periódico.

—Sí, es verdad, también la estrangularon ¿no?

—¿Es que hay un asesino suelto por ahí?

Ahora sí que tenía la atención de todas puesta en mí.

—No ha habido una confirmación oficial, pero existe la posibilidad de que haya una relación entre ambos casos —expliqué, tratando de sonar como un periodista profesional.

—Dios mío —susurró la morena, hablando por parte de todas.

—¿Podéis hablarme de la noche en que ocurrió? ¿Estabais vosotras con ella?

—Yo sí —dijo una chica muy delgada que no había intervenido hasta

entonces —Habíamos salido por la Zona... De madrugada Inés comenzó a encontrarse mal y se fue a casa, cogió un taxi.

—¿Se le acercó alguien extraño en el bar?

La chica delgada negó.

—Ninguno pudimos recordar a nadie raro, pero... supongo que alguien pudo echarle algo en la bebida, en un descuido... Todos pensamos que se había pasado de beber, a ninguno se nos ocurrió que pudiera ser otra cosa cuando dijo que se sentía mal y que se iba a casa... —le falló la voz, al parecer yo no era el único por allí con problemas de culpabilidad.

—No podríais haberlo evitado, no podríais saberlo —aseguré, la chica delgada asintió en silencio, obviamente no era el primero que le decía aquello, ni era la primera vez que ella se lo repetía a sí misma.

—¿Vivía sola?

—Sí, en un piso aquí cerca del Campus. Sus padres viven en María de Huerva, les habían alquilado un piso a ella y su hermano en la ciudad, pero su hermano se acababa de mudar con su novia.

—¿Y... qué podéis decirme de Inés? ¿Cómo era?

Me miraron extrañadas. Pensé, extrañado también yo, que a lo mejor esa pregunta no se la había hecho la poli.

—Era muy buena chica —aseguró la rubia —Buena estudiante, siempre amable con todos... No se metía en problemas. Es increíble que alguien quisiera hacerle daño.

—¿Qué hacía en su tiempo libre? ¿Qué le gustaba?

—Iba a clases de aeróbic... y a clases de francés.

—¿Francés? ¿Dónde?

—En una academia. Le encantaba todo lo relacionado con Francia y París.

—¿Sabéis si daba clases de francés a niños? ¿O si iba a algún grupo de conversación?

Negaron, también la chica delgada que mejor parecía conocerla negó.

—¿Cómo solía vestir?

—Pues... normal —me pregunté si normal significaba lo mismo para ellas que para mí.

—¿Podéis especificar un poco más?

—Pues como nosotras: pantalones, blusa, bailarinas... —eso me parecía.

—¿Se maquillaba?

—Sí, lo normal.

—¿Cómo vosotras? —pregunté, porque de nuevo no tenía muy claro que era “lo normal”, menos en términos de maquillaje.

—Colorete, pintalabios...

—¿Pintalabios rojo?

—No, más bien rosa —opinó la morena.

—Inés era muy pálida para pintalabios rojo —apuntó la rubia repollo.

—¿Tenéis a lo mejor alguna foto suya?

La rubia sacó el móvil y comenzó a buscar. Me enseñó fotos de grupo de fiesta.

—Esto fue en el cumpleaños de Victoria —explicó —En octubre.

Observé a Inés, la misma chica que había visto en la foto del expediente, un par de años mayor, de rasgos redondeados, ojos castaños, pelo liso, morena. Tenía los labios pintados, pero no muy vistosos. Definitivamente se daba un aire a Marta, las dos eran morenas de pelo largo, de rasgos redondeados, guapas, delgadas aunque no demasiado.

—Sí, esto fue después de la cena, fuimos a un bar del Casco —me explicó, pasando fotos donde podía ver a Inés posando y sonriendo junto a sus amigas.

—Sí, menudo antro —gruñó la morena —¿Fue allí donde le robaron el bolso, no?

—A mí también me robaron el abrigo, se quedaron a gusto ese día —gruñó otra chica de coleta.

—¿El bolso? —pregunté alarmado —¿Le robaron el bolso?

—Fue un hurto, en realidad —corrigió la rubia, yo la miré sin entender qué leches quería decir —No hubo fuerza en las cosas ni violencia o intimidación en las personas —pija repollo de Derecho.

—Se llevaron su bolso —resumí, asintió.

—Con su DNI, donde tenía escrita su dirección de casa, y sus llaves, su móvil con acceso a su facebook y demás... —insistí.

—Sí, lo que es todo el bolso. Lo había dejado en unas perchas junto a donde estábamos bailando...

—Junto a mi abrigo —añadió la de coleta.

—¿Lo sabía la policía, que le habían robado hacía poco?

—Fuimos a denunciar al día siguiente, así que sí que lo sabían —explicó la chica de coleta.

En ese momento llegó el profesor de la clase siguiente. Les di las gracias y el grupito volvió al interior del aula. Yo me escabullí de allí bajo la

mirada reprobatoria del profesor, que debía de creerse que yo era uno de sus alumnos saltándome su clase.

Capítulo 12. El Estrangulador del Campus

A las 19.01 llegaba a la entrada de la taberna, escocesa, por cierto. Esperaba ser capaz de reconocer a Luis por la foto del expediente, sólo que ahora tenía ocho años más. Apareció un chico con barba que me miró y se vino directo hacia mí.

—¿Carlos?

—Sí, soy yo —estrechamos las manos.

Entramos al bar y buscamos una mesa libre. Yo fui a pedir un par de cervezas, tuve el buen gusto de invitar yo.

—Siento mucho haberte contactado como lo hice... no sabía de qué otra manera poder hablar contigo —dije ya de primeras.

—No te preocupes, me alegro de que lo hicieras.

Empezó a preguntarme por Marta, y le conté cuanto sabía, me pareció justo empezar hablando yo.

—Suenas tal cual lo que le ocurrió a Inés —murmuró en tono afligido, y sin que yo tuviera que rascar, porque el hermano tenía ganas de hablar de aquello y compartir su pena, sobre todo con alguien que también había sufrido una pérdida, empezó a hablar de Inés —A Inés la drogaron, la policía cree que le pusieron algo en la bebida. Sé que era cauta con eso, pero no debió de serlo lo suficiente... Sus amigas creyeron que se había pasado con el alcohol, porque normalmente apenas bebía, creyeron que estaba borracha... Cuando vio que se sentía mal se fue a casa en taxi. La policía dijo que el asesino forzó la puerta cuando ella ya estaba dentro... —se trabó.

Pensé en lo duro que tenía que ser que alguien le hiciera algo así a tu hermana. No es que mi hermana y yo estuviéramos muy unidos, mi hermana es una cansina arrogante que siempre se las da de hermana mayor conmigo, pero no podía ni imaginarme cómo me sentiría si alguien le hiciera algo así... Me sentiría triste, claro, pero también jodidamente cabreado. Miré a Luis, él parecía sobre todo triste.

—¿La encontraron con un vestido de verano? —pregunté, tratando de animarle a continuar —¿Y pintalabios rojo?

Asintió.

—Lo buscó en su armario, revolvió mucha ropa. Eligió un vestido corto, amarillo y rosa, y le pintó los labios de rojo. Abusó de ella y la estranguló... Y la dejó ahí, en la cama...

—¿Recuerdas si hizo algo más en su habitación? ¿Si tocó o cambió algo

de sitio?

Negó pensativo. Se me ocurrió que había una forma mejor de llegar más lejos.

—¿Te preguntó la policía por algo más? Tal vez algo de Inés que faltara en la habitación y que pudiera haberse llevado ese tío, o...

Distinguí que algo se le pasaba por la cabeza.

—Me preguntaron si alguien le había regalado flores recientemente, y si se me ocurría quién podría haber sido.

—¿Flores? —repetí confuso.

Luis asintió, y de repente al que se le pasó algo por la cabeza fue a mí. Recordé las fotos de Marta, aunque las quisiera olvidar no podía. Había visto fotos de su cuerpo pálido, las marcas de ligaduras, su cara hinchada... pero había visto algo más, algo a lo que no había prestado atención porque parecía insignificante comparado con las fotos de su cuerpo. Además de las fotos de su armario revuelto y de una caja con maquillaje, había visto también una foto de su mesilla de noche, y sobre la mesilla había un ramillete de flores moradas.

—¿Te dijeron qué tipo de flores?

Negó.

—No se me ocurría nadie que le pudiera regalar flores. Inés no tenía novio y no se veía con nadie...

—Supongo que la policía pensó que podían ser de algún conocido, algún rollete que no fuera nada serio, o de un ex...

—Inés no era de rolletes, no le iban las relaciones esporádicas, y la policía interrogó a su ex. Él no tuvo nada que ver con esto, era un buen chico, habían sido novios desde el instituto y lo dejaron de buenas...

—¿Y alguien que quisiera algo con ella y al que ella hubiera rechazado? ¿O alguien raro que se hubiera mostrado demasiado interesado en ella?

Luis negó pensativo.

—La policía creía que ese tipo sabía sus horarios y rutina, pero no dieron con llamadas ni mensajes raros... E Inés no estaba preocupada por nadie. Era una chica alegre y... no estaba asustada ni preocupada por nada.

—¿Cómo era Inés?

—Era una buena chica, estudiosa, tranquila... Se pasaba el tiempo en la uni y estudiando.

—Iba a clases de francés ¿no?

—Estaba loca por París, su habitación estaba llena de cuadros y fotos de

París. Tenía una cartera de París, un llavero, tazas... De todo.

—¿Era profesora de francés? ¿O tenía un tándem tal vez?

—No, nada de eso. Sólo iba a una academia dos veces por semana.

—¿Qué más hacía en su tiempo libre?

—Se pasaba la vida en la facultad y en la biblioteca. Hacía aeróbic en un gimnasio aquí al lado, salía con las amigas, le gustaba ir al cine de vez en cuando...

—¿Por dónde salía?

—Normalmente por la Zona, aunque no salía mucho, no de fiesta. Le gustaba más ir a tomar algo, quedar para un café...

—¿Y a qué cines iba?

—Los del centro, a los Palafox sobre todo. Le gustaban las comedias románticas, y esas chorradas de vampiros —asentí, a mí también me había tocado tragarme esas mierdas de vampiros.

—Vivía aquí cerca ¿no?

Vi que bajaba la mirada, asintió.

—Yo antes vivía con ella, pero hacía poco me había mudado con mi novia, en septiembre. Mis padres tenían alquilado el piso para los dos, pero al irme yo se quedó sola... Si no me hubiera ido... —le tembló la voz.

Sí, definitivamente la culpa no era algo exclusivamente mío. También el hermano se sentía culpable, y él tenía menos culpa aún que yo. Claro que, en verdad, el único culpable aquí era ese enfermo cabrón que había matado a Inés y a Marta.

—Ahora parece fácil, todo habría sido muy diferente cambiando muy poco... pero entonces era imposible saberlo. No podías evitarlo, nadie podía —a lo mejor si repetía esa cantinela las veces suficientes acabaría creyéndomela.

Me miró con gesto triste.

—¿Y tú por qué estás investigando esto?

El hermano de una víctima se merecía una respuesta sincera.

—No creo que pueda olvidarme como si nada —reconocí —Si hay algo que pueda hacer para ayudar a pillar a ese tío y para evitar que vuelva a hacer algo así...

—¿Crees que vas a descubrir lo que la policía no ha descubierto?

Dudé, probablemente no. Yo no tenía ningún tipo de ventaja para dar con ese cabrón, no tenía más medios para investigar, ni mucho menos más idea de como hacerlo. Aunque sí tenía algo que la policía no tenía, yo podía

saber cuando alguien iba a morir.

—Tú no podías prever lo que le iba a ocurrir a Marta como yo no podía prever lo que le iba a ocurrir a Inés.

Asentí a regañadientes, pero sabía que no era cierto. Yo sí sabía que Marta estaba en peligro y que iba a morir, y no había hecho nada. Y ya no podía hacer nada por Marta, pero tal vez, con suerte, podría hacer algo por alguien más.

Ahora que sabía que ese cabrón había matado al menos dos veces, tenía claro que volvería a hacerlo. No resultaría tan extraño que en las próximas semanas me cruzara con otra chica transparente, una chica joven, morena de pelo liso, estudiante de la universidad... ¿Y entonces qué? ¿Le regalaría una puta alfombrilla de baño esperando que fuera a morir así? ¿Esperando que no fuera otra víctima más de ese loco?

—Encuentra a otra chica que te guste y olvídate de todo esto. Tú puedes dejarlo atrás, no se trata de tu hermana. Encuentra a otra chica y olvídate de Marta.

Aquel parecía un consejo razonable, y sin embargo era un consejo que sabía que no iba a seguir. La idea de tener que olvidarme de Marta, de olvidarme de lo que le había ocurrido, me parecía mal, no era justo.

Luis saludó a alguien a mi espalda, una chica con coleta se aproximó.

—Carlos, esta es Paloma, mi novia —nos presentó.

Yo vi como la chica lo cogía del brazo, inclinada hacia él, y le besaba la mejilla.

—Os dejo ya, no tengo más preguntas y ya te he hecho revivir bastante —me despedí de Luis.

—Te acompaño y voy a la barra —dijo Paloma con una sonrisa risueña, se volvió hacia su novio —¿Quieres otra, amor?

Luis asintió mirándola con veneración en los ojos. Al alcanzar la barra me volví hacia Paloma para despedirme, cuando me di cuenta de que me miraba fijamente, con el ceño fruncido y gesto agrio.

—Esto ha sido un golpe muy duro para todos, Luis lo está pasando muy mal. No deberías remover la mierda —la miré sorprendido, su expresión risueña había desaparecido por completo, parecía otra tía.

—No quería molestar.

—Pues lo haces, deja las cosas tranquilas —casi sonó amenazante.

Me resigné a no discutir sobre aquello y asentí, vi como Paloma se volvía hacia el camarero para pedir, de nuevo con su sonrisa risueña pintada

en la cara.

—Zorra —gruñí por lo bajo, para después darme media vuelta y dirigirme hacia la puerta.

Mientras caminaba por la calle pensaba en aquella tía loca, me la imaginaba como la típica novia mandona que gobernaba la vida de su novio hasta el detalle. Claro que si eso a él le parecía bien, pues allá ellos. Al menos Luis tenía a alguien en quien buscar consuelo y que le hiciera compañía. Tenía a alguien a su lado, para algunos eso basta.

Pensé en Lorena. De haber estado juntos todavía, yo también habría volcado mis preocupaciones en ella, o si no ella me las habría sonsacado, sabía muy bien cómo hacerlo. Miré el móvil distraídamente. Me había escrito, varias veces en los últimos días, preguntándome por el tema de la policía, repitiéndome que la llamara si la policía contactaba conmigo, y aconsejándome que intentara no pensar demasiado en lo que había ocurrido. Pues poco caso le había hecho hasta entonces. No había mencionado ni una palabra de la bofetada, ni de mis comentarios insultantes. Yo no había contestado a sus whatsapps ni pensaba hacerlo.

Al día siguiente decidí pasarme por Filo para buscar a Irene, la amiga de Marta, pensando en hacerle algunas preguntas sobre Marta. Lo cierto es que apenas conocía a Marta, dos cervezas juntos durante poco más de dos horas no hacía que supiera quién era.

Encontré a Irene a última hora de la mañana, la saludé con la mano y ella vino a mi encuentro. Tenía mala cara, como era de esperar.

—Hola, ¿te acuerdas de mí? Soy Carlos, yo... conocía a Marta.

—Sí, me acuerdo de ti.

No sonaba recelosa, aunque sí triste.

—Yo... —no tenía muy claro como abordarlo —Siento mucho lo que ocurrió. Quería... quería hablar contigo de Marta.

Vi que se le empañaban los ojos.

—¿Te apetece un café? —propuso —Ya no tengo más clases.

Fuimos a un café de Cerbuna, me porté e invité yo. Dado que era un parado sin perspectivas de encontrar trabajo a corto plazo, aquello de ir invitando a la gente estaba empezando a preocuparme un poco, pero era lo menos que podía hacer.

—Me llamó la policía —expliqué —Me dijeron lo de Marta. Yo... no me lo podía creer.

—Ninguno podíamos creérmolo —aseguró ella, los ojos de nuevo

ligeramente humedecidos —Vino la policía y nos estuvo preguntando cosas. Nos preguntaron también por ti —dejó caer así como si nada.

Yo la miré sorprendido, no porque la policía hubiera preguntado por mí, sino por el tono en que Irene me lo contaba, como si fuera algo divertido.

—Creo que eras su principal sospechoso.

Yo la miré tenso, pero desde luego no lo decía como una acusación, me miraba fijamente, eso sí.

—Yo les dije que no creía que tuvieras nada que ver. Por sus preguntas creo que pensaban que eras un acosador... Les dije lo poco que sabía de ti, y bueno, la verdad, que a Marta le gustabas... porque le gustabas de verdad, tenía ganas de verte el domingo. Nos lo dijo a todas, estaba ilusionada.

Yo bajé la vista, sin saber muy bien qué decir.

—Yo también quería verla...

—Le escribiste un whatsapp, el sábado.

Asentí, recordaba mi whatsapp a mitad de noche, borracho.

—Se le iluminó la cara como a una quinceañera. Estuvo como diez minutos pensándose cómo contestarte —sonrió con gesto triste —Yo la animé para que te preguntara dónde estabas y quedara contigo.

Sonreí agradecido por el voto de confianza.

—Pero Marta pensó que probablemente estabas por ahí de fiesta y... que te apetecía echar un polvo y ya está —sonrió —Y no quería ser tu polvo de borrachera. No tenía mucha fe en los tíos, supongo que no se equivocaba dado lo visto... —le tembló la voz y bajó la vista, se tomó un instante, después volvió a mirarme —¿Le escribiste porque querías echar un polvo o realmente te gustaba y querías verla?

Yo dudé.

—¿Son dos opciones incompatibles?

Sonrió.

—Supongo que no.

Sonreí con gesto triste.

—Sí que me gustaba. No le escribí con segundas intenciones, yo... no me lo pensé mucho, sólo... me apeteció escribirle.

Asintió, supongo que agradeciendo mi sinceridad.

—Sólo me contestó con una sonrisa.

—Tú tampoco insististe más —objetó ella.

—Bueno, yo... no quería parecer pesado.

—Ni ella fácil —sonrió, de nuevo esa sonrisa triste, se quedó con la

mirada ida, pensativa —Le he dado muchas vueltas a lo que pasó el sábado... y si hubierais quedado...

Yo sentí una punzada por dentro, de nuevo la culpa atacaba. También yo lo había pensado, todo podría haber sido diferente.

—Claro que si se trataba de un loco obsesionado con ella, entonces probablemente sólo habría retrasado lo inevitable... —yo asentí, también era eso lo que quería creer yo —¿Por qué querías verme? —preguntó, imagino que tratando de quitarse esas ideas de la cabeza, no había vuelta atrás, de poco servía conjeturar sobre lo que podría o no podría haber pasado.

—No he podido dejar de darle vueltas a lo que le pasó a Marta —asintió, obviamente a ella le pasaba igual, a ella le tenía que pasar más, ya que conocía a Marta más que yo —Y quería hacerte algunas preguntas, sobre lo que pasó y... sobre Marta.

Asintió conforme y me contestó a cuanto le pregunté. Repetí las preguntas habituales, qué hacía Marta en su tiempo libre, por dónde solía salir, si había algún ex novio a destacar...

De su rutina y hobbies no me dijo nada que no supiera ya, hacía yoga y danza del vientre en el gimnasio de la universidad, y daba clases particulares de francés a dos niñas, al parecer vecinas de sus tíos. Al cine iba alguna vez a los Aragonia porque tenían versión original, aunque era más de pelis en casa y series. Solía salir por el Casco o por la Magdalena, nunca iba a la Zona. No solía maquillarse salvo lápiz de ojos negro.

—No recuerdo haberla visto nunca con los labios pintados de rojo, no —me dijo Irene —A lo mejor hace años, de adolescente... todas tenemos algún pintalabios del que nos arrepentimos entre nuestro maquillaje.

Durante nuestra cita no habíamos sacado el tema de los ex, así que Irene me puso al día. Su ex novio más destacable vivía en Tarazona, y él y Marta habían seguido siendo amigos después de romper. Había estado con otro chico después durante casi un año, pero lo habían dejado al irse ella de Erasmus y él vivía ahora en Madrid. No parecía nada probable que ninguno de ellos estuviera involucrado. Había habido algún otro chico que no había llegado a nada serio, pero nadie destacable.

—¿Sabes si tenía algún pretendiente? ¿Alguien interesado en ella que pudiera regalarle flores?

Irene negó confusa.

—No creo que ningún tío haga eso ya ¿no? Me refiero a cuando no se es pareja... —yo me encogí de hombros, a mí no se me hubiera ocurrido, claro

que a mí se me había ocurrido regalarle una puta alfombrilla de baño... — Dicen por ahí que ya mató a una chica antes —soltó Irene de repente.

—¿Eso dicen? —murmuré yo alarmado.

—Sí, a otra estudiante. Una chica de DADE, hace un par de meses. Al parecer también la atacaron en su casa un día al volver de fiesta. Todo el mundo anda hablando del tema —aseguró Irene.

No quería tener que dar explicaciones, así que fingí que esas eran las primeras noticias que tenía del tema.

—¿Os dijo algo la policía?

—No dijeron nada, sólo hicieron preguntas. Lo demás son rumores, pero supongo que no es tan descabellado. No creo que hubiera nadie capaz de hacer algo así en la vida de Marta, pero si fue cosa de mala suerte...

Me pregunté si eso había sido, mala suerte. Inés y Marta se parecían, pero universitarias de pelo largo morenas como ellas, había miles.

—¿Sabes algo de eso? —preguntó Irene intrigada.

—No —murmuré adoptando mi mejor expresión de absoluta ingenuidad.

Bajó la vista inquieta, puede que un poco asustada.

—Si hay un asesino por el Campus espero que lo atrapen pronto...

Asentí, también yo lo esperaba. Intercambiamos números de teléfono, por si se enteraba de algo más o se le ocurría algo importante, y nos despedimos.

De vuelta a casa me puse a mirar el whatsapp, la conversación de grupo de mis colegas había estado particularmente activa durante la mañana. La mayoría de mis amigos estudiaban o estaban ociosos como yo, así que tenían tiempo de sobra para perderlo comentando chorradas por whatsapp. Lo primero que me encontré fue un meme tardío del 3—4 del domingo, dedicado a Raúl que es del Madrid a muerte. Digo tardío porque llevaban, bueno, llevábamos, desde el final del partido enviando bromas y memes. Subí por la conversación y me encontré con un debate sobre el triángulo de las Bermudas y campos magnéticos, porque sí, la mayoría de los temas de conversación del grupo eran tonterías de ese estilo...

Al seguir subiendo me encontré con el tema de conversación anterior, me paré en mitad de la calle, perplejo. Isabel había preguntado si habíamos oído lo del Estrangulador del Campus, contaba que al parecer había habido otra víctima hacía unos meses, una chica de la Doble. Carmen había contestado que también había oído hablar del tema, y que se decía que iba a

por chicas jóvenes universitarias. Isabel me preguntaba a mí si sabía algo.

La prensa no había vinculado los casos, ni la policía había hecho ningún comunicado, pero la gente ataba cabos y los rumores corrían rápido. Ese tipo hasta tenía ya un apodo, el Estrangulador del Campus. Claro que habían pasado ya varios días de lo de Marta, y el rumor llegaba ahora, casi parecía tarde. Me pregunté si mi conversación con las amigas de Inés no habría desencadenado todo aquello. Eso, o simplemente la gente sabía sumar dos y dos, recordaban el caso de Inés y veían el parecido, más que evidente, con el caso de Marta. Me alegré de no poder estar seguro de si el causante había sido yo o no.

Capítulo 13. Déjà vu

Al día siguiente me despertó el teléfono. Me levanté de un brinco, con un déjà vu del carajo. Contesté aún adormilado.

—¿Carlos? —dijo una voz que sólo ayudó a continuar el déjà vu —Soy el inspector Villalba.

—¿Qué ha pasado? —exclamé asustado, se me revolvió el estómago — ¿Ha muerto alguien?

—No, tranquilo, no ha pasado nada —aseguró extrañado.

—Ah, vale... —murmuré aliviado.

—¿Podrías pasarte por comisaría?

—¿Para qué? —pregunté receloso.

—Tenemos nueva información sobre el caso de Marta, pero preferiría ponerte al día en persona.

Aquello sonó bien, así que me fui para allá. El mismo agente Pringadete de la otra vez vino a buscarme y me llevó hasta el despacho del inspector. Villalba, con su chaleco y sus gafas, como la otra vez, me esperaba tras el escritorio. El subinspector Cejasjuntas no tardó en unirse.

—¿Y bien? —pregunté exaltado, esperando que me dieran buenas noticias.

—Carlos, ¿has estado haciendo preguntas por ahí?

Yo les miré sorprendido, no me esperaba esa pregunta, de hecho, no me esperaba ninguna pregunta.

—Creía que me ibais a poner al día, que había habido novedades — protesté molesto, me habían hecho ir hasta allí, y me habían despertado y me habían dado un buen susto además.

—¿Qué tal si empiezas tú contestando a unas preguntas? ¿Has estado hablando del caso por ahí?

Miré al inspector, decepcionado.

—No hay novedades ¿verdad? —gruñí.

—¿Has estado metiendo las narices por ahí? —acusó más que preguntó el subinspector Malaleche.

—¿Debería llamar a mi abogado? —pregunté, en parte por pensar que podía ser buena idea hacerlo, y en parte por tocar los huevos, el subinspector Malaleche gruñó por lo bajo.

—Eso depende —repuso el inspector mirándome con gesto tranquilo — ¿Quieres tener que pagarle por venir hasta aquí y que te escuche contestar a

nuestras preguntas? —Pues no, no quería —Y tu abogado es de los caros —
aseguró. Me pregunté si Lorena me haría descuento.

—¿Qué queréis saber? —me resigné.

—¿Has estado haciendo preguntas por ahí?

—A lo mejor...

—¿Eso es un sí o un no? —gruñó el inspector, evidentemente molesto.

—Digamos que hipotéticamente lo he hecho, eso no es obstrucción a la
justicia ni nada de eso ¿no?

—No, Carlos, preguntar por ahí no es delito y no te estamos acusando
de nada —gruñó Villalba, harto de tener que repetirme aquello.

—Vale, pues puede que sí haya preguntado por ahí por Marta —
reconocí.

—¿Sólo por Marta?

—Quería saber si podía haber otra chica anterior, otra víctima —
expliqué, midiendo mis palabras —Y también pregunté por ahí a ver...

—¿A ver...? —animó Villalba.

—A ver si había otra víctima...

—¿Y...?

—Y sí que la hay, y si yo lo sé, vosotros también lo sabéis —gruñí —Es
el mismo tío que mató a otra universitaria, Inés Martín Tabuena, en
diciembre del año pasado.

Villalba respiró hondo y el subinspector Malaleche soltó una palabrota.

—Ese tío no tenía por qué ser del entorno de Marta, no tenía por qué
conocerla. Deberíais buscar a un asesino en serie, y yo desde luego no soy un
psicópata asesino —aseguré —Mi madre me quiere, y me refiero a de una
forma sana y normal —añadí para reforzar mi postura, vi que el inspector me
miraba confuso por la mención.

—Me alegro por ti —gruñó.

—Los asesinos en serie no suelen atacar a gente que conocen ¿no?

—¿Ahora resulta que eres un experto en asesinatos en serie? —protestó el
subinspector.

—Veo mucho la tele —aseguré —No tiene lógica atacar a una chica que
conocía, no, a no ser que fuera la primera víctima, y Marta era la segunda...
Aunque tal vez no sea la segunda —comprendí de repente —Probablemente
hay más.

Vi que Villalba me miraba molesto.

—¿Más?

—Lo de Marta fue exactamente como lo de Inés, ese tío sabe lo que hace. Y si han pasado tres meses de lo de Inés y no lo habéis atrapado, es que fue cuidadoso y no dejó rastro... Pero no se empieza siendo tan bueno ¿no? Eso se aprende.

Los dos policías me miraban perplejos, Malaleche más cabreado que perplejo, pero aun con todo sorprendido también. Vi que no tenían la menor intención de confirmar o negar nada de lo que estaba diciendo.

—Tiene que haber al menos otro caso —opiné, convencido. Tenía que haberlo, un caso más chapucero, un caso más personal.

—Carlos, te hemos llamado porque no puedes entrometerte en una investigación policial, dificultas nuestro trabajo. Tienes que dejar de hacer preguntas por ahí, y sobre todo deja en paz a los familiares, por bastante han pasado ya.

Miré al inspector, sorprendido.

—¿Los familiares? —¿cómo leches sabían que había hablado con Luis?

—No les estás ayudando haciéndoles volver a revivir lo ocurrido.

—¿Es que acaso Luis...? Él quería ayudarme, le pareció bien que hablara con él —objeté, me sentía traicionado.

—Si existe una relación entre los ataques, corresponde a la policía informar a los familiares...

—Ha sido su novia ¿no? —seguro que había sido ella quien se había quejado de mí a la policía, Luis no se habría quejado ¿no?

—Carlos, es cosa nuestra informar sobre la investigación, tanto a los familiares como en general a la gente. Haciendo preguntas y creando rumores dificultas nuestra investigación y causas alarma social.

—Pero hay un loco suelto por el Campus violando y matando chicas —protesté —Todo el mundo debería saber que hay un tío por ahí echándoles mierda en la bebida a chicas para seguir las a sus casas y atacarlas cuando están solas. Podrían tomar precauciones, ser más precavidas...

—Corresponde a la policía decidir informar al respecto cuando quede constatada la relación entre los casos y cuando se considere que dar una alerta puede ser más beneficioso que perjudicial para el caso.

—Obviamente ha sido el mismo tío. El vestido, el pintalabios... incluso las jodidas flores —Ahí toqué hueso, los dos policías se pusieron tensos.

—¿Qué has dicho? —ladró Cejasjuntas.

—Las flores, les lleva flores.

Se quedaron en silencio, mirándome fijamente.

—¿Y cómo coño sabes tú eso? —ladró el subinspector en tono acusador.

Vi que Villalba le hacía un gesto para que se callara, ya fuera queriendo que se calmara y bajara los humos, o puede que molesto porque al reaccionar así acababa de confirmarme que tenía razón respecto a lo de las flores.

—Vi las fotos, esas fotos que accidentalmente dejasteis olvidadas encima de la mesa. Había flores en la mesilla de Marta, me preguntasteis si le había hecho algún regalo, y preguntasteis al hermano de Inés por alguien que pudiera haberle regalado flores. Se las lleva él, ese jodido loco les lleva flores.

Villalba suspiró de nuevo, armándose de paciencia.

—¿Has hablado con algún periodista sobre eso?

—No —aseguré —Y no voy a hacerlo —me adelanté antes de que me lo prohibieran.

—Carlos, sé que quieres ayudar, o imagino que quieres ayudar, la verdad, no tengo muy claro qué coño quieres... —gruñó el inspector. Yo asentí para confirmarlo, quería ayudar —Pero no estás ayudando. Déjanos hacer nuestro trabajo.

—Tiene que haber otras víctimas antes —opiné. Villalba soltó un gruñido perruno, viendo que yo era un caso perdido —Al menos una. Hay otra víctima ¿no?

—Haz algo productivo con tu vida, Carlos, búscate un trabajo, y déjanos a nosotros hacer el nuestro.

—Ya lo busco, pero no hay —protesté —¿Cuántos casos habéis relacionado? Hay más ¿no?

—No, Carlos, son dos casos y bastante es.

Yo asentí resignado, pero no me lo creí. Tenía que haber otro caso anterior, una primera víctima.

—¿Puedo irme?

—Sí, lárgate —gruñó el inspector.

Me detuve en la puerta.

—Por cierto, ¿si vuelves a llamarme podrías llamar a partir de las nueve? Porque a las ocho es muy pronto y algunos no madrugamos...

—¿Voy a tener que volver a llamarte? —protestó enfadado

—No —aseguré rápidamente —No, no creo.

Me di media vuelta y me largué de allí al tiempo que oía a Villalba gruñir exasperado y a Malaleche insultarme por lo bajo.

Al día siguiente empecé mi curso de alemán. Joder, qué idioma... Mi rutina pasó a ser clases por la mañana y rehabilitación y revisar periódicos por la tarde. Tenía una nueva misión: encontrar el caso o casos anteriores; porque estaba seguro de que había al menos un caso antes, el primer caso.

Me pasé días pegado al ordenador revisando periódicos. Mientras buscaba crímenes parecidos a los de Inés y Marta, encontré algunas noticias muy peculiares. Entre mis favoritas: la pareja cultivando marihuana en su jardín en San Mateo de Gallego, trescientas plantitas, que se dice pronto, descubiertos por la policía porque los vecinos se quejaron del olor; o el matadero de cerdos ilegal en Fuentes de Ebro donde sacrificaban a los gorrinos a tiros, ahí la gente a lo bruto.

Empecé por los meses anteriores al ataque de Inés y continué echando atrás hasta que llegué a noticias de hacía ocho años y ya ahí decidí parar. Pensé que si ese cabrón había encontrado a Inés y a Marta en el Campus, era razonable pensar que era joven y que pasaba desapercibido en la universidad, así que calcularle un máximo de ocho años de vida criminal parecía suficiente. Eso, y que ya estaba cansado de buscar.

Encontré bastantes casos de chicas jóvenes asesinadas, sobre todo a golpes y por apuñalamiento, algún disparo, y un par de asfixias también. Me centré en víctimas de entre dieciséis y veinticinco, dieciséis por si había empezado con chicas más jóvenes pero había subido de edad al cumplir años él también, y de preferencia universitarias. Presté especial atención a los casos de muerte por estrangulamiento, pero busqué también casos de violaciones donde la víctima no hubiera sido asesinada, por si la violación había sido el objetivo original de ese loco y matar sólo un complemento añadido con el tiempo para evitar dejar una testigo.

Busqué crímenes ocurridos en todo Aragón y no sólo en Zaragoza, para cubrir más opciones. Cabía la posibilidad de que me tocara ampliar la búsqueda a nivel nacional, porque no había razón alguna para pensar que ese cabrón no pudiera haberse mudado de otra Comunidad Autónoma. Pero para empezar y acotar un poco, Aragón ya me bastaba. Una búsqueda a nivel nacional me llevaría aún más tiempo y aún más lectura morbosa, y no tenía ganas de leer más casos de violaciones y asesinatos de los necesarios.

De todas y las muchas noticias que leí, seleccioné tres casos que parecían prometedores.

Caso número uno: Una chica estrangulada en su casa, el novio había confesado y al parecer tenía historial de malos tratos.

Caso número dos: Una chica desaparecida cuyo cuerpo había sido encontrado un par de días más tarde en un descampado. La chica había sido golpeada y agredida sexualmente, y después habían prendido fuego a su cuerpo.

Caso número tres: Una chica encontrada muerta en su casa, había signos de agresión sexual y la causa de la muerte era un golpe en la cabeza. El ex novio, y principal sospechoso, se había suicidado ese mismo día.

Esas eran mis finalistas.

El primer caso me pareció el caso más plausible a primera vista, así que busqué la misma noticia en otros periódicos para ampliar la información. El crimen había tenido lugar en Zaragoza hacía seis años. El novio había confesado, pero bien podía ser que ya estuviera suelto de nuevo y hubiera vuelto a matar. Al parecer él la había estado maltratando desde que habían empezado a salir en el instituto, aquel día los golpes se le habían ido de las manos y la había terminado matando. Por más que busqué no encontré nada de que hubiera habido agresión sexual. Podía ser que no se mencionara en los periódicos y que sí la hubiera violado aquel día, si los golpes e insultos eran cosa frecuente, tal vez también la violación, pero más bien parecía un simple y típico caso de violencia de género. No parecía el origen de un asesino en serie, aquel era un tipo de cabrón diferente. Buscando por Internet encontré una foto de la chica, era rubia. Aparqué el caso.

En el segundo caso una chica había desaparecido y su cuerpo había sido encontrado unos días más tarde en un descampado. Había ocurrido en Calatayud tres años antes. Un grupo de menores habían sido detenidos por el ataque. Al parecer habían propinado una paliza a la chica, la habían violado por turnos, y luego habían intentado quemarla para no dejar pruebas. Seguro que al ser menores esos pequeños hijos de la gran puta ya andaban sueltos.

Lo de violar y matar en grupo tampoco me cuadraba como los orígenes de un tipo que mataba como el Estrangulador del Campus. No me apasionaba el nombre de Estrangulador del Campus, me parecía que dignificaba a ese triste asesino cabrón, pero era pegadizo. El Estrangulador estudiaba la rutina de sus víctimas, planificaba su ataque... y no las había golpeado, al menos no había visto magulladuras en el cuerpo de Marta. Debía de haber limpiado los cuerpos de sus víctimas para no dejar rastro, pero no de forma tan drástica como esos niñatos sádicos del descampado. De hecho, la forma en que las dejaba sobre sus camas, con aquella ropa, las flores... Dejando a un lado que las violara y las estrangulara, lo cierto es que ese tipo trataba "bien" los

cuerpos de sus víctimas, desde luego mucho mejor que esos pequeños sociópatas de Calatayud. Siempre podía ser que uno de ellos hubiera desarrollado su estilo personal años más tarde, sin embargo no estaba convencido, y aparqué ese caso también.

Volví a leer la tercera noticia. Una chica había sido agredida en su casa, había pruebas de forcejeo, se había intentado defender, y había signos de agresión sexual. La causa de la muerte había sido una conmoción cerebral. El ex novio, sospechoso del ataque, se había suicidado ese mismo día, y habían encontrado en su casa pertenencias de la chica que lo incriminaban. Pensé que el suicidio, aunque poco oportuno, no tenía por qué significar que hubiera sido él, podía haber sido una conclusión fácil de la policía. Este caso había ocurrido en Huesca hacía ya siete años.

Tras releer este tercer caso pasó a ser mi candidato favorito. Buscando más sobre la víctima descubrí que aunque estudiaba en Huesca, era natural de Jaca. Vivía en un piso compartido, tenía diecinueve años, estudiaba primero de carrera. No habían forzado la puerta de su casa, lo cual hacía pensar que la víctima conocía a su atacante. El ex novio se había pegado un tiro con un arma de caza en una casa familiar, apenas un par de horas después de la agresión, esa misma noche. Habían encontrado en su posesión una cadena de la víctima que ella nunca se quitaba.

Sí, me gustaba este caso pese a que faltara el estrangulamiento, eso podía haber venido después y que no fuera importante. Las siglas de la chica eran V.D.M. Nombres con V no hay tantos: Verónica, Victoria, Violeta, Valeria...

Pensé que al haber estudiado en Huesca no podía descubrir su nombre cómo lo había hecho con Inés, cuando caí en la cuenta de que sí podía: la universidad de Huesca es una extensión de la de Zaragoza, son la misma universidad con diferentes centros.

Le escribí un mensaje a Adela preguntándole qué tal todo. Cuando te preguntan “¿qué tal todo?” no significa que la otra persona lo quiera saber Todo, pero Adela llevaba el ser cansina muy dentro de su ser. Me dio una chapa infumable sobre un trabajo de grupo y una tal Vane que quería ser la líder del grupo. Vanesa, otro nombre con V. Cuando por fin dejó de escribir le pregunté si podía ayudarme otra vez con las listas de alumnos. Se resistió un poco, así que me ofrecí a invitarle a tomar una cerveza al acabar. De nuevo a gastarme dinero invitando a la gente, pero en fin.

Accedí, así que al día siguiente quedamos de nuevo en la sala de

matrículas. Por desgracia, como quedamos por la tarde ella no tenía clase, así que se quedó conmigo mientras yo buscaba nombres.

—Si me dices lo que buscas podría ayudarte y acabaríamos antes y antes nos iríamos a tomar algo —se ofreció a ayudar cuando por fin comprendió que yo no la estaba escuchando mientras parloteaba a mi alrededor.

Le dije que no importaba porque no quería explicarle toda la historia, claro que tampoco pensaba que me fuera a escuchar, era una historia demasiado larga para la reducida capacidad de atención de esa chica.

En Huesca había muchos menos estudiantes que en Zaragoza, así que la búsqueda fue más rápida. A la hora y media, y después de por fin lograr que Adela se fuera a otra mesa a jugar al Candy en el móvil, localicé un nombre que encajaba: Violeta Díaz Mallés. Estudiante de Enfermería, pero sólo durante el primer año. Miré su foto: era guapa, morena de pelo largo, facciones redondeadas. Encajaba.

Tomé nota de sus datos, dirección, teléfono... La dirección era la de Huesca, el piso de estudiantes, así que de poco me iba a servir. Con el número de teléfono tenía más posibilidades, pero con Adela ahí no podía hacer la del hermano de Inés. Lo guardé para más adelante. Busqué familiares también, pero esta vez no había hermanos a los que localizar.

Se me ocurrió tomar nota de otros estudiantes de su misma clase, y de sus números de teléfono, para intentar llamarles y ver si alguno de ellos podía decirme qué había sido de Violeta, y así confirmar que efectivamente fuera la V.D.M. del periódico. Dado que la salita tenía impresora le pregunté a Adela si podía usarla.

—¿Has acabado? —preguntó esperanzada una vez que tuve la lista impresa.

Tenía ganas de decir que no, pero era posponer lo inevitable, así que fuimos a tomar una cerveza.

Fue una cerveza que se me hizo eterna. Adela no era capaz de estar callada ni un instante, y la risa tonta que añadía a casi todo lo que decía me sacaba de quicio. Se me ocurrió, en qué mala hora, preguntarle por su apodo del facebook; me explicó que era porque ella era Adela y estudiaba ADE. Se me ocurrió, de nuevo no sé por qué seguí con el tema, sugerir que su apodo debería haber sido AdeladeADE, y no Adeladelade. Pues me pegué como veinte minutos intentándoselo explicar, y ella que no lo veía porque de esa forma no saldría su nombre dos veces, y encima me lo explicaba como si yo fuera tonto... En fin, una conversación de besugos que podría haberme

ahorrado.

Para hacerlo todo mucho mejor, de repente vi que entraban en el bar las amigas de Lorena. Me hice el sueco, claro, como si no estuvieran, aunque me di cuenta de que me habían visto y cuchicheaban mirándome por el rabillo del ojo, haciéndose las suecas ellas también.

Si os habéis preguntado alguna vez de dónde viene lo de hacerse el sueco, yo sí me lo he preguntado y lo busqué en google. Al parecer es por un tipo de zapato: “soccus”, que usaban los cómicos en el teatro romano; los cómicos al actuar se hacían los tontos y torpes para hacer reír, y de ahí viene el nombre. También se dice que es por los marineros suecos que atracaban en España, que se las daban de no entender español para entender sólo lo que les interesaba, pero la primera teoría es la más aceptada.

Continué fingiendo escuchar a Adela, temiendo que Lorena apareciera por allí en cualquier momento. Cuando por fin Adela terminó su cerveza dije que me tenía que ir.

—¿No te apetece tomar otra?

—Es que es la hora de cenar en mi casa, se me ha hecho tardísimo sin darme ni cuenta...

—Ya sabes lo que dicen: el tiempo vuela cuando lo pasas bien —se rió, otra vez, ¡deja de reírte! —Si quieres podemos cenar algo aquí.

—Es que mi madre se cabrea si no aviso con tiempo de que no voy a ir a cenar, siempre se queja de que su casa no es un hotel... Pero muchísimas gracias ¿eh? En serio, por todo.

—¿Nos vemos otro día?

—Sí, claro, nos vemos, por aquí ya si eso...

Con las prisas se me olvidó pagar. Me vino a la cabeza sólo cuando estaba ya subiéndome al bus y sacando la cartera para picar. No fue adrede, en serio. Me pregunté si habría tenido que pagar Adela por los dos, o si habría hecho un sinpa involuntario creyendo que yo había pagado ya. Como ya no había nada que hacer, decidí no darle más vueltas, sólo esperaba no tener que pedirle más favores a esa chica.

Capítulo 14. Si Spiderman nos viera nos daba una paliza

Al día siguiente me pasé la tarde llamando a los números de la lista de alumnos de Enfermería para preguntar por Violeta. Todos se acordaban de que en primero una chica de su clase había muerto, pero no recordaban cómo había ocurrido, más allá de saber que la habían matado; ni tampoco recordaban mucho de cómo era ella, más allá de coincidir en que era morena.

Después de como diez llamadas, por fin localicé a una chica que había sido amiga de Violeta y podía darme información útil. Le pareció raro que preguntara por aquello después de tanto tiempo, así que le dije que tenía un blog sobre crímenes y que quería incluir lo que le ocurrió a Violeta, fue lo primero que se me ocurrió.

Me dijo que Violeta era una chica muy maja, que le gustaba mucho la carrera y la vida en Huesca. Me dijo que se había despendolado un poco al vivir fuera de casa por primera vez, que salía mucho, y que tenía éxito con los chicos. Del ex no sabía nada. Me dijo que Violeta siempre hablaba de viajar y vivir en el extranjero.

—¿Algún lugar específico en el extranjero?

—Francia. Estaba obsesionada con vivir en Francia.

Me quedé un instante sin habla al oírlo.

—¿Sabes si solía maquillarse? ¿A lo mejor pintarse los labios de rojo...?

—No me acuerdo, lo siento.

Le pregunté por otras amigas de Violeta y me destacó varios nombres de la lista de su clase. Conseguí localizar a dos que me hablaron largo y tendido de Violeta. Me confirmaron que Violeta quería vivir en Francia, que tenía familia en Toulouse o por ahí, y que había pasado varios veranos allí. Me dijeron que su ex no se había tomado nada bien que ella le dejara. Me repitieron que Violeta salía mucho y que habían pasado varios chicos por su vida. Una de ellas recordó que había un chico con el que había estado algo más en serio hasta poco antes de morir, no se acordaba de su nombre, pero creía que aún podía seguir en Huesca porque no era estudiante sino que trabajaba allí. Me dijo que muchos de los chicos con los que había estado Violeta eran mayores que ella, mismo el ex novio era un par de años mayor. Ninguna fue capaz de pensar en nadie que pudiera haberle regalado flores,

ambas coincidían en que los tíos con los que se veía Violeta no eran de los que regalaban flores.

Me dijeron que en su tiempo libre Violeta iba a clases de francés, y era posible que hiciera aeróbic o pilates o algo así, pero que su principal pasatiempo era salir de fiesta. Me dijeron que la carrera le gustaba, pero que pasaba más tiempo en bares que en bibliotecas.

También les pregunté por su muerte. No sabían los detalles, pero me contaron la misma historia de los periódicos: que su ex la había ido a ver a casa y tras una pelea, al parecer cuando él intentó propasarse, la había matado.

Las llamadas no habían ido mal, pero quería más. Necesitaba saber más de Violeta y conocer detalles de su muerte, si había habido estrangulamiento, flores... y saber más de ese último noviete, y del ex... pero no creía poder descubrir mucho más por teléfono desde Zaragoza. Se me ocurrió una idea y escribí un whatsapp a Raúl.

—“¿Nos vamos de fiesta a Huesca?”

No tardó ni un minuto en contestar, y es que Raúl tenía mucho tiempo libre.

—“¿Qué coño se te ha perdido a ti en Huesca?”

Dudé sobre cómo vender mi propuesta, desde luego no con la verdad.

—“Por cambiar” —vi que escribía y borraba —“Ahí hay tías nuevas para que te puedan mandar a la mierda, que aquí ya todas saben cómo eres” —añadí, para darle ánimos.

—“Me parto contigo” —contestó, seguía dudando —“¿Cuándo?”

—“¿De jueves a domingo?”

Dudó de nuevo, no le di más tiempo a pensárselo.

—“Puedes pedirle el coche a tu hermano.”

—“Sí ¿y qué más?”

—“Y nos podemos quedar con tus tíos ¿no?”

Cuando íbamos de fiesta a San Lorenzo siempre nos quedábamos con sus tíos de Huesca. Vi que dudaba de nuevo, escribiendo y borrando, pero a Raúl le podía lo de irse de fiesta.

—“Tú pagas la gasofa.”

Y otra vez dejándome la pasta. El jueves por la tarde me vino a buscar a casa y salimos para Huesca. Su tía nos recibió con cena para un regimiento y corrió el vino con alegría. Después salimos a beber con el primo de Raúl, Luisma, un chaval de veintidós años que era el equivalente de su primo pero

en versión cani. Nos llevó a un garito de música discotequera mala, pero los cubatas eran baratos. Siempre nos pasaba lo mismo con Luisma, él y sus colegas tenían el gusto en garitos en el culo. Raúl prefería ir a los garitos de rock y porros que le gustaban a él, pero lo convencí de ir un rato con los colegas de su primo.

—¿Os acordáis de una chica que murió hace siete años, una estudiante de Enfermería? —pregunté a bocajarro en que Raúl se fue al baño.

—Yo hace siete años todavía estaba en el instituto —contestó Luisma, sus colegas también parecían demasiado jóvenes —Espera, que el Pitos es más viejo e igual se acuerda.

Le echó un grito a un tío de unos treinta que jugaba a los dardos.

—Pitos, ¿te acuerdas de una chica que murió hace siete años? Era estudiante de Enfermería.

—Se llamaba Violeta —expliqué yo —La mataron en su casa, al parecer fue el ex novio que luego se suicidó.

El tal Pitos intentó hacer memoria.

—Pues algo me suena... voy a ver si el Rubio se acuerda —llamó a su colega de dardos que se acercó, justo volvió también Raúl —Preguntan por una chica a la que mató el novio hace siete años ¿te acuerdas?

Raúl me miró perplejo.

—¿Ya estamos con lo de los asesinatos otra vez? Ya sabía yo que lo de la fiesta en Huesca era una excusa, serás gilipollas —me fue a dar un puñetazo en el hombro.

—En este no que es el malo —protesté apartándome, conseguí que me pegara en el otro.

—¿Pero a ti qué te pasa? ¡Ya vale de tanta niña muerta!

—No son cosas incompatibles, fiesta y niñas muertas.

—No, el plan era fiesta y niñas vivas ¡vivas! Olvídate ya de la de Filo y búscate otra tía...

—Ya, sí, ¿pero entonces os acordáis? —me volví de nuevo hacia el Pitos y el Rubio.

—Sí, se la cargó el novio o el ex o algo ¿no?

—Sí, esa. ¿Conocéis a alguien que la conociera, a ella o a sus compañeras de piso?

El Rubio, que por cierto no era rubio, asintió pensativo.

—Estefanía sabrá algo, espera que pregunto —se puso a escribir por whatsapp, para mi suerte la tal Estefanía contestó rápido —Me dice que sí,

que conocía a esa chica, están en un bar aquí al lado.

—Yo conozco a Estefanía, si queréis vamos —propuso Luisma, muy diligente él, más que su primo que estaba de morros.

Por suerte como la música era una basura Raúl aceptó que nos fuéramos, pero me hizo pagarle los cubatas como castigo. Me estaba saliendo cara la tontería del viaje a Huesca.

Estefanía me dijo lo que más o menos ya sabía, que Violeta era una fiestas y que la había matado su ex.

—¿Sabes por dónde solía salir?

Estefanía señaló el local donde estábamos.

—Este era su hábitat, estaba siempre por aquí, de eso la conocía.

—¿Sabes quién era el tío con el que se veía cuando la mataron?

Estefanía se echó a reír como si la pregunta fuera muy graciosa.

—Violeta se veía con muchos tíos.

—Uno un poco más serio que el resto.

—Esa chica no buscaba nada serio, quería pasárselo bien, y lo hizo hasta que... bueno...

No me pudo decir mucho más. Se me ocurrió ir a preguntar al camarero, porque los camareros se enteran de todo mejor que nadie. Me dijo que él llevaba poco allí, pero que el otro camarero a lo mejor sabía algo, que había salido a fumar pero que enseguida volvía.

—¿Y qué le ha dado a este con esa tía muerta? —preguntó Luisma a Raúl.

—Se quedó con las ganas con una tía y ahora se cree el puto Sherlock Holmes —explicó Raúl.

—¿Se quedó con las ganas con la Violeta esa?

—No, con otra tía, una que también está muerta.

—¿Era su novia, la muerta? —insistió Luisma.

—No, su novia no. Su novia le puso los cuernos con otro y le dejó —explicó Raúl.

—¿Y eso a qué coño viene? —protesté, sin saber a santo de qué Raúl contaba aquello, probablemente por tocar los huevos y ya está.

—Estoy explicándole a Luisma porque eres un puto frustrado —explicó Raúl —Deberías machacártela más y dejarte de tantas preguntitas.

—¿Pero por qué hay dos muertas? —insistió Luisma, que no se estaba enterando de nada —¿Qué pinta la otra muerta?

—La otra muerta era una tía que le molaba y como no se la pudo tirar,

en vez de buscar a otra, pues anda haciendo el gilipollas ¿verdad, Carlos?

Yo ignoré a Raúl, primero porque cuando se pone imbécil es mejor pasar de él y no darle coba, y segundo porque el camarero acababa de volver. Le abordé en que conseguí que me hiciera caso, después de que saludara y atendiera a todas las tías que había en la barra. Resultó que se acordaba de Violeta. Como nos había dicho Estefanía, Violeta era una fija del bar. Nos dijo que era una tía maja, y que le gustaba mucho la fiesta y siempre iba de un tío a otro. Básicamente nos dijo que se había tirado a media Huesca. No sabía si estudiaba, si hablaba francés o si hacía pilates, sabía que bebía vodka naranja.

—¿Y vosotros dos alguna vez...? —dejé caer.

—A mí no me metas en mierdas —protestó de repente a la defensiva — Esa tía acabó muerta y yo no sé nada.

—A ver, que no soy poli...

—Pues haces muchas preguntas, chaval.

Se fue a atender a los clientes y yo me tuve que conformar con aquello. Vi que las chicas de al lado me miraban, habían escuchado mi conversación con el camarero y obviamente les había sorprendido el tema. Raúl seguía de morros, pero no se me escapó que las dos chicas habían captado su atención. Me pareció una apuesta segura entrarles.

—Hola, soy Carlos —me presenté —Y este que está aquí es Raúl.

Luisma había desaparecido, probablemente persiguiendo a alguna chica, porque en eso era como el primo. La chica a mi derecha se presentó como María. La otra acababa de conseguir que el camarero le hiciera caso y estaba pidiendo, así que pasó de mí.

—Raúl, ven aquí —tiré de él para que se acercara —Está cabreado conmigo —le dije a María —A ver si me ayudas a animarle, porque a mí ni me habla.

—¿Por qué estás cabreado con tu colega?

—Porque me dijo que veníamos a Huesca de fiesta, y resulta que sólo quería que le trajera en coche y le pusiera casa para investigar sobre una tía muerta —protestó Raúl.

—¿Por qué investigas sobre una tía muerta? —preguntó María confusa.

—Es para mi trabajo final de tesis, es sobre investigación policial y periodismo —me inventé.

—¿Tu tesis va sobre un asesinato? Qué guay —me di cuenta de que Raúl gruñía, tenía que reorientar la atención a él o encima se me cabrearía

también por ligar yo y no él.

—Es que a mí me habías prometido fiesta —protestó, y de repente entró en juego y a saco sin que yo tuviera ocasión de cederle el puesto, aunque lo más sorprendente fue cómo lo hizo —Es que mi novia me ha dejado hace poco, se lió con un engominado del despacho donde trabaja, y aquí mi colega me había prometido una fiesta entre amigos... Joder, yo lo que necesito ahora es desconectar y no pensar en mi ex.

Le miré perplejo, María le miraba con gesto afligido.

—Vaya, lo siento por lo de tu ex...

—Sí, es una zorra —y siguió dándole coba a María, y yo pasé a segundo plano automáticamente.

Por unos segundos no pude ni reaccionar, flipado porque tuviera tanto morro. Me di cuenta entonces de que la amiga de María, que ya había conseguido que le sirvieran su copa y sorbía su ron cola, me miraba intrigada.

—¿Quién es esa chica muerta? —preguntó con voz de borrachilla.

—Una chica de Enfermería que murió hace siete años ¿sabes algo?

—Algo he oído, de esas cosas se habla... ¿Por qué te interesa?

—Es mi tesis...

—Ya, claro —me interrumpió escéptica, sonrió —No me lo creo.

—Es el tema de mi tesis...

—¿Y preparas tu tesis de fiesta borracho? —bajé la vista a mi gintonic —Deberías inventarte una mentira mejor para cuando la gente te pregunte.

—¿Que escribo un blog de crímenes es mejor? —no tenía claro qué mentira era más convincente.

Ladeó la cabeza pensativa.

—¿Cómo se llama el blog? —no se me ocurrió nada, o más bien todo lo que se me ocurría sonaba fatal... Mierda, pensé —¿En serio no se te ocurre ni un solo nombre? Deberías aprender a mentir mejor —dijo divertida.

—Miento bastante bien, normalmente —me defendí.

—¿Qué tal Aragón criminal? Te diría España criminal, pero eso suena a fascismo y guerra civil... —asentí, me parecía un buen nombre de mentira —La clave de una buena mentira está en los detalles, una mentira ha de ser tan completa como la verdad —me aleccionó —No hay que contar los detalles si no te los preguntan, pero siempre hay que tenerlos claros por si surgen en la conversación...

La chica del ron cola tenía toda la razón. Pensé que era una tía un poco rara, pero me parecía bien, también era un poco raro yo.

—Y ahora déjate de blogs, cuéntame algo mejor porque hoy he salido sola con mi amiga y tu colega me la está acaparando... —volví la vista a Raúl y María que seguían de palique —Y no quiero quejarme pero... me aburro.

Me di cuenta de que el que debía de ser mi cuarto cubata me estaba bajando las defensas.

—Vale, ¿qué tal que creo que el tío que la mató está por ahí matando otra vez? ¿Te parece más interesante? —se le iluminó la cara.

—Sí —aseguró, sin duda alguna —Pero me parece que fue el ex ¿no?

—Yo creo que el ex no lo hizo, creo que el verdadero asesino le inculpó y sigue libre.

Sonreía un poco morbosa.

—¿Y por qué te interesa todo eso?

—Pues porque una de sus víctimas... era una chica que conocía.

—Oh, lo siento mucho —me miró con gesto afligido, me pregunté si dar pena realmente funciona para ligar —La gente normal dejaría que la poli lo investigara...

—Digamos que yo no soy muy normal.

—Hay algo más ¿verdad? —sonreía de nuevo.

—No quiero que vuelva a matar y creo que lo hará.

—Eres un héroe —observó sonriendo.

—No, sólo... Sí, soy un héroe —acepté, porque eso le había gustado, ¿por qué llevarle la contraria?

—¿Por qué crees que tú puedes hacer algo más que la poli? Ellos tienen más recursos...

La miré pensativo, y, como os digo, los cubatas que llevaba encima me estaban afectando.

—¿Puedo contarte un secreto?

—Claro —sonrió encantada.

—Resulta que yo... tengo un superpoder.

—¿Cuál? —se le había iluminado la cara.

—Veo cuando la gente va a morir, así que puedo localizar a su siguiente víctima.

Sonrió encantada con la idea.

—¿Te mordió un muerto radioactivo o...? —se rió.

—Tuve un accidente y al volver de la muerte volví con este superpoder.

Me miró alucinada.

—¡Es genial! —se giró en redondo —¿Vamos a morir alguno?

Yo miré.

—No —pareció decepcionada.

—¿Y por qué tienes ese superpoder?

—¿Por qué?

—Es para salvar a la humanidad o... ¿No te lo has planteado? ¿Te lo dio Dios? —arrugó la nariz —No serás de alguna secta ¿no?

—No —aseguré.

—Mejor.

Me quedé pensando en el porqué. No me había planteado el porqué hasta entonces. Ella también se había quedado callada, pensativa, mirando algún rincón en el vacío.

—¿Y también te pasa con los animales? ¿Ves si los animales van a morir?

Me encogí de hombros.

—No lo sé.

—Ahí hay una araña, ¿va a morir?

Me costó localizar una pequeña araña en la pared.

—No.

—Vuelve a mirar —retó.

Yo lo hice, y de repente vi que la araña empezaba a transparentar. Miré a la chica confuso.

—Paco —llamó al camarero, Paco se acercó —Tienes una araña asquerosa ahí tras las botellas.

Paco se giró, agarró lo primero que encontró y le pegó un buen golpe.

—¿Le he dado? —dudó, buscando en el suelo.

—Sí, la has matado —afirmó la chica con seguridad, dando otro largo trago a su ron cola, me miró y sonrió —Si Spiderman nos viera nos daba una paliza, y tu superpoder contra los suyos... no tendríamos mucho que hacer.

La miré pasmado, sin saber qué decir... con el comentario de Spiderman me había acabado de conquistar.

—Violeta ¿verdad? —preguntó pensativa, se volvió de nuevo hacia el camarero —Anda, Paco, ¿tú no te acuerdas de algo más de esa Violeta?

El camarero me miró con gesto de mal humor.

—Esa tía está muerta —protestó.

—No quiero meter a nadie en líos —aseguré, vi que mi nueva colaboradora se inclinaba sobre la barra y miraba a Paco con gesto meloso.

—Anda, Paco, seguro que te acuerdas de algo.

Paco resopló.

—A esa chica le gustaba la fiesta, iba de un tío a otro...

—¿Tú fuiste uno? —preguntó la chica, entrando directa al juego.

Paco dudó, ella sonrió y se volvió hacia mí.

—Eso es un sí.

—No sé nada de lo que le pasó, y no quiero polis haciendo preguntas por aquí.

—No soy poli —aseguré, aunque me parecía absurdo tener que insistir tanto, parecía más que obvio que no lo era.

—Sí que recuerdo un tío, con ese iba más en serio... Se llamaba Alberto, o Andrés... Solía venir mucho por aquí pero hace tiempo que no lo veo.

—¿Sigue en Huesca?

—No lo sé, por aquí ya no viene...

—¿Y quién podría conocerlo? —preguntó la chica, se le daba bien aquello, desde luego era más efectiva que yo.

Paco dudó y buscó por el bar. Señaló a un tipo en una esquina.

—El de la chupa, los vi alguna vez juntos... Preguntad a ese.

Mi colaboradora se fue hacia el de la chupa sin dudarlo un instante. Yo la seguí, cautivado por la confianza de esa chica borracha.

—Hola —saludó al de la chupa con una sonrisa —Verás, es una pregunta rara, pero... ¿te acuerdas de una chica que murió hacia siete años aquí? Violeta...

—Díaz Mallés —completé yo —La mataron en su casa, la poli creyó que había sido el ex.

El tipo de la chupa, con ojillos de ir bastante pedo, o tal vez algo más que pedo, abrió la boca pero no dijo nada.

—Al parecer salía con un amigo tuyo, ¿podrías a lo mejor darnos su nombre para hablar con él?

Frunció el ceño, confuso.

—Yo... no sé... —gruñó.

—Anda —pidió la chica, cogiéndole del brazo con sonrisa melosa —Haznos el favor...

El tipo de la chupa se quedó embelesado mirándola y supongo que le pareció poco riesgo. Me di cuenta de que eso era lo que me hacía falta para que la gente contestara a mis preguntas, una chica guapa mostrando interés.

—Se llama Andrés, pero hace mucho que no lo veo...

—¿Sigues en Huesca?

—Sí.

—Y... ¿no tendrás su teléfono a lo mejor? —el tipo dudó —¿Qué te cuesta, hombre?

Y nos acabó dando su número, y nos dijo a qué bares iba, y hasta nos enseñó unas fotos para reconocerlo. La chica le propuso que nos enviara las fotos a mi número de teléfono. Borracha, sí, pero ahí estuvo espabilada porque le ofreció mi número y no el suyo. María apareció entonces de repente.

—Nos vamos —anunció —que esto está muy muerto.

Mi colaboradora la miró sorprendida, María la cogió del brazo y tiró de ella, se soltó apenas un instante.

—Ha sido una noche rara, me ha gustado —me dijo, y me plantó un beso en los labios —¡Suerte!

Se fue siguiendo a su amiga y dejaron el bar. Yo volví junto a Raúl que estaba aún más de morros que antes.

—La has cagado tú solo, a mí me iba muy bien —protesté —La siguiente la pagas tú.

Gruñó un poco, pero la siguiente la pagó él. Nos fuimos a otro garito con los colegas de Luisa, con electrónica de mierda reventando, pero íbamos suficientemente borrachos como para no ser muy exigentes con la música. Además era uno de los bares a donde solía ir Andrés, pero o bien no estaba allí, o bien yo iba demasiado borracho para reconocerle, porque no le vi. Cuando volvimos a casa de Luisa arramblamos con las croquetas y el jamón que habían quedado de la cena y nos fuimos a dormir.

Capítulo 15. Juego de roles

Amanecemos a la hora de comer con una resaca considerable, salvo Luisa, que estaba como si nada, y es que él era más joven y en las resacas un par de años se notan. Pasamos la tarde tirados en el sofá con lo primero que encontramos en la tele.

A última hora convencí a Raúl y a Luisa para pasar por el piso donde había vivido Violeta. Raúl vino a regañadientes, Luisa, en cambio, estaba encantado de seguir investigando sobre Violeta. Los inquilinos del piso ya no eran los mismos y no sabían nada de las chicas que habían vivido antes allí, pero conseguí que me dieran el teléfono del casero. Le intenté llamar varias veces pero no contestó.

También intenté llamar a Andrés, pero tampoco contestó. Decidí escribirle un mensaje porque quería poder hablar con él esa misma noche. Me pensé mucho qué escribir, necesitaba captar su atención sin darle pie a que me mandara a la mierda.

—“Estoy investigando la muerte de Violeta, creo que la policía se equivocó y su asesino sigue suelto. Necesito hablar contigo.”

No tardó en contestar.

—“¿Quién coño eres?”

No contesté, en parte porque no sabía cómo explicar quién era, y en parte porque creí que no contestarle, y que se rayara, podía jugar en mi favor.

—“Si es una broma no tiene ni puta gracia.”

De nuevo no contesté. Esperé a que mi móvil sonara, sabía que volvería a escribir, o quería creer que lo haría... Mi iPhone volvió a sonar.

—“Su ex la mató y se suicidó, deja en paz a los muertos”.

Ahí sí contesté.

—“No fue el ex. Si quieres saber más hablemos en persona”.

Se tomó su tiempo para contestar, pero lo hizo. Me dio el nombre de un bar y me dijo que estaría allí a partir de la una.

—¿A quién escribes tanto mensajito? —preguntó Raúl al verme, yo preferí no contestarle para que no se pusiera de morros otra vez.

Volvimos a empezar la noche en el garito de cubatas baratos y música discotequera mala. Los primeros cubatas costaron un poco, pero llegó un momento en que resaca y borrachera se hicieron una, y retomamos fuele.

A la una nos fuimos a buscar a Andrés. Luisa estaba encantado de acompañarme, Raúl se había resignado y ya ni se quejaba. Reconocí al tío de

las fotos en una esquina del bar.

—¿Andrés?

Me miró con desconfianza.

—¿De qué va esto? ¿Quién coño eres tú?

No supe si hablarle de la tesis o del blog, o si decirle la verdad para empatizar al haber perdido yo también a alguien... Ante la duda opté por no dar detalles de momento.

—Me llamo Carlos y estoy investigando la muerte de Violeta.

—¿Eres poli?

—No, no soy poli, ni periodista. Sólo me interesa saber qué le pasó a Violeta.

—Su ex la mató, se suicidó después de matarla.

—Creo que no la mató su ex, sino otro tío —vi que negaba escéptico, opté por ser sincero —Y creo que ha vuelto a hacerlo.

Me miró sin entender.

—¿De qué hablas?

—Hace poco mataron a una amiga mía y creo que se trata del mismo que mató a Violeta.

Me miró perplejo, sin saber qué decir. Yo aproveché su sorpresa para lanzarme a preguntar.

—Tú salías con Violeta ¿no? —se puso tenso.

—Yo no tuve nada que ver.

—Pero salíais juntos ¿no?

—Nos acostábamos —reconoció a regañadientes —No era nada serio, lo pasábamos bien.

—¿Se veía con otros?

—No, nada de eso, conmigo y ya está —pensé en lo contradictorio del “nada serio” con la exclusividad, pero no iba a ponerme a discutir con aquel tipo sobre aquello —Si quieres hablar de esta mierda más vale que me invites a una copa —gruñó. Hay que joderse.

Pedimos unos cubatas y me tocó a mí apoquinar.

—¿Cómo era Violeta?

—Era una tía de puta madre, siempre alegre... y muy guapa.

—¿Vivía con otras estudiantes, no? ¿Tienes sus números de teléfono tal vez? —negó.

—No las conocía mucho.

—¿Y de amigas tuyas? ¿O de algún familiar?

—No teníamos ese tipo de relación —gruñó.

—¿Qué sabes de ella? ¿Qué le gustaba hacer?

—Salir de fiesta —le di tiempo para que añadiera algo más, pero no lo hizo, obviamente no sabía mucho más de esa chica.

—Eso nos han dicho por ahí, que le gustaba mucho divertirse —apuntó Luisma.

—Dicen muchas cosas de ella, pero era muy buena tía. Se ha dicho mucha mierda que no es cierta —protestó Andrés a la defensiva.

—¿Como qué? —insistió Raúl.

—Pues que iba de tío en tío... pero cuando estuvo conmigo sólo estuvo conmigo ¿entendido?

—Tranquilo, te creemos —aseguró Luisma.

—¿Había algún tío que le echara la caña o que se interesara demasiado por ella?

—Violeta era guapa y simpática con todos, había más de uno que se creía lo que no era...

—¿Y del ex qué sabes? No se tomó bien que ella le dejara ¿no?

—Era un tío de su pueblo, le había dado un poco de guerra al inicio, cuando ella se vino a Huesca. Le escribía y llamaba mucho para convencerla de volver con él...

—¿Sabes cómo se llamaba?

—Juan o José o algo así...

—Pero a Violeta la mataron en primavera —recordé —Ella le había dejado al venirse aquí a principio de curso, en septiembre ¿no? Parece mucho tiempo para seguir insistiendo.

—Algunos tíos no saben aceptar que sus novias los manden a la mierda y prefieran a otro... por mucho tiempo que pase.

—Sí, eso ocurre —opinó Raúl mirándome, resoplé molesto pero opté por ignorarle.

—¿Así que el ex seguía llamándola y atosigándola en primavera?

—El tipo se pegó un tiro, y tenía una cadena de Violeta que ella nunca se quitaba... Está claro que fue allí a verla, ella le mandó a la mierda y se la acabó cargando. No lo pudo aguantar y se voló la cabeza. Fin de la historia.

—¿Seguro que Violeta llevaba esa cadena ese día?

—Siempre la llevaba.

—Alguien pudo llevársela e inculpar con ella al ex —opiné, quería creer que había sido así.

Andrés se encogió de hombros, él no parecía creerlo.

—¿Qué más sabes de cómo murió?

—Fue por un golpe en la cabeza, la atacó en su casa...

—¿Sabes si tenía marcas de ligaduras? ¿Si la ató para... bueno... para abusar de ella?

Se puso tenso, apretó la mandíbula.

—Joder, ¿por qué coño quieres saber esas cosas? —se acabó el whisky.

Yo no contesté esperando que siguiera hablando.

—Dijeron que abusó de ella, y que ella se resistió... No sé si la ató, nadie dijo nada de que la atara, pero si le había golpeado la cabeza supongo que eso le bastó...

—¿Y sabes si...? Siento preguntar por esto, pero... ¿sabes si tenía marcas en el cuello? ¿Si ese tío intentó estrangularla?

Se quedó petrificado por la pregunta. Me miró inquieto, después miró a Raúl y a Luisma que le observaban igual de intrigados que yo o más.

—¿Qué te hace pensar qué...? ¿Por qué preguntas por su cuello?

Obviamente la pregunta le incomodaba, más aún que hablar de la violación, lo cual era raro. Me di cuenta de que casi parecía sentirse culpable, me pregunté si no le habría hecho marcas en el cuello él mismo.

—Tenía marcas ¿no? Alguien la había intentado estrangular —observé, atento a su reacción.

Se estaba poniendo nervioso, negó inquieto.

—¿Qué tal otro cubata, eh? —propuso Raúl, yo le miré molesto, otra vez me iba a tocar a mí pagar.

Andrés esperó a darle un trago a su nuevo whisky antes de decidirse a hablar.

—Violeta era una chica especial...

—Sí, seguro que lo era —animé yo.

—Me refiero a que... le gustaban cosas especiales.

Me quedé callado, confuso. Crucé una mirada con Luisma y Raúl que parecían tan confundidos como yo.

—¿En qué sentido...?

Andrés dudaba incómodo por el tema.

—Le gustaba... le gustaba el sexo de una manera particular... el sexo duro.

Los tres nos quedamos de piedra.

—¿Le ponía que la zurraran? —soltó Luisma, Raúl le pegó un empujón

para hacerle callar.

—No, nada de eso —protestó Andrés molesto —Ella, bueno... le ponía que, mientras lo hacías, que... que la cogieras del cuello y apretaras. Le excitaba la sensación de ahogo mientras... bueno, mientras...

—Te la follabas —completó Luisma, de nuevo Raúl le dio un empujón.

—Largo, castigado —le hizo dar varios pasos atrás para alejarse de nosotros y que dejara de decir lo primero que se le pasaba por la cabeza.

—Era un juego para ella.

—Asfixia erótica —dijo Raúl, asintiendo como si supiera de qué coño iba aquello —Al tío de Kill Bill se lo encontraron muerto así, al parecer se le fue de las manos...

—Coño —dijo Luisma dos pasos atrás.

—¿Eso... lo sabía la poli? —pregunté confuso.

—La poli fue a por el ex novio y se lo encontraron muerto y ya está.

Durante unos segundos no se me ocurrió qué decir, procesando aquel rollo extraño de la asfixia erótica.

—Así que le iba que mientras estabas en ello... —insistió Raúl, intentando asimilarlo él también —la estrangularas... ¿con las manos? ¿Mientras lo hacíais en alguna postura en concreto? —miré a Raúl asqueado por aquella curiosidad que obviamente iba más allá del caso.

—Era un juego, nada más. A ella le gustaba y yo le daba lo que quería. Era... un juego de roles. Le gustaba que en la cama dispusieras de ella, que la agarraras con fuerza y... que le apretaras el cuello. Sin pasarse, claro, lo justo para que empezara a sentir que le faltaba el aire.

—¿Por qué? —se me escapó, porque la verdad, me costaba entenderlo; me preguntaba qué tipo de trauma infantil podía haber sufrido esa chica para que le pusiese algo así.

—A algunas tías les gusta eso, que te pongas en plan duro, que las empotres contra la pared —opinó Raúl, mirándome como si no tuviera ni idea —No a todas les van los besitos en la nuca y la cucharita y esas mariconada que seguro que es lo que te gusta a ti...

—¡Vete a la mierda! —protesté.

Raúl fue a decir algo inapropiado, pero se arrepintió y cerró la boca. Yo me cabreé igual porque, aunque no dijera nada, me imaginé que había pensado hacer algún comentario hiriente sobre Lorena.

—Sólo digo que a algunas les gusta que mandes tú —se limitó a añadir.

—Una cosa es que lleves tú las riendas y otra es dejarla sin aire, no me

jodas —protesté.

—Para algunos los juegos de rol en la cama son algo más que ella con una peluca rubia a lo Daenerys —opinó Raúl.

Quise protestar porque lo de Daenerys me parecía bastante más normal que lo de la asfixia erótica, la verdad, pero pensé que perdíamos el tiempo teniendo esa conversación. Volví a mirar a Andrés.

—¿Sabes si ya le iba eso con su ex? ¿Le iba antes de conocerte?

Andrés se encogió de hombros.

—No lo aprendió conmigo —reconoció.

Yo seguía dándole vueltas.

—¿Y encontraron pruebas de...? ¿La policía... creyeron que la habían estrangulado?

Andrés se encogió de hombros.

—Lo que se dijo fue que él intentó abusar de ella y se pelearon, la golpeó en la cabeza, probablemente para que dejara de resistirse, y la violó.

—Y la mató el golpe —observé —Puede que también la estrangulara pero simplemente no se dijo nada ni salió en la prensa porque no fue lo que la mató. Si le molaba eso, tenía que tener marcas aunque fueran antiguas ¿no? —opiné.

De nuevo Andrés se limitó a encogerse de hombros.

—No puede ser casualidad que ese tío mate estrangulando y que a Violeta le molara eso —protesté, volví la vista a Raúl y Luisa esperando que me dieran la razón, pero se limitaron a mirarme sin decir nada.

—Fue el ex novio —insistió Andrés —Ella lo dejó entrar en su casa, lo conocía...

—Que ella conociera al tío al que dejó entrar no limita mucho la búsqueda —opinó Raúl, llevándose al instante una mirada de furia de Andrés —Lo digo porque ella era muy sociable y conocía a mucha gente —añadió rápidamente, tratando de arreglarlo.

—Si quien la atacó sí la estranguló, puede que no la estrangulara para matarla sino para excitarla y que se acostara con él, que al fin y al cabo es lo que buscaba... —observé.

—Igualmente encaja con que la matara su ex —insistió Andrés.

—Él o cualquier otro tío que supiera que le iba ese rollo, cualquier tío con el que ya se hubiera acostado.

—Eso tampoco limita mucho la búsqueda —opinó Raúl. Andrés le dirigió una nueva mirada asesina, pero esta vez Raúl no intentó arreglarlo, no

tenía arreglo.

—¿Sabes de otros tíos con los que ella...? Me refiero a antes de estar contigo —clarifiqué.

Andrés negó de mal humor.

—No hablábamos de esas cosas.

—¿Nadie que te mencionara de pasada? ¿O alguien que tú vieras que fuera demasiado insistente con ella?

Volvió a negar. Se quedó un instante pensativo y me miró.

—Has dicho que creías que ese tío lo estaba haciendo otra vez... ¿Qué querías decir?

—Creo que Violeta fue sólo su primera víctima —ahora ya estaba bastante seguro de eso.

Me miró perplejo.

—¿Dices que hay alguien matando por ahí chicas...?

—Que se parecen a Violeta. Por cierto, ¿sabes si solía pintarse los labios de rojo?

Asintió sin tener que pararse a pensarlo.

—Siempre.

Le di las gracias a Andrés por todo lo que nos había contado y nos despedimos. Justo cuando me iba me acordé de algo más y volví atrás.

—Se me olvidaba, ¿le regalaste flores alguna vez?

Negó sorprendido por la pregunta.

—No teníamos ese tipo de relación —repitió, yo me volví a preguntar qué tipo de relación era esa en la que regalar flores estaba descartado pero sí había exclusividad, pero de nuevo no dije nada.

Me fui del bar pensando en Violeta y en sus dos caras: buena chica de día y fiestera a la que le iba la asfixia erótica de noche. Tal vez ella pasaba de flores, tal vez a ella con que su pareja le regalara asfixias le bastaba y sobraba.

—¡Jodo con la víctima! —exclamó Luisa cuando estuvimos en la calle —Qué fiero.

Raúl asintió de acuerdo con su primo, se volvió hacia mí.

—Crees que es la primera víctima ¿no?

—Parece evidente ¿no crees?

—Coño, Carlos, lo que parece evidente es que fue el ex novio, y si no el siguiente sospechoso sería ese tío que está ahí dentro...

—Ese tío no sabía una mierda de Violeta, sólo la conocía de fiesta.

Además, si fue él ¿por qué iba a matarla? Ella ya se acostaba con él.

—Puede que Violeta se cansara de él, o puede que ella quisiera seguir tirándose a otros y a él no le pareciera bien... O a lo mejor el golpe en la cabeza fue un accidente por pasarse de bruto con ella en uno de sus juegos de rol.

No pude menos que reconocer que podía tener razón, pero no acababa de verlo.

—Andrés vive aquí ¿Cómo podría acosar a chicas de Zaragoza? ¿Y por qué de Zaragoza? —no tenía lógica.

—A lo mejor curra en Zaragoza o... yo qué sé... No cagues donde comes, que se dice.

—Yo creo que fue otro tío, alguien que estaba obsesionado con Violeta, y ahora viola y estrangula recreando lo que le hizo a ella.

—A Violeta la golpearon en la cabeza.

—Ese tío las droga, consigue el mismo efecto, que no se resistan, controlarlas...

Raúl no parecía muy convencido, o tal vez simplemente no quería animarme más. Luismi estaba callado, creo que seguía dándole vueltas a lo de la asfixia erótica.

Insistí en volver al bar del día anterior. Automáticamente al entrar busqué a la borrachilla de la araña, ni siquiera sabía su nombre, pero no estaba allí. El que sí estaba era Paco, que me miró de mal humor cuando me reconoció.

—Tú otra vez —gruñó de mala gana.

—¿Cuando te la tiraste te pidió algo raro?

Me miró sorprendido, e incómodo.

—No tengo nada que decirte, chaval.

Sabía más de lo que quería contar, y yo ya me estaba empezando a hartar de que la gente no quisiera hablar conmigo.

—Mira, yo no soy poli, pero conozco a uno al que le va a interesar todo esto, y cuando le hable de lo que he descubierto puedo mencionar tu nombre y el de este bar, o no hacerlo —me miró furioso —¿Le molaba algo raro? —repetí.

—Yo no sé nada —pero sí parecía saber algo.

—Que si te pidió que la estrangularas mientras te la tirabas —atajó Raúl.

Paco le miró enfadado ahora a él, miró alrededor inquieto.

—Mira, si a la tía le mola eso, o cualquier otra cosa rara... pues a mí me parece bien.

—Te lo pidió.

—Le excitaba que le apretaras el cuello, sí... Ella se ponía todo loca y a mí me daba igual.

—¿Sólo te la tiraste una vez? —insistí.

Dudó.

—Puede que un par de veces —reconoció de mal humor, vio que no nos íbamos a ir —A veces venía por aquí con ganas de marcha, y si yo no tenía mucho curro... Joder, estaba buena así que ¿por qué no? Sólo fue un par de veces, un par de polvos rápidos ahí atrás —señaló el almacén —Ella venía por aquí cuando se aburría y yo no iba a decirle que no... Los camareros pillamos mucho cuando las tías se aburren.

—Me tendría que hacer camarero —murmuró Raúl.

—Y cuando empezó con el tío serio ese, ¿todavía venía?

—No, tío, cuando empezó con el Alberto ese, o como se llamara, ya sólo se iba con él.

—¿Estás seguro?

Gruñó, cansado de nosotros.

—Una vez que el tipo ese no estaba cerca, le dije si quería uno rápido atrás... pero me dijo que no. Nunca me había dicho que no, siempre estaba lista para echar un polvo ¿sabes? Sobre todo cuando iba bebida. Pero cuando empezó con ese pavo, pues ya no.

—¿Había algún otro tío del que te acuerdes? ¿Antes de ese?

—Iba con unos y otros, joder. Era una chica guapa, candidatos no le faltaban... y vale que le excitaba que le apretaras un poco el cuello, pero en general, le iba bien cualquier cosa... Le gustaba el sexo.

—¿Y a todos les pedía lo del cuello?

—¡Yo qué coño sé lo que les pedía a otros!

—¿Te lo pidió la primera vez que te acostaste con ella?

Dudó un instante y asintió.

—Entonces se lo pudo pedir a todos los demás —opiné, decepcionado —Podría ser cualquiera.

—No sé a quién buscáis, pero yo no sé más y no quiero líos ¿vale? No más preguntas —se fue definitivamente.

Raúl, Luisa y yo permanecemos en la barra pensativos.

—Me hubiera gustado conocer a esa tía —soltó Raúl. Luisa a su lado

asintió, si es que eran tal cual los jodidos primos.

Dejamos el tema de Violeta aparcado y la noche siguió adelante casi como el día anterior. Raúl no perdió ocasión de intentar ligar, centró sus esfuerzos en una morena de pelo corto que le había puesto ojitos, bueno, él decía que le había puesto ojitos... Luisa y yo hicimos apuestas sobre si caería o no. Para desgracia de Raúl, la chica acabó borracha perdida, y cuando Raúl la fue a buscar al baño y la oyó vomitando, se dio cuenta de que sus posibilidades de echar un polvo esa noche se iban por el retrete junto con todos los vodkas limón que se había bebido aquella chica durante la noche. Gané la apuesta yo.

Capítulo 16. Y la Ciudadela tiene ciervos

Al día siguiente intenté llamar de nuevo al casero de Violeta y esta vez conseguí que contestara. Cuando le pedí los nombres y teléfonos de las compañeras de piso de Violeta me dijo que no, por suerte había aprendido a hacer frente a las negativas con una nueva actitud.

—¿Saben sus inquilinos actuales que en esa casa asesinaron a una chica? ¿Saben que en uno de sus dormitorios la violaron y golpearon hasta matarla? Seguro que todo el mundo se muere de ganas por alquilarle un piso con tanta historia...

Y me dio el teléfono de las dos antiguas compañeras de Violeta. Una de ellas contestó al teléfono, le conté mi historia de la tesis y se mostró dispuesta a hablar de Violeta. Me repitió lo de que Violeta era muy buena chica, no sé si porque realmente lo era o porque es lo que se dice de alguien que ha muerto. Me dijo que sí que le gustaba Francia, que tenía su cuarto lleno de pósteres del Moulin Rouge, le Chat Noir y cosas así. Me confirmó que le gustaba mucho salir de fiesta y que ligaba mucho, pero no me supo dar detalles de sus preferencias sexuales, y cuando intenté rascar por ahí me pareció genuinamente extrañada. La asfixia erótica era cosa de la Violeta de noche, y sus compañeras de piso no tenían por qué saber nada de esa Violeta, o al menos no tenían por qué saber tanto.

—¿Solía llevarse sus ligues a casa?

—A veces sí, otras veces iba a las de ellos.

—¿Hubo algún tío en especial que te llamara la atención?

—Hubo uno con el que repitió bastante en las últimas semanas, pero no era nada serio. No eran novios, ni nada de eso... Apenas se despertaba por la mañana se largaba, si es que llegaba a pasar la noche, y desde luego no salían al cine ni a cenar, ni cosas así... No era ese tipo de relación —Todo el mundo parecía tener eso muy claro.

—¿Recuerdas algún otro tío que se mostrara especialmente interesado en ella? ¿Tal vez demasiado insistente? ¿Alguien que le pusiera nerviosa?

—Violeta ligaba mucho, pero... No quiero hablar mal de ella, era mi amiga —se excusó, yo esperé a que añadiera algo jugoso —Pero creo que los tíos veían claro que no era una tía con la que tener una relación, o sea, la rondaban para lo que la rondaban... Y ella tampoco quería atarse a nadie, utilizaba a los tíos para lo que quería y ya está.

—Entiendo —repuse —Sé que es difícil revivir todo aquello pero...

¿fuiste tú la que la encontró, el día que la mataron?

No la oí al otro lado, por un segundo me pregunté si me habría colgado.

—Sí —murmuró —Fue horrible.

—¿Recuerdas qué hora era? ¿Era sábado, no?

—Sí, era sábado, me la encontré al volver a casa por la tarde... serían las ocho o así.

—¿Dónde la encontraste?

Le oí respirar hondo.

—La encontré en su habitación, sobre la cama... Saludé al entrar en casa, su puerta estaba abierta y me asomé, y entonces la vi... Llamé a emergencias pero ya estaba muerta.

—Sé que es difícil, pero ¿podrías describirme lo que viste?

—Estaba tumbada en la cama, casi... apacible... salvo por la sangre, claro. Había sangre en la almohada, en su cabeza y en la pared.

—¿En la pared?

—La golpeó contra la pared, así es como la mató... —le tembló la voz.

—¿Recuerdas algo más? ¿Tal vez alguna marca en su cuerpo, de ataduras o... en su cuello?

Le di tiempo para pensar la respuesta ya que era una pregunta bastante desagradable.

—No tenía nada en las muñecas, ni había cuerdas ni nada por allí... pero sí que tenía... creo que sí que tenía marcas en el cuello.

—¿Crees que eran recientes? —ni yo sabía cómo diferenciar marcas de estrangulamiento recientes de antiguas, pero tenía que preguntar por si acaso.

—Pues no sé... —reconoció.

—¿Recuerdas si había flores sobre su mesilla?

—¿Flores?

—Flores violetas —sólo al nombrar el color me di cuenta de que probablemente ese era el tipo de flor. Pensé que no podía ser casualidad que la chica que investigaba se llamara Violeta y que ese tío llevara violetas a sus víctimas. También pensé que regalarle violetas a una Violeta era algo que haría un niño de siete años... claro que tal vez esa era la madurez emocional de ese asesino psicópata.

—No, no había flores...

—¿Estás segura?

—No en la mesilla —yo asentí decepcionado, pero ella siguió hablando —Pero había un jarrón con flores en el salón. Al principio pensé que eran de

Silvia, mi otra compañera de piso, pero luego me dijo que no, así que... debían de ser de Violeta... ¿Se las regalaría su ex?

Su ex no, pensé.

—¿Qué sabes del ex?

—Conoció a Violeta en el instituto, aunque era mayor que ella. Se llamaba Juan, creo, o un nombre así común...

—La policía enseguida sospechó de él ¿no?

—No se había tomado nada bien la ruptura, en las primeras semanas la llamaba y escribía todo el tiempo, y se plantó en casa alguna vez también.

—¿En primavera seguía atosigándola?

—Yo creí que ya la había dejado en paz, pero... al parecer no se había olvidado de ella. La policía nos preguntó por él y cuando lo encontraron tenía su cadena, así que... ella nunca se quitaba esa cadena.

—¿Violeta le tenía miedo? ¿Estaba asustada?

—Harta sí, asustada no.

Le oí sonarse la nariz, me sentí mal por estar haciéndole llorar, pero seguí preguntando.

—¿Puedes hablarme de la familia de Violeta, o de algún amigo al que pueda preguntar más sobre ella?

—Sus padres tenían una verdulería en Jaca. No he mantenido contacto con amigos suyos de la época...

—He intentado hablar con tu otra compañera de piso, Silvia, por si se acordaba de algo más, pero tiene el teléfono apagado.

—Ahora vive en Bruselas, así que puede que no tenga el teléfono español encendido. Si quieres puedo escribirle por facebook para hablarle de ti y darle tu número, por si quiere ponerse en contacto contigo para ayudar — propuso, yo se lo agradecí y me despedí.

Después de comer le propuse a Raúl coger el coche e ir a Jaca.

—¿Y a Jaca por qué? Que eso está a sesenta kilómetros —me miró enfadado, previendo que el motivo de mi interés por Jaca no le iba a gustar.

—Tiene una iglesia románica muy bonita —me miró con gesto de “y una mierda” —Y la Ciudadela tiene ciervos —añadí.

—¡Y una mierda la puta iglesia y los putos ciervos! ¿Qué coño se te ha perdido a ti en Jaca?

—Violeta era de Jaca —reconocí.

Se quejó de tener que conducir hora y pico con resaca, pero de nuevo se resignó y nos fuimos para Jaca. Luisma obviamente quiso unirse. Se me

ocurrió que un negocio familiar podía tener de nombre el apellido de Violeta. No hubo suerte buscando en google Verdulería Díaz, pero sí con Verdulería y Frutería Mallés.

Al llegar, Luisa y Raúl optaron por esperarme fuera, lo de hacer preguntas a los padres de una chica muerta no sonaba tan divertido como preguntar a un ex en un bar con cubatas gratis. Yo mismo no tenía muy claro cómo abordarles, pero entré en la verdulería sin pensármelo demasiado. Le dije a la chica de mechas que atendía que quería hacer unas preguntas sobre Violeta Díaz Mallés, se volvió hacia la trastienda.

—Begoña, hay un chico aquí que pregunta por Violeta.

Una señora de rizos se asomó y me miró sorprendida. Dudó un instante antes de hacerme un gesto para que la siguiera a la trastienda, lejos de los clientes que esperaban.

—¿Es usted la madre de Violeta? —la señora de rizos asintió con gesto pesaroso, al tiempo que se dejaba caer en una silla frente a una minúscula mesa llena de papeles con cuentas —Lamento mucho su pérdida, señora Mallés. No quiero molestar, pero querría hacerle un par de preguntas sobre Violeta.

—Violeta murió hace siete años, ¿por qué preguntas por ella ahora?

No quería reconocer que creía que el asesino de su hija andaba suelto matando de nuevo, así que utilicé la opción de la tesis. No fue una buena idea, pero para abordar a la madre de una víctima no parecía haber buenas ideas.

—¿El asesinato de mi hija es el tema de tu tesis? —preguntó confusa.

Rectifiqué como pude.

—No ha sido una elección casual, lo cierto es que conocí a Violeta hace unos años —me miró sorprendida —Mis tíos tienen una casa aquí y la conocí a través de mi primo. No llegué a conocerla mucho, pero... —me miraba reticente, no había decidido aún si darme una oportunidad o no —Recuerdo que era una chica alegre, y guapa... siempre hablando de Francia —su madre sonrió, una sonrisa triste, nostálgica —Fue mi primo el que me contó lo que le había pasado y pensé que podía ser mejor elegir a alguien a quien había conocido... aunque fuera poco.

Me miró con expresión de profunda tristeza. Imagino que siete años no son suficientes para superar la muerte de una hija.

—¿Qué quieres saber?

Me habló largo y tendido de su hija. Me contó que era una buena chica,

estudiosa, trabajadora... que se preocupaba por los demás, de ahí que hubiera elegido estudiar Enfermería. Si Andrés sólo conocía a la Violeta de noche, obviamente su madre sólo sabía de la Violeta de día. Me dijo que su hija siempre era amable con todos. Pensé, cínicamente, que tal vez demasiado amable...

Me habló del día del asesinato. La policía les llamó a casa para decirles lo que había pasado, enseguida la policía sospecho del ex novio y cuando lo fueron a buscar lo encontraron muerto.

—¿Nunca se plantearon si podía haber sido otra persona?

—Juan tenía una cadena de plata que Violeta nunca se quitaba, fue un regalo de su abuela, y se suicidó esa misma noche. Parece obvio que discutieron y él la mató.

—¿Cómo era Juan? ¿Podían esperarse algo así de él?

—Nunca me gustó ese chico para Violeta, se veía que no quería hacer nada con su vida. Violeta podía aspirar a mucho más, merecía mucho más... Pero nunca pensé que fuera capaz de algo así, de hacerle daño... La policía cree que pudo ser un accidente, que le golpeó la cabeza al pelearse... Quiero creerlo.

—¿Podría darme su nombre? Me gustaría intentar contactar con su familia.

—Se llamaba Juan, Juan Carrillo. Era de Villanúa. Conoció a Violeta en el instituto, aunque era unos años mayor. Sus padres son buena gente, aquel día fue una tragedia para mi familia y también para la suya. Creo que siguen allí, en Villanúa.

Le di las gracias otra vez y me largué de allí. La verdad que hablar con esa mujer, una madre destrozada por la pérdida de su hija, y hacerle revivir el que probablemente había sido el peor día de su vida, me dejó muy mal cuerpo. Me consolé pensando que podía servir de algo, podía ayudar a encontrar al verdadero asesino, porque ya no me quedaban dudas de que el ex novio de Violeta no había tenido nada que ver.

Mientras dábamos una vuelta por Jaca, y ya que estábamos íbamos a ver los ciervos de la Ciudadela, puse a Raúl y a Luisa al día de mi conversación con la madre de Violeta.

—¿Y ahora qué? —preguntó Luisa, con ganas de más.

—Pues ahora podíamos pasarnos por Villanúa, es que el ex era de allí...

—¡Venga para Villanúa! —exclamó Luisa exaltado, dirigiéndose hacia el coche. Tanto Raúl como yo le miramos sorprendidos por tanto

entusiasmo.

—Es casi tan tonto como tú —gruñó Raúl.

Al llegar a Villanúa entré en el primer bar que vi para preguntar por la familia de Juan Carrillo. Cuando especificé que era el chico que se había suicidado después de matar a su ex, supieron a quién me refería. Uno de los clientes del bar me dijo que el hermano trabajaba en una tienda de ultramarinos y me indicó cómo llegar. Nos fuimos para allí y localizamos la tienda. Detrás del mostrador nos encontramos con un tipo de treinta y tantos, grande y de aspecto no muy amigable.

—Hola, estoy buscando al hermano de Juan Carrillo.

Me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué coño queréis? —ladró.

—Yo una coca-cola —dijo Raúl —Y casi que espero fuera —pagó la bebida, y un kit-kat para Luisa, y me abandonaron a mi suerte.

—Lamento mucho lo que le ocurrió a Juan —comencé —Me gustaría hacerte unas preguntas...

—¿Eres periodista? No me gustan los putos periodistas.

—No, no soy periodista.

—¿Policía? —negué sorprendido porque la gente realmente se plantea que pudiera ser poli, a mí me parecía obvio que no tenía pintas de poli — Tampoco me gusta la policía —gruñó.

—Ya somos dos —contesté.

Me pregunté qué historia contarle a ese tipo para que no me mandara a la mierda. Evalué que la verdad podía funcionar mejor que cualquier mentira, la verdad podía gustarle, al menos la referente a su hermano.

—No creo que tu hermano matara a Violeta —me lancé a bocajarro.

Me miró perplejo.

—¿Y eso por qué?

—Creo que otro tío la mató y se llevó su cadena e incriminó a tu hermano.

Se había quedado de piedra. Yo miré de reojo la puerta, por si tenía que largarme de allí con rapidez. Luisa y Raúl observaban a través de la ventana como quien ve una película, les faltaban las putas palomitas.

—Durante los últimos siete años todo el pueblo ha hablado de nosotros como la familia del chico que mató a su ex y se suicidó. Mi familia lo ha pasado muy mal, en especial mis padres, nos señalan con el dedo por la calle como si tuviéramos la culpa... —asentí, sin saber a dónde quería llegar —No

necesitamos turistas de la ciudad montándose películas sobre lo que ocurrió o no ocurrió, ni mucho menos tocando los cojones con preguntas...

—No soy un turista montándome películas —protesté —Pero bueno, si hasta tú crees que tu hermano lo hizo, entonces tal vez tengas razón... Si ni tú crees que Juan fuera inocente...

—La policía encontró la cadena de Violeta, y Juan... Juan se pegó un tiro.

—O alguien lo mató para hacerlo parecer un suicidio.

Me miró confuso.

—¿Qué coño sabes tú del tema! —exclamó acusador, dando un golpe en el mostrador.

Distinguí a Raúl y a Luisma alzando las cabezas como putos suricatos para ver qué pasaba dentro de la tienda.

—No sé nada, no seguro... pero tengo una teoría: creo que otro tío mató a Violeta e incriminó a Juan.

—¿Una teoría? ¡No me vengas con teorías de mierda, joder! O sabes algo o no sabes nada.

—¿Crees que tu hermano la mató? —exclamé en tono firme, vi que dudaba —¿Lo crees? —repetí más fuerte, a lo Harry el Sucio. Enseguida me dije que mejor bajar un poco los humos, porque yo no era el jodido Clint Eastwood y ese tío que tenía delante era muy grande.

—Mi hermano no se tomó nada bien que Violeta le dejara, pasó meses acosándola y lamentándose... Pero estaba saliendo del hoyo, lo estaba superando —yo le miré expectante, eso no era ni un sí ni un no —La policía dijo que la muerte de Violeta pudo ser accidental, que él la pudo empujar y ella se golpeó, y fue un mal golpe... No creo que mi hermano la quisiera matar, pero tal vez accidentalmente, en medio de una discusión...

—Dices que lo estaba superando, ¿iba a menudo a verla a Huesca?

—Al principio sí, demasiadas veces, iba a su casa, y la llamaba... Pero luego ya no, para cuando murió había dejado de agobiarla, lo estaba superando... De todas formas tenía un currillo de reparto, a veces le tocaba ir a Huesca... yo qué sé lo que hacía cuando iba allí.

—Dices que lo estaba superando, ¿por qué crees que era así? —pregunté sin perder cuerda, satisfecho porque estuviera dispuesto a seguir hablando del tema.

—Estaba más contento, salía más y... creo que se veía con alguien.

—¿Había otra chica?

—Sí, pero, no sé... luego pasó todo, así que...

—¿Quién era esa chica?

—La conozco de vistas, se llama Carmen... Pero ni siquiera sé si pasó algo entre ellos, puede que sólo le gustara o que sólo tontearan...

—¿Habló esa chica con la policía? ¿Le preguntaron por Juan?

Se rió amargamente.

—Para la policía estaba claro que Juan mató a Violeta y se suicidó, no hicieron preguntas a nadie. Yo fui a hablar con ella, quería saber si era verdad que se veía con mi hermano, pero lo negó y me dijo que me largara y no volviera a molestarla.

Fruncí el ceño, confuso.

—¿Y por qué sigues pensando que sí que tenían algo si ella lo negó?

—Pues porque ella tenía novio, y me dijo que la dejara en paz para ahorrarse problemas.

—¿Crees que le ponía los cuernos a su novio con tu hermano?

—Exactamente —reconoció —Los amigos también creían que había una tía, pero Juan no lo había hablado con nadie, lo llevaba todo muy en secreto. Si la tía tenía novio, eso lo explica.

—¿Por qué creíais que había una tía? ¿Y por qué creíais que era esa Carmen?

—Tenemos una casa aquí cerca, en la montaña. Es donde encontraron a Juan, cuando... cuando murió. Un colega de mi hermano me dijo que se había cruzado con esa Carmen un día, cuando él se iba ella llegaba. No hay mucho más en esos caminos, seguro que iba a la casa. Yo sé a qué íbamos Juan y yo solos a esa casa sin los colegas...

—¿Recuerdas el apellido de esa chica? —negó con la cabeza —¿Crees que alguno de los colegas de tu hermano sabrá algo más de ella?

—Ella no te dirá nada, lo negó todo cuando le pregunté.

—Entonces no habló porque tenía novio, han pasado siete años, puede que eso ya no sea un problema.

—Sé que su novio se llamaba Salvador y trabajaba en Candanchú —dijo, y comenzó a buscar en el móvil a los colegas que tal vez podían saber algo más de esa chica.

Me hizo el favor de llamar él mismo. Preguntó por la tal Carmen y por el novio. Un amigo le dijo que se llamaba Carmen Boadilla, otro le dijo que creía que se había mudado a Panticosa con el del ski y que creía que ahora trabajaba en el balneario. Yo esperé paciente a que terminara sus llamadas,

encantado con la ayuda de aquel hermano de malas pintas.

—La casa de tu abuelo, donde encontraron a Juan, ¿dices que está aquí cerca?

—Sí, camino de Candanchú, aunque hay que tomar un desvío —me dio las indicaciones dibujándome un mapa —No hemos vuelto desde que ocurrió... y estará cerrada — avisó.

—¿Tu hermano iba mucho por ahí?

—Sí, con los colegas, para beber y fumar petas, o para verse con una chica. Fue muchas veces allí con Violeta.

—¿Violeta conocía la casa?

—Y tan bien que la conocía.

—¿Y tus colegas y los de Juan también?

—Sí, íbamos bastante por allí, era un sitio donde estar tranquilos y liarla sin molestar a nadie.

—¿Alguien más de tu familia? ¿U otra gente que tuviera acceso a la casa?

—Está en mitad de ninguna parte, por ahí no va nadie. Era la casa de mi abuelo, pero cuando murió sólo la usábamos Juan y yo.

—¿Había entre tus amigos o los de Juan alguien a quien Violeta le gustara, alguien que fuera detrás de ella?

Se encogió de hombros.

—Violeta era una chica muy guapa, y, no sé, de esas tías que son majas con todo el mundo, que gustan a todo el mundo... Pero ningún colega le levantaría la novia a Juan...

—Tal vez una vez que lo dejaron hubo alguno que probó suerte...

—Eso podría ser —reconoció —¿Por qué preguntas?

—Dices que esa casa está en mitad de ninguna parte, y que sólo ibais Juan y tú con vuestros colegas... —asintió, yo dudé si seguir hablando, no quería enfadarle después de haber conseguido ganármelo —Si tu hermano no mató a Violeta, el asesino tenía que saber de esa casa...

—¿Crees que uno de nuestros colegas la mató? —yo no contesté pero me encogí de hombros, dando a entender que sí lo creía, era más que razonable —No, joder, son colegas...

—¿Incluso ahora mantienes contacto con todos? ¿Seguís siendo amigos?

Negó con gesto triste.

—No, después de lo que ocurrió nada volvió a ser lo mismo —yo asentí,

eso me imaginaba —Pero mucha gente sabía de esa casa, la gente de por aquí sabe que tenemos una casa en la montaña... —pero no lo dijo muy convencido.

—¿Alguno de los colegas de entonces vive ahora en Zaragoza?

—Nadie que se me ocurra... pero he perdido el contacto con algunos, puede que hayan terminado en Zaragoza por curro... Puedo preguntar por ahí —se ofreció, yo asentí agradecido.

—¿Tu hermano... murió de un disparo, no?

—Un disparo en la cabeza, con una de las armas de mi abuelo...

—¿Quién sabía que había armas en la casa?

—Mi abuelo era cazador, la gente lo sabía... —murmuró —Y los colegas —reconoció.

—¿Estaban a la vista?

—No, bueno, estaban en un armario, no es que fueran difíciles de encontrar... ¿De verdad crees que fue un colega el que...?

—Si otra persona mató a Violeta e incriminó a tu hermano, tenía que saber dónde estaba la casa y las armas, y tenía que saber que Juan estaría ahí... —asintió pensativo —¿Qué ocurrió la noche en que Violeta y Juan murieron?

—La policía vino a buscar a Juan, como no estaba en casa fueron a buscarlo a la casa de mi abuelo.

—¿A qué hora fue eso?

—Pues por la noche, después de cenar.

Tomé nota mental. Me di cuenta de que haría bien en anotar todos esos detalles para que no se me olvidara nada. A lo mejor habría sido inteligente grabar notas de voz cada vez que entrevistaba a alguien sobre Violeta, aunque fuera sin que se dieran cuenta, porque dudaba que nadie consintiera en que les grabara hablando de su relación con esa chica... Ahora ya poco podía hacer.

—¿De verdad crees que no fue Juan?

Asentí. Me miró pensativo.

—Si realmente otra persona mató a Violeta, y después inculpó y mató a mi hermano... no me importaría nada tener un cara a cara con ese hijo de puta...

Asentí, comprensivo. Le di mi número y le pedí el suyo, por si se me ocurría alguna pregunta más o por si a él le venía algo importante a la cabeza. Le agradecí su ayuda y me fui.

Capítulo 17. De balneario

Como ya se estaba haciendo tarde no propuse ir a Panticosa, aunque sabía que al día siguiente nos tocaría una nueva paliza en coche para ir hasta allí desde Huesca. En su lugar propuse ir a buscar la casa del abuelo de Juan. Pese a las indicaciones nos costó dar con ella, sobre todo porque ya anocheecía y no se veía bien el camino. Al llegar bajé del coche, ni Raúl ni Luisma hicieron gesto de seguirme.

—Este follón es todo tuyo —dijo Raúl, sacando el tabaco de liar para entretenerse esperándome. Luisma asintió desde el asiento de atrás.

—Sois unos acojonados —me burlé, pero aun con todo no se movieron de dentro del coche.

—Es que da muy mal rollo ahí fuera, tú —se excusó Luisma.

Volví la vista a aquella casa vieja y abandonada, rodeada de árboles y sumida en la más absoluta oscuridad, donde además sabía que había muerto un chico. Sí, la casa daba cuanto menos respeto. Raúl bajó la ventanilla del coche.

—En las pelis lo que vas a hacer tú ahora es siempre una mala idea —dejó caer, y volvió a subir la ventanilla.

—Será gilipollas —protesté, vi como Luisma se estiraba hacia el panel del coche y echaba el seguro a las puertas.

Me encaminé hacia la casa alumbrándome con la linterna del móvil. La puerta estaba cerrada, rodeé la casa y comprobé que también las ventanas estaban cerradas. Rebusqué en los alrededores de la puerta: bajo el felpudo, en el marco de las ventanas... por ver si, como en las pelis, había una copia de la llave por ahí por algún lado, pero la gente no va dejando copias de la llave de una casa por ahí escondidas. Intenté ver algo a través de una de las ventanas del salón que no tenía las cortinas totalmente echadas, pero sólo fui capaz de distinguir un sofá viejo y un cuadro con frutas.

Sin poder hacer mucho más, y ya que tampoco tenía ganas de pasar allí más tiempo del necesario, volví al coche con Luisma y Raúl, que otra vez discutían por qué música poner. Por suerte Raúl tenía claro que en su coche, bueno, de su hermano pero en la práctica suyo, la música la decidía él, y pudimos volver a Huesca escuchando Arctic Monkeys y no la basura reguetoniana que quería Luisma.

Al llegar cenamos y salimos de nuevo. Como yo ya no tenía más preguntas para nadie más, no hubo avances en mi investigación, ni Raúl tuvo

motivos para quejarse, ni tuve que invitar a cubatas a nadie. Las fuerzas ya nos flaqueaban, así que fue el día más flojo de los tres, pero aún conseguimos mantener el nivel.

Al día siguiente propuse ir a Panticosa a pasar el día. Raúl ya ni preguntó ni se quejó, sólo me recordó que pagaba yo la gasolina. Luisa estaba encantado de seguir con nuestra aventura. Al llegar a Panticosa nos fuimos directos al balneario. De nuevo mi séquito se quedó atrás mientras yo abordaba a la chica de recepción.

—Estoy buscando a Carmen Boadilla, ¿trabaja aquí, verdad?

La chica me dijo que sí y se fue al teléfono a llamarla, apenas dos minutos más tarde apareció por recepción una chica morena de unos treinta años.

—¿Carmen Boadilla?

—Sí, soy yo ¿nos conocemos? —dijo con sonrisa de azafata de Iberia, que se le borró de la cara en el momento en que le dije que no y que venía a preguntarle por Juan Carrillo.

—¿Juan? ¿Por qué...? —me miró inquieta —¿Qué quieres?

—Tú y Juan estabais liados cuando murió ¿verdad?

Se quedó blanca.

—No sé de qué me hablas...

—¿Es por Salvador? —más blanca aún —Veo que seguís juntos...

—¿Quién leches eres tú? —perdió totalmente las formas de azafata de Iberia.

—No quiero meterte en problemas con tu novio, ni soy de la policía, ni periodista... Sólo estoy interesado en las muertes de Violeta y Juan.

Negó nerviosa.

—Yo no sé nada. Juan era un amigo, no había nada entre nosotros...

—Creo que sí lo había, que fuiste varias veces a esa casa suya en la montaña, y que Juan y tú os lo montabais a espaldas de tu novio.

—¡No sabes nada! No tengo nada que decir, así que, si me disculpas, tengo trabajo...

—¿Está Salvador por aquí? Se llama así ¿no?, tu novio.

Se quedó petrificada, me fijé en que se frotaba un anillo con gesto nervioso.

—¿Perdón?

—¿Tu novio se llama Salvador, no? Puede que vaya a preguntarle a él...

—¡No! —exclamó asustada, la otra chica de recepción se volvió a

mirarnos sorprendida —Ni se te ocurra hablar con él —se recompuso — Salva no te iba a creer, no te conoce de nada...

—Tal vez, pero seguro que te preguntaría y tendrías que mentirle a la cara, y a él le crearía dudas, tal vez empezaría a acordarse de pequeños detalles que no cuadraban, pequeñas mentiras... Cuando uno lo piensa en frío ve las señales —me miraba con el ceño fruncido, preocupada, porque me creía —No quiero meterte en problemas, no necesito hablar con tu novio — aseguré, suavizando el tono para que pareciera menos un chantaje —Sólo quiero saber un par de cosas de Juan, para empezar si todavía estaba colgado por Violeta...

—La mató y se suicidó, está claro que sí seguía colgado por ella.

—Pero estaba saliendo contigo —observé.

Carmen bajó la vista, incómoda, seguía haciendo girar el anillo. Me pregunté si sería un regalo de su novio Salva, o tal vez de Juan. Suspiró y me miró con resignación.

—Si le dices a alguien una palabra lo negaré todo.

—Me parece bien.

—Juan y yo nos veíamos a escondidas. Fue cosa de unas semanas, nos veíamos en la casa de su abuelo.

—¿Y mientras estaba contigo todavía atosigaba a Violeta?

—No sé lo que hacía cuando no estaba conmigo, yo... sé que cuando ella lo dejó lo pasó muy mal y que estuvo intentando convencerla de volver, pero creía que ya estaba bien, que ya no seguía obsesionado con ella... — fruncí el ceño sorprendido porque usara la palabra obsesionado.

—Tú creías que ya lo había superado —observé.

—Yo... yo estaba pensando en dejar a mi novio por él. Estábamos bien, Juan y yo, y Salva y yo pasábamos por una mala época... Juan estaba bien, estaba mucho más animado y... yo creía que era gracias a mí.

—¿Por qué no dijiste nada a la policía?

—Juan mató a Violeta y se suicidó, ¿de qué iba a servir que dijera por ahí que habíamos estado liados? Salva me habría dejado y... ¿sabes lo humillante que fue para mí? Yo creía que Juan y yo estábamos bien, y resulta que se fue a acosar a su ex novia y a acostarse con ella, y... y la mató. ¡Me equivoqué tanto con él! Y casi dejo a Salva, y... ¡Salva no puede enterarse nunca!

Lo dijo en un tono tal de angustia que me hizo sentir asqueado, por razones evidentes simpatizaba más con el novio cornudo que con ella.

—Deberías habérselo contado tú —protesté —O mejor aún, deberías no haberle puesto los cuernos.

—Salva nunca me habría perdonado, y aunque lo hiciera, sé que nunca volvería a confiar en mí... Fue un error, un estúpido error, y nunca ha vuelto a pasar, y desde entonces estamos mejor que nunca... Es normal tener dudas a veces —se excusó. Yo negué con un gesto de desaprobación, a mí no iba a conseguir convencerme —Que Juan muriera me hizo ver las cosas con perspectiva, comprendí cuánto quería a Salva...

—O pensaste que Salva, aun como segunda opción, era mejor que quedarte sola —gruñí.

—No, yo le quería. Le quiero —aseguró —Me hizo falta temer perderle para darme cuenta. Estuve a punto de tirar por la borda lo mejor que me ha pasado nunca... —yo negué, aquello no eran más que excusas.

—Tu novio merece saber que le pusiste los cuernos con otro —me di cuenta de que no estaba allí para juzgar a esa tipa infiel, por mucho que quisiera juzgarla y mostrarle mi desaprobación, y por mucho que ella pareciera querer justificarse y convencerme —En cuanto a Juan y la casa de su abuelo —volví al tema —¿Esa noche ibais a veros allí?

—Sí, era sábado, solíamos vernos los sábados.

—¿Y qué pasó?

Respiró hondo antes de narrar todo aquello.

—Salva trabajaba los fines de semana, así que después de tomar algo o cenar me llevaba a casa pronto y se iba a su casa a dormir. Entonces yo me escabullía con el coche de mi padre para ir a ver a Juan. Normalmente él iba antes, se fumaba algún porro o se bebía una cerveza, y me esperaba. Aquel día se me hizo tarde, salí de casa a eso de las once, y... —bajó la vista con gesto compungido —Y cuando llegué ya estaba muerto, la policía ya estaba allí...

—¿Y no hablaste con la policía? —pregunté extrañado.

—Vi el coche de policía, los agentes estaban dentro. Pensé que era algo de drogas, Juan había hecho el tonto con ese tema antes, así que me di media vuelta y volví a casa antes de que me vieran. Fue sólo después que me enteré de que no era por drogas, sino... que estaba muerto. Encontraron el colgante de su ex y... y eso fue todo. Decidí no hablar nunca más del tema con nadie, olvidarme de que había ocurrido.

—¿Nadie sabía que estabais liados?

—Mis amigas no lo sabían, y Juan me prometió que no se lo diría a

nadie. Su hermano sospechaba, vino a preguntarme por el tema pero yo lo negué todo. Hice como que nunca había pasado.

—Un momento, ¿y el teléfono? ¿Os llamaríais por teléfono, no? Habría mensajes o llamadas... ¿Cómo es que la policía no contactó contigo para preguntarte por tu relación con Juan?

—La policía nunca me hizo preguntas ni falta que hacía. Además, no había mucho que encontrar en el móvil, quedábamos de un día a otro y teníamos un código.

—¿Un código?

—Yo tenía su número guardado con el nombre de una amiga, y cuando quedábamos nos referíamos a tomar un café al día siguiente por la mañana. Si yo no podía quedar, le decía que teníamos que posponer el café hasta el día siguiente. Así si Salva me miraba el móvil, pues no vería nada raro...

—Qué lista —gruñí.

Bajó la vista, al menos parecía sentirse culpable... claro que no tanto como para confesarle la infidelidad a su novio.

—¿Cuando te fuiste de la casa viste algún otro coche? ¿Viste a alguien más por allí?

—No, sólo el coche de policía.

—¿Y normalmente a qué hora os reuníais? Dices que ese día se te hizo tarde...

—Normalmente sobre las diez y media u once... Si Salva me dejaba en casa para cenar, a las diez y poco ya estaba con Juan en la casa de su abuelo. Ese día Salva quiso ir a cenar algo y se nos hizo tarde.

—Así que podrías haber ido a verle antes, fue casualidad que no lo hicieras.

—Supongo —repuso pensativa.

—¿Os escribisteis algún mensaje esa tarde, para confirmar la quedada?

—No creo —negó tratando de hacer memoria —Sólo nos escribíamos para cambiar de planes y no había cambio de planes, así que...

—Él no te escribió diciendo que no podía —observé.

Negó tras pensarlo un instante.

—¿Y pasaste toda la tarde con tu novio?

Asintió, al ver cómo la miraba frunció el ceño.

—¿Crees que yo tuve algo que ver?

—Creo que tu novio pudo tener algo que ver, al fin y al cabo el tío que se tiraba a su novia acabó muerto...

—No, Salva es un pedazo de pan, él nunca... Además, él no sabía nada, y sí, estuvimos juntos toda la tarde. Él no tuvo nada que ver, y yo tampoco.

Yo asentí pensativo.

—Me equivoqué con Juan, seguía enamorado de su ex, obsesionado con ella... —de nuevo esa palabra —No me sorprende ¿sabes? Violeta causaba ese efecto en la gente.

—¿A qué te refieres?

—Irradiaba algo, gustaba a todo el mundo... —suspiró, creo que celosa, celosa de una tía a la que habían violado y asesinado —A Juan le volvió loco... Yo creía que ya no pensaba en ella, pero fue a su casa, la atacó, la... Obviamente seguía enamorado de ella, tanto como para matarla —yo fruncí el ceño, desconcertado por esa idea de estar tan enamorado de alguien como para matarle.

—¿Sabes si Juan trabajó en Huesca esa tarde?

—Debió de hacerlo, a veces le tocaba ir allí... Debió de aprovechar para pasarse a verla.

Yo asentí, no muy convencido. Pensé en despedirme ya porque no se me ocurrían más preguntas para Carmen... bueno, todavía se me ocurría una.

—¿Por qué te liaste con Juan si querías tanto a tu novio? —sí, la pregunta se iba del tema —Es que no hablamos de un rollo borracha, tenías un código y todo...

—Juan era el tipo de chico que nunca se fijaría en mí, era diferente, interesante... y me hacía sentir diferente e interesante a mí —mi cara lo decía todo, y nada bueno —Fui una estúpida, lo sé. Salva es mil veces mejor, es un sol, me quiere, me cuida... Juan sólo quería pasarlo bien, yo no le importaba y no lo supe ver... Fue un error, todos nos equivocamos.

En ese momento Raúl se nos acercó.

—Oye, ya que estamos aquí, ¿no nos podrías sacar unas entradas?

Le miré sorprendido, entonces distinguí que Luisma hablaba con dos chicas morenas que estaban a punto de entrar en el balneario. Las chicas pasaron los tornos y Luisma se vino hacia nosotros.

—¿Tenemos entradas? —preguntó con gesto impaciente.

Carmen me miró perpleja, preguntándose de dónde salían esos dos.

—Las entradas son veinticinco euros por persona.

—¿Y para estudiantes no es más barato? —preguntó Luisma —¿O con carné joven?

—Mujer, algún descuentito habrá ¿no? A tu novio Salvador, ese al que

le pusiste los tochos con un tipo que acabó muerto, seguro que le pasas gratis —dejó caer Raúl.

Yo le miré perplejo, igual que Carmen que se puso roja. Me miró furiosa.

—No pasa nada, ya nos íbamos. No quiero meterte en líos —aseguré.

—Claro, nadie quiere líos con tu novio Salvador, que trabaja también por aquí ¿no? —insistió Raúl mirando alrededor.

Carmen gruñó, miró a Raúl con furia contenida.

—Voy a ver qué puedo hacer...

—Gracias, guapa —contestó Raúl sonriente.

En que Carmen se fue hacia el ordenador le di un empujón a Raúl.

—¿Tú estás tonto? Eso es chantaje.

—Tú chantajeas para conseguir información, pues yo para conseguir entrar al balneario. No sé por qué es diferente...

—Esas dos pavas estaban muy buenas —acabó de completar Luisma.

Raúl y Luisma siguieron a Carmen junto al ordenador. Ella metió varios datos y nos sacó tres pulseras de esas electrónicas para meter en el agua. Luisma y Raúl agarraron las suyas sin dudar, a lo que yo fui a coger la mía Carmen la retuvo un instante.

—No quiero volver a verte por aquí, y ni se te ocurra acercarte a Salva.

—No volverás a verme —prometí —Y no le contaré nada a tu novio —agarré mi pulsera —Aunque sigo creyendo que deberías contárselo tú.

—Es más feliz no sabiéndolo —aseguró —Y gracias a que no lo sabe podemos seguir juntos. Créeme, me siento culpable, pero es mejor que cargue yo con ese peso que compartirlo con él...

Me pregunté si eso que decía tenía algún sentido. Fuimos hacia los tornos y pasamos al interior del balneario, agarramos unas toallas de la estantería junto a la entrada al vestuario.

—No tengo chanclas —cayó en la cuenta Luisma.

—Lo que no tenemos es bañador —observé yo.

—Coño —dijo Luisma quedándose inmóvil.

—En calzoncillos, joder, si no hay diferencia —repuso Raúl.

Yo no estaba tan seguro, miré bajo el pantalón a ver qué calzoncillos me había puesto ese día. Daba el pego con mis calzoncillos de Batman, también Raúl con sus boxers negros, pero Luisma los llevaba de elefantitos.

—¿Qué coño de calzoncillos son esos? —protestó Raúl al verle, a mí me dio la risa.

—Es que no esperaba ir a un balneario y tener que usarlos de bañador.

—¿Qué balneario ni qué hostias? Hay que llevar buenos calzoncillos por si ligas, cojones.

Luisma se encogió de hombros.

—Pero si ligo me los quito enseguida, es un visto y no visto...

Lo del balneario acabó siendo una buena idea, porque allí se estaba de puta madre. De piscinita interior a piscinita exterior viendo las montañitas. Localizamos a las dos morenas a mitad de recorrido. Raúl estuvo echándoles la caña, y como el que la sigue la consigue, al final consiguió que una le diera su número. Tuvo que pedirle un boli a una masajista, y se lo apuntó en la mano, a falta de papel. Se le pasó todo el mal humor del finde con aquel número.

—Resulta que son de Zaragoza, manda huevos que me haya tenido que venir hasta Panticosa para ligar con una maña...

—Se te va a borrar —le dije yo, rápidamente sacó la mano del agua — Ya podrías memorizarlo, que son nueve putos números, mierda de ingeniero que eres...

Pero Raúl no quería arriesgar, el resto del tiempo que estuvimos de spa se lo pasó así, con la mano izquierda fuera del agua. Al salir del balneario volvimos a Huesca a dejar a Luisma y regresamos a Zaragoza.

Capítulo 18. Tal para cual

El lunes por la tarde quedé con Ana a tomar una cerveza, la conversación estuvo enteramente dedicada a mi viaje a Huesca.

—Tienes razón, parece el mismo tío —concluyó cuando le conté todo lo que había descubierto y mi teoría de que Violeta había sido la primera víctima.

—Tiene sentido que el verdadero asesino intentara cargarle el muerto al ex —opiné —¿Qué mejor cabeza de turco? Más si lo conocía, si sabía dónde estaba la casa del abuelo y que Juan estaría allí, y que había armas en esa casa... Es fácil, coges algunas cosas de tu víctima y las plantas allí, como esa cadena.

—Claro que significa que tienes que estar dispuesto a cargarte a un amigo —observó Ana.

—Bueno, parto de la base de que ese tío es un puto asesino psicópata —no creía que cargarse a un amigo supusiera un problema para un puto asesino psicópata.

Ana asintió conforme.

—Así que crees que mató a Violeta por accidente —observó Ana.

—La golpeó contra la pared, no es la manera más normal de intentar matar a alguien ¿no? Ni siquiera es tan fácil que un golpe así te mate, parece más bien un forcejeo que se le fue de las manos.

Ana asintió.

—Quería violarla y ya está.

—Creo que quería acostarse con ella, puede que ya lo hubieran hecho antes, pero esta vez ella no quiso...

—Y a él le dio igual si ella quería o no —observó Ana, yo asentí.

—Creo que él estaba colgado por ella, obsesionado incluso... Ella le gustaba, le llevó flores. ¿No le llevaría flores si su plan fuera matarla, no? —Ana se encogió de hombros, no tenía la menor idea de si alguien que planeaba matar regalaría flores a su víctima o no...

—A las chicas de ahora les lleva flores y planea matarlas —observó.

—Eso es porque al matar a Violeta se quedó jodido de la cabeza, matarla es lo que le hizo convertirse en el puto loco que es ahora —opiné —Las violetas son parte de la recreación, es un vínculo con Violeta... Pero con ella fue un accidente, no quería matarla —insistí.

—La mataría por accidente, pero la violó queriendo —gruñó Ana. Yo

asentí, ese tío era un cabrón igualmente, eso no iba a ser yo quien lo discutiera.

Ana se quedó un instante en silencio recapitulando.

—Y después de violarla, y matarla por accidente, ¿coge su collar para inculpar a su ex? Joder, eso es tener mucha sangre fría. Para no haberlo planificado se le ocurrió muy rápidamente cómo librarse.

—Es un psicópata y es listo —insistí, a mí me valía como explicación.

—Yo habría salido corriendo de allí, más si las compañeras de piso podían estar al llegar... Como mucho habría intentado limpiar la escena y limpiar mi rastro, aunque no sé si se me pasaría por la cabeza en ese momento... O sea, acabas de matar a alguien, por primera vez en tu vida matas a alguien y es alguien a quien no querías matar, ¿y se te ocurre pensar en tus huellas en el escenario?

—Yo sí pensaría en las huellas —Ana me miró escéptica. Le mantuve la mirada, estaba convencido de que lo haría.

—Vale, piensas en las huellas porque ya apuntas maneras a convertirte en un asesino frío y calculador —observó mordaz, yo fruncí el ceño por el insulto —¿Y entonces coges también el colgante pensando en inculpar a otro?

—A lo mejor se llevó la cadena como trofeo y después pensó que podía darle un uso mejor —propuse —Aunque si era un trofeo no querría deshacerse de él ¿no? —Ana volvió a encogerse de hombros, no tenía ni idea de lo mucho o poco apegado a sus trofeos que podía estar un asesino en serie como para querer o no deshacerse de uno para inculpar a otra persona... —O puede que no se la llevara para inculpar al ex, sino porque lo incriminaba a él —se me ocurrió —Era una cadena, la tocaría al estrangularla ¿no? Puede que se la llevara porque tenía sus epiteliales.

Ana asintió pensativa.

—Vale, así que se lleva la cadena al intentar limpiar la escena y cubrir su rastro, pero nada como inculpar al ex de la víctima, que había estado acosándola durante meses porque no aceptaba la ruptura, para que la policía no investigue demasiado y así librarse. Decide cargarle el muerto a Juan, sabe dónde está la casa de su abuelo y va a verle... ¿Pero cómo sabe que Juan está ahí? ¿Sabe que Juan se está viendo con alguien? Dices que Juan y esa chica lo llevaban en secreto, ni siquiera su hermano estaba seguro de que hubiera alguien...

—Puede que conociera a Juan lo suficientemente bien como para saber

que sí había una chica y que ese sábado iría a la casa del abuelo para verse con ella... O tal vez creyera que iba a encontrarle allí solo...

—¿Si no era por una chica, por qué iba a estar Juan allí solo un sábado? Ese tío tenía que saber que Juan se veía con alguien si sabía que estaría allí... ¿Y si se hubiera encontrado a Carmen también allí? —preguntó inquieta.

—Puede que supiera que Carmen acudía más tarde que Juan... o puede que Carmen tuviera suerte de llegar tarde ese día —murmuré, me pregunté si Carmen seguía viva gracias a que ese sábado su novio había querido ir a cenar algo por ahí —O a lo mejor ni siquiera esperaba que Juan estuviera en la casa, a lo mejor su idea era dejar la cadena por allí para incriminarlo, pero no pretendía matarlo...

—Pero al llegar se encuentra a Juan, y está solo...

—Se lo carga con un arma del abuelo, hace que parezca un suicidio, y solucionado. Es mejor matar al cabeza de turco que dejarlo vivo para que pueda defenderse y probar su inocencia.

Ana lo pensó un instante y asintió, conforme con mi teoría.

—¿A qué hora murió Violeta?

—La compañera de piso la encontró a eso de las ocho, debió de matarla poco antes.

—¿Entre Huesca y Villanúa hay... qué, una hora?

—Una hora y cinco minutos según google maps, échale diez minutos más para llegar a la casa del abuelo, eso si sabes dónde está y no te pierdes.

—Así que sale de casa de Violeta y se va a la casa del abuelo de Juan. Juan está allí así que entra y, no sé, finge que se ha pasado a saludar, a echarse una cerveza con él... Si sabe lo de Carmen, sabe que tiene que darse prisa. Coge una de las armas del abuelo, que sabe dónde se encuentran, y dispara a Juan haciéndolo parecer un suicidio. Deja el colgante de Violeta allí y se larga por donde ha venido.

—Juan solía ir allí los sábados por la noche y esperaba a que Carmen llegara. Ese día ella se retrasó, pero normalmente solía llegar sobre las diez y media u once. O el asesino sabía que tenía ese margen, o ni sabía lo de Carmen y simplemente fue rápido. Si pensaba que las compañeras de piso encontrarían enseguida a Violeta, y que la policía consideraría a Juan el principal sospechoso e irían a buscarlo, sabía que tenía que darse prisa. La policía llegó a eso de las once a la casa del abuelo, Carmen les vio allí cuando fue a reunirse con Juan.

Vi que Ana asentía pensativa, calculando el tiempo que llevaría hacer

todo eso. Yo ya había hecho esos cálculos antes.

—Los tiempos son muy ajustados, más aún si consideramos que necesitaría algo de tiempo para planear qué hacer. Por muy listo y frío que sea necesitaría tiempo para reponerse después de haber matado a Violeta, y para orquestar su plan para incriminar a Juan.

—Pero da tiempo —aseguré —Si sabes dónde está la casa del abuelo y dónde están las armas, y si conoces a Juan y sabes que estará ahí solo...

—Conocía a Juan, tenía que conocerle —asintió Ana —Aunque no esperara que Juan estuviera allí, conocía bien esa casa; y si sabía que estaría allí solo, entonces tenía que conocerle muy bien, tanto como para saber que se veía con alguien...

Yo asentí, eso mismo pensaba yo.

—Yo que creía que tu viaje a Huesca iba a ser una absoluta pérdida de tiempo... —murmuró Ana, sorprendida de que no hubiera sido así. Yo opté por ignorar su falta de fe en mí.

—Violeta es la primera víctima —aseguré —Ese tío la violó y la mató, y ahora recrea aquella vez con otras chicas, bueno, aquella vez o la vez que se acostaron, no sé... Pero recrea lo que tuvo o quiso tener con Violeta. Busca chicas que se parecen a Violeta y las viste como ella, les pinta los labios como ella... hasta les lleva flores.

—Las flores no estaban en su mesilla como con Inés y Marta, sino en el salón —apuntó Ana, yo asentí —Ella las pondría en el jarrón. Lo conocía, le gustó el gesto.

—O quiso ser amable y fingió que le gustaba el gesto —opiné, regalarle violetas a una Violeta me seguía pareciendo una cutrez —Ese tío estrangula a sus víctimas porque eso era lo que le gustaba a Violeta, no es sólo una forma de matar con implicaciones sexuales... Es lo que le gustaba a Violeta, si llegaron a acostarse seguro que ella le pidió que la estrangulara...

—A ella le gustaba que la estrangularan y la sometieran en la cama, y a él le gusta violar y matar chicas estrangulándolas...

—Parecen tal para cual —reconocí.

—Eso es muy siniestro —opinó Ana, no pude menos que estar de acuerdo.

Me puse a pensar otra vez en lo de la asfixia erótica. Volví la vista a Ana, preguntándome si acaso...

—¿Tú lo has probado? —me miró confusa, sin saber a qué me refería —Lo de la asfixia erótica.

Dio un respingo sorprendida.

—¿Y por qué iba yo a probar eso?

—No sé, a ti te gusta probar cosas nuevas...

—Sí, cosas nuevas como el submarinismo o... el helado de gazpacho.

No eso.

Me quedé callado, pensativo.

—¿Qué tal es, el helado de gazpacho?

—No me convence ese sabor para algo frío.

—Ya —asentí, no tenía pinta de ser una buena combinación.

—La policía debería haber investigado a más gente, a otros tíos con los que ella se hubiera acostado —protestó Ana —Si ese tío la estranguló el día que la mató, significa que sabía lo que le gustaba, significa que la conocía muy bien...

—No es tan fácil, Violeta se había acostado con muchos tíos, esa tía era un poco...

—¿Un poco qué? —interrumpió Ana en tono belicoso.

—Un poco... —busqué una alternativa mejor que lo que había pensado, pero todas las alternativas eran peores —...guarrilla.

—Si fuera un tío dirías que ligaba mucho y que era un fiero, y no usarías ese tono despectivo.

—No es un tono despectivo, yo no tengo nada en contra de las guarrillas —aseguré, Ana me miró molesta —Además, en esa salís mejor paradas vosotras, es mejor una guarrilla que un guarrillo —opiné, por la expresión de Ana vi que no la estaba convenciendo.

—Si fuera un tío no le criticarías, llamarla guarrilla es sexista.

—Vale, era muy activa sexualmente ¿te gusta más así? Y no se había tirado a medio Huesca, sino que había tenido relaciones de naturaleza sexual con un número elevado de la población activa de Huesca capital ¿mejor?

—Vete a la mierda —gruñó.

Me reí por lo bajo pero opté por no insistir, porque aunque fuera divertido, y fácil, picar a Ana con estos temas, sabía que no le faltaba razón. Ana se quedó un instante en silencio.

—¿Vas a hablar con la poli?

—Pues debería ¿no?

Volvió a quedarse callada.

—No te van a creer.

—Ya, pero si no tienen el primer caso...

—Se van a enfadar contigo por entrometerte —yo asentí, contaba con ello —Carlos, sé que tienes buenas intenciones, pero a lo mejor deberías dejar todo este tema... Sé que lo de Marta fue duro, pero... no creo que sea sano que te pongas a investigar asesinatos, ni que esto se convierta en un hobby para ti... Deberías pasar página.

—Ana, cada vez que vengo al Campus voy mirando a cada chica con la que me cruzo esperando encontrar a otra transparente. Y sé que un día la voy a ver, un día de estos una chica morena de pelo largo estará transparente como lo estaba Marta, ¿y entonces qué?

Me miró con gesto pesaroso.

—No puedo no hacer nada —aseguré.

Ana suspiró y asintió.

—Entonces habla con la poli y que cojan a ese cabrón.

Al día siguiente al salir de clase de alemán me planté en comisaría para hablar con el inspector Villalba. Me hicieron pasar a la sala de espera, al poco apareció por allí el agente Pringadete.

—¿El inspector Villalba te ha llamado para que vinieras? —preguntó confuso al verme por allí otra vez.

—No —reconocí —Pero necesito hablar con él.

Me miró intrigado.

—¿Es por algo relacionado con la investigación? Porque el inspector está muy ocupado...

—Puedo esperar —repuse con calma, por tiempo libre no sería.

Me miró pensativo, creo que evaluando que efectivamente pretendía quedarme allí esperando cuanto hiciera falta.

—Espera aquí —y ahí me quedé esperando.

Al rato volvió a buscarme y me llevó hasta el despacho del inspector. Villalba me miró igualmente sorprendido de verme por allí de nuevo.

—Tú dirás, Carlos.

Aunque no me había ofrecido la silla frente a su mesa me senté igualmente. Me alegré de que el subinspector Cejasjuntas no se nos uniera, prefería hablar sólo con Villalba que se enfadaba menos y escuchaba más.

—Ya sé quién fue la primera víctima.

Villalba resopló y me miró con gesto cansado.

—¿Sigues haciéndotelas de detective pese a que te dije que dejaras el tema?

—¿La tenéis ya o quieres que te diga quién es?

Me miró fijamente, creo que analizando qué tipo de imbécil aburrido tenía delante.

—No voy a decirte una palabra del caso, si estás intentando conseguir información...

—Violeta Díaz Mallés, asesinada hace siete años en Huesca. La atacaron en su casa y la violaron, murió de un golpe en la cabeza.

Villalba me miró sorprendido.

—Ese caso está cerrado, fue su ex novio, se suicidó después de matarla.

—Así que sabes de qué caso te hablo.

—Claro que sé de qué caso me hablas, hemos investigado casos similares. ¿Te crees que no sabemos hacer nuestro trabajo? Pero el caso de esa chica está cerrado, el culpable está muerto.

—La policía se equivocó, no fue el ex novio.

—¿La policía se equivocó? —gruñó, no le había gustado lo más mínimo esa frase.

—El ex estaba viéndose con otra chica, tenía una nueva novia.

Me miró sorprendido de nuevo.

—En primer lugar, eso no significa que no la matara, y en segundo lugar, ¿cómo leches sabes tú eso? —me miró con gesto acusador.

—He preguntado por ahí —reconocí, Villalba me miró enfadado.

—¿No te dije que dejaras de entrometerte en una investigación abierta? —protestó.

—No me he entrometido en vuestro caso, no he preguntado a nadie sobre Marta e Inés. Y el caso de Violeta no en una investigación abierta —me defendí, Villalba soltó un gruñido de exasperación —No fue el ex novio, tenía una nueva novia y se iba a reunir con ella esa misma noche.

—El ex novio se suicidó ese mismo día.

—El ex novio se llevó un tiro ese mismo día —corregí.

Villalba frunció el ceño por lo que estaba insinuando, pero había captado su atención. Le conté mi teoría de lo que había ocurrido aquel día tal cual la había discutido con Ana: cómo el verdadero asesino había ido a ver a Violeta, la había matado y se había llevado su cadena, y cómo había ido a ver a Juan para inculparle y le había disparado. Le dije que tenía que tratarse de un amigo de Juan o de su hermano, alguien que conociera la casa del abuelo y supiera dónde estaban las armas. Le dije además que creía que ese tío ya se había acostado antes con Violeta y que probablemente había intentado estrangularla aquel día porque eso era lo que le gustaba a Violeta.

—Espera, espera... —me interrumpió confuso, le di unos segundos para procesar toda la información —¿Qué?

—¿Qué a qué parte?

—Lo de que eso era lo que le gustaba.

—A Violeta le gustaba que la estrangularan mientras... o sea... con el tema. Asfixia erótica lo llaman.

—¿Cómo demonios sabes tú eso? —exclamó perplejo.

—He preguntado por ahí. He hablado con dos tíos que se acostaron con ella varias veces, y los dos me hablaron de lo de la asfixia.

—¿Te hablaron de lo que hacían con esa chica en la cama?

—Sí —contesté, me di cuenta de que sonaba raro —Insistí mucho.

—Sí, puedes ser muy insistente —gruñó —Mira, todo esto... es una buena historia, pero es sólo una historia. La policía investigó ese caso y determinó que fue el ex novio. No puedes poner en duda el resultado de una investigación policial sólo porque otra historia se ajuste más a lo que estás buscando, si no tienes pruebas para probar tu teoría...

—No tengo los medios para obtener pruebas, pero eso lo podéis hacer vosotros —protesté, me parecía justo que la policía hiciera algo, bastante había hecho yo ya.

—Se llevó a cabo una investigación policial, Carlos. Tú no sabes más que la policía.

—Yo he llegado más lejos. La policía no investigó a la nueva novia de Juan, ni siquiera sabían que esa chica existiera. Tampoco preguntaron al tío con el que se estaba viendo Violeta, ni sabían que a esa chica le gustaba que la estrangularan.

—¿La policía no descubrió todas esas cosas pero tú sí?

—La policía se conformó con culpar al ex y caso resuelto —Villalba enarcó una ceja en lo que supe leer como la alerta de un inminente cabreo; reulé, no conseguiría que Villalba me tomara en serio si mi conclusión era que los policías del caso habían sido unos ineptos —El caso parecía claro, Juan había estado acosando a Violeta, tenía su cadena... Si la policía no preguntó a la gente adecuada, es normal que se quedaran con un asesinato—suicidio —concedí.

—Pero tú sí preguntaste a la gente adecuada —se jactó, molesto pero al menos no cabreado.

—Puede que simplemente la gente no quisiera contarle a la poli todo lo que me han contado a mí.

—¿A la policía no se lo cuentan y a ti sí? —gruñó escéptico.

—Te digo que he insistido mucho.

—¿Más que la policía?

Dudé.

—Soy más simpático, igual es eso —me miró más escéptico que molesto —Más que la poli sí —protesté.

Villalba puso los ojos en blanco, no insistió más en ese tema que no llevaba a ninguna parte.

—Dices que el ex tenía una nueva novia y que se iban a ver la noche en que murió, ¿por qué esa chica no fue a hablar con la policía? Si creía que su novio no había matado a Violeta...

—Es que esa chica tenía novio, Juan no, sino otro al que le ponía los cuernos con Juan, y como no quería que el novio se enterara pues hizo como si nada, para ahorrarse problemas.

—¿Y por qué ninguno de los amigos de Violeta le habló a la policía de ese chico con el que se veía?

—Supongo que porque no sabían mucho de él y no era nada serio, no era ese tipo de relación —expliqué, eso me había quedado claro.

—E imagino que tampoco nadie le hablaría a la policía de las particulares preferencias sexuales de esa chica —pensé que esa expresión le gustaría a Ana, muy políticamente correcta.

—De eso nadie quiere hablar, y era algo que sabían los tíos que se había tirado, no sus amigas. Por eso creo que ese tío se había acostado con ella, si es que la estranguló, que yo creo que sí... y por eso estranguló a Marta y a Inés. Es lo que a Violeta le gustaba y lo recrea, y las viste como vestía Violeta, y les pinta los labios de rojo como se los pintaba ella... hasta les regala violetas, ¡violetas!

Villalba me miraba pensativo.

—No es tan difícil comprobar si tengo razón. Revisa el caso, verás que algo no encaja, seguro que metió la pata en algo y... ¿encontraron acaso pruebas de que el ex novio hubiera estado con Violeta en su casa? Seguro que no había huellas ni ADN...

—Pudo limpiar su rastro antes de irse —repuso Villalba.

—¿Qué tipo de persona es tan calculadora y fría para borrar el rastro después de un crimen, pero luego a las dos horas se siente culpable y se pega un tiro? No fue el ex novio.

Me quedé en silencio, atento a Villalba que me observaba pensativo. Se

lo estaba pensando, que ya era bastante.

—No pierdes nada intentándolo —intenté acabar de convencerle.

Lo pensó aún un instante antes de asentir con la cabeza.

—Echaré un ojo a ese caso otra vez, a ver si encuentro algo que no cuadre.

Yo sonreí aliviado.

—Gracias —repuse —En serio, sé que tengo razón. Violeta fue el comienzo de todo.

El inspector asintió no muy convencido.

—Habrá que verlo.

Capítulo 19. Problemas de coagulación

El viernes tocaba sesión de Play y cervezas en casa de Dani, un plan perfecto para ahorrar un poco después de la sangría del fin de semana anterior en Huesca.

Apenas me bajé del bus me crucé con una señora transparente. Me quedé quieto un instante, dudando si seguir mi camino y pasar la noche jugando al FIFA, o darme media vuelta. Obviamente me di media vuelta y la seguí. Era una mujer de unos cuarenta años, cargaba bolsas de la compra y tenía el cansancio escrito en la cara. Transparentaba, y transparentaba mucho.

La seguí de cerca, preguntándome cómo abordarla. Busqué en mis bolsillos y encontré un paquete de pañuelos. La alcancé justo cuando iba a cruzar un semáforo.

—Perdone, señora, ¿se le ha caído? —le ofrecí mi paquete de clínex, lo miró confusa.

—No, no son míos —contestó extrañada.

—Ah, disculpe, me pareció que se le caían a usted.

Me dirigió una sonrisa apagada, y se dio media vuelta. El semáforo estaba ahora rojo y le tocó esperar. Yo esperé también, esperando que dejara de transparentar, pero no lo hizo. Era una mierda que la gente no fuera a morir por accidentes de tráfico, de haber sido un accidente probablemente esa detención lo habría cambiado todo. La miré con disimulo, preguntándome qué le iba a pasar. No parecía enferma, pero a saber, desde luego se le veía cansada. Entonces distinguí algo en su brazo, una moradura. Pensé que podía tener alguna enfermedad de coagulación, si era así, poco podía hacer yo por ayudarla.

La seguí hasta que se metió en un portal. Me quedé mirando el edificio desde la calle y distinguí como se encendía una luz del segundo piso. La ventana que ahora tenía luz estaba entreabierta y daba a un pequeño balcón, me pareció que podía ser la ventana del salón. Me imaginé que la mujer transparente estaba ahí.

Me pregunté qué podía hacer por ella, resultaba muy difícil pensar en cómo ayudarla sin saber qué leches le iba a ocurrir. ¿Podía ser un incendio? ¿Un accidente doméstico? ¿Ese hipotético problema médico de coagulación? Pasé varios minutos sin saber qué hacer. Ni que decir tiene que aquella sensación de incertidumbre y frustración me hizo pensar en Marta, tampoco a ella había sabido cómo ayudarla y había terminado muerta.

Podía intentar meterme en el portal y hablar con esa mujer, al menos advertirla... Pero era absurdo, no podía acercarme a una extraña y decirle que iba a morir, no me creería, me tomaría por un loco... En el mejor de los casos me cerraría la puerta en las narices, en el peor de los casos llamaría a la poli, yo llamaría a la poli... y no necesitaba más policía en mi vida, la verdad.

Sin saber qué hacer, dejé pasar los minutos mirando el dichoso portal. No había nada que pudiera hacer, pero tampoco podía simplemente largarme. Y en aquel limbo entre actuar y desistir, esperaba sin saber a qué, y la espera me estaba desquiciando. Aquella mujer podía morir en cualquier momento, de cualquier cosa... Me imaginaba una explosión que sacudiera el piso de repente, o, no sé, un apagón después de que esa mujer se electrocutara, o a lo mejor le había dado un infarto y ahí estaba sujetándose el pecho y muriendo sola... Y yo mientras tanto mirando su puto portal como un imbécil.

Una furgoneta de reparto aparcó en la calle y un señor calvo se dirigió al portal. La seguí sin saber qué hacer una vez dentro, pero razonando que si no era capaz de irme, tenía que intentar hacer algo más que quedarme ahí mirando como un idiota. El señor se dirigió al ascensor y yo fui detrás con toda naturalidad.

—¿A qué piso va? —pregunté antes de que me preguntara él, para poder fingir que iba a un piso diferente al suyo.

—Segundo.

Pulsé el segundo, al llegar el señor calvo se bajó. Cuando la puerta del ascensor se cerró pulsé el tercero. Al llegar al tercero salí del ascensor a tiempo de oír las llaves abriendo la puerta un piso más abajo. Me asomé por la escalera lo justo para ver la puerta del segundo A cerrarse. Me pregunté si sería la casa de la mujer transparente, era el segundo, bien podía serlo...

Me quedé de nuevo ahí inmóvil en la escalera, sin saber qué leches hacer, y pensando que si salía un vecino y me encontraba ahí parado iba a resultar muy raro.

Entonces oí las voces. Una voz de hombre, mascullando. Los gritos se fueron haciendo más fuertes. Se oía replicar una voz de mujer, pero la voz predominante era la del hombre, hasta logré captar algún insulto.

De repente lo vi claro, el moratón del brazo no era un puto problema de coagulación. Me pregunté cómo podía ser tan estúpido de no haber caído en la cuenta.

Los gritos continuaban y los insultos se entendían ahora con facilidad. Y aunque ahora sabía qué iba a pasar, tampoco sabía cómo evitarlo. Mi primer

impulso fue llamar a la puerta, interrumpir aquella pelea, pero no estaba muy seguro de que aquello fuera a ser de alguna utilidad, me ignorarían o me cerrarían la puerta en las narices...

Lo que tenía que hacer era sacar a ese hombre de esa casa y de repente se me ocurrió cómo.

Bajé las escaleras a trote, salí a la calle y caminé hasta la furgoneta de reparto aparcada. Miré a ambos lados de la calle y en los balcones y ventanas, para asegurarme de que no había nadie mirando. Levanté la pierna derecha y le di una patada con todas mis fuerzas al retrovisor, que se rompió con un ruido seco y quedó colgando junto a la puerta. Mentiría si dijera que no disfrute un poquito cargándome aquel retrovisor... puede que más que un poquito. Volví a mirar alrededor esperando que nadie me hubiese visto. Entonces regresé al portal y pulsé el timbre del 2º A.

—¿Diga? —contestó una voz de mujer.

—Sí, oiga, ¿es el dueño de una furgoneta de reparto?

La voz femenina fue sustituida por una masculina.

—¿Sí?

—¿El dueño de una furgoneta de reparto?

—Sí, ¿por qué?

—Acabo de ver a unos chavales reventarle el retrovisor, señor.

—¿Cómo? Me cago en... —se cortó el interfono.

Miré hacia el interior del portal, se encendió la luz y el mismo señor calvo apareció con la cara roja, abrió la puerta del portal hecho una furia

—¿Qué coño..?

—Unos chavales —señalé la furgoneta, él se dirigió hacia allí y yo me colé en el portal.

Subí corriendo las escaleras hasta el segundo piso y pulsé el timbre del 2º A repetidamente. Me abrió la señora transparente que seguía muy transparente.

—Señora, tiene que irse de aquí ahora mismo —le dije entrando en su casa para que no pudiera cerrarme la puerta en las narices.

—¿Qué? —balbuceó confusa, mirándome con expresión asustada — ¿Qué hace...? Váyase de mi casa.

—Señora, tiene que salir ya.

—Márchese, mi marido va a volver enseguida...

—Su marido le pega ¿verdad? —me miró perpleja —Pues hoy se le va a ir la mano. Tiene que marcharse ahora mismo, antes de que vuelva...

En ese momento distinguí a un niño de unos seis años asomarse por el pasillo. Me quedé mudo al verle. El crío, que me miraba con expresión de sorpresa y miedo, también transparentaba. Volví la vista a la mujer.

—Señora, tiene que marcharse, hoy la va a matar, a usted y a su hijo. Márchese ahora, coja al crío y váyase...

La señora estaba blanca.

—Váyase de mi casa o llamo a la policía...

—Llámeles antes de que vuelva —animé —Les va a matar, señora... Sabe que no me lo estoy inventando. Sabía que podía ocurrir, pues va a ser hoy.

Llamaron al timbre, yo di un respingo, también la señora.

—Váyase, por favor —me empujó hacia la puerta.

—Señora, piense en su hijo y salga de la casa.

Parecía asustada, pero asustada por mí, no por su marido. El telefonillo volvió a sonar, ella contestó y abrió.

—Váyase, por favor, joven —lo dijo susurrando para que su marido no lo oyera dos pisos más abajo —Por favor... —me empujaba fuera, yo me resistía a irme, pero oí el ascensor que subía —Por favor —repetió.

Cedí, eché a correr escaleras abajo al tiempo que oía la puerta de la casa cerrarse, y me agazapé a la vuelta de las escaleras, a tiempo para oír la puerta del ascensor abrirse. El hombre aporreó la puerta, la mujer abrió.

—¿Qué ha pasado? —balbuceó ella en tono sumiso.

—Putos vándalos que se han cargado el retrovisor de la furgoneta... —farfulló furioso. La puerta de la casa se cerró.

Pensé que no había ayudado en nada, si acaso había cabreado un poco más a ese tipo. Me quedé en la escalera, inmóvil, se apagó la luz y permanecí a oscuras. De nuevo no sabía qué cojones hacer. Podía irme, al menos lo había intentado, pero había dejado a la señora transparentando, no había cambiado nada... y el crío... no podía dejar ahí a ese niño transparentando.

Pensé en llamar a la policía, podía decir que había oído gritos... Pero tal vez no llegaran a tiempo, y aunque lo hicieran, si esa mujer no quería denunciar, y no quería irse, de poco serviría, sería posponer lo inevitable... Además yo tendría que explicar qué hacía en ese portal y por qué había llamado, y no es como que pudiera hacer una llamada anónima desde mi teléfono que estaba a mi nombre...

Me pregunté si el edificio tendría alarma de incendios que pudiera hacer sonar para desalojarlos a todos, pero no la había visto en el portal... Otra era

provocar un incendio de verdad, en el rellano, algo pequeño y poco destructivo, pero que hiciera humo y les diera un susto... Claro que seguro que alguien llamaría a la policía y sería buscarme líos ya que me habían visto en el portal y no podía explicar qué hacía allí... y además no tenía mechero ni nada que quemar... A lo mejor podía hacerle algo peor a la furgoneta, eso me haría ganar tiempo, haría que ese tío saliera de la casa y volvería a tener tiempo de hablar con esa mujer, tal vez si le daba más tiempo esa mujer comprendería que tenía que irse...

Entonces oí de nuevo los gritos, la cosa se estaba calentando. El ruido de platos rotos me hizo ponerme en pie de un brinco. La luz del portal se encendió con mi movimiento. Permanecí un instante inmóvil, todavía no sabía si debía intervenir o no, o más bien no sabía cómo. No conseguía tomar una decisión, y los gritos continuaban.

No podía dejar que esa mujer muriera, y aquel niño... tenía que hacer algo. Volví a pensar en Marta, en cómo no había hecho lo suficiente por ella. Le había regalado una puta alfombrilla de baño, el domingo ni siquiera había ido a verla para asegurarme de que estaba bien... Si hubiera quedado con ella el sábado, si la hubiera alertado, si... No podía dejar que otro "sí" me atormentara. Eché a correr de nuevo escaleras arriba, llamé al timbre de la casa.

—¿Está todo bien? —pregunté cuando contestaron, pero no abrieron la puerta —He oído gritos.

—Métete en tus putos asuntos —oí la voz del hombre.

Yo observé la puerta frustrado, no iba a poder entrar si no me abrían. Oí de nuevo los gritos, oí a la señora gritar esta vez. No fue un grito dentro de una discusión, sino un grito de dolor, me imaginé que la había golpeado. Pero no sabía cómo entrar si no me abrían la puerta. De repente se me ocurrió que había otra vía de entrada. Llamé a la puerta del vecino, aporreándola más bien.

—Venga, venga, venga —balbuceé.

Un señor mayor abrió la puerta, yo la empujé y me colé dentro.

—¿Pero qué...?

—Llame a la policía —ordené, avanzando por su casa.

—¿Qué hace en mi casa? —protestó el señor mayor siguiéndome.

Vi una abuela sentada en una mecedora, me miró pasar con expresión ida. Salí al balcón y volví la vista al balcón del vecino, el de la mujer que gritaba. El señor mayor me miró confuso.

—Llame a la policía, avíseles de lo de sus vecinos.

El señor mayor me miró con expresión triste.

—Han venido ya antes, y no cambia nada —refunfuñó.

—Llámeles —ordené.

Agité la barandilla del balcón, no parecía especialmente resistente. Acerqué una de las sillas de terraza al borde y me subí. Apenas debía de haber como un metro de balcón a balcón, pero ahí subido me parecía que era mucho más, demasiado. Pensé que si me quedaba corto y me caía, me abriría la cabeza. Me miré en el cristal de la ventana, no me vi transparentar, eso era buena señal. Entonces caí en que estaba en un segundo, si me caía lo más probable era que me partiera una pierna, no que me matara. Pues para romperme más huesos estaba yo...

Dudé otra vez. No me sentía especialmente ágil en esos días con el hombro derecho tocado y el brazo medio inútil. Para animarme, me dije que los guiris hacían estas cosas en Mallorca y por ahí todo el tiempo, y casi ninguno se mataba.

Tomé aire y salté. Caí de bruces en el balcón de los vecinos, golpeando el tendedor y empujando una silla. Me levanté maldiciendo y frotándome el hombro. No sé muy bien cómo pero debía de habérmelo golpeado al caer, porque ahora me dolía. Miré dentro del salón, los gritos no venían de ahí, sino de más adentro. Empujé la ventana entreabierta y entré en el salón. Oí de nuevo gritos y golpes. Me detuve buscando a mi alrededor algo con lo que defenderme, cogí un caja de madera de aspecto pesado y me acerqué a la cocina. Los gritos continuaban, él la insultaba y ella lloraba y gemía a cada golpe. Apenas me asomé, distinguí al marido golpeando a su mujer con el cinturón. Me daba la espalda, así que no tuve que pensármelo mucho, me abalancé sobre él y le reventé la caja de madera en la cabeza con todas mis fuerzas. Se desplomó al suelo por el golpe. La mujer dio un respingo asustada al verme allí y al distinguir a su marido caer al suelo. La ayudé a ponerse en pie, tiré de ella y me dirigí a la puerta.

—Salga de aquí ahora —ordené.

—Mi hijo —balbuceó asustada, se fue al interior de la casa a buscarlo.

Yo la seguí impaciente, sin saber cuánto tardaría el marido en recuperarse, no creía que mucho... La distinguí agacharse tras el sofá y coger al niño en brazos, tiré de ella hacia la puerta con prisas, cuando el marido salió de la cocina.

—¿Dónde te crees que vas, puta?

No lo vi venir. Se echó sobre su mujer, la agarró del pelo y la tiró al suelo con fuerza. La mujer gritó asustada, también el niño. Sin pensármelo dos veces, a lo que él se volvía hacia su mujer en el suelo, me lancé sobre él y lo derribé contra el mueble de la entrada. Caímos los dos pesadamente, pero la verdad es que mi ataque había sido más bien torpe. De un codazo en la cara me apartó, empujándome contra la pared, sentí que me reventaba el pómulo del golpe.

Distinguí entonces que tenía aún el cinturón en la mano, y con todas sus fuerzas, aunque por suerte aún seguía en el suelo junto a mí y no tenía mucho espacio para darle fuerza, me dirigió un cinturónazo que me crujió el brazo. La hebilla se me clavó en el pecho con fuerza, haciéndome gruñir de dolor. Torpemente intentó incorporarse y me dirigió un nuevo golpe, pero esta vez agarré el cinturón. Tiré de él, haciéndole acercarse a mí, y con todas mis fuerzas le dirigí una patada al vientre que le tumbó. Gruñó en el suelo e intentó volverse a poner de pie. Me di cuenta de que yo aún tenía el cinturón sujeto. Cuando vi que se sentaba le dirigí un cinturónazo yo, pero no sabía cómo golpear con eso y el golpe fue más suave de lo que me hubiera gustado. Miré alrededor en busca de algo mejor que usar como arma, y cogí un paraguas del paragüero. Cuando le vi levantarse torpemente, le golpeé con todas mis fuerzas usando el paraguas como un bate, le hice retroceder hacia la cocina. Yo lo seguí con el paraguas alzado, sin saber si golpearle de nuevo o no, ahora que se alejaba de mí.

La mujer había retrocedido al salón, permanecía inmóvil en el suelo, junto al sofá, con el niño abrazado a ella temblando. El hombre farfullaba insultos, amenazas. Le vi incorporarse.

—Vas a dejar que tu mujer y tu hijo se vayan —ordené, sujetando el paraguas en alto, amenazante.

Me dirigió una mirada cargada de odio. Entonces distinguí como extendía las manos hacia el fregadero y cogía un cuchillo, uno de esos grandes, de los que usa el Arguiñano para la cebolla. Se volvió hacia mí, y yo sentí que me atenazaba el miedo. ¿Un cuchillo? ¿Qué se suponía que podía hacer yo contra un cuchillo? Miré de reojo el paraguas que aún sostenía. No era justo, un paraguas contra un cuchillo, la verdad.

Vi al hombre acompasando su respiración tras el esfuerzo del forcejeo, ese cabrón estaba recuperando fuerzas. Mierda, joder. Coloqué mi paraguas entre él y yo, a modo de espada o lanza protectora o algo... necesitaba interponer algo entre ese cuchillo y yo, aunque fuera algo tan aparentemente

inútil como un paraguas. Miré en la cocina, en busca de algo mejor, distinguí una botella de vino junto al microondas.

El tipo me observaba con expresión de odio, yo miré mi paraguas. Entonces dio un grito y se lanzó sobre mí cuchillo en mano. Yo apreté el resorte del paraguas que se abrió entre él y yo a modo de escudo, y avancé al mismo tiempo, yendo a su encuentro y empujándolo contra la pared de la cocina, tratando en todo momento de mantener una distancia prudencial entre la pantalla del paraguas y yo para tener lejos el cuchillo que ya atravesaba la tela impermeable. Aquel tipo cayó contra la encimera, sujetándose torpemente para no irse al suelo. Yo di un paso atrás, agarré la botella de vino, y me volví otra vez hacia él a lo que intentaba levantarse. Con todas mis fuerzas le golpeé la cabeza con la botella. La botella se rompió contra su cráneo, y él se desplomó al suelo. El vino se derramó por su cabeza, mientras él se quedaba inmóvil sobre las baldosas.

Me quedé quieto, mirándole, todavía sujetando el cuello de la botella rota en la mano. Me quedé paralizado sin poder creer lo que veía. No fue la imagen de aquel hombre inmóvil con la cabeza ensangrentada y bañada en vino, no fue el caos de aquella cocina, los platos rotos, el cuchillo en el suelo, el paraguas rajado... Es que de repente aquel hombre transparentaba. Ese tipo que había intentado matarme, que habría matado a su mujer, y a su hijo también, estaba ahora ante mí, inmóvil, transparentando...

No podía apartar los ojos de él, sabiendo lo que le iba a pasar... y sabiendo que aquello lo había hecho yo. Mi corazón parecía latir a todo volumen en el silencio sepulcral de aquel caos de cocina.

Oí unos pasos a mi espalda, volví la vista atrás y distinguí a la mujer, que dio un grito ahogado al ver a la escena. Abrí la boca para decir algo, pero no me vino nada a la cabeza. Volví a mirar a su marido transparente e inmóvil.

—¿Está muerto? —preguntó con un hilo de voz.

—No —volví a mirarle, transparentaba y mucho, tanto como poco antes había transparentado su mujer —Llame a una ambulancia.

Asintió temblorosa, salió al salón y cogió el teléfono. Le oí marcar y pedir una ambulancia con voz débil. Yo volví la vista a su marido, preguntándome si aquello tenía remedio. Me di cuenta de que no me importaba si no lo tenía. Ese tipo había intentado matarme, había intentado matar a su propia mujer, a la que maltrataba, iba a matar a su propio hijo, a un niño... Me sorprendió no sentirme culpable, en verdad me sentía más bien

todo lo contrario, no orgulloso, pero si aliviado y... bien. La mujer se volvió a asomar a la cocina.

—Vienen hacia aquí —murmuró.

—Le pedí a su vecino que llamara a la policía —le dije, tal vez ellos llegarían antes si se habían tomado la llamada lo suficientemente en serio.

Me di cuenta de que explicar lo que hacía allí iba a ser un problema, había entrado por la puta ventana. Vale que esa mujer estaba en peligro y la había defendido, la había salvado, a ella y a su hijo, pero seguía siendo un puñetero intruso que había entrado por la ventana. Me pregunté qué leches estaría pensando aquella mujer de mí. Al volverme hacia ella alzó la vista de su marido a mí.

—Iba a matarla —aseguré mirándola fijamente, no me sentía culpable, pero sí que necesitaba que ella lo entendiera.

Ella me miró, sus ojos se llenaron aún más de lágrimas y supe que lo sabía.

—Vete —murmuró, yo la miré sorprendido, me pregunté si acaso me estaba culpando de lo que le había pasado a su marido —Diré que fui yo —añadió, y lo dijo con una serenidad que me dejó pasmado —Vete antes de que lleguen.

Yo volví a mirar el estropicio de la cocina y a aquel hombre inmóvil. De nuevo me pregunté qué pensaría la policía. Yo no tenía vínculo alguno con aquella familia, no tenía razón para estar allí... pero allí estaba. La señora se me acercó, me di cuenta de que aún seguía teniendo el cuello de la botella rota agarrado con fuerza. Lo cogió de mis manos y lo apoyó en la encimera.

—Vete —repitió.

Yo dudé, observé el cuello de botella y mi mano manchada de vino.

—Mis huellas están por todas partes —recordé. Al parecer tenía razón, era capaz de pensar en algo así en una situación como aquella.

—Arréglalo —protestó ella —y vete.

Antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo cogí un paño de cocina y froté con fuerza el cuello de la botella, después se lo ofrecí a ella para que lo cogiera.

—¿Está segura? —como respuesta agarró el cuello de botella como si hubiera sido ella la que lo hubiera sujetado.

Miré a mi alrededor. Limpié el mango del paraguas, que aquella mujer sujetó con la mano cuando se lo ofrecí, e hice otro tanto con la caja de madera que había utilizado en primer lugar para derribar a su marido. Limpié

también el cinturón por la parte de la hebilla que era con lo que me había golpeado y la parte que yo había llegado a tocar.

No pensé muy bien en lo que estaba haciendo. De haberlo pensado mejor me habría dado cuenta de que cubrir mis huellas podía empeorar las cosas mucho más que mejorarlas. Me habría dado cuenta de que ocultar pruebas y mentir a la policía, era mucho peor y podía meternos en más problemas, tanto a mí como a esa mujer, que simplemente reconocer lo ocurrido: que ese cabrón maltratador había intentado matarnos y yo me había defendido y la había defendido a ella.

Apenas acababa de dejar el cinturón en el suelo cuando sonó el timbre. Tanto la mujer como yo dimos un respingo, sobresaltados. Ella se acercó al telefonillo y contestó.

—Es la policía —me susurró.

Abrió la puerta de la casa y me señaló que me fuera, después apretó la tecla del interfono para abrir la puerta del portal.

—Vete —ordenó.

Yo volví un instante la vista atrás, distinguí al niño asomado tras el sofá, me miraba con expresión de miedo. Pensé que aquello no iba a salir bien.

La señora me empujó y cerró la puerta tras de mí. Oí los pasos de la policía subiendo las escaleras. Me quedé paralizado, miré el trapo de cocina aún en mis manos. Tenía que largarme de ahí, intentar subir otro piso para que no me vieran, pero lo único en que podía pensar era en que seguro que había algo que no había limpiado, que algo no tendría sentido y la policía no se creería la escena, que el niño contaría que alguien más había estado allí... De una forma u otra, aquello no iba a salir bien.

Capítulo 20. Rojo, morado y amarillo

De repente la puerta del vecino se abrió, y el abuelo tiró de mí para hacerme entrar en su casa. Cerró a mis espaldas. Me hizo un gesto de que guardara silencio y se asomó a la mirilla. Se hizo un horrible silencio. La policía llamó al 2° A, aquella mujer abrió y la policía entró. Yo miré a mi alrededor, vi a la señora mayor en su mecedora, mirándome con su sonrisa ida. El abuelo se volvió hacia mí.

—¿Qué ha pasado? —balbuceó.

Yo no sabía qué decir. Pensaba en lo que había tocado en el balcón, y no había limpiado, el tendedor, el suelo, la ventana... y en las huellas de mis zapatillas en el suelo del salón y en el caos de la cocina... Y en ese tipo transparentando, ensangrentado y cubierto de vino. Ese tipo que había dejado muriéndose en aquella cocina, dejando que su mujer lidiara con las consecuencias. Si realmente terminaba muriendo, sería porque yo le había matado. Miré el trapo de cocina que aún sostenía, lo aparté y observé los restos de vino seco en los surcos de mi mano.

—¿Qué ha pasado? —repitió el anciano, mirándome expectante.

—Iba a matarla —murmuré.

—¿Por qué has...? —no terminó la frase, cerró la boca y me miró confuso.

Supongo que quería saber por qué había intervenido. ¿Qué me importaba a mí lo que ocurriera en esa casa, lo que le pasara a esa mujer y a su hijo? Era una pregunta razonable, y también fría e insensible. ¿Qué podía importarme a mí o a nadie que un extraño hiciera daño a otro? No era lógico que me importara, y al mismo tiempo era inhumano que no lo hiciera.

—Siéntate —me señaló el sofá junto a la mecedora de la abuela.

Obedecí y me senté. El señor sacó una botella de cristal con líquido transparente de un armario. Llenó un vasito de chupito y me lo ofreció.

—Es orujo de hierbas, te templará los nervios.

Yo le miré confuso, pero obedecí y lo engullí de un trago, me ardió la garganta y me calentó el estómago.

—Te has llevado un buen golpe —me señaló el pómulo que me latía y sentía caliente e hinchado.

También me dolía el brazo y el pecho por el golpe del cinturón, aunque lo peor era el hombro que definitivamente tenía que haberme golpeado al caer en el balcón o en algún otro momento del forcejeo, porque ahora me dolía y

bastante.

Me pregunté cómo de a fondo investigaría la policía una escena como la que había dejado en aquella casa. Parecía razonable que no hicieran grandes esfuerzos si la mujer confesaba, menos en un caso tan obvio de defensa propia con llamadas previas a la policía por malos tratos. Me pregunté qué sería de esa mujer, si presentarían cargos contra ella, si tendría que hablar con el juez o el fiscal, con algún psicólogo de la policía... y convencerles de que sólo habían sido su marido y ella en esa pelea. Me pregunté si la arrestarían, si cabía la más mínima posibilidad de que la condenaran... ¿Y si cambiaba de idea? ¿Y si contaba que un chico se había colado por su ventana y había matado a su marido? Claro que ¿quién la iba a creer? Sonaba absurdo, sonaba mucho más culpable que decir que simplemente se había defendido, que era lo que parecía a simple vista. No tenía lógica que me delatara.

Y aunque no tuviera lógica, no significaba que no pudiera pasar. Volví la mirada a la puerta, esperando que de un momento a otro un policía entrara a detenerme. El abuelo se había vuelto a acercar a la mirilla y miraba lo que pasaba fuera.

—Llegan los de la ambulancia.

El abuelo siguió observando aún durante un rato que se me hizo eterno

—Se llevan al marido —explicó.

Debía de seguir transparentando, o tal vez ya había dejado de transparentar porque estaba muerto. Me pregunté si no sería lo mejor para esa mujer y su hijo.

—Era cuestión de tiempo que algo así pasara —opinó el abuelo mirándome —Maite es una buena persona, pero se casó con un malnacido... Y ese hijo suyo, es un crío asustadizo y debilucho por culpa de su padre...

Yo miré al abuelo, agradecido por sus palabras. Pensé en el niño, temblando en brazos de su madre. ¿Cómo podíamos esperar que el niño no hablara de mí con nadie? Me empezaba a dar cuenta de que largarme de allí y dejar a esa mujer cargar con la culpa había sido una muy mala idea. No iba a funcionar, y no era justo tampoco. Debería haberme quedado allí y asumir las consecuencias.

—Estas cosas siempre acaban mal... Mejor él que ella —aseguró.

Me di cuenta de que el abuelo debía de estar pensando que me sentía mal por lo que le había hecho a ese hombre. Pero no era cierto, me importaba sorprendentemente poco ese cabronazo. Me había intentado apuñalar, supongo que era lógico que no me diera mucha pena. El abuelo me sirvió otro

chupito.

—Dale —animó señalándomelo.

Yo obedecí y me lo bebí. Después volví la vista a la señora de la mecedora, que me seguía con la mirada con esa expresión ida pero sonriente.

Esperé aún un rato para marcharme, básicamente hasta que el abuelo me dijo que ya no había movimiento y que creía que podía irme. Yo no estaba para tomar decisiones en ese momento, absorto repasando en mi cabeza todo lo ocurrido, así que me fíe de aquel abuelillo que me había acogido en su casa, y no me marché hasta que él no valoró que podía hacerlo. Le di las gracias y me fui.

Tuve que inventarme algo para explicar el golpe en la cara, que fue a peor en los días que siguieron, pasando por varias fases de rojo, morado y amarillo. Lo del brazo y el pecho tuvo más fácil solución: trombocid y camisetas de manga larga. Dije que un tío se había puesto tonto con una chica en un bar, y por dar la cara por ella me había comido una hostia. Era una historia que me dejaba en buen lugar, y no se alejaba tanto de la realidad.

Mi madre se puso enferma de preocupación, quería llamar a la policía y denunciar a aquel bruto, tuve que insistir mucho para que dejara el tema en paz. Más preocupada aún le dejó que volviera a molestarme el hombro después de aquello, con lo bien que había ido la rehabilitación hasta entonces. Los amigos fueron aún más complicados.

—¡Coño! ¿Quién te ha partido la cara? —exclamó Raúl al verme.

—Nadie —gruñí, Isabel se inclinó a mirarme el pómulo hinchado.

—¿Por eso no viniste el viernes? —preguntó Dani.

Yo asentí, como para videojuegos y cervezas estaba yo después de lo que había pasado.

—Un tío se puso tonto con una chica y yo me metí... y me comí una hostia.

—¡Mira nuestro Romeo! —exclamó Isabel.

—Comerse una hostia por una tía es lo más—opinó Raúl —Te lo agradecería como se merece por lo menos ¿no?

—¿Y tú con la de Panticosa qué? —cambié de tema, aunque sabía perfectamente qué con la de Panticosa porque Raúl se había pegado toda la semana dando la brasa por whatsapp.

—El jueves cayó —se jactó, sonriendo como un niño la mañana de Navidad —Y ayer otra vez.

—Raúl tiene novia —se rió Dani.

—¡Qué coño, folleto y basta! Ayer fuimos al cine y de repente, sin venir a cuento, coge y me mete la mano en los pantalones y me la empieza a machacar, así en mitad de la peli... Yo comiendo palomitas, de puta madre.

—¿Compartíais palomitas? Porque luego metería ahí la mano... —observó Dani con cara de asco, yo me eché a reír.

—Y lo mejor es que cuando estaba ahí a punto, pues apenas le tuve que insistir un poco para que se inclinara y acabara... Hay que decir que la peli estaba siendo un coñazo.

—¿Qué peli era? —pregunté, Raúl me miró extrañado por la pregunta fuera de tema —Para no ir a verla —expliqué.

—Una mierda de Colin Farrell, infumable.

—Igual estaba pensando en Colin Farrell —opinó Isabel, Ana se echó a reír.

—Por mí que piense en quien quiera, mientras me la chupe a mí...

—Vale, ¿dejamos el tema de Raúl sacándosela en lugares públicos? —propuso Ana, todos asentimos conformes.

—Si es que nunca queréis hablar de cosas interesantes —protestó él.

—No es interesante saber sobre las tías que te follas, o cómo o dónde te las follas —protestó Isabel.

—Pero si no hablaba de follar —protestó Raúl —Hablabas de pajas y mamadas.

—Cállate —insistió Isabel.

—No lo entiendo —protestó Raúl —A mí me encantaría que me contaras lo que haces tú, con quién y en qué posturas, Isa. No tengo problemas en hablar de todo con mis amigos.

—A ti te voy a contar mi vida sexual —bufó Isabel.

—A mí me la cuentas, me la demuestras, la compartes... lo que tú quieras —propuso Raúl.

—Eres un cerdo.

—A muchas, en la cama eso les gusta —opinó Raúl.

—Bueno, volvamos a un tema más interesante. Carlos, hablemos de esa chica —propuso Isabel vuelta hacia mí, yo la miré incómodo porque volviera con ese tema.

—¿Carlos sí puede hablar de su vida sexual y yo no? —se quejó Raúl.

—Sí —contestaron Isa y Ana a la vez, ambas mirándome expectantes.

—No hay nada que contar, no pasó nada.

—¿Tienes su número al menos?

—¿Cómo se llama?

Yo dudé. Ana me miraba particularmente intrigada, probablemente se preguntaba si detrás de aquel morado en mi cara había algo más que no quería contar. Había hablado con Ana de todo el tema de Marta y Violeta, sabía que podía contar con ella, que me escucharía y me daría buenos consejos... Pero lo que había pasado con aquel maltratador era otra cosa, era demasiado grave para compartirlo con nadie, ni siquiera con Ana. Era algo que esperaba no tener que hablar con nadie jamás, algo que olvidar, algo que nunca había ocurrido.

—Se llama Maite y no tengo su número, no fue a más. Me hice el héroe y me zampé una hostia, y ya está.

—Eres un imbécil, te comes una hostia y no te follas a la tía, ¿entonces para qué coño te metes? —soltó Raúl.

Eso me había estado preguntando yo también: ¿para qué coño me metía? Seguía paranoico con que la policía viniera a buscarme el día menos pensado, temiendo que todo aquello terminara mal. Está bien salvar la vida de la gente, pero ¿a qué precio? Podía haber terminado muerto yo, aún podía terminar yendo a la cárcel... Una cosa era ayudar a los demás, y otra era joderme la vida por hacerlo.

—Di que no, hiciste muy bien intentando ayudar a una chica desinteresadamente —aseguró Isabel —Por cierto, Adela me ha preguntado por ti. Creo que el otro día te largaste así muy de repente...

—Isa, es que a mí Adela no...

—Que Adela es un coñazo de tía —tradujo Raúl, le miré molesto, no tanto porque fuera un bruto, sino porque así era justo como yo le había descrito a Adela, sólo que en privado.

—Tengo otras amigas solteras —ofreció Isa —Creo que te llevarías muy bien con Vicky.

—No, Vicky no le pega nada —negó Ana —¿Qué tal Clara? Clara es muy maja.

—Anda medio que sí que no con su ex —rechazó Isa.

—¿Por qué a mí nunca me presentáis a vuestras amigas? —protestó Raúl.

—A mis amigas les advierto sobre ti —corrigió Isabel —Pero Carlos tiene madera de novio.

—No necesito que me emparejéis con nadie —protesté.

—Exacto, ahora que está soltero vuelve a salir de fiesta conmigo —

protestó Raúl —No necesita novia.

—Pues yo creo que otra chica te acabaría de hacer olvidar a Lorena.

—Sí, y evitaría que vuelvas con ella —confirmó Ana.

Y dale con hablar de Lorena.

—¿Ya vale con Lorena, no? ¿Cómo me voy a olvidar de ella si no paráis de nombrarla?

—Es que, Carlos, es cuestión de tiempo que Lorena se vuelva arrastrando, y si te lloriquea un poco... acabarás perdonándola.

—Qué poquita fe tenéis en mí —protesté. Por cómo me miraban, vi que ninguno tenía ninguna fe en mí en absoluto.

No llegaría a veinte minutos más tarde, a lo que fui a la barra con Raúl a pedir otra ronda, que vimos a Lorena entrar en el bar.

—Esto nos pasa por nombrarla tanto, la hemos invocado —me lamenté al verla, Raúl se echó a reír.

—Hola, Lorena —saludó.

—Hola, Raúl.

Raúl enganchó las cervezas y se volvió a la mesa, abandonándome a mi suerte. Yo supe que todos mis colegas se esforzarían por ver lo que pasaba en la barra tan pronto Raúl les contara con quién estaba.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Nada —gruñí, me eché atrás al ver que acercaba la mano como para tocarme, bajó la mano.

—Parece un mal golpe...

—Estoy bien —pensé que no perdía nada diciendo algo más —Me peleé por una chica.

Me miró sorprendida.

—¿Te peleaste? ¿Tú?

La miré molesto por su escepticismo, pero la verdad es que no me había metido en una pelea en mi vida. Yo era de los que intervenía cuando la cosa se torcía, yo era el conciliador, no el broncas. Raúl era el broncas, que luego salía por patas a la primera oportunidad, pero el que la liaba de primeras normalmente era él.

—¿Cómo estás? —preguntó al ver que yo no daba más explicaciones.

—Bien —me di cuenta de que sonaba muy seco, me sentía forzado a preguntarle por ella —Te preguntaría qué tal tú, pero es que me da igual.

Soltó un resoplido.

—Estoy bien, gracias.

—Que no te he preguntado.

Me miró molesta, con esa expresión suya de “madura un poco” a la que yo ya estaba acostumbrado.

—No me has llamado ni has contestado a mis whatsapps, espero que me sigas teniendo en cuenta con el tema de ese asesinato...

—No te necesito, todo va bien —miró el morado de mi cara con gesto escéptico —Además, ya sé que estás muy ocupada en tu oficina trabajando y eso... —no pude resistirme.

Me miró molesta otra vez, pero se guardó las ganas de quejarse. Tenía los humos bajados, o a lo mejor simplemente sabía que si me seguía el juego acabaríamos gritándonos.

—Si necesitas algún tipo de asesoramiento legal, pídemelo ¿vale? —prefirió —Sólo quiero que cuentes conmigo si necesitas algo, como abogada.

En los últimos días me había estado preguntando qué podía pasarme si la policía venía a buscarme, de qué podrían acusarme, cómo podría empeorar las cosas el haber limpiado mis huellas y cubierto mi rastro... Lo del asesoramiento legal no sonaba mal para nada, sin embargo...

—No necesito nada de ti —aseguré, vi que aún me miraba el moratón.

—Carlos, entiendo que estés enfadado conmigo...

—Gracias por tu comprensión —gruñí.

Me miró enfadada, me di cuenta de que estaba empezando a alterarla, si tiraba un poco conseguiría cabrearla de verdad.

—Puedes odiarme y aprovecharte de mí a la vez ¿no crees? —y otra vez miraba mi mejilla —Si necesitas un abogado, no seas idiota y llámame.

La miré enfadado, ahora encima me insultaba. Aunque no le faltaba razón. Podía llegar a necesitar un abogado, podía ayudarme, ella y ese gilipollas al que se había estado follando mientras aún estaba conmigo.

—No necesito ayuda de ti ni del gilipollas de tu novio. Aunque tuviera algún problema, me buscaría otro jodido abogado.

—Miguel Ángel es posiblemente el mejor penalista de la ciudad —protestó.

—Pues me iré al segundo mejor —me miró con gesto suspicaz —Me iría —corregí rápidamente.

De repente me di cuenta de que no sólo mis amigos se esforzaban por ver lo que pasaba desde el fondo del bar, las amigas de Lorena estaban a la entrada del bar, en la calle, mirando también.

—¿Por qué estás aquí? —exclamé, cayendo en la cuenta de que Lorena

nunca quedaría en un bar tan cutre como aquel.

—Te vi al pasar y entré a saludar —reconoció, echó un vistazo atrás hacia donde yo miraba, sus amigas hicieron como que no nos espiaban.

Me quedé un momento pensando. Estábamos en una perpendicular de Pedro Cerbuna, era una calle secundaria..., era raro que Lorena hubiera pasado por esa calle de casualidad.

—¿Pasabas por esta calle?

—Sí, ¿es que no puedo? —gruñó.

—No es una calle principal.

—No seas capullo.

—Primero idiota, ahora capullo —alcé la voz, ella bajó la mirada incómoda.

—No quiero discutir, Carlos, y menos delante de mis amigas, y de tus amigos —señaló hacia el fondo del bar.

Yo me giré, distinguí que Raúl había movido su silla alejándose de nuestra mesa para ver mejor, con todo el morro.

—Estoy bien, y aunque no estuviera bien, tú serías la última persona a la que recurriría. Adiós, Lorena —me di media vuelta, pero ella me agarró del brazo.

—Sólo quiero estar segura de que si necesitas un abogado, te pondrás en contacto conmigo. Ódiame todo lo que quieras, pero no seas estúpido —se dio media vuelta para irse.

Yo quise contestarle, era ya la tercera vez que me insultaba en la misma conversación, pero me aguanté las ganas porque ya estaba llegando a la puerta y habría tenido que gritar y montar una escena, y mis colegas estaban mirando, creo que a la espera de que montara esa escena. Volví con ellos.

—Esperaba que te abofeteara —confesó Raúl, creo que decepcionado, volvió a correr la silla junto a la mesa.

—¿Qué quería? —preguntó Isa muerta de curiosidad.

—Saludar.

Isabel y Ana cruzaron una mirada que lo decía todo.

—Te dije que volvería lloriqueando —apuntó Ana.

—Que no es eso —de nuevo Ana e Isa cruzaron una mirada cómplice —¿Dejamos el tema?

Ana nos contó que finalmente habían convocado oposiciones de magisterio, después de haber mareado la perdiz durante semanas con si sacarían para este año o no, y pudimos cambiar de tema.

Por cierto, lo de marear la perdiz viene sencillamente de que así se cazan las perdices, se les marea y cansa para poder atraparlas más fácilmente. Yo, que no he cazado ni he visto cazar perdices en mi vida, pues no lo sabía, pero en google encuentras respuesta a todo lo que te preguntes y más.

Capítulo 21. Pesaba un poco menos

Los días pasaron y la policía no vino a buscarme. Por lo que pude leer en los periódicos, el maltratador había llegado al hospital en estado grave y en los días siguientes había continuado ingresado en condición crítica. En cualquier caso, cuando yo me había largado de su casa, con la ambulancia ya en camino, él transparentaba. Tenía claro lo que eso significaba. Y no me parecía mal, y además era lo más conveniente. Ese cabrón no volvería a hacer daño a su mujer y a su hijo, y tampoco podría decirle a nadie que el que le había reventado la cabeza con una botella de vino había sido yo.

Jaime, el hermano de Juan, me había dicho que me enviaría fotos de Violeta y de los amigos que conocían la casa de su abuelo. Tardó poco más de una semana en recopilar todas las fotos que pudo de los amigos con los que aún mantenía relación, y me lo envió todo.

Yo estudié con especial interés a Violeta en todas aquellas fotos. Era una chica guapa, de sonrisa bonita. Tenía pinta de niña buena, pero los labios rojos le daban un aire pícaro, seductor. En todas las fotos llevaba vestidos y en la mayoría llevaba también un pañuelo al cuello, me pregunté si para ocultar moretones. Me di cuenta de que en las fotos siempre parecía estar en el centro, me hizo pensar en lo que había dicho Carmen de que esa chica irradiaba algo, que gustaba a todo el mundo.

Entre tanta foto, Jaime me envió también un vídeo. En él salía el grupo de amigos bebiendo y diciendo tonterías. Reconocí la casa del abuelo, había visto ese sofá viejo y el cuadro de frutas por la ventana. Juan explicaba cómo hacer la mezcla de la casa, básicamente mezclaban todo el alcohol que tenían a mano en una garrafa. Junto a él estaba Violeta, el de la cámara la enfocaba cuando ella bebía.

—Esta mezcla va a acabar conmigo —decía riéndose.

Cuando la oí reír sentí un escalofrío, su risa me recordó a la de Marta. De hecho, no era sólo su risa, sino todo: sus gestos, su voz, su sonrisa... Era obvio que se parecían, se parecían mucho, y eso daba muy mal rollo.

Entre las fotos de los colegas destacaba una foto de grupo hecha frente a la casa del abuelo. El hermano de Juan me dijo que aquella era toda la pandilla, la única foto que había encontrado en la que estaban todos juntos, del verano anterior a cuando Violeta se fue a la universidad. Salían ocho chicos y cinco chicas, entre ellos Juan y Violeta, Violeta de nuevo en el centro de la foto. También salía Jaime con una rubia pegada a él.

Le pregunté por los otros seis tíos. Me dijo que dos seguían por Jaca y Villanúa, y otro vivía ahora en Navarra, esos eran los tres que seguían siendo amigos suyos; con el resto había perdido relación después de lo que le pasó a Violeta y Juan.

Le pedí que me hablara de esos otros tres, pero no me supo decir mucho. Sabía que Diego Ortega se había mudado a Zaragoza hacía un par de años con su novia de toda la vida, una chica a la que llamaban Ratón, que también salía en la foto de grupo. Ratón porque ese era su apellido, no porque ella se pareciera a un ratón, aunque sí que era una chica más bien pequeña. Me contó que había oído que habían tenido un hijo hacía poco.

De los otros dos, David y Soriano, no sabía nada y tampoco sus colegas sabían qué había sido de ellos. No recordaba el apellido de David, tampoco el nombre de Soriano porque todos le llamaban por su apellido desde siempre. Le pregunté si David y Soriano todavía tenían familiares por la zona a los que pudiera preguntar por ellos, o si habían ido a su colegio o instituto para que fuera a preguntar allí o a mirar orlas, para al menos tener sus nombres completos. Me prometió que intentaría saber algo más de ellos y me avisaría.

Durante mi siguiente sesión de rehabilitación, el fisio notó que el hombro volvía a dolerme. Me venía dando guerra desde mi encuentro con el maltratador, no estaba seguro de si había sido por mi torpe aterrizaje en mi iniciación al balconing o por un golpe o un mal movimiento durante la pelea en el pasillo, puede que ambas...

—¿Has hecho algún movimiento fuerte o te has dado algún golpe? — me preguntó el fisio.

—El otro día el bus dio un frenazo y me di con el hombro —mentí — Me molesta desde entonces.

—¿También te diste en la cara? —preguntó, mirándome escéptico.

—Es que los autobuseros van como locos —me defendí.

—Pues ten más cuidado con los autobuses —me riñó.

—Pues o voy en bus, o vuelvo a la moto —se echó a reír, como si fuera una broma. Siempre que sacaba el tema de volver a coger la moto se reía como si fuera broma, no sé por qué.

—Tienes que tener cuidado con el hombro y no darte golpes, si no se cura bien podrían quedarte secuelas, ¿quieres recuperar toda la movilidad, verdad?

—¿Así que de volver a jugar al fútbol ni hablamos, no? —se rió otra vez como si aquello fuera una broma... Pues no lo era.

Echaba de menos mi moto y echaba de menos el fútbol. Tuve que conformarme con seguir moviéndome en bus y ver jugar a mi equipo desde fuera del campo, verlos jugar y perder, y casi siempre de paliza, porque es que eran muy malos... pero igualmente echaba de menos perder con ellos.

Casi había conseguido olvidarme ya de lo del maltratador, y había llegado a convencerme de que estaba a salvo y que la policía no vendría a buscarme, cuando un día me llamó el inspector Villalba. Me dije a mí mismo que no tenía por qué llamar por nada relacionado con el maltratador, claro que también podía tratarse de una nueva víctima del Estrangulador... en cualquier caso, que Villalba me llamara no auguraba nada bueno. Contesté al teléfono con el corazón en un puño.

—¿Carlos? —dijo con naturalidad, no había preocupación en la voz, ni sonaba enfadado o consternado, ¿o sí?, o tal vez no daba tiempo a leer ningún tipo de emoción en una puta palabra...

—¿Sí? —balbuceé.

—He estado revisando el caso de Violeta y he hablado con la policía de Huesca... —por un instante me costó entender de qué me hablaba, extrañado de que no me acusara de asesinato ni me informara de que había una nueva víctima, me obligué a centrarme en lo que me estaba contando —El ex novio, Juan, fue a ver a Violeta esa tarde, estuvo en su casa. Una vecina se cruzó con él en el portal.

—¿Fue a verla? —no me lo podía creer —Pero... pero él tenía otra novia.

—Con nueva novia o sin ella, estuvo allí.

—A lo mejor la vecina se confundió de persona...

—Encontraron huellas de Juan en casa de Violeta, también en su dormitorio. Estuvo en esa casa.

No sabía qué decir, no podía ser.

—¿A qué hora le vio la vecina?

—Dijo que se cruzó con él sobre las seis o seis y media de la tarde, él subía hacia el piso de Violeta. El jefe de Juan confirmó que había hecho una entrega en Huesca, debió de pasar a verla al acabar. La compañera de piso encontró el cuerpo de Violeta a eso de las ocho, la llamada a emergencias fue a las 20.16, tuvo tiempo de sobra de agredirle y matarla.

—Pero no puede ser —insistí, había estado tan convencido de que Juan no había tenido nada que ver, de que ya no se interesaba por Violeta... pero aquella tarde había ido a verla, ¿por qué?

—No encontraron fluidos, usó condón y se lo llevó, e intentó limpiar el escenario pero sí había algunas huellas... —yo apenas escuchaba ya, demasiado decepcionado al ver como mi teoría caía por tierra —También estaba limpia la cadena que se llevó... —tuve que obligarme a centrarme de nuevo en lo que Villalba decía, explicaba que las pruebas de ADN eran lentas, no como en las pelis —No hay epiteliales ni ningún rastro orgánico.

Me quedé callado.

—¿Está limpia? —repetí, sin saber muy bien qué importancia tenía eso, si Juan había ido a verla ya nada más importaba ¿no?

—Totalmente limpia —repitió —La limpió con lejía.

Yo asentí, tenía sentido.

—Intentó borrar su rastro, eso se aprende viendo CSI. Siempre he sabido que si mataba a alguien, tendría que echar lejía por todas partes —la teoría me la sabía, la práctica era otra cosa. Me di cuenta de que Villalba se había quedado callado, supongo que procesando que yo ya tenía en mente cómo librarme de un cuerpo —No es que lo haya planeado ni nada... bueno, una vez, de coña, planificamos cómo matar al profesor de informática del instituto, pero no iba en serio... Es que era muy cabrón, el Martínez de los huevos...

—Estuve en la casa de la familia de Juan, donde se suicidó, y no había lejía —me cortó al ver que yo divagaba, y porque mis tonterías, pues no le interesaban demasiado.

Me quedé callado, sorprendido porque hubiera ido hasta la casa del abuelo de Juan, eso significaba que se había tomado todo aquello muy en serio, y sorprendido también porque siguiera hablándome de la lejía. Intenté centrarme.

—Pudo... pudo limpiarla en otro sitio, pudo pasar por casa antes de ir a la casa de su abuelo...

—Sus padres dijeron que estuvieron en casa toda la tarde y no le vieron, y por el margen de tiempo tiene más lógica que fuera directo a la casa en la montaña. Si fue a ver a Violeta a las seis, le agredió y la mató, e invirtió aún algo de tiempo en intentar limpiar su rastro... no tuvo mucho tiempo extra para dar paseos. El suicidio ocurrió entorno a las diez de la noche y de Huesca a la casa del abuelo tardaría entorno a una hora y cuarto.

—¿Pudo limpiarla en casa de Violeta, no?

—Y si la limpió ¿por qué se la llevó? La cadena le incriminaba, con o sin epiteliales. Lo lógico sería limpiarla y dejarla, o no perder el tiempo

limpiándola y simplemente llevársela. No podía saber cuánto tardarían las compañeras de piso en llegar, tenía que ir con prisa.

Yo seguía callado.

—¿Y seguro que en la casa del abuelo no había lejía hace siete años?

—Los padres aseguran que la casa ha estado cerrada desde que murió Juan, no han tocado nada, y para limpiar la sangre del chico contrataron un servicio de limpieza que utiliza sus propios productos. En esa casa no hay y no había lejía.

Permanecí en silencio.

—¿Entonces? —balbuceé confuso, porque no sabía qué conclusión sacar de aquello.

—Entonces... es raro —concluyó.

Esperé a que dijera algo más. ¿Me estaba dando la razón en que Juan no había matado a Violeta? ¿Creía, como yo, que aquel había sido el primer asesinato del cabrón que había matado a Marta?

—Creo que... tuviste buena intuición con todo esto —De nuevo me quedé callado, sorprendido. Sí me creía, y lo que era más sorprendente aún, me estaba haciendo un cumplido —¿Carlos? —preguntó, extrañado al ver que yo no decía nada.

—¿No crees que Juan la matara, no?

—Si fue él, desde luego tuvo una conducta cuanto menos errática. Limpió parte del escenario, no había rastro suyo en la cama, ni sobre Violeta o en su ropa, además usó condón y se lo llevó... Pero después dejó huellas en el salón y en un vaso sobre la mesa, además de en algunas cosas del dormitorio.

—Podría ser que no se acordara de todo lo que había tocado —observé, eso pasa.

—O no fue él —repuso Villalba —Podría ser que Juan sólo hubiera pasado a verla, tomaran algo en el salón, de ahí las huellas en el vaso, y por algún motivo pasara al dormitorio...

—¿Por qué iba a ir al dormitorio? —protesté. El motivo más lógico era evidente, pero tiraba por tierra mi teoría de que Juan ya lo había superado y ya no quería nada con Violeta; claro que si sí lo había superado, ¿por qué había ido siquiera a verla?

—No lo sé, pero digamos que, hipotéticamente, Juan fue a verla y se fue de allí sin hacerle daño. Alguien más pudo entrar una vez que Juan se fue, agredir a la chica y matarla, y cubrir sus huellas, limpiando la cama y

llevándose el condón. Eso explicaría que hubiera huellas de Juan en el salón y en ese vaso, y que sin embargo el dormitorio estuviera limpio, al menos aquello que el asesino limpió para cubrir su rastro.

—No crees que lo hiciera Juan —observé.

—Creo que existe la posibilidad de que hubiera alguien más, pero es sólo una teoría. Que un criminal limpie una escena del crimen de forma absurda no prueba nada, la gente es muy chapucera intentando cubrir su rastro —yo sentí un escalofrío, qué razón tenía... —La policía hizo bien su trabajo, sospecharon del ex y las pruebas y la declaración de un testigo lo corroboraban.

Yo asentí, no había sido sólo la cadena y el suicidio, que ya bastante era de por sí. El ex novio que había acosado a Violeta durante meses la había ido a ver ese mismo día, había estado en su dormitorio en la hora aproximada de su muerte... Parecía blanco y en botella.

—He estado informándome sobre esa chica, Violeta. Tiene un parecido físico más que evidente con Marta e Inés —continuó Villalba, yo asentí.

—Sí —añadí, porque obviamente Villalba no podía verme asentir —Y el parecido es más que físico, hasta en los gestos se parecen. El hermano de Juan me ha mandado fotos y un vídeo también. A Violeta le gustaba llevar vestidos y se pintaba los labios de rojo cuando salía de fiesta. Y le gustaba Francia y tenía cosas de Francia, como Inés y Marta.

—Eso es significativo —confirmó Villalba —Pero sigue sin haber pruebas que vinculen ese caso con el nuestro. Si no fue Juan quien mató a Violeta, el que lo hizo no dejó rastro. Si ese fue su primer crimen, ya fue muy cuidadoso entonces.

—Tampoco es tan difícil limpiar un escenario ¿no? —murmuré —Frotas con un trapo de cocina y se van las huellas... ¿no?

—Sí, para las huellas dactilares bastaría con eso, probablemente usaría una toalla limpia ya que un trapo podría dejar otros residuos —mierda, pensé —Pero le agredió sexualmente y no dejó saliva, ni semen, ni siquiera un pelo... Tenía prisa pero tomó el control de la situación y fue cuidadoso y eficiente.

—El psicópata ya apuntaba maneras —observé.

—Sabía lo que hacía, además de tener sangre fría —opinó Villalba.

—Es el mismo tío —aseguré —Es el que mató a Marta e Inés.

—Es sólo una teoría.

—Todo cuadra, busca sustitutas de Violeta —aseguré —Sus víctimas se

parecen a ella, y las estrangula como a ella... ¿A Violeta la intentaron estrangular también, no?

—Según el informe de la autopsia, Violeta tenía marcas recientes, además de antiguas, que coinciden con un posible estrangulamiento —reconoció Villalba. Lo sabía.

—¡Es él!

—Violar y estrangular es bastante común...

—Les lleva violetas, y esa chica se llamaba Violeta. Eso no es casualidad, es cutre, pero no es casualidad.

—Llevar violetas a esas chicas para vincularlas con Violeta parece un poco cogido por los pelos...

—Pero a Violeta también le regaló flores —protesté.

Villalba se quedó un instante callado, sorprendido.

—No había flores en el caso de Violeta.

—Sí que las había —protesté —Sólo que no las dejó en su mesilla.

—He revisado de arriba abajo el informe policial y las fotos, Carlos, no hubo flores en el caso de Violeta.

—Sí que las hubo —insistí —Me lo contó la compañera de piso, había violetas en un jarrón.

—Te digo que no hay fotos de ningún jarrón con flores...

—Fue en el salón, estaban en el salón —expliqué.

Villalba se quedó de nuevo callado, perplejo.

—Habla con la compañera de piso, con Claudia, la que encontró el cuerpo.

—¿Por qué coño no le contaron lo de las flores a la policía?

—Creo que Claudia pensó que eran de Silvia y Silvia que eran de Claudia. A Violeta nadie le regalaba flores, no era algo que harían los tíos con los que se relacionaba...

Oí a Villalba maldecir entre dientes.

—Voy a ver que más puedo sacar de ese caso, empezando por lo de esas flores...

—Ese tío conocía a Violeta, íntimamente, y también conocía a Juan y sabía dónde estaba la casa del abuelo. Habla con el hermano de Juan, Jaime, él te dará una lista de amigos que conocían la casa en la montaña.

—Ya he hablado con él, y menudo pieza —gruñó Villalba —No ha sido muy colaborador...

—No le gusta la poli —recordé —Y dado que la poli acusó a su

hermano de haber asesinado a una chica, pues como que se entiende...

—Sí, eso no le gustaría mucho, y tampoco que le hayan detenido un par de veces —gruñó Villalba. Ahora el sorprendido fui yo, me pregunté por qué le habrían detenido, pero Villalba no añadió detalles.

—A mí me ha hablado de Juan y de sus amigos, y me ha mandado fotos. Seguro que es uno de los amigos...

—No puedes fiarte de todo lo que te digan por ahí, la gente miente.

—No creo que Jaime tenga motivos para mentir sobre esto —protesté, mientras seguía pensando en qué habría hecho para que le detuvieran, varias veces además...

—¿Crees que no tiene motivos para mentir y limpiar el nombre de su hermano y de su familia? —me contradijo Villalba. Vale, visto así... —Voy a intentar hablar con las compañeras de piso de Violeta y con los amigos de Juan, a ver si saco algo más sobre Violeta y la gente con la que se relacionaba.

—¿Has hablado con Andrés? Es el tío con el que Violeta estuvo liada antes de morir, aunque no parecía saber nada cuando hablé con él.

—Ya, otro pieza sin ningún interés en hablar con la policía, y un serio sospechoso también.

—No fue él, vive en Huesca —un argumento débil, en verdad. No cagues donde comes, como había dicho Raúl.

—Veré qué consigo descubrir, y si alguien más te cuenta algo, ya que al parecer a la gente le gusta contarte cosas que no le cuentan a la policía —lo dijo con retintín, ni que fuera culpa mía que conmigo quisieran hablar y con ellos no... —avísame.

—Claro, lo haré.

Villalba colgó. Yo me quedé unos segundos mirando el teléfono, procesando la conversación que acababa de tener. Hasta hacía poco, Villalba sólo me había dirigido gruñidos y se había quejado porque me metiera donde no me llamaban. Pero ahora había sido... amigable. Me había hablado de lo que había descubierto, había discutido teorías conmigo, me había tenido en cuenta como si yo tuviera algo que aportar... Claro que sí tenía algo que aportar. Yo le había hablado de Violeta, le había puesto tras la pista del primer crimen de aquel asesino en serie, un primer crimen que había sido personal. Si investigaba el entorno de Violeta y de Juan, daría con ese tipo. Villalba se había dado cuenta, por fin, de que yo no era simplemente un entrometido aburrido. Tenía buen instinto, eso había dicho.

Aquella llamada me puso de muy buen humor, estaba jodidamente encantado. Había encontrado algo importante y estaba ayudando a dar con aquel asesino. No había hecho suficiente por Marta cuando estaba viva, pero al menos estaba haciendo algo por ella ahora. Si ayudaba a encontrar a ese cabrón, estaría ayudando a que se hiciera justicia por Marta, y aún mejor, estaría ayudando a evitar futuras muertes. La culpa que había sentido desde la muerte de Marta pesaba ahora un poco menos.

Capítulo 22. Lo que había estado temiendo

Un par de días más tarde pasé por la biblioteca a buscar a Ana para ir a echar un café. No estaba en su zona de siempre, así que me recorrí la biblioteca buscándola. Me estaba asomando a la última mesa de la sala cuando ocurrió lo que había estado temiendo desde hacía semanas: distinguí a una chica morena de pelo largo que transparentaba.

Me quedé ahí parado como un pasmarote en mitad de la biblioteca, mirándola. Llevaba el pelo largo recogido en una coleta alta, era guapa, de rasgos redondeados.

Ana me vio desde la mesa de al lado y me hizo señas de que necesitaba un minuto. Yo no reaccioné, ni me moví, sólo seguí mirando a aquella chica transparente. Llevaba puestos unos auriculares rosas y mordisqueaba un boli, concentrada en sus apuntes. Me acerqué a su mesa, al llegar a la estantería a sus espaldas cogí un libro. Mientras estaba ahí detrás con el libro en la mano eché un vistazo a lo que estudiaba, vi números y gráficas, atiné a leer Macroeconomía en la parte superior derecha de los apuntes. Entonces la chica transparente paró el audio de su móvil, se quitó los auriculares y se dirigió a la chica sentada a su lado.

—Voy a salir a echar un piti —cuchicheó.

—Voy contigo.

Se pusieron de pie, yo volví la vista al libro, alguna movida sobre antropología de los Andes. Cogieron sus bolsos y se fueron hacia la salida. Yo las seguí con la mirada, sin saber si ir tras ellas o no. Me volví hacia Ana que ya se acercaba a mí, y que me miraba confusa al verme con un libro en la mano.

—¿Qué? —cuchicheó.

—Esa chica... estaba transparente —susurré.

Me miró sobrecoyida.

—¿A dónde ha ido?

—A echar un cigarro.

—Igual se va a morir de cáncer...

—Sí, igual —gruñí.

Ana volvió la vista a la mesa con sus apuntes.

—¿Dónde estaba sentada?

Le señalé el sitio concreto. Echó un vistazo rápido a sus apuntes y su estuche, y entonces comenzó a rebuscar y a removerlo todo. Yo la miré

inquieto, también un chico sentado un par de sillas más allá volvió la vista extrañado. Me coloqué entre él y Ana, para intentar taparla porque me estaba pareciendo un canteo. Ana rebuscó también en la chaqueta apoyada en la silla, sacó una tarjeta de bus del bolsillo y me la enseñó. Yo asentí al reconocer a la chica transparente, leí su nombre y apellido: Elena Abadía Marín.

—Vamos a echar un cigarrillo —propuso Ana, volviendo a dejar la tarjeta en su sitio.

Al salir vi a las dos chicas a la entrada de la biblioteca. Ana se lió un cigarro mientras yo miraba de reojo a Elena, la nueva chica transparente. Me pareció que no transparentaba con tanta intensidad como otras personas que iban a morir de forma inminente, eso era buena señal. Aunque en verdad eso no era buena señal para nada, si iba a tardar en morir bien podía ser porque iba a ser la siguiente.

—Se parece a Marta, y a Violeta —murmuré, sí, seguro, esa chica era su próxima víctima.

—Puede que esté enferma, o que vaya a tener un accidente... Por todo lo que sabemos, y por simple estadística, es mucho más probable que tenga un accidente de coche.

—Sí, los cojones —gruñí.

—No puedes estar seguro.

—Mírala, es una chica joven, morena, pelo largo... Las chicas universitarias no suelen morir así porque sí.

—Intenta ser optimista —protestó.

—Soy realista, Ana, no me jodas.

Cuando Elena y su amiga terminaron de fumar entraron en la biblioteca de nuevo. Yo la vi pasar ante mis narices, sin saber qué hacer. Me volví hacia Ana en busca de ayuda.

—No lo sé, Carlos —contestó a mi pregunta no formulada.

Como no sabía qué hacer, lo dejé estar. No iba a conseguir nada quedándome en la biblioteca mirándola transparentar, así que me fui a tomar ese café con Ana. Isabel y Dani nos esperaban ya en el bar, así que no hablamos del tema. Cuando volvieron a la biblioteca entré con ellos, para echar un vistazo, pero la chica transparente ya no estaba allí y su sitio estaba vacío. Al menos sabía su nombre y apellidos.

La busqué en facebook, pero tenía el perfil bloqueado. Sólo pude ver su foto de portada en la que salía abrazada a un perrillo blanco. Puse su nombre

también en google, pero no encontré nada salvo su nombre en una lista de becas del Maec. No tenía LinkedIn.

Los días siguientes me pasé varias veces por la biblioteca para ver si la veía, pero no me la volví a encontrar. Pensé que a lo mejor la Moliner no era su biblioteca habitual, y recordé que sus apuntes eran de Macroeconomía. Si estudiaba Economía o ADE, entonces su facultad estaba en el centro, y si estudiaba Empresariales, entonces se movería habitualmente por el CPS. Como no quería volver a aprovecharme de Adela, o más bien lo que no quería era tener que volver a quedar con ella, y el CPS está a tomar por culo, me fui a la facultad de Economía a curiosear. Encontré el tablón de notas y busqué su nombre, la localicé en cuarto de Economía, en el grupo B de mañanas. Me fui a buscar su horario de clases y le hice una foto.

Al día siguiente volví a la facultad de Economía a la hora a la que acababa su última clase. Me fui fijando en todas las chicas morenas de pelo largo que salían de su aula hasta que salió ella, difícil de confundir porque era la única transparente.

La seguí por la calle a una distancia prudencial hasta que la vi entrar en un portal en una de las callejuelas por detrás de Fernando el Católico, en el lado contrario al Campus. Me acerqué al portal, el timbre no tenía los nombres escritos pero piqué al azar y dije que era el cartero, una vez dentro miré los buzones. Encontré su nombre en el 3ºA junto con el de Raquel Abadía Marín, al parecer vivía con su hermana.

Y así de fácil y con tan poco esfuerzo, ya sabía dónde vivía esa chica. Bastaban unas mínimas dotes de espía, o de acosador. La verdad es que resultaba un poco inquietante. Y si a mí me había resultado tan fácil, un criminal con experiencia como el que sospechaba iba tras esa chica lo habría conseguido más fácilmente aún.

Necesitaba saber más cosas de Elena además de su dirección, y se me ocurrió que además de por las redes sociales había otras maneras de descubrir cosas sobre alguien, por ejemplo preguntando.

—¿Conocéis a una tal Elena Abadía que estudia Economía? —pregunté a los colegas cuando quedamos a echar unas cervezas.

El mundo es un pañuelo, pero esta vez no tuve suerte.

—Ayala estudió Economía, igual él la conoce —fue lo mejor que conseguí, Ayala era uno del equipo de fútbol.

Dejé el tema mientras seguía dándole vueltas a cómo descubrir más sobre esa chica. Aparte de las redes sociales no se me ocurría mucho más.

Caí en la cuenta de que aunque yo no tenía acceso a su perfil, no era el único allí con facebook.

—Déjame tu móvil —le pedí a Raúl.

—¿Para llamar? No me seas rata y usa el tuyo —gruñó.

—Que no es para llamar.

Me metí en su aplicación del facebook y busqué a Elena. El perfil seguía bloqueado, así que le devolví el móvil. Seguí pidiendo los teléfonos del resto. La petición era extraña cuanto menos, Raúl se asomó a mirar y vio que estaba metiéndome al facebook.

—¿A quién estás acosando?

—A nadie —gruñí.

—¿Hay una chica? —preguntó Isa, sonriendo encantada con la idea — ¿La Elena esa? —malinterpretó mi nerviosismo porque mencionara a Elena —¿Quién es esa chica? —preguntó en tono cantarín.

—No, es que... quiero ver una cosa en facebook...

—¿El qué?

No supe qué decir, por desgracia todos me miraban expectantes, Raúl esforzándose por ver el teléfono por encima de mi hombro, Ana tensa como si le estuvieran pidiendo explicaciones a ella.

—Estoy buscando a Lorena —confesé.

—¡No! —protestó Isabel, al tiempo que Dani y Andrés empezaban a quejarse también. Reaccionaban como si yo fuera un jodido alcohólico en recaída.

—¿Quieres ver su perfil desde nuestro facebook? —preguntó Raúl confuso. Yo asentí —Pero yo aún la tengo como amiga —explicó Raúl, poniendo en evidencia que no me habría hecho falta pedir más teléfono que el suyo.

—¿No te bloqueó después de aquella noche que salimos y le escribiste borracho? La pusiste fina.

—Qué va, tío —recordó Raúl —Resulta que me confundí de Lorena, puse de puta para arriba a una antigua compañera de instituto —le miré perplejo, esas cosas sólo le pasan a Raúl —Menuda chapa tuve que darle para disculparme cuando me contestó toda cabreada... Lo peor es que nos habíamos liado en el instituto así que, podía malinterpretarlo, vaya... la lié pero bien.

Dani y Andrés se reían, Ana negaba con cara de desaprobación.

—A saber qué barbaridades escribiste...

—Pues las que se merecía Lorena, sólo que la otra Lorena.

Pensé que me había librado del interrogatorio sobre Elena, aunque estuviéramos otra vez, y para variar, hablando de Lorena; pero Isabel no lo iba a dejar pasar.

—¿Y qué tiene que ver la Elena esa con Lorena? —buena pregunta, sí. Otra vez no supe qué decir.

—A mi prima le ha dicho Elena Abadía de Economía... que Lorena se está tirando a un tío —inventé sobre la marcha, con todos mirándome no se me ocurría nada mejor.

—¿A otro aparte del abogado? —preguntó Raúl confuso.

—Sí, a uno nuevo.

—No pierde el tiempo ¿eh?

—Así que estoy buscando a ese tío en vuestros facebook —expliqué.

—¿Cómo se llama? —preguntó Isa pasándome su móvil.

—¿Quién?

—El tío ese, a ver si le conocemos...

—Se llama... Juan

—¿Juan qué? No me mires las conversaciones ¿eh?

—¿Qué trapos sucios no quieres que conozcamos? —preguntó Raúl intrigado.

—Nada que te importe —gruñó ella.

Isa era mi mejor baza porque conocía a media Zaragoza, pero tampoco la tenía entre sus amigas, y el perfil seguía bloqueado. Dani me pasó su móvil.

—Se llama Juan... García —¿Es o no es el nombre más común de España? Soy poco imaginativo bajo presión, si es que yo miento bien cuando tengo tiempo para inventarme una mentira...

Al buscar a Elena en el móvil de Dani se hizo la luz, me encontré su perfil visible. Su primo Rafa la tenía de amiga y Elena tenía el perfil abierto para amigos de amigos. Me puse a curiosear sus gustos, fotos y publicaciones del muro. Le gustaban varias series de televisión como Anatomía de Grey o Scandal, mucho drama para mi gusto, y revistas de moda, también algunos grupos de pop español, y era fan de un gimnasio del centro. Entre sus publicaciones había sobre todo fotos con las amigas y el perro blanco, y algunos vídeos de jotas. En ciudad de origen ponía Alcañiz.

—¿Lo tienes? —preguntó Dani al verme enganchado a su teléfono.

Yo dudé, me di cuenta de que Ana me miraba fijamente. Ya bastante

malo era el escrutinio de mis amigos, pero más nervioso me estaba poniendo Ana con sus miraditas.

—No, no le encuentro —me lamenté devolviéndole el teléfono.

Decidí enviarle una solicitud de amistad de facebook al primo de Dani. Creía recordar que habíamos coincidido alguna vez de fiesta, no era mucho, pero hay gente que te acepta en facebook muy alegremente, así que merecía la pena intentarlo. No sé si se acordó de mí al ver mi solicitud, o si simplemente le bastó tener un amigo en común, o puede que fuera de esa gente que sólo quiere poder decir que tiene muchos amigos en facebook, el caso es que me aceptó. Así pude entrar a ver el perfil de Elena con más calma, aunque no saqué más información de la que ya había visto en mi primer vistazo. Es alucinante lo que puedes llegar a saber de la vida de alguien por el puto facebook.

Ya que estaba me aseguré de que mi facebook estuviera restringido a sólo amigos, y además hice una criba de gente para eliminar a aquellos con los que ya nunca hablaba.

El facebook me decía mucho de lo que Elena había hecho hasta entonces, pero no me avisaba de lo que iba a hacer en el futuro. No me servía para prever cuando ese cabrón pretendía atacarla. Claro que partiendo de la base de que a ese tío le gustaban los sábados por la noche, y estudiando cuánto transparentaba Elena, creía poder atinar bastante. Sabía el dónde y podía deducir el cuándo, pero seguía sin saber qué coño hacer al respecto. Como si tuviera un jodido radar, Ana me escribió por whatsapp.

—“¿Qué vas a hacer con Elena?”

—“No tengo la menor idea... Debería hablar con ella”

—“No te va a creer”

—“Pues no puedo quedarme de brazos cruzados otra vez”

Vi que escribía durante bastante rato.

—“Ya” —para escribir eso tampoco hacía falta pensárselo tanto —“Pásate mañana por la biblioteca antes de quedar y hablamos ¿ok?” —Ana al rescate.

Y así lo hice, fuimos a un bar de Cerbuna antes de quedar con el resto de amigos en el bar cutre de cerveza barata.

—Tengo que avisarla, no me va a creer, pero... tengo que decírselo.

—Si le dices que un asesino en serie quiere matarla irá a contárselo a la poli y te meterás en un puto follón.

—El inspector Villalba y yo ahora somos... amigos o algo, al parecer.

—No lo seréis por mucho tiempo si vas por ahí amenazando a chicas. Creerá que estás loco o que sabes algo, no sé qué sería peor...

—No puedo contarle cómo lo sé.

—Desde luego que no, jamás te creería. A veces casi no te creo ni yo...

La miré frustrado.

—¿Y qué hago?

—Podrías avisarla sin que sepa que eres tú...

—¿Cómo? —pregunté interesado.

—Podrías dejarle una carta o enviarle un email...

—No se tomaría en serio una carta anónima.

—Tampoco te tomaría en serio en persona —aseguró —Al menos así nadie sabría que has sido tú.

—Si tú recibieras una carta avisándote de que un asesino quiere matarte, pensarías que es una broma de mal gusto ¿no?

—Pues sí, pero también me acojonaría y tomaría precauciones.

—¿Cambiarías tu rutina? ¿Dejarías de salir de fiesta, de quedarte sola en casa por la noche? ¿Te irías a casa de alguien cada día? ¿Y hasta cuándo?

Ana arrugó la nariz, molesta al ver que yo tenía razón.

—Sí que hablaría con la policía —opinó —Con un asesino suelto matando chicas como yo, me acojonaría lo suficiente como para enseñarle la carta o el email a la poli. Puede que ellos se lo tomaran en serio.

—No estoy tan seguro de eso...

—Podríamos avisarla como si fuéramos el asesino, dando, no sé, datos del crimen que nadie sepa... Si la policía confirmase esos datos tendría que creerlo.

—Primero, estoy bastante seguro de que hacerse pasar por un asesino y mandar amenazas tiene que ser ilegal; y segundo, el asesino nunca ha enviado cartas ni tiene lógica que advierta a sus víctimas... La poli sabría que no es él, y si alguien aparte de ellos y el asesino conoce los detalles del caso, ese soy yo...

—Pensarían que estás loco o que sabes algo —dedujo Ana.

—La poli ya no cree que tuviera nada que ver con lo que le pasó a Marta...

—Aún no sé muy bien por qué —interrumpió Ana.

—Pues yo tampoco, pero me gustaría que siguiera siendo así. No quiero que vuelvan a sospechar de mí. Villalba me ha contado cosas del caso, cuenta conmigo, y no quiero echar por tierra esa confianza... Y no quiero que

descarte mi teoría de que Violeta fue la primera víctima porque crea que soy un loco paranoico... o peor aún, cómplice de ese cabrón.

Ana asintió pensativa.

—Pues le enviamos una carta con detalles que cualquiera pudiera conocer, para que la poli no crea que has tenido nada que ver, y... no sé, esperemos que esa chica y la poli se lo tomen en serio...

A mí la idea no me convencía, nadie daría suficiente importancia a una carta.

—La poli investigaría la carta al menos ¿no? Algo de importancia le darían por si acaso fuera cierto... —insistió Ana —Y algún policía le daría a esa chica consejos sobre cómo protegerse, y ella se tomaría en serio esos consejos si se los da un policía. Si la poli le confirma que hay un riesgo, por mínimo que sea...

—El problema es que todo dependería de que le dijeren que esa carta es creíble y esa carta no tiene sentido —protesté.

—Podríamos hacerla más creíble, podríamos reforzar el mensaje de la carta —opinó Ana, la miré intrigado, interesado en que desarrollara esa idea —Si la poli no le va a decir que se tome en serio esa carta... podrías decírselo tú.

—¿Y por qué me iba a creer?

—Conoces el caso, estás colaborando con la policía. Puedes hacerle ver que sabes de lo que hablas.

—No puedo probar que estoy ayudando a la poli, no soy un experto ni trabajo en esto, no tengo un puto uniforme que me haga creíble.

—Tal vez no te haga falta uniforme —repuso pensativa —Tal vez baste con darte contexto —yo la escuchaba con atención —Si la abordas en la calle obviamente no te creerá, pero si consigues hablar con ella, digamos en comisaría... Si te ve trabajando con Villalba y le hablas de lo serio que es esto...

Yo miré a Ana pensativo, imaginándome la escena. A lo mejor no era tan absurdo.

—No sé, Ana, si la poli le dice que no se preocupe no sé por qué me iba a tomar en serio a mí, aunque esté en comisaría y parezca saber de qué hablo...

—Carlos, tú tienes algo que la policía no tiene y que hace que la gente te escuche —la miré confuso —Tienes ese tipo de personalidad, tienes... encanto.

—¿Tener encanto me va a ayudar? —pregunté confuso.

—Eso es lo que te ha ayudado hasta ahora, por eso la gente habla contigo y confía en ti, aunque les mientas. Es más útil que un uniforme —opinó. Yo la miré pensativo, preguntándome si podría funcionar —Le dejamos una nota, una carta explicándole todo lo que se sabe del caso, lo que todo el mundo sabe... y después cuando vaya a comisaría, tú la convences de que es creíble —resumió Ana.

—¿Crees que bastará?

—Si no quieres amenazarla ni hacerte el acosador con ella...

—¿Hacerme el acosador? —repetí confuso.

—Bueno, otra opción que se me ocurre es que la sigas un poco y la acosas para que piense que alguien la está siguiendo y acosando... Tal vez algún día de noche al volver a casa podrías asustarla un poco...

—No voy a hacerme pasar por ese tío —protesté, a Ana se le iba la cabeza.

—Ayudaría a asustar a esa chica, así se tomaría la carta mucho más en serio... —Negué efusivamente.

—No, nada de hacerme pasar por un asesino en serie... No... no.

—Vale, pues entonces sólo le enviamos la carta —cedió Ana — Esperemos que sea suficiente.

Asentí pensativo.

—Si no funciona lo sabré, si sigue transparentando —observé —Si no funciona ya veremos qué más hacer —a poder ser que no implicara hacerme pasar por ese cabrón, Ana asintió conforme.

Capítulo 23. Una broma de mal gusto

Organizamos el resto del plan en lo que nos terminábamos la cerveza. Nos decantamos por escribir una carta y no un email. No teníamos muy claro cómo de fácil era rastrear un email, y además era más difícil saber cuándo lo leería, si es que lo leía y no acababa en el spam, y cuándo acudiría a comisaría, si es que acudía a la policía sólo por un email... En la carta le diríamos lo que ese tío le hacía a sus víctimas y le advertiríamos de que ella encajaba en el perfil y podía ser la siguiente. Intimidatorio, pero no directamente amenazante.

Para escribir la carta primero pensamos en recortar palabras de un periódico de esos gratuitos que dan en la calle y pegarlas formando un mensaje, muy peliculero todo. Pero luego se nos ocurrió que era mucho más sencillo escribir la carta en el ordenador, imprimirla, y luego hacer una fotocopia de esa carta en, por ejemplo, una fotocopidora de la universidad a la que tenía acceso cualquiera, para que ni el papel ni la tinta vinieran de nuestras casas. La copia que salió de la máquina la cogimos con guantes, eso sí. Hicimos lo mismo con un folio con el nombre de Elena y su fotocopia la plegamos, con guantes otra vez, a modo de sobre. Lo guardamos todo en una carpeta de plástico. ¿Un poco exagerado para una carta que probablemente la poli se tomaría a broma e ignoraría? Tal vez, pero ya había dejado huellas mías donde no debía antes, prefería pasarme de cauto esta vez.

Lo que nos faltaba ahora era saber cómo hacerle llegar la carta a Elena. Podíamos dejarle la carta en el buzón, o enviársela por correo para no tener que rondar nosotros su portal, pero a saber cada cuánto miraba esa chica el buzón, hoy en día nadie espera encontrar en su buzón nada más que publicidad y cartas del banco. También podíamos dejársela en el portal, más a la vista, pero algún vecino podía vernos o quedarse la carta. Era mejor colocarla en un sitio público que Elena frecuentara como parte de su rutina, para poder calcular a qué hora la encontraría. Ana se ofreció a colocar la carta ella, así yo podría ir a la comisaría entre tanto y esperar a Elena allí. Eso me daba también una coartada por si la policía sospechaba de mí, lo que tenía bastante claro que harían. No me gustaba mucho la idea de involucrar a Ana, pero ella no me dio opción.

—Yo también quiero salvar a esa chica, esto no es sólo cosa tuya.

—El que ve gente transparente soy yo, Ana, sí que es cosa mía...

—Tú sabes que ese loco va a matar a esa chica y yo también lo sé, no es

responsabilidad exclusiva tuya hacer algo y ayudarla, desde que me lo has contado ha pasado a ser responsabilidad de los dos.

Me di cuenta de que no iba a convencerla, y la verdad es que me alegraba de contar con su ayuda, así que no insistí.

Un par de días más tarde volví a pasar por la facultad de Economía para ver a Elena. Sabía que no me convenía acercarme a ella para que nadie pudiera recordarme como un tío raro que la rondaba, pero necesitaba saber algo más de su rutina para saber cuándo y dónde darle aquella dichosa carta. Además quería ver cuánto transparentaba por si teníamos que darnos prisa con nuestro plan. Todavía no transparentaba mucho, aunque sí más que la vez anterior.

A la semana siguiente volví a ir a verla, esta vez fui pronto por la mañana a su casa.

Se me había ocurrido que normalmente la gente con perro lo saca a pasear siempre a la misma hora, sobre todo el primer paseo de la mañana que se hace con prisas. Después de observarla durante tres días confirmé que Elena no era una excepción. A las ocho de la mañana salía con su perrillo y se lo llevaba al Parque Grande, que estaba cerca de su casa. Siempre hacía el mismo camino hasta una estatua del parque y después volvía a su casa por donde había venido, dejaba al perro y se iba a la universidad.

El viernes, sin embargo, no apareció como de costumbre. Ya estaba pensando en irme cuando vi aparecer a otra chica con el mismo perro, hoy le debía de tocar sacarlo a la hermana. Elena llevaba al perro siempre por el mismo camino y tiraba del perrillo cuando se paraba a oler algo o hacía intención de desviarse del camino al parque; su hermana, en cambio, dejaba al perro ir por donde le daba la gana. Me puse nervioso cuando el perrillo blanco se vino hacia mí y empezó a husmearme las zapatillas moviendo el rabo todo contento. Era uno de esos perrillos patada que se alegra al ver a quien sea, o tal vez mi olor ya empezaba a resultarle familiar después de tantos días rondando a su dueña. Le rasqué detrás de las orejas.

—Mis abuelos tenían un perro igual que este —le dije a la hermana para romper el hielo —Me encantaba ese perro.

Me la gané al instante: abuelos, perro muerto... inspiraba confianza y ternura. Hablamos un poco del perro, la típica charla insustancial sobre perros. Ella dijo que lo malo era tener que madrugar para sacarlo a pasear, yo dije que lo peor tenía que ser sacarlo al volver de fiesta... lo típico.

Hablamos un poco más, ya no del perro. Me dijo que estudiaba en la

universidad, yo le recomendé disfrutar de esos años de estudiante y hacer un Erasmus. El tema Erasmus es muy apañado. Me dijo que le daba un poco de miedo, yo la animé a hacerlo igualmente.

—Lo he pensado, pero además es que estoy muy metida en un grupo de jotas y... no sé si quiero perder un año.

Recordé que había visto publicaciones de jotas en el facebook de Elena y recordé que en muchas citaba y etiquetaba a su hermana.

—¿Pero en plan en serio? Mi prima estaba en un grupo y no paraba, además viajaba un montón, que si festivales, encuentros...

—Sí, eso es lo mejor, que no paramos. El finde de la semana que viene me voy a Cáceres, a un festival de danzas populares, y el mes que viene a Burgos...

Lo de Cáceres hizo que me saltaran las alarmas. Si la hermana se iba, Elena estaría sola en casa. Tendríamos que hacerle llegar esa carta la semana siguiente sin falta.

Me di cuenta de que aquella chica no tenía ninguna prisa por seguir paseando al perro, debía de parecerle más entretenido yo. La hermana me cayó bien, e imaginé que Elena también me caería bien. Se la veía alegre y despreocupada, me hablaba de su vida con toda confianza. Me di cuenta de lo mucho que nos exponemos a gente que no conocemos de nada, más a aquellos que parecen inofensivos. Me pregunté si ese asesino loco parecería un tipo normal y simpático incapaz de hacer daño a nadie, si inspiraría confianza, si tendría encanto. En mi cabeza ese cabrón era un tipo pequeño y gris con escasas habilidades sociales, pero a lo mejor de fachada no era así en absoluto.

Cuando la hermana se dio cuenta de que llevábamos veinte minutos hablando se despidió, y ella y su perrillo patada se fueron de vuelta a casa.

Visto el recorrido que hacía Elena por el parque, me pareció que dejar la carta junto a la estatua podía ser una buena opción. No había mucha gente en el parque por la mañana salvo algún otro madrugador con perro y algún deportista haciendo footing, y el parque no tenía cámaras y sí muchas entradas.

Hablé con Ana y pusimos nuestro plan en marcha el jueves de la semana siguiente. A las ocho de la mañana ella estaba lista en el parque y yo camino de la comisaría. Como habíamos acordado, Ana dejó, siempre con guantes, la carta con el nombre de Elena apoyada en la base de la estatua. Se alejó y esperó. Conociéndola, esperaría fumándose un cigarrillo o más de uno. Elena

llegó hasta la estatua con su perro, como de costumbre. Se paró al ver el papel con su nombre, se lo pensó un poco antes de cogerlo, extrañada por encontrarse aquello allí. Lo abrió y leyó la carta. Después regresó a casa con prisa, tirando del perrillo.

Ana la siguió a una distancia prudencial, la vio salir de su portal poco después, ya sin el perro. Mientras tanto, yo estaba ya a la entrada de la comisaría. El policía de la puerta me miraba extrañado al ver que ni entraba ni me iba de la puerta tampoco. Opté por ir a un Panishop cercano y comprarme una palmera de chocolate, para amenizar la espera, y para que no fuera tanto canteo con el policía aquel.

Ana siguió a Elena hasta la universidad, sin embargo no entró en la facultad, pasó de largo y siguió caminando en dirección a la comisaría.

—“Va para allá” —me escribió por whatsapp, y supongo que después de eso se iría a la biblioteca esperando poder conseguir aún un sitio decente.

Yo me acabé la palmera y entré en la comisaría, bajo la atenta mirada del policía de la puerta que estaba ya un poco mosqueado conmigo al verme rondar la puerta durante tanto tiempo. Dije que quería ver al inspector Villalba y me llevaron a la sala de espera. Apenas tuve que esperar diez minutos para ver llegar a Elena, se sentó en la misma sala de espera que yo, un par de asientos más allá. Tenía la vista gacha, clavada en esos dos folios que llevaba en la mano.

—¿Malas noticias? —pregunté señalándolos.

Ella me miró.

—No, yo... seguro que es una tontería —sonrió con gesto nervioso.

Miré el papel con curiosidad.

—Debe de ser una tontería importante si te ha hecho venir aquí a estas horas de la mañana.

Elena miró la carta, luego alzó la vista hacia mí. Debí de parecerle de confianza, o a lo mejor simplemente quería hablar de aquello con alguien.

—¿Has oído hablar del Estrangulador del Campus? —Definitivamente no me gustaba ese nombre.

—Sí, claro.

Me miró inquieta, sin decidirse a hablar.

—¿Estás aquí para ver al inspector Villalba? Es él quien lleva el caso —expliqué, tratando de hacerle ver que sabía del tema para que siguiera hablando. Me miró intrigada.

—¿Le conoces? ¿Estás aquí por el Estrangulador tú también?

—Podría decirse que colaboro en el caso —me lancé, a lo grande.

—¿Colaboras con la policía?

—Les he estado ayudando, sí —tampoco es como si fuera mentira —Lo cierto es que conocía a una de las víctimas —me miró sorprendida —Se llamaba Marta... se parecía a ti —esboqué una sonrisa triste. Como era de esperar a ella mi comentario le puso de los nervios, me miró horrorizada — ¿Ese papel tiene que ver con el caso?

—Es una tontería, no tiene sentido... —me miró angustiada, obviamente quería que yo la tranquilizara —Me lo he encontrado esta mañana, en el parque. Estaba dirigido a mí —leí su nombre en el papel.

—¿Qué pone?

—Habla de los crímenes del Estrangulador, describe a sus víctimas y cuenta cómo ese loco las atacó cuando estaban solas y... lo que les hizo y... —respiró hondo —Y sugiere que yo podría ser la próxima —me miró ansiosa, esperando que le diera mi opinión sobre aquello y le dijera que era una tontería y que no tenía nada de qué preocuparse.

—Vaya —murmuré—Normal que estés asustada, has hecho bien viniendo a la policía.

Elena me miró preocupada.

—¿Es verdad que droga a sus víctimas y... las viola en sus casas?

—Sí —contesté sin tapujos —Las ataca cuando sabe que están solas, cuando sus compañeras de piso o familiares no están. Las droga para que no se defiendan, las ata a sus camas y... abusa de ellas.

—Y las estrangula —le tembló la voz.

Yo asentí.

—Debe de ser una muerte horrible, que te estrangulen —murmuré con gesto compungido, ella me miró horrorizada al pensarlo.

—¿Y... y suele ponerse en contacto con ellas antes de... antes de atacarlas?

—No, eso no lo ha hecho hasta ahora. ¿Crees que es él quien te ha escrito la carta?

Elena se encogió de hombros.

—No está escrita en primera persona, pero... Seguro que es una tontería y que estoy haciendo el ridículo. Tiene que ser una broma de mal gusto —sonrió tratando de no ponerse en lo peor —Es absurdo pensar que yo pueda ser su próximo objetivo... ¿no?

—Bueno, encajas en el perfil, al menos físicamente... ¿Estudias en la

universidad? —asintió inquieta —¿Y eres de fuera de Zaragoza? Le gustan las chicas de fuera, supongo que hace más fácil que se queden solas en casa...

—Soy de Alcañiz —balbuceó.

—¿Vives sola?

—Con mi hermana.

—Eso está bien, sólo ataca cuando sabe que su víctima estará sola en casa. Supongo que normalmente os quedaréis los mismos fines de semana en Zaragoza ¿no?, y os iréis a Alcañiz juntas.

—Mi hermana viaja bastante con su grupo de jota —murmuró. Volvió a mirar la carta, inquieta —Tiene que ser una broma y estoy sacando todo esto de quicio, pero... Lo peor de todo es que es alguien que sabía que yo encontraría esta carta, alguien que sabía que pasaría por ese lugar exacto del parque... ¿Cómo podía saberlo? —Ni que fuera tan difícil.

—Alguien podría haber estado siguiéndote. Harías bien en cambiar un poco tu rutina, limitar lo que compartes en las redes sociales... Y desde luego tener mucho cuidado cuando salgas de fiesta y siempre tener controlada tu bebida... No quiero asustarte, no te estoy diciendo que seas tú la próxima —sonrió un poco más tranquila —Podrías ser tú igual que cualquier otra chica universitaria como tú, y morena y de pelo largo como tú... Pero tal vez no estaría de más tomar precauciones, tal vez no quedarte sola en casa en los próximos días...

—Mi hermana se va este finde a Cáceres, me iba a quedar sola...

—Pues a lo mejor harías bien en irte a Alcañiz —opinó —O a otro lado.

En ese momento Villalba apareció en la salita, nos observó sorprendido al vernos hablando.

—Pasa tú primero —le dije a Elena —Lo mío puede esperar.

—Gracias —me sonrió, se volvió hacia Villalba.

—Sígueme —le pidió, manteniendo la puerta abierta para que pasara, me dirigió una mirada inquisitiva antes de seguirle camino de su despacho.

Yo esperé lo que me parecieron horas. Cuando Elena volvió, lo hizo con la misma expresión de angustia y sin la carta en la mano, pero lo más importante, ya apenas transparentaba. No pude contener mi alivio al verla. Villalba se despidió de ella diciéndole que le contactaría en los próximos días y pidiéndole que llamara si necesitaba algo. Elena le dio las gracias, me dirigió una sonrisa antes de dirigirse hacia la puerta.

—¿Carlos? —dijo Villalba, sosteniendo la puerta para que le siguiera.

—Un minuto —dije, me eché a andar tras Elena, la alcancé en la puerta.

—Elena —llamé, se volvió sorprendida —Oye... ¿estás bien?

La vi respirar hondo.

—No mucho —murmuró.

—¿Qué te ha dicho?

—Ha dicho que lo va a investigar pero cree que es una broma de mal gusto... Ese asesino no avisa y nadie podría saber si soy su próxima víctima como para advertirme —yo asentí sabiendo que no era cierto, yo lo sabía — Además no había nada en la carta que no pudiera saber cualquiera leyendo los periódicos... Suena a alguien que quiere hacerme pasar un mal rato. Ha de ser eso, una broma, una broma de muy mal gusto...

Asentí aunque sabía que no era eso, por suerte me daba la impresión de que ella tampoco acababa de creerlo.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —pregunté.

—Voy a esperar a que lo investiguen y mientras... el inspector Villalba me ha recomendado no quedarme sola en casa en los próximos días, sobre todo durante el fin de semana, controlar lo que bebo y no pasarme... y echar todas las cerraduras por la noche...

—Eso suena razonable... ¿Sabes que si colocas una silla inclinada contra una puerta, encajándola bajo el pomo o la manivela, no pueden abrir desde fuera? Queda mejor encajada si es de manivela —me miró sorprendida, sonrió.

—La puerta de mi habitación tiene manivela —reconoció.

—Eso está bien —me alegré.

—Estoy pensando en irme a Alcañiz este finde y... joder, puede que todos los findes...

—Eso tampoco es mala idea —opiné, encantado al oírla — Probablemente sea una broma, pero por si acaso...

—Sí —murmuró asintiendo con la cabeza, me miró fijamente y sonrió —Gracias —y fue un gracias sentido, que le venía de dentro.

Me habría sentido culpable por hacerle pasar tan mal trago a esa pobre chica de no estar convencido de que le estaba salvando la vida. Elena se dio media vuelta y se fue, y yo volví sobre mis pasos. Villalba me esperaba a la vuelta de la esquina.

Capítulo 24. Caldea

—¿Conoces a esa chica? —preguntó apenas me vio.

—Hemos hablado en la sala de espera —expliqué —Es una broma ¿no?, lo de la carta.

Villalba me miró fijamente, escrutador.

—¿Lo es? —gruñó, yo sentí un escalofrío, no sabía si me lo estaba preguntando; no esperó a que contestara y echó a andar hacia su despacho, yo le seguí —¿Qué haces aquí, Carlos? Y tan temprano, creía que no te gustaba madrugar.

—Es que ahora voy a clases de alemán por las mañanas y no iba a poder pasarme más tarde —expliqué tal y como había pensado explicar.

Había imaginado mi conversación con Elena, pero había planificado mi conversación con Villalba, sabiendo que le resultaría muy sospechoso que estuviera por allí justo a la vez que ella.

—¿No conocías de nada a esa chica? ¿No le habías visto antes?

—Sólo de la sala de espera —aseguré.

—Pues parecía que os conocíais muy bien.

—La acabo de conocer —insistí —esperando en la sala de espera.

—¿Y de qué has hablado con ella?

—Me ha contado lo de la carta.

—Me refiero ahora cuando has corrido detrás de ella.

—Quería saber cómo estaba. Le he dicho que es buena idea que tome precauciones y que no pase los próximos fines de semana en Zaragoza... Y le he explicado cómo bloquear una puerta con una silla —Villalba frunció el ceño extrañado por esa última parte —Sólo le he dado consejos, igual que tú. No he hecho nada malo —aseguré molesto.

—Ya es casualidad que justo hayáis venido a verme los dos a la vez...

Me di cuenta de que fingir con Elena había sido mucho más fácil de lo que iba a serlo con Villalba, que al fin y al cabo era policía y se ganaba la vida pillando a mentirosos como yo.

Me señaló la silla frente a su escritorio, yo me senté.

—¿La carta esa es una broma, no? Ese tío no había avisado nunca antes ¿no?

—No, no lo había hecho, y tampoco creo que lo haya hecho ahora. No tiene sentido que escriba avisando de sus intenciones, y además se refería al asesino en tercera persona.

—A lo mejor tiene personalidad múltiple —opiné, totalmente convencido de que aquella era una explicación razonable.

Villalba me miró sorprendido, preguntándose si hablaba en serio o en broma.

—Lo he visto en pelis y series —expliqué —Una personalidad fuerte mata y otra más débil se siente culpable. O puede que simplemente a ese tío se le cruce y ataque, y luego en frío se arrepienta.

—El asesino que buscamos no tiene un trastorno mental, no se le cruza como dices tú. Es organizado y planifica sus ataques. Es un psicópata no un psicótico. No se referiría a sí mismo en tercera persona, y no contactaría a sus víctimas para avisarles.

—¿Psicópata es el que no empatiza y psicótico el que oye voces, no? —pregunté tratando de recordar mi formación básica en el tema vía series de televisión

—Simplificando mucho —concedió Villalba.

—¿Y sociópata?

—El sociópata lo es por haber sufrido un trauma o abusos en la infancia.

—Dexter —comprendí, asintiendo con la cabeza, ya quedaba todo mucho más claro —Entonces es una broma —insistí —Esa carta tiene que ser de alguien con un sentido del humor muy perverso, puede que un psicópata —opiné, aplicando mis nuevos conocimientos adquiridos —pero no nuestro psicópata.

—Sí, tiene pinta de ser sólo una broma de mal gusto.

—¿Y qué vais a hacer? —me miró como si no entendiera la pregunta — Bueno, vale que probablemente es una broma, pero algo haréis por si acaso ¿no? Esa chica encaja en el perfil. A lo mejor deberías ponerle vigilancia.

—Lo vamos a investigar pero no creo que tengamos que preocuparnos por ella.

—¿Y lo de la vigilancia? —insistí.

—No hace falta llegar a tanto hasta que no confirmemos que esa chica está en peligro real.

—Ya, ¿pero si sí está en peligro qué? Deberíais ponerle protección o algo...

—¿Qué quieres, que ponga una patrulla a seguirle? —gruñó con sorna.

—Mejor agentes de incógnito ¿no?

—¿Tú te crees que los recursos de la policía son ilimitados?

—¿Y si resulta que ella sí que es la próxima víctima?

—Nadie salvo el asesino puede saber quién es su próxima víctima, ¿o acaso crees que tiene un cómplice? —yo negué rotundamente, a ver si iban a terminar creyendo que el cómplice era yo —Entonces esa carta no significa nada y esa chica tiene tantas posibilidades de ser su próxima víctima como cualquiera.

Asentí a regañadientes.

—Vale, la carta es una broma y ya está —me resigné, inquieto me di cuenta de como Villalba me estudiaba, porque me estaba estudiando, cada palabra que decía y cada gesto.

—Eso, o alguien realmente cree que esa chica está en peligro y quiere avisarle. Puede que tengamos algún idiota por ahí enviando cartas de advertencia a chicas que cree que encajan en el perfil... ¿Crees que me voy a encontrar más chicas con cartas como esa por ahí?

—No lo sé —gruñí a la defensiva, hundiéndome en la silla.

Villalba me miró con gesto acusador.

—Si no fuera porque sé que no es posible... porque mira que estás en todos los fregados ¿eh?

—Yo no le he dado esa carta a Elena —aseguré, lo cual era cierto porque había sido Ana —Además estaba aquí, en comisaría, me ha visto el de la puerta cuando he llegado antes incluso de entrar, pregúntale. Me comí una palmera de chocolate en la entrada.

—Muy amiguitos parecéis, que le llamas por su nombre.

Me quedé helado al caer en la cuenta de que Elena en ningún momento me había dicho su nombre, pero enseguida procesé que Villalba eso no podía saberlo. Además, lo ponía en la carta, lo había leído en la carta cuando ella la tenía en la mano en la sala de espera.

—Me ha dado pena. Esa chica estaba acojonada, y encaja en el perfil, se parece a Marta, y a Violeta, y ese tío ya tiene que tener a otra chica en su radar... He sido amable con ella y ya está. No hay nada malo en eso ¿no?

—¿Y qué has venido a hacer aquí justo hoy, eh?

—Sólo venía a ver si hay alguna novedad, con lo de las flores y los amigos de Juan.

—Podías haber llamado para eso —gruñó.

—Pensé que te costaría más darme largas si venía en persona, porque no me has llamado.

—Claudia, la compañera de piso, me confirmó lo de las flores en el salón. Recuerda un ramo elaborado, no flores sueltas como las de ahora...

Debió de comprarlas en una floristería, pero es prácticamente imposible rastrear una compra así después de siete años.

—¿Por qué el cambio?

—Un ramo comprado deja un rastro —explicó, así que ese tío no había sido tan cuidadoso desde el principio, pero ni siquiera eso nos servía.

—¿Y lo de los otros tíos que conocían a Violeta... a fondo?

—Lo de los otros chicos que tuvieron relaciones con Violeta va lento —pensé que nadie querría reconocer que se había acostado con ella después de lo que le había ocurrido, por no hablar de que habían pasado siete años.

—Deberías centrarte en los amigos de Juan, seguro que alguno de ellos se acostó con Violeta... Si te ayuda en algo puedo pasarte lo que me mandó su hermano, las fotos y nombres del antiguo grupo de amigos, para que les contactes y les investigues... y puedo preguntarle a Jaime para ver si tiene más información, tenía ganas de ayudarme, supongo que porque no soy poli.

—Sé bien que no eres poli, aunque parezcas no darte cuenta. Déjanos seguir con esto a nosotros ¿vale?

Asentí de mala gana.

—Pues nada, me voy —me despedí, me fui para la puerta, y ya estaba saliendo cuando caí en algo y volví sobre mis pasos —¿Por qué has dicho eso de que si no fuera porque no es posible...? Al decir que estoy en todos los fregados. Lo has dicho porque ya no sospecháis de mí ¿no?

—¿Crees que habría hablado tanto del caso contigo de tener la más mínima duda de que pudieras ser tú el tipo al que buscamos?

—No —confirmé —¿Pero por qué crees que no soy yo? Cuando vine el primer día parecíais creerlo, me preguntasteis dónde había estado el día que mataron a Marta...

—¿Es que prefieres que te siga considerando sospechoso?

—No, yo no tuve nada que ver —aseguré, Villalba asintió —Yo lo sé, ¿pero cómo lo sabéis vosotros? ¿Habéis corroborado mi coartada? ¿Eso os bastó? —pregunté extrañado, mis amigos habrían contado cómo había desaparecido de repente, eso si se acordaban de que había desaparecido, íbamos todos bastante borrachos...

Villalba se encogió de hombros.

—Habría sido muy difícil, si no imposible, que agredieras a Marta con la lesión de tu hombro, vimos el parte del accidente —asentí, tenía lógica — Y acabamos de descartarte al saber que habías estado en Caldea el fin de semana que mataron a Inés.

Le miré perplejo.

—Yo no os conté que hubiera estado en Caldea —¿cómo leches sabían que había estado en Caldea? Ni siquiera yo sabía que el finde en que habían matado a Inés había sido el finde que había estado en Caldea.

Villalba sonrió, parecía divertirse verme tan confuso.

—No, no lo hiciste.

—¿Y cómo coño sabéis cuándo estuve en Caldea? —insistí.

—¿Tal vez porque somos la policía e investigamos a nuestros sospechosos? —dijo como si tal cosa.

Yo le miré perplejo, preguntándome si habrían revisado los cargos de mi tarjeta, o mis llamadas de teléfono, ¿habrían leído mis mensajes y whatsapps? Me pregunté qué idea tendrían de mí si habían investigado el último par de meses de mi vida. La posibilidad era muy inquietante.

Mi preocupación era evidente y a Villalba parecía divertirse, hasta que de hacerle gracia debió de pasar a darle lástima.

—Vino tu novia y nos dijo que habías estado con ella en Andorra todo ese fin de semana —explicó —Nos trajo las entradas de Caldea, la reserva del hotel y hasta fotos vuestras.

Su explicación me dejó aún más confuso.

—Yo no tengo novia —repliqué estúpidamente.

—La chica que vino a tu rescate el otro día y luego te cruzó la cara en la salita —¿también sabía lo de la bofetada?

—Es mi ex —corregí también estúpidamente, como que eso importaba —¿Trajo la reserva y... fotos?

—La reserva del hotel a tu nombre, las entradas al balneario, un pendrive con fotos fechadas... y trajo también algunos tickets de compra, incluidos tickets de gasolina.

Caí en la cuenta de que siempre hay cámaras en las gasolineras, y pese a que para viajar a cualquier sitio siempre usábamos el coche de Lorena, básicamente porque yo no tengo coche, para poner gasolina siempre bajaba del coche yo. Nunca bajaba ella porque no le gusta el olor de la gasolina, como si a mí sí me gustase...

—¿Por qué? ¿Se lo pedisteis?

—No, vino ella sin más.

—¿Y por qué? ¿Y cómo sabía ella de Inés y de qué fin de semana fue cuando la mataron? —protesté, totalmente descolocado, aquello no tenía ningún sentido.

—Mira, eso mejor lo hablas tú con tu novia...

—Que no es mi novia.

—Lo que tú digas, pero vamos, que la chica te hizo un favor. Y suerte que tuviste de irte a Andorra justo ese fin de semana y no otro, porque mejor coartada no podías tener... —Yo le seguí mirando perplejo —Bueno, Carlos, algunos tenemos trabajo. Y a lo mejor hasta tú tienes algo que hacer... —me señaló la puerta.

Confuso por lo de Lorena me fui de allí directo a mi clase de alemán, a la que ya llegaba tarde. Tenía el móvil hasta arriba de whatsapps de Ana preguntándome cómo había ido todo.

—“Creo que ha funcionado” —Ana quiso que le diera detalles —“Esta tarde paso antes y te cuento en persona” —le prometí, porque iba a ser muy largo de escribir por el móvil, y además yo soy más de hablar en persona con una cerveza que no de móvil.

Pese a todo lo ocurrido con Elena, no podía dejar de pensar en Lorena y en lo que había hecho. Podía imaginármela yendo a comisaría a darme una coartada, pero seguía sin encontrar una explicación satisfactoria al hecho de que hubiera sabido que mi coartada era nuestro viaje a Caldea. Podía haber leído las noticias que vinculaban el caso de Marta y el de Inés, ver la fecha del asesinato de Inés y comprobar qué habíamos hecho ese finde, darse cuenta de que había sido el fin de semana de Andorra y buscar la reserva y los tickets para llevárselos a Villalba... Pero aquello suponía mucho interés y esfuerzo sólo por ayudarme. Y ni siquiera había venido después a restregármelo, a decirme todo lo que había hecho por mí y decirme que debería estarle agradecido.

Decidí hablar con ella y preguntarle. Ella sabía en qué bar cutre dar conmigo, pero yo también conocía los bares pijos que le gustaban a ella, así que el viernes por la tarde me di una vuelta por sus habituales y la localicé en el segundo sitio al que fui, uno de esos bares hípsters con sofás, una carta de infusiones eterna y muffins, que no magdalenas, en una tartera en la barra.

—¿Podemos hablar un momento? —le dije, tras saludar a las dos amigas con las que estaba con un rápido hola acompañado de un movimiento de cabeza.

Me miró sorprendida por verme por allí y porque quisiera hablarle.

—Ahora vuelvo —se excusó, y me siguió a la puerta del bar.

—¿Y tú a santo de qué fuiste a la policía a hablarles de Caldea? — exclamé apenas estuvimos fuera, un tío que apagaba su cigarro en ese

momento nos miró sorprendido y se metió rápidamente al bar.

Lorena me miró perpleja.

—¿A darte una coartada para que la policía dejara de considerarte sospechoso de dos asesinatos, dices?

—¿Por qué te metes?—gruñí.

—¿Porque soy idiota y me preocupo por ti, a lo mejor?

—Tú no tienes que preocuparte por mí, ya no tienes derecho a preocuparte por mí.

—Carlos, estuvimos en Caldea ese fin de semana, mejor que lo sepa la policía.

—Ya, pero es que tú no tienes que ayudarme, no te lo he pedido.

—No tengo que ayudarte pero quiero. Mira, esto va más allá del rencor que me tengas, que hablamos de asesinato, Carlos.

—Sigue sin ser asunto tuyo.

—Carlos, eras un sospechoso, creían que podías estar violando y estrangulando chicas, joder. No es ninguna tontería.

Una chica que pasaba por la calle nos miró sorprendida al oírnos, si es que a lo mejor no era un tema del que hablar así alegremente en la calle a la entrada de un bar...

—¡Ya sé que no es ninguna tontería!

—Deberías estarme agradecido en vez de enfadarte.

—¿Eso te gustaría, no? —gruñí —¿Lo hiciste por eso? La buena de Lorena, viniendo a mi rescate cuando más la necesito... ¿Te hace sentir eso menos culpable por haberte follado a otro?

—¡Carlos! —me interrumpió, estaba empezando a perder los nervios, y yo también —Mira, no estás en deuda conmigo y no quiero ni que me des las gracias.

—Mejor, porque no iba a hacerlo.

—No fui a hablar con la policía para que tuvieras que darme las gracias, ni para redimirme, ni siquiera para conseguir que dejaras de odiarme siquiera un poco... Lo hice porque sí que estuviste en Caldea conmigo ese fin de semana. Te guste o no, estuvimos juntos, y yo podía probarlo. Eso es todo, no le des más vueltas. Ayudé a la policía a descartar a un sospechoso para que pudieran avanzar con su investigación, ya está ¿vale?

—¿Y por qué coño tienes todavía la reserva del hotel, y la entrada al spa, y los putos tickets? —acusé. Se quedó helada, ahora sí que la estaba cabreando.

—¿Ahora no puedo conservar entradas y tickets? —le tembló la voz. Sí, la había cabreado.

—Y fotos —añadí.

—Mira, tú bórrame de tu vida tan rápido como quieras, pero yo te borraré sólo si quiero, cuando yo quiera y a mi ritmo. Y por ahora quiero guardar las fotos que tengo contigo en el ordenador, y las entradas de Caldea siguen estando en mi corcho, y los tickets seguían en el bolso que me llevé al viaje y que no había vuelto a usar ¡porque es de invierno!

La miré perplejo.

—¿Por qué quieres guardar todas esas cosas? —balbuceé, ya más confuso que enfadado.

—¡Porque me da la gana! ¿Alguna pregunta estúpida más? ¿Me vas a decir que no puedo hacer lo que quiera con mis fotos, mi corcho y mis puñeteros bolsos?

Me quedé callado.

—No, puedes hacer lo que quieras con tus cosas —acepté.

Ella asintió satisfecha.

—Pues eso —gruñó.

Yo la miré aún sorprendido, vi como se recomponía, respirando hondo. Se aproximó a la puerta para volver a entrar al bar.

—Pero tienes mis libros de Juego de Tronos y los quiero, y son míos —la hice detenerse.

Se volvió hacia mí furiosa, yo me la vi arreándome una bofetada otra vez. En lugar de eso soltó un gruñido de exasperación, y después se volvió a la puerta del bar.

—Son míos —protesté mientras entraba.

Me quedé mirando la puerta mientras la cerraba, preguntándome si me los devolvería o no, porque ignorarme y entrar en el bar no sabía si se interpretaba como un “tienes razón, voy a devolvértelos pronto”, o como un “vete a la mierda”. Me olía que era más bien lo segundo.

Pensé que de poco le servían a ella, que en tres años juntos no había leído ni dos hojas, por mucho que le había insistido en lo buenos que eran. Pensé también que para recuperarlos tendría que ir un día a su casa. Sabía que había más cosas mías ahí, pasaba mucho tiempo allí cuando salíamos, y a ella le gustaba adueñarse de cosas mías que le gustaban... Como mi camiseta de fast food con el gato corriendo perseguido por un perro, que ella se la ponía para dormir, que una camiseta así es delito ponérsela para dormir... Y sabía

que tenía también un desodorante, un cepillo de dientes y una sudadera, y seguro que más cosas de las que ni me acordaba. Nunca había ido a recuperar esas cosas cuando lo habíamos dejado, pero a lo mejor ya era hora de recuperarlas antes de que pasaran a ser tuyas para siempre.

De repente lo vi claro como el agua, saqué el iPhone y le hice una pérdida a Villalba. Me llamó al poco.

—¿Me has hecho una pérdida? —preguntó sorprendido, puede que un poco molesto.

—¿En qué tipo de cosas había huellas de Juan? En el dormitorio de Violeta, digo. ¿Eran libros, tal vez fotos...algo de ropa? ¿Un cargador?

—Me has hecho una pérdida —refunfuñó.

—Si seguro que esta llamada te la paga la policía —me defendí —La pagamos todos los contribuyentes.

—Sí, tú sobre todo.

—Dijiste que había huellas en algunas cosas ¿no? ¿Y si Juan fue a ver a Violeta para devolverle cosas tuyas? Eso explicaría que fuera a su casa, y las huellas en algunas cosas del dormitorio, en las cosas que él le devolvió y que ella guardó en su cuarto. Explicaría por qué fue a verla. Lo estaba superando, tenía una nueva novia y quería deshacerse de esas cosas que le recordaban a Violeta, cosas que ya no tenía sentido conservar por más tiempo. Quería zanzar lo suyo, darle un cierre.

—Podría ser —reconoció Villalba pensativo —Pero también podría haber ido a devolverle sus cosas y acabar matándola.

—No, no, lo estaba superando —insistí.

—O creía estar superándolo —objetó —Puede que una vez con ella, a solas, no lo tuviera tan claro.

—Yo creo que fue a devolverle sus cosas, se las dio, y se fue, y ya está —expliqué —Eso tiene sentido. ¿No puedes preguntar por ahí si esas cosas... no sé, si las compañeras de piso recuerdan que esas cosas no estuvieran allí antes, o si la familia de Juan las había visto...?

—¿Crees que esa gente va a recordar si había un libro aquí o allí hace siete años? —vale, visto así parecía absurdo.

—Yo creo que eso fue lo que pasó —insistí, tenía que ser así, aquella visita de Juan sólo tenía sentido si era así.

—Bueno, tú cree lo que prefieras —gruñó —Tengo trabajo, Carlos —y me colgó.

Un par de días más tarde decidí pasarme por la facultad de Economía

para ver a Elena. Me costó reconocerla entre sus compañeras de clase porque ya no transparentaba lo más mínimo, además de que ahora llevaba el pelo corto a lo chico. Me pareció un buen cambio de estilo.

Avisarla había funcionado, y ahora podía estar tranquilo sabiendo que esa chica estaría bien y que ningún psicópata perturbado la violaría y estrangularía.

Volví a mi rutina de clases de alemán, fisio y cerves con los colegas, además de seguir enviando mi currículum por ahí, porque nunca hay que perder la esperanza. Casi llegué a olvidarme de lo que era ver gente transparentando. Que la gente dejara de morirse a mi alrededor me hacía la vida mucho más fácil.

Capítulo 25. Chupetes luminosos

Un viernes por la noche quedé con los compañeros de clase de alemán para echar unas cervezas y acabamos en el Casco. Debían de ser pasadas las dos de la mañana cuando distinguí a uno de estos negros que venden pulseras, chupetes luminosos y chorradas del estilo, transparentando entre la gente.

El bar estaba hasta arriba, y sólo conseguí acercarme a él a lo que ya salía del bar. Salí a la calle yo también y lo seguí esquivando a la gente. Lo vi entrar a otro bar más y abordar a la gente por la calle también, ofreciendo sus pulseras y los chupetes aquellos.

Al doblar una esquina yendo tras él, recibí un empujón y choqué contra la pared, llevándome un golpe en el hombro de regalo.

—Mira por dónde vas, gilipollas —me increpó el tío que me había empujado.

Mi primer instinto fue replicar, al menos refunfuñar por lo bajinis... pero tuve el sentido común de no hacerlo al darme cuenta de las pintas que tenía aquel tipo: rapado, con vaqueros ajustados y cazadora tipo bomber con parches. Me miró de arriba abajo, yo miré el símbolo de la cruz dentro de un círculo que llevaba en la pechera; resulta que es una cruz celta, aunque más bien parece la mirilla de un francotirador. Mi aspecto le gustó tan poco como a mí el suyo, aunque yo lo disimulé mejor que él. En cualquier caso tampoco le debí de llamar demasiado la atención porque me dio la espalda y siguió a su grupo, una panda de rapados como él. Yo observé a los neonazis alejarse, un poco acojonado, la verdad. Se les veía unos buscabroncas, de esos a los que les importa poco con quién meterse con tal de liarla y tal vez repartir alguna hostia. Me alegré de que tuvieran prisa, y mientras buscaba a mi alrededor al negro transparente, al que ya no veía por ningún lado, no pude evitar preguntarme a dónde leches irían esos cabrones con tanta prisa. Supe la respuesta apenas me hice la pregunta.

Con el corazón en un puño eché a andar en la dirección que habían tomado y localicé al grupo de rapados entre la gente, saliendo de la zona de bares. Yo los seguí, cruzando los dedos por estar equivocado. Dejé un margen más que prudencial entre ellos y yo, porque no quería meterme en un follón con esa gente por pasarme de listo. Me ganaban en número y en ganas de bronca, y en experiencia dando hostias más que seguro que también. No pude evitar recordar mi enfrentamiento con el maltratador y cómo había

blandido un cuchillo contra mí, y aun con todo, esos tíos me daban más miedo.

En Zaragoza hay mucho neonazi, no sé por qué, y la cosa había estado caldeada últimamente entre grupos neonazis y antifascistas. Hacía cosa de un mes había habido un enfrentamiento tras un concierto neonazi en las Fuentes, y un par de semanas después un grupo de neonazis se habían metido por la Magdalena buscando bronca, que iban a eso porque si no a santo de qué se meten por la Magdalena..., y le habían dado una paliza al primer grupo de pintas un poco punkarras que habían encontrado, uno de ellos un amigo de Ana. Si hasta a mí me habían mirado mal y llevaba unos putos vaqueros y una sudadera de Breaking Bad, una con la cara de Walter White y la frase “I´m the one who knocks”, no la frase más adecuada en ese momento...

Al doblar una esquina los vi detenidos en mitad de la calle, y vi también al negro de los chupetes luminosos. Le habían alcanzado y rodeado. El negro bajaba la cabeza e intentaba alejarse, pero ellos le cerraban el paso cada vez que intentaba irse mientras le dirigían insultos. Consiguieron que el negro se detuviera de nuevo, esta vez empujándole contra la pared.

Yo ya tenía el móvil en la mano y marcaba el 091, cuando vi que uno de los neonazis que se había quedado un poco más apartado, supongo que vigilando, miraba en mi dirección. No me gustó nada cómo me miró, y no era cuestión de atraer la atención de esa gente hacia mí, así que en vez de quedarme ahí parado en mitad de la calle, seguí caminando como si la paliza que le iban a dar a aquel hombre no tuviera nada que ver conmigo.

Al llegar a la siguiente esquina, donde ya no podían verme, me detuve. Una voz grave contestó al teléfono. Expliqué rápidamente que había unos neonazis dándole una paliza a un hombre de color. Todavía no era cierto, pero no me cabía duda de que lo sería muy pronto. Les di mi ubicación, leyendo el nombre de la calle en el muro del edificio que tenía enfrente. El policía al teléfono me dijo que enseguida llegarían unos agentes y que me mantuviera al margen.

Volví a asomarme para ver a los rapados, lo justo para distinguir cómo empujaban otra vez al pobre negro que cayó pesadamente al suelo. Aquello se iba a poner muy feo muy rápidamente. Me pregunté si la poli llegaría a tiempo y entonces caí cuenta de que el negro seguía transparentando, lo que significaba que no.

No sabía qué coño hacer. Quería ayudar a ese hombre, tal vez podía acercarme, gritarles algo al menos... pero no, no podía intervenir; no yo solo,

no contra esos tipos. Me darían una paliza a mí también si se me ocurría siquiera mirarles demasiado. Necesitaba que la poli llegara echando hostias y se encargara, porque esos tíos no se iban a ir si no era por la policía.

Entonces se me ocurrió algo. No era un buen plan, de hecho, era un plan de mierda. Era imposible que funcionara, o más bien muy, muy poco probable... Pero no se me ocurría nada mejor. No es tan fácil idear un buen plan para librarse de una panda de neonazis, menos a las dos de la mañana con un par de copas encima... bastante que se me ocurrió algo.

Me dije que, aunque fuera una mierda de plan, no tenía nada que perder. Bueno, sí que tenía algo que perder si esos cabrones venían a por mí, pero tenía que arriesgarme por aquel pobre hombre transparente... Además aún estaba bastante lejos de ellos como para tener un margen si tenía que echarme a correr.

Busqué en google “sonido sirena de policía”. Los primeros resultados eran vídeos del youtube, elegí el segundo vídeo, que duraba más. Le di al play y fui subiendo el volumen hasta el máximo. Dejé el móvil apoyado en una basura a mis espaldas y doblé la esquina, casi dándome de morros con el neonazi que vigilaba.

—¡La poli! ¡Que viene la poli! —grité, mirándole con cara de susto, susto real porque no esperaba casi chocarme con él. Después eché a correr hacia el otro lado de la calle, alejándome de él y de cualquier otro neonazi que pudiera querer seguirme.

No sé si fue la sirena del móvil, mis gritos y mis pasos a la carrera, o que el vigía también se puso a gritar que venía la poli... puede que fuera un poco de todo; el caso es que los rapados se echaron a correr como alma que lleva el diablo, dejando atrás al pobre negro tirado en el suelo.

Yo frené al llegar al otro lado de la calle, lo justo para mirar atrás y ver si me seguían a mí o si iban en otra dirección, porque si iban a por mí ya podía seguir corriendo. Por suerte se habían dispersado en dirección contraria. Volví atrás y corrí hacia el negro. Estaba tirado en el suelo, sangrando, tampoco era como que no hubieran conseguido darle unos cuantos golpes los muy hijos de puta...

Me agaché y tiré de él para levantarlo y arrastrarlo en dirección a mi móvil. El pobre hombre se dejaba arrastrar, poniendo de su parte cuanto podía, pero yo cargaba con la mayor parte de su peso. Cogí el iPhone que por suerte aún seguía donde lo había dejado. Le bajé el volumen mientras seguíamos alejándonos, tratando de llegar a las calles más concurridas. Yo

volvía la vista atrás casi a cada paso, acojonado porque esos tipos pudieran haberse dado media vuelta y venir tras nosotros. Nos cruzamos con gente que se nos quedaba mirando al pasar, pero nadie hizo nada ni ofreció su ayuda.

Mientras seguía mirando atrás, preocupado por si esos tíos volvían a por nosotros, me pregunté qué haría si efectivamente los veía persiguiéndonos. Tendría que dejar atrás al negro y correr yo. Sonaba horrible, sí, pero mi altruismo tenía un límite. Una cosa era intentar salvarle la vida a alguien, y otra cosa llevarme una paliza por un tío al que ni conocía.

Recordé la historia del oso y los dos campistas, esa en que dos campistas se levantan por la mañana y ven llegar a un oso, uno se calza y el otro le dice: “¿Qué haces? No puedes correr más rápido que un oso”, y el que se ha calzado le contesta: “No tengo que correr más rápido que el oso, sólo tengo que correr más rápido que tú”. Pues sí, suena cruel, pero si un oso quiere comerte, te calzas y corres, joder.

Le arrastré hasta que entramos en la Magdalena, y por fin me permití detenerme a descansar al distinguir el símbolo de las banderas antifascistas a la entrada de un local. Pensé que ahí estaríamos a salvo, estábamos suficientemente lejos, y si los neonazis entraban por allí e intentaban atacarnos, teníamos más posibilidades de que algún antifascista interviniera. De hecho, si los neonazis venían y los antifascistas salían, podía liarse la de Dios, más aún por lo reciente del ataque neonazi en la zona... Esperaba que no ocurriera, porque no tenía ningún interés en provocar una batalla campal.

Por suerte para todos, los neonazis no vinieron tras nosotros. Debíamos de haberlos perdido o a lo mejor nunca nos habían seguido. Ayudé a aquel pobre hombre al que venía arrastrando a apoyarse en el suelo, y me senté yo también, agotado por el esfuerzo. Estiré el hombro que me molestaba horrores después de haber cargado con aquel tío tanto rato y con tantas prisas, era el hombro bueno pero también lo tenía desentrenado. Me volví a mirarle, tenía sangre en los brazos y en la cabeza.

—Voy a llamar a una ambulancia para que te lleven al hospital ¿vale?

—No hospital —negó asustado.

—Te han dado un golpe en la cabeza, eso puede ser grave —bien lo sabía yo.

—No, no hospital —repitió.

—Tienes una jodida brecha en la cabeza —insistí —Necesitas puntos.

—No hospital, no policía.

Caí en la cuenta de que ya no transparentaba, al menos sabía que sus

heridas no iban a matarle.

—Tienes que hablar con la policía para denunciar a esos tíos.

—No papeles, no policía —rechazó, intentó ponerse en pie torpemente.

—Vale, vale —gruñí —Ni policía ni hospital, pero descansa un poco ¿vale?

Asintió al ver que yo volvía a guardarme el teléfono. Busqué un clínex en el bolsillo y se lo di para que lo apoyara sobre la herida de la cabeza, el pañuelo se empapó como si fuera una esponja. Le miré los brazos, tenía varios golpes y rasguños, pero no parecía que ninguna herida fuera profunda. La herida más aparatosa era la de la cabeza, que seguía sangrándole.

—Yo Moussa —me dijo señalándose —Senegal.

—Carlos —respondí —Zaragoza.

—Gracias, amigo Carlos —dijo, y vi que pese a los golpes, sonreía, una sonrisa sincera como pocas. Yo sonreí también.

—¿Puedes caminar?

Asintió. Le ayudé a levantarse y caminamos un par de calles hasta el bar donde trabajaba Isabel. Al verme entrar con aquel hombre ensangrentado salió de detrás de la barra y nos vino al encuentro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó espantada.

—Le han dado una paliza —expliqué —¿Tenéis botiquín?

Isabel asintió angustiada, nos dejó pasar al almacén y nos trajo servilletas y el botiquín en el que había poco más que betadine y tiritas. Hice lo que pude para curarle la herida con betadine y le puse varias tiritas en la brecha de la cabeza a falta de puntos.

—Creo que esto no es suficiente, debería verte un médico.

—No hospital —repitió —En casa curar.

Me resigné y asentí, miré las tiritas pensando que eran mejor que nada.

—Será mejor que te limpies un poco —propuse y mojé varias servilletas para que pudiera limpiarse y que no fuera cubierto de sangre.

Cuando se encontró mejor, le ayudé a incorporarse y fuimos a coger un taxi. Dio su dirección y me bajé con él, le acompañé hasta un portal mugriento en una bocacalle de Avenida Madrid. Abrió la puerta de su casa una mujer que se quedó helada al verle, y que al momento se puso a farfullar, con expresión de preocupación, en lo que imagino era senegalés. Moussa le debió de explicar lo que había pasado, porque al instante la señora se vino a abrazarme. Vi que otro hombre se aproximaba a la entrada y ayudaba a Moussa a entrar. Moussa se volvió hacia mí antes de que la mujer cerrara la

puerta.

—Gracias, amigo Carlos —me dijo.

Entonces se llevó la mano al cinturón, donde tenía enganchados los pocos chismes luminosos que no había perdido cuando le habían atacado, desabrochó una varita multicolor y me la entregó con una amplia sonrisa. Yo sonreí y la cogí. Después de que la señora volviera a abrazarme, entraron en la casa y cerraron la puerta. Yo me dirigí a la puerta de la calle, escuchando diferentes voces en el interior del piso y preguntándome cuánta gente viviría ahí dentro.

Salí a la calle y eché a andar hacia mi casa. Bajé la vista a la varita multicolor y la encendí, me quedé abstraído mirando las lucecitas de colores. Estaba agotado y lo que menos me apetecía era caminar quince minutos más hasta mi casa... y sin embargo no podía sentirme mejor. Había salvado una vida, otra vez. No sería capaz de explicar lo bien que sienta.

El sábado me levanté de especial buen humor. Durante todo el día no pude dejar de pensar en la noche anterior y en que había salvado a aquel hombre. Por la tarde Isabel escribió en la conversación de grupo preguntándome qué tal habíamos vuelto a casa, y explicó a todos como había aparecido por el bar arrastrando a un hombre ensangrentado al que habían dado una paliza. Yo expliqué que me lo había encontrado herido tirado en la calle, y que le había llevado hasta el bar de Isabel para curarle porque no quería que llamara a una ambulancia. No hacía falta contar la historia completa, prefería ahorrarme preguntas y la necesidad de mentir... y además la historia contada sólo a medias ya me hacía quedar bien. Imaginé que Ana, o tal vez Raúl, me preguntarían por el tema. No fue hasta la noche que me di cuenta de que Ana sí que me había escrito, sólo que en nuestra conversación privada.

—“¿Qué pasó realmente ayer?”

—“Salvé a un negrito de esos que venden movidas por los bares al que unos neonazis iban a dar una paliza”

Esperaba que me acribillara a preguntas, o que me riñera por meterme en algo tan peligroso. Vi que leía el mensaje y tardaba en contestar, se estaba pensando qué decir.

—“Eres un héroe”

Aquel cumplido me hizo sonreír. No es que necesitara el reconocimiento, pero puede que lo quisiera... desde luego sentaba bien.

Era casi medianoche, me estaba vistiendo para ir a casa de Dani donde

habíamos quedado para beber antes de salir, cuando me sonó el teléfono. Fui a cogerlo, sorprendido, preguntándome quién de entre mis amigos preferiría llamar en vez de usar el whatsapp, porque lo que era llamarnos y gastar saldo lo hacíamos poco. Reconocí el teléfono de Villalba. Contesté con el corazón en un puño, cada vez que Villalba me llamaba sentía esa misma sensación de angustia.

—¿Sí?

—Tenemos una nueva víctima —me dio un vuelco al corazón.

—¿Es Elena? —pregunté asustado.

—No, no es Elena.

Pensé que había pasado poco tiempo, era extraño que ese cabrón ya hubiera localizado a otra chica y que hubiera actuado, normalmente se tomaba más tiempo.

—Carlos, verás... —noté que el inspector estaba raro —Este no ha sido un ataque como los demás.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Dudó de nuevo.

—En primer lugar, debes saber que ella está bien ¿vale? —aseguró.

Aquello me dejó más confuso aún.

—¿Cómo que está bien? ¿No la ha matado? ¿Le habéis interrumpido? —me precipité a hacer preguntas demasiado confuso —¿Acaso le habéis cogido o sabéis quién...?

—Carlos —me cortó. Me quedé callado por aquel tono tajante, sentí un escalofrío —La conoces —pensé que preguntaba, pero entonces caí en la cuenta de que no era una pregunta sino una afirmación; me quedé helado.

—¿Cómo que la conozco? —balbuceé.

—Es tu amiga Ana.

Capítulo 26. No podía ser

Tuve la sensación de que el tiempo se paraba, como en las películas. Sentí que me quedaba sin aire, o puede que por un momento se me olvidara respirar.

—¿Qué? —balbuceé, no podía ser —¿Ana? —sentí que se me revolvía el estómago.

—Está bien —repitió Villalba —Está viva, no le ha hecho nada, no está herida ¿vale?

Por unos segundos nada tuvo sentido. No supe qué preguntar primero.

—¿Dónde está? —conseguí articular.

—En su casa.

Colgué, cogí las llaves y eché a correr fuera de casa. Dudé un instante antes de coger la moto, que había tenido abandonada desde el accidente y que todavía me daba miedo, y más miedo le daba a mi madre, pero sabía que llegaría más rápido que andando o en bus.

Todo el camino me sentí como en un mal sueño, como si todo aquello no fuera verdad, no podía serlo... Me repetí una y otra vez que Ana estaba bien, Villalba había dicho que estaba viva y que no estaba herida, claro que viva y no herida no tenía por qué ser suficiente. La sola idea de que aquel cabronazo hubiera podido hacerle algo...

Vi dos coches de policía frente a su casa, y una ambulancia también. Llamé al timbre con insistencia, y cuando me abrieron subí las escaleras corriendo. Al llamar a la puerta de casa de Ana me abrió un policía joven con corte de pelo de moderno, de esos más alto en el centro que a los lados. Quise entrar en el piso pero no me dejó.

—¿Dónde está Ana? —el agente de policía me señaló la casa del vecino.

Me fui para allá y aporreé la puerta. Abrió Villalba.

—¿Ana! —llamé.

La distinguí asomarse al pasillo, se vino hacia mí y se echó a mis brazos. La abracé con tanta fuerza como creo que no había abrazado nunca a nadie, y la sentí frágil y sin fuerzas en mis brazos mientras rompía a llorar. La sostuve aún confuso, incrédulo, aquello no podía ser.

—¿Estás bien? —balbuceé, esas preguntas estúpidas que preguntamos cuando la respuesta es más que evidente.

Quise preguntar más específicamente, pero no podía ni formular la

pregunta. No podía ni siquiera aceptar que fuera una posibilidad, no podía. Villalba había dicho que estaba viva, que no estaba herida, pero... Por suerte, y pese a las circunstancias, Ana tenía más entereza que yo.

—No me ha tocado —balbuceó entre lágrimas, negando.

La volví a abrazar con fuerza, con tanta fuerza que creo que tenía que estar haciéndole daño. Pese a mis tendencias agnósticas le di gracias a Dios por aquello, porque no la hubiera violado y no la hubiera matado. Cuando Ana se recompuso un poco, y mientras yo seguía intentando procesar la situación, la aparté y le miré a la cara.

—Ana... —pero no pude ni hablar, de nuevo no sabía ni qué decir, y sólo quería abrazarla. Todavía agarrada a mi cintura, y yo sosteniéndola bajo mis brazos, nos dirigimos al salón. Ahí estaban sus padres, a cuál peor, con los vecinos que les habían acogido en su casa. Su madre tenía los ojos rojos y expresión de infinita preocupación, su padre daba vueltas por la habitación como un perro enjaulado. Estaban los de la ambulancia también, y vi material médico sobre la mesa. Entonces reconocí a la enfermera que había atendido al tipo del infarto, ¿es que no había más enfermeras de ambulancia en la ciudad? Vi que me reconocía, pero no dijo nada. La madre de Ana me vino al encuentro.

—Carlos, hijo.

—Mari Carmen —saludé —Lo siento mucho...

—Gracias por venir —le temblaba la voz, vi como su vecina la sujetaba por el hombro en señal de apoyo.

—¿Qué ha pasado? —balbuceé, aquello no tenía ningún sentido.

Miré a Ana, pero no estaba seguro de que ella pudiera contarle. Vi que hacía un esfuerzo por hablar pero se le trabaron las palabras.

—¿Qué tal si te sientas? —intervino Villalba, ofreciéndole una silla.

Ana hizo caso, su madre se sentó a su lado y le cogió de la mano.

—Carlos —Villalba me hizo un gesto para que saliera con él al pasillo, yo miré a Ana que asintió dándome su permiso para irme.

Salí y Villalba cerró la puerta del salón tras nosotros.

—Le atacó en el portal cuando abría la puerta de casa —me explicó — Le agarró por detrás y le inyectó algo en el cuello. Perdió el conocimiento, probablemente estuvo inconsciente media hora o cuarenta minutos. Cuando despertó estaba atada en la cama —Yo le miré perplejo, no podía creerlo — Le había vendado los ojos así que no pudo verle, también le había puesto un pañuelo en la boca para impedirle gritar. Le ató de pies y manos, como a las

otras.

Yo negué otra vez, me llevé las manos a la cabeza, no podía ser.

—Ana dice que no dijo una palabra, que le oyó moverse por el dormitorio, cree que mirándole, y luego se fue.

—¿Se fue? —repetí, no tenía ni puto sentido —¿Cómo que se fue?

—Oyó sus pasos alejarse y la puerta de la casa cerrarse... Se fue — repitió.

Miré a Villalba perplejo.

—¿Por qué?

Villalba no supo contestar a eso, o tal vez no quiso.

—Sus padres la encontraron al volver de cenar, la desataron y llamaron a la policía. Los de la Científica están revisando su casa, pero si ha tenido tanto cuidado como las otras veces no encontrarán nada. Ha tenido menos tiempo que con las otras, pero para montar la escena ha sido más que suficiente. Ana cree que estuvo cosa de una hora atada hasta que volvieron sus padres, aunque no está segura de si no le pareció más tiempo.

—Pero no la ha... no le ha hecho nada ¿no?

—No le ha hecho daño, sólo la desvistió y le puso un vestido de verano que encontró en su armario, y todo eso lo hizo mientras ella seguía inconsciente.

—¿La desnudó y le puso un vestido? —sentí un escalofrío, hijo de puta... —¿Y estando inconsciente no...?

—Le han examinado y no hay signos de agresión sexual —aseguró, yo asentí repitiéndomelo a mí mismo —Tampoco de que intentara estrangularla. Sólo montó la escena.

—Pero tenía tiempo —objeté.

—Lo tenía. Sus padres llegaron a casa a eso de las 22.40, llamaron a emergencias a las 22.47. Ella había vuelto a casa sobre las nueve. Para buscar el vestido, vestirla y atarla le bastaría con media hora, tuvo más de una hora antes de que llegaran sus padres.

—¿Y entonces?

—Entonces no la mató porque no quiso.

Negué confuso, volviéndome hacia la puerta del salón, aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—Ana no... —no encajaba —no es como las otras chicas, no se parece en nada a Violeta. Ana tiene el pelo corto, y tatuajes.

—Incluso con el vestido más recatado y el pintalabios más rojo que

encontró, no se parecía a las otras, es cierto.

—Ana no tiene ropa así, ni maquillaje así —comprendí, Ana tenía un rollo hippy—punkie, qué leches vestidos de niña buena y pintalabios rojo.

—No encaja con su perfil.

—Eso ya tenía que saberlo antes de elegirla.

—¿Pues dime tú entonces por qué la eligió? —replicó Villalba.

Me costó comprender, confundido, lo que para Villalba era más que obvio.

—Es tu amiga.

Le miré perplejo, pero era evidente. No había atacado a Ana por él, lo había hecho por mí.

—Carlos, te has involucrado en este caso...

—La ha atacado por mi culpa —murmuré —¿Ha sido por eso, no? —Villalba no respondió, pero eso era ya de por sí una respuesta —Es por mi culpa —repetí, mi jodida culpa —Ha ido a por Ana para castigarme...

—No le ha hecho daño —objetó.

—Para advertirme —comprendí, si quisiera castigarme la habría matado en vez de limitarse a montar la escena ¿no? Alcé la vista hacia Villalba para que lo confirmara, de nuevo no contestó, pero obviamente estaba de acuerdo conmigo.

—¿Cómo puede saber que me he involucrado? —protesté, y comprendí que esa era la clave, también Villalba lo sabía.

—No creo que fueras muy discreto haciendo preguntas sobre Violeta ni sobre las otras chicas.

—¿Y por eso la toma conmigo? —protesté —Sólo son preguntas.

—Tú identificaste a Violeta.

—Eso ni siquiera nos ha llevado a nada...

—Aún —objetó Villalba.

Seguía pensando que era poco, ni siquiera estaba claro que fuera el mismo tipo, no había pruebas. ¿Y cómo podía saber él que yo había identificado a Violeta? ¿Cómo podía saber siquiera que había preguntado por ella? ¿Es que seguía en contacto con la gente a la que pregunté? Y aunque el hermano de Juan hubiera puesto en alerta a ese tipo preguntando por ahí a sus amigos, ¿cómo sabía quién era yo y quién era Ana? Entonces caí en la cuenta de que ese cabrón no sólo podía estar enfadado conmigo por Violeta, tenía más razón aún para cabrearse conmigo por Elena.

—También está Elena —observó Villalba, como si pudiera leerme la

puta mente —Alguien le advirtió de que iba a por ella, no creo que eso le gustara mucho...

—Sólo hablé con Elena en la sala de espera —me defendí, preguntándome cómo leches podía saber el asesino que había sido yo.

—¿Y quién le hizo llegar esa carta?

Me encogí de hombros como si no tuviera la menor idea, pero no sólo el asesino parecía saber que yo estaba detrás de esa carta, también Villalba parecía tenerlo bastante claro.

—Esa carta fue una broma ¿no? Eso es lo que pensabais que era.

—Ya no estamos tan seguros de eso —negó Villalba.

—Pero no sabéis quién la escribió ¿no? ¿Tenía huellas o algo?

—No, tuvieron cuidado —eso me parecía a mí —Pero puede que el asesino tenga su propia teoría.

—Yo no le di esa carta a Elena —aseguré —¿Cómo iba a saber yo que ese tío iba a por ella?

—Esa es una muy buena pregunta.

Villalba me miró fijamente y yo sentí que me leía como un libro abierto. Tragué saliva, él no podía saber nada, ni Villalba ni el asesino. Habíamos tenido cuidado, ¿o acaso no el suficiente? ¿Y si el asesino me había visto rondar a Elena? Si la observaba, podía haberme visto a mí también. Tal vez me había visto hablar con su hermana, o... ¿y si había visto a Ana dejar la carta en el parque? Aquella idea me dejó helado. Ana me había ayudado, yo la había metido en aquello. Había sido un jodido imbécil y le había dejado involucrarse.

—No ha querido hacerle nada, sólo...

—Sólo está diciendo que puede hacerlo si quiere —asintió Villalba, no supe qué decir —No sé si ha sido por hacer preguntas sobre Violeta, por advertir a Elena o incluso por Marta...

—¿Por Marta? —pregunté confuso, ¿por qué iba a tener algo contra mí por Marta también?

—Puede que no le gustara que te vieras con ella, que consiguieras que se interesara por ti... —lo que me faltaba —Sea por lo que sea, te has involucrado y le has cabreado —Asentí con la cabeza, eso estaba claro —Tienes que poner distancia y dejarnos a nosotros encargarnos, Carlos.

—¿Quieres que no haga nada?

—Exactamente. A ese cabrón no le ha gustado lo que has hecho hasta ahora, así que por el bien de la gente que te importa, mantente al margen.

Yo no supe qué decir, tenía sentido y sin embargo...

—Es mi culpa —murmuré —Ella, Ana...

—Ana quería que te llamara, fue lo primero que pidió cuando llegamos. Tuve que convencerla para que nos dejara examinarla primero. Quería que estuvieras aquí con ella y ahora te necesita. Ha pasado por una experiencia muy dura, necesita a su amigo.

Yo asentí, volviendo la vista hacia la puerta del salón.

—¿Seguro que está bien, no? Le inyectó algo, estuvo inconsciente...

—Físicamente está bien. Le han hecho un examen físico, no la golpeó ni le hirió de ninguna manera más allá de las ataduras. Le he insistido para ir al hospital pero dice que está bien y no quiere ir —yo asentí, como alguien que había pasado demasiado tiempo en un hospital podía entender que no quisiera ir salvo que fuera totalmente necesario —No quería hacerle daño, sólo asustarla. Ese era su objetivo, demostrar que él tiene el control.

—Menudo hijo de la gran puta —murmuré, por la expresión de Villalba vi que en eso también estaba de acuerdo conmigo.

Obviamente hubiera sido peor que la golpeará o le hiciera algo más, pero debía de haber pensado que aquello bastaba. No le faltaba razón, era una amenaza más que suficiente.

—Ve con ella —me dijo señalando la puerta.

Asentí y volvimos a entrar al salón. Al verme Ana se volvió hacia mí, me miró con gesto intenso.

—Necesito un cigarro.

Yo asentí, era una petición razonable. Me volví hacia Villalba, que asintió con la cabeza, y salimos a la terraza del salón. Ana sacó del bolsillo de su bata el paquete de tabaco de liar. La observé comenzar a liarse el cigarrillo, o a intentarlo, el tabaco se le resbalaba entre los dedos y no atinaba a guardarlo en el papel de lo que temblaba. Le cogí el tabaco, el papel y un filtro, y le lié el cigarro yo. Le vi respirar hondo, sus manos seguían temblando cuando le tendí el cigarro y se lo encendió.

Dio una larga calada. Yo buscaba qué decir, qué consuelo dar, pero lo poco que se me venía a la cabeza resultaba trivial o simplemente estúpido dadas las circunstancias. Se aproximó a la barandilla, yo me acerqué a su lado.

—Dijo que no volvieras a entrometerte —susurró.

La miré perplejo, creí no haber entendido.

—¿Qué?

Ana me miró, tenía los ojos humedecidos por las lágrimas que acechaban de nuevo, volvió a dar una larga calada al cigarrillo.

—Antes de irse dijo... “Dile a tu amigo Carlos que no vuelva a entrometerse” —repitió.

Me quedé de piedra.

—¿Por qué no se lo has dicho a la policía?

—¿Y de qué iba a servir? Bastante creen que has hecho ya como para que sospechen que hay más...

—¿Crees que... podrías reconocer su voz?

Negó con la cabeza.

—Lo susurró.

La miré aún procesando aquello.

—Ana... —murmuré, pero no me vinieron más palabras.

Ella bajó la vista a la calle y siguió fumando, yo buscaba algo adecuado que decir, algo que pudiera ayudar.

—Lo siento, Ana —conseguí formular, sabía que un “lo siento” no era ni remotamente suficiente, pero al menos era algo.

Ana se limpió las lágrimas.

—No he estado más asustada en mi vida.

La atraje hacia mí y volví a abrazarla, rompió a llorar. La sentí agarrarse fuerte a mi chaqueta, entre sollozos.

—Lo siento mucho, Ana, yo... jamás te hubiera metido en esto de saber... de creer que... —no acabé la frase, sabía que mis disculpas sonaban vacías, ¿qué importaba que yo lo sintiera después de lo que había ocurrido? Lo que había ocurrido por mi culpa.

Ana se recompuso entre caladas de cigarro. Se quedó abrazada a mí, la sentí de nuevo frágil y temblorosa.

—La policía se ha quedado mi móvil. Borré nuestra conversación de whatsapp pero puede que haya alguna forma de que la recuperen, y seguro que les sorprenderá que no tengamos una conversación... —la miré confuso —Si leen nuestra conversación vas a tener que dar explicaciones que no puedes dar, Carlos.

—¿Has borrado nuestra conversación?

Asintió. Yo me pregunté cómo después de lo que le había pasado se le había ocurrido pensar en eso.

—No sé si pueden recuperarlo, Carlos, pero si leen lo que escribimos vas a tener problemas.

Tenía razón, habíamos hablado de muchas cosas que no podía explicar a la policía, para empezar todo lo que habíamos hablado sobre Elena.

—¿Por qué quiere la poli tu móvil? —Ana se encogió de hombros.

—Puede que crean que lo tocó. Se han quedado muchas de mis cosas para buscar huellas, mi ropa y mi bolso...

De repente recordé algo.

—Me contestaste —balbuceé —Hace un rato, me escribiste por whatsapp.

Me miró confusa.

—Te he preguntado por lo de ayer —asintió.

—Después de eso, yo te he contestado, te he contado que unos neonazis le iban a dar una paliza a ese tío y tú me has contestado, me has dicho “Eres un héroe”.

Ella negó confusa.

—No he leído tu respuesta —murmuró —No te he vuelto a escribir, no que yo recuerde...

Saqué mi iPhone y busqué la conversación, se lo enseñé.

—¿Ves? A las 21.16.

Ana negó.

—A las 21.16 yo no podía contestar al teléfono —dijo con voz temblorosa.

—Contestó él —comprendí —Joder, contestó él. Sí que tocó tu teléfono, me escribió —el muy hijo de puta, había contestado él.

—Pero tengo el móvil bloqueado —murmuró Ana —¿Cómo pudo desbloquearlo?

Me encogí de hombros sin darle importancia.

—Puede que sí que encuentren huellas.

—No han encontrado huellas en los otros casos ¿no?

—Pero aunque llevara guantes tendría que quitárselos para contestar, no se puede escribir en el móvil con guantes.

—Limpiaría el móvil después, Carlos, no es tan tonto —opinó Ana, yo la miré decepcionado porque evidentemente tenía razón, cabrón era un rato pero tonto no —La poli no encontrará nada, de hecho, encontrarán sólo mis huellas de cuando borré nuestra conversación antes de darles el móvil...

—Si contestó a mi whatsapp pudo leer todo lo que habíamos escrito —comprendí —Cogió tu móvil antes de que borraras la conversación —volví la vista hacia el salón para asegurarme de que no hubiera nadie cerca de la

puerta que pudiera oírnos —Hablé contigo por whatsapp de ver gente transparente, y de Marta y de Elena... el día de la carta me escribiste un whatsapp diciéndome que iba a comisaría... Sabe todo lo que he hecho por ayudar a que lo atrapen.

—Ya lo sabía antes de cogerme el móvil —observó Ana con voz temblorosa. Comprendí que tenía razón, obviamente ese cabrón ya sabía lo que yo había hecho antes de atacar a Ana o no la habría atacado.

—¿Y cómo lo sabía?

—Pudo verte rondar a Elena o me vio a mí dejarle la carta...

—Te dijo: “Dile a tu amigo Carlos que no se vuelva a entrometer”. El mensaje es para mí, no para ti... No creo que sea por la carta.

—Pues te vería seguirla y dedujo que habías intervenido o... no sé, de alguna manera supo que tú asustaste a Elena.

—Hablé con ella en comisaría —murmuré.

Los dos nos quedamos en silencio unos segundos, pensando en lo que acababa de decir. Ana me miró confusa.

—¿Qué estás insinuando?

Realmente no lo había dicho con afán de insinuar nada, pero ahora era difícil no pensarlo.

—Pudo verme si estaba ahí.

—Puede que ni siquiera sea por Elena. Pudo saber que estuviste preguntando por Violeta en Huesca, puede que no le haya hecho gracia que remuevas en su pasado...

—Eso no es entrometerse, puede ser husmear pero no entrometerse...

—¿Nos vamos a basar en semántica ahora?

—Ana —protesté —Si es por Elena entonces tuvo que verme en la comisaría —volví a mirar hacia la puerta del salón y seguí hablando en voz baja —Sólo hablé con ella ahí ¿cómo pudo saberlo si no estaba ahí?

—¿Quién te vio allí? —preguntó.

Dudé aunque la respuesta era evidente.

—Cualquier policía —había pasado por una sala llena de policías mientras hablaba de Elena con Villalba camino de su despacho —Cualquier policía pudo verme entrar detrás de Elena, entré hablando de ella... y cualquier policía tendría acceso a la investigación sobre el caso, y cualquiera podría haberme visto por comisaría las otras veces que fui y saber que yo estaba ayudando... —negué inquieto, no me gustaba nada esa teoría. Ana me miraba pensativa.

—Si fuera un policía explicaría que sepa cómo no dejar rastro... —
murmuró.

Le miré en silencio.

—No, tienes razón, puede ser por cualquier otra cosa. Puede que sí me viera rondar a Elena, o puede que no le gustara que preguntara por Violeta, puede que se enterara de que había estado haciendo preguntas y por mi culpa también el hermano de Juan y Villalba están haciendo preguntas... El caso de Violeta es especial, seguro que no le gustó que esté removiendo todo aquello...

En ese momento oímos el timbre de la casa, me asomé al salón y vi que el subinspector Cejasjuntas entraba y hablaba con Villalba. Los observé pensativo, preguntándome si acaso podría ser. Sentí como Ana me tiraba del brazo, me puso el tabaco de liar en las manos.

—Necesito otro —ordenó más que pidió.

Me quedé allí con Ana mientras se fumaba otro cigarro más. Cuando volvimos al salón Villalba nos contó que habían preguntado a todos los vecinos del edificio pero nadie había visto nada. Volvió a preguntarle a Ana si se encontraba bien y si quería ir al hospital, y Ana volvió a decirle que estaba bien y que no hacía falta. En su lugar, ella y sus padres se fueron a casa de sus tíos a pasar la noche. No sólo su casa no estaba disponible, sino que imaginaba que Ana tampoco querría volver a su habitación, ni esa noche ni probablemente durante muchas noches más. Acompañé a Ana a la calle y me despedí de ella y de sus padres frente a su portal.

Capítulo 27. Yo un imbécil

El coche se alejó y Villalba se volvió hacia mí.

—Siento mucho todo esto, Carlos.

Miré a Villalba preguntándome si acaso podía ser, porque no podía dejar de darle vueltas al tema. Sabía que ese cabrón podía haber querido asustarme por muchos motivos, pero si había sido por Elena, si había sido porque me había entrometido y le había ahuyentado a su próxima víctima... Y aunque no fuera por Elena, ¿cómo podía saber ese cabrón quién era yo? ¿Cómo sabía que Ana era amiga mía?

—¿Qué? —gruñó Villalba al ver mi expresión.

—¿Cómo ha sabido ese cabrón que yo me había involucrado? — Villalba se encogió de hombros, yo me debatía entre dejarlo ahí o seguir — ¿Cómo ha sabido que había ahuyentado a Elena? Sólo hablé con ella en comisaría —me lancé, sin poder contenerme, y sin pararme a pensar si hacer esa pregunta era lo más sensato, que no lo era —No llegamos juntos ni nos fuimos a la vez... Hablamos en la sala de espera donde no había nadie más, y después lo hablé contigo mientras íbamos a tu despacho.

Me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir?

—Ha atacado a Ana porque ahuyenté a Elena ¿no?

—Por Elena o por Violeta...

—Lo ha hecho como advertencia para que no vuelva a entrometerme, pero él no podía saber que me entrometí. No podía saber que hablé con Elena porque lo hice en tu comisaría.

Me miró fijamente, conteniendo su mal humor pese a mis acusaciones. Le aguanté la mirada.

—¿Hablas en serio?

—Sí, muy en serio —aseguré —¿Cómo podía saberlo?

Negó respirando hondo.

—Sé lo duro que tiene que ser todo esto para ti y por eso voy a ignorar que estés sugiriendo que un policía haya tenido nada que ver...

—No lo ignores. No lo insinúo, lo afirmo abiertamente. Ese tío sabe lo que hace, sabe no dejar huellas, ni ADN... Tiene lógica si es un poli. Y eso explicaría que supiera que me he involucrado en este caso, que supiera que yo tenía relación con Marta, y que investigué a Violeta, y que ahuyenté a Elena... Cualquiera que me viera por comisaría y que supiera de vuestro

caso, un poli, podría saber todo lo que he hecho.

Me miró enfadado.

—Obviamente hay otra explicación a que supiera todo eso, y tú no deberías lanzarte a acusar a un policía porque te sientas frustrado.

—Tiene lógica que sea un poli.

—Que sea hábil no dejando pistas no significa que sea policía, y no hace falta haber estado en comisaría y haberte visto rondar por allí para saber cuánto has estado interviniendo. Ese tipo investiga a sus víctimas, las estudia y conoce su entorno. ¿Crees que no sabría que salías con Marta? ¿O que hablaste con Elena y quisiste asustarla? ¿Crees de verdad que no sabría que hiciste preguntas sobre Violeta? Fuiste a Huesca a meter las narices y plantear dudas sobre el que posiblemente fue su primer asesinato, un crimen del que consiguió librarse pero que ahora puede que se reabra por tu culpa, ¿no crees que eso pudo cabrearle? El hermano de Juan sabe quién eres y ha estado preguntando por viejos conocidos, puede que alertara al asesino, puede que hasta él tenga algo que ver, ¿te lo has llegado siquiera a plantear?

—El hermano de Juan no tuvo nada que ver.

—El hermano de Juan fue uno de los que se acostó con Violeta ¿lo sabías?

Esa no me la esperaba, miré a Villalba perplejo.

—No es verdad.

—Se acostó con ella después de que lo dejara con su hermano, pero no te lo dijo ¿verdad? La gente miente, Carlos.

—Da igual, esto es por Elena, no por Violeta —insistí, aunque me costaba creer que pudiera tener razón sobre Jaime.

—¿Lo es? —yo dudé, volví a pensar en lo de no entrometerse, tenía que ser por Elena ¿no? —¿Crees que iría a por ti sólo por verte hablar con ella en comisaría? ¿No crees que más bien estaría cabreado con quien le dejara esa dichosa carta?

Le miré inquieto, de nuevo con esas.

—Puede que creyera que fui yo —gruñí —Tú parece creerlo, tal vez esa sea la opinión generalizada entre la policía...

—Carlos, sé que estás dolido y cabreado, y que quieres poder culpar a alguien... —repuso con voz forzosamente serena, le estaba cabreando con aquello, pero a mí me daba igual.

—Joder, tengo razón. Tiene lógica que sea un poli, y no puedes negarte en redondo a la idea sólo porque no quieras que sea cierto, déjate de esa

mierda de corporativismo policial. No todos los que se meten a policía son buena gente ¿sabes?, algunos disfrutan puteando a otros y es justo por eso que eligen esa profesión.

—¡Carlos! —me interrumpió, ahora abiertamente cabreado —Deja el tema y vete a casa, ha sido una noche larga... —apoyó la mano en mi hombro, me aparté con brusquedad.

—No me toques —gruñí, me di cuenta de que se me estaba yendo de las manos pero no era capaz de cerrar la boca —No me fío de ti ni de tu gente.

—¿Ahora me acusas a mí? —bufó. No pude contestar que sí aunque quisiera, porque estaba bastante seguro de que Villalba no era un jodido asesino en serie —Vete a casa, tranquilízate... y déjanos hacer nuestro trabajo, Carlos.

—Pues hacedlo —grité —Ya deberíais haber pillado a ese tío, ¡esto no debería haber pasado!

Villalba quiso contestar, pero optó por cerrar la boca. Yo me quedé con ganas de que replicara algo, para poder añadir algo más yo, pero no lo hizo.

Con todo mi cabreo me fui hacia mi moto. Me alejé de allí tan rápido como pude, sin embargo pasadas un par de calles tuve que parar. Me bajé y di unos pasos por la calle, sintiendo ganas de gritar y de llorar, y de golpear algo. Le di una patada a una papelería, se abrió del golpe y la basura cayó al suelo. La observé desperdigarse por el viento, mientras los ojos se me llenaban de lágrimas. Di unos pasos atrás y me dejé caer al suelo, apoyándome contra el muro de un edificio. Saqué el móvil, releí el último mensaje de Ana, enviado a las 21.16: “Eres un héroe”.

Ese hijo de la gran puta había escrito esas palabras, y lo había hecho mientras tenía a Ana inconsciente, puede que ya atada a la cama, a su merced... ¿Qué mejor manera de reírse de mí que llamarme héroe en ese preciso momento y como si lo escribiera ella? Ese cabrón...

Volví a leer el mensaje: “Eres un héroe”. Sentí como esas palabras dolían. Y no sólo por quién las había escrito y cuándo, sino porque obviamente no era cierto. Tal vez me había creído un héroe porque había ayudado a un par de personas, pero no era un puto héroe, sólo era un imbécil. Me había involucrado en aquel caso como si fuera un juego, un juego inofensivo de hacer preguntas y dejar cartas de advertencia, pero no era un juego porque ese cabrón no estaba jugando. Ana podía haber acabado muerta. Drogada, atada, violada, y después estrangulada. Ese loco la había tenido a su merced, podía haberle hecho lo que hubiera querido. Y por suerte no le había

hecho nada más, y aun con todo ya sólo con lo que le había hecho... No podía dejar de pensar en el miedo que tenía que haber pasado, atada a su cama, sabiendo lo que ese tío le hacía a sus víctimas, sabiendo lo que le iba a ocurrir... Y había sido yo quien le había hecho pasar por eso, había sido por mi culpa. Volví a mirar el móvil: “Eres un héroe”. Releí la frase tantas veces que las palabras dejaron de tener sentido. En cualquier caso no lo tenían, no era un héroe, no había salvado a nadie, sólo había empeorado las cosas, sólo había puesto en peligro a quien verdaderamente me importaba... Era un imbécil. Yo un imbécil y ese tío un grandísimo hijo de puta.

Cargando con la culpa y la rabia de lo que había pasado, cogí de nuevo la moto y volví a casa.

Al día siguiente releí todas las conversaciones que había tenido con Ana en las últimas semanas. Habíamos hablado mucho, mayoritariamente de tonterías, pero también habíamos hablado sobre Elena. Ana me había preguntado qué iba a hacer con Elena y yo le había dicho que no lo sabía pero que no podía quedarme de brazos cruzados. Lo siguiente había sido cuando me había dicho que iba camino de la comisaría, pero ahí ninguno habíamos mencionado el nombre de Elena, y más tarde yo le había dicho que creía que había ido bien, pero que le contaría más en persona. Respecto a Marta, yo le había dicho que seguía transparente y que no quería que le pasara nada malo. Apenas habíamos hablado de Violeta ni del viaje a Huesca porque habíamos quedado y se lo había contado todo en persona. Visto desde fuera no era mucha información para comprender todo el panorama, hacía falta completar aquellos mensajes esporádicos con nuestras conversaciones delante de una cerveza para comprenderlo todo.

Presté especial atención a las referencias a gente transparente. Un par de veces había mencionado que alguien estaba transparente, pero sin más contexto resultaba confuso, y era algo tan absurdo que dudaba que nadie pudiera adivinar de qué hablaba.

Me di cuenta también de que había mucha lectura ahí, y no creía que aquel tipo hubiera querido perder tanto tiempo para leerlo todo. No tenía sentido que atacara a Ana, la vistiera y la atara para montar la escena, y después se quedara ahí a leer nuestros whatsapps... con los padres de Ana pudiendo aparecer en cualquier momento, además. Era absurdo. Si quería leer nuestra conversación habría sido más lógico llevarse el teléfono, leerlo todo con calma y después deshacerse del móvil. Claro que, como había dicho Ana, ese tío ya sabía cuánto me había involucrado antes de atacarla, podía no haber

sentido interés por nuestros mensajes porque sabía de mí y de lo que había hecho por otros medios.

Quise hablar con Ana y ver cómo estaba, pero su móvil lo tenía la policía, y nadie contestaba al teléfono de casa. No fue hasta el lunes por la tarde que me llamó y pude por fin hablar con ella, quedé en pasar por casa de sus tíos y fuimos a tomar un café a un bar cercano.

—¿Cómo estás? —volví a preguntarle cuando nos sentamos a la mesa en el bar, porque obviamente era algo que ya le había preguntado nada más vernos.

—No puedo dejar de pensar en lo que pasó... —reconoció, negando con la mirada ida. Yo asentí, tampoco yo había podido dejar de darle vueltas — Voy a irme a Barcelona unos días, con mi hermana.

Asentí, no podía decir que me sorprendiera que quisiera poner distancia.

—¿Y las oposiciones? —pregunté tontamente.

—No he podido ni abrir un libro desde... Creo que me vendrá bien irme a otro sitio, a otra ciudad. No me atrevo ni a volver a mi casa...

Asentí de nuevo, era más que comprensible.

—No le dije a nadie que estaría sola el sábado, salvo a una amiga, a Nati, se lo dije por facebook... Había quedado con ella para tomar una cerveza por la tarde y le escribí proponiéndole alargarlo e ir a cenar algo porque mis padres no cenaban en casa. Me dijo que no podía, que iba a cenar con su novio y que de hecho se tendría que ir pronto porque había quedado con él a las nueve —la miré confuso, sin saber a dónde quería llegar —No se lo dije a nadie más. De hecho, ni siquiera supe que mis padres saldrían a cenar hasta el mismo sábado por la mañana cuando me lo dijo mi madre —la miré aún descolocado —La policía me preguntó quién sabía que estaría sola, pero sólo lo sabía Nati y dudo que se lo dijera a nadie...

—¿Entonces? —balbuceé confuso.

—¿Y si de alguna manera tuvo acceso a mi facebook? ¿Y si es así como conoce la rutina de las chicas a las que planea atacar y cuándo se quedarán solas? Pudo hackear mi facebook, o puede que mi ordenador o mi teléfono...

La miré perplejo.

—Eso tendría sentido —reconocí, tenía mucho sentido, era la mejor forma de saber de la vida de alguien —No hay mejor forma de saber de alguien que tener acceso a su facebook, o a su... a su whatsapp.

Tenía todo el sentido del mundo que ese cabrón hubiese leído mis conversaciones con Ana antes de atacarla, eso explicaría cómo sabía que me

había entrometido. No había leído nuestros whatsapps el sábado en casa de Ana, y no se había llevado su teléfono para leerlos después, porque no le hacía falta, había leído nuestra conversación mucho antes.

Me di cuenta de algo más, había acusado a Villalba de que un policía de su comisaría tenía que ser el asesino, pero si ese cabrón hackeaba móviles entonces podía haber conseguido toda la información que quisiera sin haber pisado nunca la comisaría, si hackeaba móviles ese cabrón podía ser cualquiera... Si había tenido acceso al móvil de Marta podía haber sabido de mí a través de ella, y Elena podía haberme mencionado al salir de comisaría... Pensé que Villalba había tenido mucha paciencia conmigo al no mandarme a la mierda, me hubiese merecido que me tratara mucho peor a como lo había hecho.

—La policía no me ha devuelto el móvil aún —explicó Ana —No creo que estén buscando sólo huellas.

—¿Crees que buscan algún tipo de virus o... algo que demuestre que te hackearon el móvil? —Ana asintió.

Pensé que si la policía estaba buscando un virus, o lo que fuera, sería porque sabían qué buscar, probablemente porque ya habían encontrado algo en los móviles de Inés y Marta. ¿Y por qué leches Villalba no me había dicho nada? Si me lo hubiera dicho no habría pensado que tenía que ser un policía... Ya no me sentía tan culpable por haberme portado como un capullo con él, la culpa era en parte suya por no haberme hablado de móviles hackeados.

—Creo que tuvo acceso a mi facebook y así supo cuándo estaría sola en casa, y probablemente leyó nuestra conversación de whatsapp y por eso sabe cuanto te has entrometido hasta ahora.

Si hasta llegó a contestar cuando escribiste, y yo tengo el móvil bloqueado...

—Tampoco es tan difícil desbloquear un móvil —opiné —Todo el mundo escribe una L, una N o un Z —es verdad, eso del código en zigzag es una chorrada.

—O sabía mi código de desbloqueo porque sabe todo lo que escribo.

Asentí, probablemente tenía razón. Me quedé pensando en cómo se le habría ocurrido a ese tío hackearle el móvil a Ana. El origen tenía que estar en Marta y Elena, a las que habría hackeado el móvil para acosarlas y matarlas, pero de ahí el salto lógico era a mí y a mi móvil al ver que yo estaba involucrándome en todo, y ya de mi móvil al de Ana para saber cuándo atacarla sola en casa al comprobar que teníamos una relación estrecha y que

atacándola a ella podía asustarme a mí. No tenía lógica saltar de Marta y Elena directamente a Ana. Miré el bolsillo donde guardaba mi iPhone, espantado.

—Carlos, tengo que pedirte algo —yo asentí servicial —Tienes que dejar todo esto.

Asentí, un poco a regañadientes pero sabiendo que era una petición a la que no podía negarme. Ya lo había pensado, lo llevaba pensando desde el sábado, y sabía que tenía que poner distancia con aquel caso. Una parte de mí deseaba atrapar a ese cabrón más aún ahora, atraparlo y a poder ser darle una paliza también, pero no podía volver a poner en peligro a Ana ni a nadie más de mi familia y amigos.

—Lo haré —prometí.

—Y quiero que me lo digas por whatsapp o facebook —la miré sorprendido —Quiero que él lo lea.

—Tu móvil lo tiene aún la poli ¿no? Puede que ya hayan eliminado el virus.

—Da igual, tú escríbelo.

—Crees que ha hackeado mi móvil también —observé más que pregunté, obviamente Ana también había llegado a la conclusión de que para llegar a ella tenía que haber pasado primero por mí.

—¿Tú no? —yo asentí, pensando en tirar mi móvil a la basura en que saliera del bar, aunque era un jodido iPhone y yo no estaba de pasta como para andar tirando iPhones a la basura.

—Lo haré —prometí —Te lo devolverán limpio ¿no?

—Eso espero, pero aun así no es que tenga muchas ganas de volver a usarlo... Creo que voy a comprarme otro —me pareció buena idea.

—¿Y cómo puedo hablar contigo cuando estés en Barcelona? Me refiero a, bueno, sabiendo que es seguro... ¿Tu hermana tiene hijo?

Me miró pensativa.

—Ya te llamaré yo.

La miré extrañado por la evasiva.

—Quiero saber que estás bien, Ana.

—No lo estoy —repuso con sequedad.

La miré entre confuso y dolido.

—Ana yo... sabes que lo siento...

—Carlos, sé que no es culpa tuya. Yo quise participar, quise ayudarte, insistí en hacerlo y... y me repito a cada instante que Elena está viva gracias a

nosotros, ayudé a salvar a esa chica. Me digo que lo que pasó el sábado... bueno, no fue para tanto si a cambio ella sigue viva... Sé que ayudando en este caso has hecho algo loable y que tienes buena voluntad, pero aunque sé que todo es culpa de ese hijo de puta y que tú sólo intentas ayudar...

Se le habían llenado los ojos de lágrimas, bajó la vista a la mesa.

—Me culpas —comprendí.

Había pasado los últimos días intentando convencerme de que no había sido culpa mía, de que el único culpable era ese cabrón perturbado, pero me seguía sintiendo culpable porque lo cierto era que sí era culpa mía, y Ana también lo sabía.

—Sé que no podías haberlo previsto y sé que yo insistí en ayudar, pero... lo que sé y lo que siento es diferente... Y yo... no quiero estar cerca de ti ahora, no puedo —explicó, se limpió las lágrimas que ya le resbalaban por las mejillas.

La miré dolido. Sabía que yo tenía la culpa y entendía que me culpara, pero Ana era prácticamente mi mejor amiga, nos conocíamos desde el instituto y siempre había estado ahí para mí y yo para ella. La idea de que quisiera alejarse de mí resultaba difícil de procesar, resultaba absurda. Me obligué a no quejarme, si era lo que ella necesitaba tendría que aguantarme, por bastante le había hecho pasar ya.

—Es... temporal ¿no? —balbuceé.

Vi que dudaba, ahí sí fui a quejarme.

—Espero que lo sea —se adelantó —Carlos, entiéndelo, necesito tiempo para no pensar en lo que pasó el sábado. Ni siquiera me atrevo a entrar en mi cuarto... Es mi casa, mi cama... y no puedo ni acercarme. Sé que tengo que estar agradecida por estar viva, pero... ya no me siento segura ni en mi casa, no me siento segura en ningún sitio —asentí comprensivo —Necesito poner distancia con todo y... te guste o no, tú estás ligado a todo lo que ha ocurrido y ahora no puedo estar cerca de ti, no puedo hacer como si nada...

Quise quejarme, defenderme... pero sabía que no era justo hacerlo así que volví a asentir.

—Vale —me resigné, ¿qué más podía hacer?

Ana esbozó una sonrisa triste, agradecida porque no se lo pusiera más difícil.

—Tengo que irme —murmuró, se inclinó hacia mí y me besó la mejilla —Acuérdate del mensaje ¿vale?

Se dio media vuelta y se fue. Yo me quedé aún unos minutos sentado

donde estaba. No podía hacerme a la idea de que Ana no quisiera saber de mí. Aunque sólo fuéramos amigos, aquella despedida se parecía extrañamente a una ruptura, y quizá justo por ser tan buenos amigos, era como la peor ruptura que había tenido nunca... Puedes estar mínimamente preparado para que tu novia te deje, incluso por un engominado gilipollas de su curro..., pero nunca estás preparado para que tu mejor amiga te diga que no quiere saber más de ti. Me dije a mí mismo que sería temporal. Ana necesitaba poner distancia, era lógico, no podía culparla por eso... Pensé que tarde o temprano la policía acabaría pillando a ese tío, al menos entonces ella podría volver a la normalidad, volvería a sentirse segura y a confiar en mí.

Saqué el móvil y busqué a Ana en el whatsapp.

—“Sólo quería asegurarte que voy a poner distancia con este caso, dejaré que la policía haga su trabajo y no me meteré. Te prometo que no voy a volver a entrometerme”.

Envié el mensaje convencido de ir a cumplir mi palabra, de poder dejar el caso atrás... Por desgracia, el caso no parecía querer dejarme atrás a mí.

Capítulo 28. Dos opciones de mierda

Un par de días más tarde el hermano de Juan volvió a escribirme para contarme lo que había descubierto de sus antiguos amigos. Me dijo que había confirmado que Diego Ortega se había casado con Ratón y tenían un hijo de dos años y esperaban el siguiente. También me dijo que el nombre de Soriano era Francisco, y que vivía en Zaragoza y trabajaba en Balay. Del último, David, nadie había sabido decirle nada, lo último que habían sabido de él era que se había ido a vivir a Zaragoza, pero eso había sido hacía años y no sabían nada de él desde entonces. No se le ocurrió mencionar que la poli hubiera hablado con él, ni que se hubiera acostado con Violeta, claro.

Leí lo que me había escrito no porque me interesara, sino porque estaba ahí, ya me lo había enviado. Jaime esperaba que yo le contestara y hasta me preguntaba si podía ayudar con algo más. Me di cuenta de que había dado esperanzas a ese tío haciéndole creer que podría demostrar que su hermano no había matado a Violeta. Me daba pena, y al mismo tiempo estaba cabreado con él por no haber sido sincero conmigo. La gente miente, yo no soy el único.

—“Será mejor que le cuentes todo esto a la poli, yo no puedo seguir con el caso, lo siento”

—“A la poli no le interesa, creen que fue Juan, no quieren reconocer que la cagaron” —Opté por no contestarle pero no tardó en volver a escribirme —“Creía que de verdad querías ayudar a encontrar a ese tío”

—“Y yo creía que no se te ocurría nadie de vuestro grupo de amigos que se hubiera acostado con Violeta”

No contestó, en lugar de eso intentó llamarme. No se lo cogí, no quería sus excusas, y no sólo no las quería, sino que no podía escucharlas. Había prometido que me mantendría al margen y eso iba a hacer.

—“La poli hará su trabajo, yo no puedo ayudarte.”

Intentó llamarme dos veces más, pero de nuevo no se lo cogí. No me volvió a escribir, supongo que aceptó que yo había desistido. Y pese a que así era, volví a mirar la foto de grupo que me había mandado, la tenía impresa, ni siquiera tenía que mirarla en el móvil. Había escrito junto a cada tío de la foto su nombre y lo que sabía de él. Apunté el nombre de Francisco junto a Soriano, y la palabra Zaragoza y Balay. Junto al nombre de David dibujé un interrogante a lápiz. Me dije que no hacía daño a nadie apuntando aquello, después guardé la foto en un cajón y me prometí no volver a sacarla de ahí.

La prensa no vinculó el ataque a Ana con el Estrangulador del Campus. Tampoco parecía tan raro, ya que ella seguía viva, y además la había atacado por la tarde y no de madrugada. Aun con todo me sorprendía que no hubiera ningún policía bocazas largando por ahí que los casos estaban relacionados, pero desde luego era mucho mejor así para que los periodistas no molestaran a Ana, que bastante tenía ya.

Ana escribió en el grupo de whatsapp de amigos explicando que la habían asaltado el sábado, y que estaba bien pero había decidido irse unos días a Barcelona para intentar desconectar de todo. Obviamente todos le preguntaron por el tema, y cuando ella dio largas, me preguntaron a mí y a Isabel esperando que supiéramos algo más. Raúl, que normalmente no se entera de mucho y últimamente andaba desconectado por la de Panticosa que lo tenía abducido, me escribió un whatsapp privado.

—“Oye, ¿lo de Ana no tendrá nada que ver con las niñas muertas, no?”
—pues es que a veces Raúl no es tan tonto.

—“No, fue un gilipollas que quería robarle, ella se ha llevado un buen susto pero está bien”

No sé si me creyó o no, pero no preguntó más.

Pasaron los días y no tuve noticias de Ana, aunque Isabel nos iba poniendo al día porque con ella hablaba con frecuencia. Yo no llevaba bien estar delante cuando los amigos sacaban el tema, y sobre todo cuando me preguntaban, así que opté por evitarles y me salté varias quedadas para echar cervezas, hasta que la cosa se calmara. Me limité a seguir yendo a mis clases de alemán y al fisio, y reduje las quedadas con los colegas a algunas sesiones de videojuegos y fútbol, cuando hablábamos poco y había menos probabilidades de sacar el tema de Ana.

Había otra razón más para limitar mi vida social. Resultaba fácil tomar la decisión de mantenerme al margen del caso, resultaba fácil convencerme de que hacía lo correcto, pero sabía que había algo que haría mucho más difícil mantener mi decisión, algo que me aterraba, y era volver a cruzarme con una chica transparente. Si salía poco de casa y evitaba el Campus tenía menos probabilidades de encontrarme con una, o eso creía yo.

Fue un lunes por la tarde al salir de una revisión del médico, mi madre insistió en entrar a un bar a tomar algo e invitarme a una tapa antes de volver a casa. Creo que había notado mi mal humor y que cada vez salía menos, que echaba de menos a Ana ahora que no estaba en Zaragoza, también a Raúl que andaba medio desaparecido con la de Panticosa, y el hecho de que mi

búsqueda de trabajo no estuviera dando ningún fruto tampoco ayudaba. Al ir a sentarme en una mesa libre la vi sentada un par de mesas más allá.

—¿Qué quieres? —me preguntó mi madre.

—Una caña —balbuceé, intentando que no se diera cuenta de mi consternación.

Mi madre se fue a la barra a pedir, yo me quedé absorto mirando a la chica. Era morena de pelo largo, y transparentaba. La chica sentada a su lado se levantó para ir al baño y pasó a mi lado. Al verme ahí de pie como un pasmarote mirando a su amiga, se me quedó mirando ella a mí. Sentí que me reconocía, también a mí ella me resultó familiar.

—¿Carlos? —familiar, pero no como para ubicarla y recordar su nombre —Soy Catalina, amiga de Lorena —genial —¿Qué tal estás? —me dio dos besos —Lore me contó que lo habíais dejado, es una pena, hacíais tan buena pareja...

Yo asentí, intentando contenerme y no ser borde por ese comentario.

—Sí, bueno, así son las cosas... ¿Tú qué tal todo?

—Bien, todo bien, currando que ya es mucho.

—Sí, yo ando buscando curro, no hay manera...

—Está la cosa fatal.

—¿Qué estás con amigas del cole? —pregunté, porque recordé que Catalina era amiga de Lorena del colegio, y de repente se me ocurrió que Lorena podía estar al llegar.

—No, no, estoy con una compañera de curro.

—¿Has encontrado curro de lo tuyo? —no me acordaba qué era lo suyo.

—Qué va, estoy en la Fnac, en la zona de discos, pero es trabajo —vio que mi madre volvía a la mesa —Si pasas algún día ven a saludar ¿vale? Te dejo. Me alegro de verte.

Se fue al baño y mi madre se sentó a la mesa, trayéndome una caña y también una croqueta de boletus. No se contuvo y tuvo que preguntar quién era esa chica tan maja con la que había estado hablando. Yo le expliqué lo justo, mientras seguía desviando la mirada hacia la chica transparente. Morena, pelo largo, veintipocos, y sí, se parecía a Violeta, sobre todo porque llevaba pintalabios rojo, se parecía mucho a Violeta. Maldije mi mala suerte. Me tomé la cerveza y la croqueta mientras mi madre parloteaba sobre mi hombro y mi recuperación, y yo le daba réplica con poco más que monosílabos. No podía dejar de pensar en esa chica transparente. Sabía que no podía hacer nada, y al mismo tiempo sentía la necesidad de hacer algo.

Al llegar a casa aún seguía dándole vueltas. Decidí olvidarme del tema. En cualquier caso no podía estar completamente seguro de que fuera su próxima víctima, por lo que yo sabía esa chica iba a morir de un ictus natural e irremediable. Intenté convencerme de que no había nada que yo pudiera hacer, pero no me fue muy bien en mi intento.

Un par de días más tarde llamaron por teléfono a casa, lo cogió mi madre, yo la escuché hablar en la cocina.

—Qué alegría oírte, cielo, ¿cómo estás? Carlos ya me contó... ¡Qué cosa más terrible!

Me levanté de un brinco y fui corriendo hasta allí, vi a mi madre enganchada al inalámbrico con gesto de preocupación.

—Qué horror... —me vio y vocalizó Ana, yo me acerqué para que me diera el teléfono, pero no lo soltó —Parece increíble que estas cosas ocurran, y tan cerca de uno... De verdad espero que cojan a ese monstruo pronto, sólo así descansaremos tranquilos...

—Mama, dame el teléfono —protesté, me hizo un gesto para que esperara.

—¿Y en Barcelona estás bien? ¿Tu hermana te cuida?

—Mamá —protesté. Asintió, pero no me lo dio.

—Claro, cielo, y ya sabes que para lo que quieras... —me sentí tentado de quitárselo por la fuerza —Sí, sí, aquí lo tengo... —seguía hablando, yo me estaba desquiciando —Claro, sí... Sí, sí, está aquí, te lo paso. Un abrazo muy fuerte... un beso...

Me dio el teléfono con toda la calma del mundo, yo casi se lo arranqué de las manos. Me fui rápidamente a mi cuarto y cerré la puerta.

—¿Ana?

—Hola, Carlos.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal estás? —balbuceé.

—Oye, ¿tienes el móvil por ahí cerca?

—Me lo he dejado en el salón ¿por? —pregunté extrañado, por un momento pensé que llamaba para pedirme algo del móvil y no para hablar conmigo.

—No, por nada, mejor —no entendí por qué me preguntaba por el móvil pero me dio igual.

—¿Cómo estás?

—Bien, dentro de lo que cabe... Voy con un cuchillo en la mano incluso al baño, pero bien —soltó algo parecido a una risa.

—¿Un cuchillo? —balbuceé.

—En realidad una navaja Opinel.

No supe qué contestar a eso, así que cambié de tema. Le pregunté por Barcelona, por su hermana, si podía centrarse y estudiar... Me dijo que estaba bien allí, y que hacía lo que podía con las oposiciones. Le conté que las revisiones médicas iban bien, que el hombro no me daba tanta guerra aunque aún no podía girar el brazo por completo, pero que ya volvía a ir en moto a todas partes. Le dije que había estado con los colegas el finde viendo al Barça, y que habíamos hablado de ella y todos la echábamos de menos. Hablamos hasta de las elecciones al Parlamento Europeo, era un buen tema del que hablar con Ana porque se esperaba que los de Podemos dieran guerra y hablar de Podemos siempre le ponía de buen humor.

—¿Vas a venir a votar? —así podría verla.

—He votado por correo —pues vaya.

Seguimos hablando durante un buen rato. Me sentí animado al ver que ella estaba animada y que tenía ganas de hablar conmigo.

—¿Y por lo demás, todo bien? —me preguntó.

Yo dudé un instante.

—Sí... todo... todo bien.

Se quedó en silencio un instante.

—¿Ninguna novedad de... ya sabes?

—No he hablado con la poli desde... bueno, desde eso.

—¿Y...?

—No sé nada del tema, te dije que me mantendría al margen y lo voy a hacer. Voy a quedarme al margen, pase lo que pase.

Se quedó callada de nuevo.

—Carlos —murmuró —¿Hay algo que... quieras contarme?

Yo dudé.

—No —mentí, sí que quería contárselo, me moría de ganas, pero no podía, no era justo para ella.

—Carlos —repitió —Puedes contarme lo que sea, soy yo.

Yo dudé de nuevo. Pensé que sí era ella, seguía siendo Ana, mi mejor amiga. Estaba ahí hablando conmigo, preguntándome, escuchándome...

—He visto a una chica transparente, antesdeayer, en un bar —Ana se quedó callada, no podía verle la cara para interpretar qué pensaba, pero imaginé que no le habría gustado nada lo que acababa de decirle —No voy a hacer nada, Ana, te prometí que no lo haría.

—Vas a dejar que muera —Me quedé sin habla, aquello sonaba a acusación. Fruncí el ceño sin saber cómo tomarme aquello —Vas a dejar que la mate.

—¡Ana! —protesté.

—¿Sabiendo lo que ese cabrón va a hacerle vas a quedarte de brazos cruzados? —¿por qué leches hurgaba en la herida?

—Tendré que hacerlo —protesté —Claro que quiero ayudarla pero... si es ella o tú, entonces...

—Carlos, si no haces nada y esa chica muere... No sé cómo vas a vivir con eso.

—Viviré con lo que haga falta porque sabré que lo he hecho para protegerte, a ti y al resto de gente que me importa. Mira, es una mierda, no quiero que la mate y no puedo quitármelo de la cabeza, pero si tengo que elegir entre alguien que no conozco o alguien a quien quiero... entonces lo siento, pero la elección es fácil...

—Podría no ser una elección, podrías salvarla.

—Y él sabría que me he vuelto a entrometer.

—Podrías ser más listo esta vez, al menos ya sabemos cómo nos siguió el rastro, fue por el móvil. La policía me llamó para que fuera a buscarlo, me han confirmado que me lo había hackeado, utilizó una aplicación para espiar mi móvil, pero no se puede rastrear... Me dijeron que ese tío había tenido acceso a lo que escribía, a mis conversaciones, y a mi localización... Seguro que hizo lo mismo con las otras chicas.

—Genial, es un asesino en serie y un puto hacker —gruñí.

—Me dijeron que incluso se puede usar un móvil como si fuera un micro ¿lo sabías?

—¿En serio? —no, eso no lo sabía.

—Y ni siquiera es tan difícil, basta un programa que hay que descargarse, o comprarlo pero es barato...

De repente entendí la pregunta del teléfono al inicio de nuestra conversación.

—¿Crees que... ha podido escuchar todo lo que hablaba cuando tenía el móvil cerca? —la idea me dejó helado, malo era que leyera mis mensajes, ¿pero que escuchara mis conversaciones? Era una idea aterradora.

—Podría haberlo hecho —opinó Ana —No escribes tanto por whatsapp o facebook sobre tu... superpoder —yo quise decir que no era un superpoder, pero pensé que mejor no interrumpir para eso —Pero hablas del tema, y

hablamos de Elena y de la carta mientras tenías el móvil cerca... e hiciste preguntas sobre Violeta con el móvil cerca también.

—¿En serio crees que...? Joder, si me ha estado escuchando... lo sabe todo sobre mí y sobre lo que he hecho.

—Tienes que limpiar tu móvil, o cambiártelo.

—Puede que no escuchara todo lo de Violeta, había música casi todo el tiempo... ¿Y de dónde iba a sacar el tiempo para escuchar todos los audios? Los míos y los de las chicas a las que acosa... Eso requiere mucho tiempo y tragarse muchas tonterías...

—Es poco probable que lo escuchara todo, pero puede haberlo hecho...

—¿Cómo consiguió instalarte esa aplicación? ¿Hace falta acceso físico al móvil?

—Qué va, basta darle a un link o descargarse una aplicación que no es lo que crees, o peor aún, conectarse a un wifi abierto creyendo que es público, que a lo mejor incluso se llame wifi abierto o wifi Zaragoza, pero que resulte que es de alguien que te lo ha abierto para ti, una vez que te conectas estás vendido.

—Qué puta mierda —protesté, la de veces que me había conectado yo a redes abiertas tan alegremente.

—Hay un vídeo de Salvados sobre esto, deberías verlo —yo asentí, lo haría —Por si acaso, toma precauciones. Limpia tu teléfono, ponte un buen antivirus o formatealo. O mejor aún, cómprate otro teléfono, y no te conectes a redes raras...

—Pero me gusta mi iPhone...

—Carlos —protestó, yo asentí de mala gana.

—Puedo informarte por facebook de que la poli me ha encontrado una aplicación espía, así tendrá lógica que reacciones...

—Vale —acepté a regañadientes, porque quería dejar el tema —Pero en cualquier caso da igual, me habrá oído hablar de que no voy a volver a involucrarme, y... no he hablado con nadie de la chica nueva. Así que sabe que estoy fuera. Y no sabe que sé quién es su próxima víctima.

—Mejor —repuso Ana —Y si haces algo al respecto, recuerda que tu móvil es un lastre.

Yo quise protestar e insistir en que no iba a hacer nada, pero me quedé callado por no discutir. Vi que Ana tampoco decía nada más.

—No sé cómo... voy a poder volver sabiendo que ese tío está por ahí... —murmuró, le tembló la voz al decirlo.

—Lo cogerán, tarde o temprano la policía dará con él —aseguré.

—Han pasado meses y no lo han cogido.... ¿Y aunque lo cojan qué? Lo encerrarán unos años y volverá a estar libre —protestó —Ese tío no debería volver a pisar la calle nunca... Mientras esté por ahí no creo que pueda volver a sentirme segura... Quiero... quiero que desaparezca —escuché que le fallaba la voz —Ni siquiera quiero que lo cojan, lo que quiero es que esté muerto.

Ambos nos quedamos en silencio, yo no sabía qué contestar a eso.

—¿Soy una persona horrible por querer que otro ser humano muera, verdad?

—No, claro que no —aseguré —Es normal, Ana. Sólo quieres sentirte a salvo...

—Nadie está a salvo mientras él esté por ahí. No debería morir nadie más. No sé por qué ves lo que ves, pero creo que es tu responsabilidad hacer algo. Tienes una obligación moral.

—Ana, no quiero ponerte en peligro otra vez.

—Estuve atada como estará esa chica, sabiendo lo que me iba a hacer... y estaba aterrada —sollozó —Y yo tuve suerte porque se fue, pero esas chicas... ¿Puedes imaginarte lo que es encontrarte de repente atado, totalmente expuesto, a merced de un asesino, alguien que sabes que va a violarte y estrangularte?

—Ana, déjalo —interrumpí —No pienses en eso.

—Te culparás para siempre, y no quiero ser la excusa, porque entonces me culparía yo.

—No es sólo por ti. Si no eres tú podría ser cualquiera, podría ser Isabel o mi hermana, o qué sé yo...

—Esa chica no merece lo que le va a pasar, y tú puedes evitarlo.

—Él lo sabría —protesté.

—No dejes que lo sepa. Cometimos un error con Elena, y no me refiero a usar nuestros teléfonos. No pensamos en que si evitábamos que la atacara a ella, simplemente elegiría a otra. Ese fue nuestro verdadero error. Hay que parar a ese tío para siempre.

Quise protestar, pero no sabía qué decir.

—Piénsalo —murmuró, la oí sonarse la nariz —Sabes que es lo correcto, Carlos, igual que lo sé yo. Te dejo, cuídate.

Me colgó. Repasé la conversación en mi cabeza varias veces, y durante los días siguientes seguía dándole vueltas. Ana tenía razón, intervenir era lo

correcto, pero también era lo correcto proteger a mi familia y amigos. Tenía dos opciones de mierda y me tocaba elegir la que fuera un poco menos de mierda que la otra.

Capítulo 29. La jodida Sherlock Holmes

El viernes por la noche había quedado con los colegas para jugar a la play en casa de Dani. Al llegar al portal me encontré a Lorena sentada en el bordillo, la miré como quien ve un fantasma.

—¿Qué haces tú aquí?

—¿Podemos hablar? —fui a negarme —Es importante, Carlos.

Quise mandar a la mierda y entrar en el portal, pero en lugar de eso la seguí al bar más cercano. Pedimos dos cañas, que al menos pagó ella, y nos sentamos en una mesa en un rincón.

—¿Por qué no avisas a tus amigos de que llegas tarde? —propuso.

Yo la miré extrañado por aquella preocupación por mis amigos y porque pudieran estar esperándome.

—No me he traído el móvil —contesté, lo cierto es que últimamente lo evitaba como si estuviera envenenado.

—Ah, vale —repuso ella, satisfecha con mi respuesta —¿Qué tal te va todo?

—Bien —contesté escuetamente, de nuevo me resistí a preguntarle qué tal le iba todo a ella.

—Yo también bien, gracias —la miré con cara de limón, ni le había preguntado ni me importaba, y ya debería habérselo aprendido, la verdad — Me han hecho fija en el curro.

—Te lo mereces por tu dedicación y entrega.

Me miró molesta, yo quise seguir hurgando.

—Me dijo Catalina que te vio el otro día —se me adelantó. Yo asentí, molesto por el cambio de tema, quería seguir pinchando —También me dijo que no le quitabas ojo a una amiga suya.

—No es verdad, no miraba a nadie —me puse a la defensiva.

—No pasa nada, es normal que te intereses por otras chicas... Y Lucía es bastante guapa —alcé la mirada sorprendido.

—¿La conoces?

—Sí, la atracaron hace un par de semanas, la acompañé a poner la denuncia y para el tema de la identificación del atracador y eso...

—¿Creía que tú te dedicabas a ayudar a los criminales y no a las víctimas? —ataqué.

Me miró de nuevo irritada, pero conteniéndose.

—Estaba asustada y Catalina me pidió que la acompañara. A veces un

abogado es todo lo que hace, ayudar para un trámite con la policía...

Asentí con gesto de aburrimiento, me daba igual todo eso.

—¿Te gusta esa chica? —preguntó.

—Eso no te importa —refunfuñé.

Se encogió de hombros.

—No me importa si quieres intentar hacer algo...

—No necesito tu puta aprobación.

—Podría presentártela.

La miré sorprendido.

—Eso es... no sé... raro —murmuré.

—Vale, lo que sea —se rindió, obviamente sus intentos por agradarme no estaban dando resultado.

—¿Qué era eso tan importante que tenías que contarme? Tengo cosas más importantes que hacer.

—¿Jugar a la consola?

—Es más importante que hablar contigo —aseguré.

Me miró de nuevo molesta pero procurando no alterarse. Pensé que había mejorado en paciencia, estaba aguantando muy bien mis pullas, y yo estaba dándole todo.

—He hablado con Ana —dejó caer como si tal cosa.

La miré confuso, por un instante me pregunté de qué Ana me hablaba.

—¿Ana...? ¿Ana?

—Sí, Ana. Le escribí cuando me enteré de lo que le había pasado y desde entonces hemos hablado un par de veces.

Me eché para atrás en la silla, sorprendido, ¿cómo que habían hablado un par de veces?

—¿Sois amigas ahora o qué?

—Me preocupo por ella y ha pasado por mucho... Y, quieras que no, tengo experiencia tratando con víctimas y con la policía, la gente no suele saber qué decir después de que ocurran cosas así... Quería darle mi apoyo y estar ahí para ella —la miré extrañado, jodidas amigas del alma parecían de repente —Ayer me llamó al despacho —fruncí el ceño más confuso aún — Quería que te ayudara.

—No necesito tu ayuda, ¿por qué iba a necesitar tu ayuda?

Miró a su alrededor y se inclinó hacia delante, bajó la voz.

—Carlos, sé que has estado investigando el caso del Estrangulador del Campus, y sé que por eso atacó a Ana.

Me dejó sin habla.

—¿Ella... ella te...?

—Hasta ahí lo deduje yo sola.

—¿Cómo hasta ahí? —¿es que había más?

—Sé que estás intentando mantenerte al margen, por el bien de Ana y de otras personas que te importan. Creo que es lo más sensato, dejar a la policía hacer su trabajo —yo asentí, ese era el plan, sí —Pero, Carlos, si sabes algo que pueda ayudar a evitar otro crimen... deberías hacer algo al respecto, y me gustaría ayudarte.

Negué sorprendido.

—No necesito tu ayuda.

—No digo que la necesites, digo que cuentes con ella.

—Mira, no sé de qué vas, algún intento absurdo de... redención, supongo... pero no necesito tu ayuda. Y ya no estoy investigando nada ni tengo nada que ver con el caso.

—Ana dijo que sabes quién va a ser su próxima víctima.

Me quedé helado, negué con efusividad. Joder, con Ana.

—Eso es una gilipollez, ¿cómo iba a saberlo?

—No lo sé, eso no me lo dijo.

—Es imposible que lo sepa —aseguré —Ni yo ni ningún otro que no sea el mismo asesino.

—Entiendo que quieras quedarte al margen, no quieres que tome represalias contra ti... Mira, sé cómo te tienes que sentir por lo que le pasó a Ana —yo aparté la vista incómodo —Pero, Carlos, no fue culpa tuya.

—Claro que lo fue —protesté, dudé si continuar o callarme, pero Lorena parecía saber suficiente, no había mucho que ocultar —Fue a por ella por mi culpa, para advertirme.

—Si tanto le molestaste entonces es que algo debías de estar haciendo bien —observó ella.

La miré sorprendido, no se me había ocurrido verlo así.

—No estoy más cerca de saber quién es, y no sé nada que la policía no sepa.

—Si eso fuera cierto nunca le habrías importado ¿no crees? Déjame ayudarte, Carlos.

—Tú no puedes ayudarme, no... no necesito ayuda. Estoy fuera. Esto es cosa de la policía.

—¿Sabes quién va a ser su próxima víctima, verdad? —insistió.

—No, no lo sé, ¿cómo coño iba a saberlo? Lore, mira, tengo que irme...
—me levanté para largarme.

—¿Es Lucía? —me quedé helado. Dudé entre irme o quedarme, aquel instante de duda fue suficiente para ella —¿Por eso la mirabas tanto el otro día? ¿No es porque te gustase, verdad?

De nuevo dudé, ¿qué era, la jodida Sherlock Holmes, Lorena? Opté por fingirme sorprendido.

—No sé de qué coño hablas. Me pareció guapa y ya está...

—Es muy choni para ti —opinó.

—A lo mejor me he cansado de las pijas.

—Si es la próxima víctima hay que avisarla —opinó, ignorando deliberadamente mi pulla.

—No, no es la próxima víctima.

—Entiendo que no se puede ir a la policía sin una explicación, pero tal vez yo pueda ir a hablar con Lucía y advertirla...

—¡No! —exclamé asustado, los de la mesa de al lado nos miraron sorprendidos, me senté de nuevo y bajé la voz —No puedes hacer eso.

—Sólo aconsejarle que tenga cuidado, para que tome precauciones... Puedo sacar el tema de conversación de alguna manera, puedo inventarme que he visto a un tío raro fijándose mucho en ella o algo así...

—Y él lo sabría, no puedes hablar con ella —protesté.

Me miró pensativa.

—Así que sí es ella, es la próxima.

Maldije a todos mis muertos por haberme expuesto así, y maldije a Lorena por habérmelo sonsacado, tan fácilmente además.

—No voy a explicarte cómo lo sé —aseguré, al menos conservaría eso, de todas formas no me creería de contárselo.

—Entonces no te lo preguntaré —aceptó ella.

Nos miramos en silencio un instante.

—Ana me dijo que le habían hackeado el móvil, y que así fue como ese tipo supo que estaría sola el día que la atacó. Por eso me llamó al despacho desde un fijo. Por eso te he ido a buscar a casa de Dani en vez de escribirte —me pregunté si Ana también le había contado que teníamos partida o si simplemente lo había deducido al ser nuestro plan de casi cada viernes —Me dijo que probablemente también ha hackeado el tuyo.

—Por eso me has preguntado por el teléfono —comprendí, no le importaba que avisara a mis amigos de que llegaba tarde, quería estar segura

de que no llevaba el móvil encima.

—Se puede convertir un móvil en un dispositivo de micrófono, incluso estando apagado, y usar la cámara para grabar, aunque todo eso consume mucha batería. Ana no notó que su batería se gastara más rápido de lo habitual. En cualquier caso, es mejor que cuentes con esa posibilidad.

Yo la miré confuso, preguntándome cómo leches sabía tanto de esas cosas.

—Los iPhones son más difíciles de hackear que los móviles con Android, lo he leído.

—Más difíciles pero no imposibles. ¿Has notado algo raro con tu batería?

—Mi batería dura una mierda, pero es porque es un iPhone —opiné. Adoro mi iPhone y lo odio a la vez.

—Sí, pero lleva durándote una mierda desde hace mucho —recordó Lorena —¿No has notado que se gaste más últimamente, no? ¿O que se caliente mientras no lo usas? Me refiero a desde que empezó todo esto...

Lo pensé un instante y negué. Tenía que poner a cargar el móvil cada noche, si hacía fotos o whatsappaba más de lo normal, incluso a media tarde; pero llevaba igual un año así, si no más.

—Hace ya mucho que tengo que cargarlo cada noche...

—Si ese tío hubiera empezado a usar tu móvil como micrófono, la batería no te habría llegado ni a la hora de comer —opinó Lorena.

—Eso es bueno —murmuré aliviado.

—Sí, probablemente sólo grabe tus llamadas y acceda a tus redes sociales y al whatsapp. Aun así, si no quieres que pueda rastrearte no te lo lles, o apágalo y sácale la batería. Si lo llevas contigo sabe dónde estás.

Asentí tomando nota mental, era un buen consejo.

—Sabes mucho de estas cosas —observé.

—Es ilegal y ocurre con frecuencia.

—¿Has tenido algún caso de esto?

—Miguel Ángel está trabajando en uno...

—¿El gilipollas engominado al que te follabas mientras salíamos? —interrumpí. Lorena prefirió ignorar mi comentario.

—El marido le descargó un programa espía a su mujer para grabar sus conversaciones y mensajes, quería conseguir pruebas para el divorcio. Cada vez habrá más casos así...

—¿No hace falta ser un hacker para espiar el móvil de otra persona?

—Qué va, muchos de esos programas los venden por Internet, y muchos se venden legalmente, para poder rastrear tu propio teléfono, pero se usan ilegalmente para rastrear teléfonos de otras personas.

—¿Para qué coño iba nadie a querer rastrear sus propios whatsapps?

—Es un mundo nuevo, y la ley se adapta despacio —explicó Lorena.

—Pues vaya mierda —gruñí.

—Habrá hackeado el móvil de Lucía, no podemos hacer nada que deje constancia en su teléfono, ni hablar con ella por facebook, ni whatsapp...

Pensé que dejarle una carta a Elena no había sido tan mala idea después de todo. Ese tipo habría podido interceptar un email, y además si espiaba a sus víctimas por el móvil no las espiaría en persona, así que no me habría visto rondar a Elena ni habría visto a Ana dejarle la carta en el parque... Claro que se había enterado igualmente de que lo de la carta había sido cosa mía, o al menos de que había sido yo quien había asustado a Elena.

—No quiero advertirla, no quiero que ese tío piense que estoy poniendo a Lucía sobre aviso...

—Pero algo hay que hacer para que no la mate —objetó.

Yo no supe qué contestar. Obviamente quería evitar que muriera, pero no quería intervenir.

—A lo mejor yo puedo hablar con ella, somos más o menos amigas —quise protestar, pero comprendí que no se refería a advertirla —Puedo enterarme de sus planes, saber cuándo espera estar sola... y puedo decirle abiertamente aquello que nos parezca bien que el asesino sepa. Podríamos incluso usar eso a nuestro favor.

La miré sorprendido por esa idea.

—¿Usarlo a nuestro favor? ¿Cómo? —pregunté intrigado, me gustaba la idea.

—No lo sé, pero ese tío ve lo que Lucía escribe y lo que le escriben, igual que probablemente ve lo que escribes y te escriben a ti... Puede sernos útil.

Me di cuenta de que Lorena tenía una mente muy retorcida, y también me di cuenta de que ella veía todo aquello de otra manera, para ella todo aquello era algo lejano, y simple, porque aquel asesino no tenía nada que ver con ella.

—No quiero que hables con Lucía, ese tío podría saber quién eres o pensar que estoy tramando algo... —me seguía sin gustar la idea de intervenir, y menos aún la idea de que Lorena se involucrara, Ana ya se había

involucrado antes para ayudarme y no había salido bien.

—Pensaremos bien qué hacer, no haré nada que no te parezca bien que haga —prometió.

Yo asentí medianamente satisfecho, la miré pensativo.

—Meterse en esto es peligroso... no es un juego —Lorena asintió — ¿Por qué quieres ayudarme?

—Necesitas ayuda. Conozco los trucos que utilizan los criminales para cubrir su rastro y conozco a Lucía, y no quiero que muera.

—Te has ofrecido a ayudar antes de saber que su próxima víctima era Lucía —objeté, porque no me lo creía, tenía que tener un objetivo oculto.

—Con más razón quiero ayudar sabiendo que va a ir a por ella.

—¿Arriesgarías la vida por una tía a la que acompañaste a poner una denuncia? ¿En serio? Porque ya has visto lo que ha pasado con Ana...

Vi que lo pensaba un instante, asintió.

—Quiero ayudarte. No quiero que te pongas en peligro por hacer esto solo, ni quiero que te sientas culpable por no haber hecho nada... Y además, no me importaría nada ayudar a que detengan a ese cabrón.

—Tú eres abogada defensora —protesté, ella defendía a cabrones como ese, como ese o parecidos... bueno, vale que asesinos en serie no había defendido ninguno, los criminales que defendía normalmente eran gente bastante más normal que había hecho cosas ilegales bastante más normales... pero aun con todo.

—¿Y por ser abogada no quiero que detengan a un violador asesino que ha atacado a una amiga y que probablemente va a seguir violando y matando hasta que lo cojan? —protestó, visto así... Pero no, seguía sin creérmelo, tenía que tener una razón más importante, más egoísta. Sólo se me ocurría una.

—Da igual lo que hagas, me pusiste los cuernos, no puedes arreglar eso. Por mucha ayuda que me ofrezcas, seguirás siendo la zorra que después de tres años juntos me engañó con otro.

Bajó la vista, irritada o tal vez dolida por mis palabras, pero no intentó defenderse.

—Sé lo que te hice y sé que no tiene arreglo... Pero quiero ayudarte y puedo hacerlo. Déjame ayudarte.

Dudé de nuevo, pero su oferta era tentadora.

—No haremos nada si no creo que es suficientemente seguro ¿vale? — Lorena asintió con gesto obediente.

Acordamos que Lorena investigaría a Lucía para conocer su rutina y cuando tuviera suficiente información me escribiría un whatsapp para vernos, en código, me diría que había encontrado algo mío en su casa y me diría un día para ir a buscarlo. Yo propuse contestarle que prefería que lo tirara a la basura que volver a verle la cara, como código de aceptación del día y la hora. No le hizo mucha gracia mi propuesta, pero la aceptó cuando insistí en que era más coherente con la relación que habíamos tenido en los últimos meses.

Decidí hacer caso a Ana y a mi sentido común, y hacer algo respecto a mi móvil muy probablemente hackeado. Lorena había dicho que podíamos usar eso como ventaja, así que me resistía a formatearlo o limpiarlo seriamente. Además, temía que cualquier intento mío por limpiar el móvil desencadenaría otro intento de ese cabrón por hackearlo, y si resultaba que ese tío sabía lo que hacía, poco iba a poder hacer yo por librarme de él. Le instalé un antivirus a mi móvil, para que pareciera que me esforzaba un poco, y después decidí hacer algo mejor, me compré otra tarjeta sim, en realidad le pedí a Raúl que me comprara otro número a su nombre, y recuperé un móvil Samsung viejo que tenía la pantalla rajada. Usaría ese teléfono para cosas que no quisiera que ese cabrón supiera, y seguiría usando mi iPhone para tonterías sabiendo que probablemente ese cabrón lo espiaba.

Un día al salir de clase de alemán un compañero dijo que tenía que ir a la Fnac a comprarse un disco duro portátil, no pude resistirme a acompañarle y darme una vuelta. Pensé que resultaba inofensivo, mucha gente va a la Fnac, yo mismo había estado mil veces. Encontré a Lucía tan transparente como la otra vez, más transparente en verdad, pero al menos todavía no parecía que su muerte fuera inminente.

Capítulo 30. Una idea horrible

El miércoles de la semana siguiente Lorena me envió un whatsapp diciendo que había encontrado un pendrive mío en su casa y que podía pasar a buscarlo. Yo le mandé a la mierda como teníamos acordado, y a eso de las siete, cuando sabía que llegaría a casa del curro, fui para su casa.

No pude evitar sentirme incómodo y fuera de lugar al entrar al familiar portal, al llamar a aquella puerta a la que había llamado tantas veces... Lorena me abrió todavía vestida con la falda y blusa del trabajo. Los tacones los había dejado a la entrada, lo cual rebajaba al menos un poco su aspecto de abogada estirada. Además, sin los tacones yo volvía a ser claramente más alto que ella, lo que me hacía sentir un poco menos intimidado al estar en su casa otra vez.

Me llevó a su cuarto, yo entré mirando todo a mi alrededor como quien atraviesa un camino lleno de minas. Había pasado muchas horas en aquella habitación, resultaba demasiado familiar. Todo estaba prácticamente igual que hacía unos meses. Distinguí una foto nuestra enmarcada en la estantería sobre la cama. Me pregunté por qué leches tendría esa foto aún ahí. Reconocí la foto, se nos veía abrazados, ella miraba a cámara, estaba especialmente guapa en esa foto, y yo la miraba a ella con gesto agilipollado. No me extrañaba que le gustara esa foto, ella salía particularmente bien y yo parecía loco por ella. Recordé el momento en que nos habíamos hecho la foto, en su apartamento de la playa. Era un selfie, aunque parecía que nos hubiera hecho la foto otra persona. Tenía un rollo casual, de pillados por sorpresa, pero lo cierto es que Lorena había hecho no menos de diez fotos diferentes, de las cuales esta había sido la versión ganadora.

Lorena abrió un cuaderno que tenía sobre la mesa y me señaló la cama para que me sentara. Yo me senté apenas apoyándome en el borde, como si quemara. Tenía demasiados recuerdos en aquella cama.

—Lucía vive en la calle San Lázaro, en el Arrabal. Vive con Javier, un compañero de trabajo gay. Javier tiene novio, Rodrigo, un fotógrafo que vive solo, por lo que pasa muchas noches fuera de casa en el loft de Rodrigo.

—Loft —me burlé yo, ¿quién usa esa palabra? Lorena suspiró e ignoró mi burla infantil.

—Trabaja en la Fnac, en horario de tardes o mañanas a semanas alternas. Sale bastante de fiesta, tanto viernes como sábados, por el Casco sobre todo. Se está viendo con un tío casado, suelen quedar un par de veces a

la semana, a mitad de día, casi nunca por las noches.

—¿Cómo demonios sabes todo eso? —interrumpí perplejo —No has hablado con ella ¿no?

—Le he pedido ayuda a un detective privado que ha trabajado para el despacho. Me aseguró que nadie podría rastrearle telemáticamente —aseguró al ver mi gesto de espanto —Él es de observar y hacer preguntas, muy a la antigua, nada de redes sociales...

—No deberías haber involucrado a nadie —protesté —¿Y si Lucía acaba muerta? ¿No le parecerá raro haber investigado a la víctima de un asesino en serie?

—No va a acabar muerta —protestó Lorena —Vamos a impedirlo —yo resoplé, no lo tenía tan claro —Para él es muy fácil y me dio consejos también. Y no me hizo preguntas, es de confianza y le caigo bien.

—¿Otro al que te has ganado en el despacho? —pregunté hiriente.

—¿No te cansas de acusarme de ser una zorra? —gruñó molesta.

Yo lo pensé un instante.

—No, todavía no —reconocí.

—Es un señor de cincuenta años casado.

—No creo que las relaciones estables supongan un freno para ti...

—¿Quieres que siga con Lucía? —interrumpió.

Asentí, aunque hubiera preferido seguir pinchando. Me contó la vida de Lucía, que básicamente se reducía a trabajar y salir de fiesta, no hacía mucho más. No había ido a la universidad, había terminado el bachillerato y se había metido a trabajar, primero en un bar de camarera, luego en la Fnac. Se movía por el centro y por su barrio, su madre y su hermana también vivían en el Arrabal y también sus amigos eran casi todos del barrio, nunca pisaba el Campus.

—¿No es universitaria ni estudia francés? —pregunté extrañado.

—Ni idiomas, ni estudios más allá de sacarse el bachillerato.

—A ese tío le gustan las universitarias.

—Puede que se haya dado cuenta de que las universitarias están más alerta, y al final si una chica encaja en el perfil físico ¿qué más da lo demás?

Asentí, podía ser. Claro que sabía que Marta, e Inés y Elena también, se parecían a Violeta en algo más, en sus gestos, su risa... Por otra parte, una chica sin estudios que trabajaba podía parecerse a Violeta en eso también. Desde luego algo tenía Lucía para que a ese cabrón le sirviera de recreación.

—¿Y dónde las encuentra? A las demás las pudo encontrar en el

Campus pero a Lucía no...

—Si busca un parecido físico, en cualquier parte. Podría haber visto a Lucía en la Fnac mientras compraba un disco...

—Imagino que Lucía no tiene ninguna relación con Francia o París ¿no?

—A simple vista no. Podría sacar más a través de las redes sociales...

—No —rechacé —Nada de Internet.

—Sólo me conectaría desde redes públicas y no usaría mi perfil, puedo crear un perfil falso a nombre de alguien de su curro y agregarla. Catalina me ha nombrado a un chico nuevo de informática que le gusta, Fernando no sé qué, puedo usar su nombre.

Miré a Lorena sorprendido por la idea.

—¿Eso de crear perfiles falsos te lo ha enseñado ese detective tuyo?

—Eso era algo que hacía un cliente. Utilizaba un perfil falso para camelar a chicas de instituto y que le mandaran fotos desnudas, se hacía pasar por el chico más guapo del instituto, hasta copiaba fotos tuyas para poder colgarlas en el perfil... Ellas se sentían halagadas porque el chico más popular les hiciera caso, aunque sólo fuera en las redes sociales y no en la vida real...

Yo miraba a Lorena perplejo.

—Tus clientes son de lo mejorcito que hay ¿eh?

—Hay de todo —objetó —Este era reincidente y acabó en la cárcel, no es como que libremos a gente culpable cuando las pruebas son claras, pero intentas conseguirles la menor pena posible —explicó.

—¿La menor pena posible para alguien que colecciona fotos de niñas desnudas? —protesté.

Lorena arrugó la nariz.

—Eran adolescentes —corrigió, la miré sorprendido porque intentara justificar a ese perverso —No es el cliente del que sentirse más orgullosa —reconoció —Aunque al menos eran fotos que las chicas se hacían de forma voluntaria, y él no las distribuía, eran para... uso privado —no lo estaba mejorando —No todos nuestros clientes son perversos asquerosos. Muchos son gente normal, incluso buena gente, que han hecho algo ilegal, a veces por simple necesidad... —intentó defenderse, yo preferí dejar el tema ahí.

—¿Crees que ese cabrón es un hacker de verdad o sólo alguien que compró un programa para espiar por Internet? Si es un hacker medianamente serio no deberíamos crear ningún perfil falso para espiar a Lucía...

—En principio para usar esos programas de espionaje no hace falta ser

un hacker experto, basta saber un poco... pero sí creo que este tío tiene un mínimo de talento si la policía no le ha podido rastrear, si hubiera comprado un programa sencillo sería fácil rastrear la compra o localizar el equipo al que se envían los datos...

—¿Así pillaron al cliente ese que espiaba a su mujer?

—El idiota de él pagó el programa espía con una tarjeta con cargo a la cuenta que compartía con su mujer... —Lorena puso los ojos en blanco. Yo me reí, los criminales tontos me hacían gracia, lástima que el cabrón que buscábamos no fuera uno de ellos —Por cierto, no te has traído el móvil ¿verdad?

—No, está en casa —aseguré, mi iPhone seguía castigado en el cajón. Lorena asintió satisfecha.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté yo, teníamos mucha información sobre Lucía pero seguía sin tener la menor idea de cómo evitar que ese cabrón psicópata la matara.

Lorena se encogió de hombros, pensativa.

—Creo que deberíamos advertir a Lucía, de alguna manera que no te vincule...

—No, no podemos advertirla.

—Si la avisáramos de alguna manera no rastreable...

—Ya lo intenté y no salió bien.

Lorena me miró sorprendida.

—¿Que ya lo intentaste? ¿Con Lucía?

—No, con otra chica, la anterior.

—¿La anterior fue Marta, tu...? —no supo, o no quiso, ponerle nombre a lo que Marta había sido para mí.

—No, otra chica, Elena. Le dejé una carta advirtiéndola, pero ese cabrón supo que había sido yo. Supongo que lo supo porque ya espiaba mi móvil, o porque espiaba el suyo y ella me nombró... Si ya me espiaba y sabía mi localización debió de saber que la rondaba, o supo que había ido a la comisaría al mismo tiempo que ella... El caso es que si ahora le dejo una carta a Lucía, o la advierto de alguna otra manera, ese cabrón sabrá que he sido yo.

—¿Ya has evitado que mate a otra chica antes?

—Fue por eso que atacó a Ana, para que no volviera a entrometerme.

Lorena me miraba confusa, normal, porque ella no conocía la historia de Elena. Le expliqué todo lo que Ana y yo habíamos hecho para ayudarla, lo de

la carta anónima en el parque y nuestro encuentro en comisaría. Al terminar vi que asentía pensativa, con una media sonrisa.

—Salvaste a esa chica.

—Y se buscó a otra —recordé lo que Ana había dicho, que nuestro error había sido no darnos cuenta de que si salvábamos a Elena, ese tío simplemente buscaría a otra —No puedo seguir identificando chicas y alertándolas eternamente —era la historia de nunca acabar.

Negué con la cabeza, necesitaba más que eso, necesitaba estar seguro de que ese tío no haría daño a nadie más, sobre todo a nadie que me importara. Necesitaba encontrar la manera de detener a ese cabrón para siempre.

—Si sabes que va a atacar a Lucía, deberías hablar con la policía — opinó Lorena —La policía puede protegerla, y pueden dar con ese tipo, utilizar la ventaja de saber que va a ir a por ella...

—No puedo dejar que sepa que me vuelvo a entrometer. Aunque fuera a hablar con la poli sin llevarme el móvil, puede tener hackeado el móvil de un policía o... qué sé yo... de alguna manera puede saber cómo va la investigación...

—Puedes hablar con el inspector Villalba, pedirle que mantenga tu anonimato por tu seguridad...

—Si ese cabrón se entera de que la policía vigila a Lucía, sabrá que he sido yo. Si la policía recibe cualquier ayuda externa, asumirá que estoy detrás... Además, no funcionó con Elena. Ella fue a la policía y no cambió nada, ese tío lo supo y simplemente cambió de planes y se buscó a otra.

—Probablemente Elena llevó el móvil a comisaría, la policía revisaría su teléfono para buscar esa aplicación espía y la encontró. Ese tío debió de saber que la policía había descubierto su aplicación y que ya no era seguro ir a por esa chica, que la poli la tendría vigilada...

Me quedé callado un instante, dándome cuenta de que al principio Villalba había considerado la carta de Elena una broma, pero después había pasado a tomársela en serio, probablemente tras encontrar esa aplicación espía en su móvil.

—Pueden ser más cuidadosos esta vez, no delatarse para que ese tipo no sepa que lo saben... —insistió Lorena.

—Aun con todo tendría que explicar cómo sé que va a atacar a Lucía... No puedo explicarlo. Y si aparezco sin pruebas diciendo que Lucía es su próxima víctima me tomarán por un paranoico.

—Si Lucía tiene esa aplicación te creerán.

—Si revisaran su móvil para buscar esa aplicación, ese cabrón lo sabría, y sabría que estoy detrás y... y entonces vendría a por mí. Y además la poli ya no me vería como un paranoico, pero sí como un sospechoso porque seguiría sin poder explicar cómo sabía que ese asesino quería matar a Lucía... y no puedo explicarlo. No, nada de policía.

—¿Y entonces? —protestó Lorena frustrada, se le agotaban las ideas.

—Sabemos que va a atacar a Lucía, tenemos esa ventaja. Él no sabe que sabemos quien es su próxima víctima.

—Pero no sabemos cuándo, y no podemos espiar a Lucía hasta que la ataque...

—Suele atacar en sábado. Supongo que porque es cuando las chicas salen de fiesta y beben, y le es más fácil drogarlas y agredirlas borrachas... Además ataca cuando los compañeros de piso no están, y normalmente de madrugada, cuando no es fácil que haya vecinos cotillas que puedan ver u oír algo...

—Si son universitarias podría atacarlas cualquier día que salieran de fiesta, los jueves por ejemplo... —opinó Lorena —Puede que trabaje entre semana y por eso prefiera los sábados —la miré sorprendido, no se me había ocurrido pero tenía sentido.

—En cualquier caso, podemos imaginar que atacará a Lucía en fin de semana, probablemente un sábado.

—Si no podemos reducirlo más que eso...

—Podemos —aseguré, cuánto transparentaba Lucía me daba una indicación, podía estar más o menos seguro de cuándo ocurriría —Puedo saber aproximadamente qué día, al menos qué fin de semana.

—¿Cómo puedes saber cuándo? —bufó.

—No te lo puedo decir —contesté —Y tú no ibas a preguntar —asintió a regañadientes.

—La policía podría tenderle una trampa de saber que va a por ella —insistió —Las ataca en sus casas y si sabes cuándo...

—No puedo avisar a la policía con antelación, ese tío podría saber que he sido yo... —no correría ese riesgo. Lorena asintió, resignada —Puedo saber qué noche irá a casa de Lucía, si la policía lo detuviera ese día, antes de que la atacara...

—¿Dices de esperar y avisar a la poli ese mismo día? —yo asentí —Sería mejor que la poli le tendiera una trampa, por el bien de Lucía —insistió, y dale con esa.

—No quiero hablar con la poli antes, no quiero darle margen a ese cabrón de saberlo y echarse atrás... Puedo tenderle una trampa yo —Lorena me miró pensativa.

—¿Quieres avisar a la poli cuando ese tipo ya esté en el portal de Lucía?

—Cuando sepa seguro que es él, que ya la está esperando y que si aviso a la poli seguro lo detendrán y lo condenarán.

—Bueno, si ese tipo no ha dejado huellas ni fluidos ni nada... No sé si sería tan fácil que lo condenaran por los otros casos... Estaría la aplicación espía, sí, pero a lo mejor es una aplicación común... Y está la droga, pero a Ana le inyectó algo y al resto les puso algo en la bebida ¿no? Se adapta y ha usado drogas diferentes, si la que usa es común o no siempre la misma...

—¿Qué quieres decir? —gruñí confuso.

—Sería sólo un tío en un portal acosando a una chica... Una chica a la que ha sedado y espiado con el móvil, pero lo de poner algo en la bebida es muy común y lo de la aplicación espía tampoco es tan raro... no sé si eso bastaría para acusarlo de los otros casos... Tal vez sólo daría para condenarlo por tentativa de violación...

—Y tentativa de asesinato —objeté —Las viola y las mata después.

—¿Lleva cuerdas encima o usa lo que encuentra en casa de sus víctimas para atarlas? La ropa y el maquillaje lo saca de casa de sus víctimas ¿no? Y no lleva armas consigo porque mata con las manos... —yo asentí confuso — Si no se lleva nada consigo, y no dejó huellas ni ADN en los asesinatos anteriores, si la policía lo detiene antes de montar toda la escena... podría alegar no tener nada que ver con los otros casos.

—¿Pero de qué hablas? —protesté.

—Cualquier abogado se limitaría a reconocer una tentativa para ese crimen, y negaría la vinculación con los otros casos. Incluso aunque hubiera algo más en lo que el caso se pareciera, podría decir que el verdadero asesino le inspiró, que decidió imitarle para pasar inadvertido su crimen...

Yo miraba a Lorena incrédulo.

—¿Dices que aunque le pillaran en el portal esperando a Lucía... como mucho le caería tentativa de violación?

—Digo que podría ser, Lucía se aleja lo suficiente del perfil, no siendo universitaria y eso... Te digo que eso es lo que buscaría yo como abogada —explicó —Y si no hay pruebas forenses para vincularlo con los otros asesinatos y todavía no ha montado la escena que le caracteriza... —Lorena se encogió de hombros, yo la observaba perplejo, aquello era una puta mierda

—Podría ser sólo un tío intentando violar a una chica a la que ha acosado... violaciones hay muchas, desgraciadamente...

—No —protesté —No, joder... es el mismo tío, tienen que detenerle por todo lo que ha hecho —Lorena me miró con gesto compungido, volvió a encogerse de hombros.

—No sería tan fácil si no hay huellas ni ADN o algo que lo vincule... y si no ha repetido aún su patrón...

—¿Me estás diciendo que para acusarle de los otros asesinatos tendrían que encontrarle en casa de Lucía una vez que ya la hubiera atacado, que si no nada?

—Digo que si ya la hubiera atacado sería más fácil —corrigió Lorena — Sería posible comparar su modus operandi con los otros casos, cómo entra en la casa, cómo las ata..., y su firma, lo que les hace de particular en su agresión, eso de la ropa y el maquillaje...

—Les pone vestidos de verano y les pinta los labios de rojo —expliqué —Y les deja flores —Lorena me miró sorprendida.

—¿Flores?

—Violetas, por su primera víctima. Se llamaba Violeta y le regaló violetas cuando la mató, y ahora también les lleva violetas a sus otras víctimas.

—¿Violetas para Violeta? —repetió sorprendida.

—Exacto —sí, era así de cutre —Es así de cutre.

—No sé si es cutre... o tierno —la miré perplejo.

—Es cutre —aseguré —¿Si tú te llamaras Violeta querrías que un chico te regalara violetas? Y no me refiero a tu sobrino de cinco años...

—Bueno, depende quién fuera el chico... Si es un tío raro que va camino de convertirse en un asesino en serie, no, no me gustaría, sería cutre e incluso inquietante... pero, no sé, si me las hubieras regalado tú me habría parecido... tierno, un gesto bonito —la miré perplejo.

—Yo no te habría regalado violetas si te llamaras Violeta porque eso es muy cutre —aseguré, ignorando el trasfondo de lo que estaba diciendo porque no tenía claro cómo tomármelo y porque resultaba incómodo, ella también optó por dejar el tema ahí.

—Lo de las flores no sale en la prensa —observó —Si lleva las violetas encima cuando las ataca, y mientras las espera en el portal, si la policía lo pillara con las violetas eso sí ayudaría a condenarle, por ese crimen y por los otros... Las violetas le condenarían —opinó —En realidad todo lo que

repetiera de su puesta en escena, todos esos detalles particulares, ayudarían a condenarle por los otros delitos también, sobre todo aquello que no salga en la prensa.

Asentí pensativo, Lorena también había bajado la vista pensativa, pero sus ideas y las mías iban por caminos distintos, puede que opuestos.

—En cualquier caso, no veo claro lo de avisar tan tarde a la poli —objetó ella —Ese tío les pone algo en la bebida cuando salen de fiesta ¿no? No va a estar mucho tiempo esperándola en el portal, llegaría poco antes que ella, puede que incluso a la vez... No podemos avisar a la poli tan tarde, entre que les llamas y vienen, ya tendría a Lucía dentro...

—Si la policía tardara un poco le daría tiempo a atarla, tal vez a vestirla, o al menos a empezar a buscar la ropa... a dejar las violetas en la mesilla, a repetir su puesta en escena, todos esos detalles particulares que ayudarían a condenarle...

—Sí —murmuró Lorena confusa —Pero es muy tarde, no sólo ya la habría drogado que bastante malo es, sino que ya la tendría atada y dentro de su casa, su vida ya correría peligro...

—Pero para meterle en la cárcel, y me refiero a por mucho tiempo... sería mejor que lo detuvieran entonces ¿no? —insistí.

—Hipotéticamente sí, claro, cuanto más lejos llegara más fácil acusarle, más detalles cuadrarían con los casos anteriores, y su firma con el rollo de la ropa y las flores... —yo asentí pensativo —Pero es muy tarde —repetió, soltó una risa nerviosa —Puestos a garantizar una condena, lo mejor sería que lo encontraran cuando ya la estuviera estrangulando, incluso ya muerta... —frunció el ceño, inquieta al ver que yo la miraba serio, ella no hablaba en serio.

—Sin dejar que la viole y la estrangule, ese sería el mejor momento para que lo pillaran ¿no? Una vez ya dentro habiéndola atado, cuando ya estuviera vestida y maquillada...

—No hablas en serio ¿no? —murmuró perpleja, yo la miré en silencio —Carlos, no podemos avisar a la policía tan tarde...

—¿Por qué no?

Negó sin poder creérselo.

—¿Quieres dejar que la... que la ate y vista antes de intervenir?

—Tentativa de violación es una puta mierda, tiene que quedar claro que es el mismo tío. Además, si no quiero avisar a la policía antes, si quiero esperar a avisarles el mismo día y sólo cuando le vea llegar para estar seguro

de que no sabe que me he entrometido, tendría que avisar entonces, y, como dices tú, entre que la poli llega y no, ya habría comenzado a montar su escena... Si espero a que esté dentro con Lucía atada y vestida, me aseguraría de que no se escapa y de que la poli le detiene seguro, y de que pueden condenarle por todos los asesinatos.

—Pondríamos en peligro la vida de Lucía y dejaríamos que fuera retenida por un psicópata que quiere violarla y estrangularla.

—Si espero a que entre, me aseguraría de que cogieran a ese cabrón, lo haría por Lucía y por las demás también.

Lorena negaba con la cabeza, le parecía una idea horrible. No le faltaba razón, sí que era una idea horrible, pero las pocas opciones que se me ocurrían eran todas opciones de mierda.

—Sería usarla de cebo, Carlos. Es... es una persona.

—Las otras chicas que ese cabrón ha matado también eran personas.

—Ana fue retenida por ese loco y nunca había estado tan asustada en su vida, que te hagan algo así... es horrible. Estaríamos dejando que le hiciera algo horrible a Lucía.

—Es peor lo que le hará a la siguiente si simplemente alertamos a Lucía y dejamos que siga por ahí —protesté —La siguiente que además podría ser alguien que me importa, podría ser Ana.

Lorena dudaba aún, me observó reticente.

—Si intervengo tengo que estar seguro de que van a cogerle y condenarle, no puedo seguir jugando. Si hay la más mínima posibilidad de que salga mal, entonces tengo que mantenerme al margen. Atacó a Ana y fue una advertencia... Esto tiene que acabar aquí, tengo que estar seguro de que acaba aquí —insistí.

Bajó la vista pensativa. Me di cuenta de que por muy poco que le gustara la idea, no se opondría frontalmente, no quería enfrentarse a mí. Debía de tener muchas ganas de ayudarme, o de contentarme, no sé... O tal vez es que tampoco a ella se le ocurría nada mejor.

—Carlos, piensa bien lo que estás proponiendo —asentí pensándolo — ¿Estás seguro de que quieres llegar tan lejos? —no lo estaba, pero asentí.

Capítulo 31. Una verdad universal

—Déjame pensarlo ¿vale? —yo asentí, también a mí me vendría bien pensarlo un poco —En cualquier caso, tenemos que ver cómo hacer para que la policía nos crea y acudan cuando les avisemos.

Lo pensé apenas un instante.

—Villalba me tomará en serio —sabía que podría convencer a Villalba.

—Carlos, si no puedes explicarle a la policía cómo sabías que el ataque iba a tener lugar... podrían creer que eres cómplice de ese asesino. Malo es que no puedas explicar por qué crees que va a por Lucía, que, no sé, podrías achacarlo al parecido físico con Violeta o algo así... pero si la ataca y la tiene retenida, y tú lo sabes, si lo sabes mientras ocurre... te tomarán por cómplice. Y si te creen su cómplice, tus coartadas cuando atacó a Inés y a Marta no importarán...

Asentí procesando aquello.

—Podría avisar a la poli de forma anónima...

—Aun así, no avisar a la policía antes del ataque entraña un riesgo para ti también —insistió.

Yo volví a asentir, lo entendía y me parecía bien, correría el riesgo. Lorena me miraba pensativa.

—Supongo que un aviso anónimo podría servir. Puedo conseguirte un teléfono que no puedan vincular contigo.

La miré sorprendido.

—Creía que todos los prepago tenían que estar identificados...

—Sí, pero no identificados contigo —repuso ella escuetamente —Te conseguiré un teléfono —resolvió —Tendrás que pensar qué decir para que te crean y no piensen que es una broma...

—Puedo escribirle un mensaje a Villalba, creo que podré hacerlo sonar convincente... y si no funciona, pues llamo a emergencias.

Lorena asintió medianamente conforme.

—Tendrán que venir rápido, no sabes cuánto tiempo tarda en... bueno... en...

—Le daré unos minutos desde que entre y llamaré —propuse, no iba a dejar que llegaran demasiado tarde.

Asintió todavía no muy convencida.

—¿Estás seguro de que no podrías hablar con el inspector Villalba antes del ataque...? Si sabes que se va a producir un delito estás obligado a

contárselo a la policía.

—No lo sé seguro —protesté —Y no me creería —lo pensé un instante, esboqué una media sonrisa imaginándome hablando con Villalba de la transparencia de Lucía —No, para nada, me mandaría encerrar... —Lorena me miraba intrigada —No me iba a creer, y la última vez que fui a hablar con Villalba ese cabrón lo supo.... No voy a arriesgarme, y... no serviría de nada, me tomaría por un loco, en serio.

—Te arriesgas también si vamos a espiar a un asesino en serie mientras ataca a una víctima...

Asentí, me parecía el riesgo menor. De repente me di cuenta de que Lorena había usado el plural.

—No tienes que venir conmigo —objeté, no quería que Lorena se involucrara tanto, no después de lo de Ana.

—Podemos usar mi coche, aparcar cerca del portal de Lucía para verle llegar, a ella y a ese tipo. Si las droga en los bares ha de ser alguien que entre al portal de madrugada, probablemente poco antes que ella...

—No tienes que venir conmigo —insistí, no quería que viniera.

—Quiero ayudarte.

—Ya me has ayudado, me has dado información sobre Lucía, y me has ayudado a planear qué hacer para detener a ese tío... Ya has hecho suficiente.

—Puedo hacer más. Quiero ayudarte, Carlos —aseguró.

Me miró con intensidad, queriendo hacerme ver que hablaba en serio, que podía y quería ayudarme. Yo me sentí de golpe abrumado por esa mirada tan intensa. De repente la habitación se me hizo muy pequeña, y la cama muy incómoda. Me di cuenta de lo cerca que estaba de mí ¿Había estado tan cerca todo ese tiempo? Podía oler su perfume, ese de la manzana verde que usa todo el mundo, o al menos a mí me lo parece, porque basta que te deje una tía con un perfume concreto para empezar a olerlo por todos lados...

Lorena notó mi incomodidad, o tal vez se sintió incómoda ella también, porque apartó la vista y volvió la mirada a su libreta con las notas sobre Lucía.

—Quiero ayudarte a atraparlo, por lo que les ha hecho a esas chicas y por lo que le hizo a Ana.

Yo asentí, eso podía entenderlo.

—Fue a por Ana por mi culpa, porque me entrometí... Y, Lorena, si me ayudas, y dado que Ana no está cerca... bueno, corres un riesgo tú también. Con Ana quiso advertirme, está listo para atacar a alguien que me importa,

así que podría ir a por ti —para mi sorpresa vi que Lorena esbozaba una media sonrisa, me di cuenta de que acababa de reconocer que todavía me importaba —Ese tío puede creer que aún eres importante para mí y que te vea como un objetivo —rectifiqué.

Ahora me miró molesta.

—Espero que aún sea lo suficientemente importante para ti como para que te duela si un asesino psicópata me mata ¿no? —gruñó.

—Hombre, sí —reconocí. Me miró expectante, quería más pero yo no estaba dispuesto a dárselo.

—Ni siquiera sé por qué atacó a Ana en primer lugar. Vale que tú y yo ya no estamos juntos, pero Ana sólo es una amiga, y ni siquiera se parece a las otras víctimas.

Yo la miré confuso, parecía molesta.

—¿Te molesta que eligiera a Ana en vez de a ti? —no pude evitar reírme, me miró más molesta aún.

—Es que no tiene sentido. Si quería hacerte daño, habría tenido más lógica ir a por la que ha sido tu novia durante años ¿no? Y yo me parezco más a esas chicas: morena, pelo largo... Si desde que ese tío empezó a matar miro a todas partes cuando entro al portal, e incluso en casa...

—Será que consideró que Ana era más importante para mí, al fin y al cabo ella sigue en mi vida y tú no.

—Si la idea era hacerte daño, podría haberlo conseguido conmigo también ¿no? ¿No te habría afectado lo mismo o incluso más que yendo a por Ana?

Yo no supe qué contestar a eso. Obviamente me habría importado que atacara a Lorena, pero lo de si lo mismo o más que yendo a por Ana me dio que pensar, porque no estaba seguro.

—Sólo digo que yo encajo mejor que ella en el perfil.

—De hecho, le gustan más jóvenes que tú —corregí, ella me miró irritada —Le gustan las universitarias —expliqué, era verdad.

—Claro que si te ha espiado, debe de saber lo buenos amigos que sois y cuánto habláis por whatsapp... A lo mejor incluso ha interpretado que Ana es algo más que una amiga...

La miré sorprendido, me di cuenta de que Lorena me miraba de reojo, tal vez para distinguir mi reacción.

—¿Más que una amiga? —repetí, Lorena se encogió de hombros como si nada, yo no pude evitar sonreír —¿Me quieres preguntar algo?

—¿Qué iba a querer preguntarte yo? —replicó con mal fingida indiferencia.

—¿Si me he liado con Ana, a lo mejor?

—Con quién te líes es cosa tuya —repuso a la defensiva.

—Sí, lo es.

—Pero sería muy fuerte que te hubieras liado con Ana, después de todos estos años asegurándome que no te atraía nada y que nunca podría pasar nada con ella porque era una amiga de siempre...

—Bueno, tú también te pasaste años diciéndome que me querías, y mira que pronto cambiaste de opinión —ahí la dejé rota.

Se quedó callada apenas un instante, pero enseguida se recompuso.

—No cambié de opinión, nunca dije que hubiera dejado de quererte — con eso fue ella la que me dejó roto a mí.

—Pues no sería tanto si te follaste a tu jefe —exclamé enfadado.

—Eso sí puede ser —reconoció.

La miré sorprendido de que encima me contestara aquello, con todo el morro.

—Pues una vez me lié con Ana, en primero de carrera —solté a bocajarro. Me miró perpleja, analizando si lo decía en serio o sólo por joder. Me creyó.

—Me juraste que nunca había pasado nada entre vosotros.

—Miento bastante —reconocí.

Se puso roja.

—¿Y qué pasó? —exclamó intrigada —¿Os...? ¿Algo más que liaros?

Me sentí tentado a decirle que sí, pero pensé que si ahora mentía y se daba cuenta, se creería que todo era mentira.

—Nos dio la risa y lo dejamos ahí —reconocí. En verdad le dio la risa a Ana y sólo cuando vi que no iba a pasar nada más me empecé a reír yo también, qué remedio.

—¿Me has mentido durante todo este tiempo? Me juraste que nunca había pasado nada con Ana.

—Tú te acostaste con otro mientras salíamos juntos, así que aún me ganas a mentirosa.

Refunfuñó enfadada, dándose cuenta de que no me cansaría de hacer referencia a aquello.

—Siempre me ha parecido que entre vosotros había algo... Siempre le cuentas todo, tienes una confianza con ella que no tienes con nadie más... Ni

siquiera a mí me contabas todo lo que le contabas a ella, claro que tampoco es que compartieras tantas cosas conmigo, hasta con Raúl hablabas más y eso que él sólo dice gilipolleces...

La miré confuso, ¿me estaba recriminando falta de comunicación? ¿Y eso desde cuándo?

—A lo mejor es que tú estabas demasiado ocupada con tus casos súper importantes en tu trabajo de adulta responsable, como para querer escuchar nada que yo tuviera que decir.

—Perdóname por no haber mostrado más interés por tus problemas para pasarte la última pantalla del Zelda...

—Hace mil años que no juego al Zelda, ¿ni siquiera se te ocurre el nombre de un juego del que sí me oyeras hablar?

Refunfuñó enfadada.

—Lamento que tener un trabajo acaparase mi tiempo y no pudiera prestar atención a tus videojuegos y tus series...

Yo la miré enfadado también, de repente me pregunté por qué leches discutíamos aquello.

—¿Por qué hablamos de esto ahora? ¿Qué coño importa?

—Sé que hice mal, y lo siento —aseguró —Cometí un error y me porté fatal contigo. Pero lo nuestro no iba bien, y creo que es injusto que me culpes de todo. Antes de lo de Miguel Ángel ya apenas hablábamos... Nos distanciamos, lo nuestro no iba bien... tú también tuviste que darte cuenta.

—Cuando se está mal, o se habla y se intentan solucionar las cosas, o se rompe y se acaba, pero no te vas a follar a otro.

—Sólo digo... que no todo fue culpa mía.

—Pero sí lo fue —protesté, me miró indignada, quiso quejarse pero me adelanté —No importa si lo nuestro iba mal, no importa si nos habíamos distanciado. Da igual lo que yo pudiera haber hecho mejor, porque cuando la cosa iba mal, si es que en verdad iba tan mal y no es sólo una excusa que te montaste para justificar lo que hiciste, tú cogiste y te tiraste a ese abogado gilipollas. Y da igual que yo hubiera podido tener culpa de algo, porque desde que te lo tiraste, desde que preferiste sus aires de abogado adulto y responsable por encima de una relación de tres años con el aburrido de tu novio y sus videojuegos, desde entonces pasaste a tener tú la culpa de todo. Me pusiste los cuernos, y eso anula todo lo demás. Te tiraste a ese imbécil mientras estabas conmigo, y da igual cómo estuvieran las cosas antes, da igual cuanta culpa tuviera yo de que no estuviéramos bien. Desde que dejaste

que ese imbécil se metiera en tus bragas, toda la culpa pasó a ser tuya. Así funciona. Tú eres la mala, no busques excusas.

Me miraba indignada. Yo no entendía por qué, la verdad, lo que estaba diciendo era una verdad universal.

—¿Y ya está? ¿Yo soy la mala malísima y tú no asumes responsabilidad por nada?

—Yo no me tiré a otra, ni siquiera quería tirarme a otra, yo sólo podía pensar en estar contigo. Fuiste tú la que te liaste con ese gilipollas. Tú fuiste la zorra, la traidora mentirosa y cobarde, ¿y sabes qué? No sólo fuiste una zorra, también fuiste una estúpida. Te colgaste por ese imbécil y se veía a la legua que eso no iba a durar. Seguro que pensaste que era tan interesante, tan maduro... Te podía llevar a restaurantes caros, mucho mejor que el triste de tu novio y las cañas del bar de abajo. Pues ¿sabes qué?, que para él sólo eras la becaria follable con la que entretenerse, esa chica joven que paseaba su culito por la oficina haciendo fotocopias y a la que quería echarle un par de polvos. Se veía a la legua que se cansaría de ti en que lo consiguiera. Y tú, tan lista que te crees, no lo supiste ver... —cerré la boca porque me di cuenta de que ya no me miraba, había bajado la vista y sus ojos se habían humedecido, tragué saliva —Y ahora no llores —protesté —Si lloras no puedo seguir metiéndome contigo...

—¿Es que no has acabado? —replicó sorprendida, en tono desafiante, aunque le tembló la voz.

—No, se me ocurren aún varias cosas más que decirte... y si pudiera mirar el móvil para ver las cosas que les he dicho a mis amigos sobre ti, me acordaría de unas cuantas más...

La vi estirarse a buscar un clínex y sonarse.

—Adelante, sácalo todo —dijo, pero vi que le resbalaban las lágrimas —Desahógate si es lo que te hace falta.

No lo hice, me quedé callado mirándola. Se me ocurrían más cosas que decir, pero no podía seguir atacándola si lloraba. La prefería enfadada, enfadada me daba más cancha... si lloraba me cortaba el rollo.

—Vamos, sigue. Soy una zorra y una estúpida, ¿qué más? —exclamó, se le notaba enfadada pero seguía llorosa, así que su cabreo no compensaba lo suficiente —Todo este tiempo has estado guardándome rencor. Sácalo todo, venga —no saqué nada, me quedé callado —¡Vamos! —ordenó.

—Creo que será mejor que me vaya...

—No, sácalo todo, todo lo que no me has dicho, todo lo que has

compartido con tus amigos. ¡Dímelo! Dime lo que piensas de mí, dime que me deseas todo tipo de penurias y enfermedades venéreas o lo que sea —me conocía, porque lo de las enfermedades venéreas sí que lo había mencionado una o dos veces.

Me miraba desafiante, pero tenía los ojos rojos y llenos de lágrimas. Me di cuenta de que le estaba dejando ganar, de algún modo había conseguido hacerse la víctima y ahora el malo era yo. Retomé fuerzas, no podía dejarle ganar, no quería que invirtiera los papeles. La mala era ella, la víctima yo. Quería que se sintiera culpable, no me valía desahogarme si no se sentía culpable, si no se creía lo que le estaba diciendo.

—¡Venga! —repitió con gesto agresivo —¡Dímelo, dime lo horrible que fui contigo!

—Yo te quería y tú me destrozaste —le dije, ni siquiera alcé la voz para decirlo, no hacía falta... —Y ojalá te arrepientas el resto de tu vida de haberme perdido.

Aquello le dejó muda, se le bajaron los humos de golpe. Supe que lo había bordado, ella esperaba insultos cínicos de esos míos, no aquello. Y entonces rompió a llorar como una magdalena.

Me pregunté de dónde vendría la expresión de llorar como una magdalena, más tarde lo busqué en google. Es una referencia a María Magdalena, que lloró mucho por Jesucristo cuando lo crucificaron. Yo es que no soy muy de catequesis y misas y eso.

Cuando empezó a llorar no supe qué hacer, la miré sollozar y buscar otro pañuelo y sonarse. Pensé que debía irme, aunque quería abrazarla. Pero ni podía irme mientras lloraba así, ni quería mostrarme cariñoso sólo por sus lágrimas. No se merecía que la abrazara, se merecía llorar, aunque me hiciera duelo verla tan triste, se merecía llorar mucho y hacerlo sola. Así que me quedé donde estaba, sin acercarme a ella, resistiendo la tentación de consolarla y esperando a que dejara de llorar.

Le costó lo que me parecieron horas, aunque en verdad hizo un esfuerzo por recomponerse. Cuando lo consiguió me miró.

—Lo siento —murmuró. Yo asentí, sentirlo era lo mínimo —Tienes razón, fui una idiota... y no fui justa contigo. No debí... Si te sirve de algo ya me arrepiento.

Lo pensé un instante.

—Eso ayuda, sí —reconocí.

Se sonó de nuevo.

—Ahora vengo —murmuró, y se fue al baño, supongo que a lavarse la cara del maquillaje que se le había corrido.

Yo observé de nuevo aquella habitación que conocía tan bien. Todo seguía igual, como si nada hubiera cambiado. Volví a mirar esa estúpida foto en la que ella sonreía y yo la miraba embobado. Entonces bajé la vista a la mesilla de noche y distinguí algo que no había estado allí antes. Cogí el primer tomo de Juego de Tronos, tenía un marcapáginas hacia el final. Lo miré perplejo: se estaba leyendo el primer libro. Tantas veces que le había insistido en que lo leyera y había pasado de mí... Me di cuenta de algo más: se estaba leyendo el primer libro. Es decir, que aún no sabía absolutamente nada de lo que iba a ocurrir. Por un momento pensé en todas las muertes sorpresa y vueltas de tuerca que yo conocía, y que podía desvelarle para arruinarle la colección. Me di cuenta de que hacía unas semanas se las hubiera gritado a la cara una a una y lo habría disfrutado, y yo soy de los que piensa que un spoiler de Juego de Tronos es una de las mayores ofensas en esta vida. Pero eso era hacía unas semanas. Me di cuenta de que aunque me hubiera puesto los cuernos, no se merecía tanta maldad por mi parte. Contarle la Boda Roja era demasiado cruel.

Regresó a la habitación, yo todavía sostenía el libro.

—Me está gustando —reconoció. Yo asentí. Obvio, son unos libros cojonudos —Acaban de arrestar a Ned —murmuró, me miró con gesto de preocupación —Pero es Ned, es el protagonista...

Intenté no reaccionar al comentario, cara de póquer.

—Sigue leyendo —murmuré, dejando el libro sobre su mesilla.

—Te los devolveré en cuanto los acabe, si te parece bien.

Yo asentí.

—Creo que es hora de que me vaya —murmuré, ella asintió —Te avisaré si creo que va a atacar a Lucía este fin de semana.

Se resistió a preguntar cómo iba a saberlo, aunque tenía que estar muriéndose de ganas por preguntar. Se limitó a asentir.

—Vale —aceptó —Y avísame si hay algo más de lo que quieras hablar... sobre este caso... Sería mejor pillar a ese tipo antes de que atacara a Lucía, si se te ocurre otra manera...

Yo asentí. Pensé en los nombres y las fotos que me había dado el hermano de Juan, podía ser buena idea retomar todo aquello. Me dirigí hacia la puerta y Lorena me acompañó. Abrió la puerta, yo no supe qué decir para despedirme, creo que ella tampoco.

—Hablamos —murmuré, una despedida de lo más segura, porque estaba claro que íbamos a hablar pronto.

Ella asintió con una sonrisa triste.

Capítulo 32. Como volver a casa

Al volver a casa saqué del cajón la foto de grupo que me había enviado el hermano de Juan. Volví a repasar aquellas caras que había mirado tantas veces, incluida la cara de Jaime. Villalba había dicho que se había acostado con Violeta, me pregunté si acaso podría ser él. Jaime me había caído bien, y me había ayudado, pero obviamente conocía bien la casa de su abuelo, y también conocía la rutina de Juan como para poder inculparle. Vale que si fuera Jaime significaría que había matado a su hermano para cargarle un asesinato, pero cosas más raras se habían visto... Pensé que vivir en Villanúa y atacar a chicas en Zaragoza era raro, y complicado. Entonces recordé que habíamos visto a Jaime trabajando por la tarde un sábado, y ese cabrón había atacado a Ana un sábado por la tarde. No, probablemente el hermano de Juan no tenía nada que ver. Violeta se había acostado con muchos tíos, tal vez con algún otro de la foto también, los volví a mirar a todos.

Al día siguiente después de clase de alemán pasé por el Campus y me metí en la sala de ordenadores de Interfacultades. Creé un email y un perfil falso de facebook, y busqué a Francisco Soriano, el que seguía en Zaragoza y trabajaba en Balay. Lo localicé en facebook, mi idea era enviarle una solicitud de amistad para ver si había suerte y me aceptaba, pero me di cuenta de que sus fotos de perfil eran públicas, así que primero me metí a verlas. En casi todas las fotos se le veía de fiesta. Me fijé en una en la que salía con otros tres amigos, me llamó la atención que sus amigos no se parecían en nada a los míos: posaban frente a la cámara, y vestían pantalones ceñidos y camisas de cuello abierto enseñando pechera. Vi que la foto estaba hecha en una discoteca, aparecía el logo en una esquina. Me metí en google a buscarlo, resultó que se trataba de una discoteca gay de Sitges.

Como que un gay no encajaba en el perfil de violador y asesino de chicas, y que fuera un falso gay que en realidad odiaba a las mujeres no me parecía muy probable, así que podía olvidarme de Francisco. Al llegar a casa escribí gay junto a su cara en la foto de grupo.

Me parecía razonable poner al final de la lista a los que se habían quedado en Villanúa y alrededores. También al que estaba casado con un hijo pequeño, más que nada porque dudaba que teniendo un bebé tuviera suficiente tiempo libre como el que necesitaba ese tío para sus ataques y para espiar todos los audios y mensajes de sus futuras víctimas.

Mi mejor baza era el último de la foto, David, del que no sabía

absolutamente nada. Me pregunté si el amigo detective de Lorena podría hacer algo con una foto y un nombre.

Decidí ir a ver a Lorena para preguntarle. Pensé en pasarme por su despacho, pero la posibilidad de cruzarme con el gilipollas del abogado al que se había tirado me hizo cambiar de idea. En su lugar, fui a su casa por la tarde, a eso de las nueve, sabiendo que los jueves iba a zumba después del curro y solía llegar a esa hora. Se sorprendió al verme.

—¿Va todo bien? ¿Es por Lucía?

—No, no es eso. Pensé que tu colega el detective podría ayudarme a localizar a alguien.

—Vamos a mi cuarto —indicó, llevándome de nuevo a ese cuarto que encerraba tantos recuerdos.

Como el día anterior, me señaló la cama para que me sentara, y como el día anterior, yo me senté en el borde. Le enseñé la foto de grupo impresa.

—Estos son los amigos de Juan y de su hermano, Juan era el ex novio de Violeta, la primera víctima. Este, el de la derecha, se llama David. El grupo de amigos se dispersó después de la muerte de Violeta y Juan, pero de David nadie ha vuelto a saber nada. El resto no me parecen sospechosos, así que este tío es el mejor candidato.

Lorena observó la fotografía con curiosidad.

—¿Por qué crees que el asesino es uno de ellos? —preguntó confusa, leyendo mis notas sobre cada tío de la foto.

—Todos ellos sabían llegar a la casa del abuelo de Juan y sabían dónde estaban sus armas —me miró sin entender de qué leches le hablaba, normal, porque apenas le había explicado nada sobre Violeta.

Me di cuenta de que era mejor empezar por el principio. Para mí el principio era Marta, así que le hablé de ella. Después le conté lo que sabía de Inés, lo que me habían contado de ella sus compañeras de clase y su hermano. Le expliqué lo que Marta e Inés tenían y no tenían en común. Ahí me interrumpió.

—Voy a poner una pizza al horno, cenamos y me sigues contando ¿vale? —lo de cenar pizza en su casa era tan incómodamente familiar que a punto estuve de decir que no, pero tenía hambre y todavía me quedaba mucho que explicar.

Cuando volvió de la cocina le conté que había buscado noticias sobre ataques similares, y al leer sobre Violeta había pensado que podía ser la primera víctima. Le conté todo lo que había sacado del viaje a Huesca, que

Violeta se veía con muchos tíos, que le iba la asfixia erótica... Le hablé de Juan y de su nueva novieta, Carmen, y de como se reunían en la casa del abuelo y pensaban reunirse también el día en que Violeta y Juan murieron.

Cuando volvió con la pizza le conté mi teoría de que el cabrón al que buscábamos había matado a Violeta y luego había inculpado a Juan, y que tenía que ser un viejo amigo del grupo, alguien que conocía la casa del abuelo y el lugar en el que guardaban las armas. Lorena escuchó pacientemente toda la historia. Cuando terminé me preguntó por las fotos que el hermano de Juan me había enviado. Yo las había traído en un usb, las había sacado del iPhone antes incluso del ataque a Ana pensando en llevárselas a Villalba, pero después no había llegado a hacerlo, porque se me había olvidado, y ahí seguían en el pendrive.

—Las saqué del iPhone, pero lo de la aplicación espía no afecta ¿no? — dije al ver como Lorena conectaba el pincho a su ordenador —Pásales el antivirus, por si acaso...

—No creo que sea un virus que infecte todos los archivos... —aun con todo le pasó el antivirus, por si acaso. Sinceramente, no creo que el antivirus fuera a cambiar una mierda, pero los dos nos quedamos más tranquilos cuando salió el mensajito de “no se ha encontrado ningún problema”.

Lorena se sentó en la cama a mi lado para apoyar el portátil en la silla y que los dos pudiéramos ver bien la pantalla. Abrió la carpeta y comenzó a pasar fotos, yo las había visto tantas veces que casi me las sabía de memoria. Volví a fijarme en Violeta, sonriendo, llena de vida, casi siempre en el centro. Lorena reprodujo también el vídeo.

—¿El hermano de Juan dijo que todos los amigos estaban en esta foto de grupo?

—Sí, es una foto del verano antes de que Violeta se fuera a la universidad, en la casa del abuelo.

Ella volvió a mirar la foto impresa.

—¿Seguro que el hermano no tuvo nada que ver? Se acostó con Violeta ¿no?

—Creo que es más lógico que fuera alguien que ahora viva en Zaragoza... y Violeta pudo acostarse con algún otro de la foto.

—¿Y nadie sabe nada de David? ¿Ni siquiera la pelirroja que sale a su lado? —yo miré a la chica que tenía un brazo sobre Soriano y otro sobre David.

—No lo sé, Jaime no supo decirme nada y no quiero volver a

preguntarle, no sé si ese cabrón pudo enterarse de que estaba investigando a Violeta a través de él, y tampoco es como que le haya descartado por completo...

Lorena volvió a pasar las fotos, yo le ayudé a identificar a los que salían en cada foto, sentía que los conocía a todos. En casi todas salía Violeta, ya fuera porque Jaime había seleccionado esas fotos justamente porque salía ella, o bien porque esa chica realmente hacía que la gente orbitara a su alrededor, vistas las fotos desde luego parecía ser el centro de todo.

—Parece popular —opinó Lorena —Siempre está rodeado de los chicos del grupo —observó, me di cuenta de que era verdad, casi siempre había algún chico a su lado, generalmente Juan, mientras que las otras chicas muchas veces salían las cuatro juntas —¿Estos dos eran pareja, no?

—Sí, esos dos ahora están casados —al inclinarme hacia la pantalla, y hacia Lorena que también estaba echada hacia delante para ver bien, me di cuenta de que otra vez podía oler su perfume, la jodida manzanita verde de nuevo.

—¿Estás seguro de que nadie más sabría de esa casa? ¿Algún familiar o algún vecino...?

—Podría ser, pero creo que ha de ser alguien que se relacionara con el grupo y que se obsesionó con Violeta, que la conocía bien... Es difícil llegar de noche a esa casa si no has estado antes, a nosotros nos costó dar con ella. Y no creo que sea simplemente un vecino que conocía la zona porque ese tío sabía dónde estaban las armas.

Lorena volvió a reproducir el vídeo, lo observó ensimismada.

—Parecen felices, Violeta y Juan... y pensar que un par de semanas más tarde romperían y él pasaría a acosarla, y unos meses más tarde ambos acabarían muertos...

Yo la observé y asentí, me di cuenta de que ahora hasta podía olerle el pelo. Usaba un champú de papaya. Me pregunté qué aspecto tiene una papaya, para mí era sólo un olor de champú, de su champú. El olor se me metió hasta el fondo de la nariz. Era un olor que identificaba tanto con Lorena que casi hacía daño. Me di cuenta de que, extrañamente, aquel olor me hacía sentir nostálgico y excitado, ambas cosas a la vez.

—Te has metido muy al fondo de todo esto —reconoció admirada — Esa chica, Marta... debía de importarte mucho...

Me pregunté si era eso. Apenas la había llegado a conocer y había pasado lo que parecían años desde aquella tarde juntos. Tenía que esforzarme

para recordar su cara, su rostro empezaba a ser uno con el de Inés y Elena... y sobre todo con el de Violeta, a la que había visto tantas veces en aquellas fotos. Pensé que lo que sí recordaba era su risa, ¿o era la risa de Violeta?

—No hice nada —murmuré —Y murió. Sabía que estaba en peligro... y no la ayudé.

Lorena me miró intrigada. Tenía que estar muriéndose de ganas por saber cómo leches había sabido que Marta estaba en peligro, y cómo podía saber que Lucía era la próxima víctima... Pero de nuevo no preguntó.

—No puedes hacerle frente a un asesino en serie.

—Pero sí puedo —objeté, podía e iba a hacerlo.

Lorena me miró pensativa, después volvió la vista a la foto de grupo. Yo volví a oler la dichosa papaya.

—Le preguntaré al detective, pero sin un apellido... ¿La policía tiene esta foto? Ellos podrían dar más fácilmente con David.

Yo me encogí de hombros.

—Villalba habló con Jaime, pero me dijo que no fue muy colaborador, al parecer tiene un buen historial, así que no sé si llegó a darle la foto... Yo quería dárselas pero no lo hice —reconocí.

—¿Crees que puede ser tan fácil como que sea uno de ellos?

—Si lo es, tiene que ser David —le observé, sonriendo en una esquina de la foto —Parece un tío normal, no un monstruo.

—Lo que tú llamas monstruos parecen personas normales —observó Lorena, me pregunté si pensaba en alguno de sus clientes, tal vez en el de las fotos de adolescentes.

—El cabrón que ha matado a esas chicas y que atacó a Ana... es un monstruo.

—Es una persona que cede a un impulso, pero no es tan diferente a ti o a mí.

—Yo no voy por ahí violando y matando gente, y que yo sepa tú tampoco.

—No, Carlos, me refiero a que... no es todo blanco o negro. Ese tipo... bueno, por lo que me cuentas, probablemente estaba colgado por Violeta, y era la chica que nunca podría tener... Estaba enamorado de ella.

—Creo que la acosaba, creo que incluso llegó a acostarse con ella, por eso sabía lo de la asfixia. Tuvo que saber que a ella le gustaba, probablemente también le gustaba a él dado que disfruta haciendo daño...

—Aunque se acostara con él, también se acostó con docenas más. Ella

era importante para él, pero él no era nadie. Tuvo que sentirse muy pequeño, humillado... Si la muerte de Violeta fue un accidente y él sólo quería estar con ella... entonces no quería matarla, quería que ella le quisiera.

—Creo que le das demasiado crédito a ese tío... o sea, la mató y descubrió que le gustaba, y ha ido buscando sustitutas por ahí. Es un psicópata.

—Yo creo que la quería y ella ni le veía. Es alguien invisible, pequeño... Y creo que por eso ha de odiarte tanto a ti.

Ahora la miré sorprendido.

—¿A mí?

—Tú no eres invisible. Hablaste con Marta un par de minutos y quedó contigo, te llevó a su casa, os besasteis... Tú... tú conseguiste lo que él jamás conseguiría. Hablaste con Elena en comisaría y te tomó en serio, te creyó y te hizo caso... Creo que tú eres el tipo de chico al que Violeta y las demás prestarían atención, un chico al que podrían llegar a querer... Tiene que envidiarte.

La miré perplejo, jamás se me hubiera ocurrido, ¡pero si mi vida era un desastre! Mi novia me había dejado por otro, no tenía trabajo, no tenía dinero, vivía con mis padres y sin perspectiva de que eso fuera a cambiar a corto plazo... ¿y un jodido asesino en serie podía llegar a envidiarme? ¿Un tío tan listo como él, que sabía hackear móviles y no dejar huellas... envidiarme a mí?

—Creo que te infravaloras —opinó Lorena, divertida por mi expresión.

Yo no supe qué decir. Ella me había dejado por otro, ¿no me había infravalorado ella también entonces? Me abstuve de hacer un comentario al respecto en voz alta, ya bastante borde había sido con ella el día anterior. Me di cuenta de que por una vez no quería buscar bronca con Lorena.

Ella había vuelto la vista hacia mí, de nuevo me di cuenta de lo cerca que estaba, los dos sentados sobre la cama, nuestras rodillas se rozaban. Seguía oliendo su champú, ese olor a papaya que se había acomodado en mi nariz y ya no parecía querer irse.

Y de repente me sentí terriblemente triste. Me di cuenta de que echaba de menos estar con ella. Podía estar cabreado porque me hubiera engañado con otro, desde luego, y dolido porque hubiera preferido a ese capullo por encima de mí... Pero en ese momento sólo sentí su ausencia, sólo sentí el vacío que había dejado ahora que ya no estaba a mi lado.

Volví a mirarla, ella también parecía triste. Me seguía mirando con

intensidad y yo sentí que me ablandaba por dentro, que aquella mirada tocaba hondo y dolía.

Lorena se inclinó lentamente hacia mí, acortando la distancia que nos separaba, y me besó. Sentí sus labios suaves sobre los míos, apenas una caricia. Yo me quedé inmóvil un instante, sin saber cómo reaccionar. Dudé, pero ella buscó más contacto, y sin darme cuenta de lo que ocurría, por pura inercia, continué el beso. Sentí el sabor de su boca, como tantas otras veces. La caricia de sus labios se fue encendiendo, y pude sentir ahora la calidez de su lengua buscando la mía. Resultaba extraño volver a besarla, había asumido que no volvería a besarla nunca más, y al mismo tiempo resultaba totalmente natural.

Una alerta interna se encendió y comenzó a avisarme del peligro, esa voz de la razón que comenzó a preguntarme a gritos qué cojones estaba haciendo. Me recordé que Lorena me había dejado, que se había acostado con otro, pero en ese momento puso sus manos entorno a mi cuello, y su boca y la mía se fundían la una en la otra... y no pensaba con claridad. Sabía que estaba metiendo la pata, no era como que no me diera cuenta, era más que obvio que aquello era una muy mala idea. Sabía que tenía que parar aquello mientras pudiera, antes de llegar tan lejos que no supiera contenerme. Pero el problema era que no quería parar, no quería apartarme de ella sino acercarme más aún. Me dije que no pasaba nada, era sólo un beso. Un beso no importa, está bajo control. Pero al momento sus manos estaban sobre mi pecho y bajando, y no sé muy bien cómo las mías habían llegado a su cintura. Retiré su blusa, buscando el contacto de su piel bajo la tela, y le acaricié, como había hecho tantas veces antes, en aquella misma habitación, sobre aquella misma cama... Revivíamos una escena conocida, no había que pensar ni decidir, sino dejarse llevar y todo fluía, todo resultaba instintivo y lógico y fácil.

Lorena se desabrochó la blusa, que desapareció en un instante, o a lo mejor se la desabroché yo... Deslicé las manos por su vientre, hacia sus pechos.

Un nuevo momento de duda. De nuevo esa voz en mi cabeza me alertaba de que aquello era una idea horrible, que mejor parar antes de que fuera demasiado tarde, porque si seguía así traspasaría el límite, el punto de no retorno. Pero entonces oí el broche de su sujetador al abrirse, y acto seguido el sujetador había desaparecido y mis manos estaban sobre sus pechos... Y aquella voz interior que me decía que estaba siendo un gilipollas

cada vez sonaba menos fuerte, empezaba a quedar como un molesto ruido de fondo mientras mis ganas de más pasaban a primer plano. Separamos nuestras bocas apenas un instante para quitarme la camiseta que lancé a una esquina de la habitación. Sentí las manos frías de Lorena sobre mi pecho, y después sobre mi espalda. Sin darme ni cuenta estábamos recostados sobre la cama, ella inclinada sobre mí. Debí de rodar sobre ella, porque pasé a ser yo el que me inclinaba sobre ella, mientras seguíamos besándonos, y mis manos se desviaban a su falda para quitársela. La desabroché y Lorena se deshizo de ella con rápidos movimientos de cadera. Desvié mis manos a sus medias y le desenvolví las piernas, tirando después las medias al suelo con todo lo demás. Volví a inclinarme sobre ella, besando su boca y después su cuello, al tiempo que mis manos recorrían ya sus muslos.

Me recreé en su perfume, el sabor de su boca, el roce de su piel y el sonido de su respiración. Su suave gemido, casi un ronroneo, cuando le besé el cuello. La fuerza con que me sujetaba contra ella, atrayéndome, o tal vez reteniéndome. Me desabrochó el vaquero y deslizó su mano bajo mis calzoncillos. En un rápido movimiento me deshice de las zapatillas y del pantalón. La voz interior que me había alertado de que aquello era una mala idea apenas era un eco ya, un murmullo lejano del que ya no se distinguía el mensaje. En ese momento ya no importaba, sería una buena o mala idea, tendría consecuencias en el futuro, podría arrepentirme... daba igual, el ahora mandaba.

Ahí tenía otra vez a Lorena, prácticamente desnuda atrayéndome hacia ella, con su mano en mi entrepierna, y lo único que quería era estar con ella otra vez. Sus besos, su piel, su olor... todo resultaba demasiado tentador y familiar. Todo parecía lo normal. Ella y yo, como tantas otras veces.

De repente se me ocurrió preguntarme si el gilipollas del abogado habría estado como estaba yo, sobre ella en esa habitación, besándola, tocándola, quitándole las braguitas de bordados negros y tirándolas al suelo... Me dije que probablemente aquel gilipollas tendría un apartamento propio, probablemente en el centro, dudaba que hubiera querido ir al piso compartido de Lorena. Pese a que era un consuelo de mierda, pensé que al menos aquel dormitorio era sólo nuestro, aquella cama era mi territorio. Mis calzoncillos corrieron la misma suerte que los vaqueros y todo lo demás. Volví a inclinarme sobre Lorena, volcándome sobre ella. Volvimos a besarnos y busqué entre sus piernas, sintiéndola húmeda y cálida. Me deslicé dentro de ella haciéndole gemir bajo mi abrazo. Enroscó sus piernas entorno a mí,

atrayéndome más en ella.

La vocecilla que me había alertado de que aquello era una muy mala idea se había resignado, ya no había nada que hacer sino dejarme disfrutarlo. Ya tendría tiempo más tarde de volver para meterse conmigo, con más razón y fuerzas renovadas. En el fondo daba igual, sabía que estaba siendo un idiota, que debería haber reflexionado más sobre aquello. Debería haberle dicho que no a Lorena y disfrutar de humillarla con mi rechazo, pero no quería reflexionar, y mis ganas de rechazarla no ganaban a mis ganas de volver a acostarme con ella. No quería pensar en posibles arrepentimientos, ni en lo que significaba aquello, o en si la odiaba más o menos de lo que la echaba de menos. En ese momento sólo quería volver a acostarme con ella, quería estar con ella. Todo lo demás no importaba una mierda. Durante tres años había sido la única chica con la que había estado y con la que había querido estar, no parecía tan malo que quisiera más. Era lo normal, lo natural. Estar con ella era de alguna manera extraña, y evidentemente estúpida, como volver a casa.

Al acabar me aparté de ella y permanecí tumbado sobre la cama. Lorena se recostó sobre mí, y yo automáticamente la abracé. Olía aún mejor ahora, al maldito champú de papaya, y a sexo con un suave toque a sudor. Fue entonces que mi sentido común volvió a hacerse oír dentro de mí y me gritó que me largara de allí echando hostias.

—Debería irme —murmuré, la aparté y me levanté de la cama.

Lorena me miró con gesto atento, no parecía sorprendida de mi repentino intento de huida.

—Puedes quedarte si quieres —murmuró, yo quise negarme, pero se me adelantó —Si te quedas podemos echar otro.

La miré confuso, me di cuenta de que quería liarme. Ella me miraba con expresión indiferente, como si le diera totalmente igual si me iba o me quedaba, como si eso no fuera con ella. Me di cuenta de que había dicho “echar otro”. Lorena no usaba esa expresión, no conmigo, nunca le había gustado, pero si lo había hecho era para quitarle peso a todo aquello, para no asustarme. Dudé, seguía estando desnuda sobre la cama, se me fueron los ojos a su cuerpo vuelto hacia mí. Era una oferta difícil de rechazar.

—Supongo que puedo quedarme un rato, y me voy luego —repuse, mi contraoferta.

—O puedes quedarte a dormir y follamos también por la mañana —propuso.

Yo fruncí el ceño, evaluando mis opciones, sin dejar de notar que había usado la palabra “follar”. Esa palabra iba aún menos con ella, desde luego no referida a nosotros. Me di cuenta de que no quería irme, no sólo la oferta era demasiado tentadora por razones obvias, es que también me daba pereza irme a casa a esas horas, además de que Lorena vivía cerca de mi clase de alemán. Pensé que si ya había metido la pata una vez, pues poco importaba volverla a meter una o, con suerte, dos veces más.

—Vale —cedí.

—Avisa a tu madre de que no vas a dormir en casa —me dijo, ocultando su gesto triunfal. Yo pensé que por cosas como esa debía de ser que mi madre la adoraba.

Cogí el móvil, el Samsung rajado, que no el iPhone que seguía castigado en un cajón de mi cuarto, y le escribí un whatsapp a mi madre diciéndole que era yo escribiéndole desde el móvil de Dani y que me quedaba en su casa a dormir. Entre tanto Lorena se puso la camiseta con la que dormía, mi jodida camiseta de fast food y el gato corriendo perseguido por un perro, y se fue hacia la puerta.

—Esa camiseta es mía —protesté estúpidamente, ella me ignoró y se fue al baño.

Yo observé nuestras ropas tiradas en el suelo, preguntándome de nuevo qué leches hacía allí. Volví la mirada a nuestra foto en la estantería. Ella sonreía a cámara, yo la miraba agilipollado. Eso era lo que era, un gilipollas.

Pensé en como Ana me reñiría por ser tan imbécil, me diría que esa era la táctica de Lorena para hacerme volver, atacar mi punto débil, atraparme entre sus sábanas... Bueno, probablemente diría algo más soez que eso, y se quejaría de que todos los tíos pensamos con la polla. No sería muy pro igualdad de género por su parte decir algo así, pero no me iba a librar de sus críticas por hacérselo notar. Pensé que Ana no tenía por qué enterarse, no es que hablara tanto con ella ahora. Eso que se iba a perder por haber salido de mi vida, una oportunidad perfecta de reprocharme lo gilipollas que podía llegar a ser. Pensé en como el resto de amigos también me llamarían imbécil. Con suerte Raúl saldría en mi defensa, diciendo que un polvo es un polvo, y que eso que me llevaba. Pero ni siquiera estaba muy seguro de que Raúl no creyera que estaba siendo un imbécil también.

Lorena regresó a la habitación. Yo estaba de pie aún, mirando el selfie no selfie. Se abrazó a mí por la espalda, sus manos bajaron por mi cuerpo.

—Esa camiseta es mía —repetí.

Me miró con gesto desafiante, pude notar que ligeramente irritada porque le viniera con esas en ese momento.

—Quítamela —retó.

Y lo hice y la tiré al suelo. Y después a ella la levanté en brazos y la tiré sobre la cama para echarme sobre ella de nuevo.

Capítulo 33. Sin pensármelo dos veces

Me despertó la alarma del móvil de Lorena, que me había despertado tantas veces antes. Era la banda sonora de la película de La Playa, esa canción ya me suena siempre a despertador; usar una canción de despertador es maldecirla para siempre. Por un instante me sentí confuso, no muy seguro de dónde estaba, o cuándo. Lorena se incorporó y se fue al baño, yo remoloneé como siempre. Volvió a buscar su ropa para irse a la ducha, no intercambiamos una palabra. Se detuvo junto a la puerta antes de salir.

—Si quieres puedes unirme —dejó caer, haciendo que yo abriera los ojos y la mirara.

Sin decir o hacer más se fue al baño. Yo tardé apenas un minuto en seguirla, lo justo para levantarme y ponerme los calzoncillos. Su compañera de piso se había quejado antes de que fuera en pelotas por la casa, era un poco quisquillosa, porque sólo me vio el culo una vez, no fue para tanto..., pero ahora ya me ponía calzoncillos aunque fuera sólo para los cinco segundos de recorrer el pasillo. Seguí a Lorena al baño, me quité los calzoncillos que me acababa de poner, y me metí en la ducha con ella, como tantas otras veces. Como tantas otras veces nos enjabonamos mutuamente, una forma de meternos mano muy higiénica. Cuando acabé de frotarle la espalda la empujé sobre los azulejos de la pared y lo hicimos allí mismo, como tantas otras veces. Idiota, sí, pero iba a disfrutar de mi idiotez tanto, y tantas veces, como pudiera.

—¡Rapidito que yo también tengo que ducharme! —nos gritó la compañera de piso desde el pasillo.

Nos detuvimos apenas un instante por su grito, y nos echamos a reír.

—Sigue —ordenó Lorena, y yo obedecí.

Al salir del baño y una vez vestido con la ropa del día anterior, me fui a la cocina y me serví un bol de cereales, me senté a la mesa y puse dibujos en la tele mientras desayunaba. Mi rutina en casa de Lorena por las mañanas. La compañera de piso de Lorena pasó por la cocina a buscar un zumo.

—Hola, Carlos —saludó con voz cantarina, a lo “sé lo que has hecho esta noche”.

—Hola, Ingrid —contesté yo.

—¿Todo bien? —de nuevo ese tono burlón, sus habitaciones daban pared con pared así que no había secretos en esa casa.

—Todo bien ¿y tú?

—No tan bien como tú, pero no me quejo —dijo sonriendo.

Lorena tardó aún unos veinte minutos en estar vestida y maquillada. Apareció por el pasillo vestida de nuevo como una abogada seria. La verdad que la prefería con mi camiseta de fast food, y sin bragas.

—Puedes quedarte más rato si quieres —me dijo mientras se preparaba un café.

—No, está bien, llegaré pronto a alemán —yo le serví un bol de cereales y se lo dejé en la mesa a mi lado, eso también era parte de nuestra rutina.

Se tomó el café y los cereales, y después volvió a desaparecer por el pasillo, para lavarse los dientes e ir a por su bolso. Cuando estuvo lista salimos juntos a la calle. Apenas salimos del portal nos detuvimos, ella iba en una dirección y yo en otra. Nos miramos con gesto incómodo, yo no sabía cómo se suponía que nos teníamos que despedir, e imagino que ella tampoco. Lorena tomó la iniciativa, se inclinó hacia mí para darme un beso. No sé si su objetivo era mi mejilla, probablemente, pero yo volteé la cara para estar seguro de que era a la mejilla a donde iban a aterrizar sus labios. Si lo pensaba bien, era absurdo, en las últimas veinticuatro horas nos habíamos tocado, besado y lamido por todo el cuerpo. Había tenido su cuerpo bajo el mío contra la pared de la ducha hacía apenas ¿qué? ¿Cuarenta minutos? Pero a la luz del día, con su traje de trabajo y sus tacones, en la calle, la despedida era otra cosa.

—Dime algo de lo de Lucía ¿vale? —murmuró, ocultando una sonrisa que me pareció triste.

De verdad creo que iba a besarme la mejilla, pero no pudo pasarle inadvertido como yo me apresuré a asegurarme.

—Si, te avisaré —asentí, ella se dio media vuelta y yo la miré alejarse calle arriba.

No sabía lo que había significado lo de la noche anterior, y lo de esa misma mañana, pero no podía ser que volviéramos a estar juntos así como así, no era tan sencillo. Por mucho que la echara de menos y quisiera estar con ella, y que estar con ella pareciera tan natural, por mucho que siguiera poniéndome a mil con tanta facilidad..., sabía bien que ya no podría confiar en ella, y no estaba seguro de si podría quererla igual, probablemente no. Podríamos conformarnos con un querer diferente, tal vez, pero no me parecía bien ceder al conformarnos... Pensé que al menos ya no la odiaba, eso era bueno ¿no?, era un avance en alguna dirección. Me di media vuelta y me fui a mi clase de alemán.

Al salir de clase pasé por la Fnac, tuve que esperar un poco cotilleando discos hasta que pude ver a Lucía a lo que entraba a trabajar. Transparentaba mucho, demasiado. Aquello eran malas noticias, no sólo porque parecía que aquel asesino cabrón iba a actuar pronto, sino porque tendría que volver a ver a Lorena. Me hubiera gustado enfriar un poco las cosas antes de volver a verla, todavía llevaba la misma ropa del día anterior, la misma ropa que ella me había ayudado a quitar, que tenía su olor en ella. Me había pasado la mañana recreando en mi cabeza la noche anterior, ¿cómo no hacerlo si no podía dejar de respirar su olor? Puta manzanita verde y puta papaya...

Empecé a escribirle un whatsapp a Lorena, desde el Samsung rajado. Me pasé como diez minutos pensando en qué escribir. No quería escribir demasiado, no quería dar detalles, pero entonces sonaba frío y no quería parecer borde... en definitiva, escribí una mierda de mensaje.

—“Lo que hablamos va a ser ya” —sí, era una mierda, pero se lo envié igualmente.

No tardó ni dos minutos en contestar, ella no se lo había pensado tanto.

—“Pásate por casa a eso de las nueve y media” —Lucía iba de tardes y salía de trabajar a las diez, así que parecía buena hora.

A las nueve y media fui a buscar a Lorena a su casa, y de ahí fuimos con su coche a la calle de Lucía donde aparcamos. Aunque un poco lejos, podíamos ver el portal desde el coche. Lorena sacó su cámara Canon del bolso y unos prismáticos que me ofreció. La miré perplejo.

—¿El detective? —pregunté, intrigado ya con aquel tipo.

—A mi tío le gusta observar aves —la miré más sorprendido aún que si me hubiera dicho que sí.

Vi que bajaba la vista con gesto pensativo, pensé que sacaría el tema de habernos acostado, ya tardaba en sacarlo...

—¿Estás seguro de esto? ¿De exponer a Lucía a algo así? —yo lo pensé un instante y asentí —Carlos, si sabes de un delito que va a ocurrir tienes la obligación de avisar a la policía.

—No puedo estar totalmente seguro, ni puedo convencer a la policía para que me crean —ella asintió, ya lo sabía, pero supongo que pensó que tenía que volver a intentarlo una última vez —Lorena, no tienes que acompañarme, puedes irte a casa. Si algo sale mal dices que te pedí el coche y ya está —negó con la cabeza.

—No me voy a ir, estoy contigo en esto —yo asentí, agradecido y preocupado a la vez, ella se puso a buscar en su bolso —He traído el móvil

para que avises a la policía, una vez que lo uses habrá que limpiarlo bien y tirarlo en una basura en algún sitio sin cámaras —me lo ofreció, yo lo dejé en la guantera.

—Vamos a estar mucho rato aquí. He visto un bar allí atrás, puedo ir a por algo de comer —propuse.

—Iré yo, mejor que nadie pueda reconocerte, la policía preguntará por hombres solos rondando la zona.

Lorena fue a pillar un par de bocadillos y un par de latas de coca-cola, y volvió al coche. Comimos el bocata y bebimos la coca-cola mientras esperábamos. A eso de las doce y media vimos aparecer a Lucía.

—¿Es ella? —pregunté yo mirando por encima del hombro de Lorena, que desde el asiento del conductor observaba hacia el portal.

—Eso creo.

—Es pronto —opiné, no podía estar volviendo de salir, como mucho de tomar algo después del curro —Puede que no sea hoy —Lucía entró en el portal y desapareció de nuestra vista —Puede que sea mañana, los otros ataques fueron en sábado y si hoy no sale...

—¿Seguro? —no, seguro no estaba —¿Y si ese tipo la estaba esperando en el portal? —preguntó Lorena inquieta.

—No hemos visto nadie raro entrar en el portal.

—Ha podido entrar antes de que llegáramos ¿no?

Pensé que era poco probable. Todavía era pronto y Lucía no había llegado borracha ni parecía drogada, y ese tío no querría pasar tanto tiempo esperando en el portal donde un vecino pudiera verlo. Claro que poco probable no parecía seguridad suficiente.

—¿Podría... no sé... llamar al timbre a ver si contesta? —propuso Lorena, yo negué.

—No quiero que nadie pueda verte cerca de ese portal.

—Pero las espía por el móvil ¿no?

—Sí, pero aun con todo... —no iba a correr riesgos.

—¿Y si la llamamos por teléfono? —propuso.

Eso al menos no implicaba acercarse a la puerta por si ese tío la estaba observando o si estaba a punto de llegar. Asentí conforme.

Cogí el teléfono de la guantera, Lorena buscó en su móvil el número de Lucía y me lo dio. Marqué, el teléfono dio tono, una y dos veces, a la tercera Lucía contestó al otro lado. Colgué.

—Está bien —expliqué.

—¿Crees que se estará arreglando para salir?

—Esperaremos un rato —propuse.

Pero pasada una hora Lucía no había dejado el portal, fue entonces que vimos al compañero de piso volver a casa. Decidimos largarnos de allí.

Lorena condujo hasta su casa. Yo me ofrecí a subir con ella hasta su puerta, para estar seguro de que no había nadie esperándola en el edificio. Resultaba más que improbable, pero nos habíamos pasado el último par de horas esperando a un violador asesino que atacaba a chicas en el portal, así que no estaba de más asegurarse.

—Pasa —ofreció.

Yo dudé, a lo que me di cuenta de que Lorena no esperaba a ver si pasaba o no, y entraba en su casa y comenzaba a abrir armarios y a mirar por todas partes. Comprendí que estaba asegurándose de que no había nadie más allí. La seguí y la observé perplejo.

—No deberías involucrarte en esto, no quiero que estés asustada...

—Ya hacía esto antes de decidir ayudarte, Carlos. Es parte de mi rutina, supongo.

—Eso es... horrible.

—Cuando atrapen a ese cabrón podré dejar de hacerlo.

No pude evitar preguntarme si lo atraparían, ¿y si nuestro plan no salía bien?

—¿E Ingrid? —pregunté, porque estaba armando un buen follón con tanto abrir y cerrar puertas.

—Hoy salía —explicó, señaló la puerta de su cuarto abierta, indicación de que no había vuelto aún.

Cuando terminó de revisar cada habitación, la de Ingrid incluida, se volvió hacia mí.

—Puedes quedarte si quieres, imagino que tu noche ya está arruinada. Podemos ver una peli o algo.

Yo dudé. Sabía que los colegas habían quedado en casa de Dani, pero a esas horas estarían ya a punto de irse a casa si habían estado en plan tranquilo, o borrachos y tal vez ya de bares si se habían animado. Unirme a esas alturas era unirme demasiado tarde ya fuera para un plan u otro. Me pregunté si era buena idea volver a pasar la noche con Lorena.

—No sé si debería.

Lorena se encogió de hombros como si a ella le diera igual, se fue hacia su habitación. Ante la duda la seguí como un tonto.

Al día siguiente volvimos a quedar por la noche y como el día anterior fuimos en coche hasta la casa de Lucía. Encontramos buen sitio para aparcar, cerca de su casa pero pasado el portal. Cuando llegaran del centro, tanto ella como ese asesino cabrón, vendrían del otro lado de la calle y no nos verían. Lucía llegó a eso de las diez y media, y volvió a salir de nuevo casi a las doce. Salió con una minifalda y botas de tacón alto, y muy maquillada, labios rojos incluidos. También muy transparente.

—Ha de ser hoy —murmuré al verla.

La noche se nos hizo eterna. Al principio charlamos un poco, pero después de cosa de una hora nuestra única actividad pasó a ser esperar en silencio y esforzarnos por no dormirnos. La noche anterior nos había entrado el sueño, da sueño esperar sin hacer nada de madrugada, así que, habiendo aprendido la lección, ese día Lorena había traído un termo con café. Pese a que me bebí medio antes de la una, a las tres no podía dejar de dar cabezadas. Vigilar es aburrido y soporífero, las horas pasan muy despacio cuando no estás haciendo nada, y ni siquiera podíamos poner música o jugar a algo en el móvil..., sólo limitarnos a estar allí quietos con la cabeza vuelta hacia el portal de Lucía.

Durante horas no vimos apenas a nadie aproximarse al portal. Un tipo espigado había bajado a echarse un cigarrillo a eso de las doce y media, una chica joven había vuelto a casa sobre la una, y a eso de las dos y media una pareja se había parado frente al portal, pero sólo se habían detenido para liarse y tocarse un poco antes de entrar en el portal contigo. Observar a una pareja meterse mano en mitad de la calle estando sentado en silencio junto a mi ex después de haberme liado con ella y ni haberlo mencionado... fue incómodo. Y eso había sido todo, nadie más en horas.

Lorena me despertó de un empujón a eso de las cuatro y media. Vimos a Lucía aproximarse al portal. Venía sola, y por sus pasos torpes parecía estar muy bebida.

—Es ella —murmuró Lorena.

Yo hice uso de los prismáticos para ver algo, pero Lorena era la que tenía mejor visión desde el asiento del conductor.

—¿Está borracha?

—Diría que bastante.

Lucía venía fumando un cigarrillo y se lo terminó antes de entrar, prácticamente agarrada a la puerta del portal para no irse al suelo. Entró y vimos la luz del portal encenderse.

—No ha entrado nadie raro antes ¿no? —pues es que yo había cabeceado un poco y no estaba seguro. Lorena negó.

—No está en el portal —aseguró —No ha entrado nadie en horas —la luz del portal se apagó, durante unos segundos ninguno supimos qué pensar ni qué hacer.

Me pregunté si acaso me había confundido con Lucía, ¿y si no iba a matarla ese cabrón? A lo mejor se iba a morir de otro modo y yo había asumido que la iba a matar ese asesino simplemente porque era joven y morena. A lo mejor iba a tener un coma etílico en su casa, o se iba a electrocutar o darse un golpe... a lo mejor finalmente alguien se iba a resbalar en el baño. Lorena me dio un golpe en el brazo y me señaló con la cabeza hacia la calle, un tipo con capucha se acercaba al portal.

—¿Es él? —murmuré sobrecogido.

Observamos a aquel tipo de sudadera oscura con capucha, llevaba también una pequeña mochila negra a la espalda, las manos en los bolsillos. Vimos cómo abría la puerta del portal, dándonos la espalda. Lorena encendió la cámara Canon que había tenido toda la noche en el regazo, con el zoom al máximo tomó una foto sin flash. El tipo de la capucha entró en el portal y desapareció de nuestra vista.

—Puede que sólo sea un vecino —murmuró Lorena.

—Llevaba capucha.

—Algunas personas usan la capucha de sus sudaderas.

—No ha encendido la luz del portal —observé, no había luz.

Lorena no me contradijo más.

—Tiene que ser ese tío, no ha entrado nadie antes ¿no? —Lorena volvió a negar con firmeza —Es el único tío que hemos visto entrar en toda la noche, y si es él, si sí es él...

—Creía que las esperaba en el portal...

—Con Ana sí, y con Marta también... pero creo que con Inés forzó la puerta cuando ella ya estaba dentro —recordé, al menos creía recordar que eso me había contado su hermano —Supongo que si las espía en el bar y las sigue, así puede saber cuándo se van a casa y si se van solas, y reduce el riesgo de que lo vea un vecino...

—¿Pero entonces es que también sabe forzar puertas? —se lamentó Lorena. Yo asentí, ese cabrón no dejaba huellas, hackeaba móviles y además forzaba puertas... era un puto cabrón muy versátil.

—Llámalas al móvil —pidió Lorena —Para asegurarnos.

Yo obedecí y llamé a Lucía como habíamos hecho el día anterior. Dio tono una, dos, tres veces... a la sexta colgué.

—No lo coge.

Lorena asintió, me miró con gesto nervioso.

—Vale, ¿y cuánto esperamos? ¿Cuánto se tarda en... forzar una puerta, atacar a alguien, atarla...?

Yo sentí una punzada de angustia al pensar en lo que tenía que estar ocurriendo en ese mismo momento en el piso de Lucía, lo que esa chica tenía que estar pasando. Lorena me miraba expectante.

—Esperaremos unos minutos.

Eso habíamos acordado, así que esperamos, pero los minutos parecían durar simplemente demasiado. Lorena me miraba expectante, desviando la mirada del reloj del coche a mis manos que sujetaban el móvil.

—Más vale que ese inspector amigo tuyo nos crea.

Yo asentí, más valía. La verdad es que no le había dado muchas vueltas a esa parte de nuestro plan, había asumido que Villalba me tomaría en serio. Había escrito el borrador del mensaje ya el día anterior, había tenido mucho tiempo para pensar qué poner que sonara convincente.

Busqué el mensaje y lo releí. Identificaba a Lucía y daba su dirección, y le aseguraba que esa chica estaba siendo atacada en su casa en ese preciso momento por el asesino que andaba buscando. Dejé que pasaran diez minutos, y entonces introduje el número de teléfono de la tarjeta de Villalba y le di a enviar. Enviar un mensaje no garantizaba que le despertara, así que acto seguido marqué el número de teléfono y llamé. Dio tono una vez, dos... oí a Villalba contestar con voz somnolienta. Colgué rápidamente, casi como si temiera que pudiera reconocer mi respiración o algo. El mensaje podía no despertarle, pero sabía que la llamada lo haría, y al colgar vería el mensaje. Si Villalba no contestaba, o no reaccionaba, nuestro plan B era llamar a emergencias, pero confiaba en que un inspector de homicidios tendría el móvil encendido y con sonido de madrugada, y en que mis palabras llamarían suficientemente su atención.

—¿Y ahora? —murmuró Lorena, pese a su flema hasta el momento y su sangre fría al investigar y planificar todo aquello, me di cuenta de que estaba mucho más nerviosa que yo.

—Ahora esperamos.

El móvil que aún tenía en la mano sonó, tanto Lorena como yo dimos un respingo. Villalba me devolvía la llamada. Le colgué y puse el móvil en

silencio. Al no contestar optó por escribirme.

—“¿Quién eres? ¿Cómo sabes lo que está pasando?”.

Mi mensaje había sido suficientemente claro, pero que no me creyera y no hiciera nada al respecto era un riesgo.

—“¿Le habrá pintado ya los labios, o seguirá eligiéndole un vestido? Seguro que ya ha dejado las violetas en su mesilla”—escribí, después ya no recibí ni llamadas ni mensajes.

Lorena se mordisqueaba nerviosa una uña, su mirada saltando nerviosamente del portal al reloj del coche.

—¿No la matará, verdad? ¿No le dará tiempo, no?

—Si Villalba me ha hecho caso, no creo que le de tiempo ni a elegir el jodido vestido —opiné, a Lorena no le tranquilizó demasiado ese “si” seguido de un “no creo”, tampoco a mí, pero era cuanto tenía —Cree tener todo el tiempo del mundo y toda esa preparación lleva tiempo...

—Si le pasa algo a Lucía esto estará sobre nuestras conciencias el resto de nuestras vidas.

La miré molesto, no era el momento de venirme con esas. Nos quedamos en silencio, esperando. Lorena se mordía compulsivamente una segunda uña, le cogí la mano y la bajé para que parara, porque me estaba poniendo nervioso a mí. Me quedé con su mano en la mía, apretándola, a la espera. De repente Lorena dio un respingo.

—Es él —la miré confuso —El tío de la capucha, sale del portal.

Me incliné sobre ella para mirar a través de la ventanilla. Efectivamente el tipo de la capucha estaba saliendo, y echó a andar por la calle, la cabeza gacha, las manos en los bolsillos, paso rápido... Yo lo observé perplejo. No podía ser, se estaba largando, iba a desaparecer antes de que Villalba o cualquier otro policía llegara. Lo vi alcanzar la esquina de la calle.

—¡No, no, no! —exclamé horrorizado.

—Se va —observó Lorena desconcertada.

Se estaba largando, desapareciendo, y tenía que ser él, estaba seguro, tenía que serlo. No lo pensé, abrí la puerta del coche y salí a la calle.

—No, Carlos —protestó Lorena, pero no la escuché.

Sin pensármelo dos veces eché a correr hacia la esquina, hacia aquel tipo que se alejaba. Tenía que ser él, estaba seguro de que era él. Al doblar la esquina lo distinguí alejándose. Eché a correr tras él. Él debió de verme, u oírme, porque de repente echó a correr también.

Capítulo 34. Y tanto que podía

Lo seguí tan rápido como pude. Dobló a la siguiente calle y siguió corriendo, tratando de dejarme atrás. Yo podía distinguir su figura encapuchada a lo lejos, al llegar a cada esquina. Y de repente al doblar a la siguiente calle ya no lo vi. Traté de aguzar el oído, creí oír algo a mi derecha y eché a correr hacia allí. No podía dejar de pensar en que tenía que alcanzarlo como fuera, no podía dejar que se escapara. Estaba seguro de que era él, ¿si no por qué corría? Era él, seguro que era él. Lo tenía allí mismo, ese cabronazo hijo de puta estaba a una carrera de distancia.

Crucé de acera aproximándome a la siguiente esquina, atento a entre los coches por si pudiera haberse escondido, cuando al llegar frente al escaparate de la tienda de la esquina me vi de refilón reflejado y al momento frené en seco, yéndome casi al suelo por la brusca frenada. Volví la vista al escaparate, al espejo que cubría la pared tras los zapatos de la tienda. Sentí como el corazón se me encogía en el pecho. Ahí estaba reflejado, de pie, inmóvil, mirándome con cara de perplejidad... y todo mi cuerpo transparentando. Me quedé paralizado, todos los músculos de mi cuerpo atenazados. No podía moverme, casi no podía ni respirar. Sentí que el mundo se detenía a mi alrededor. Giré en redondo, esperando un ataque sorpresa llegar de la nada, algo repentino que me tumbara de golpe y para siempre. Me quedé inmóvil, escuchando el silencio, el corazón me iba a mil por hora.

Entonces oí el ruido de algo caer al suelo al doblar la esquina, y el sonido de pasos, alguien alejándose a la carrera. Sentí la tentación de ir allí y asomarme, sabiendo que el tipo de la capucha estaría allí, sabiendo que se alejaba, que iba a perderlo... Pero mis músculos seguían atenazados, no conseguía hacer que mi cuerpo me obedeciera y se moviera. Volví a mirarme en el espejo, viendo como la transparencia de mi cuerpo desaparecía, se evaporaba tal y como había llegado.

Sólo al comprobar que el peligro de muerte desaparecía, fui capaz de moverme de nuevo. Doblé, ahora sí, la esquina. Distinguí un adoquín levantado del suelo, a unos pasos del agujero al que había pertenecido. Imaginé que era aquel adoquín lo que había oído caer al suelo. E imaginé que aquel tipo había agarrado el adoquín y me había estado esperando, allí mismo tras aquella pared, para golpearme con aquel adoquín hasta matarme. Me di cuenta de que temblaba como una hoja.

Miré la calle despejada frente a mí. Luché contra todos mis instintos

para obligarme a echar a correr otra vez e ir en su busca, mirándome las manos mientras lo hacía, atento a cualquier transparencia que pudiera aparecer. Doblé la siguiente esquina y no vi nada, no había nadie. Vi un mendigo durmiendo junto a un portal, pero ni siquiera estaba vuelto hacia la calle como para tal vez haber visto algo. Desanduve mis pasos, atento a cualquier movimiento y cualquier ruido, atento a cualquiera que estuviera en la calle a aquellas horas de la noche.

—¡Mierda! —maldije, furioso al darme cuenta de que lo había perdido.

Avancé por la calle sin saber hacia dónde ir, no podía saber qué dirección había tomado, seguí caminando sin ver a nadie ni oír nada. Al doblar una esquina distinguí un Volvo negro en el semáforo en rojo al final de la calle. Me asomé a mirarlo y por un instante pensé en aproximarme al conductor y preguntarle si había visto a un tipo en sudadera corriendo, pero ni siquiera sabía si había cogido esa calle, y si la policía preguntaba, mejor que nadie pudiera acordarse de mí.

—¡Mierda! ¡Joder! —exclamé frustrado, sintiendo ganas de golpear algo.

Me dejé caer al suelo apoyándome sobre la pared del edificio a mis espaldas, llevándome las manos a la cabeza, frustrado y enfadado, cuando de repente lo vi. Ahí estaba otra vez. Observé mis manos, sobrecogido: volvía a transparentar.

Tardé unos segundos en procesarlo. No transparentaba tanto como antes, no parecía algo inminente, pero desde luego ahí estaba. Me asomé de nuevo a la calle, mirando a mi alrededor, en todas las direcciones. No había nadie allí. ¿Cómo era posible? ¿Acaso me había visto? ¿Cómo podía haberme visto si yo no lo había visto a él?

Desanduve mirando entre los coches, imaginándomelo agazapado en algún rincón, esperándome para atacarme con un nuevo adoquín en la mano. Pero allí no había nadie. Regresé a la zapatería y me miré en el espejo. De nuevo, como apenas unos minutos antes, transparentaba. No tanto como antes, desde luego, pero ahí estaba, no cabía duda. Me pregunté si acaso no había dejado de transparentar en ningún momento, o si sí lo había hecho pero luego la transparencia había vuelto. Tenía que ser porque me había visto. Podía haber imaginado que era yo, claro, pero... pero no, estaba casi seguro de que al esperar junto a la zapatería antes de doblar la esquina había perdido la transparencia. Ese cabrón iba a golpearme con el adoquín y al detenerme me había librado. Al seguir buscándole era cuando debía de haberme visto, y

pese a la oscuridad y la distancia, me había reconocido. Era entonces que debía de haber decidido que iba a matarme. Tenía que haberme visto oculto tras un coche, o un basurero... Volví en busca del sintecho y me asomé para mirarle la cara y estar seguro de que realmente era un sintecho. Cuando distinguí un rostro viejo y sucio me di por satisfecho.

Sin saber qué hacer, regresé a la calle de Lucía. Al llegar a la esquina que doblaba a su calle me encontré con Lorena, que esperaba asomada, mordiéndose las uñas de nuevo. Al verme llegar se lanzó a mis brazos.

—Me has dado un susto de muerte —protestó, abrazándome con fuerza —¿Qué coño se te ha pasado por la cabeza? —eso mismo me preguntaba yo.

—Le he perdido.

—Mejor así, ¿qué ibas a hacer si le alcanzabas? Es un puto asesino, podría haberte matado —y tanto que podía.

Yo tragué saliva, comprendiendo que había sido una soberana gilipollez perseguirle. Me di cuenta de lo asustada que estaba Lorena. Seguía abrazada a mí, sin intención de soltarme.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, sin soltarla yo tampoco.

—Han llegado dos policías de uniforme —explicó —Les he visto entrar en el portal. Luego ha llegado un coche de paisano, creo que era el inspector.

Oímos el ruido de un coche, Lorena me soltó para asomarse de nuevo.

—Llega otro coche... Creo que es ese otro policía, el subinspector.

Yo ni la escuchaba, mis manos seguían transparentando, era todo lo que ocupaba mi mente en ese momento.

—¿Estará bien, no? —murmuró Lorena preocupada, volviéndose hacia mí.

Yo asentí, no había podido tener tiempo de matarla, o eso esperaba. Vi que Lorena me observaba fijamente.

—¿Estás bien?

—Sí, claro... —balbuceé, pero tuvo que darse cuenta de que no era cierto.

—Será mejor que nos vayamos de aquí. Volveré a por el coche mañana. He cogido el móvil para deshacernos de él.

Yo asentí sin escuchar. Dejé que Lorena me cogiera del brazo, en plan pareja, y anduvimos hasta su casa. Apenas mediamos palabra. Al llegar al portal subí de nuevo con ella, dejó la puerta abierta para que pasara.

—Haz tu repaso de armarios y eso, y me voy —le dije.

—Quédate —pidió.

—No, hoy no —murmuré, seguía transparentando, no podía quitármelo de la cabeza.

Ese cabrón me había visto, me había reconocido y había decidido matarme. Sabía que aún tenía tiempo, no era inminente, pero iba a ocurrir, y no podía saber cuándo, ni dónde, ni siquiera sabía quién era él. Había creído que el ataque a Lucía nos permitiría cogerle, la policía no había tardado tanto en llegar, tenían que haberle cogido in fraganti, pero de alguna manera él lo había sabido y se había largado a tiempo. Me pregunté cómo coño podía haberlo sabido. Me sentía terriblemente frustrado, nuestra mejor oportunidad se había ido a la mierda, se había ido corriendo delante de mí y no había podido hacer nada.

—Es mejor que te quedes, Carlos —yo volví a negar, quería irme a casa —No quieres tener que decir que estuviste a estas horas en la calle. Diremos que pasamos la noche juntos y vimos una peli —yo dudé —Seré tu coartada, Carlos.

Dudaba todavía, pero mi fuerza de voluntad estaba bajo mínimos. Dejé que cerrara la puerta tras de mí, le vi echar la llave y los diferentes cerrojos.

—¿E Ingrid?

—Le pedí que pasara la noche con Eduardo, es su nuevo novio o... lo que sea.

—¿Por qué? —murmuré confuso.

—Le dije que quería traerte a casa y poder tener el salón para nosotros. Para que no supiera a qué hora volvíamos por si la policía preguntaba...

Observé a Lorena sorprendido porque hubiera pensado en aquello, entonces le vi sacar el móvil del bolso y dejarlo sobre la mesa, le había sacado la batería que también sacó del bolso y también dejó sobre la mesa.

—Me desharé de esto por la mañana —propuso.

Yo asentí, observando a Lorena y pensando que habría sido una buena criminal, y era una buena mentirosa, pensaba en los pequeños detalles. Yo no estaba para pensar en esas cosas.

—¿Seguro que estás bien, Carlos?

No lo estaba, pero asentí. Dejé que me llevara a su dormitorio. Me desvestí con gesto apático y me tumbé en la cama. Lorena se tumbó a mi lado y me abrazó con gesto protector, como si de alguna manera supiera que eso era justo lo que necesitaba.

No podía dejar de pensar en que iba a morir, aquel asesino iba a por mí y no tenía la menor idea de cómo evitar terminar muerto. Tenía que haber

algo que pudiera hacer, ¿pero qué? Aparte de saber que iba a matarme, no sabía nada más. Yo no era una chica que se parecía a Violeta, ese tío no esperaría a que saliera de fiesta para drogarme y estrangularme... A mí podía matarme de cualquier manera. Empecé a pensar en formas de morir, o más bien en formas de matar a alguien, más específicamente, en formas de matarme a mí. Se me ocurrían muchas formas, había visto demasiadas series de asesinatos... resultaba abrumador. Si ese cabrón me quería muerto, no era capaz de pensar en cómo evitarlo. No podía protegerme de un peligro desconocido. El ataque podía venir de cualquier forma, en cualquier lugar y a cualquier hora. Sentí como Lorena me besaba el hombro.

—No le des más vueltas —susurró, lo que era imposible, pero sí conseguí quedarme dormido.

Al día siguiente me desperté sintiendo que la noche anterior había sido un mal sueño. Al mirarme en el espejo del baño comprobé que seguía transparentando. No había sido un jodido sueño, ojalá.

¿Qué coño iba a hacer? No podía morir, no quería morir, menos a manos de ese puto loco... Pero él lo sabía todo sobre mí, con acceso a mi iPhone conocía mi vida, y yo no sabía nada de él para intentar protegerme. Joder, si quería matarme lo tenía fácil... ¿Y si no conseguía evitar que me matara? Transparentaba y eso significaba que iba a morir. Pero no, no podía morir, era incapaz de aceptar mi muerte, la idea de la vida sin mí resultaba inconcebible.

—¿Carlos, estás bien? —me preguntó Lorena por enésima vez, y por enésima vez le mentí —Puede que haya cometido un error, no esperaba tener que salir con prisas, puede que haya dejado alguna pista —me intentó animar Lorena, debía de pensar que me sentía frustrado por haberlo perdido —Puede que Lucía pueda ayudar, si está bien, claro...

Yo la miré sorprendido, desde la noche anterior sólo había podido pensar en mí y en mi futura muerte, sólo al oírle mencionarla me acordé de Lucía. Lorena seguía preocupada por ella, claro. Yo había asumido que seguiría viva y estaría bien, pero me di cuenta de que era una asunción que había hecho muy a la ligera. Pero no, seguro que Lucía estaba bien, el que no iba a estar bien era yo...

Me di cuenta de que la posibilidad de que aquel asesino me matara, y las múltiples maneras en que podía hacerlo, no era lo único que no conseguía quitarme de la cabeza. Había algo más, menos preocupante a simple vista pero mucho más extraño, en lo que no podía dejar de pensar.

—¿Cómo coño supo que tenía que largarse? —protesté, ¿cómo coño había sabido que alguien iba a por él? Había sido tan jodidamente rápido... — Escribí a Villalba y ¿qué? ¿Cinco minutos después ya se estaba largando?

—Ni llegaron —repuso Lorena —Fueron cuatro minutos —sentí un escalofrío.

—¿Qué?

—Fueron cuatro minutos, desde tu segundo mensaje hasta que ese tío salió del portal, pasaron sólo cuatro minutos. Eso es muy poco tiempo...

Me quedé helado, cuatro minutos era un tiempo muy concreto y muy familiar. Cuatro jodidos minutos.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que fueron cuatro minutos?

—Estaba mirando el reloj del coche —explicó Lorena encogiéndose de hombros.

—¿Estás segura de que fueron exactamente cuatro minutos?

Lorena asintió, confusa por mi interés, sin comprender qué importaba aquello. Yo intenté olvidarme por un instante de aquella cifra.

—¿Cómo pudo saberlo? ¿Cómo pudo reaccionar en cuatro minutos? Alguien tuvo que avisarle, alguien tuvo que decirle que se fuera de allí echando hostias...

—¿Crees que trabaja con alguien?

Yo dudé, nunca había pensado que pudiera haber dos personas involucradas y tampoco creía que la policía lo creyera, claro que a saber lo que la policía no había compartido conmigo... Villalba no me había hablado de que ese cabrón usara un programa para espiar teléfonos, y bien que me hubiera venido saberlo para deshacerme de mi iPhone a tiempo. A saber qué más se había callado. Pero no, de creer la policía que ese asesino tenía un cómplice, habrían pensado en mí. Villalba no habría hablado tanto conmigo sobre el caso de creer que yo podía ser un cómplice.

—¿No te ha llamado el inspector Villalba? —preguntó Lorena —Puede que él te dé más información si te llama... y podrás saber cómo está Lucía.

Villalba sólo tenía el número de mi iPhone, que estaba en mi casa, así que me despedí de Lorena y me fui a casa. Al llegar lo puse a cargar, pensando que ahora sí tenía que deshacerme de aquel móvil del demonio. Cuando por fin el jodido iPhone se dignó a encenderse, porque mira que le cuesta, encontré dos llamadas perdidas de Villalba. Le llamé al instante.

—¿Qué ha pasado? —casi ladré cuando contestó.

—Ahora ando liado, ¿puedes pasar por comisaría dentro de, digamos,

una hora?

Hacía unos días me habría negado, no habría querido que nadie me viera por comisaría, no habría querido dar opción a que ese cabrón supiera que había vuelto a hablar con la policía, no habría querido entrometerme para no cabrearle... ¿Pero ahora eso qué importaba? Obviamente ya le había cabreado todo lo que podía cabrearle, no iba a matarme dos veces. Le dije a Villalba que sí y colgué.

Capítulo 35. No había sido la sirena

Al llegar a comisaría una policía rubia y pecosa me llevó hasta el despacho de Villalba. Villalba me saludó y me ofreció asiento en la silla frente a su escritorio. El subinspector Malaleche estaba también allí. Me miró con mala leche contenida mientras me sentaba, de pie junto a la silla de Villalba, como un perro guardián. Que el subinspector estuviera también allí me hizo estar más alerta aún, lo que no me venía nada mal para medir mis palabras y no meter la pata siendo un bocazas. Villalba me explicó que había habido un nuevo ataque la noche anterior pero que el asesino había huido y la chica estaba bien.

—¿Está viva? —pregunté con gesto de sorpresa.

—Sí, ella está bien, conmocionada pero bien. Forzó la puerta de su casa y le drogó, pero no llegó a más. Ni siquiera llegó a vestirla, no tuvo tiempo —yo asentí aliviado.

—¿Por qué no tuvo tiempo?

—Alguien me llamó a las cuatro y media de la mañana avisándome del ataque —sentí un escalofrío cuando dijo la palabra “alguien”, vi que Villalba me observaba con atención, pensé que por eso me había hecho ir hasta allí, quería verme la cara mientras me contaba aquello.

Esperaba que mis dotes de mentiroso bastaran para pasar la prueba. Noté que el subinspector Cejasjuntas parecía ansioso por intervenir, por acusarme, probablemente, pero se contuvo.

—¿Y qué te dijo, el que te llamó? —pregunté.

—Me envió un mensaje hablándome del ataque, me dio el nombre de la chica y su dirección, y también me dio datos concretos del caso que no mucha gente conoce... Enviamos una patrulla y encontramos a la chica.

—¿Y ese cabrón dónde estaba? —pregunté confuso, como si no supiera que ese cabrón estaba corriendo a un par de calles de la casa de Lucía conmigo persiguiéndolo.

—No estaba en la casa, se marchó antes de que llegáramos.

—¿Por qué se fue? ¿Crees que... alguien le avisó para que se largara?

La manera en que Villalba me miraba, tan jodidamente atento a mi expresión y a cada una de mis palabras, por no hablar de que le estaba mintiendo a la poli, bueno, mentir tampoco, sólo estaba fingiendo un poco, o bastante... El caso es que me estaba poniendo nervioso, y temía que se me notara. Sabía que tenía que tener cuidado, medir mis palabras y sonar creíble.

Pero no estaba centrado, no podía dejar de pensar en que seguía transparentando.

—No habíamos pensado que tuviera ayuda, es el tipo de sujeto que trabajaría solo, pero por otra parte tenemos ese mensaje... Alguien más sabía lo que estaba pasando.

—Podría tener un cómplice del que no sabíamos nada —intervino el subinspector, su mirada y su tono acusador lo decían todo —Claramente ese tipo no trabaja tan solo como creíamos.

—¿Por qué un cómplice iba a daros un chivatazo y luego advertir al asesino para que se largara? No tiene mucha lógica ¿no?

—Ese chivatazo no tiene mucha lógica —gruñó Villalba.

Yo intenté aparentar sorpresa y confusión por lo que me contaban, como si fuera totalmente nuevo para mí, y no dije nada. Antes de marcharme de su casa, Lorena me había insistido en que cuando la poli me llamara, no hablara más de lo necesario, que cuanto más hablara más posibilidades tenía de decir algo que no debía, y que no me defendiera si no me acusaban. Había incluso querido venir conmigo a comisaría, pero la había convencido de que traer a mi abogada sería raro, y sospechoso también.

—¿Dónde estuviste anoche? —se lanzó el subinspector, ya tardaba.

Yo respiré hondo, con gesto cansado.

—En casa de una amiga —contesté —¿Vuelvo a ser sospechoso?

—Estuviste en Caldea cuando atacaron a Inés, y de fiesta cuando atacaron a Marta, pero si hay más de una persona involucrada en todo esto... —yo me revolví incómodo en el asiento.

—¿Y con Ana? ¿No queréis saber dónde estaba cuando atacaron a mi amiga? —protesté.

—¿A tu amiga a la que no hirieron, a la que parece que utilizaron como advertencia? —replicó el subinspector, de nuevo en tono acusador.

Yo le miré perplejo, de repente la película que aquel policía se había montado en la cabeza parecía cobrar sentido: dos psicópatas colaborando, o tal vez compitiendo, problemas entre ambos y uno yendo a por la amiga del otro para advertirle, o tal vez para vengarse... En la cabeza de aquel policía, yo estaba involucrado hasta el fondo. Y lo peor era que esa película que se había montado resultaba mucho más creíble que la realidad.

—¿Con qué amiga estuviste? ¿Podrá corroborar que estuviste con ella toda la noche?

—Estuve con ella toda la noche —aseguré, y era cierto.

—¿Podemos hablar con ella? ¿Nos dices su nombre y nos das su teléfono? —insistió el subinspector.

Asentí con gesto incómodo, resignándome.

—Ya tenéis su nombre y su teléfono —murmuré, me miraron confusos, yo suspiré —Es mi abogada, Lorena.

—¿Tu novia, con la que estuviste en Caldea? —preguntó Villalba.

—¿La que te abofeteó ahí fuera? —añadió el subinspector, señalando con la cabeza la salita, ¿que se había enterado toda la puta comisaría?

—Es mi ex novia —corregí —Y sí, ella.

—¿Qué estuvisteis haciendo? —continuó el subinspector.

—¿En serio? —repliqué sorprendido, y un poco molesto.

—En serio —gruñó el imbécil del subinspector, mirándome fijamente.

Pensé en Lorena y en cómo le había pedido a Ingrid que le dejara la casa para nosotros solos para que no supiera a qué hora volvíamos, en cómo me había dicho que pasara la noche con ella para poder ser mi coartada... Pensé en su mente maquiavélica, o mentalidad de abogada, no sé.

—Estuve en su casa viendo una película —ahora sí que le estaba mintiendo a la poli.

—¿En la televisión? ¿Qué película? —volvió a la carga el subinspector Cejasjuntas, yo le miré definitivamente molesto —¿Es que no se te ocurre el título de ninguna película? —preguntó en tono acusador al ver que no contestaba.

—Lo de ver una peli es un eufemismo, estuvimos follando ¿vale? —gruñí.

—¿Toda la noche?

—Sí, soy un campeón —me jacté —¿Quieres más detalles, saber en qué posturas o la marca de los putos condones?

El subinspector fue a replicar algo, pero Villalba se adelantó.

—Vamos a parar aquí, ahora —zanjó.

El subinspector Malaleche miró a Villalba molesto por la interrupción, quería seguir acusándome. Yo le miré desafiante, dispuesto a seguir contestándole en mi misma línea.

—José, ¿por qué no vas a ver si tenemos ya algo de los de la Científica, eh? —pidió Villalba.

El subinspector le miró irritado por la petición, no quería irse, pero al ver el talante serio de su superior asintió de mal humor. Yo le observé largarse sin poder ocultar mi satisfacción por ver cómo le echaban. Y no sólo

me alegraba de que le echaran, es que al no tenerle observándome y pensando en cómo acusarme, sentí que me quitaban un peso de encima, sentí que podía relajarme. Con Villalba podía hablar más libremente, un poco al menos. Al volver la vista hacia él le vi observarme con gesto de reprobación, me sentí como un alumno reprendido por un profesor que le cae bien.

—No tengo nada que ver con ese asesino —aseguré a la defensiva — Desde luego no soy su cómplice, ni colaboro con él... Soy el primer interesado en que cojáis a ese cabrón —aseguré, Villalba me miró intrigado.

—¿El primer interesado? —repitió.

—Fue a por Ana para advertirme, no quiero que se cabree y venga a por mí —tarde.

—Supongo que eso no es un problema si te has mantenido al margen — opinó Villalba.

—No importa si me he mantenido al margen o no, importa lo que ese psicópata enfermo piense —protesté —¿Ha dejado huellas o... algún rastro? —mejor cambiar de tema —Si salió con prisas dejaría algo ¿no?

—Todavía no tenemos los resultados, pero aún no había llegado muy lejos. No había tocado a la chica, ni siquiera le había desvestido todavía, así que no habrá residuos... y probablemente para forzar la puerta y elegir la ropa llevaba guantes...

—Deberíais haberle pillado —protesté, era un buen plan, debería haber funcionado —Deberíais habérselo encontrado allí y todo esto habría acabado.

—Alguien más sabía lo que pensaba hacer anoche, alguien sabía que estaba atacando a esa chica mientras lo estaba haciendo —observó Villalba.

Yo fruncí el ceño, eso no era lo que había impedido que pillaran a ese cabrón. Me di cuenta de la manera en que Villalba me observaba, como si esperara que yo replicara algo, tal vez que me defendiera.

—Deberíais preocuparos más por cómo supo que tenía que largarse de allí antes de que llegárais —me importaba una mierda quién más sabía lo que ese tío pensaba hacer, que era yo, eso no importaba.

—Pudo oír la sirena del coche patrulla, ellos fueron los primeros en llegar.

—¿Y asumió que iban a por él y le dio tiempo a largarse? ¿Por qué iba a oír una sirena y creer que era por él? Es... —cerré la boca a tiempo antes de decir que era una zona concurrida donde probablemente se oían muchas sirenas, Villalba seguía observándome con atención —¿Es una zona concurrida? Porque salvo que sea en las afueras o en algún barrio periférico,

en el centro se oyen sirenas constantemente... ¿Y qué número de planta era? ¿Estaban las ventanas cerradas? Porque eso influye en la acústica... ¿De verdad crees que pudo darle tiempo a oír la sirena, coger sus cosas, lo que usara para forzar la puerta y lo que sea que le guste llevarse, bajar las escaleras e irse de esa calle... todo eso sin cruzarse con los policías?

Villalba me escrutaba en silencio, evaluando mi escepticismo. Yo sabía que no había sido por la sirena, ese tío había salido de allí mucho antes de que se oyera la jodida sirena.

—Crees que se fue antes de oír la sirena —observó. Yo asentí, sabía que no había sido por la puta sirena —La patrulla apenas tardó diez minutos en llegar desde que di el aviso. Si no se fue por la sirena, y cuando recibí el mensaje todavía estaba en el piso de esa chica, aun con todo reaccionó en menos de diez minutos.

En cuatro para ser exactos, en cuatro jodidos minutos. Eso era muy poco tiempo, eso era ser muy rápido. Eso era saber que tenía que largarse apenas envié el mensaje a Villalba.

—Si no fue por la sirena, entonces alguien le avisó —dedujo Villalba mirándome, creo que a la espera de mi opinión al respecto, o tal vez esperando que propusiera una teoría alternativa —Puede que la misma persona que me envió ese mensaje...

—No tiene sentido que alguien te avise de lo que está pasando y le avise también a él, quien te envió ese mensaje quería que pillarais a ese tío —aseguré. Villalba me miraba con atención, y me di cuenta de que sería mejor mostrar un poco menos de seguridad en lo que sólo eran teorías, al menos de cara a Villalba eso era lo único que eran.

—Si no fue quien me envió el mensaje, ¿quién? —insistió Villalba de nuevo mirándome expectante.

—¿Con quién hablaste cuando recibiste el mensaje? ¿Con quién habló la patrulla?

—No estarás otra vez insinuando que un policía tenga algo que ver ¿no? —gruñó, irritado pero conteniéndose.

Negué, ya me había columpiado antes con eso, aunque por otra parte no me hubiera importado lo más mínimo poder pinchar un poco, tal vez mencionar al subinspector Malaleche... De repente me di cuenta de que, de nuevo, había otra explicación posible.

—¿Y si te ha hackeado el móvil? —exclamé, aquello tenía todo el sentido del mundo —Hackea el móvil de sus víctimas, ¿por qué no el tuyo?

¿Qué mejor manera de estar al tanto de la investigación?

Villalba frunció el ceño.

—¿Cómo sabes que hackea el móvil de sus víctimas?

—Pues por Ana, y ya podrías habérmelo contado tú —gruñí —No habría pensado que ese tío era un poli de saber que hackea móviles.

—No es tan malo que haya algo de cómo actúa ese tipo que tú no sepas ¿sabes? Te hace un poco menos sospechoso —no me digné a defenderme de nuevo.

—Te ha tenido que hackear el puto móvil —insistí.

—No es tan fácil hackear un móvil, y menos mi móvil...

—¿Pero por qué iba a parar en mitad de lo suyo para comprobar si alguien te había escrito? A no ser que tuviera una alerta o algo... —murmuré, yo seguía a lo mío, tenía que encontrarle sentido a esos cuatro minutos —¿Lucía escuchó algo, una llamada de móvil a lo mejor? Puede que ese tío tuviera una alerta para cuando hubiera movimiento en tu móvil, ella pudo escuchar algún sonido...

Villalba me observaba fijamente de nuevo, escuchándome con especial atención. Pareció dudar sobre qué dirección tomar. Creo que se decantó por la dirección fácil.

—Ella dice que no recuerda nada, que llegó a casa y se fue a dormir... y lo siguiente que recuerda es despertar en la ambulancia —asentí parcialmente aliviado, hubiera preferido que recordara algo que pudiera ayudarnos, pero era mejor para ella si no recordaba nada —Volveré a hablar con ella en un par de días, por si recuerda algo más... Le preguntaré si oyó algún ruido de teléfono —yo asentí, satisfecho porque tomara en cuenta mi idea.

—¿Ella está bien, no? ¿O... lo estará, no?

—Físicamente está bien, pero no es fácil recuperarse de algo así, estará asustada por mucho tiempo...

—Ana me dijo que no creía que pudiera volver a sentirse a salvo hasta que ese cabrón estuviera muerto —dije sin pensar.

Villalba se quedó en silencio, procesando mis palabras.

—¿Cómo está? —preguntó, noté que se suavizaba conmigo al hablar de Ana.

El hecho de que Ana hubiera sido una víctima, necesariamente ayudaba a que Villalba confiara en mí. Sospechara lo que sospechara de mi participación en todo aquel tema, sabía que yo no haría daño a Ana.

—Bien, bueno... se fue a Barcelona, necesitaba distanciarse... Dice que

va con un cuchillo a todas partes —miré a Villalba esperando que dijera algo al respecto, tal vez que me confirmara que aquello era sólo una fase en el camino de vuelta a la normalidad, pero no dijo nada.

—¿Y tú, Carlos? ¿Cómo estás tú? —le miré sorprendido por la pregunta —¿Te has mantenido al margen de todo esto como te dije que hicieras? — intenté aparentar inocencia, y calma..., no creo que lo consiguiera —¿No has vuelto a entrometerme, verdad?

Que no volviera a entrometerme era justo lo que ese cabrón le había dicho a Ana que me dijera, y yo me lo había pasado por el forro. Así estaba ahora, transparentando por imbécil. Ana creía que yo no podría vivir con el cargo de conciencia de no haber ayudado a una posible víctima, ¿pero no era peor que ese cabrón viniera a por alguien que me importara, o, visto lo visto, no era peor que viniera a por mí? Era mejor vivir con la culpa que ser asesinado. Con mala conciencia, sabiéndome un egoísta tal vez... pero vivo. Muerto no se puede ser nada, ni egoísta ni no egoísta, ni cargar con la culpa ni con nada... Me di cuenta de que Villalba esperaba una respuesta.

—¿Por qué me has pedido que viniera? ¿Para informarme o para acusarme? —gruñí.

—Pensé que tal vez tenías algo que aportar —le miré extrañado, sin saber a qué se refería con ese “aportar” —Alguna teoría para explicar lo de ayer...

—Te han hackeado el puto móvil —repetí, debería haberlo pensado antes, debería haber previsto que avisar a Villalba y a su equipo no era seguro —El tuyo o el de alguien de tu equipo —Villalba frunció el ceño, obviamente no le gustaba esa explicación, pero no era la peor explicación posible —Eso, o tienes alguien dentro que le alertó —acusé, me miró enfadado, en señal de alerta, para que no siguiera por ahí —Y lo hizo muy rápido si le dio tiempo a largarse en menos de... —a punto estuve de decir cuatro minutos —diez minutos.

—¿Diez minutos no te parece el número de minutos adecuado?

Le miré sorprendido porque hubiera notado mis dudas respecto a ese detalle. Pero por supuesto que diez no era el número adecuado, no habían sido diez minutos sino cuatro, cuatro jodidos minutos.

—Y qué sé yo —gruñí.

—Carlos, si hay algo que pueda ayudarnos a dar con ese tipo...

—Se fue de allí cagando hostias, ¿cómo pudo saberlo? O te tiene hackeado el móvil o tiene a alguien más, un cómplice, y ese cómplice sabe lo

que hace la policía.

Villalba me miró fijamente, molesto pero paciente.

—Sé que es frustrante, Carlos...

—¿Frustrante? —protesté, frustrante se quedaba muy, muy corto — Deberíais haberlo pillado anoche, deberíais haber llegado a casa de Lucía mientras estaba atada e inconsciente... y detener a ese cabrón. Ese mensaje debería haberos servido a ese tío en bandeja y ese cabronazo estaría ahora encerrado, y todos estaríamos mucho más tranquilos... —yo para empezar, si lo hubieran cogido yo no transparentaría.

—Ese mensaje le salvó la vida a Lucía —repuso Villalba, mirándome de nuevo con atención —Está viva gracias a quien quiera que nos avisara.

Yo asentí a regañadientes, pero aquello no bastaba. Tenían que haberlo cogido, no tenía que haber salido de allí tan rápido, o yo tenía que haberle detenido al echar a correr tras él... Tenía que haber sido yo quien le viera a él y no él a mí. Ahora yo sabría quién era él y yo no transparentaría. Sí, todo aquello era más que jodidamente frustrante.

—Carlos, si tienes algo en la cabeza, te estoy escuchando —insistió Villalba, no podía pasársele desapercibido que yo no estaba a lo que estaba, que estaba pensando en algo más.

Le miré pensativo y asentí. Era un consuelo que me escuchara, pero, siendo realista, no podía decirle que ese cabrón iba a por mí, no sin explicarle cómo podía saberlo, y entonces me tomaría por un loco. Me había ganado su respeto, más o menos. Ahora me creía, y no lo echaría por tierra siendo sincero.

Capítulo 36. De ese grupo no se salvaba ninguno

No podía contarle que transparentaba, pero podía hacer algo más. Rebusqué en mi bolsillo y saqué el pendrive con las fotos de Jaime. Se lo tendí a Villalba.

—Son fotos de Violeta y Juan, y de sus amigos.

Villalba lo cogió sin saber a santo de qué le daba aquello.

—Me las envió Jaime, el hermano de Juan —también saqué del bolsillo la foto de grupo impresa —Aquí están todos, todo el grupo de amigos en la casa del abuelo donde mataron a Juan. Es del verano de antes de que Violeta se fuera a la universidad, después el grupo se separó.

—Ya te dije que no te fiaras demasiado de lo que te contara el hermano...

—¿Estás seguro de que se acostó con Violeta? ¿Te lo dijo él? No creo que te lo dijera él...

Villalba suspiró, molesto por mi escepticismo.

—Me lo dijo una amiga de Violeta —miró la foto impresa que le había dado, señaló a la chica rubia pegada a Jaime —Esta de aquí.

—Ah —murmuré sorprendido, quise poner en duda lo que esa chica supiera, pero al fijarme en su proximidad a Jaime en la foto pensé que la que debía de haber sido su novia en la época seguro que sabía de qué hablaba, y parecía más razonable creerla a ella que no a Jaime que probablemente mentiría para evitarse un marrón —Pero no crees que fuera él ¿no? ¿Y si sí lo crees, por qué no está detenido? —protesté —¿Porque le habrás investigado, no?

—Ni siquiera podemos estar seguros de que la muerte de Violeta esté relacionada con los otros casos. Por lo que sabemos, a Violeta la mató su ex que luego se suicidó...

—No fue el ex, Violeta fue la primera —aseguré, no me cabía la menor duda, y sabía que Villalba también lo creía —Así que tiene que ser uno de ellos —señalé la foto.

—¿Qué quieres que haga con esto? —gruñó mirando la foto y las palabras que yo había escrito junto a las caras.

—Quiero que investigues a esos tíos —protesté —El que mató a Violeta la conocía bien, y conocía a Juan, y la casa del abuelo. No es tan fácil llegar a esa casa de noche si no sabes dónde está, y tuvo que llegar rápido porque tenía el tiempo justo, así que no creo que se perdiera por el camino...

Villalba arqueó una ceja inquisitivo.

—¿Cómo sabes que es difícil dar con la casa?

—Puede que fuera a buscarla —murmuré, sin saber si me reñiría, sólo me miró sorprendido —Es difícil llegar, aunque lleves un mapa, de noche por allí no se ve un carajo...

—Más gente podía conocer esa casa, gente de la zona, amigos de la familia, otros familiares...

—También sabía dónde estaban las armas del abuelo. Eso no lo sabría cualquiera. El hermano de Juan me dijo que en esta foto estaban todos los amigos, y está hecha en esa casa. Tienes que hablar con Jaime, e investigarle si no lo has hecho aún, a él y al resto...

—No quiere hablar con la policía, Carlos, y cuando intenté hablar con otros supuestos amigos de Violeta tampoco ayudaron mucho... —pensé que al menos la ex de Jaime sí había hablado, claro que tal vez sólo para acusar a su ex de ponerle los cuernos con una tía que acabó asesinada —Ninguno de esos chicos va a reconocer haber tenido una relación íntima con Violeta, mentirían como mintió Jaime, y tampoco querrán hablar de esa casa donde se reunían para emborracharse y fumar porros y a saber qué más...

Recordé que Jaime había querido hablar conmigo. Yo le había ignorado porque no quería involucrarme, ¿pero qué leches importaba eso ya? Lo importante ahora era atrapar a ese asesino cabrón antes de que consiguiera matarme.

—¿Tienes su número? —yo lo tenía, pero en el iPhone que había dejado cargándose en casa.

Villalba lo buscó mientras yo descolgaba el teléfono de su escritorio y le miraba expectante.

—Adelante, usa mi teléfono —gruñó al ver mi gesto.

Me dictó el número y lo marqué, al tercer tono una voz grave contestó al otro lado.

—Jaime —saludé —Soy Carlos, estuve hace unas semanas en tu tienda preguntándote por tu hermano y por Violeta.

—Sí, claro —obviamente se acordaba de mí —He intentado llamarte.

—Ya, no he querido cogértelo —Villalba presionó una tecla del teléfono y saltó el manos libres —Te llamo desde comisaría, estoy con el inspector Villalba que está revisando el caso.

—Hola, Jaime —saludó Villalba —Hablamos hace unas semanas, o más bien no hablamos.

Jaime se quedó callado, incómodo por tener que hablar con un policía, puede que enfadado conmigo por la encerrona. Temí que fuera a colgar, así que me lancé a hablar.

—Supongo que me llamaste para explicar por qué no me habías dicho que te habías acostado con la ex de tu hermano, y para asegurarme que tú no les mataste ¿verdad? —que yo fuera tan crudo le sorprendió, pero todavía no se decidió a hablar, tampoco colgó —Mira, sé que no te gusta la policía y, créeme, lo entiendo —Villalba me miró molesto —Pero aquí los que pueden investigar un asesinato son ellos, y yo no puedo ayudar si no me creen, y no me creen cuando les digo que tú no tuviste nada que ver con las muertes de Violeta y Juan si cuando han intentado hablar contigo te has cerrado en banda y les has dado largas...

—Yo no tuve nada que ver con la muerte de Violeta, y desde luego no maté a mi hermano.

—Te acostaste con su ex, eso es ser un hermano de mierda —acusé, vi que Villalba volvía a mirarme, sorprendido por verme tan agresivo con aquel chico.

—No tuve nada que ver, yo nunca le hice daño a Violeta...

—¿Supongo que con lo de “no hacer daño”, no incluyes estrangularla, no? —se quedó mudo —¿Porque te pidió que la estrangularas mientras te la tirabas, verdad? —acusé más que pregunté. Villalba volvía a mirarme sorprendido, creo que planteándose intervenir y hacerse cargo él de las preguntas para suavizar el tono, pero me dejó seguir hablando —Tienes que reconocer que es raro que no me contaras todo eso. Yo acudí a ti para que me ayudaras a dar con el asesino de tu hermano, y me entero por la puta poli de que te habías acostado con Violeta ¿Te das cuenta de lo imbécil que les parecí cuando dije que tú podías ayudar y que investigaran a tus colegas? —balbuceó algo en un amago de protesta, yo seguí hablando —Si no nos dices qué pasó, se acabó. No voy a creerte, y mucho menos lo hará la poli. Por lo que yo sé, tú mataste a Violeta por accidente cuando intentabas violarla y le cargaste el muerto a tu hermano, pero resultó que lo de violar y matar te gustó, y has seguido violando y matando chicas estos últimos meses... ¿Resulta creíble, no crees? Y te aseguro que si eres tú, la policía, o yo, daremos con la manera de demostrarlo y acabarás en la cárcel donde debería estar un asesino cabrón enfermo como tú...

De nuevo Villalba me miraba, perplejo por mi agresividad. ¿Qué le iba a hacer? Estaba cabreado.

—Me acosté con ella, pero eso fue todo —reconoció Jaime cuando por fin le di opción de hablar y defenderse —Fue sólo una vez, no pasó nada más, en serio... Fue ese invierno, ella ya lo había dejado con Juan —aseguró. Yo resoplé, menuda excusa de mierda —Me la encontré un fin de semana en Huesca y... No entiendes cómo era esa chica, ella... era como si supiera hacer que los tíos sólo la vieran a ella, se convertía en el centro de todo a su alrededor —no era la primera vez que oía eso de Violeta.

—¿Es que estabas... colgado por ella?

—No, no, sólo es que estaba muy buena y era simpática y... se puso melosa ¿sabes? Me buscó ella a mí y me dejó muy claro que estaba interesada... Ves que tienes posibilidades con una chica como ella y no te lo piensas, no piensas. No te planteas las consecuencias ni que estás metiendo la pata hasta el fondo, sólo quieres... pasar la noche con ella —asentí levemente con la cabeza, eso podía entenderlo —No ganaría un premio al hermano del año, vale, pero no tuve nada que ver con su muerte ni con la de Juan.

—¿Juan llegó a saberlo?

—Juan la idolatraba, no sabía qué tipo de tía era. Creía que podía recuperarla, creía que volverían a estar juntos... Él todavía se hacía ilusiones, no podía superarlo si la seguía teniendo en un jodido pedestal...

—Así que le dijiste el tipo de tía que era —adiviné, Jaime tardó unos segundos en seguir hablando.

—No le dije que me había acostado con ella, pero...

—¿Sí? —le animé.

—Le dije que nuestro amigo Alfredo se la había tirado.

—¿Te acuestas con la ex de tu hermano y acusas a un amigo? —exclamé perplejo, había que joderse con el hermano.

—Ya, bueno, no es como que mintiera... —gruñó.

—¿Qué? —exclamé perplejo.

—¿Cuántos de vuestro grupo de amigos se acostaron con esa chica? —intervino Villalba.

—Alfredo y yo, que yo sepa... Sé que Alfredo le echaba la caña antes de que rompiera con Juan, y cuando ella se fue a Huesca, él fue a rondarla... Os digo que no conocéis cómo era Violeta. Sé que la veis como una víctima, porque acabó muerta y por sus pintas de niña buena, pero esa no era Violeta. Ella... ella sabía manipular a los tíos, podía hacer que te olvidaras de todo...

—Hay que joderse —murmuré.

—¿Cómo se lo tomó Juan? —preguntó Villalba.

—No me creyó, estaba ciego con ella...

—Dices que Alfredo ya mostraba interés en Violeta antes incluso de que lo dejara con Juan —continuó Villalba —¿Cuánto interés?

—No es como si estuviera colgado por ella ni que la acosara ni nada, sólo quería tirársela... Tonteaba con ella cuando Juan no les veía, y cuando rompieron él fue el primero en intentar algo...

—El primero —gruñí yo, menuda panda los amigos de Juan.

—Se acostó con Violeta, pero no tuvo nada que ver con su muerte —aseguró Jaime —Alfredo es un buen amigo.

—Sí, ya se ve —gruñí yo, acostarse con la ex de un colega no era ser un buen amigo, era ser un amigo de mierda —¿Todavía mantenéis el contacto? —busqué a Alfredo en la foto impresa, vi que era uno de los que aún vivía en Villanúa.

—Sí, somos buenos amigos... Es un buen tío, estuvo ahí para mi familia cuando Juan murió...

—Necesito los apellidos de Alfredo y que me des su número de teléfono —pidió Villalba, Jaime se lo dio sin dudar, dócil como un corderito —Y ya que todavía sois amigos, y que aseguras que no tuvo nada que ver, tal vez podrías llamarle y convencerle de que me ayude cuando hable con él —Jaime dijo que le convencería para que colaborara, de nuevo muy voluntarioso él —¿Y qué hay de los demás amigos? ¿Algún otro con el que Violeta pudiera haber llegado a intimar?

Jaime se quedó callado, quise creer que pensádoselo y tratando de recordar, aunque más bien me dio la impresión de que dudaba si delatar a algún amigo más. Busqué en la foto, miré a los otros dos chicos que todavía eran amigos suyos, el otro que también vivía en Villanúa y el que vivía en Navarra.

—¿Álvaro y Martín? —probé, me pareció que dudaba al otro lado de la línea, crucé una mirada con Villalba que estaba pensando lo mismo que yo —¿Ellos dos también se acostaron con Violeta, verdad?

—Es posible —reconoció, me daba a mí que de ese grupo de amigos no se salvaba ninguno —No lo sé, no hablas con los colegas de cuando te has tirado a la ex de otro...

—Yo creo que sí —objeté, me daba la impresión de que esos amigos sí habían hablado de Violeta, queriendo anotarse un tanto al acostarse con la más cotizada del grupo —Al parecer todos le teníais ganas, estaba muy buena, y cuando dejó a Juan pasó a estar disponible, y ni siquiera era tan

difícil tirársela porque os buscaba ella... Seguro que Alfredo y tú no fuisteis los únicos —me quedé en silencio expectante, tampoco Villalba dijo nada, esperando que Jaime siguiera hablando.

—Que se acostaran con ella no quiere decir que la mataran —protestó, yo asentí, esperando que añadiera algo más, le oí suspirar —Creo que Martín también se acostó con ella, al menos vino a decir que lo había hecho... —reconoció —Álvaro no lo sé, él entonces estaba con la Rebe, aunque eran ese tipo de pareja que rompen cada dos por tres... Y ahora están casados, así que no creo que reconozca que pasara nada aunque sí pasara algo...

Miré la foto de nuevo, Álvaro tenía el brazo sobre el hombro de una chica morena de pelo corto, imaginé que la tal Rebe. Pensé que las tías de esa foto debían de odiar a Violeta. De no ser por la agresión sexual, cabría preguntarse si no habrían podido tener algo que ver en su muerte.

—Dame los datos de Martín y Álvaro —pidió Villalba tomando nota de nuevo.

—¿Y David, se acostó con Violeta? —pregunté yo, era el único de la foto del que no sabía nada, hasta el momento había sido mi mejor candidato, ahora ya no sabía qué pensar...

—No lo sé, tal vez... Si te soy sincero, creo que a Violeta le ponía la idea de tirarse a todos los amigos de Juan, creo que lo veía como una forma de venganza contra mi hermano por su acoso y sus llamadas y sus quejas... Violeta... era un poco zorra.

—Y vosotros un poco cabrones —repliqué yo —Era la ex de tu hermano, eso no se hace, por muy buena que esté.

—¿Recuerdas a algún otro amigo o conocido que le prestara especial atención, tal vez demasiada? —continuó Villalba, mirándome molesto por mi intervención. Yo me encogí de hombros a la defensiva, tenía razón.

—No sé nada del resto... Pero sé que los colegas que os he dicho no tuvieron nada que ver, son amigos y... no es como que estuvieran obsesionados con ella, ni nada de eso... Podíamos querer tirárnosla, sí, pero eso era todo... y Violeta no quería nada serio tampoco, eso se veía a la legua. Ella quería pasárselo bien, y ya de paso putear a mi hermano, pero ni siquiera lo hacía para restregárselo, nunca se lo dijo... Le bastaba con saberlo ella —ella y vosotros, pensé, pero no Juan que pasaba a ser el imbécil que no se enteraba de nada.

Me pregunté si Violeta había sido así de retorcida y vengativa, o si sólo era la forma en que la describía Jaime para sentirse menos culpable... Me di

cuenta de que aunque tirarse a todos los amigos de su ex a sus espaldas sí hubiera sido su plan de venganza, dado el acoso al que la había sometido Juan tras haberlo dejado, llamándola y siguiéndola durante meses, sin querer dejarle en paz, que fuera así de vengativa no acababa de parecerme mal... Pese a su mente retorcida y maquiavélica, o tal vez justo por eso, esa chica me caía bien.

Villalba le pidió a Jaime más información del resto de amigos para poder llamarles. También le preguntó dónde había estado la noche anterior, Jaime dijo que de fiesta en Villanúa y que Alfredo y Martín habían estado con él. Villalba le preguntó por las fechas en que atacaron a Ana, a Marta y a Inés. De las noches en que mataron a Marta e Inés no estaba seguro, dijo que probablemente había estado de fiesta ya que había sido en sábado; pero cuando atacaron a Ana había estado trabajando en la tienda, que cerraba a las nueve y media, y nos dijo que llamáramos a su jefe para comprobarlo. El día que mataron a Violeta y a Juan también había estado trabajando. Villalba aprovechó para hacerle un par de preguntas más sobre Violeta y Juan, ahora que había conseguido que Jaime hablara.

—Yo no tuve nada que ver con la muerte de Violeta —aseguró cuando Villalba le hubo hecho todas las preguntas que se le ocurrieron —Y desde luego no tuve nada que ver en la muerte de Juan. En serio, no soy el tío que buscáis, tenéis que creerme —me di cuenta de que eso iba por mí, yo le había acusado abiertamente. Recordé algo.

—La policía me ha dicho que te habían detenido un par de veces, ¿qué leches hiciste? —sabía que Villalba no me lo contaría, a lo mejor era ilegal que lo hiciera, así que si quería saciar mi curiosidad me lo tendría que contar Jaime.

—Nada relacionado con chicas muertas —aseguró.

—¿Y relacionado con...?

Villalba me miró molesto porque estuviera aprovechando para preguntar aquello, pero supongo que no había nada ilegal en que Jaime me lo contara directamente a mí.

—Puede que me pillaran con algo encima... y conduciendo borracho una vez o dos —genial, pensé —Pero nunca haría daño a nadie, en serio.

—Puedes hacer daño a alguien conduciendo borracho —reñí —A algún motorista que pase por ahí, por ejemplo —Villalba volvió a mirarme molesto por mi intervención fuera de lugar —Me jode que la gente le quite peso a lo de ir borracho en coche —me defendí.

Villalba le dio las gracias a Jaime, se despidió y colgó. Alzó la vista hacia mí.

—¿Hoy te has levantado con el pie izquierdo? —gruñó, sorprendido por mi evidente mal humor —¿Algún motivo en particular para que estés tan cabreado?

No me había levantado con el pie izquierdo, me había levantado transparente, que era aún peor; y, sí, ese era un muy buen motivo para estar cabreado.

—¿Que ese cabrón haya atacado a otra chica y se haya escapado no te parece suficiente motivo? —gruñí. Villalba ladeó la cabeza y asintió, sí se lo debía de parecer.

—¿Es así como consigues que la gente te cuente cosas, acusándoles e insultándoles? Creía que la gente hablaba contigo porque eras más simpático que la policía.

—Normalmente soy simpático y... encantador, pero a veces insultar funciona mejor, y Jaime me ha cabreado —Villalba asintió con gesto pensativo.

—Está claro que te tomas ciertos temas muy a pecho —le miré sorprendido, sin saber a dónde quería llegar con eso —Como que alguien conduzca borracho, supongo que por tu experiencia personal, por el accidente... —le miré ahora alerta, casi enfadado, también me había cabreado que Jaime y el resto se acostaran con la ex de un amigo, y me daba a mí que Villalba estaba pensando en eso, puede que relacionándolo con esa ex novia con la que había pasado la noche anterior que hacía unas semanas me había abofeteado en esa misma comisaría...

—El conductor que casi me mata dio negativo —repliqué —No es mi caso.

—No digo que encaje exactamente, pero sí has sido la víctima de un accidente y eso lo convierte en un tema sensible para ti... —le miré molesto, porque no tenía claro que estuviera pensando en accidentes de tráfico, pero no preguntó ni dijo nada más, tuvo la deferencia de no tocar los huevos con ese tema —Si Juan sabía lo que ocurría entre su ex y sus amigos, eso pudo ser lo que le hizo ir a ver a Violeta y acabar matándola...

—No fue Juan —aseguré, y dale con esa —Jaime dice que no le creyó cuando se lo contó.

—Puede que terminara creyéndoselo —objetó Villalba —Esa ceguera que tenía con su ex, que la idolatrara... eso no dura. Juan era celoso y

posesivo, es fácil creer que no quisiera que Violeta estuviera con nadie más, menos con sus amigos, y que la matara por eso.

—No fue Juan —repetí, toda mi teoría se iba a la mierda si había sido Juan —Fue un gilipollas con su ex, sí, pero en primavera ya lo estaba superando, tenía una nueva novia... Tuvo que ser uno de sus amigos, conocían a Violeta íntimamente, y conocían la casa y dónde estaban las armas... Y de entre todos ellos, David es la mejor opción.

—La mayoría de esos chicos tuvo relaciones con Violeta, cualquiera de ellos pudo obsesionarse con ella, o querer más de ella, incluido Jaime.

—Jaime y los otros que ha nombrado tienen coartada, estaban juntos, y viven en Villanúa... Y matar a tu propio hermano para inculparle me parece demasiado... y no me imagino a Jaime como un tipo frío y organizado... Que te pillen con algo de maría encima, o conduciendo borracho un día volviendo de fiesta, no parece el historial de alguien que deriva en violador y asesino en serie ¿no? —a mí no me lo parecía, pero en verdad qué leches sabía yo.

—No era maría y no era un día volviendo de fiesta —gruñó Villalba, le miré intrigado, pero no añadió más al respecto —Pero estoy de acuerdo, no parece dar el perfil —reconoció, yo me preguntaba qué leches llevaba encima: ¿coca? ¿anfetaminas? —Comprobaré su coartada, si estaba trabajando el día que atacaron a Ana y si ayer estaba con Alfredo y Martín de fiesta como dice... —¿éxtasis?

—Del resto, David es el que mejor encaja, los otros o viven en otras ciudades y están casados con hijos o... son gays —señalé a Soriano en la foto y la palabra gay escrita a su lado, Villalba miró mi anotación sorprendido, tal vez preguntándose cómo lo sabía —Tiene que ser David.

Villalba miró la fotografía, y observó a David sonriendo en un lateral.

—Veré si le encuentro.

—También está en el pendrive con las otras fotos —expliqué señalando la foto impresa.

—¿Por qué no nos habías traído estas fotos antes?

—No quería entrometerme —reconocí —Y esperaba que Jaime también os las hubiera dado.

—¿Y por qué las has traído ahora? —insistió, pensé que porque ahora ya estaba jodido —¿Ya no te importa entrometerte? —y otra vez volviendo a lo mismo, dudé sobre qué contestar.

—Esto no va a acabar hasta que cojáis a ese tío —opiné, y más valía que

lo cogieran pronto, antes de que mi transparencia fuera a peor —Quiero que deis con él y cuanto antes mejor.

Villalba procesó mi respuesta y asintió con la cabeza.

—Veré las fotos y hablaré con esos chicos, a ver qué saco —asentí satisfecho, era cuanto pedía. Villalba volvió a mirar la foto impresa —No es necesariamente David, ni es necesariamente uno de los chicos de esta foto ¿vale? Ya pregunté a algunos amigos de Violeta y no saqué nada, esa chica conocía a demasiada gente, sobre todo de noche, y han pasado siete años... Mejor no pongas todas tus esperanzas en esto —pensé que no tenía nada más donde poner mis esperanzas, esa foto era todo lo que tenía para dar con ese cabrón antes de que él diera conmigo.

—¿Me avisaréis si dais con David?

Villalba pareció asentir, pero no estaba muy seguro de que aquello fuera un sí.

—¿Carlos, seguro que estás bien? —preguntó de nuevo, se me debía de notar en la cara que no, también yo asentí sin que quedara muy claro que aquello fuera un sí —Te lo vuelvo a repetir, si hay algo más que me quieras contar... te estoy escuchando.

Me miró fijamente y durante un instante me hizo dudar. Sí que me estaba escuchando, y estaba claro que quería que le hablara, ¿pero qué podía decirle, que sabía que ese cabrón iba a matarme? ¿En que me iba a ayudar contárselo?

—¿Puedo irme ya?

Villalba me miró un instante todavía y asintió, me acompañó fuera. Cuando atravesé la sala llena de policías pude sentir como el subinspector Malaleche me seguía con la mirada con gesto enfadado. Obviamente yo no le caía bien. Le miré con expresión de mal humor para que le quedara claro que él a mí tampoco.

Al poco de llegar a casa sonó el teléfono, mi madre se me acercó con el inalámbrico y vocalizó “Lorena”, mirándome expectante por si quería negarme a contestar, lista para darle ella alguna excusa si no lo quería coger. Cogí el teléfono y me fui a mi cuarto. Mi madre me siguió con la mirada, intrigada, imagino que preguntándose si aquella llamada de mi ex y que no hubiera dormido en casa en los últimos días no estaría relacionado, porque mi madre tonta no era.

Lorena me dijo que me llamaba desde el móvil de Ingrid. Aun con todo, le puse al día de mi visita a comisaría sin que en ningún momento

habláramos sobre lo ocurrido la noche anterior. Lorena había llamado sobre todo para saber si Lucía estaba bien, y suspiró aliviada cuando le conté que la policía me había dicho que ese cabrón no había llegado a hacerle nada salvo drogarla, y que además ella no recordaba nada. Lorena me dijo que se había encargado de las piezas que había que tirar, me costó caer en la cuenta de que se refería al teléfono prepago que habíamos usado para avisar a Villalba. Ni me acordaba ya del teléfono, pero por suerte Lorena sí. También volvió a preguntarme qué tal estaba yo, y yo volví a mentirle y a decirle que bien.

Capítulo 37. “Perdedor” escrito en la frente

El lunes desperté más transparente aún que el domingo, y el martes más transparente que el lunes. O eso creía. Era fácil ver el cambio en otra persona con el paso de varios días, pero yo estaba todo el jodido tiempo mirándome, en el espejo, o estudiando mis manos, así que la diferencia que podía percibir era mínima, incluso según la luz cambiaba la intensidad, así que era difícil saber lo deprisa que empeoraba.

Ana me llamó por teléfono el miércoles por la tarde. No me sentí con fuerzas para hablar con ella, sabía que si hablaba con Ana le acabaría contando lo que ocurría y no quería preocuparla. Le dije que me pillaba en mal momento y le colgué. Lorena también me llamó el miércoles, al rato de colgarle a Ana. Me pregunté si no estarían compinchadas, tan amigas que parecían últimamente... Con la colaboración de mi madre ignoré a Lorena, pero dejó un mensaje para mí.

—Por la foto, entorno al metro setenta y cinco, delgado —mi madre me miró confusa, esperando que yo entendiera el mensaje.

De primeras no lo hice, tardé bastante en darme cuenta de qué leches había querido decirme. Obviamente el no poder dejar de pensar en mi inminente muerte me había agilipollado un poco, o tal vez bastante. Se refería a la foto que había hecho de aquel tío cuando entraba en casa de Lucía. Imaginé que Lorena habría comparado su figura con la pared tras él, la puerta del portal o algo así, y había podido calcular su altura. De nuevo me sorprendió su ingenio, la jodida Sherlock Holmes, Lorena. Intenté consolarme, al menos sabía algo de ese tío, delgado y de 1,75. Ese cabrón que iba a matarme no era muy alto, era más alto yo. Pues era un consuelo de mierda, en verdad.

El jueves llamé a Villalba. Le había llamado ya el martes para preguntar si había habido novedades, y me había dado largas. Me había dicho que me llamaría él si descubrían algo más, pero no pude aguantar mi impaciencia, así que después de darle un margen de dos días, que, la verdad, me parecía un periodo de tiempo razonable para descubrir algo, volví a llamar. Me contestó de mal humor. Me dijo que no habían dado con huellas ni residuos de aquel tipo en casa de Lucía, que llevaba guantes y lo había limpiado todo. Cuatro minutos y se había ido sin dejar rastro, ese cabrón.

—¿Sabes algo de David? —pregunté, necesitaba oír que había algún avance, necesitaba al menos una buena noticia.

—Estuve hablando con los amigos de Juan y Violeta, y hemos dado con él.

—¿Y? ¿Es él? —pregunté ansioso.

—No hay ningún motivo para creer que sea él. Sólo es alguien que conocía a Violeta, eso es todo.

—¿Pero le has interrogado? ¿Tiene coartada? ¿Encaja con el perfil?

—Su familia se mudó a Zaragoza hace unos años, y todavía vive aquí, con su padre. Estuvo trabajando en un almacén de Malpica hasta hace unos meses que recortaron plantilla y perdió el trabajo, ahora está en paro —todo eso sonaba bien —No he hablado aún con él, luego sabré más y ya te contaré ¿vale?

—¿Vas a hablar con él hoy? —ese “luego” sonaba a eso.

—Sí, va a pasarse por comisaría.

—¿Seguro que irá? —pregunté escéptico, en mi opinión ya tenían que haber arrestado a ese tipo.

—No está acusado de nada, Carlos. Sólo conocía a Violeta, eso no es un crimen.

—Tiene que ser él —opiné.

Villalba fue a protestar, pero debió de pensar que era perder el tiempo.

—Te llamaré para contarte cómo va, ¿vale? —me pareció que estaba siendo tan complaciente para que no volviera a llamarle, obviamente pensaba que lo haría, y pensaba bien porque sí que pensaba hacerlo... A regañadientes acepté esperar a que me llamara él y me colgó.

Tenía que ser David, tenía que ser él. Conocía a Violeta y a Juan, la casa del abuelo, y era el último de la foto que encajaba. No fui capaz de quedarme en casa esperando. Cogí la moto y me fui a comisaría. Dije que había venido a ver a Villalba, cuando vino a buscarme a la sala de espera me miró perplejo.

—Te he dicho que ya te llamaría —protestó enfadado.

—Quiero verle.

Villalba gruñó, uno de esos gruñidos de perro suyos.

—No voy a dejar que hables con él.

—Sólo quiero verle.

—¿Qué te crees, que le verás y tendrás una revelación y sabrás que es el tipo al que buscamos? ¿Te crees que vives en una puta película, verdad?

En las películas el prota no moría, en las películas el prota acababa pillando al malo y era un héroe. Ojalá esto fuera una puta película.

—Sólo quiero verle la cara, y... iba a estar llamándote todo el día para

ver si ya habías hablado con él, así que mejor si te ahorro las llamaditas y espero por aquí ¿no? —Villalba fue a quejarse, quería echarme, estaba claro —Si me echas esperaré frente a la comisaría, te recuerdo que sé cómo es su cara, me bastaría esperar fuera. Aquí al menos me tienes controlado.

Gruñó, pero le convencí. Me di cuenta de lo coñazo que puedo llegar a ser y de la mucha paciencia del inspector.

—Haz lo que te dé la gana —se resignó, y me dejó ahí en la sala de espera.

Así que ahí me quedé esperando. Me pasé algo más de una hora en aquella sala, observando a cada persona que pasaba por allí, sobre todo policías yendo y viniendo. No tenía mucho más que hacer que mirar y observar, y pensar en mi muerte también.

Cuando por fin apareció David, me costó darme cuenta de que era él. Ya no era el chaval de gesto alegre de la foto. No, ya no era un chaval, y desde luego ya no se le veía alegre, más bien se le veía tocado y hundido. Los últimos siete años no le habían sentado nada bien. Se sentó a un par de sillas de mí. Yo le observé, le estudié, en verdad. Vestía vaqueros desgastados y camiseta blanca, tenía los ojos hundidos y barba de varios días mal cuidada.

Me pregunté si podía ser él el cabrón que me estaba amargando la existencia. No parecía un monstruo, sino una persona normal. Pensé en lo que Lorena había dicho, que aquel tipo no era tan diferente a mí o a cualquiera. Que la gente así no tenía la palabra “monstruo” pintada en la cara. Desde luego David no la tenía, si tenía alguna palabra pintada en la cara esa era “perdedor”. Parecía un pobre infeliz sin talento, desde luego no el estratega del crimen que había imaginado. Me pregunté cuánta imaginación le había puesto a la imagen que tenía de ese tío. Obviamente era listo, y me quería muerto y llevaba camino de conseguirlo... Pero al final no era más que un triste al que le gustaba violar, que recreaba la forma en que mató a la chica a la que quería de verdad, la chica que pasaba de él y que jamás le prestó la menor atención. Lorena me había dicho que probablemente me envidiaba por ser yo todo lo contrario, y la idea me había parecido absurda, pero de un tipo como ese que tenía delante sí que podía creer que me envidiara.

Seguí observando a David y su gesto cansado, se había sentado encorvado, con las piernas separadas y las manos juntas. Quería que fuera él, mi vida sería mucho más fácil si fuera él. Había esperado verle y tenerlo claro, saber que tenía ante mí a ese cabrón que quería matarme, sentir su odio o percibir su maldad o qué se yo. Tener una puta revelación, como había

dicho Villalba. Pero no, nada de eso. Me di cuenta de que David ni siquiera me había mirado al entrar. Yo le había observado con descaro, todavía le seguía observando con descaro, pero él ni se había dado cuenta. ¿No debería haberme mirado y reconocido? ¿Mostrar algún tipo de emoción al verme allí? Se suponía que me odiaba y quería matarme, qué menos que una mala mirada, una mueca de desagrado, al menos un mínimo gesto de que sabía quién era yo... Aunque a lo mejor era justo por eso que me ignoraba, a lo mejor estaba haciendo un esfuerzo por no mirarme, por no reflejar sus ganas de matarme...

El subinspector Cejasjuntas apareció por la sala de espera.

—¿David Cuesta? —llamó.

David se incorporó y al instante yo me incorporé también, para calcular su altura. Era alto, me pareció que un poco más que yo. El subinspector me miró sorprendido, con gesto de desaprobación. También David me miró extrañado por verme en pie. Volví a sentarme.

David se fue tras el subinspector, mientras yo pensaba que no podía ser él. Después de cómo me había mirado al ponerme en pie a la vez que él, estaba convencido de que ese tipo no me había visto en su puta vida. Le vi desaparecer sin saber qué leches hacer.

Y como no sabía qué hacer, esperé. Fue cosa de media hora lo que tardó en salir de allí. Le vi rebuscar en su bolsillo y sacar un paquete de LM. Le seguí al exterior de la comisaría, se detuvo en la puerta y casi choqué con él. Sin duda era un poco más alto que yo, pasaba del metro ochenta seguro.

—Perdona, ¿tienes un cigarro? —pedí.

Es difícil negarle a alguien un cigarro cuando tienes el paquete ya en la mano. Me tendió el paquete y el mechero. Me encendí un cigarrillo y le di una calada intentando aparentar que me hacía falta, dadas las circunstancias no era del todo mentira. Me supo a cartón, no fumo más que alguna vez de fiesta, pero con el sabor del alcohol en la boca un cigarro sabe mucho mejor, supongo.

—Me han robado la moto —mentí —He tenido que venir a poner la denuncia. Llevo un día...

Observé su expresión, buscando algún tipo de reacción fuera de lo normal. ¿Me creía? ¿Sabía que mentía? David sólo asintió con gesto apático, le importaba una mierda yo y mi moto.

—¿Y tú? ¿Te han robado algo?

Dudó, no estaba seguro de si le interesaba algo hablar conmigo o no.

Imagino que se resignó a hablar conmigo mientras le durara el cigarro.

—Una antigua amiga murió hace años, la policía quería preguntar sobre el tema —lo dijo en tono despectivo, como si aquello le pareciera una gran pérdida de tiempo. A mí su desprecio me venía al pelo.

—Manda huevos que se pongan con mierdas de hace años, pues no habrá cosas de las que ocuparse ahora, como de mi moto... Di que para andar tocando los huevos mejor que no hagan nada —gruñí, me miró con más atención y asintió con la cabeza, me lo estaba ganando —Yo he venido por el seguro, si no para rato... —expliqué —Como si fueran a encontrar mi puta moto, en el canal puede estar ya por lo que a ellos respecta... Hay que joderse...

David asintió. Sí, con eso le había caído bien.

—Te diré. No tendré otra cosa mejor que hacer que venir aquí a hablar de una muerta... joder, de hace siete años ni más ni menos...

—¿Era amiga tuya? ¿Una novia?

—Una novia de un colega, la cosa acabó mal... No sé a santo de qué vienen con esas ahora, qué coño les importará...

—Es por tocar los huevos, es para lo único que sirven —secundé yo, David asintió con gesto convencido, fumó de manera compulsiva, absorbiendo hasta hundir las cuencas de las mejillas —¿Y qué le pasó a la chica esa?

—La mataron —murmuró.

—Vaya, lo siento.

Se encogió de hombros, me miró, dudando si seguir hablando. Yo fumé profundamente.

—La tía era un poco golfa, y acabó muerta... y andan preguntando por quién la conocía —sonrió —Si intentan encontrar a uno en concreto lo llevan claro, menuda lista va a tocarles revisar...

—Una fiera ¿eh? —David sonrió y fumó.

—Pues si acabó muerta mejor que no te metan, no dejes que te la lioen...

—Les he dicho que no sé nada del tema y que no la conocía tan bien —le miré pensativo, preguntándome si eso era cierto —Cuando lo dejé con mi colega pasó a ir de uno a otro... pero sin atarse a nadie, de frente ¿sabes? Era una buena tía —dibujó una sonrisa que me pareció nostálgica —Fue una pena que se la cargaran —¿es que también se había acostado con este?

—¿No pillaron al que la mató?

—Fue su ex, mi colega, que no la dejaba en paz, o puede que se enterara

de que no era tan santa como él se pensaba, a saber...

—¿Y si ya saben quién fue para qué coño preguntan? —protesté, él se encogió de hombros, eso mismo se preguntaba él.

Me fijé en sus dedos, tenía manchas amarillas de fumador. Es muy de Sherlock Holmes fijarse en eso. Yo fumé otra calada, aunque, la verdad, quería tirar ya el puñetero cigarro.

—En fin, ellos verán... Suerte con tu moto —me dijo David, se dio media vuelta y echó a andar calle abajo.

Le observé alejarse con la espalda ligeramente encorvada. Traté de recordar los andares de ese tío cuando le habíamos visto acercarse a casa de Lucía. No podía estar seguro, no tengo tan buena memoria, y la verdad es que tampoco me había fijado, pero David no me recordaba en nada al tipo de la capucha.

Volví a entrar en comisaría, el olor del tabaco se había pegado a mi ropa, asqueado pensé que tardaría en conseguir deshacerme de ese olor. Dije de nuevo que había venido a ver a Villalba, me vino a buscar él mismo y me llevó a su despacho.

—¿A dónde has ido? —gruñó, me pregunté si hablaba a todo el mundo con gruñidos o sólo a mí.

—A fumar —contesté.

—Creía que no fumabas.

Me encogí de hombros

—Hoy sí. ¿Qué tal con David?

—Apenas recuerda a Violeta, ni a Juan... Se distanció de ese grupo de amigos después de sus muertes, más aún al mudarse su familia a Zaragoza.

—Yo creo que sí se acuerda —opiné.

—¿Has ido a hablar con él? —gruñó, pero creo que no lo dijo enfadado de verdad, sólo por aparentar.

—Creo que a lo mejor también se acostó con Violeta —me miró perplejo.

—¿Te lo ha contado?

—No, pero por cómo ha hablado de ella... —me miró incrédulo, no debía de poder creerse que hubiera conseguido que hablara de Violeta conmigo no habiéndolo conseguido él.

—¿Qué te ha contado?

—Me ha dicho que Violeta era una golfa y que la lista de tíos con la que estuvo es larga, pero ha sonreído al pensar en ella... Creo que estaba

acordándose de habérsela tirado —reconocí, era ese tipo de sonrisa. Villalba me miraba aún perplejo —¿Qué más sabéis de él?

Villalba frunció el ceño.

—Su familia se mudó a Zaragoza ese verano, después de la muerte de Violeta y Juan, y han vivido aquí desde entonces. Le pregunté dónde estaba los días de los ataques y dijo que probablemente había estado en casa. Vive con su padre, que está inválido, David cuida de él y pasa casi todo el tiempo con él en casa, pero su padre tiene Alzheimer, así que no puede confirmarlo...

—No creo que sea él —interrumpí, Villalba frunció el ceño.

—Dices que crees que se acostó con Violeta.

—Pero no creo que sea él —repetí.

—Hace un rato estabas convencido de que era él —protestó.

—Era el único que quedaba en la foto. Tal vez sea otro, tal vez el gay no es tan gay, o el casado lleva una vida oculta...

—Carlos —protestó Villalba.

—¿Me estás diciendo que ese tío es un hacker y un criminal capaz de no dejar rastro alguno? ¿Que es tan listo como para haber matado a tres chicas, y atacado a otras dos más, y que nadie le haya visto y nadie sospeche de él?

—Que no sea como te imaginabas no quiere decir nada, antes estabas convencido de que era él.

—Porque tiene que ser alguien que conociera bien a Violeta y Juan, y la casa... Y es el último de la foto. Joder, si no es él no sé quién más puede ser —respiré hondo, sólo me llegó el olor de cigarrillo de mi ropa —Ese tío huele a tabaco —apunté —Ana no dijo nada de olor a tabaco en el tío que la atacó. David es un fumador compulsivo. Además es alto.

—¿Y qué importa que sea alto? —gruñó Villalba, ahí me había columpiado.

—Ese tío droga y ata a sus víctimas, pero David es alto y más o menos fuerte, podría someterlas... —intenté arreglarlo como pude.

—La forma en que las retiene no tiene por qué deberse a falta de fuerza física, sino simplemente a evitar un forcejeo y evitar la posibilidad de arañazos u otras pruebas físicas. Y hace falta ser fuerte para estrangular con las manos —cedí en esa porque no podía insistir en lo de que fuera demasiado alto sin dar más explicaciones.

—No me reconoció.

—O fingió no reconocerte.

—Si es él, es un jodido actorazo.

—No digo que lo sea ni que deje de serlo, pero no me bastan tus corazonadas.

—Tiene que ser otro de la foto.

—He hablado con todos los demás y tienen coartada —explicó Villalba, le miré sorprendido — Algunos estaban con familiares o amigos, lo que no es la coartada más firme del mundo, pero ni siquiera viven en la ciudad... Les pregunté por Violeta, y aunque creo que la mayoría de ellos se acostaron con ella, salvo diría que Soriano —el gay, recordé, sí, tenía lógica que sólo se librara él —No creo que tuvieran nada que ver, hubo muchos más chicos. Y las chicas de la foto también han reconocido que Violeta era muy popular y que estuvo con muchos tíos. Han sido correctas, pero creo que sólo porque no querían insultar a una muerta...

—Tenían que odiarla —opiné, más si se había ido tirando a todos los del grupo, lo que incluía a sus novios y ex novios.

—Esa chica, Violeta, tuvo muchas relaciones esporádicas. Es difícil acotarlo.

—No son tantos los que sabían de la casa del abuelo, tiene que ser un amigo de Juan.

—Cualquiera de ellos pudo hablarle de la casa a alguien, incluso Violeta pudo contarle a alguien sobre la casa y sobre su ex, pudo incluso ir allí con algún otro.

—¿A la casa del abuelo de su ex?

Villalba se encogió de hombros.

—Se acostó con el hermano y con casi todos sus amigos, Jaime cree que como venganza hacia Juan, ¿tanto te sorprendería que con alguno hubiera ido a esa casa? —tirarse a los amigos ya era malo, pero en la casa del abuelo de su ex... eso significaría que Violeta era retorcida y vengativa a un nuevo nivel —Carlos, tuviste buena intuición con esto —señaló la foto de grupo que tenía encima de la mesa —Pero Violeta conoció a demasiada gente antes de morir como para poder acotar la búsqueda a los chicos de esta foto, y, salvo David, ninguno es una opción seria.

Suspiré hondo.

—No es David —repetí, ¿pero entonces quién?

Me di cuenta de que lo peor no era reconocer mi error y que esa foto había sido una pérdida de tiempo, lo peor es que ya no sabía qué hacer, no tenía nada más. Si en esa foto no estaba la clave, no sabía dónde estaba.

—Hablé con Lucía —Villalba interrumpió mis cavilaciones —Le pregunté si recordaba algo del atacante, le pregunté si le sonó el móvil —le miré sorprendido, ya ni me acordaba de aquello, asentí expectante —No recuerda un tono de móvil, aunque debería porque su móvil sonó —le miré confuso —El móvil que me dio el aviso le llamó durante el ataque, y la noche anterior también le había llamado al poco de llegar a casa —miré a Villalba intrigado, tratando de aparentar no saber de qué hablaba —Creo que quien quiera que me avisara, quería saber si ese tipo estaba con Lucía en su casa, creo que no estaba seguro de si el ataque se produciría el viernes o el sábado. Creo que el viernes llamó, y cuando Lucía contestó asumió que estaba bien. Cuando llamó el sábado y esta vez no contestó, supo que le estaban atacando y entonces me avisó —tragué saliva, asentí tratando de fingir que todo aquello era nuevo para mí.

—Tiene lógica —murmuré.

—Lucía no recuerda oír su móvil, ni ningún otro. Apenas recuerda nada, estaba borracha y ese tipo le drogó... —asentí decepcionado —Pero cree que tal vez le oyó hablar.

—¿Qué? —balbuceé confuso.

—Cree que tal vez le oyó hablar —repetió como si no le hubiera oído bien.

—¿Con quién hablaba? —Villalba se encogió de hombros —¿Por teléfono?

—Tal vez. No hay pruebas que nos hagan creer que entrara más de una persona en su piso, pero bien pudo estar hablando sólo, o incluso con ella...

—¿Con ella? —repetí perplejo, ¿qué coño podría querer decirle a su víctima? Cualquier respuesta a esa pregunta era una opción muy perversa.

Villalba se encogió de hombros de nuevo.

—Sólo digo que la llamada de teléfono es una opción entre otras. También puede ser que ni siquiera hablara y Lucía sólo creyera oírlo, no es una testigo fiable, estaba drogada...

—¿Qué crees tú? —interrumpí confuso.

—Cuando atacó a Ana, ella no le oyó hablar consigo mismo, ni hablar con ella... Si realmente Lucía le oyó hablar, entonces parece más probable que fuera una llamada telefónica —reconoció Villalba —Si tiene un cómplice, uno que no participa de forma directa, entonces su cómplice le alertó, y habló con él por teléfono. Eso tendría sentido.

—Pero en los crímenes sólo participa él ¿no? ¿Por qué iba a haber otro

que le ayudara?

—Puede que grave los ataques o tome fotos, dado que se toma tanto tiempo entre un ataque y otro, parece razonable que tenga fotos o vídeos para recrearse —fruncí el ceño sorprendido, ¿ese cabrón coleccionaba fotos de sus víctimas? Puto enfermo... —Puede que comparta esas fotos o vídeos con alguien más, a algunos les gusta eso —genial, dos putos enfermos en vez de uno —O puede que sea alguien que simplemente le ayuda por vinculación con él, una pareja, un familiar...

—Le llamó por teléfono —repetí.

—Es sólo una posibilidad.

Yo asentí procesando. Alguien le había alertado, pero había sido en menos de cuatro minutos, aquello era mucha rapidez.

El subinspector Cejasjuntas llamó a la puerta. Yo le vi mirarme de mala manera, me di cuenta de que no iba a hablar hasta que me largara. Villalba se despidió de mí, asegurándome que seguiría investigando a David. Yo asentí, pero ya estaba convencido de que no era David. Me levanté y me fui. No fue hasta que llegué a casa que me di cuenta de que ahora transparentaba mucho más.

—Venga, no me jodas —protesté frente al espejo.

No era posible, estaba convencido de que David no tenía nada que ver, ¿cómo era posible que transparentara más aún si David había sido un error? Llamé a Ana.

—Ana, siento sacar el tema, pero el tío que te atacó... ¿olía a tabaco? —me lancé a bocajarro.

Ana se paró a pensar, sorprendida por la pregunta.

—No, no lo creo...

—¿Crees que si lo hiciera lo habrías notado? Ocurrió todo muy rápido...

—Lo tuve muy cerca y no recuerdo ningún olor particular —murmuró pensativa —¿Tienen a algún sospechoso?

—No creo que sea él —reconocí.

Ana quiso seguir preguntando pero la corté, me despedí diciendo que tenía mucha prisa y colgué. Me sentí mal por ser tan brusco, pero al fin y al cabo era yo el que transparentaba e iba a morir pronto, tenía derecho a comportarme como un capullo.

Capítulo 38. Sólo omitía un pequeño detalle

Al día siguiente transparentaba tanto que empecé a sentirme hasta mal. Había visto esa transparencia antes, esa intensidad, y no me cabía duda de lo que significaba. Mi muerte era inminente, y no sabía qué coño hacer para que no lo fuera.

Mi madre pensó que estaba incubando la gripe, porque me había estado viendo la mala cara de los últimos días. También ella me preguntaba si estaba bien, pero aquella pregunta había dejado de tener sentido. ¿Cómo iba a estar bien si sabía que iba a morir? Me pregunté cómo la gente que está enferma y sabe que va a morir, consigue lidiar con ello. A mí me resultaba imposible asimilarlo, me negaba a creerlo y al mismo tiempo sabía que era cierto, mi transparencia era la prueba.

Sin saber qué hacer, me dediqué a dar vueltas por casa como un león enjaulado. No me atrevía a salir, pero quedarme en casa tampoco parecía mejor. No podía esconderme en mi casa, ese tío sabía dónde vivía y sabía forzar puertas. Y mis padres vivían allí, entraban y salían de allí, y si yo no salía de casa, ese cabrón podía decidir entrar con la colaboración voluntaria o involuntaria de mis padres.

Tampoco se me ocurría a dónde ir. Si iba a casa de Dani, o de algún otro amigo, le pondría en peligro. Pensé en ir a casa de Lorena, sabía que ella me acogería y no haría preguntas, pero tampoco quería ponerla en peligro y era fácil que ese tío supiera encontrarme allí. Si ese cabrón conocía mi vida y mi entorno, lo que necesitaba hacer era algo más radical, algo fuera de todos los esquemas.

Pensé en largarme de Zaragoza, cogería algo de dinero y me iría a otra ciudad, a ver a mi hermana a Madrid tal vez, o más lejos, desaparecer. Pero mis ahorros no me daban ni para desaparecer en Teruel. ¿Y cuánto tiempo iba a tener que ocultarme, que esconderme, que vivir asustado?

Huir no era una opción, pedir ayuda a un amigo tampoco, y quedarme donde estaba menos aún. No sabía qué cojones hacer y me estaba desquiciando. El miedo a que aquel loco me matara me estaba volviendo loco a mí.

No podía dejar de pensar en todas las formas en que podría matarme. Podría entrar en mi casa y apuñalarme, dispararme, asfixiarme, envenenarme... La idea del envenenamiento había hecho que se me quitara el hambre, y había pasado a comer sólo aquello que comieran también mis

padres, que no transparentaban. Salir a la calle parecía un mal mayor. Me imaginaba a un encapuchado siguiéndome y apuñalándome, el apuñalamiento salía muchas veces en mi paranoia, eso es culpa de las pelis de miedo, supongo; o inyectándome algo al pasar por mi lado, partiéndome el cuello rollo ninja o pegándome un tiro desde una azotea vecina en plan francotirador. Con el temor a un francotirador me dio por bajar todas las persianas de casa, lo cual a mi madre la estaba volviendo loca.

Después de comer, o mejor dicho, después de no comer porque se me había cerrado el estómago, decidí que tenía que hacer algo. No podía seguir esperando sin hacer nada porque el camino natural de mi inactividad era terminar muerto, por eso transparentaba. Tenía que hacer algo, y algo fuera de lo normal, inesperado, algo que lo cambiara todo. Me di cuenta de que yo solo no podía, necesitaba ayuda, y sólo se me ocurría una persona a quien me atrevía a pedírsela. Llamé a Villalba.

—¿Carlos, estás bien? —preguntó apenas oyó mi voz, porque no sonaba bien, por descontado.

Yo sentí un nudo en la garganta, no creía que hubiera estado peor nunca.

—Puede que esto te parezca una locura... pero va a venir a por mí.

—¿Qué ha pasado? ¿Has recibido alguna amenaza?

No supe qué contestar.

—Sí, bueno... —balbuceé, tal vez debería haberme pensado mejor qué decir antes de llamar.

—¿Te ha llamado? ¿Un email, una nota...?

Yo dudé. Podía falsificar una nota, o falsificar un email. Una nota sería mejor, menos rastro que seguir. Podía coger un panfleto de propaganda del buzón y escribir algo con un boli y luego tirar el boli por ahí...

—Carlos, ¿qué ha pasado? —insistió Villalba impaciente.

—Ayer vi a un tipo siguiéndome —expliqué, porque pensar lo de la nota me estaba llevando demasiado tiempo, y además lo del panfleto implicaría salir al portal y ni a eso me atrevía —Me entró la rayada y... eché a correr y me siguió. Creo que era él, creo que me está acosando. Puede que esté paranoico, pero creo que quiere matarme.

—¿Le viste la cara? ¿Puedes describirle?

Dudé otra vez, pero me di cuenta de que no tenía que mentir sobre aquello.

—Llevaba una sudadera con capucha. Mediría un metro setenta y cinco, era delgado... Corría rápido.

Villalba no contestó al otro lado, por un momento se me vino el mundo a los pies. Si él no me creía, si no me ayudaba, no sabía quién coño iba a hacerlo.

—¿Qué tal si te pasas por comisaría y me cuentas qué ocurrió con más detalle?

Yo dudé, si ni me atrevía a salir al portal, menos aún a coger la moto e ir hasta allí. Ese tío podía apuñalarme camino a la moto, dispararme con su rifle de largo alcance, o embestirme con su coche y después rematarme una vez en el suelo...

—¿Puedes... puedes mejor venir a buscarme?

Supe que dudaba, pensé que se negaría, pero mi miedo era evidente aun a través de la línea telefónica.

—Te llamo cuando esté en la puerta y bajas ¿vale?

Yo suspiré hondo.

—Gracias —murmuré, Villalba colgó.

No tardó más de media hora en llamarme. Cogí las llaves, la cartera y el móvil nuevo, y entonces me acordé del iPhone. Pensé en dejarlo atrás, ya pasaba la mayor parte del tiempo recluido en el fondo de un cajón, como si fuera un explosivo venenoso, un objeto maldito que tenía que conservar a mi pesar pero que tenía ganas de tirar al río. Pero entonces me di cuenta de que no quería que ese cabrón pensara que seguía en casa, donde vivían mis padres. Lo cogí, qué remedio, y me llevé también el cargador. Salí al portal, blandiendo un paraguas a modo de bate, por si acaso; no se me habían dado mal los paraguas hasta entonces. Salí a la calle mirando a todos lados, y casi corrí al coche de Villalba. Me subí y eché el seguro.

—¿Estás bien? —preguntó al verme, y dale con esa pregunta de mierda, miró el paraguas extrañado —No creo que vaya a llover... —pues no, el cielo estaba jodidamente azul y despejado.

—Va a por mí —aseguré.

Villalba me miró con atención.

—¿Estás seguro de que te persiguió?

—Cuando eché a correr, echó a correr detrás de mí —protesté, ¿es que se podía no estar seguro de si alguien echaba a correr detrás de ti?

—¿Estás seguro de que era él?

—¿Por qué iba a perseguirme un tío encapuchado que no fuera él? —gruñí, se estaba luciendo con sus preguntas —Claro que fue él, no he cabreado a más asesinos en serie... —Villalba fue a protestar —Sé que viene

a por mí ¿vale? No me atrevo ni a salir de casa.

Villalba asintió pensativo, tal vez me creyó, desde luego tenía el miedo pintado en la cara.

—Puedes venir a comisaría, te tomaremos declaración...

—No —protesté, ¿de qué coño me servía eso? —Tienes que ayudarme.

—¿Qué quieres que haga yo?

—Eres policía —protesté —¿No puedes ponerme protección o algo?

—¿Es eso lo que quieres, que ponga un par de agentes a la puerta de tu casa?

Yo dudé. ¿Serviría? ¿Por cuánto tiempo? A ese cabrón le bastaría esperar... Villalba me miraba expectante.

—No quiero que me mate —dije, y fue lo más sincero que le había dicho nunca.

Villalba volvió la vista hacia delante, yo esperé a que dijera algo.

—Si quieres que te ayude, vas a tener que ser sincero conmigo —le miré inquieto por lo que pudiera querer saber —No quiero más mentiras ¿me oyes? —dudé, pero asentí a regañadientes, no es como que pudiera negarme... —Bien. Háblame de Elena.

Le miré sorprendido.

—¿Elena? Yo... sólo hablé con ella en la comisaría.

Le quitó el seguro a la puerta del coche y me señaló la calle. Yo gruñí de mal humor, sin moverme del asiento.

—¿Cómo vas a ayudarme?

—Te ayudaré sólo si me dices la verdad. Miénteme y estás solo.

—Eres policía, ¿no tienes un código o algo por el que tengas la obligación de ayudarme? —protesté.

—¿Te refieres a una obligación como la de no mentirle a la policía? —gruñó, pues no era mal símil.

—Pero estoy en peligro —me resistí. Villalba me miró expectante, como que le daba igual... Pues vaya mierda —Está bien, yo le dejé la nota avisándola de que iba a ser la próxima —confesé, y volví a echar el seguro del coche.

Villalba asintió, quería que yo lo dijera, pero obviamente lo tenía bastante claro ya de antes.

—¿Qué te hizo pensar que iba a ser la próxima víctima?

—Se parecía a Violeta, y a Marta y a Inés...

—Muchas chicas se parecen.

—No, no sólo físicamente, sino los gestos y... Creí que podía ser ella y no me pareció tanto riesgo advertirla... Sólo quería asustarla y que tomara precauciones, por si acaso.

Me miró escéptico.

—Elena tenía la misma aplicación espía en el móvil que tenían Marta e Inés. Ese tipo sí iba a por ella.

—Puede que ese enfermo tenga esa aplicación en varias chicas — propuse, me miró más escéptico aún —Tuve suerte —me defendí.

Villalba me miraba con gesto de no creerse una palabra.

—¿Cómo lo sabías? —repitió.

—Encajaba —me miró expectante, obviamente eso no le parecía explicación suficiente —No tengo una explicación lógica. Me la crucé un día de casualidad y supe que podía ser la próxima... y simplemente decidí intentar evitarlo. No lo sabía seguro, pero encajaba... ¿Podemos dejarlo ahí?

Me estudió pensativo, molesto por mi vaga explicación, pero no se le escapaba el deje de desesperación en mi voz. Deseé que fuera capaz de dejar el tema, al fin y al cabo no le estaba mintiendo, sólo omitía un pequeño detalle. Un detalle que si le contaba, haría que me tomara por un puto loco.

—Vale, así que decidiste enviarle una carta anónima, y fuiste a comisaría para hablar con ella —retomó la historia.

—Sabía que creería que la carta era una broma, pero si podía hablar con ella en comisaría a lo mejor podría hacer que se la tomara en serio. Me hizo caso, tomó precauciones y dejó de... —transparentar. Villalba me miraba intrigado, esperando que siguiera hablando —Dejó de estar en peligro. Asustarla funcionó, ese cabrón dejó en paz a Elena gracias a esa carta —me defendí.

—Bueno, gracias a que vino a comisaría pudimos detectar esa aplicación en su móvil y saber que ese tipo sí pretendía atacarle. Pero él debió de saberlo, probablemente porque localizó el teléfono de Elena en comisaría. Desde luego nuestra vigilancia no detectó nada, después de que viniera a comisaría no estuvo rondándole ni se le acercó.

—¿Estuvisteis vigilando a Elena? —pregunté sorprendido.

—Ese asesino sí que planeaba atacarle —repitió Villalba, obviamente sí la habían estado vigilando para protegerla y dar con ese cabrón. Me pregunté si me habrían descubierto a mí en su vigilancia, pero apenas había mirado a Elena de lejos un día, lo justo para ver que ya no transparentaba, y que se había cortado el pelo —Sabiendo que Elena estaría vigilada, desistió con ella

y en su lugar optó por atacar a Ana. Probablemente supo que la carta que le había llegado a Elena era cosa tuya y quiso advertirte —observó.

Asentí en silencio. Villalba me miró expectante, quería que añadiera algo más.

—No sé cómo supo que el de la carta había sido yo, puede que simplemente supiera que había hablado con Elena en comisaría, pero... sí, estoy bastante seguro de que fue a por Ana por eso. Le dije que me dijera que no volviera a entrometerme.

Villalba me miró perplejo, eso no se lo había esperado.

—¿Habló con ella? Ana dijo que no le había dicho nada.

—Mintió porque no quería meterme en problemas —vi que Villalba se disponía a quejarse, probablemente a reñirme por no habérselo contado antes —No cambia nada. Ana me dijo que no reconocería su voz de volver a oírla, se lo pregunté —expliqué —Pero ese tío lo susurró, supongo que justo para que ella no pudiera reconocerle.

Villalba me miraba pensativo.

—Eso es interesante —le miré confuso, no sabía por qué era interesante.

—No querrá que Ana pueda reconocer su voz, hacéis ruedas de reconocimiento de voces también ¿no? —pregunté.

—El reconocimiento de voz es muy poco fiable. Es difícil que una víctima recuerde la voz de un desconocido, menos si le oyó decir sólo una frase, y por sí sólo no es determinante. Cuando detengamos a ese asesino, no será Ana creyendo reconocer su voz lo que le condene, serán las pruebas que nos hayan conducido hasta él, y probablemente conserve objetos de sus víctimas que también ayuden a condenarle...

—¿Entonces? —murmuré confuso.

—Puede que sólo sea muy precavido, o que tenga una voz característica...

—¿O? —animé intrigado, porque Villalba estaba pensando en otra posibilidad, estaba claro.

—O tal vez creyó que Ana podría reconocer su voz porque ya le conocía. Ese es generalmente el motivo por el que un atacante trata de enmascarar su voz.

Miré a Villalba perplejo, ¿que Ana lo conocía? Esa posibilidad no me gustaba una mierda. ¿Es que acaso lo conocía yo?

—Es sólo una posibilidad —repuso Villalba —También podría ser que lo susurrara porque estaba muy cerca de ella...

—¿Muy cerca? —repetí, eso tampoco me gustaba nada.

Villalba asintió pensativo. De repente me pregunté si no estaría otra vez pensando que yo podía tener algo que ver, ya no que yo hubiera atacado a Ana, que no tenía ningún sentido, pero si creía que ese loco era alguien que yo conocía, podía estar pensando otra vez en la posibilidad de que colaboráramos. Seguro que si el subinspector Cejasjuntas estuviera escuchándonos él sí lo pensaría.

—Te he contado la verdad sobre Elena, ¿podemos irnos ya de aquí? — miré hacia la calle, no me hacía ninguna gracia estar en ese coche parado enfrente de mi casa, adonde ese loco podría venir a buscarme, ese loco que encima podía ser un conocido mío...

Creo que le di pena, asintió y arrancó el coche. Pensé que me llevaría a comisaría, pero no tomó esa dirección, se fue hacia el Actur. Abrí el espejo del copiloto y me miré, mi transparencia se había reducido. Entró en un garaje de un edificio de pisos y aparcó, yo le seguí al ascensor sin decir una palabra. Subimos al tercero, sacó las llaves del bolsillo y entramos en el 3º B.

—Pasa —dijo echándose a un lado, cerró tras de mí.

Entré en aquella casa observando todo a mi alrededor con viva curiosidad, los cuadros de las paredes, los libros en las estanterías... Villalba me había llevado a su casa.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó dirigiéndose a la cocina —¿Una cerveza o... no sé, una tila?

Yo acepté la cerveza de buena gana, me señaló el sillón del salón.

—Tengo que hacer unas llamadas, ponte cómodo.

—¿El baño? —fue lo primero que pregunté.

Me indicó la puerta y fui para allá, saqué el iPhone del bolsillo y busqué dónde dejarlo. No esperaba que ese psicópata utilizara mi iPhone de micrófono, por el rollo de la batería que duraba lo de siempre, pero prefería tenerlo a una distancia prudencial de mí por si acaso. Lo dejé en la estantería tras el cubilete de los cepillos de dientes, me fijé en que había dos cepillos en ese cubilete.

Volví al salón y me senté, observando las fotos de las paredes, los objetos de decoración... Sintiéndome un extraño en terreno prohibido. Escuché la voz de Villalba en la cocina, mientras fijaba la vista en una foto junto a la tele. Se veía una chica joven junto a Villalba, tal vez su hija. Ella sonreía a la cámara, Villalba parecía no saber a dónde mirar. Me recordó la foto de Lorena y mía, esa en que yo la miraba agilipollado, el no selfie que sí

era un selfie.

Villalba volvió al salón con una cerveza que me ofreció, y otra que se quedó para sí mismo. Se sentó en el sofá libre.

—He avisado de que no volvería por comisaría —explicó, yo asentí, no tenía que darme explicaciones, bastante que me había llevado allí —Y ahora, ¿por qué no me hablas de Lucía?

Capítulo 39. Reciprocidad

Respiré hondo, preguntándome cuánto sincerarme. Me miré las manos, mi transparencia se había reducido, de eso estaba seguro. Pensé que le debía a Villalba una explicación, estaba ahí en su casa, bebiendo su cerveza, y eso podía salvarme la vida, desde luego la había alargado. Me pregunté si no era justo por eso que me había llevado allí: él mostraba confiar en mí, tanto como para acogerme en su casa, para que yo confiara en él. Parecía razonable, lo cierto es que me sentía en deuda con él, lo estaba.

—El chivatazo que recibiste el sábado de madrugada... fui yo — reconocí, Villalba bebió de su cerveza con gesto tranquilo —Ya lo sabías — comprendí al ver su falta de reacción.

Se encogió de hombros.

—Me lo imaginé, y después tú me lo confirmaste —le miré confuso — Dijiste su nombre, cuando hablamos el domingo —negué aún sin comprender —Le llamaste Lucía. Yo no te había dicho su nombre.

Le miré perplejo.

—¿En serio? —qué cagada, pensé.

Villalba asintió.

—¿Qué pasó el sábado? —me animó a seguir.

Yo dudé, preguntándome si algo de lo que había hecho era ilegal. No era como si hubiera estado seguro de que se cometería un crimen, así que no avisar a la policía con antelación podía no ser tan grave... En cualquier caso, prefería sincerarme, por muchos riesgos legales que eso pudiera conllevar, que arriesgarme a que Villalba me echara de su casa. Le expliqué lo que había ocurrido, con tantos detalles como recordaba, sin mencionar a Lorena ni mencionar la transparencia de Lucía. Le expliqué como había visto a Lucía llegar a su casa, como aquel tipo encapuchado había entrado en el portal tras ella, y como cuatro minutos después de enviarle el segundo mensaje, ese cabrón había salido disparado. Le conté que había echado a correr tras él pero lo había perdido.

—¿Le perseguiste? —preguntó sorprendido, no sé si pensó que era estúpido o valiente, probablemente estúpido.

—Sí, pero lo perdí.

—¿Cómo le perdiste?

Dudé de nuevo, no podía contarle que mi transparencia me había hecho detenerme.

—No lo sé, al doblar una esquina le perdí el rastro, corría rápido...

—¿Viste alguien más en la calle? ¿Alguien que pudiera haber visto hacia dónde fue?

Negué.

—Había un mendigo... pero nos daba la espalda, no había nadie más.

—Nadie que tú vieras —gruñó, yo no contesté ante aquel tono acusatorio —Quiero que me digas exactamente por qué calles fuiste.

Villalba sacó un portátil y lo encendió. Le vi abrir el google maps, buscó la dirección de Lucía y me señaló la pantalla. Le miré confuso, sin entender a qué venía tanto interés. Puse el modo satélite para ver las calles y las tiendas y bares, tratando de que eso me recordara el recorrido. Le fui señalando, haciendo un gran esfuerzo por acordarme, porque no es que fuera mirando las tiendas mientras corría y las calles cambian mucho de día o de noche. Villalba fue tomando nota de las calles que le iba nombrando. Reconocí la tienda de zapatos.

—Aquí me detuve, y él se fue por esta calle —señalé la calle donde había encontrado el adoquín suelto —Cuando giré la esquina ya no lo vi. Busqué por estas calles, pero ya no volví a verlo.

Villalba asintió, terminando de anotar el nombre de las calles que yo le indicaba. Yo le observé, aún sin comprender a qué se debía prestar tanta atención a aquello. Vi que sacaba el móvil y buscaba un nombre en llamadas recientes.

—¿Dices que tardó cuatro minutos en salir desde el segundo mensaje? —repitió, yo asentí.

—Estaba mirando el reloj para... contaba los minutos. Pensaba llamar a emergencias si no enviabas a nadie —expliqué.

Una voz respondió al otro lado de su teléfono.

—José —saludó Villalba, debía de ser el subinspector Malaleche — Quiero que amplíes la búsqueda de las calles que rodean la casa de Lucía... Sí, lo sé, pero quiero que lo amplíes a otras calles de la zona, te doy una lista —le leyó el listado de calles —Ponlo en marcha ¿vale?... Vale, hasta mañana.

Yo observé a Villalba confuso por la llamada, él no aclaró nada.

—¿Te das cuenta de que podría haber matado a Lucía antes de largarse, verdad? —gruñó.

—No estaba seguro de que fuera a por ella, ni de que fuera a ocurrir esa noche... La última vez que alerté a una chica no salió bien —me defendí.

—Así que dejaste que la atacara y secuestrara antes de avisarnos.

—¿Qué querías, que os fuera a vosotros con el cuento? ¡Me habríais tomado por un loco! No me habríais creído, y de pasar luego algo, simplemente habríais pensado que estaba involucrado, como lo cree el subinspector Malaleche —me miró sorprendido por el apodo —No estaba seguro, sólo lo supe de verdad cuando vi a ese tipo de la capucha entrar en el portal de Lucía —insistí —Bueno, y cuando se echó a correr... Reconócelo, no me habríais hecho ni caso de avisaros, y ese tío habría sabido que yo estaba entrometiéndome de nuevo. Tenía que estar seguro y teníais que cogerlo mientras estaba allí. Os lo serví en bandeja.

—No nos lo pusiste tan en bandeja o le habríamos detenido ¿no crees? —gruñó.

—Porque se largó, porque alguien le avisó.

—Expusiste a un grave peligro a esa chica si sabías que iba a ser la próxima.

—Sólo quería que cogierais a ese hijo de puta antes de que matara a nadie más, pero no lo hicisteis, se escapó y ahora sabe que yo me involucré, otra vez. No es mi culpa, joder. Aquí el que está jodido soy yo. Sabe que me metí de nuevo por medio y ahora viene a por mí. ¿Crees que quería que esto saliera así?

Me miró pensativo. Asintió, resignado, no es que pudiera hacer ya nada al respecto.

—Le has cabreado mucho si realmente está buscando deshacerse de ti.

—Me he entrometido demasiadas veces —opiné.

—Pensé que te la tenía jurada por sacar a la luz lo de Violeta, por ir por ahí preguntando sobre aquello...

Yo dudé, probablemente eso no había ayudado.

—Estaba convencido de que la foto os ayudaría...

—Aún no hemos descartado a David como sospechoso.

—No creo que sea él, es demasiado alto... y, joder, ese cabrón es un hacker, no deja rastro así que sabe de pruebas forenses y eso, y también sabe forzar puertas... Es un crack del crimen. David no tiene pinta de nada de eso.

—Te sorprendería la de cosas que se pueden aprender por Internet —opinó Villalba —Pero estoy de acuerdo, a primera vista no parece encajar. El hombre que buscamos es organizado, meticuloso y sumamente inteligente. David no tiene estudios más allá del bachillerato, y no ha conseguido conservar ningún trabajo más de un par de meses. Nos lo han descrito como

un trabajador descuidado, que con frecuencia faltaba al trabajo y se largaba antes de su hora. Normalmente este tipo de asesinos son narcisistas y se sienten infravalorados, pero no se comportan de forma errática e irresponsable.

—Creía que el que no se adaptara a su entorno, o que estuviera en paro, podía ser parte del perfil —observé —No es que ser un parado sea culpa del parado, menos hoy en día, claro...

—Los asesinos en serie organizados suelen desenvolverse bien en su entorno. Muchos de los asesinos en serie que se han conocido estaban casados y con hijos, tenían trabajos estables, son de esos que los vecinos describen como agradables.

—¿Cómo podría estar casado un tío así? ¿Cómo puede conservar una pareja si le gusta violar y estrangular?

—Que le guste eso no significa que sólo haga eso... Además, no has de entender la violación como una preferencia sexual, de lo que estos tipos disfrutaban al violar y matar es de la sensación de control y superioridad... No hay mayor dominio sobre otra persona que disponer de su cuerpo y su vida.

—Si le gusta dominar a las mujeres es porque es un puto frustrado —opiné, eso sí cuadraba con la imagen que tenía de ese tío.

—Es posible, pero es un frustrado con habilidades sociales. Los asesinos organizados son personas que saben parecer normales.

—Pensaba que sería un rarito —reconocí.

—Siendo tan organizado y cuidadoso en sus ataques, hay que buscar un hombre inteligente y paciente que sabe controlarse, no un inadaptado. No es un rarito.

—No llevan la palabra monstruo escrita en la cara —murmuré, recordando lo que Lorena había dicho, Villalba asintió. Pensé que a lo mejor un tío así podía parecer normal, pero no me creía que conociéndolo un poco mejor no se pudiera notar, o sentir de alguna manera, que en realidad estaba muy jodido de la cabeza... —Así que se dedican a fingir ser normales —observé —Pero ellos son plenamente conscientes de que... bueno, de que son unos putos perturbados ¿no?

—No creo que ninguno de ellos se definiera así, pero sí saben que lo que hacen está mal, por eso cubren sus huellas para que no les cojan, y a este además se le da bien hacerlo. No hemos encontrado ningún rastro, es muy meticuloso al limpiarlo todo —yo asentí pensativo, a ese tío se le daba bien ser un puto asesino en serie -Ataca a sus víctimas en sus casas, se siente muy

seguro de lo que hace, sería más fácil atacarlas en la calle, llevarlas a otro lugar... no tendría que esperar a que estuvieran solas en casa, y sería más fácil para asegurarse de no dejar ningún rastro.

-A Violeta la atacó en su casa, puede preferir las casas de sus víctimas para recrearlo, además todas las casas de estudiantes se parecen —opiné, todas tienen básicamente los mismos muebles de Ikea.

-Es posible. En cualquier caso demuestra mucha seguridad, por no hablar de que ejerce aún mayor control sobre sus víctimas atacándolas donde se sienten más seguras —recordé a Ana diciéndome que tenía miedo de entrar en su casa y en su habitación; su habitación, por no hablar de su cama, ya nunca volvería a ser lo mismo para ella.

—Entre Violeta e Inés pasaron años ¿eso es normal, que un asesino en serie espere tanto tiempo para volver a matar?

—No, no es habitual —reconoció Villalba —Hemos estado investigando casos de violaciones de los últimos años, y hemos investigado a violadores que han pasado tiempo en la cárcel, eso podría explicar que hubiera pasado años sin actuar y su preocupación por no dejar ADN ni huellas, pero no hemos dado con nada útil, ningún sospechoso que encaje.

—¿Y si no ha estado en la cárcel, qué ha estado haciendo? ¿Por qué no ha violado y matado antes?

—Es posible que bloqueara sus impulsos todo este tiempo y algo desencadenó que volviera a actuar, tal vez un evento traumático en su vida... Puede que Inés le recordara demasiado a Violeta, se parecía mucho a ella, puede que la tentación fuera demasiado grande.

Me pregunté si eso había sido todo: Inés se cruzó en su vida y él se obsesionó por su similitud con Violeta y desató al psicópata asesino que llevaba dentro.

—Se parecían en algo más que en el físico —aseguré —En sus gestos y hasta en sus gustos, ese rollo que se llevaban con Francia...

No podía ser casualidad que Inés compartiera con Violeta sus sueños de vivir fuera y su amor por Francia. Y Marta también estudiaba francés, y compartían gestos, hasta sus risas se parecían.

—Para conocerlas tan bien no basta con cruzarse con ellas por la calle, ha de haberlas conocido mejor —me quedé un instante pensando en la risa — Puede que las oyera reír... Marta tenía una risa peculiar, como Violeta — tenía que haberlas escuchado, tal vez haber hablado con ellas.

—Probablemente el físico es el primer indicio, y luego busca algo más.

Gestos como la risa, sí, algo que le recuerde a Violeta en sus formas de ser y en sus vidas... No creo que se decida a atacar si no ve esos detalles.

Yo asentí pensativo.

—Pero Lucía es más diferente, no va a la universidad...

—No creo que eso le importe. Le llaman el Estrangulador del Campus, pero no es un nombre acertado. Le gustan jóvenes, es fácil que por casualidad la mayoría de las chicas que ha acosado estudiesen en la universidad, pero no todas estudiaban en el Campus.

—Elena estudia en el centro —recordé.

—Lucía no iba a la universidad ni tenía ningún interés por Francia, pero físicamente se parecía mucho a Violeta —explicó Villalba, yo asentí recordando sus labios pintados de rojo.

—¿Y entonces dónde las encuentra? No salían de fiesta por las mismas zonas, ni iban al mismo gimnasio, ni nada... Inés era pija, Lucía es más bien choni —y Marta normal, pensé, al menos normal según mi concepto de lo normal.

—El modo en que da con ellas puede ser aleatorio. Los asesinos en serie organizados no buscan víctimas en su entorno, son más listos que eso. Las estudia, y así llega a conocerlas bien, y adapta el método de acercamiento a cada una.

—¿Te refieres a cómo las droga y ataca? —me atreví a preguntar, Villalba se estaba abriendo por fin, dispuesto a compartir información conmigo, imagino que porque veía claro que tenía tantas ganas de coger a ese cabrón como él, tal vez hasta por fin veía que podía ayudarle a hacerlo —A Ana la atacó en el portal, pero a Lucía no, con Lucía entró después de entrar ella.

—Ana no estaba bebida y él tenía que cogerle por sorpresa. No podía forzar la puerta con tanta facilidad a esas horas sin correr el riesgo de que le viera algún vecino y sin arriesgarse a que ella lo oyera y se asustara y defendiera. Tampoco quería que perdiera el conocimiento durante demasiado tiempo, le drogó usando una dosis pequeña, su objetivo era aturdirlo para someterla y atarla, pero la quería despierta. Tiene sentido si quería que fuera consciente de lo que ocurría para asustarle y para dejarle un mensaje para ti. Además con ella utilizó una droga inyectada, probablemente porque no era viable ponerle algo en la bebida.

—Ana había quedado a tomar una cerveza en un bar tranquilo, sola con otra amiga. Ese tío no habría podido acercarse a su bebida así como así —

eso, o Ana le conocía y ese cabrón no podía correr el riesgo de que ella le viera.

—Lucía había estado bebiendo, era un blanco más fácil. Forzó la puerta una vez que ella ya estaba dentro y le drogó sólo cuando ya había entrado en su casa. Probablemente ella no le oyó entrar ni acercarse porque estaba demasiado bebida —yo asentí, Lucía había llegado haciendo eses, era fácil imaginar que se habría desplomado en la cama apenas entró por la puerta.

—¿Por qué a Lucía no le puso algo en la bebida como a Inés y a Marta? Obviamente se tomó varias copas, oportunidades no le faltaron...

—Probablemente lo consideró demasiado arriesgado. Lucía solía ir siempre al mismo bar del Casco donde todos le conocen, es amiga del portero y de los camareros, y de los fijos del bar. Si un extraño se hubiese aproximado a su bebida, fácilmente alguien se habría dado cuenta. O puede que al estudiarla viera que Lucía era demasiado cauta y no dejaba su copa desatendida.

—O que no la soltara —sugerí —Yo no la suelto cuando bebo —pasa a ser una extensión de mi mano.

—Lo que implicaría acercarse y arriesgarse aún más, y a este tipo le gusta demasiado tenerlo todo bajo control.

—Tenía que conocer a Lucía lo suficientemente bien como para saber que no podría drogarla en el bar —comprendí.

—Ha tenido que estar allí y observarla, puede que no el mismo sábado, pero sí en ocasiones anteriores —explicó Villalba. Eso eran buenas noticias, alguien podía haberle visto —Hemos hablado con los camareros y los amigos de Lucía que frecuentan el bar, pero nadie recuerda nada —pues vaya —En cualquier caso, está claro que estudia a sus víctimas en profundidad. Adaptó la forma de abordar a cada una, e incluso varió la dosis...

—¿Cómo que varió la dosis?

—La dosis utilizada para drogar a Inés fue mayor que la que utilizó con Marta. Inés fue la primera, puede que no supiera cuánto era necesario... o puede que creyera que había usado demasiada con Inés y por eso con Marta la redujo.

—¿Cómo que usado demasiada? ¿Qué más da? —si la idea era terminar matándolas, ¿qué importaba pasarse un poco o no con la droga? Villalba me miró con expresión sombría, y de repente lo entendí, sentí una punzada de angustia —¿Te refieres a que... no quería a Marta tan grogui mientras...? —puto cabrón enfermo...

—O puede que supiera que Inés apenas bebía —explicó Villalba. Me dio la impresión de que quería dejar la otra posibilidad a un lado, porque prefería que no fuera verdad, o tal vez porque no quería que yo pensara en ella —Y por eso con Inés necesitaba más. Si estudió sus hábitos al salir de fiesta, sabría que Inés no estaría borracha cuando entrara en su casa y que necesitaba aturdirlo lo suficiente antes de entrar. Con Marta redujo la dosis, y también con Lucía usó una dosis pequeña, pudo saber que Marta y Lucía sí bebían y que no necesitaría tanto para tenerlas controladas.

—Si sabía cuánto bebían, entonces no sólo les hackea los teléfonos, sabe más de ellas que lo que hablan por facebook o whatsapp.

—Se acercó a ellas en los bares a los que fueron, y probablemente las estudió antes —asintió Villalba —Es alguien que pasa desapercibido, que sabe no llamar la atención.

—Alguien en quien esas chicas no se fijarían —recordé la teoría de Lorena de que ninguna de ellas se habría fijado en él, pero se podrían haber fijado en mí, y que por eso me odiaba —Y en los bares donde estuvieron Inés y Marta, ¿nadie vio nada? —Villalba negó.

—Preguntamos a la gente del bar, y a sus amigas, y hemos vuelto para enseñar la foto de David, pero nadie recuerda a ningún tipo rondando a esas chicas o acercándose a sus bebidas. En ambos casos estuvieron en bares concurridos, mucha gente entrando y saliendo...

—Con Inés forzó la puerta pero a Marta la esperó en el portal ¿no? ¿Por qué el cambio?

—Con Inés forzó la puerta y entró cuando ella ya estaba dentro, como con Lucía —asintió —A Marta le atacó cuando estaba abriendo la puerta de su casa. Posiblemente se adaptó al tipo de portal, el riesgo de los vecinos, el tipo de cerradura... Estudia a sus víctimas y planifica con detalle sus ataques. Probablemente disfruta acechándolas, es parte de su juego, de su ritual, y por el tiempo que se toma, parece una parte importante para él.

Asentí pensativo. Me pregunté si le venía de acechar a Violeta. Si había estado obsesionado con ella, era fácil que la hubiera estudiado como hacía ahora con sus nuevas víctimas. Me lo imaginaba observándola en las sombras de los bares, viéndola irse cada vez con uno y nunca con él.

—¿Y la droga que usa no os ha llevado a ninguna parte? ¿O huellas o...? ¿La cuerda o lo que sea que use para atarlas?

—Utiliza un tipo de benzodiacepina, es fácil de conseguir y difícil de rastrear, no nos ha llevado a nada. No deja huellas, ni ningún rastro de ADN.

Es concienzudo, usa guantes y se toma su tiempo al limpiar el escenario y a las víctimas. La cuerda es cuerda común, de venta en cualquier tienda de bricolaje, demasiado común para que nos ayude. Las violetas son otro tema.

Miré a Villalba sorprendido.

—Cuando encontramos el ramillete de violetas en el dormitorio de Inés, buscamos en todas las floristerías de la ciudad para intentar identificar quién había comprado violetas en los días anteriores, pero no sacamos nada útil. Al analizar las violetas que dejó a Marta encontramos una coincidencia —yo le miré confuso, no muy seguro de estar siguiéndole —Las plantas también tienen ADN, y coincidían. También coincidían las violetas que dejó en casa de Lucía. No creemos que las compre, sino que las cultiva él mismo, de ahí la coincidencia.

—También es un puto jardinero —gruñí, hacía de todo el cabrón.

—Las violetas son fáciles de cultivar, pero si encontramos un sospechoso que tenga violetas en casa, podremos cotejar la planta.

—Eso se puede tener en cualquier jardín o macetero ¿no? —Villalba asintió, cualquiera podía tener violetas en casa. Me pregunté si mi madre tendría violetas en el balcón.

—En casa de Lucía dejó las violetas envueltas en un trozo de papel de embalaje. No había huellas, pero estamos intentando localizar dónde se vendió el papel para identificar al comprador, y si encontráramos papel como ese en casa de un sospechoso nos bastaría compararlo. No había dejado el papel en los otros escenarios, salió con prisas y cometió un error.

—Eso está bien —murmuré, al menos el ataque a Lucía había ayudado en algo —Creía que no teníais nada —reconocí, era un alivio que no fuera así, había una forma de descubrir al asesino, por remota que fuera.

—Vamos a dar con él —aseguró Villalba.

Yo asentí, eso esperaba. Al menos tenían algo, era poco, pero era algo.

—No hay muchos tíos como este matando por ahí ¿verdad? —pregunté, si teníamos uno tan cerca, a saber cuántos más había.

—Los asesinos en serie son mucho más comunes en las pelis y series que en la realidad. En España son la rara excepción, la mayoría de las agresiones y homicidios los realizan personas del entorno de la víctima por los motivos clásicos: dinero, celos... y generalmente sin planificación y con errores —vale, lo mío había sido jodida mala suerte.

Vi que Villalba daba otro trago a su cerveza mientras me miraba, esperando por si tenía más preguntas. Al ver que no era así se lanzó a

preguntar él.

—¿Por qué no me cuentas cómo sabías que iría a por Lucía y a por Elena?

Yo suspiré, por eso me había contado todo aquello. Él me contaba cosas que yo quería saber, compartía datos de la investigación conmigo como muestra de confianza, y yo hacía otro tanto: reciprocidad. Me acordé de nuestra conversación en la cafetería el día que nos habíamos conocido, parecía que la historia se repetía.

—Yo... simplemente pensé que podían estar en peligro, encajaban en el perfil...

—¿Creaste una carta amenazadora para Elena y viniste a comisaría a asustarla, y espiaste el portal de Lucía de madrugada, sólo porque pensaste que a lo mejor podían estar en peligro? —gruñó, mirándome incrédulo. Sí, visto así parecía absurdo.

—Tengo mucho tiempo libre —balbuceé, me miró enfadado.

—Cuando te llamé por Marta, pensaste que estaba muerta.

Le miré incómodo, eso resultaba aún más difícil de explicar.

—No sabía que un asesino en serie la había matado —aseguré.

—Pero pensabas que había muerto —objetó.

Yo dudé. Me di cuenta de que Villalba había conseguido bajar mis defensas, pero sabía que no podía dar mi brazo a torcer. Él había confiado en mí, pero dejaría de hacerlo si pensaba que era un loco al que había que encerrar en un psiquiátrico. Para empezar, me echaría de su casa, y me sentía demasiado a salvo allí como para querer irme. Aun con todo, algo le tenía que decir, aunque fuera mentira.

—Dime la verdad —protestó, como si me leyera la mente.

—No me creerías —suspiré.

—Ponme a prueba.

De nuevo me hizo dudar. Negué, no podía. Villalba me miraba expectante.

—Yo... tuve una corazonada —lo que, en verdad, no era realmente mentira, era más bien una verdad parcial, pero era toda la verdad que me atrevía a contar.

Villalba se rió, no una risa de que le resultara gracioso, sino una risa cargada de sorna. Me di cuenta de que prefería sus gruñidos, me resultaban menos intimidantes.

—¿Una corazonada? ¿No me irás a decir ahora que eres un puto

médium, verdad?

Me quedé helado, sobrecogido por la pregunta.

—No soy un médium —balbuceé, intenté tomármelo a broma, él lo había dicho en broma ¿no? —No veo muertos —acerté a decir, no pudiendo evitar pensar en Raúl y sus jodidas bromas sobre Bruce Willis.

—¿Y qué ves? —la pregunta no ayudó, no sabía cómo tomármela ni qué contestar, pero me di cuenta de que él seguía preguntando con sorna —Venga, Carlos, ¿no me irás a vender que eres un mentalista, como el de la tele, eh?

—Ese sólo se hace pasar por mentalista, pero no lo es, sólo es muy listo —aclaré, porque conozco la serie, y porque prefería tomar la tangente en esa conversación.

—¿Eso es lo que te pasa a ti, que eres muy listo?

—No, no lo soy —mi transparencia era prueba de ello.

—¿Y entonces? —él no iba a dejar el tema, y yo no sabía qué decir, así que no dije nada —¿Esta va a ser la primera vez que no tengas nada que decir? —protestó.

Nada de lo que pudiera decir sería mejor que el silencio, así que decidí seguir callado. Pensé que Villalba suavizaba el gesto conmigo al ver que me había acorralado.

—Carlos, podría ayudarnos saber cómo identificaste a sus próximas víctimas. He confiado en ti, quiero ayudarte y sé que tú también quieres ayudar, pero necesito que me cuentes la verdad.

—Es que... no puedo.

—¿Por qué?

—No importa ¿vale? No os ayudaría, en serio...

—¿Estás intentando proteger a alguien? —a mí, pensé —Carlos, si alguien conoce la identidad de ese tipo...

—No es eso —aseguré.

—¿Es algo ilegal? —probó.

Yo le miré sorprendido, no se me había ocurrido, pero eso podría servir de excusa, tal vez, si lo desarrollaba un poco más... Ya que la verdad no era una opción, podía darle una mentira, pero tenía que ser una buena.

—Quiero que seas sincero conmigo, Carlos.

De nuevo me quedé en silencio. Si la verdad no me servía, y una mentira tampoco, me quedaba sin opciones. Villalba resopló frustrado.

—¡Di algo!

—Si te miento, me echarás por mentirte, y si te digo la verdad, creerás que miento y me echarás igual. Así que si lo que quieres es que me vaya, pues me voy directamente...

Villalba me miró sorprendido. Dudó, reflexionando mis palabras, lo estaba considerando. No podía culparle, era más que razonable que quisiera echarme de su casa.

—Puedes quedarte —cedió finalmente.

Yo suspiré, aliviado. Villalba se incorporó con gesto cansado.

—Prepararé algo de cena —se dirigió hacia la cocina, se volvió para señalar la tele —Ponte algo, si quieres.

Me dejó solo en su salón. Me pregunté si no debería ir a ofrecer mi ayuda, pero me pareció más apropiado dejarle tranquilo y no atosigar. Encendí la tele.

Capítulo 40. Porque no es un puto selfie

De repente sonó el interfono, Villalba salió al pasillo a contestar. Me miró pensativo, creo que evaluando lo molesto que podía ser en su casa, y después abrió. Yo esperé intrigado a ver quién subía. Apareció un chico de unos dieciocho años, lo reconocí de una de las fotos familiares del salón, imaginé que era el hijo de Villalba. El chico me miró sorprendido al verme sentado en el sillón, con el mando de la tele en la mano y el Pasapalabra de fondo.

—Diego, este es Carlos —nos presentó Villalba. A Diego la breve introducción le debió de parecer suficiente, porque asintió sin mucho interés.

—¿Y Pilar? —preguntó.

—No ha llegado aún, tiene turno de tarde —explicó Villalba.

—Vale —dijo el chaval —Voy a por el disco y os dejo —me miró antes de irse hacia el interior del piso, pero no parecía excesivamente curioso, desde luego no preguntó ni dijo nada más.

—¿Tu hijo? —le pregunté a Villalba.

Villalba asintió, parco en palabras tanto el padre como el hijo. Diego volvió con un disco duro en la mano. Me miró otra vez al pasar, puede que ligeramente intrigado con quién era yo y qué hacía allí, pero tampoco mucho. Aquel chaval tenía la indiferencia escrita en la cara. La adolescencia es una etapa muy mala.

—Ya me voy —dijo —Sólo venía a buscar esto.

—Puedes quedarte si quieres —ofreció Villalba, creo que sintiéndose forzado a hacer la invitación, aunque la idea de tener a su hijo allí conmigo tal vez no le resultaba demasiado tentadora. Diego tampoco parecía especialmente interesado.

—No quiero molestar —contestó, sin siquiera darse un segundo para considerarlo, dijo que no en modo reflejo.

—La Play es tuya, imagino —dije señalándola.

La había visto al llegar, ni la consola ni los juegos que había por allí parecían encajar en nada con Villalba, el hijo en escena explicaba las cosas. Diego asintió.

—Tienes buenos juegos, ¿qué tal es el Call of Duty Black Ops?

—Está bien, pero es mejor Modern Warfare —opinó.

—Sí, el cuarto es la polla —secundé, porque lo es —¿Te importa si echo una partida?

Diego se encogió de hombros con gesto apático. Desde luego su etapa adolescente era de esas de “me la pela todo”.

—Si te quedas echamos una partida —propuse —Tu padre estaba haciendo la cena.

Villalba me miró sorprendido por la invitación, Diego parecía dudar. Yo me aproveché de su indecisión, me incliné a coger los mandos y eché uno sobre el sofá, en su dirección. Diego seguía dudando, volvió la vista hacia su padre.

—Quédate —secundó él —Si no tienes otros planes.

—Veo que tienes varios de Assassins Creed —observé —Me regalaron la trilogía de Ezio en Navidad, está genial. Al III no he jugado aún.

—No, yo tampoco, pero cambian de personaje y época, no me llama tanto —contestó, al tiempo que se acercaba al sofá y recogía el mando.

Villalba se quedó un instante donde estaba, mirándonos, antes de darse media vuelta y volver a la cocina. Estuvimos jugando durante cosa de veinte minutos sin apenas mediar palabra, aparte de algún comentario sobre la partida. Creo que dedicarme a matar gente en la videoconsola me ayudó a olvidarme de que alguien quería matarme a mí, puede que disparar a gente sea terapéutico.

—¿De qué conoces a mi padre? —me preguntó al rato, el chaval se tomó su tiempo en mostrar un mínimo de curiosidad.

—Estoy... digamos que haciendo de consultor en un caso —expliqué.

Me miró sorprendido.

—No pareces un consultor de la policía.

—Sí, ya —convine, me pregunté qué aspecto tendría un consultor de la policía, si es que eso existía más allá de en las series de televisión.

Me miró pensativo unos segundos.

—¿Es el caso del Estrangulador del Campus? —le miré sorprendido — Mi padre no habla del trabajo en casa, pero... bueno, ato cabos.

—Sí, es ese caso —confirmé.

—¿Y qué pintas tú en eso? ¿Qué es lo que haces? —era una buena pregunta.

—Estoy intentando ayudar a dar con ese tío, yo... conocía a una de las víctimas —expliqué, tratando de que fuera evidente lo afligido que me sentía por el tema, para que con un poco de suerte no preguntara nada más.

—Lo siento —murmuró, y dejó el tema ahí.

Seguimos jugando durante unos minutos en silencio.

—¿No vives con tu padre?

—No, vivo con mi madre, se divorciaron hace unos años.

Esperé un poco para seguir preguntando.

—¿Pilar es tu hermana? —señalé una foto de familia en la pared.

—No, Pilar es la pareja de mi padre.

Asentí, concentrado otra vez en el juego.

—Espero que no moleste quedándome a cenar con vosotros —repuse — Igual preferís que os deje solos —no tenía pensado largarme de allí para nada, pero quería seguir tirando del chaval.

—No, no, mejor.

—¿Mejor? —repetí fingiendo sorpresa —¿No te llevas bien con tu padre?

—Sí, sí, bueno... —se quedó callado, parecía incómodo, yo le miré intrigado —No tenemos mucho en común, harás más amena la cena.

—Hablad de fútbol —propuse —Eso siempre da de sí.

Se encogió de hombros.

—Hasta las conversaciones de fútbol se acaban —murmuró. Yo lo dudaba, pero no dije nada.

—¿Estás en el instituto aún?

—Sí, acabo este año.

—¿Ya sabes qué vas a hacer luego? ¿Te harás policía como tu padre?

—Ni de coña —rechazó, traté de ocultar una sonrisa por el revelador comentario.

—Tu padre hace algo bueno ¿sabes? Está intentando pillar al hijo de puta que ha matado a esas chicas para que no mate a nadie más —Diego asintió un poco a regañadientes, pero no parecía muy convencido —No es lo mismo un antidisturbios con porra que un inspector de homicidios.

—Ya, bueno... —gruñó, no queriendo entrar a discutir. Estaba claro que a Villalba el hijo le había salido rebotado. Me caía bien aquel chaval — Tampoco es que a mi padre le fuera a gustar que me metiera a poli, él quiere que me meta a alguna Ingeniería, o a Economía...

—¿Y tú qué quieres?

Se encogió de hombros.

—¿Qué más da? Para no encontrar trabajo al terminar la carrera... — pues también tenía razón.

Seguimos jugando. Vi que Diego parecía ahora especialmente pensativo, me miraba de reojo.

—Oye, ¿tú no serás...?

Paró el juego, yo le miré confuso. Abrió el portátil de su padre, todavía en la mesa, y entró en youtube. Buscó “Heroína Zaragoza”, yo me puse tenso. Le dio a reproducir al primer vídeo, donde salíamos Ana y yo con el suicida.

—¿No eres el que sale en este vídeo?

Se oyó la voz de Ana, la imagen se desplazaba de Ana al suicida en la ventana. Volví la vista atrás hacia la cocina, temiendo que Villalba lo oyera.

—Eres tú ¿no? el tío que está junto a la chica. Ya sabía yo que me sonaba tu cara. Sí que eres tú —volvió la vista al ordenador —Espera, sales más adelante... —yo paré el vídeo.

—Sí, soy yo —reconocí, aún temiendo que Villalba saliera de la cocina y lo viera, no quería tener que explicarle también aquello.

—Ese tío iba a saltar porque le iban a desahuciar —observó Diego —Le salvasteis la vida.

Asentí, sin darle importancia. Diego volvió la vista al vídeo, señaló a Ana.

—¿Es amiga tuya? —yo asentí, todavía más pendiente de la puerta de la cocina —¿Me das su teléfono?

Miré a Diego perplejo, me eché a reír. Joder, con el adolescente pasmado.

—Se te queda un poco mayor ¿no crees?

Se encogió de hombros, a él no le importaba. Oí la puerta de la cocina abrirse, rápidamente cerré la ventana del vídeo y bajé la tapa del portátil.

—La cena está —anunció Villalba.

Me incorporé como impulsado por un resorte.

—Ponemos la mesa —ofrecí.

Le di un manotazo a Diego para que se levantara y me ayudara. Se incorporó con gesto resignado y me ayudó.

Fue una cena agradable, en la que por suerte Diego no sacó más el tema del vídeo, ni volvió a pedirme el teléfono de Ana. Padre e hijo no eran de lo más hablador que había, así que me esforcé por hacer que la conversación fluyera. Pensé que con suerte aquello sería sólo una fase, falta de entendimiento entre padre e hijo que se resolvería cuando el chaval madurara un poco y aprendiera a valorar a su padre, y cuando Villalba aceptara que su hijo no iba a ser como él quería que fuera.

A lo que ya estábamos terminando, llegó Pilar. No pareció lo más mínimamente sorprendida al verme allí, Villalba debía de haberla avisado.

Saludó a Diego con gesto cariñoso, me di cuenta de que el chaval parecía sentirse más cómodo con ella que con su propio padre. Me pareció razonable al ver a Pilar manejarse entre aquellos dos como pez en el agua, era una mujer que desprendía calidez y ambos parecían moverse en torno a ella en aquella casa. Pensé que una mujer tan abierta y tierna era un buen contrapunto a Villalba y sus gruñidos perrunos.

—Te he dejado comida en el micro —le dijo Villalba.

—Gracias, cielo —le contestó ella, besándole la mejilla.

A mí se me escapó una sonrisa ante aquel gesto tierno. Villalba me miró molesto al percatarse, como si aquella ternura fuera una debilidad que no quisiera que yo conociera.

Pilar se nos unió a la mesa. Me di cuenta de que era una equilibrista, atenta a Villalba, vuelta ligeramente hacia él en la mesa, pero conversando sobre todo con Diego y conmigo. Tenía una actitud claramente maternal con Diego, y él parecía perfectamente cómodo con ello. Se mostró muy atenta conmigo, me hizo preguntas para que le hablara de mí y me escuchó con atención, además de darme la razón cuando me quejé de lo difícil que era encontrar trabajo en condiciones decentes aun con una carrera. Yo a ese juego también sabía jugar. Le pregunté por su trabajo, era psiquiatra en el Miguel Servet, y le hice preguntas sobre los turnos y los recortes, dándole pie a explayarse y poder quejarse de todo lo que no iba bien en Sanidad, que es mucho. Nada un tanto como quejarse.

Cuando Pilar terminó de cenar, Diego se despidió y se marchó.

—Iros tranquilos al salón si tenéis trabajo —indicó Pilar —Yo me voy a dar una ducha —no esperó a que le contestáramos y se fue hacia el interior del piso.

Villalba y yo movimos de nuevo al salón. Yo me di cuenta de las horas que eran, me pregunté si no debería volver a casa, pero no tenía ningún interés en salir de aquel hogar de paz y seguridad.

—Puedes quedarte en el sofá esta noche —ofreció Villalba.

—¿Seguro?

—A no ser que quieras irte —obviamente él no quería que me quedara allí, pero tampoco iba a echarme.

—No quiero —reconocí.

—Pues eso.

—Gracias —le dije, realmente agradecido.

Villalba asintió sin decir nada más. Se quedó un instante pensativo.

—Se te da bien la gente —murmuró, me pareció que aquello le sorprendía —Nunca había visto a Diego hablar tanto con alguien a quien acaba de conocer.

Yo me encogí de hombros.

—Es un buen chaval, no deberías preocuparte por él.

—¿Preocuparme por él? —se rió como si fuera un comentario absurdo, yo asentí con expresión seria —Voy a buscarte unas mantas —sutil cambio de tema —Ponte la tele si quieres, como en tu casa —creo que lo dijo con retintín, sonó con retintín, pero yo ignoré el tono deliberadamente.

Me senté en el sofá y puse la tele. Busqué algo que ver, encontré un capítulo de CSI que justo empezaba y lo dejé. CSI Las Vegas, que es el bueno.

—Mira, una serie de las que te gustan a ti —observó Villalba al regresar con una manta y un almohadón.

—En verdad yo soy más de Los Soprano o de Breaking Bad —expliqué —Eso sí que son buenas series.

—Series en las que los protagonistas son criminales —observó Villalba sonriendo con cinismo.

—También me gusta The Wire —murmuré, tratando de arreglarlo —Y ahí me caen mejor los polis... Bueno, los polis y Omar, Omar es la hostia.

—Sí, Omar es muy legal —gruñó.

—Así que la has visto —comprendí yo —Es buena ¿eh?

Villalba me concedió un leve asentimiento con la cabeza.

—¿Te gustan las series? —pregunté extrañado, no me pegaba mucho de Villalba.

—Alguna he visto por mi hija, ella es muy de series —señaló la foto junto a la tele, en la que salía con la chica joven que sonreía mientras él no sabía a dónde mirar.

Yo me acerqué y cogí la foto. Pensé que su hija era guapa. Guapa, y le gustaba The Wire, esa era una buena combinación.

—¿Dónde está?

—Trabajando fuera —explicó.

Asentí, nada sorprendido. Miré la foto aún un instante, de nuevo acordándome de la dichosa foto con Lorena, ese otro selfie en el que salíamos ella sonriendo y yo con cara de tonto.

—Eh —gruñó Villalba al ver que miraba la foto de su hija más tiempo del que debía de parecerle adecuado.

Yo no solté la foto, porque de repente lo entendí. Que aquella foto me llamara tanto la atención, que me recordara a la foto con Lorena que también me había rondado la cabeza más de lo razonable... Era mi subconsciente tratando de decirme algo.

—Porque no es un puto selfie —comprendí.

—¿Qué? —murmuró Villalba, mirando la foto de su hija sin seguirme.

La foto con Lorena no parecía un selfie aunque lo era. Pero no era esa foto la que no podía quitarme de la cabeza, sino otra foto: la foto de grupo de Juan y Violeta con sus amigos.

—¿Pero cómo he sido tan idiota? —exclamé, porque realmente había que estar ciego.

—¿De qué hablas? —protestó Villalba.

—La foto de grupo de Violeta y Juan y los demás en la casa del abuelo. No es un selfie.

Villalba frunció el ceño.

—¿Y?

—Que alguien tuvo que hacerles la puta foto.

Villalba siguió frunciendo el ceño.

—El hermano de Juan dijo que en esa foto estaban todos los de su pandilla.

—Sí, lo dijo, pero no es un selfie, así que había alguien más allí.

—Puede que colocaran la cámara con temporizador —opinó Villalba.

—O puede que se hayan olvidado de alguien.

—Les pregunté si se les ocurría alguien más que supiera de la casa, o algún otro amigo del grupo que faltara, y nadie recordaba a nadie...

—Puede que se trate de alguien que no era del grupo, que sólo conocía a alguno de ellos, tal vez a Juan y por eso nadie lo recuerda... Alguien que no fuera realmente del grupo pero estuviera ocasionalmente por allí. O simplemente es alguien que pasa desapercibido.

Fui a buscar el número del hermano de Juan, lo tenía apuntado en el iPhone, así que fui al baño a mirarlo. Me pregunté qué teléfono usar para llamar, si el iPhone o el Samsung. No tenía claro que importara ya mucho, pero tecleé el número en el Samsung, y cerré la puerta del baño volviendo a dejar el iPhone en la estantería lejos de mí.

—¿Qué haces?

—Preguntar —expliqué.

—Carlos, eso es algo que me corresponde hacer a mí, y puedo hacerlo

mañana por la mañana desde comisaría.

A mí no me apetecía esperar, pero Jaime no contestaba al teléfono, así que me resigné y colgué. Villalba miraba ahora mi teléfono, el Samsung de la pantalla rota, me había visto ir al baño a buscar el número y volver.

—¿Pero tú cuántos teléfonos tienes?

Yo hice como si no le hubiera oído.

—Deberías llamar a todos los de la foto, puede que Jaime no lo recuerde pero alguien sí. Puede que salga en alguna de las otras fotos.

Me senté en el sofá y cogí el portátil de Villalba.

—Adelante, usa mi ordenador —gruñó.

—¿Tienes las fotos que te di de Violeta y sus amigos? —asintió y fue a buscar el pendrive que le había dado.

Había mirado aquellas fotos mil veces, pero las miraría todavía una vez más si es que podía ayudar en algo. Tal vez no me había dado cuenta de que había alguien más porque no lo había buscado, había asumido que aquellos de la foto de grupo eran todos los del grupo. Por desgracia, por mucho que volví a mirarlas no pude identificar a nadie nuevo.

—Puede que alguien más del grupo tenga más fotos que podamos ver donde sí salga alguien más —murmuré, decepcionado al no encontrar nada.

—Llamaré a primera hora.

—Tiene que ser el que hizo la foto —aseguré.

—Hace dos días decías que tenía que ser David.

—Porque era el que faltaba, pero ese pringado no tiene dos dedos de frente para hacer todo lo que ese cabrón ha hecho, y es demasiado alto. Tiene que ser el que hizo la foto, puede que él también hiciera las demás fotos y por eso no sale... Puede que hiciera el vídeo de Violeta. Joder, la enfoca a ella casi todo el tiempo, y ni siquiera es porque hable tanto.

—Vale, lo investigaré. Pero me encargo yo, yo soy el policía ¿te acuerdas? —asentí de mala gana —Vete a dormir —cogió el portátil que tenía aún abierto ante mí y lo cerró para llevárselo.

Me resigné al ver como el ordenador y Villalba se largaban. Me contenté con haber llegado a la conclusión de que había alguien más. Me tumbé en el sofá y acabé de ver el capítulo de CSI.

Capítulo 41. Hubiera sido interesante

A la mañana siguiente fui con Villalba a comisaría.

—Le has caído bien a Pilar —me dijo en el coche.

Yo sonreí. Suelo caer bien a la gente, sobre todo a las madres, y, madre o no, incluía a Pilar en la categoría de madre.

—¿Me habéis analizado psicológicamente? —pregunté, medio en serio, pero sobre todo medio en broma.

—Algo así —contestó Villalba. Yo le miré confuso, ¿"algo así" era que sí? —Tampoco ella cree que encajas en el perfil de asesino en serie organizado.

—Es un alivio que no me creáis un psicópata —gruñí.

—No he dicho eso —repuso, le miré confuso de nuevo —No encajas en el tipo de psicópata que asesinaría de forma ritual con una motivación sexual, pero tal vez sí tienes algunos rasgos psicopáticos que te llevan a mentir y manipular con facilidad. No todos los psicópatas son asesinos.

—No soy un psicópata —protesté. Estoy bastante seguro de que no lo soy.

—No digo que lo seas, pero de ser un psicópata no serías el psicópata que buscamos —no supe qué contestar a eso, ¿era un voto de confianza o un insulto?

Me imaginé a la pareja en pijama preparándose para irse a dormir, intercambiando opiniones sobre si el chico al que tenían durmiendo en el sofá era un violador y asesino en serie. Supongo que dormirían con el pestillo echado.

—Tu hija tiene más o menos la edad de las víctimas ¿no? —se me había pasado por la cabeza aquella misma mañana al despertar, la chica de la foto debía de tener veintipocos y era morena de pelo largo.

—Sí —escueto él.

Me pregunté cómo podía llevar un caso semejante sin ver a su hija reflejada en cada una de las víctimas. A mí me resultaría imposible. Malo era ser amigo de chicas que pudieran acabar siendo víctimas, no podía imaginarme lo que se sentiría como padre. Pensé que Villalba tenía que estar contento, al menos mientras durara el caso, de que su hija viviera lejos.

—Todas las víctimas tienen padres. Un crimen así no es sólo un ataque a la víctima, es un ataque a todos aquellos que le quieren —dictaminó, muy filosófico él.

Me puse a pensar en aquellos que me querían a mí, y que formarían parte de ese grupo de víctimas por efecto rebote si me mataban. No se trataba sólo de que mi vida se acabara, que ya era bastante malo de por sí, sobre todo para mí, pero es que algo así destrozaría a mis padres. No se me había olvidado lo mal que lo habían pasado con el accidente de moto. También haría daño al resto de mi familia y amigos, obviamente. Pensé entonces en Ana, y en Lorena. Ellas sabían más que nadie, se habían involucrado, ellas me habían ayudado a seguir adelante con todo esto. Pensé que haría bien en advertirles de que no tendrían culpa de nada si me pasaba algo. La idea de querer prepararles por si acababa muerto me dio escalofríos.

—No eres el único que quiere detener a ese tipo.

—Ya, pero lo mío es personal —objeté.

No tenía el monopolio sobre el odio a ese tío, obviamente, pero seguía estando por delante de Villalba. Ese cabrón quería matarme a mí, no a él.

Al llegar a su despacho, Villalba me pidió que pusiera por escrito todo lo que había pasado el sábado de madrugada junto a la casa de Lucía. Me dijo que describiera a ese tío con tanto detalle como pudiera y que escribiera el nombre de las calles por las que le había perseguido, también que hiciera memoria por si había algún detalle que me hubiera olvidado de contarle. Esa última parte la dijo con retintín, tan evidente que me hizo sentir culpable y bajar la vista.

Me puse a escribir lo que había pasado, evitando entrar en detalle sobre qué hacía yo frente a la casa de Lucía a las cuatro de la mañana, simplemente escribí que la había visto entrar en el portal y que luego había visto a un tío encapuchado seguirla. De nuevo, no era mentira, sólo una verdad parcial. Prefería no decir mentiras en una declaración para la policía.

—Supongo que tengo que poner que te escribí un mensaje anónimo... —eso no me hacía quedar muy bien. Villalba me miró con gesto de irritación.

—Pues sí.

Me pregunté qué pensaría Lorena de que pusiera por escrito que había enviado un mensaje anónimo a la policía mientras espiaba a una víctima, seguro que no le gustaría. Pero daba igual, seguía transparentando, así que escribí lo de los mensajes igualmente. Lo que no puse fue de dónde había sacado el móvil, no iba a meterla a ella en esto, y desde luego tampoco conté que ella estaba conmigo esa noche.

Mientras yo escribía y pensaba qué poner y qué no, Villalba se puso a llamar por teléfono a los antiguos amigos de Juan y Violeta para intentar

descubrir quién había hecho la foto de grupo. Al menos me había tomado en serio con lo de la foto. Eso, o simplemente la policía tenía tan poco de donde tirar, que hasta con aquella posibilidad remota iban a intentarlo a falta de nada mejor que intentar. Por desgracia, había pasado mucho tiempo y nadie se acordaba de quién había podido hacer la foto.

Villalba llamó a David el último. Por las respuestas de Villalba, y su expresión de exasperación, me dio la impresión de que David no reaccionó muy bien a su llamada, probablemente molesto porque la policía volviera a preguntarle por aquello después de tanto tiempo. Villalba insistió, manteniendo un tono cordial, aguantándose las ganas de decirle cuatro cosas a ese idiota, y consiguió ablandarle. Se le daba bien lo de ablandar a idiotas reacios a hablar. Le insistió en lo importante que era que intentara acordarse, y le pidió que pensara si había habido alguien que no fuera del grupo que hubiera estado por allí, tal vez sólo durante ese verano, tal vez algún nuevo amigo de Juan... Vi que la expresión de Villalba cambiaba y le miré expectante.

—¿Recuerdas su nombre? —me dio un vuelco al corazón, había alguien más —¿Sabes de dónde era o dónde vivía?... ¿Recuerdas si alguien más le conocía? —no podía oír lo que David contestaba, así que no me quedó otra que esperar a que Villalba colgara para enterarme.

—¿Y bien? —exclamé, impaciente, apenas colgó.

—Cree recordar a alguien. Dice que había un amigo de Juan, un chaval de la ciudad, un chico tímido, que estuvo un par de veces con ellos durante ese verano. No recuerda su nombre, pero cree que podía llamarse Ramón o algo parecido.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Ahora yo voy a volver a llamarlos a todos preguntando por ese tal Ramón, puede que el nombre les refresque la memoria. Y tú vas a acabar de escribir eso —dijo pronunciando con fuerza el “yo” y el “tú. Yo asentí resignado, frustrado por no poder participar.

Villalba andaba a mitad de ronda de llamadas, y yo releendo por tercera vez lo que había escrito, cuando el subinspector Cejasjuntas apareció por allí.

—¿Podemos hablar un momento? —le dijo a Villalba, mirándome con desagrado.

—Puedo irme a dar una vuelta —propuse, ya que obviamente molestaba.

—No, quédate aquí y escribe —ordenó Villalba, y salió él con el subinspector.

Fueron a la mesa de este, los vi hablando inclinados sobre su ordenador. Mientras esperaba que Villalba volviera, cotilleé un poco su despacho, por entretenerme. Volví a fijarme en la foto de familia en la estantería de detrás del escritorio, Villalba con dos niños. Reconocí a Diego y a la chica de la foto del salón, pero con varios años menos. Pensé que Villalba debía de preferir recordarlos de niños que no ahora, de niños cuando no daban problemas.

Suspiré hondo mirando el teléfono del despacho que había estado utilizando Villalba para las llamadas. Me había costado, pero al menos se me había ocurrido pensar en quién había hecho aquella dichosa foto. Estaba convencido de que se trataba de él, y que si le identificábamos, encajaría en todo, y cotejando las violetas y el papel y todo eso, quedaría claro que era él, y le detendrían, y todo terminaría.

Y aunque creía que íbamos por el buen camino buscando a ese tal Ramón, o como se llamara, o quería creerlo porque necesitaba creerlo... había algo que me seguía chirriando, algo que tenía delante de mí, como recordatorio, en mi declaración, algo que no podía explicar y que sabía que no podía ignorar: los jodidos cuatro minutos.

Cuatro minutos era muy poco tiempo. Alguien tenía que haber avisado a ese tío para que se largara, o lo había sabido de alguna otra manera... A lo mejor tenía un escáner de la policía como los de las pelis, seguro que hasta había algún programa en Internet para eso, y así había sabido que la policía se dirigía a la casa de Lucía. Eso, o tenía el móvil de Villalba hackeado como el de sus víctimas, como probablemente el mío. Parece una buena idea hackearle el móvil al inspector que lleva tu caso para saber cómo va la investigación ¿no? Claro que de tratarse de una de esas dos opciones, significaba que ese cabrón tenía un cómplice, alguien que había estado atento al escáner o al móvil de Villalba y le había avisado. No creía que en mitad de agresión se pusiera él mismo a comprobar el escáner o a mirar si Villalba estaba haciendo algo con su teléfono ¿no? Tenía que haber un cómplice, ¿pero qué cómplice ayudaría a un violador y asesino en serie sin participar directamente, sino sólo cubriéndole las espaldas durante los ataques? ¿Y por qué?

Y aun con todo, cuatro minutos seguía siendo demasiado poco tiempo. ¿Cómo podía haber sido tan rápido? Cuatro jodidos minutos. No podían haber sido tres, ni cinco, tenían que ser justo cuatro. Era difícil pasarlo por

alto siendo cuatro, sabía que no podía ignorarlo porque eran cuatro.

Villalba regresó al despacho.

—¿Te hiciste mirar el móvil? —le pregunté al verle llegar —¿Te lo habían hackeado? —Villalba me había dado largas entonces, pero ahora estaba viendo que me tomaba en serio, con todas aquellas llamadas y al hablarme del caso...

—No me hackearon el móvil.

—¿Sabes lo fácil que es? En serio, le das a un link que no debías o te bajas una aplicación falsa... y ya está, sin darte ni cuenta alguien te está espionando y puede ver tus mensajes y saber dónde estás... Hay aplicaciones para espiar a tu pareja que se bajan directamente del App Store.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—No espío a nadie —aseguré rápidamente —Lo he buscado en google. Y ni siquiera hay que ser un hacker ¿sabes? En serio que es muy fácil, la gente se baja cualquier cosa en el móvil y casi nadie se pone antivirus, la gente no piensa en cuánto se exponen con sus teléfonos. Cuidan su ordenador y pasan del móvil.

Villalba frunció el ceño, pensativo.

—¿Por eso tienes dos teléfonos? ¿Crees que te ha hackeado el móvil?

—Estoy bastante convencido, aunque con Apple es más difícil, Android tiene más aplicaciones para eso, tú estás más expuesto —le expliqué, porque había visto su teléfono Samsung.

—¿Por eso te compraste otro teléfono?

—Otra tarjeta, a nombre de un amigo —asentí —El teléfono es viejo.

Me miró con el ceño fruncido, sorprendido por lo que le estaba contando.

—Para todo lo relacionado con esto —señalé el despacho —uso el nuevo, y el otro lo dejo lejos, por si acaso.

—¿Desde el nuevo nos diste el chivatazo cuando espionabas a Lucía?

—No, ese era otro —reconocí, sin querer entrar en detalles.

—Tres móviles —observó. Yo asentí, me miró pensativo —¿Y no se te ocurrió limpiar el que crees que te hackeó? ¿Traérmolo tal vez?

—Le puse un antivirus, hice lo mínimo, vaya... pero me pareció más seguro tener uno nuevo en el que no me he descargado nada, y que nadie sabe que tengo... No va a poder intentar hackear este móvil si no sabe que existe. Si hubiera limpiado el viejo intentaría volvérmelo a hackear, y no sé lo bueno que es como para conseguirlo y yo no enterarme...

Villalba asintió pensativo, puede que pensara que no era tan tonto como parecía, o tal vez pensara que era un paranoico.

—¿Te has mirado el móvil? —insistí, porque no me había contestado.

—No me han hackeado el móvil, Carlos.

—Te digo que es muy fácil, deberías mirarlo...

—Ya lo he hecho, y está limpio —le miré perplejo, no sé si más sorprendido porque me hubiera hecho caso y se hubiera mirado el móvil, o porque el móvil estuviera limpio.

—¿Lo has mirado?

—Te hice caso, sí. Me lo han mirado y no hay nada.

—¿Así que no fue así que supo que ibais a casa de Lucía?

—No, no fue por mi móvil.

Yo fruncí el ceño confuso, había estado convencido de que le había hackeado el móvil a Villalba, como estaba seguro que me había hackeado el móvil a mí.

Villalba se inclinó sobre el ordenador y se puso a buscar algo, me hizo señas de que me acercara a mirar. Abrió un vídeo y lo pasó hacia delante. Parecía un vídeo de vigilancia de la entrada de un garaje. Yo miré la imagen sin saber qué se suponía que tenía que ver.

—¿Te resulta familiar? Atento ahora —avisó.

De repente, por la calle frente a la entrada al garaje pasó una figura encapuchada caminando.

—¡Es él! —exclamé, aquel tío, con la capucha y las manos en los bolsillos.

Villalba ni se inmutó, esperó mientras el vídeo continuaba. Pasaron los segundos. De repente apareció otra figura.

—Y ese debes de ser tú.

Yo asentí, efectivamente ahí estaba yo, siguiendo al encapuchado. No resultaba tan difícil reconocermelo, yo no llevaba capucha. Pensé que por eso debía de haber venido Cejasjuntas a buscar a Villalba, para enseñarle el vídeo. Me pregunté qué habría pensado Villalba de reconocermelo en el vídeo sin haberle contado yo lo de la persecución. En el vídeo ni siquiera corríamos, podía no parecer que yo perseguía a ese tío sino que simplemente había pasado por la misma calle poco después de él. Me pregunté si la mirada de desagrado de Cejasjuntas no era en verdad desconfianza si creía que era yo quien había atacado a Lucía el sábado, sin conocer mi versión de la historia no era una teoría tan descabellada, al fin y al cabo había estado por la zona a

la hora del ataque.

—Es el tío de la capucha —repetí, por si quedaba alguna duda.

Villalba me miró extrañado porque insistiera y asintió, eso le había quedado claro.

—Hemos estado recopilando vídeos de vigilancia de la zona —explicó —Todavía estamos en ello, conseguirlos lleva su tiempo. Este es de un garaje a varios bloques de la calle de Lucía, no podíamos estar seguros de si había pasado por ahí, pero coincide con una de las calles que me nombraste, y con la hora.

—Es él —aseguré, él, y yo persiguiéndolo —¿Esto os sirve de algo?

—No se le ve la cara, pero podemos hacer un cálculo de su altura y corpulencia, con suerte de su número de calzado...

—Es más bajo que yo —apunté, Villalba me miró como si estuviera fardando —Míralo, es más bajo —al pasar, mi cabeza quedaba un poco más alta que la suya —No es David.

—Todavía estamos recopilando imágenes, pero ahora sabemos a quién buscar en los vídeos y sabemos qué dirección tomó y en qué calles concretas buscar, puede que consigamos una imagen mejor.

—Por eso querías saber por qué calles pasé —comprendí —por las cámaras. Pasé junto a varias tiendas que pueden tener cámaras —recordé.

—Lo estamos mirando todo, también las tiendas, aunque en principio las cámaras en establecimientos privados no pueden enfocar la vía pública, es más fácil conseguir algo útil con garajes y cajeros. En la calle de Lucía no había cámaras, y en general en esa zona hay pocas, pero ampliando la búsqueda a las calles que me dijiste es posible que consigamos algo mejor.

—Genial —a lo mejor mi estúpido impulso de perseguir a un asesino en serie acababa ayudando en algo — ¿En qué calle es esto? —pregunté, porque ya no corríamos en el vídeo, así que debía de haber sido cuando yo ya creía haberlo perdido.

Villalba abrió un mapa de google y me señaló la calle. Yo lo miré tratando de recordar.

—¿Lo tenía delante? —pregunté sorprendido, efectivamente a esas alturas ya había dado por hecho que lo había perdido, había recorrido aquella calle a ciegas, sin saber en qué dirección buscarlo.

—Estaba justo delante de ti.

—Pero no lo vi, no vi a nadie en esa calle —en el vídeo no me sacaba tantos segundos de ventaja, no había tenido tiempo de desaparecer sin que yo

lo viera.

—Tal vez girara poco después, o se ocultó tras un coche, o entró en algún portal...

—Iba mirando a todos lados, sobre todo entre los coches, y miraba los portales —aseguré.

—¿Y estás seguro de que no viste a nadie?

—No, joder. En esa calle no había un alma.

—Intenta recordar cualquier detalle —insistió Villalba —un contenedor, un portal con la luz dada... —negué, me había fijado en esas cosas — ¿Seguro que no pudo esconderse? —de nuevo negué. Había mirado por todas partes, pero se había esfumado —Entonces debió de llegar a su vehículo y se marchó, o tal vez se quedó esperando dentro, escondido, hasta que pasaste de largo.

Le miré sorprendido porque asumiera que ese tío tenía su vehículo aparcado en la zona.

—¿Su vehículo?

—No creo que vuelva de casa de sus víctimas a su casa andando, Zaragoza es grande como para ir a todas partes andando y las víctimas vivían en zonas diferentes... Lo lógico es que se mueva en coche y aparque a una distancia prudencial pero en la zona, para largarse de allí lo más rápidamente posible sin que nadie pueda reconocerle caminando por la calle, sobre todo ya que deja las casas de sus víctimas a primera hora de la mañana cuando todavía hay poca gente en la calle...

No se me había ocurrido, y fue entonces que me acordé.

—Vi un Volvo negro —recordé —Al final de una calle, en el semáforo... No pensé que fuera nadie, o sea, pensé que era alguien, pero no él.

—¿Dónde fue eso? —gruñó.

Miré el mapa y busqué la calle donde había visto el coche.

—Está al lado de la calle del garaje —comprobó Villalba mirando el mapa —Si había aparcado en esa calle, pudo darle tiempo a entrar al coche y salir antes de que le alcanzaras.

Me quedé mirando a Villalba, perplejo. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que pudiera ser el tío del Volvo, ¿en serio le había tenido delante, en el jodido Volvo negro?

—Pensé en acercarme a preguntar al conductor si había visto pasar a alguien...

—Eso hubiera sido interesante —gruñó Villalba, “interesante” era una forma de verlo —¿Cómo era el coche? —Le miré sorprendido por la pregunta.

—Un Volvo negro —repetí.

—¿Supongo que no te fijarías en el modelo y la matrícula, si tenía alguna pegatina tal vez?

Traté de recordar algo más, pero no había prestado atención al jodido Volvo negro.

—¿En serio la gente suele recordar matrículas y modelos de coche?

—Normalmente la gente apenas recuerda el color —reconoció, me sentí un poco menos inútil por no acordarme de nada — ¿Crees que si vieras fotos podrías identificar el modelo? —me encogí de hombros, ¿tal vez? —Vamos a intentarlo —propuso —Pero antes voy a avisar de que hay que buscar un Volvo negro en los vídeos de la zona. ¿Recuerdas en qué dirección se fue?

Yo traté de recordar, en serio que lo intenté, pero ni idea. Negué con la cabeza. Villalba asintió, no había esperado que me fuera a acordar de eso, pero tenía que preguntar por si acaso.

Salió del despacho para buscar al subinspector Cejasjuntas. Vi que Cejasjuntas volvía a mirarme de mal humor, me pregunté si acaso pensaba que me estaba inventando cosas así a lo loco para tenerlos entretenidos.

—¿Le jode que le haga trabajar o qué? —me quejé cuando Villalba volvió.

—Le jode que hayamos tardado tanto en enterarnos de que teníamos que buscar un Volvo negro —gruñó Villalba mirándome con gesto desafiante. Touché —¿Has escrito que viste un Volvo negro? —negué y volví a revisar mi declaración para añadir lo del jodido Volvo negro.

Capítulo 42. Una teoría cojonuda

Me pegué el resto de la mañana mirando modelos de Volvos mientras Villalba seguía con las llamadas. Nadie recordaba a ningún Ramón, hasta que a la cuarta llamada una de las chicas de la foto dijo que sí recordaba a un chico que había estado con ellos en la casa del abuelo un par de veces ese verano, pero no le sonaba que se llamase Ramón, creía recordar que su apodo era Rami, así que tal vez su nombre era Ramiro. No recordaba mucho de él, que era un chico tímido, amigo de Juan. Cuando Villalba le preguntó si había notado que ese chico le prestase especial atención a Violeta, ella le contestó que todos le prestaban especial atención a Violeta. El resto de amigos a los que Villalba preguntó por el tal Rami, o Ramón, o lo que fuera, no pudieron recordar nada más de él. Sólo había estado un par de veces con ellos y ninguno había vuelto a verlo después de ese verano. No recordaban su nombre ni de dónde era, ni tenían ninguna foto suya ni sabían cómo localizarlo.

A lo largo de la mañana, Villalba salió varias veces del despacho para hablar con su equipo. Al mediodía su jefe le vino a buscar para que le pusiera al día y, después de presentarme como un testigo, se fueron los dos a su despacho a hablar. Se me hizo raro que me llamara “testigo”, pero en verdad eso es lo que era ¿no? Al menos era la forma fácil de explicarle lo que era a su jefe.

Cuando Villalba se fue, yo dejé de mirar las jodidas fotos de los Volvos. No servía de nada, por más que mirara no podía recordar el puñetero coche. Tenía mis candidatos, sí, pero no podía estar seguro. Ahora hasta dudaba si era negro o sólo azul oscuro, tal vez gris oscuro... A lo mejor ni era un puto Volvo. Me reconfortaba saber que al menos podían buscar un coche oscuro en los vídeos de la zona, y a esas horas no pasaban muchos coches, yo no había visto ningún otro.

Volví a mirar mi declaración, ahora con la referencia al Volvo negro incluida, y se me fueron los ojos a la parte en la que mencionaba los cuatro minutos, los cuatro jodidos minutos. No podía dejar de darle vueltas.

El asesino había reaccionado en sólo cuatro minutos. En realidad, en menos tiempo porque había que restar lo que hubiera tardado Villalba en dar la alerta. Volví la vista a la chaqueta de Villalba, apoyada sobre el respaldo de la silla. Le había visto guardar el móvil en el bolsillo interior.

Volví la vista hacia la sala de fuera donde los policías iban y venían,

nadie miraba hacia mí. Sin pensármelo demasiado desvié la mano al bolsillo y saqué el móvil. Puse el móvil sobre la mesa y lo pulsé. Estaba bloqueado con uno de esos dibujos zigzagueantes. Probé una N, una Z, y luego el resto de formas posibles que se me ocurrieron, que no son tantas, y lo desbloqueé.

Me fui a mensajes y busqué los que le había enviado yo el sábado, el segundo mensaje le había llegado a las 04.40. Fui a llamadas y busqué las llamadas salientes del sábado. Había una llamada a las 04.38, a un número sin identificar, imaginé que era el móvil que me había conseguido Lorena, Villalba me había llamado entre un mensaje y otro. La siguiente llamada era a las 04.40 a Comisaría, de apenas treinta segundos. A las 04.41 había una llamada de dieciocho segundos al subinspector Ortiz, Malaleche/Cejasjuntas para mí.

Efectivamente, de esos cuatro minutos desde mi segundo mensaje hasta que ese cabrón había salido por la puerta del portal, algo más de un minuto se había ido en lo que Villalba daba la alerta. Ese cabrón había tenido menos de tres minutos para enterarse de que se tenía que ir e irse. Lucía vivía en un segundo, eso eran ¿qué? ¿Veinte segundos para bajar las escaleras y salir del portal? Así que en realidad ese tío había tenido máximo dos minutos para que alguien le avisara, limpiar su rastro e irse. No tenía que limpiar mucho, aún no había tocado a Lucía, y seguro que todo el tiempo que pasó en su casa había llevado guantes, así que sólo tenía que recoger lo que hubiera llevado consigo, como lo que había usado para forzar la puerta, y largarse. Las violetas las había dejado atrás, ya fuera adrede o por olvido. En cualquier caso, dos minutos seguía siendo muy poco tiempo, significaba que había reaccionado jodidamente rápido, y significaba que alguien le había avisado jodidamente rápido también. ¿Pero cómo si a Villalba no le habían hackeado el móvil?

Volví a guardar el teléfono en el bolsillo donde lo había encontrado. Alcé la vista hacia el exterior del despacho, me quedé mirando al subinspector Cejasjuntas que en ese momento hablaba por teléfono con expresión de mal humor, para variar.

Villalba le había llamado a él aquella noche, casi enseguida... Me pregunté si era posible que él tuviera algo que ver, qué él hubiera alertado al asesino, o incluso, puestos a teorizar, que el asesino fuera él. Si fuera él, si Villalba le había llamado cuando estaba en casa de Lucía, habría tenido tiempo de recoger y largarse en esos cuatro minutos escasos.

Suspiré y negué con la cabeza. El subinspector sólo me parecía un buen

sospechoso porque me caía mal, pero de ahí a creerle un asesino en serie... No, Cejasjuntas no encajaba. Para empezar, era demasiado alto y corpulento. Y tampoco me lo imaginaba como un criminal frío y calculador. Me parecía que era un hombre de pronto fácil, capaz de un crimen violento tal vez, pero no un tipo paciente y frío de los que acechaba y calculaba al detalle. Además, si mi teoría del tipo de la foto era cierta, entonces ese asesino tenía que ser de la edad de los amigos de Violeta y Juan, tendría que rondar los treinta, pero el subinspector llegaba seguro a los treinta y cinco.

Me quedé mirando al subinspector, decepcionado, habría sido una buena teoría de encajar... Entonces vi a un agente, un policía joven, acercarse al subinspector y hablar con él. Cejasjuntas le dijo algo y el agente volvió a su mesa frente al ordenador. Yo lo seguí con la mirada, como hipnotizado me había levantado del asiento y me había acercado a la cristalera a mirar. Había visto a ese agente antes, en casa de Ana, y por la comisaría. Era joven, de mi edad o un poco mayor, y a ojo diría que de mi altura, tal vez más bajo. Era difícil saberlo porque llevaba uno de esos peinados de moderno, o de futbolista, corto por los lados y levantado en el centro, probablemente para parecer más alto de lo que era.

Mientras le miraba abstraído, me di cuenta de que aquello también tendría sentido. Villalba llamaba a Cejasjuntas, y Cejasjuntas a algún otro agente, obviamente había más policías trabajando en este caso. Volví a mirar al subinspector Malaleche preguntándome si justo después de colgar a Villalba habría llamado a ese agente, el agente Pelos, tal vez también agente Asesinocabrón.

También cabía la posibilidad de que el asesino hubiera hackeado el móvil del subinspector Cejasjuntas, o el del agente Pelos o el de otro agente del equipo al que Cejasjuntas hubiera llamado el sábado, pero el subinspector tendría que haber llamado enseguida para que a ese cabrón le diera tiempo a salir tan rápido de casa de Lucía... ¿Y por qué hackear el teléfono de otro policía y no el de Villalba? Villalba era la mejor opción para saberlo todo sobre el caso.

La teoría de que el asesino fuera un policía era sencillamente mejor. En realidad, era una teoría cojonuda. No requería de un cómplice que diera la alerta, ni de la casualidad de que el asesino hubiera comprobado si había movimiento en el móvil del agente al que espiaba cuando estaba en mitad de un ataque a una víctima. Cuatro minutos era muy poco tiempo para que entrara en juego un cómplice o la casualidad. Una llamada de su superior

tenía más sentido, cuadraba con los cuatro minutos, y además explicaría que Lucía le oyera hablar, porque habría contestado al teléfono para responder a su jefe. Además, ¿quién mejor que un policía sabría evitar dejar pruebas forenses? ¿Qué mejor que ser policía para saber todo lo necesario sobre criminalística? Mucho más fácil que aprender a través de series de televisión o leyendo movidas por Internet.

Casi podía ver ya al agente Pelos en la oscuridad de la casa de Lucía, recibiendo una llamada de su superior para decirle que acudiera a aquella dirección. Podía imaginármelo paralizado por la sorpresa, por el miedo. Asustado y confuso sin comprender cómo podían saberlo, cómo le habían descubierto. Él, que se creía que tenía todo el tiempo del mundo, que creía tener total control de la situación...

—¿Qué haces? —preguntó Villalba al encontrarme amorrado a la cristalera de su despacho.

Yo le miré sorprendido, todavía absorto en mi teoría. Villalba me miraba inquisitivo, y yo dudé. Como teoría, era una teoría cojonuda, sí. Sin embargo, no podía lanzarle algo así a Villalba y esperar que me creyera. Ya había acusado a su equipo una vez, antes de saber que el asesino hackeaba teléfonos, no me parecía sensato volver a hacerlo sin estar más seguro.

—¿Cuánta gente está trabajando en este caso?

—El subinspector Ortiz y un par de agentes.

—¿Ese es uno, verdad? Le vi en casa de Ana —señalé al Agente Pelos. Villalba asintió, me miró intrigado.

—¿Por qué?

—Me pregunto qué piensan de que esté aquí y de que me estés ayudando. Al subinspector no le hace mucha gracia que esté por aquí, me preguntaba si a los demás tampoco —improvisé.

—No te preocupes por eso —contestó, eso sonaba a que a los demás tampoco.

Volví la vista al agente Pelos ¿Y si era él? ¿Y si ese tío de peinado estúpido era quien había matado a Marta, y a Violeta y a Inés, y quien quería matarme a mí también? Quería salir y arrancarle de cuajo esos pelos de gilipollas. Claro que no podía estar seguro de que fuera él, ni siquiera sabía si Cejasjuntas le había llamado el sábado tras el aviso de Villalba, podía ser cualquier otro agente... Me estaba preguntando cómo sonsacarle más información a Villalba sin que se diera cuenta de lo que me rondaba la cabeza, cuando vi al agente Pelos incorporarse e irse por el pasillo hacia la

salita de descanso. No me lo pensé mucho.

—Voy a por un café —dije saliendo tras el agente Pelos.

Lo seguí a la salita, lo encontré encendiendo la máquina para calentar el café que quedaba en la jarra de cristal.

—¿Hay para dos tazas? —pregunté. Asintió mientras me miraba de arriba abajo, sacó una segunda taza del armario —Soy Carlos —me presenté.

—Tú eres el que se cree detective ¿no? —sí, creo que por allí no le caía bien a nadie, pero al menos el Pelos estaba dispuesto a darme café.

—Supongo que sí —reconocí.

—Deberías dejar que hagamos nuestro trabajo —gruñó.

Pues hacerlo de una puta vez, pensé.

—No quería entrometerme —dije en cambio, mejor no cerrarme puertas por bocazas —Atacaron a una amiga mía y... sólo quería ayudar.

—A Ana —recordó —La recuerdo —creo que le suavicé, hablar de que conoces a una víctima suaviza a la gente —¿Qué tal está?

—Bueno, tan bien como se puede estar dadas las circunstancias.

Asintió con gesto de empatía, me pregunté si fingida o real. Seguí observándole, pensativo. Ese policía parecía un tipo absolutamente normal, claro que como Lorena había dicho, esos monstruos parecían gente normal, y Villalba también había dicho que asesinos organizados como él se desenvolvían bien socialmente y pasaban desapercibidos. El asesino que quería matarme podía ser un tipo casado, con un buen trabajo, al que le gustara el fútbol. Un tipo normal era lo que tenía que buscar. Un tipo normal que me odiaba y quería matarme. Un tipo normal al que había cabreado mucho, y al que, sin embargo, todavía podía cabrear un poco más.

—Es difícil estar tranquilo con ese hijo de puta suelto —apunté, recreándome en las palabras “hijo de puta” y atento a la reacción del agente, que no pareció ser ninguna en particular, se echó azúcar en el café como si tal cosa —Espero que pilléis pronto a ese tío y le metáis en la cárcel por el resto de su vida.

—Daremos con él —aseguró.

—Sí, cabrones así deberían pudrirse en la cárcel, o mejor aún, acabar muertos. No pasaría nada si recibiera un tiro accidental en su arresto. Todos dormiríamos mejor.

—Nuestra labor es detenerle —vi que dudaba si añadir algo más — Aunque estoy de acuerdo, no creo que nadie llorara por la muerte de un cabrón así.

—Es que ese tío... es un jodido enfermo. Se creerá muy listo y muy capaz, pero tiene algo jodidamente mal en la cabeza para hacer lo que hace.

—En eso estoy de acuerdo —secundó.

—Creo que es un perdedor, un frustrado que odia a las mujeres. Ata y droga a sus víctimas, es alguien débil... Y probablemente su madre era una zorra.

El agente sonrió por la idea. Yo le observaba atentamente, sonreír no me parecía la reacción normal si se tratara del asesino, a nadie le gusta que llamen zorra a su madre, ni a los que tienen madres que realmente son unas zorras.

—Una gran zorra —recalqué, el agente asintió.

—Lo peor es que luego utilicen esas excusas para justificarse —gruñó —Que si abusos, que si abandono.... Como si hacer algo así pudiera justificarse, como si no fuera culpa suya. Eso es lo que utilizan los abogados defensores, como tu chica, ¿es abogada, no?

—Mi ex —corregí, alerta al oírle hablar de Lorena, me pregunté si aquello podía ser una amenaza velada.

—Ya, pues pregúntale a ella por las artimañas que utilizan los abogados para conseguir que chiflados así reduzcan su condena. Deberíamos tener penas más fuertes, como en Estados Unidos —hay que joderse, pensé.

—Como la pena de muerte.

—Para ciertos casos —opinó él, convencido.

Yo le miré sorprendido, no por lo que estaba diciendo, sino porque de repente me di cuenta de que estaba en parte de acuerdo con él. No estoy a favor de la pena de muerte, y jamás consideraría el sistema penal estadounidense, en el que lo caro que sea tu abogado determina tu pena, como un ejemplo a seguir. Pero, joder, con este puto loco que quería matarme, que había atacado a Ana, había matado a Marta... pues tampoco me importaría un sistema con penas mayores. Realmente no me importaría que acabara muerto, ni lo más mínimo. Obviamente, como afectado directo no estaba siendo muy imparcial al pensar en el castigo que se tendría que dar a ese cabrón, pero con mi transparencia en auge no estaba como para pararme a pensar en esas cosas.

—Todas las chicas que conozco están asustadas, mi novia está acojonada y eso que es pelirroja —se quejó el agente Pelos.

—Mi novia se ha teñido el pelo de rubio —me inventé, esperando ver sorpresa en su cara, pero no, asintió comprensivo.

Lo observé mientras me bebía el café, se me fueron los ojos a la punta de su pelo, al menos tres dedos por encima de donde calculaba estaba su cráneo. En la altura podía encajar. Pensé en el perfil: retraído, listo, calculador...

—Y lo peor es que ahora quiere irse cada fin de semana a casa, no quiere estar en Zaragoza, y si trabajo me deja solo.

—¿A casa? —repetí confuso, y de repente caí en algo, el acento del agente, no sonaba de aquí —No eres de Zaragoza —comprendí.

—Soy de un pueblo de León, y no es que esté cerca exactamente, menudas palizas en coche.

—Te dieron plaza aquí —comprendí, él asintió —¿Y tu novia también es de León?

—Sí, se vino aquí por mí, así que encima no puedo quejarme.

—Debéis de llevar mucho juntos.

—Doce años, desde el instituto. Vamos a casarnos este julio —se le puso cara de tonto pensando en su novia.

—Enhorabuena —me pregunté si a un loco como el que buscábamos podía irle bien en la vida, al agente Pelos parecía que las cosas le iban bien, y parecía feliz con lo que tenía. Ese asesino sabía fingir normalidad, sí, pero en el fondo era alguien triste y se sentía frustrado... en su vida no debería irle bien ni debería parecer feliz ¿no? En fin, a saber... —¿Y no conocías Aragón antes de que te dieran plaza aquí? —negó —El Pirineo es bonito —expliqué —La zona de Jaca...

—Yo soy más de playa.

Me pregunté si podría haber pasado el verano en el Pirineo hacía siete años, tal vez regresar a Huesca alguna otra vez, o espiar a Violeta desde la distancia, y regresar unos meses más tarde y matarla. Podía ser, claro, pero una obsesión como la que había imaginado que tenía ese tío con Violeta, parecía difícil en la distancia, y lo de ir y venir tampoco parecía fácil, León está bastante lejos. Y si llevaba doce años con su novia, con la que se iba a casar...

—Tengo que volver al curro.

Yo asentí y le observé irse, pensando que desde luego de ser él, era un actor cojonudo. Pensé que había más agentes, mejor seguir buscando antes de precipitarme, porque desde luego aquel tipo no iba a ser mi candidato número uno. Me pregunté si un asesino que iba a por morenas tendría una novia pelirroja.

Volví hacia el despacho de Villalba, pensando si el hecho de transparentar no me estaría volviendo paranoico, cuando me crucé en el pasillo con otro agente al que también reconocí. Lo había visto la primera vez que había ido a comisaría, cuando me llamaron por Marta. Recordé como Lorena le había advertido de que no la tocara y él se había achantado como un perrillo. Vi al agente Pringadete dirigirse hacia la salita de cafés, giré sobre mis talones y le seguí.

Capítulo 43. Como una fuerza física

Entré en la salita tras él, volvió la vista hacia mí apenas un segundo antes de dirigirse hacia la máquina de café. Calculé su altura, era un poco más bajo que yo.

—Hola —saludé, me miró de nuevo, casi sorprendido de que le hablara —¿Tú trabajas con Villalba, verdad?

—Sí —se limitó a contestar.

Le vi poner un filtro nuevo en la máquina de café, y añadir el café en movimientos pausados.

—¿Quieres un café? —preguntó al ver que le observaba, creo que por incomodidad más que por ser amable.

—Sí, por favor.

Llenó la máquina de agua y le dio al botón.

—¿Cómo va el tema de los vídeos? ¿Estás trabajando en eso, no?

—Sí, estamos tramitando las peticiones, es un trabajo aburrido.

Yo asentí comprensivo.

—Bueno, merecerá la pena si así damos con ese hijo de puta.

Durante un instante se quedó paralizado por mi insulto, me pregunté si le había ofendido o si simplemente le había incomodado mi lenguaje. Después me miró y asintió con timidez.

—Daremos con él y acabará en la cárcel.

—En la cárcel o en un psiquiátrico —opiné —Es un psicópata. Para que le guste hacer lo que hace... es un puto enfermo —él me miró, parecía incómodo, pero seguía sin estar seguro de si se debía sólo a mi tono agresivo.

—En la policía te acostumbras a ver cosas así —opinó.

Me apoyé sobre la mesa de la salita mientras le miraba, preguntándome si podía realmente tener frente a mí al cabronazo que quería matarme, y que por lo que evidenciaba mi transparencia, iba a conseguirlo tarde o temprano, más temprano que tarde.

—Sé que es un tío listo, está claro, sabe de cosas forenses y eso... Pero no creo que sea el gran maestro del crimen que parece ¿sabes? Yo creo que en realidad no es más que un ser pequeño y triste, un hombre patético.

Se volvió hacia mí, creo que sorprendido porque le hablara de aquello. Parecía incómodo, pero tal vez sólo por mi tono y mis ganas de desahogarme, no necesariamente por nada más. Desvié la mirada a mis manos, a mi transparencia que no parecía ir a desaparecer nunca.

—Tengo una teoría sobre él, ¿quieres oírla?

Dudó, volvió la vista a la máquina de café que en ese momento se apagó, el café estaba listo. Cogió una taza y se sirvió con parsimonia.

—Es buena —aseguré —Es sobre él y la primera víctima, Violeta.

El nombre de Violeta captó su atención, me observó. Yo me aproximé a por otra taza, la tendí hacia él para que la llenara.

—Creo que él estaba enamorado de ella, de Violeta —con gesto tranquilo vertió el café, no le temblaba el pulso —Que se creía que era la persona perfecta para ella, mucho mejor que el imbécil de su ex que la acosaba porque no aceptaba la ruptura, el que en teoría se suicidó después de matarla, y también mejor que el nuevo tío con el que se veía, un idiota que no la valoraba... Creo que estaba obsesionado con ella, y puede que hasta llegaran a acostarse en algún momento, probablemente cuando ella estaba borracha, un día de fiesta cualquiera —había captado su atención y me di cuenta de que no iba a ser capaz de callarme y quedarme ahí, tenía que ir un poco más lejos, a donde dolía, hacia lo que despertara algún tipo de emoción en un tío frío y calculador como el que tal vez tenía delante.

Apoyó la jarra de cristal de nuevo en la máquina, agarró su taza de café y bebió.

—Ella era un poco golfa ¿sabes? —continué, alzó la vista hacia mí —Se había tirado a medio Huesca. Puede que también se acostara con él, a una tía así le daría igual. Ella quería un polvo y si no era con él, pues sería con otro, y reconozcámoslo, Huesca no es tan grande, se le agotarían los tíos en un cierto momento... O puede que simplemente lo hiciera porque quería putear a su ex y buscaba tirarse a todos sus amigos, y él era uno más en su lista. Por eso creo que se lo tiró a él también. Le parecería bien añadir uno más a su larga lista, pese a que para ella, él no era absolutamente nadie.

Durante un instante, apenas un microsegundo, lo sentí. Sentí su más absoluto y profundo odio. Apenas un instante, pero suficiente.

—No deberías hablar así de alguien que ha fallecido —murmuró.

—No pretendo insultarla, a mí me parece bien si era lo que a ella le iba. Era un poco puta, sí, pero si eso le hacía feliz... No me verás a mí quejarme, ni creo que se quejara ninguno de los tíos que la conoció en profundidad... Ya sabes a que profundidad me refiero...

Le di un instante para que asintiera o reaccionara de alguna manera a lo que le decía, pero no reaccionó, aunque me pareció que tal vez le temblaba ligeramente el labio. Estaba tenso, eso era evidente, pero se sabía controlar,

casi parecía que lo que yo estaba diciendo no tuviera nada que ver con él. Pero no, era sólo fachada, le estaba cabreando, sólo que sabía contener su cabreo. Y pese al peligro evidente de cabrear al tío que posiblemente iba a matarme, no me sentía capaz de cerrar la boca, no podía dejarlo ahí. Parecía que me hubieran dado cuerda, y es que una parte de mí disfrutaba con la perspectiva de insultar a ese cabrón, de decirle a la cara todo lo que pensaba de él, de humillarle y llamarle triste y patético, y desahogarme por todo lo que me había hecho pasar.

—Si realmente se acostaron, para él sería el encuentro perfecto, algo con lo que había estado soñando... Pero para Violeta no sería nada, puede que ni se acordara al día siguiente de habérselo follado ¿sabes? Era uno más, puede que ni siquiera uno que mereciera la pena recordar de entre todos los que hubo... Eso sí sí se acostaron, a lo mejor ella le rechazó y decidió que él iba a ser el único tío de Huesca al que no se iba a pasar por la piedra, a lo mejor ella ya había notado que había algo que no andaba bien con él, no sé... El caso es que creo que él la fue a ver, el día que la mataron, e hizo algo más patético aún que enamorarse de una tía que ni le veía y pensar que ella le correspondía —me miró con atención, me estaba escuchando, y yo estaba disfrutando de aquella atención, disfrutando de su odio que casi podía sentir sobre mí como una fuerza física —Le regaló flores. Pero no cualquier tipo de flores, le regaló violetas —hice una pausa, para darle efecto a mis palabras, y dejé caer una risa de burla —¡Violetas, joder! La tía se llamaba Violeta, y cogió él, y le llevó un puto ramo de violetas. Violetas para Violeta, ¿se te ocurre algo más triste que eso?

De nuevo ese temblor en el labio, ¿o sólo me lo estaba imaginando? Tal vez, pero igualmente su odio estaba ahí, era casi palpable. Y yo todavía no había terminado.

—Es un regalo que haría un niño de cinco años, y además ella era una tía a la que le iba la asfixia erótica, vamos, que no se andaba con tonterías... lo que hace el regalo más absurdo aún. Y porque la tía se llamaba Violeta, ¿pero qué habría pasado si tuviera otro nombre? Vale, si la tía llega a llamarse Rosa, pues un ramo de rosas. Eso iría en la misma línea, igual de patético... o Margarita o Azucena... todo igual de triste. ¿Pero qué pasa si se hubiera llamado Candela, le regalaría una vela? ¿Y si Rebeca, una chaqueta? —me reí otra vez —En serio, ¿Violetas para Violeta? ¿No es lo más patético que has oído nunca?

Le observé con atención, podía distinguir cada uno de sus músculos en

tensión, y sin embargo seguía controlándose, tragándose mis insultos, digiriéndolos y ocultándolos bajo una expresión de bien simulada indiferencia.

—Ese tío es patético —opiné —No buscáis a un as del crimen, buscáis a un don nadie. Violetas para Violeta... hay que joderse.

Sentí su mirada clavada en mí, si las miradas matasen habría dejado de transparentar ya mismo. Sentí de repente un sudor frío, y fue sólo en ese momento que me pregunté si no se me había ido de las manos, si no había ido demasiado lejos. Jugaba con fuego y lo sabía, pero no soy capaz de cerrar la boca a tiempo. Me pasa a menudo, soy un bocazas.

—Tengo otra —exclamé, porque de verdad me vino a la cabeza en ese momento, una parte de mi cerebro seguía dándole vueltas a aquello —Magdalena, ¿qué le habría llevado, una puta magdalena? A lo mejor la bolsa entera para no parecer tacaño... Súper romántico ¿eh? —me burlé —¿Qué mierda de regalo es ese, joder?

Le vi bajar la vista a su café, tenía la cucharilla agarrada con fuerza. De repente me pregunté si sería capaz de perder los nervios y atacarme. ¿Usaría la cuchara? Seguro que con la suficiente fuerza se puede apuñalar a alguien con una cuchara. La idea me hizo sentir un escalofrío. Sería una manera horrible de morir, horrible y patética también... Si me mataba, esperaba que fuera de una manera un poco más digna, no quería pasar a ser un chiste macabro. Una parte de mí, esa voz cargada de sensatez que todos llevamos dentro y que yo ignoro con más frecuencia de lo aconsejable, me dijo que me preocupara menos por cómo me podía matar y más porque no lo consiguiera.

—Es una buena teoría, la de que conocía a su primera víctima. La mayoría de los homicidios y asesinatos los cometen personas del entorno de la víctima, es posible que este asesino también empezara por alguien cercano —explicó el agente. Yo vi que ya no apretaba la cucharilla, se había recompuesto. Puto psicópata de sangre fría...

—Sí, por eso creo que Violeta es la clave. La conocía, significaba mucho para él. Se libró de lo que le hizo porque estuvo rápido y encontró un pringado al que colgarle el muerto, pero no va a ser siempre así... Ahora no tiene un Juan al que inculpar. Le cogeréis y acabará en la cárcel, porque esto sólo puede terminar con él en la cárcel... Él en la cárcel y todos sus conocidos sabiendo el tipo de monstruo que es, es cuestión de tiempo que se sepa.

Vi que seguía con la vista clavada en su café, con gesto pensativo.

—Sí, sólo puede terminar así —murmuró.

Casi podía oír el engranaje de su cerebro en funcionamiento. Me pregunté si estaría pensando en cómo librarse, o directamente en qué hacerme si no era apuñalarme con la cuchara, que, por cierto, seguía sujetando en la mano.

De repente pensé que no me importaba, no debería preocuparme lo que ese tío quisiera hacerme con una cuchara. Tal vez a ese cabrón hijo de puta debería preocuparle lo que pudiera hacerle yo, con una cuchara, o a poder ser con algo mejor que una cuchara. Me imaginé dejándome llevar por todo el odio que sentía por ese cabrón, que era mucho, echándome sobre él y golpeándole con todas mis fuerzas, tal vez llevando las manos a su cuello y apretando, como él había apretado el cuello de todas esas chicas, estrangulándolas hasta matarlas después de haberlas drogado, atado y violado. Pensé en Marta, para mí todo había empezado con ella. Casi no recordaba ya su cara, pero sí seguía recordando su risa. Me di cuenta de que ahora apretaba los puños yo.

El agente Pringadete apoyó su taza y cuchara en la encimera, yo seguí el movimiento con la mirada, deteniéndola sobre la máquina de café. Se me ocurrió que podía agarrar la jarra de cristal y reventársela en la cabeza. Casi podía imaginármelo en el suelo, transparentando inmóvil con el café derramado y los trozos de cristal sobre su cabeza ensangrentada. Casi podía imaginarme una mancha de café en los surcos de mi mano.

Se abrió la puerta y Villalba se asomó. Nos miró al agente y a mí, de pie el uno frente al otro.

—¿Carlos? —llamó mirándome —¿Qué haces aquí?

Imaginándome matando a este cabrón, pensé.

—Tomar café —murmuré, desviando la vista a la jarra de cristal por última vez.

De repente mis instintos asesinos se evaporaron, y la idea de atacar a ese tío pasó a ser una fantasía totalmente absurda creada por mi mente demasiado imaginativa. Esos instintos no eran reales, ese no era yo. No soy un jodido personaje de una peli de Tarantino, ¿qué coño apuñalar con una cuchara? Se me estaba yendo la cabeza, obviamente. Por no hablar de que ese tío, Pringadete o no, era policía y sabría defenderse, y yo no podía justificar atacar así porque sí a un policía, por muy asesino que creyera que fuera. Además de que era totalmente estúpido hacerlo en la sala de descanso de una comisaría llena de policías compañeros suyos.

—Ya, pues vamos —Villalba me hizo gesto de que lo siguiera — ¿Agente Ramírez, no tiene nada que hacer? —sentí un escalofrío al oír su apellido. No era de Ramón ni de Ramiro, era Rami de Ramírez.

—Sí, señor —el agente salió de la salita a paso rápido, Villalba volvió a señalarme la puerta para que hiciera otro tanto.

Lo seguí hacia el despacho, cuando de repente me vi reflejado en una de las cristaleras. Me miré perplejo, transparentaba más que nunca.

—Mierda —me lamenté, atento a mis manos transparentes, pero la verdad que esta vez me lo había ganado, por gilipollas.

No era lo más inteligente cabrear al tío que quería matarme, de hecho era lo más estúpido que había hecho en mi vida. Pero es que cuando me había puesto a insultarle, no había sido capaz de cerrar la boca. No podía, tenía tanta rabia, tanto odio acumulado contra él, por lo que le había hecho a Marta, y a Ana, y a todas las demás... Por lo que me quería hacer a mí. Por todo el miedo y dolor que había causado y que aún podía causar. Quería insultarle y humillarle, hacerle ver lo patético que era, lo triste e insignificante. Seguramente no fuera capaz de apuñalarlo con una cuchara, y tal vez no fuera capaz de reventarle una jarra de cristal en la cabeza... ¿Pero insultarle y humillarle? ¿Meterme en su cabeza y putearle desde ahí dentro como había conseguido hacer él conmigo? De eso sí era capaz, desde luego. Durante los últimos días me había tenido aterrado sabiendo que iba a matarme, me había vuelto un paranoico que no dejaba de pensar en formas de ser asesinado, me había obligado a atrincherarme en mi casa y después a huir de ahí con Villalba para salvar la vida... Amenazaba a mi gente y me amenazaba a mí, me quería muerto e iba a conseguirlo... Así que sí, quería hacerle daño, tanto como pudiera con los pocos medios de que disponía.

—¿Qué pasa? —gruñó Villalba al verme ahí parado como un pasmarote.

Volví a mirarme las manos, desde luego no eran imaginaciones mías. Había cambiado algo, había precipitado las cosas, había hecho que ese cabrón decidiera darse prisa en venir a por mí... Me pregunté si no sólo vendría a por mí más rápido, sino con más saña. Me pregunté qué podría querer hacerme antes de matarme, lo cual no hacía sino que me sintiera más acojonado aún. Y pese al miedo por mi muerte inminente, una parte de mí se sentía aliviado por aquella transparencia incrementada. Y es que ahora podía estar seguro, ahora lo sabía sin lugar a dudas, no era sólo una teoría, no era sólo haber sentido su odio contra mí, mi percepción de lo que él sentía

mientras yo hablaba... Al haber empeorado mi transparencia podía estar seguro, aquel tío, el jodido agente Pringadete, era el asesino en serie que quería matarme.

—Carlos —protestó Villalba al ver que no reaccionaba, un poco preocupado tal vez por mi expresión ida.

Le seguí al interior de su despacho y me senté en la silla. Cerró la puerta tras de mí.

—¿Qué pasa? —insistió, porque veía claro que algo no iba bien.

Me pregunté cómo podía contárselo, pero no se me ocurrió ninguna forma de hacerlo. No podía acusar a uno de sus agentes sin pruebas, no me creería, y no podía contarle lo de mi transparencia que era lo que a mí me servía de prueba.

Vi al agente Pringadete/Asesinocabrón pasar frente a la cristalera del despacho, me miró y yo le miré a él. ¿Y si se había dado cuenta de que yo lo sabía? A lo mejor no había sido muy sutil al insultarle para hacerle reaccionar, o más bien, a lo mejor no había sido muy sutil al ofenderle por el placer de hacerlo... Cínicamente pensé que el que supiera que yo lo sabía no podía empeorar nada, ya tenía pensado matarme de todas formas.

—Carlos, ¿qué estás pensando? —Villalba me miraba fijamente.

Yo dudé, no podía contárselo, y al mismo tiempo tenía que hacerlo. No podía guardarme algo así para mí, menos si esperaba que Villalba me protegiera de alguna manera contra ese loco. Decidí tantear el terreno.

Capítulo 44. Buena intuición

—¿Y si Rami no es de Ramiro? Ratón era Ratón por el apellido, y Soriano también, ¿y si Rami viene de su apellido?

Villalba me miró sorprendido.

—¿Rami de Ramírez? —me encogí de hombros con gesto inocente, él frunció el ceño, desvió la mirada hacia el otro lado del cristal de su despacho —¿Qué insinúas?

—Sólo digo que es más común usar apodos que vienen del apellido.

—¿Eso es lo único que dices?

Yo dudé, ¿me lanzaba?

—Si fuera un agente de policía los cuatro minutos tendrían lógica —me lancé, no iba a encontrar una forma diplomática de contarle aquello.

—¿Crees que el agente Ramírez tiene algo que ver en todo esto? —gruñó.

Sé que es él, pensé. Me encogí de hombros como si simplemente lo considerara una opción.

—No bastan teorías para acusar a un policía, Carlos, y menos a un policía de mi equipo —protestó Villalba. Me di cuenta de que había vuelto a cabrearle, cabrearle de verdad, no sólo irritarle como hacía habitualmente.

—Mira, por mucho que os... fastidie, deberíais considerar la posibilidad de que ese cabrón sea un policía, sabe no dejar ADN ni huellas... No mucha gente sabe no dejar un rastro.

—¿Crees que somos tan negados como para no haber considerado esa opción? —miré a Villalba sorprendido —Ese tipo sabe limpiar un escenario para no dejar evidencias forenses, viola a sus víctimas pero no hay ni un pelo, ni restos de saliva o sudor... Claro que hemos considerado que pueda trabajar en las fuerzas del orden —no sabía qué decir, no había esperado que lo hubieran considerado.

—Entonces no es una teoría absurda —insistí.

—Estás acusando a un compañero, a alguien con quien trabajo cada día —protestó —El otro día estabas convencido de que era David, ahora vuelves con lo de que sea un policía... No puedes ir inventándote teorías según te convenga.

—No es David, es demasiado alto y... que sea un policía tiene más sentido.

—¿Y crees que es Ramírez por ese estúpido apodo de un chico de hace

siete años que tal vez no tuvo nada que ver con nada?

—¿A quién llamó el subinspector Malaleche el día que atacaron a Lucía? ¿Lo llamó a él? Eso explicaría los cuatro minutos.

—¿Y tú por qué piensas que Ortiz llamó a nadie ese día?

Mierda, pensé. No supe qué decir, Villalba me miraba con gesto acusador.

—Es tu subinspector, imagino que lo llamarías a él y él avisaría al resto del equipo ¿no? Seguro que le avisó a él, a Ramírez...

—Te dije que si me mentías estabas solo y ya me estoy cansando de tus mentiras.

—¡No miento!

—¿Y cómo sabías que iría a por Lucía, eh? ¿Y a por Elena? ¿Por qué pensaste que Marta estaba muerta? Algo sabes, ¡explícate!

Me quedé callado, no podía explicárselo. Villalba bajó la vista a su escritorio, vi que estaba intentando recomponerse.

—Y ya de paso, ¿qué tal si me explicas también esto? —gruñó.

Se inclinó sobre su ordenador, tecleó algo y se echó a un lado. Me acerqué inquieto ante su gesto de cabreo. Al asomarme vi que tenía abierta una ventana de youtube, me quedé helado al distinguir qué vídeo tenía listo para reproducir.

—Youtube guarda los vídeos recientes —explicó —Imagino que esto era lo que Diego y tú veáis anoche antes de cenar.

Le dio al play, al instante el vídeo mostró a Ana hablando con el suicida. Dios, había llegado a odiar tanto aquel maldito vídeo...

—Esa es Ana —observó Villalba —Tratando de convencer a ese hombre de que no salte.

Yo le miré aún tieso como una estaca. Sabía bien lo que ocurría en el vídeo, me lo sabía de memoria. El vídeo enfocó a Ana y me vi junto a ella. Ana se había colocado bajo la ventana, yo tiraba de ella para apartarla.

—Y ese a su lado eres tú —señaló Villalba.

Apenas tuvimos que esperar un par de segundos para que el vídeo me sacara a mí volviendo la vista atrás hacia la gente, y se me veía la cara bastante bien. Villalba detuvo el vídeo y me miró expectante.

Le miré expectante también yo, esperando que preguntara, o que me acusara de algo... Pensé que no tenía por qué inquietarme tanto que Villalba viera ese estúpido vídeo. No habíamos hecho nada malo, ni nada ilegal, y en verdad me dejaba en buen lugar ¿no?

—¿Por qué siempre estás en medio de todos los follones? —gruñó. Yo me encogí de hombros, queriendo quitarle importancia al tema —¿Me explicas el vídeo?

—Evitamos que un hombre se suicidara, hicimos algo bueno —me defendí.

—¿Le visteis asomarse a la ventana y quisisteis ayudar? —preguntó con sorna.

Yo asentí sin decir palabra.

—La enfermera que atendió a Ana cuando la atacaron, me dijo que te conocía —hay que joderse —Me dijo que habías llamado a una ambulancia unas semanas antes, por un hombre al que le dio un infarto en la calle.

—También le salvé la vida —objeté —No hay nada malo en ayudar a la gente.

—¿Me estás diciendo que es casualidad que salvaras a un hombre al que le estaba dando un infarto y también a ese suicida? —yo dudé —¿Y que supieras que ese asesino iría a por Elena, y Lucía? ¿Que supieras que Marta estaba muerta? —Villalba me miraba fijamente —¿Cómo sabías que esa gente estaba en peligro? ¿Cómo sabías que iban a morir?

Aquella pregunta me dejó helado. Era la pregunta exacta, y no había una respuesta, no una que pudiera darle. Me quedé callado, no podía hacer otra cosa.

—El hombre del infarto, o el suicida, podría ser casualidad, o podrías haber notado que algo iba mal... Uno estaba enfermo, el otro deprimido, pudiste notar que no estaban bien... —a falta de una explicación por mi parte, buscaba una explicación lógica él mismo —Pero no hablamos de un caso, son demasiadas veces —buscaba una explicación, pero no la encontraba, simplemente no había una explicación lógica que encontrar.

Me miró inquisitivo, yo le miré en silencio.

—¡Di algo! —protestó.

—Tengo... buena intuición —murmuré.

—¿Intuición? ¿Dices que esto es intuición? Soy policía, sé lo que es la intuición. Esto... esto va más allá. No tiene sentido. No hay una puta explicación para todo esto... —yo permanecí en silencio —¡No la hay! —exclamó, y fue entonces que me di cuenta de que no estaba enfadado conmigo por no querer decirle la verdad, estaba enfadado porque sabía que la verdad no podía ser verdad.

De nuevo yo permanecí en silencio mientras él me miraba. Bajé la vista,

sintiéndome culpable por no aclarar nada. Quería hacerlo, quería contarle la verdad, pero la verdad era imposible, así que era imposible que me creyera.

—Joder, Carlos —soltó una risa nerviosa —Si creyera en esas cosas... —se calló, porque no creía, obviamente. Permaneció en silencio un instante, pensativo —¿Te golpeaste en la cabeza en tu accidente, verdad?

Le miré sorprendido, ahora creía que tenía algún tipo de lesión cerebral.

—No me encontraron ningún daño en el cerebro —aseguré.

Yo también me había preguntado si lo de ver transparentar a la gente no tendría su origen en una lesión cerebral, pero los médicos me habían hecho muchas pruebas, necesariamente ya que había estado cuatro minutos en parada, con cuatro minutos sin oxígeno los daños cerebrales son habituales.

Por otra parte, no hay lesión cerebral que te haga ver gente transparentar cuando va a morir. Hay lesiones que conllevan pérdida de memoria, o confundir palabras... pero desarrollar un macabro superpoder que te permita prever cuando alguien la va a palmar, pues no.

El agente Pelos llamó a la puerta y entró. Me alegré de que alguien interrumpiera nuestra conversación, salvado por la campana. El origen de esa expresión está en el boxeo, cuando se hacía sonar una campana para poner fin a un round y el contrincante al que le estaban dando una buena paliza se libraba de perder. Por ahí cuentan que se debe a que enterraban a la gente con una campana atada al dedo para que si no estaban muertos de verdad y despertaban, que pudieran avisar, pero al parecer es un bulo. Lo busqué en google.

—Vamos a ir a por unos bocadillos —se detuvo y nos miró, inquieto al darse cuenta de que posiblemente había interrumpido una discusión, siguió hablando cuando Villalba le hizo un gesto de que siguiera hablando —¿Lomo y pimientos?

Villalba asintió con gesto cansado. Se volvió hacia mí, creo que se sintió tentado a dejarme sin comer.

—¿De qué quieres el tuyo? —gruñó.

—Lomo y pimientos está bien —murmuré.

El agente Pelos salió de allí y yo volví la vista hacia Villalba.

—¿Has sacado algo en claro con los Volvos? —murmuró, yo agradecí que cambiara de tema.

—Creo que podrían ser un par de ellos, pero no estoy seguro —se los mostré en el ordenador.

—A esas horas hay poco tráfico, si localizamos el coche en los vídeos

conseguiremos un número de matrícula.

Pensé que el Agente Ramírez debía de tener un Volvo negro, probablemente aparcado en ese mismo momento en el parking de la comisaría.

—¿Vas a llamar a los amigos de Juan y Violeta para preguntar por Ramírez? —hice que resurgiera todo su cabreo de golpe —Para preguntar por el apellido —aclaré rápidamente —Es una buena teoría.

Gruñó.

—Tengo una reunión en menos de una hora —eso no era ni un sí ni un no.

—Puedo llamar yo —me ofrecí.

—No —gruñó —Tú quédate aquí y no hagas nada.

En ese momento sonó el teléfono, Villalba contestó y me miró como si le molestase allí.

—Estaré fuera —propuse, para que pudiera hablar a sus anchas, y porque quería salir.

No podía esperar, necesitaba llamar a Jaime y al resto de amigos de Juan y Violeta, y pensé que tenía algo mejor que un nombre que darles, tenía una cara. Si conseguía hacerle una foto al agente Pringadete, podría enviársela al hermano de Juan, incluso a David, y también a esa chica que había recordado el apodo de Rami y que parecía ser la que mejor memoria tenía de todos. Si confirmaban que Pringadete era ese chico tímido que había estado allí ese verano, que había conocido a Violeta... Villalba tendría que tomarme en serio. Me pregunté cómo conseguir sacarle una foto sutilmente delante de todos aquellos policías. Sin embargo, no pude ni idear un plan, porque al buscarle en la sala no lo encontré. Esperé cerca del despacho de Villalba a que terminara con la llamada de teléfono, atento por si veía al agente Pringadete/Asesinocabrón volver. Cejasjuntas se me acercó.

—Toma —gruñó entregándome un bocata, yo lo cogí.

—¿Quién los ha ido a buscar? —pregunté, asustado de repente, morir envenenado seguía siendo una posibilidad a tener en cuenta... Cejasjuntas me miró extrañado —Para pagárselo —expliqué rápidamente, como si fuera lo más razonable del mundo —¿Ha sido Ramírez?

—No, Ramírez ha tenido que irse.

—¿A dónde? —pregunté inquieto.

—¿Y a ti qué te importa? —gruñó —¿Quieres el bocadillo o no? —yo lo cogí de mala gana —Ha ido a buscarlos Pellicer, puedes pagarle a él —me

dijo señalando al agente Pelos.

—Le guardaré a Villalba el suyo —me ofrecí. Me lo dio también, no sin antes mirarme de arriba abajo, puede que preguntándose si podía ser un asesino en serie o si más bien sólo era un idiota.

Cuando oí que Villalba terminaba con la llamada de teléfono, volví a entrar al despacho y le tendí mi bocadillo, me quedé yo el suyo. No le vi transparentar cuando lo desenvolvió para comérselo, así que nadie lo había envenenado. Puede que me estuviera pasando de paranoico, pero dada mi transparencia me parecía sensato serlo.

—¿Y me quedo aquí mientras te vas a tu reunión?

—Sí —gruñó —Es una comisaría, está lleno de policías, es el sitio más seguro que hay —me dieron ganas de reírme con cinismo, Villalba supo lo que pensaba —Aunque Rami viniera de Ramírez, ¿sabes lo común que es ese apellido? Y aunque localizáramos a ese tal Rami, no quiere decir que él matara a Violeta y a Juan, sólo era un chico que les conocía, nada apunta a que les matara él —asentí de mala gana —Y Ramírez tiene un Opel Astra, por cierto.

Le miré sorprendido.

—¿En serio?

Pero al pensarlo me di cuenta de que no era tan raro, si usaba otro coche para sus ataques reducía el riesgo. Ese cabrón era suficientemente listo como para haber pensado en las cámaras que pudieran identificar su coche.

—Reconócelo, cuatro minutos es muy poco tiempo. Un policía tiene lógica, de hecho, es lo único que tiene lógica si no te hackearon el móvil, a ti o a Cej... al subinspector Ortiz, y si ese asesino no tiene un cómplice, y no creéis que tenga un cómplice ¿me equivoco? —insistí, me envalentoné a seguir hablando porque Villalba no me estaba mandando callar. Me estaba escuchando, con expresión de bulldog cabreado, pero me estaba escuchando —Seguro que Cej... el subinspector Ortiz, lo llamó el sábado apenas le llamaste tú.

—Creía que su mote era Malaleche —murmuró con gesto frío.

—Tiene dos motes —reconocí, dejé el tema ahí como si nada y seguí hablando —Un policía sabe cómo evitar dejar pruebas, y estaría al tanto de la investigación... Sabría quién soy yo y cuánto me he involucrado, que os conté lo de Violeta, que alerté a Elena... Y sobre todo, pudo salir echando hostias cuando le llamasteis avisándole de que había habido un aviso en el jodido piso donde él estaba. ¿Cómo supo si no ese cabrón que tenía que

largarse de allí, y cómo lo supo tan rápido?

—Te basas en... conjeturas. Estás acusando a un policía, a un compañero, sin pruebas. Hace dos días pensabas que era David, al que aún no hemos descartado, y ahora dices que es Ramírez...

—Tiene sentido que sea un policía —insistí.

—¿Y sospechas de Ramírez sólo por su apellido? ¿Te das cuenta de que eso no basta? Puestos a sospechar de un policía, ¿por qué no Ortiz o... yo mismo? —se burló.

—Tiene que ser joven si era amigo de Juan y conocía la casa del abuelo —me miró molesto, aunque yo no lo había dicho como un insulto —Y corrí detrás de ese tío, no era tan alto y corpulento como Ortiz, y desde luego no eras tú.

—¿Por qué no Pellicer, o cualquier otro de su edad? ¿Sólo por un estúpido apellido?

—He hablado con él —reconocí, Villalba frunció el ceño sin entender a qué me refería —con Ramírez. Le he ido a tantear, en la salita, y le cabreó cuando llamé... puta a Violeta, y cuando... cuando me reí de que el asesino le regalara violetas a una chica que se llamaba Violeta, le dije que era patético.

Villalba me miraba ahora perplejo.

—¿Has ido a insultar al tío que crees que quiere matarte?

—Para ver si le cabreaba o no —afirmé.

Negó, no se lo creía.

—No habrías ido a hablar con él de creer que realmente es él —opinó —Es demasiado estúpido.

—Sí lo haría, yo soy así de estúpido —aseguré.

Villalba negó otra vez con la cabeza.

—No me basta que creas que le cabreaste.

—Estoy seguro de que le cabreé —aseguré —Le temblaba el labio —creo.

—Ya, estás seguro porque eres así de intuitivo ¿eh? —gruñó con sorna.

Yo me quedé callado otra vez, sin atreverme a decir nada sobre eso. Villalba me miró molesto por darse de frente otra vez con mi negativa a dar explicaciones.

—Seguro que si enseñas su foto al grupo de Juan y Violeta, se acuerdan de él —volví al tema, porque lo que era de mi “intuición” no iba a hablar más —Pueden haber olvidado un nombre o un apellido, pero no creo que hayan

olvidado una cara... Seguro que cuando David vino a comisaría, Ramírez se las apañó para que no le viera y justo en ese momento no estuvo por aquí cerca, por si le reconocía... Seguro que tampoco le tocaba trabajar los días de los ataques, y seguro que sabe de ordenadores y teléfonos, lo suficiente para saber instalar esos programas espías —me di cuenta de que Villalba estaba pensando en lo que le estaba diciendo, y me di cuenta de que si se lo estaba pensando era porque estaba dando en el blanco —Susurró al hablar con Ana, ¿y si no lo hizo porque Ana le conocía? ¿Y si alteró su voz porque sabía que le tocaría volver como policía un rato más tarde y ella podría oírle hablar? Me da igual lo poco fiables que sean los reconocimientos de voz, si ella le hubiera oído hablar una hora más tarde de su ataque, le habría reconocido —al decir aquello vi que Villalba me miraba sorprendido por la idea, sorprendido porque tenía sentido —Y seguro que, si lo piensas bien, te das cuenta de que hay algo que no está bien con ese tío, algo que te chirría de él —me negaba a pensar que un policía, al menos uno bueno como creía que era Villalba, pudiera trabajar día a día con un psicópata como ese sin notar algo raro en él.

Me quedé pensando en qué más añadir para reforzar mi teoría, pero ya no se me ocurría nada más. En cualquier caso, Villalba estaba pensando en lo que le había dicho, lo estaba considerando. Estaba claro que lo estaba tomando como una opción, aunque fuera una opción que no le gustaba una mierda, pero no se estaba negando en redondo y ya no parecía tan enfadado conmigo.

—Tengo que irme, tú quédate aquí —murmuró, con la mente obviamente en otro sitio, probablemente en todo lo que le había dicho.

—No quiero quedarme en la comisaría —protesté, no me sentía nada a salvo allí.

—Pues vete —gruñó.

Fruncí el ceño, eso me gustaba todavía menos. Villalba respiró hondo.

—Le diré a Pellicer que no te deje solo ¿vale? ¿No crees que él sea sospechoso, no?

—No —acepté, tener a Pellicer de niñera me parecía bien.

Cejasjuntas se acercó y llamó con los nudillos al cristal, le hizo señas a Villalba que asintió y se volvió un instante a mirarme con gesto cansado.

—Quédate aquí hasta que vuelva. Hablaremos de todo esto luego ¿vale? —no me dio margen para rechistar —Sea quien sea ese tío, necesitamos pruebas. Nuestra mejor opción es el Volvo y los vídeos de vigilancia, el

coche nos llevará hasta ese tío.

Asentí a regañadientes. Villalba salió a la salita y se acercó a hablar con Pellicer, el agente miró en mi dirección mientras Villalba le hablaba. Imaginé que Villalba le estaba pidiendo que me tuviera vigilado para que no me pasara nada. Me pregunté si serviría de algo, ese policía no iba a creer que Ramírez fuera una amenaza aunque lo viera venir hasta mí con su pistola en la mano.

Villalba se acercó entonces a la mesa de Cejasjuntas que le enseñó algo en el ordenador y se quedaron los dos mirando en silencio. Me imaginé que sería un vídeo ya que Cejasjuntas no tecleaba. Distinguí la expresión de sorpresa en la cara de Villalba, después se volvió hacia mí. Sí, debía de ser un vídeo en el que salía yo. Cejasjuntas y Villalba intercambiaron un par de palabras, el subinspector me miró un instante con cara de cabreo, y después ambos se dieron media vuelta y se largaron. Yo les miré desaparecer, mientras me preguntaba qué leches habrían visto en aquel vídeo.

Capítulo 45. Una diana en la espalda

Lo primero que hice al sentarme frente al ordenador fue intentar localizar a Ramírez en redes sociales, para encontrar una foto que enviar a Jaime y al resto de los antiguos amigos de Juan y Violeta. Si le reconocían, Villalba tendría que creerme. No lo encontré, o no tenía facebook ni instagram ni nada, o usaba un apodo o una foto de perfil en la que no salía su cara. Me metí a mirar carpetas del escritorio del ordenador, a ver si en alguna encontraba fotos de grupo de policías o algo, pero sólo había documentos de casos que muy probablemente no tendría que estar mirando.

No me quedaba otra que esperar a que Villalba volviera, así que me quedé ahí frente al ordenador sin hacer nada. Bueno, viendo vídeos de gatos. Las casi tres horas que pasé ahí esperando se me hicieron eternas. Sentía que perdía un tiempo de vida muy valioso, pero no me atrevía a irme. Di que al menos me reía con los gatos... Empezaba a preguntarme qué tipo de reunión era aquella que no acababa nunca, o si es que Villalba se había olvidado de mí, cuando Pellicer vino al despacho. Detuve un vídeo de un gatete dando un brinco al ver un calabacín. Es cruel asustar a los gatos colocándoles un calabacín a su lado, pero los saltos que dan son espectaculares.

—Tengo que salir —anunció Pellicer, yo me puse en pie como impulsado por un resorte.

—¿Y yo?

—Quédate aquí.

—No me puedes dejar solo —protesté.

—No corres peligro, esto es una comisaría, está lleno de policías —y dale con esa, como si eso fuera tranquilizador.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Algún avance?

—Estamos cerca —asintió.

—¿Ha habido otra víctima? —de repente me pregunté si alejándome de casa para protegerme, no habría dado pie a que ese cabrón optara por un objetivo más fácil, tal vez alguien de mi familia o amigos. La idea me dejó sin aire durante un instante.

—Hemos encontrado pruebas en la casa de un sospechoso, Villalba y Ortiz están ahí ahora.

—¿Un sospechoso? —al momento pensé en el Agente Pringadete/Asesinocabrón, pero no tenía sentido, él sólo era un sospechoso para mí —¿David? —exclamé confuso, porque David era el único

sospechoso oficial, que yo supiera.

Pellicer asintió.

—No estaba en su casa, así que tenemos que movernos rápido para encontrarle. Pero puedes estar tranquilo, no vendrá a buscarte aquí.

—Espera —interrumpí —¿Habéis encontrado algo que le inculpe? ¿En su casa? ¿Cómo habéis entrado en su casa?

—Tú quédate aquí, Villalba te informará cuando vuelva...

—Fui yo quien pensó que David era un sospechoso a tener en cuenta —protesté, no algo de lo que en ese momento estuviera especialmente orgulloso —Ese tío quiere matarme, sólo quiero saber si realmente puedo estar tranquilo —seguí tirando para ver si el agente Pelos me contaba algo más.

—No sé mucho más —reconoció —Villalba y Ortiz han ido a su casa y están allí con los de la Científica...

—Voy a llamar a Villalba —decidí, estirándome para descolgar el teléfono del despacho, ya como si fuera mío.

Pellicer asintió, le parecía bien que fuera otro quien contestara a mis preguntas, y salió a la salita. No tenía el número de Villalba guardado en el Samsung, sólo en el iPhone que había dejado en el bolsillo de mi chaqueta, colgada en una percha de la salita convenientemente lejos de mí, pero rebuscando en el escritorio de Villalba encontré una de sus tarjetas. Contestó al tercer tono.

—¿Qué ha pasado? —exclamé en que descolgó —Pellicer me quiere dejar solo —protesté cual niño pequeño.

—En la comisaría estarás bien, Carlos. Tu teoría sobre Ramírez ya no tiene sentido.

Y una mierda, pensé.

—¿Estáis en casa de David, no? —pregunté —No es él —aseguré.

—Yo no estaría tan seguro de eso —repuso, yo fruncí el ceño sin comprender —Una vecina llamó a la policía al encontrarse la puerta de la casa abierta, temiendo un robo. Cuando llegaron los agentes encontraron fotos de las chicas y nos llamaron. Hemos encontrado una maceta de violetas y papel que parece coincidir con el que dejó en casa de Lucía. David no está por ninguna parte, tampoco su documentación, y se ha llevado ropa y cosas de su habitación. Parece que ha hecho la maleta con bastante prisa y se ha largado, está huyendo.

—¿Huyendo? —repetí perplejo, ¿de qué, si no era él?

—Hay que buscar coincidencias para estar seguros, pero parece claro

que le tenemos. Hemos tramitado una orden de detención, y toda la policía de la ciudad lo está buscando, es cuestión de tiempo que demos con él. Tenías razón en un principio.

—No, no, no —protesté, no era él, sabía que no —Me equivoqué, no es él.

—Carlos, ¿me estás escuchando? Tiene fotos de las chicas, me refiero a fotos hechas durante el ataque, y hemos encontrado violetas y el papel... Y ha huido.

Por un instante me pregunté si no me habría columpiado con el agente Ramírez. Que un tal Rami pudiera haber hecho una foto de grupo hacía años, no significaba nada. David también había conocido a Violeta, y vivía en Zaragoza, había tenido la oportunidad de acosar y matar a esas chicas. Claro que había cabreado al agente Pringadete, y había salido más transparente de aquella conversación, ¿pero y si lo de transparentar más no había sido consecuencia de la conversación? ¿Podía ser que David hubiera decidido ir a por mí más rápido justo mientras Ramírez y yo hablábamos? ¿Podía ser que aquel tío que no parecía tener dos dedos de frente nos hubiera engañado a todos? Al fin y al cabo, el psicópata que buscábamos vivía fingiendo, aparentando ser una persona normal y no un asesino en serie. Podía haber elegido hacerse pasar por un inútil con pocas luces, era tan buen disfraz como cualquier otro.

Me observé las manos, seguía transparentando y mucho. Comprendí que David o Ramírez, o quien coño fuera ese cabrón, no había acabado conmigo.

—No puede ser David —aseguré, que fuera él seguía sin explicar lo más importante —Supo que tenía que huir de casa de Lucía, ¿cómo lo supo?

Los jodidos cuatro minutos. No podía ignorar esos cuatro minutos. Cuatro minutos podían cambiarlo todo, bien lo sabía yo. Tenía que ser un poli, David no habría sabido que tenía que huir de casa de Lucía. No, era el agente Ramírez, estaba seguro. No había sido casualidad que mi transparencia fuera en aumento tras hablar con él, ni había sido casualidad que me mirara con tanto odio. Era algo más que la transparencia, lo había podido sentir, ese tío odiándome, queriéndome muerto... Y estaba seguro de que era el chico de la foto, el jodido Rami. Además tenía sentido, su conocimiento de las ciencias forenses y que no hubiera necesitado hackearle el móvil a Villalba porque ya estaba al tanto de la investigación. ¿Cómo alguien ajeno a la investigación habría sabido lo que yo había intervenido como para ir a por Ana para advertirme y como para ahora querer matarme?

—Pudo oír las sirenas, Carlos, pudo...

—Salió de casa de Lucía mucho antes de que llegara la policía. Salió sólo cuatro minutos después de que te avisara.

—Eso lo dices tú —protestó —Tú, que dejaste que atacara a Lucía aun sabiendo que corría peligro, tú que no puedes o no quieres explicar cómo sabías que iba a atacarle, a ella y al resto. No puedes explicar cómo sabías muchas cosas, ¿y pretendes que consideremos determinantes esos cuatro minutos que dices que tardó? ¿Por qué debería creerte?

—No miento —aseguré, pero me di cuenta de que si tenía que explicar todo aquello a alguien más que a Villalba, nadie me iba a creer. La única explicación lógica era que yo supiera lo que ese asesino estaba planeando, que fuera su cómplice o peor —Supo que tenía que huir y lo hizo muy rápido —insistí, eso era innegable. Villalba se quedó en silencio —Tiene sentido que sea un policía, te guste o no esa opción. Y lo sabes —protesté. No se quejó, me estaba dando un margen.

—Carlos, le hemos asustado al hablar con él y ha huido. Se ha llevado su cartera con documentación y dinero, y ropa...

—¿Y ha dejado la puerta abierta? ¿Por qué iba a hacer eso?

—No podía dejar a su padre solo. Dejando la puerta abierta se aseguraba de que alguna vecina se diera cuenta y fuera en su ayuda, el hombre no puede valerse por sí mismo.

—¿Ha dicho algo, el padre?

—El padre tiene Alzheimer avanzado, no está en condiciones de decir nada...

De nuevo me quedé en silencio, pensando. Villalba no dijo nada. Sorprendido, y agradecido también, me di cuenta de que me daba tiempo para pensar, para procesar todo aquello. Me pregunté si Ramírez y David podían estar compinchados. Podía ser que ese cabrón sí tuviera un cómplice, que fueran dos cabrones en realidad. Si los dos trabajaban juntos, eso explicaría esas cosas en casa de David, y Ramírez podría haberle advertido para que saliera echando hostias de casa de Lucía al enterarse del aviso en esa dirección... Pero entonces, ¿es que atacaban juntos? Nada parecía indicar que hubiera dos atacantes, ni que se turnaran y fueran diferentes atacantes... ¿Por qué uno ayudaría al otro? ¿Es que uno compartía fotos con el otro como había sugerido Villalba, era esa su conexión?

¿Y qué pasaba con Violeta? ¿Es que habían matado a Violeta juntos? No, no lo creía. Ese tío quería a Violeta, estaba obsesionado con ella. Eso no

se comparte ¿no? La había matado por accidente y había improvisado y le había cargado el muerto a su ex. Eso había sido sólo uno de ellos, el agente Pringadete, estaba seguro. El agente Pringadete estaba detrás de todo y David... David no encajaba. David no era nadie. David era un pringado y nada más. De repente lo vi claro, David era el verdadero pringado en todo esto.

—Le está cargando el muerto —comprendí —Por eso se ha largado de la comisaría esta tarde, ha ido a por David. Ya le cargó el asesinato de Violeta a Juan, y ahora ha encontrado otro tonto al que culpar... —“otro tonto al que culpar”, era justo eso lo que yo le había dicho en nuestra conversación en la salita de descanso, que ahora el asesino no tenía un tonto al que cargarle el muerto, pero sí lo tenía —Mierda —murmuré, ¿y si le había dado la idea yo?

Villalba seguía sin decir nada, pero me estaba escuchando.

—Pudo poner las fotos y el papel allí, y las violetas... ¿Las violetas estaban en una maceta y no en un macetero fijo, a que sí? —me tomé su silencio por un sí —Y seguro que David no tiene un Volvo negro.

—Pudo usar el coche de alguien de su entorno, de un amigo o...

—También Ramírez en vez de usar su Opel Astra —protesté. Villalba se quedó callado, no podía negarme eso. Yo seguí dándole vueltas al tema —Ha actuado rápido, probablemente porque nos estábamos acercando con los vídeos y con las llamadas a los antiguos amigos de Juan y Violeta... Se ha asustado y ha buscado alguien a quien cargarle las culpas, y David era el candidato perfecto.

—O es David —objetó Villalba —Tenía fotos de las víctimas en su habitación, y un pendrive con más fotos en el cajón de la ropa interior...

—Las colocó ahí —protesté —Se las llevó y las plantó allí, también el pendrive. Dejó la puerta abierta para que la policía pudiera entrar, no podíais entrar sin una orden ¿no? Os abre para que encontréis todo y culpéis a David.

—David se ha llevado sus cosas, y no han forzado la puerta.

—Puede que David le abriera. Un policía llamó a su puerta y le dejó entrar...

—¿Y dónde está David? —esa era una buena pregunta —Se ha llevado sus cosas, su documentación, ha huido. Sabía que íbamos tras él y ha decidido huir.

—El pendrive, la maceta y el papel... ¿tienen sus huellas, las de David?

—Estamos en ello —repuso Villalba.

—Verás como esas cosas no tendrán huellas, él las colocó allí, lo limpiaría para que no tuvieran sus huellas. Verás como resulta que esas cosas están extrañamente limpias.

—No, Carlos, esas cosas sí que tienen huellas, sólo que aún no sabemos si son de David.

Mierda, pensé. Él no habría dejado sus huellas en esas cosas, las habría limpiado.

—No tiene lógica —protesté. Pero podía tenerla, claro —Pudo hacer que David las tocara o... lo he visto en pelis, colocar huellas de alguien con algo que esa persona haya tocado...

—O David lo hizo, mató a esas chicas y está huyendo. Tan simple como eso. No puedes adaptar la realidad a tu teoría...

—Pudo plantar esas huellas ahí —insistí.

—¿Y dónde está David? —repetí.

Sentí un escalofrío. Si la puerta no estaba forzada y todas esas cosas tenían huellas, huellas de David, lo lógico era pensar que David le había abierto la puerta y entonces el agente Asesinocabrón le había hecho tocar todas esas cosas. Eso significaba que le tenía, ya fuera secuestrado o... Mierda.

—Carlos, tengo que colgar.

—No es él, no es David —protesté.

—Todo apunta a David. Conocía a Violeta y a Juan, y conocía la casa del abuelo. Esa foto que trajiste ha sido determinante. Tú nos ayudaste, nos pusiste en el buen camino.

Eso no me hacía sentir mejor. Si David estaba muerto, o iba a estarlo, sería por mi culpa. Yo le había puesto una diana en la espalda. Lo había convertido en el cabeza de turco perfecto. Mierda, joder.

—No es él —balbuceé, pero no sabía qué más decir.

—Carlos, no puedes estar seguro ¿me equivoco? David tiene sentido, eso no puedes negarlo —yo me aguanté las ganas de negarlo —Podremos interrogarle cuando demos con él —si dais con él, pensé —Puedes quedarte en la comisaría, si está huyendo ahí estás a salvo.

Yo negué. Seguía transparentando igual que hacía un rato, o sea, mucho.

—Sigue queriendo matarme —aseguré.

Imaginé que Villalba gruñiría, se enfadaría, me ladraría que cómo lo sabía... Para mi sorpresa, no hizo nada de eso.

—¿Estás seguro?

Yo asentí sorprendido, caí en que por teléfono no podía verme.

—Sí, va a venir a por mí y pronto —aseguré, y de nuevo me di cuenta, confuso, de que tal vez Villalba me creía, al menos no me cuestionaba.

—Quédate en la comisaría, mientras estés rodeado de policías estarás a salvo.

—Si es David —gruñí.

—Quédate ahí y no te quedes solo —repitió, y colgó.

Yo también colgué el teléfono, confuso, repasando en mi cabeza toda la conversación. No eran imaginaciones mías, Villalba tenía en cuenta mis teorías, y, lo que era más raro, también tenía en cuenta mi “intuición”, me había creído cuando le había dicho que ese tío aún quería matarme. Me pregunté por qué. Tal vez simplemente no quería discutir conmigo por aquello.

Yo estaba seguro de que David no era más que un cabeza de turco. El agente Asesinocabrón tenía que haber dejado las huellas de David en esas cosas que le inculpaban, era fácil si lo había secuestrado, si le tenía, digamos drogado y atado en algún sitio. Podía haberse acercado a él, tal vez no en su casa, tal vez en la calle, o mientras aparcaba... Tal vez cerca de su coche para poder drogarle, meterle en el maletero, y después con sus llaves entrar en su casa y dejar las fotos y lo demás. Habría dejado la puerta abierta para que los vecinos dieran la alerta rápidamente y así todas las sospechas recaerían en David. David, el pringado perfecto, que había conocido a Violeta y que no tenía coartada para los días de los ataques. El agente Pellicer se asomó otra vez al despacho.

—¿Y bien? —me di cuenta de que ahora sabía yo más que él y por eso se interesaba.

—Han encontrado fotos, un pendrive, y una maceta con violetas en casa de David... y parece que ha huido.

Pellicer asintió, parecía contento.

—No llegará muy lejos —aseguró —Daremos con él.

Vi que tenía la chaqueta en la mano.

—¿Vas a casa de David?

—No, ahí ya hay suficientes policías, y no creo que sea tan tonto de volver por allí...

—¿Pero vas a ir a buscarlo, no?

Asintió.

—Tenemos que ir a ver a sus amigos y conocidos, y a los lugares que

frecuentaba, por si se estuviera escondiendo.

—¿Y yo me quedo solo?

—Estarás bien aquí. Con toda la policía de la ciudad buscándole no va a venir a una comisaría por ti —se rió. A mí no me hizo ninguna gracia.

Asentí de mala gana, cuando de repente me di cuenta de que estaba siendo un imbécil. Lo lógico era quedarme allí, en comisaría. Pero es que era por hacer lo lógico que acabaría muerto, si seguía el camino natural, si hacía lo previsible. Ese cabronazo tenía acceso libre a la comisaría y sí, había otros policías allí, pero nadie le consideraba peligroso. ¿Y qué pasaría si esos policías se largaban porque era viernes por la tarde y se acababan sus turnos? ¿Los pocos que se quedaran por allí iban acaso a prestarme atención? Ese era su territorio, no el mío. Y sí, la comisaría tenía cámaras, pero él sabría cómo evitar ser detectado, o podría haber algún error con las cámaras o... podría hacerme salir. ¿Y si había, digamos, algún tipo de alerta y teníamos que salir fuera? Casi podía verle ya haciendo saltar la alarma de incendios para hacernos salir a todos a la calle.

—Villalba me ha dicho que vaya contigo —mentí.

Pellicer me miró incrédulo.

—No puedo llevarte.

—Se supone que tienes que vigilarme, no puedes dejarme aquí solo.

—Es una comisaría —objetó él.

—Ese tío está desesperado, sabe que vais a por él y sabe que disteis con él gracias a una foto que yo os traje, y sabe que tenéis vídeos suyos y de su coche porque yo le vi el sábado... Yo os llevé a él, ya atacó a mi amiga Ana, y puede venir a por mí, en una comisaría o donde sea.

—¿Cómo iba a saber él todo eso? —gruñó. Yo respiré hondo, no tenía tiempo de explicarlo todo otra vez, y sobre todo no tenía tiempo de ganarme a otro policía, bastante me había costado con Villalba.

—Si nadie me va a vigilar, entonces no sé que hago aquí, mejor me largo —me lancé un farol, porque no quería quedarme en comisaría esperando a Ramírez, pero tampoco tenía la menor idea de dónde podía ir —No creo que a Villalba le guste que dejes que un testigo se vaya, no después de haberte dicho que me vigilaras, pero... —vi que dudaba.

—Quédate aquí, avisaré a otro compañero...

—Villalba me ha dicho que podía ir contigo —mentí, Pellicer me miró indeciso —Bueno, básicamente ha dicho que hiciera lo que quisiera, quedarme aquí o ir contigo, mientras no molestara. Me quedaré en el coche

—me daba igual, sólo necesitaba no hacer lo lógico —No puedo hacer daño a nadie quedándome en tu coche —insistí —Y yo quiero ir, es a mi propio riesgo.

Pellicer dudaba aún.

—No saldré del coche —prometí.

Dudaba aún, pero asintió de mala gana. Fui a por mi chaqueta y seguí al agente Pellicer al coche, se nos unió una policía rubia de pecas que se presentó como agente Navas. Me subí en la parte de atrás. Me sentí aliviado al salir de aquella comisaría, convencido de que hacía lo correcto. Tenía que salirme del patrón, hacer lo inesperado... Y aun con todo seguía transparentando.

Capítulo 46. Por gilipollas

—¿A dónde vamos? —pregunté al rato de estar sentado en el coche.

—Vamos a la casa de una ex novia de David, es posible que le haya visto o sepa dónde puede estar.

Me pregunté si acaso creían que David podía estar en casa de su ex, al fin y al cabo no estaban llamando por teléfono sino acudiendo en persona. Me imaginé que habrían distribuido la foto de David y toda la policía nacional andaría buscándolo. Imaginé que también la local, y probablemente la guardia civil, tal vez hasta la Interpol por si intentaba salir del país... Si el agente Asesinocabrón no lo tenía retenido en algún sitio, no tardarían en dar con él. Si le detenían, a David le resultaría difícil defender que no había sido él, y yo no podría ayudar mucho con mis teorías sin pruebas. Claro que ser acusado injustamente de asesinato era mejor que la otra alternativa, la alternativa que ese cabrón había elegido para Juan cuando había querido cubrir el asesinato de Violeta. Deshacerse del cabeza de turco fingiendo un suicidio, parecía más sencillo y daría menos problemas que dejarle vivo para que pudiera intentar defenderse.

Aparcaron frente a un bloque de apartamentos.

—Quédate en el coche —ordenó Pellicer.

Yo me pregunté si me encerraría ahí, pero por suerte no lo hizo. Se llevó las llaves, eso sí, así que me dejó sin opción de poner la radio. Pellicer y Navas se fueron hacia los apartamentos. Me quedé ahí esperando, mirando por la ventanilla.

Obviamente no me preocupaba que David pudiera rondar las proximidades, pero sí me preguntaba qué andaría haciendo el agente Ramírez. Iba a por mí, seguía transparentando, y era lógico pensar que también intentaría cargarle ese muerto, ese muerto siendo yo, a David. Mientras no dieran con David, seguía siendo el cabeza de turco perfecto. Me pregunté si Ramírez había pensado atacarme en comisaría ya que habría contado con que yo estuviera allí, claro que allí había muchas cámaras y policías... sería mejor esperar a que saliera, o incluso hacerme salir. ¿Qué habría hecho al ver que me había ido? ¿O incluso al ver que me iba con Pellicer si me estaba observando? Lo lógico sería seguirme y esperar a encontrarme solo. Sentí un escalofrío. Solo como estaba en ese momento.

Abrí la puerta y salí del coche. Miré a mi alrededor y observé en todas las direcciones, casi esperando verlo aparecer doblando la esquina, pero no

había nadie por allí. Busqué en la acera un rincón donde pudiera pasar desapercibido, desde donde viera el coche y también el bloque de apartamentos en el que habían entrado Pellicer y Navas. Esperé en la entrada de un portal, atento a cualquier movimiento en la calle. De habernos seguido ya lo habríamos visto, claro que no necesitaba seguirnos de cerca, le sería fácil descubrir a qué dirección habían mandado a Pellicer y venir detrás. Miré en la dirección por donde habíamos venido, de haber estado esperando cerca de la comisaría, vendría también por allí. Me pregunté si vería aparecer un Volvo negro de repente.

No vi aparecer un Volvo negro, pero apenas lo pensé, vi aparecer un Opel Astra rojo. Di un respingo, Villalba había dicho que el agente Ramírez tenía un Opel Astra. Vi el coche pasar, despacio, probablemente buscando un lugar donde aparcar después de identificar el coche de Pellicer. Lo vi doblar la esquina y desaparecer, sintiendo que me quedaba sin aire. Ese puto loco estaba ahí, nos había seguido, y yo estaba solo y transparente. Eché a correr hacia el bloque de apartamentos, pero la puerta estaba cerrada, y ni siquiera sabía qué piso era para llamar al timbre. Fue entonces que vi la puerta del garaje del bloque vecino abrirse, un coche salía de allí. No me lo pensé y me colé dentro antes de que la puerta se cerrara.

Me adentré en el garaje, alejándome de la puerta y buscando un lugar donde sentirme medianamente seguro. Era un garaje grande pero pobremente iluminado, bastante tétrico, la verdad. Me convencí a mí mismo de que no había peligro. Ese cabrón estaba fuera, estaría buscándome y al no verme en el coche miraría en las inmediaciones, pero no se le ocurriría mirar en un garaje cerrado ¿no? No era lo más lógico pensar que yo pudiera estar ahí. Pensaría que estaba con Pellicer en la casa de la ex novia de David, o como mucho pensaría que había echado a correr y estaba huyendo, pero no pensaría que había entrado en un garaje privado del que no tenía el mando de la puerta ¿no?

Saqué el teléfono del bolsillo para pedir ayuda. Me maldije por no tener el número de Pellicer, que era el policía que tenía más cerca y podría venir a sacarme de allí. Busqué el de Villalba y marqué, cuando de repente oí la puerta del garaje abrirse con un ruido metálico.

Me quedé inmóvil, petrificado. La puerta dejó de hacer ruido. Oí a Villalba responder al otro lado de la línea, pero no fui capaz de articular palabra, no me atrevía a hablar en voz alta. Esperé oír un coche entrar, probablemente sería sólo un vecino... sin embargo, no oí coche alguno, no oí

nada. La puerta comenzó a cerrarse con aquel ruido metálico, igual que se había abierto. ¿Pero qué coño...? ¿Es que me había seguido al garaje? Sentí que me faltaba el aire, no podía ser... ¿Cómo coño había sabido que estaba en el jodido garaje? El móvil me temblaba en la mano, oí la voz lejana de Villalba a través del teléfono.

Colgué sin atreverme a decir una palabra. Temiendo que Villalba me llamara al haberle colgado, silencié el móvil. Apenas me atreví a asomar la cabeza por encima del coche junto al que me había agazapado, distinguí una figura bajar la cuesta de la entrada a pie. Vi que efectivamente Villalba intentaba llamarme, pero no podía contestar y decirle dónde estaba.

Y mientras veía aparecer en la pantalla una nueva llamada entrante de Villalba, me di cuenta. Lo que tenía en la mano era el puto iPhone, era donde tenía el número de Villalba guardado. Ese cabrón sabía que estaba allí porque estaba allí con el puto iPhone. Obviamente me había seguido con el GPS, y por eso había entrado en el garaje. Todo aquel tiempo había temido que ese cabrón me hubiera hackeado el teléfono, había estado utilizando un segundo teléfono para que no me localizara ni espicara mis llamadas y mensajes, pero no me había librado del puto iPhone. El puto iPhone que no había querido dejar en casa de Villalba esa misma mañana, a riesgo de que ese loco fuera a su casa, donde vivía su familia, a buscarme, y que, una vez más no sabiendo qué hacer con él, me había metido en el bolsillo de la chaqueta. El puto iPhone que no me acordaba que llevaba encima. Debería haberlo tirado al río cuando había tenido oportunidad...

Mi primera reacción, aparte de odiarme a mí mismo por gilipollas, fue querer deshacerme del teléfono. Pero poco importaba ya, ese tío ya sabía que estaba en aquel garaje. Me di cuenta de que si me había localizado por el GPS, ya no le estaría dando señal, porque el GPS no funciona dentro de edificios y garajes. Puede que fuera así que había deducido que estaba en un garaje... Joder, si es que había que ser gilipollas, olvidarme de que llevaba el puto iPhone encima... Me di cuenta de que estaba atrapado. Ese cabrón venía a por mí y me mataría y yo moriría en ese oscuro y tétrico garaje, mi transparencia lo confirmaba.

Intenté no dejarme llevar por el pánico, todavía no estaba muerto, mejor pensar con lógica e intentar encontrar una manera de no morir en aquel lugar y en aquel momento. Necesitaba moverme y salir de allí. A mi derecha, al fondo del garaje, estaba el ascensor que conducía a los apartamentos en los pisos de arriba, mi mejor baza era llegar hasta allí y largarme. Frente al

ascensor estaba la cuesta que conducía un piso más abajo, que sólo me permitiría adentrarme más en el garaje, como mucho posponiendo el tiempo que ese tío necesitaría para encontrarme. Otra opción era intentar volver a la puerta por la que había entrado, pero tendría que evitar cruzarme con ese cabrón que venía de allí, y además, aunque llegara hasta la puerta, no estaba seguro de poder abrirla sin un mando, y en cualquier caso tendría que esperar a que la jodida puerta metálica se abriera, y haría ruido, y él lo oiría y podría alcanzarme antes de salir... No, mi mejor baza era el ascensor.

Ese cabronazo debió de pensar lo mismo que yo, porque avanzó por el pasillo central del garaje, sin perder de vista la puerta del ascensor. Vi que se agachaba mirando entre los coches, y bajo ellos, así como tras las columnas, buscándome... Sabía que yo estaba allí dentro pero no sabía dónde, y el GPS ya no le servía de indicación, pero qué importaba si sabía que estaba allí atrapado, dar conmigo era cuestión de tiempo... No sabía qué hacer, pero no podía quedarme donde estaba porque acabaría acercándose y encontrándome. Comencé a avanzar hacia el otro extremo del garaje, tan despacio como podía para no hacer ruido, pegado a la pared pasando entre los huecos que dejaban los coches, esperando que ninguna alarma me traicionara.

Mientras avanzaba por el garaje me preguntaba si ese cabrón iría armado, seguro que tenía su pistola reglamentaria, si es que no tenía alguna otra. Si me disparaba con su arma podría pretender que me había confundido con David al verme huyendo. Claro que sería mejor que me disparara con otra arma e inculpar a David. La policía andaba buscando a David en esa zona, así que si después de matarme dejaba el arma atrás con las huellas de David, todo le saldría redondo. Se vengaba de mí, por no hablar de que yo no podría seguir hurgando ni entrometiéndome, y culpaba de todo al sospechoso perfecto. Podía matarme y librarse de todo, y fácilmente, además.

Eso si es que iba a usar una pistola, porque pegarme un tiro no era la única forma en que podía matarme, sólo era la que me daba menos miedo, supongo que porque suponía morir rápido. Podía haber traído alguna herramienta, como un martillo para golpearme en la cabeza, y quien dice un martillo, dice una palanca, un bate... o hasta una jodida hacha. Claro que la gente no tiene hachas por ahí a mano, o puede que un psicópata asesino en serie sí... Pero puestos a usar una hacha, ¿por qué no un cuchillo? Todo el mundo tiene cuchillos a mano, podía incluso haber cogido uno de casa de David. ¿Y si había traído un cuchillo? La opción de morir apuñalado me daba particular miedo, porque rápido no sería, e indoloro tampoco... Claro que

apuñalar suponía acercarse mucho, lo mismo que golpear con un hacha o un martillo o cualquier otro objeto que se le pudiera haber ocurrido traer a ese puto perturbado, suponía darme opción de defenderme y de herirle y de que dejara ADN detrás... Era más fácil para él matarme de un disparo. Me di cuenta de que repasar en mi mente formas de ser asesinado me estaba mareando.

Con pistola o cuchillo o lo que fuera, daba igual, él tenía todas las de ganar, conseguiría matarme. Me enfrentaba a un puto asesino experto que me tenía acorralado, no tenía ninguna posibilidad. Ese tío iba a matarme, yo iba a morir, tan sencillo y horrible como eso.

Alcancé el extremo del garaje, me asomé tras el coche aparcado en la esquina para ver cómo de lejos estaba, distinguí su figura todavía a cierta distancia pero acercándose. Miré la puerta del ascensor frente a mí, a apenas unos metros, pero no podía cruzar hasta ahí sin que él me viera. Me pregunté si me daría tiempo a correr hasta el ascensor, meterme dentro y que se bloquearan las puertas para subir, antes de que él me alcanzara. No lo creía, no estaba tan lejos, y ni siquiera parecía que el ascensor estuviera en esa planta, no se veía luz a través del cristal de la puerta.

De repente oí un coche en la planta baja, debía de ser algún vecino que iba a salir del garaje, oí como el coche se acercaba subiendo la cuesta a mi derecha. Me pregunté si debía parar el coche y pedir ayuda, pero el conductor podría ignorarme, fácilmente si me veía gritar como un loco, yo no pararía por un loco en un garaje... y si salía de mi escondite le daría a ese cabrón mi posición, y podría dispararme, más si me plantaba frente al coche para obligarle a parar, seguro que sabiendo disparar sería un tiro fácil... También pondría en peligro al conductor si le hacía detenerse por mí, ese cabrón estaba suficientemente desquiciado como para matarle a él también para no dejar testigos...

El coche pasó frente a mí y yo lo observé irse sin hacer nada, se dirigió hacia la puerta de salida. Eso mismo quería hacer yo, largarme. Pensé que a lo mejor podía aprovechar para correr al ascensor mientras pasaba el coche, pero ese cabrón me alcanzaría, más si el ascensor estaba parado en la planta de abajo y tenía que esperar a que subiera. Distinguí su figura a unos metros, cuando el coche pasó a su lado le vi girarse hacia un coche, como si fuera suyo, supongo que para que el conductor no le viera la cara. Tenía que aprovechar la distracción, si no para correr al ascensor, para algo más, porque quedarme ahí parado no era una opción.

A la derecha quedaba la cuesta que bajaba a la planta baja del garaje, así que rodeé la pared y me dirigí hacia el piso inferior. Ya que no podía retroceder, sólo podía seguir adelante.

Al llegar a la planta baja vi el ascensor, con la luz dada, estaba en esa planta y podía intentar subir y marcharme... ¿Pero y si lo oía y lo detenía en el piso superior? Podía imaginarle abriendo la puerta y acribillándome allí mismo en el ascensor. No sabía qué hacer, porque cualquier opción era mala.

Me daba cuenta de que estaba posponiendo lo inevitable. Iba a morir y me quedaban minutos. La idea de morir era una idea extraña, difícil de aceptar porque, obviamente, no quería morir, pero al mismo tiempo era una idea sencilla, fácil. Moriría y ya está, no había muchas vueltas que darle. Cuando es otra persona quien va a morir, tienes que pensar en cómo será tu vida sin esa persona, adaptarte a esa pérdida. Pero si te mueres tú... bueno, no hay que adaptarse a nada. Se acaba todo y ya está, fin.

Joder, esperaba que sí tuviera una pistola, que me pegara un tiro y que fuera rápido. Y, joder, esperaba que hubiera cometido algún error y le cogieran, porque me jodía tantísimo que se saliera con la suya... Me jodía que ese cabrón ganara. Si al menos moría y mi muerte tenía un sentido... como en las pelis. Algo que ayudara a cogerle, algo que ayudara a otros. No quería morir por imbécil, por haberme metido en aquel garaje con el puto iPhone en el bolsillo. Si es que había que ser subnormal, sabiendo que podía estar controlándome a través de él. Por eso tenía el otro móvil, joder. Todo por el puto iPhone, maldito cacharro del demonio... Y maldito yo por gilipollas. Eso era, un gilipollas con iPhone.

Y de repente se me ocurrió que a lo mejor podía sacarle algún provecho a la cagada de haberme traído el teléfono. Él estaba revisando cada rincón del garaje porque no sabía dónde estaba exactamente, y me bloqueaba la salida, pero podía cambiar eso, podía engañarle...

Avancé hacia el fondo del garaje, y a mitad del pasillo me detuve junto a una ranchera, una ranchera era justo lo que necesitaba. Desbloqueé el móvil para volver a ponerle sonido, fue entonces que vi un mensaje de Villalba.

—“¿Todo bien?”

Pues no, todo no iba bien, pero no quería que me volviera a llamar así que fui a contestar un escueto “sí”, probablemente la mayor mentira que habría dicho en mi vida, cuando pensé que podía sacarle más provecho a ese mensaje, tal vez ese cabrón espiaba mi móvil en tiempo real, tal vez si escribía un mensaje él lo leería...

—“No me llames, no puedo hablar” —más valía que no lo hiciera, no quería que sonara su llamada —“Me ha seguido, estoy en un garaje escondido en la parte de atrás de una ranchera” —le di a enviar.

Dejé el móvil en la parte de atrás de la ranchera, y rápidamente me di media vuelta y volví hacia la cuesta y el ascensor, para esconderme más cerca de las únicas vías de escape. Me desplazé a pasos rápidos pero sigilosos, atento a cualquier ruido por si ese cabrón pudiera bajar ya la cuesta, pero sabiendo que cuanto más me alejara de la ranchera mejor. Me dirigí hacia la columna más próxima al ascensor, la alcancé y fui a ocultarme tras ella, cuando de repente sentí un fuerte golpe en la cabeza.

Me llevé las manos al cogote con un gruñido de dolor, por un instante aturdido por el golpe, y sobre todo por el susto. Al mirar atrás vi un extintor colgado de la columna, me había dado un cabezazo por no mirar. El corazón me latía a mil por hora.

Sujeté el extintor para asegurarme de que estaba bien colgado y que no iba a caerse y hacer ruido. Me había dado un susto de muerte el puto extintor. Al mirarme las manos me di cuenta de que transparentaba mucho menos, aunque yo estaba tan nervioso, y la iluminación del garaje era tan escasa, que no podía estar seguro. Pero sí, parecía que había mejorado algo. Era buena señal, iba a funcionar, saldría vivo de allí...

Pero entonces pensé que transparentar menos no era lo mismo que dejar de transparentar, para nada. Tal vez mi muerte no era tan inminente ahora, pero todavía iba a morir. No me estaba librando del peligro de muerte, sólo lo estaba posponiendo.

No lo pensé cuando descolgué el extintor, ni cuando le quité el pasador para tenerlo listo para poder usarlo. Mi idea era salir de allí tan pronto como pudiera, hacer que ese cabrón pasara de largo e ir al ascensor o subir la cuesta y salir echando hostias de allí, pero contar con un extintor de polvo químico como arma no me parecía tan mala idea, por si acaso. Era tranquilizador contar con algo de ayuda, aunque sólo fuera un puto extintor.

Oí sus pasos aproximándose, supe que bajaba la cuesta y llegaba a la planta baja. Apenas oí sus pasos en la cuesta saqué mi Samsung del bolsillo y marqué mi número, el del iPhone, y esperé a oírle cerca para darle a llamar. Pese a que esperaba el sonido, di un respingo cuando mi iPhone sonó en el interior del garaje, en la parte de atrás de la ranchera. Al instante colgué y esperé. Más valía que el tono de la llamada le hubiera engañado, o el mensaje a Villalba si efectivamente me espiaba en tiempo real... Más valía que

tuviera suerte y se largara buscando mi puto iPhone en la jodida ranchera.

Me quedé inmóvil, esperando, y puede que rezando. No es que yo crea en Dios ni en el más allá, al menos no normalmente, claro que tampoco lo descarto... Desde luego no creo que, si existe Dios, se pase el tiempo respondiendo a nuestras plegarias, si lo hiciera el mundo no iría tan mal como va ¿no? Si existe, tendrá cosas mejores que hacer... Supongo que soy ateo, o agnóstico, pero cuando un asesino quiere matarte y esperas poder engañarle, creas o no, quieres creer, y rezas, y esperas que Dios, si es que existe, responda al menos a tu plegaria y te permita tener lo justo de suerte como para salvar el cuello.

Oí a ese cabrón avanzar por el pasillo central a mis espaldas, dejó atrás la columna tras la que yo me ocultaba. El corazón me latía tan fuerte que temía que pudiera oírlo. Le oí alejarse, se estaba dirigiendo hacia la ranchera. Esperé a saberle más lejos aún antes de asomarme por el lateral de la columna para ver dónde estaba. Le distinguí muy cerca de la ranchera y de mi iPhone, ahora sí se fijaba entre los coches, sabiendo que estaba allí cerca. Me volví a guardar el Samsung en el bolsillo y sujeté el extintor con ambas manos, mis manos transparentes.

Si yo todavía iba a morir, aunque no fuera hoy, ¿significaba eso que no iban a detener a ese tío por los asesinatos? ¿Significaba que no se iba a demostrar que David sólo era un cabeza de turco? Si no cogían a ese cabrón, yo seguiría temiendo por mi vida, ¿qué haría, volver a encerrarme en casa y temer por venenos, francotiradores y todas las demás opciones que me habían estado volviendo loco en los últimos días? No podía volver a aquello... Pero si seguía transparentando era porque ese tío todavía iba a matarme, aunque saliera de ese garaje vivo, él acabaría matándome igual, simplemente tardaría más en conseguirlo...

Una parte de mí se preguntó que qué coño importaba eso si salía vivo de allí. Ya me preocuparía de todo aquello más adelante, ahora se trataba de sobrevivir. Pero era esa voz a la que ignoro más de lo aconsejable. Otra parte de mí quería que todo acabara, quería que le pusiera fin a todo aquello allí mismo, en ese momento y para siempre.

Miré de nuevo hacia ese tío, le vi aproximándose a la parte trasera de la ranchera. Volví la vista hacia el otro lado del garaje, hacia la cuesta y el ascensor, si quería intentar largarme de allí lo tenía que hacer ya. Y volví a dudar. Tenía que elegir entre arriesgar la vida huyendo o arriesgarla quedándome. De nuevo ambas eran dos opciones de mierda.

Supongo que tomé una decisión, en un instante y sin pensarlo mucho, pero fue mi decisión. Volví a mirar el ascensor, pero en vez de correr hacia allí, me quedé donde estaba tras la columna, extintor listo en las manos, con una mano sujetaba la boquilla de la manguera del extintor y con la otra el asa. Vi que seguía transparentando, pero ni más ni menos que antes. No supe si aquello era bueno o malo...

Esperé, atento a cualquier sonido para saber qué andaba haciendo ese cabrón. Supe cuando encontró mi iPhone porque le oí soltar una palabrota, y un instante después di un respingo del susto cuando oí algo golpear el suelo a unos pasos de la columna tras la que me escondía. Imaginé que había lanzado mi teléfono por los aires, cabreado al no encontrarme junto a él. Me lo imaginé maldiciendo, maldiciéndome, y preguntándose dónde estaría.

Le oí moverse entorno a la ranchera, probablemente buscándome, y le oí maldecir de nuevo al no encontrarme. Entonces le oí avanzar en mi dirección, desandando sus pasos, esta vez con menos sigilo y con más prisa, puede que todavía mirando por los alrededores, pero debía de imaginarse que le había engañado con el iPhone para aprovechar y huir. Me imaginaba lejos, me imaginaba huyendo, no imaginaba que estuviera dispuesto a plantarle cara. Me pregunté si no debería haber huido en vez de agazaparme allí con un puto extintor, me pregunté si no había sido un imbécil decidiendo quedarme allí en vez de salir corriendo. Sus pasos se acercaban, así que no iba a tener que esperar mucho para descubrirlo.

Capítulo 47. Yo veía en él y él veía en mí

Esperé a tenerle cerca, calculé cuándo llegaba junto a la columna por sus pasos. Y entonces no lo pensé dos veces, sólo actué. Me asomé tras la columna con la manguera alzada y presioné la palanca. El polvo químico salió disparado. Yo apunté a la cara, o donde imaginaba que estaba su cara. Aguantando la respiración, acorté la distancia que me separaba de él, y con todas mis fuerzas le dirigí un golpe con el extintor a la cabeza, o, de nuevo, a donde imaginaba que estaba su cabeza. Le di, porque sentí el golpe. Deseé haberle noqueado, desde luego no había contenido mis fuerzas. De hecho, le había dado con tanta fuerza que perdí pie por el impulso y resbalé sobre el coche a mi izquierda. Al caer me di en el hombro, en el malo, pero el dolor que me recorrió la clavícula no me hizo soltar el extintor, que seguí vaciando sobre él.

Le oí caer al suelo y le oí toser. No podía ver bien qué hacía, porque todo lo que se veía era el chorro de humo blanco del extintor, pero sabía que estaba ahí tirado en el suelo y que luchaba por respirar, asfixiándose gracias al extintor. Fue entonces que distinguí su brazo estirarse hacia mí y vi la pistola. Di un respingo del susto y traté de echarme atrás, pero me caí sobre el coche a mis espaldas y después me fui al suelo. Oí el disparo resonar con fuerza muy cerca de mí. Obviamente no fue echarme atrás lo que me salvó, porque más rápido que una bala, pues no soy, pero después del chute de polvo químico, ese cabronazo no podía ver un carajo y disparaba a ciegas. Trataba de incorporarme del suelo cuando oí un segundo disparo. No esperé para ver si tenía mejor puntería con el tercero. Agarré el extintor y con todas mis fuerzas me lancé sobre él y le golpeé el brazo, extintor y pistola cayeron al suelo. Le oí jadear, luchando por respirar, me di cuenta de que ahora tosía yo también. Le distinguí palpar el suelo buscando la pistola, pero no la veía, y en cambio yo sí.

Casi estaba alcanzando ya la pistola, rozándola con la punta de los dedos, cuando yo la agarré. Retrocedí, arrastrándome por el suelo, con la pistola en las manos, vuelto hacia él. Él se retorció en el suelo, jadeando y tosiendo, como una cucaracha fumigada con Raid. Yo le apuntaba con la pistola, que temblaba en mis manos. Se volvió hacia mí y me miró, o lo intentó, tenía los cristales de las gafas empañados por el polvo del extintor y los ojos vidriosos de luchar por respirar. No creo que él me viera, pero yo le veía a él. Ahí estaba, confirmando todas mis teorías, el jodido agente

Pringadete/Asesinocabrón, tosiendo y retorciéndose en el suelo.

—Soy policía —exclamó el muy cabrón.

Me importaba una puta mierda. El corazón me latía a mil por hora.

—Has atacado a un agente de la ley, eso es un delito. Suelta el arma —y una mierda, pensé —Soy agente de policía —repitió.

De repente me di cuenta de lo que estaba diciendo, y de que tenía razón. Obviamente era mucho más que un policía, pero también era policía. Había ido allí a matarme, claro, me había seguido hasta allí para acabar conmigo, eso lo sabía. Pero qué fácil lo tendría él para decir que había ido allí buscando a David y que yo le había atacado sin motivo alguno.

—Me has disparado —acusé.

—Me has atacado con un extintor —se defendió.

Tenía razón. Yo le había atacado primero, él sólo se había defendido, y eso diría que había pasado.

—Has metido la pata hasta el fondo —aseguró, y yo sentí un sudor frío.

Le vi intentar ponerse a cuatro patas mientras seguía tosiendo. Saqué mi móvil del bolsillo, con la intención de llamar a Villalba para pedir ayuda. No tenía el móvil de Villalba guardado en ese teléfono, sólo en el iPhone escacharrado por ahí cerca. Lo vi en el suelo a un par de metros de mí, me aproximé para recogerlo, sin apartar la vista de ese cabronazo, y sin dejar de apuntarle tampoco.

—Has atacado a un agente de policía, eso es un delito, vas a ir a la cárcel por esto.

Y aunque pudiera hablar con Villalba, ¿que cambiaría? Efectivamente, había atacado a un agente de policía. Él podría justificar sus actos, pero yo seguía sin tener pruebas contra él. Aunque sabía que había ido hasta allí siguiéndome para matarme, aunque sabía quién era él, seguía sin poder probarlo.

Miré los dos teléfonos, uno en mi mano y el otro en el suelo, ambos inútiles. Y entonces pensé que no eran tan inútiles como parecían. Tecleé rápidamente en el Samsung y me lo guardé en el bolsillo de atrás del pantalón. Recogí el iPhone, que por suerte había sobrevivido al golpe que ese cabrón le había dado, tecleé también en él y lo metí en el bolsillo de la chaqueta. Todo sin soltar la pistola, no pensaba separarme de ella bajo ningún concepto. Volví la vista hacia ese cabrón que ya parecía que recuperaba la respiración, y que en ese momento se volvió hacia mí.

—Tú has matado a todas esas chicas y has venido aquí a matarme —

aseguré.

Me miró con sus ojos enrojecidos por la dificultad para respirar, le vi limpiarse las gafas sucias por el polvo del extintor.

—Soy policía y busco a un sospechoso. Has agredido a un agente de la ley, ¿sabes la pena que tiene eso?

—Tú pusiste todas esas pruebas en casa de David para cargarle el muerto, como le cargaste la muerte de Violeta a Juan hace años.

—No sé de qué hablas —negó.

—Conocías a ese grupo, eras amigo suyo. ¿Crees que no te reconocerán cuando les llamemos y enseñemos tu foto? Tú mataste a Violeta. La conocías y la mataste cuando pasó de ti. Le regalaste esas putas violetas.

Me miró fijamente, pude sentir su furia, su odio de nuevo sobre mí.

—¿Vas a negar que la conocías?

—También tú conocías a una víctima —gruñó.

—No avisaste a nadie de que la conocieras, ¿no es cierto? Villalba no lo sabe.

—Tienes razón. No avisé a mi superior de que conocí a esa chica años atrás. Hice mal, debí contárselo. Pero eso no significa nada. Ni siquiera está comprobado que ella fuera la primera víctima, es sólo un caso con ciertas similitudes, pero es un caso cerrado.

Le miré perplejo, el muy cabrón tenía respuestas para todo.

—No tienes que mentirme, joder. Resérvate esas gilipolleces para tu puto abogado y tu juicio. Sé quien eres, sé lo que eres. Eres un patético perdedor, un enfermo que necesita someter a chicas que jamás se fijarían en él, que jamás te darían una oportunidad, ni siquiera una chica como Violeta que no tenía filtro y se tiraba a todo lo que se movía.

Me miró de nuevo con odio, y entonces distinguí que volvía la vista por el suelo, a mi alrededor. Se echó a reír, su risa me dio escalofríos.

—¿Dónde está tu teléfono?

—¿El que has hackeado y utilizado para seguirme hasta aquí? —gruñí.

—Yo he venido aquí buscando a un sospechoso —le vi desviar la mirada a mi chaqueta, a mis bolsillos —Déjame adivinar, ¿intentas grabar un vídeo de recuerdo, tal vez?

Le miré con expresión de furia contenida, él se rió de nuevo.

—Has atacado a un policía...

Saqué el iPhone del bolsillo y se lo lancé.

—Apágalo —reté. Miró el teléfono, sorprendido por mi gesto —Apaga

el vídeo, apaga el puto teléfono si quieres —le dije —Sé la verdad, sé que eres tú. Y lo sé porque he sido más listo que tú, porque he sabido ver más allá. Tú que te crees tan inteligente... te ha cogido un puto aficionado. La has jodido y bastaba seguirte la pista, me ha bastado a mí.

Le vi mirar el iPhone.

—Me da igual el vídeo, apágalo —repetí, y entonces vi que detenía el vídeo.

Alzó la vista hacia mí, su expresión fría y cargada de odio de nuevo.

—Tampoco es que tú seas una persona totalmente normal ¿verdad?

Yo tragué saliva. Me pregunté qué coño habría deducido de hackearme el móvil, y de todo lo que yo había hecho, lo que había sabido de él... si había llegado a entender de verdad lo que me pasaba. Me ofreció el iPhone.

—¿Por qué no llamas a la policía? —yo agradecí que dejara el tema de lo mío ahí —Resolvamos esto —propuso.

Yo negué, todavía no. Quería saber más, y en ese momento, con la pistola en la mano, tenía poder sobre ese cabrón. Podía preguntarle y aclarar dudas, hacerle hablar para saberlo todo.

—¿Dónde está David? —pregunté. Me miró con gesto resignado, con una media sonrisa en la cara —Has ido a su casa esta tarde, después de hablar conmigo en la salita de descanso. Has puesto las fotos y el pendrive, el papel y las putas flores de mierda en su casa, y dejaste huellas, sus huellas. ¿Le has obligado a tocar todas esas cosas a punta de pistola, o es que le has drogado y lo has hecho tú?

Me miró con expresión desafiante, todavía esa puta sonrisa en su cara.

—¿Dónde está? —exigí.

Su media sonrisa cobró un punto más oscuro, pero no contestó. Me pregunté si sería capaz de pegarle un tiro para hacerle hablar, a lo mejor dispararle al pie, volarle un par de dedos, tal vez una oreja... Otra vez me estaba creyendo un jodido personaje de una puta película de Tarantino.

—¿Dónde lo tienes?

Se encogió de hombros, negando con gesto inocente.

—¿Tú qué crees? —contestó en tono burlón.

Con esa pregunta lo vi claro.

—Le has matado —comprendí.

No reaccionó, me miró en silencio con gesto tranquilo.

—Es lo lógico —continué —Si sólo le tuvieras por ahí, encerrado... tendrías que haberle drogado, y atado probablemente... Si drogas y atas a

chicas borrachas, seguro que también a un tío como él. Así que no ibas a arriesgarte, ¿verdad, cobarde de mierda? Y cuando diéramos con él, bueno, daría su versión, y habría pruebas, marcas de ligaduras, residuos de tóxicos... Pero si le matas... si le matas y te deshaces de su cuerpo... Es mucho más fácil así. Le matas y nunca aparece. Todos creen que él mató a todas esas chicas, y todos creen que me mató a mí también. Por eso venías a pegarme un tiro, sería fácil culparle a él —al ver su estúpida sonrisa de suficiencia en la cara, supe que tenía razón —¿Está muerto, verdad?

—Suenas como un plan perfecto, veo que piensas como un criminal —observó, eso era un jodido sí.

—Le has matado —balbuceé, sabía que tenía lógica, pero apenas podía creerlo.

—No tienes nada contra mí, no hay pruebas —aseguró —Soy un oficial de policía, y me has atacado con un extintor. Eso es lo que todos verán, es lo único que verán. David es el asesino al que buscamos y tú no eres más que un paranoico obsesionado con el caso que ha llegado demasiado lejos.

—Habrás cometido algún error, no eres perfecto y tu jodido plan tampoco. Seguro que la has cagado en algo, algo en lo que ni siquiera has pensado aún...

—Yo no cometo errores —aseguró con firmeza.

Le miré sorprendido. No sólo era un puto psicópata que asesinaba gente, sino que parecía sentirse orgulloso de lo que hacía, y de hacerlo tan bien. Se sentía orgulloso de que la policía no pudiera dar con él y de haber ideado un plan perfecto para librarse, otra vez. Me di cuenta de que no todo el mérito era suyo, era yo quien le había dado un cabeza de turco perfecto. Era mi jodida culpa que David estuviera muerto.

—¿Fue después de hablar conmigo hoy? —me tembló la voz, la idea de que David estuviera muerto por mi culpa era difícil de sobrellevar —¿Decidiste cargarle el muerto a él cuando te dije que no tenías un cabeza de turco como Juan, no? Te di la jodida solución, te la di yo... ¿Y vas de listo por ahí? Joder, la idea fue mía.

—¿Quieres que te de las gracias? —se rió.

Le miré perplejo, había sido mi culpa y a ese cabrón aun encima le hacía gracia.

—Tienes razón, sí es culpa tuya que esté muerto. Fuiste tú quien se metió a rebuscar en fotos del pasado, tú le llevaste a comisaría... Tú le hiciste el sospechoso perfecto —acusó, evidentemente disfrutaba haciéndome sentir

culpable.

—No es mi culpa, tú le has matado, aquí el psicópata asesino eres tú — me defendí, con más firmeza de la que sentía. Él sonrió con suficiencia.

—Tú le metiste en esto. Y no habría tenido que ir tan lejos de no haber sido por ti. Si no te hubieras largado corriendo a casa de Villalba, asustado como un niño pequeño...

—¿Como un niño pequeño? —repetí perplejo —Si querías matarme, joder —no había sido para nada una reacción de niño pequeño, había sido una reacción lógica y normal que probablemente me había salvado la vida.

—Tú me obligaste a tomar una decisión radical. Si no hubieras salido corriendo a esconderte y no te hubieras puesto a hablar del sábado, habría dejado tranquilo a David —otra vez buscaba hacerme sentir culpable, y además sonreía, sabiendo que lo estaba consiguiendo.

—El sábado —murmuré, ese cabrón sabía pinchar donde más dolía, pero también yo sabía jugar a ese juego —¿Qué puto miedo se te debió de meter en el cuerpo cuando recibiste la alerta de que había un ataque en casa de Lucía, no? Después de espiarla durante tanto tiempo, de calcularlo todo... está todo listo, ella está lista, y de repente tienes que salir de allí echando hostias —no pude evitar sonreír, era una pequeña satisfacción el imaginarme a ese tío asustado —¿Qué putada, eh?

Me miró furioso. Me di cuenta de que disfrutaba al sentir su odio sobre mí, sobre todo mientras sujetaba su pistola en mi mano.

—Tan listo que eres, ahí te la di pero bien ¿eh? Y cuando eché a correr detrás de ti... Debías de estar tan confuso, debías de estar completamente acojonado —apartó la vista, obviamente furioso al recordarlo —Yo haciéndote huir a ti —me jacté —Obligándote a dejar a Lucía antes de empezar, obligándote a cambiar de planes y salir corriendo... Ojalá te hubiera alcanzado ese día...

—Ojalá, sí —repuso mirándome con odio —Si hubieras seguido corriendo te habría reventado la cabeza con ese adoquín, pero te paraste, ¿es que te entró el miedo? —ignoré su pregunta deliberadamente.

—Tu coche está en los vídeos. No el puto Opel Astra, pero tienes otro, un Volvo negro. Tuyo o de alguien que conoces, será de un primo o de tu madre, o qué sé yo. Aunque de tu madre no creo, no creo que te llesves bien con ella, seguro que tú tienes problemas con tu madre. A lo mejor la tienes enterrada en el sótano ¿eh? ¿No salís todos jodidos de la cabeza porque vuestra madre no os quería de niños, los psicópatas digo?

—No hables de mi madre.

—¿He ofendido al niño de mamá?

—Cállate —ordenó, vi que apretaba los puños, estaba tocando hueso y me encantaba.

—No, otra cosa tal vez, pero cerrar la boca... no se me da nada bien. ¿Cómo era tu madre? —pregunté con curiosidad —¿Se parecía a Violeta? ¿Es por eso que te dio tan fuerte con ella? ¿Por eso no te importó que fuera un poco puta? ¿Porque se parecía a tu madre?

Me miraba furioso, le estaba cabreando de verdad.

—Tal vez también se parecía en lo de ser un poco puta, ¿tu madre era un poco puta también, o era más bien muy puta?

—Cierra la boca —ordenó.

—¿Sabes? Se me ocurrieron más nombres para regalos absurdos —expliqué, porque realmente era algo que me había estado rondando la cabeza durante todo el día, como ese nombre de un actor que no recuerdas hasta que de repente, en mitad de cualquier otra cosa que no viene a cuento, salta a tu mente —Paloma, por ejemplo. Pues una paloma ahí aleteando y cagándose en todo, un regalo cojonudo, ¿a qué chica no le gusta eso? O Gema, ese, el regalo, pues ya es mejor. Y el más apropiado para ti, Dolores, y coges tú ¿y qué le regalas? Pues justo eso, ya que eres un puto sádico de mierda.

—¡Cállate! —voceó, y vi que se revolvía en el suelo para incorporarse, tal vez para atacarme.

Moví la pistola ante él para que la viera y se quedara quieto, agarrándola con más fuerza aún, porque no me fiaba mucho de lo que ese cabrón pudiera intentar. Y de repente me miró sorprendido, se le había pasado algo por la cabeza. A mí su gesto me puso nervioso, porque si él tenía una idea, eso no podía ser bueno para mí.

—Me estás provocando —comprendió.

Yo asentí. Sí lo hacía, porque era divertido. Sonrió.

—No quieres grabar una confesión, lo que quieres es que te ataque, ¿es eso?

Yo dudé, sorprendido por la idea.

—¿Quieres tener una excusa para pegarme un tiro? —comprendió — Ya, pues no va a ocurrir. Sabes lo que soy, sabes lo que podría hacerle a tus amigos, a tu familia... Tal vez a tu madre ya que mencionabas a la mía —me puse tenso al oír que mencionaba a mi madre, me di cuenta de que igual hablar de madres había sido ir demasiado lejos, prefería vetarlas —A tu

amiguita, esa que te ayudó... Ana. Me acuerdo bien de ella, como para olvidarla...

El que ahora se estaba cabreando seriamente era yo.

—No es mi tipo, pero haría una excepción con ella... Me gustó su tatuaje, el de la cadera. ¿Se lo has llegado a ver? No está muy a la vista...

—Hijo de puta —murmuré, él sonreía.

—Sí, te haría la vida más fácil si yo desapareciera ¿verdad? —no podía negar la evidencia. Recordé como Ana me había dicho que no podría volver a sentirse segura hasta que ese tío estuviera muerto —Pero no voy a ponértelo tan fácil. Si quieres matarme, tendrás que apretar el gatillo a sangre fría. No voy a darte una excusa.

Yo le miraba, dándole vueltas a la idea que planteaba. Él sonreía.

—¿Es por eso que querías que te hablara de lo que he hecho, no? Quieres tener un motivo para matarme... ¿Te crees capaz? ¿En qué te convertiría eso si no en un asesino como yo? Claro que puede que al fin y al cabo no seamos tan diferentes.

—No soy como tú —aseguré —Aunque te pegara un tiro ahora mismo, nunca sería como tú. Yo no voy por ahí violando y matando gente, no soy un perdedor que se enamoró de una chica que ni le miraba y que ha ido por ahí recreando la vez que la violó y mató.

—No tienes ni idea —gruñó, furioso.

—Pero sí la tengo. Violeta no te quería, la violaste y la mataste, y ya está.

—Tú no sabes nada de Violeta.

—Y tú tampoco —aseguré —No la conocías, ¿crees que por acosarla sabías quién era? Ella pasaba de ti, ella tenía una vida y tú no eras parte de ella... Lo único que fuiste para ella fue el cabrón que se lo quitó todo, tuvo mala suerte al conocerte. Seguro que cuando le regalaste las violetas te las aceptó y las puso en un jarrón sólo por pena...

—No, le gustaron —aseguró furioso, yo le miré escéptico —Le gustaron —repitió, ahora apenas un murmullo.

Pensé que ya tenía suficiente.

—No te he provocado para que me atacaras y pegarte un tiro, no soy un asesino como tú —aseguré, mientras desviaba la mano hacia el móvil en el bolsillo trasero de mi pantalón, lo alcé ante él —Lo que sí soy es un mentiroso. Porque te he mentado, sí que me importaba el vídeo, pero este. Este que estoy grabando con mi otro móvil ¿lo ves? —le enfoqué con la

cámara, él miró el Samsung perplejo —Va a ser un bonito recuerdo de nuestro encuentro, ya que me has parado el otro vídeo. Pero, como ves, tengo uno de repuesto, más completo y más interesante, ¿no te parece?

Me miraba totalmente perplejo, no podía creérselo. Yo me aseguré de que su gesto de absoluta sorpresa quedara grabado en el vídeo.

—Tienes dos teléfonos —balbuceó. Yo pensé que pedirle a Raúl que me comprara aquella segunda tarjeta había sido la mejor decisión de mi vida.

—Estás jodido —aseguré —Te tengo. Yo veo lo que eres y todo el mundo lo verá.

Su rostro se ensombreció, miraba fijamente el móvil, después pasó a mirar la pistola.

—Ahora sí que puedes llamar a la policía pidiendo ayuda —señalé el iPhone que él aún tenía en la mano.

—¿Crees que aceptarán una confesión a punta de pistola?

—Me da que sí —opiné, más valía.

—Sólo he dicho todo lo que he dicho para que no me dispararas.

—Y una mierda —protesté —Has dicho todo eso porque es verdad.

—No, para nada, temo por mi vida. Estás loco, me has atacado, eres un paranoico peligroso —explicó.

—Van a condenarte por esto —protesté, molesto al ver cómo se adaptaba tan rápido al cambio de circunstancias —Van a encerrarte, no te vas a librar después de haber matado a toda esa gente.

—No lo creo, no he sido yo. David es el asesino, todas las pruebas apuntan a él, y cuando le detengan, irá a la cárcel —le miré confuso, pero si le había matado ¿no? —Y durante el tiempo que ese asesino esté en la cárcel, que no será más de veinte o treinta años, y siempre salen antes... —¿en serio? —Seguro que durante todo ese tiempo ese asesino no se olvidará de ti. Esté donde esté, aburrido en la cárcel si le cogen, o en cualquier otro lugar, esperará... Un psicópata frío y paciente como ese no se olvidará de ti.

Me quedé helado, ¿me estaba amenazando? Entonces le vi sonreír, el hijo de puta sonreía. Aun teniendo yo una confesión en la mano, el vídeo aún grababa, ese cabrón me amenazaba y sonreía.

—Creo que ya es hora de llamar a Villalba —le vi buscar el número en mi iPhone y le dio a llamar.

Yo observé mi otro teléfono, el vídeo aún grabando. No lo pensé. Lo paré y me lo guardé en el bolsillo.

—Dame el teléfono —le ordené.

Miró la pistola, todavía apuntándole, y obedeció. Me aproximé a él lo justo para quitarle el iPhone de las manos. Pude oír la voz de Villalba contestar al otro lado. Colgué, también me aseguré de que efectivamente el iPhone no estuviera ya grabando.

Él me miraba y seguía sonriendo, confiado. Sabía que había causado efecto, que había conseguido meterse en mi puta cabeza. Y sabía que yo no podía hacer nada. Aunque todo saliera bien, y aceptaran el vídeo con su confesión y acabara en la cárcel, él seguía ganando. Saldría algún día, y yo volvería a sentir miedo. Volvería a ser él contra mí. Y no sólo contra mí, sino contra toda la gente que me importaba, hasta había mencionado a mi madre, y a Ana. Recordé las palabras de Ana, que nunca volvería a sentirse segura mientras ese tío estuviera vivo. Cualquier persona en mi vida estaría en peligro, cualquier persona de mi vida de ahora y de mi vida en el futuro.

¿Veinte o treinta años? Yo podría estar casado, tendría que temer por mi mujer, tal vez por mis hijos... Joder, en treinta años podría tener una hija que rondase los veinte, como Violeta y las demás, como Marta. Pensé en Marta, ella que había sido el inicio de todo. Me costaba recordar su cara, pero recordaba su risa.

—Llama a Villalba, explícale lo ocurrido y acabemos con esto — insistió.

Acabemos, pensé, ¿pero cómo? Porque podía decidir. Podía acusarle, pasar por todo el proceso del juicio; estaba seguro de que le condenarían, o bastante seguro... Joder, ¿y si no aceptaban el vídeo? ¿Y si una confesión a punta de pistola no servía de nada? Tampoco parecía tan descabellado, la verdad. ¿Y si las pruebas no bastaban para condenarle? ¿Y si realmente no había cometido errores? ¿Y si los vídeos de vigilancia para dar con el Volvo no llevaban a nada?

¿Y si no sólo no le encerraban, sino que decidía vengarse de mí? ¿Y si decidía vengarse de mí pero no en mí? ¿Cómo podría hacer algo así, poner en peligro a todos aquellos que me importaban? Recordé que le había dicho a Ana que no intervendría para salvar a Lucía, porque si tenía que elegir entre dejar morir a una extraña o poner en peligro a la gente a la que quería, no podía sino decidir a favor de los míos. ¿Pero y ahora? ¿No iba a decidir salvar a los míos ahora?

—Sé lo que estás pensando —murmuró —Tú verás lo que soy, pero yo también te veo a ti. Te lo estás planteando ¿verdad? Te gustaría, pegarme un tiro. ¿Crees que eres capaz de algo así, capaz de matar?

Yo dudé, ¿lo era? Me di cuenta de que era una pregunta estúpida, porque ya lo había hecho. Recordé al maltratador, le recordé transparentando en el suelo con el vino chorreándole por la cara. Había sido una decisión fácil entonces, en medio de una pelea, había sido él o yo. Y no me había sentido culpable, no siendo él un maltratador que pretendía matar a su mujer y a su hijo. ¿Pero y ahora? Tenía a un cabrón aún peor delante. ¿No sería todo mucho más fácil? Podría olvidarme de él para siempre, podría no volver a sentir miedo. ¿Cuánto estaba dispuesto a sacrificar por no volver a sentirme así? ¿Por no volver a pasar por lo que había pasado en los últimos días? ¿Por no volver a temer por una amiga, por mi familia...? ¿Por no volver a sentir la culpa de un nuevo crimen si volvía a matar?

—Matar no es tan fácil, no estamos en un puto videojuego...

Le miré. Mostraba aplomo, pero me di cuenta de que se estaba poniendo nervioso. Yo veía en él y él veía en mí, pero lo que él estaba viendo en ese momento no le estaba gustando nada.

—No es tan fácil matar a sangre fría. Porque eso es lo que sería, un asesinato. E irías a la cárcel ¿sabes? ¿O es que crees que te librarías de matar a un policía? Arruinarías tu vida para siempre, yo arruinaría tu vida para siempre.

Tal vez, pero estaría muerto y yo mucho más tranquilo. Si le disparaba podría decir que me había atacado, ya me había disparado antes. Claro que sí era un policía, y yo le había atacado con un extintor... ¿Y si no había pruebas suficientes que demostraran que él había matado a todas esas chicas? ¿Y si realmente parecía que yo era un loco paranoico obsesionado con el caso? Me di cuenta de que la posibilidad de ir a la cárcel tampoco me importaba, no tanto como todo lo demás.

—Hay que ser de una determinada pasta para matar a otra persona. Para mirarle a los ojos antes de quitarle la vida. No puedes si no eres como yo.

—No soy como tú —aseguré.

Le miré, sonreía, quería creerse a salvo.

—Entonces llama a Villalba —yo le observé, dándome cuenta de que tenía que tomar una decisión —No puedes matarme —afirmó.

Me quedé mirándole, ¿podía? Me di cuenta de que la respuesta era un rotundo sí. Podía matarlo, no tenía reparos morales ni de ningún otro tipo, ya lo había hecho antes, apretar el gatillo era fácil. Una pregunta mejor era si quería hacerlo. Y de nuevo la respuesta era sí, quería que ese cabrón estuviera muerto, quería más que nada que desapareciera para siempre de mi vida. Las

consecuencias no importaban, la cárcel era una posibilidad, ¿pero qué más daba si él estaba muerto?

Entonces me di cuenta de que no era sólo que pudiera y quisiera matarlo, es que iba a hacerlo. Porque mientras lo observaba frente a mí, sonriendo con suficiencia, creyendo que no le iba a disparar... empezó a transparentar. Y cuanto más lo veía transparentar, sabiendo lo que eso significaba, más transparentaba.

Pensé en qué decir, sentía que debía decir algo, una frase lapidaria, un cierre... Joder, si yo siempre tengo algo que decir. Pero me di cuenta de que esta vez no, una de esas extrañas ocasiones en mi vida en que el silencio bastaba.

Apunté a su pecho y su transparencia llegó al extremo, parecía ya un espectro frente a mí, como si ya estuviera desvaneciéndose de este mundo. Supe que iba a morir, y vi en su mirada que él también lo sabía. La certeza de lo que iba a ocurrir me hizo sentir extrañamente bien. Apreté el gatillo.

Capítulo 48. Y se hizo el silencio

El disparo resonó con fuerza en el garaje, su cuerpo se desplomó al suelo y se hizo el silencio. Lo observé mientras dejaba de transparentar, que fue cuestión de segundos. Se quedó inmóvil, con el pecho ensangrentado, y los ojos abiertos con la mirada perdida en la nada. Y esa sensación de calma y bienestar seguía inundándome.

Ya estaba, todo había acabado. Distinguí que la pantalla del iPhone en mi mano se iluminaba, Villalba llamaba de nuevo. Respiré hondo antes de contestar y decirle dónde estaba.

Fue cuestión de un par de minutos que oí el ruido de pasos aproximándose, al volver la vista hacia la cuesta del garaje vi aparecer a los agentes Pellicer y Navas. Se acercaron a mí y se quedaron inmóviles, petrificados por lo que veían.

—Suelta el arma —ordenó la agente Navas, desenfundando su pistola y apuntándome.

Me di cuenta de que aún tenía la pistola de Ramírez en la mano. La dejé con cuidado en el suelo, Navas se acercó y la apartó.

—Es Ramírez —observó Pellicer, perplejo al acercarse —Joder, es Ramírez.

—¿Está muerto? —preguntó Navas, vi que Pellicer se agachaba a buscarle el pulso, sabía bien que perdía el tiempo.

Pellicer se incorporó y asintió, sin poder apartar la mirada del cadáver, sobrecogido. La agente Navas se volvió hacia mí.

—Las manos atrás —ordenó, y me puso las esposas.

—¿Qué coño ha pasado? —exclamó Pellicer volviéndose hacia mí — ¿Le has disparado? ¿Has matado a un policía?

Yo no supe qué decir, me di cuenta de que aquello iba a ser más difícil de explicar de lo que había previsto. Navas me dijo que estaba detenido y me leyó mis derechos, como en las películas, y me sacó del garaje, me metió en la parte de atrás del coche en el que habíamos venido. Pellicer se quedó atrás, junto al cuerpo, mientras nos alejábamos le oí maldecir con muchas y variadas palabrotas. Pensé que me llevarían a comisaría, pero en cambio me tuvieron allí esperando en el coche, a través del cristal vi como llegaban más policías, y una ambulancia también.

Cuando Villalba llegó con Cejasjuntas, el subinspector se vino hacia mí hecho un basilisco, profiriendo insultos varios. Fue Villalba quien le contuvo

y le hizo alejarse del coche, y Malaleche se tuvo que contentar con seguir maldiciendo e insultándome desde lejos. No creía que fuera el único policía allí con ganas de partirme la cara si no algo peor, bastaba ver la manera en que me miraban todos al pasar. Era un alivio estar metido en el coche. Villalba apenas me dirigió un vistazo antes de meterse en el garaje. Tardó lo que pareció una eternidad en volver a salir. Al hacerlo vino al coche y entró, sentándose en la parte de delante.

—¿Estás herido? —no me pareció una mala pregunta para empezar.

Negué con la cabeza. Él respiró hondo.

—Estás detenido y no tienes que contestar, pero... estaría bien que me explicaras qué coño ha ocurrido.

Dudé, preguntándome si lo de permanecer en silencio no sería una buena idea. Pero quería contarlo, quería que Villalba supiera que ese cabrón había ido hasta allí para matarme y yo me había defendido, quería que supiera que no tenía nada que ocultar.

—Intentó matarme y me defendí —murmuré, ese pasaría desde ese momento a ser mi mantra. Villalba me miró expectante, obviamente quería más detalles.

Le conté lo que había ocurrido, como lo había visto llegar con el Opel Astra y asustado me había escondido en el garaje, y cómo me había seguido hasta allí, probablemente siguiendo el GPS de mi móvil. Le conté que me había escondido y defendido con un extintor, y que él me había disparado, pero golpeándole con el extintor había conseguido quitarle el arma. Le dije que había confesado los asesinatos.

—Era él. Mató a Violeta, y a Inés y a Marta, y atacó a Ana... y a Lucía... Y ha matado también a David —vi a Villalba respirar hondo, no sé si armándose de paciencia para lidiar conmigo o previendo el marrón que se le venía encima si tenía razón —Sé que no me vais a creer, pero lo tengo grabado.

Alzó la vista perplejo.

—¿Qué?

—En el móvil, tengo un vídeo —señalé el bolsillo de mi chaqueta donde tenía el Samsung, no podía dárselo yo porque estaba esposado.

Villalba me miró incrédulo. Yo me giré para que pudiera alcanzar el bolsillo, se estiró y sacó el Samsung. Le di la clave para desbloquear el teléfono, buscó el vídeo. Vi que Villalba abría la puerta del coche para salir.

—¿Está ahí, no? —pregunté inquieto, si ahora resultaba que no se había

grabado o algo me iba a dar un infarto.

—Quédate ahí —ordenó cerrando la puerta del coche, como si yo pudiera irme a algún sitio, esposado y rodeado de policías que estarían deseando verme intentar huir para pegarme un tiro, o al menos para darme un par de hostias bien dadas.

Le observé a través de la ventanilla, parecía estar viendo el vídeo, por el tiempo que pasó mirando mi teléfono debió de verlo entero, puede que hasta dos veces. Después le vi sacarse el paquete de Marlboro del bolsillo y encenderse un cigarrillo. Llamó a uno de los policías que pululaban por allí y le dio el teléfono, que el policía guardó en una bolsa de plástico. Me pareció que Villalba podía estar haciendo hincapié en la importancia del teléfono por el gesto del policía mientras le escuchaba. Después fue a hablar con Cejasjuntas, que cada vez que pasaba cerca del coche me miraba con odio. Cuando Villalba acabó de hablar con él, el subinspector negó con la cabeza con gesto de cabreo, pero me pareció que Villalba conseguía de nuevo contenerle. Malaleche se fue al interior del garaje, y Villalba se encendió un segundo cigarro. Al terminarlo volvió al coche, se giró hacia mí.

—¿Qué pasó después del vídeo?

—Me atacó y me defendí —expliqué, mi mantra.

Villalba me observó con atención. Yo sentí su escrutinio, lo aguanté sin reaccionar. Nadie podía saber lo que había pasado, nadie salvo yo. Me había atacado y yo había disparado. Así de fácil y sencillo. Esa era la verdad, al menos lo era ahora.

—Esa parte no está en el vídeo.

—Ya había confesado así que lo paré, pero entonces avanzó hacia mí para atacarme y me defendí.

—Tú le estabas apuntando con una pistola —observó —¿Por qué iba a atacarte si tenías un arma?

—No debió de creer que fuera capaz de dispararle...

—¿Así que te intentó atacar mientras le apuntabas con una pistola?

—Sí, hizo gesto de atacarme y yo... yo disparé.

—Pero tú tenías la pistola apuntándole.

—Sí, yo tenía la puta pistola con la que él me había intentado matar unos minutos antes —protesté, molesto por su insistencia.

—¿Cuándo fue eso? ¿Qué pasó exactamente cuando paraste el vídeo?

—Primero intenté llamarte, te llamé —recordé que Ramírez había llamado, y Villalba había contestado —Fue después, tal vez pensó que podía

cogerme desprevenido...

—¿Así que intentó pillarte por sorpresa mientras me llamabas y te atacó?

Yo respiré hondo ante aquella insistencia.

—Sí, él... se movió hacia mí y dispere. No lo pensé, era un puto asesino en serie que quería matarme, yo... sólo disparé.

Me miró escrutándome de nuevo. Yo me pregunté si sabía que mentía, pero no podía saberlo, mi mentira quedaba entre el muerto y yo.

—Así que paraste el vídeo y me llamaste, y entonces él se echó sobre ti y le disparaste —lo pensé un instante y asentí, he de decir que sin mucha seguridad, es difícil mostrar seguridad sobre un recuerdo falso, y yo estaba alterado por todo lo que había ocurrido —Y luego cuando volví a llamar, contestaste al teléfono —asentí de nuevo.

Me miró fijamente, pensativo. En ese momento no me di cuenta, pero Villalba estaba tomando una decisión, y por suerte para mí, decidió en mi favor. Siguió hablando.

—El vídeo lo paraste a las 19.43, está registrada la hora en tu teléfono. También es la hora a la que me llamaste desde el otro teléfono y yo contesté pero colgaste. ¿Fue en ese momento que te atacó? —preguntó en un tono que parecía poner en duda que la respuesta fuera sí, un tono de voz que me hizo dudar, no esperó a que contestara —Después de esa llamada te estuve intentando llamar más veces, pero no contestaste al teléfono hasta cuatro minutos más tarde, a las 19.47.

Sentí que el corazón se me paraba en el pecho, le miré perplejo.

—¿Cuatro minutos? —balbuceé.

—Sí, cuatro putos minutos. ¿Qué hiciste durante ese tiempo, quedarte mirando cómo se moría?

—Sólo tardó unos segundos en morir, no había nada que hacer —aseguré.

—¿Y tardaste cuatro minutos en cogerme el teléfono?

Yo no supe qué contestar, Villalba me observaba con atención.

—Dices que te atacó después de que me llamaras, a las 19.43... Así que imagino, que si preguntamos a los vecinos si oyeron el disparo y a qué hora, o vemos los vídeos, coincidirá con la hora que dices ¿no?

—¿Vídeos? —pregunté sobrecoigido. Mierda, joder.

Villalba me observaba atento a mi reacción, que era de absoluta preocupación que intenté pasar por sorpresa. Pudo dejar de hablar en ese

momento, pero no lo hizo, y no creo que siguiera hablando porque fuera un bocazas como yo.

—Hay una cámara en la entrada del garaje, se oirá el disparo en el vídeo —pensé que si hablaba de la cámara de la entrada tenía que ser porque no había una cámara mejor situada dentro del garaje ¿no? Pareció leerme la mente —No hay cámaras dentro, eso nos facilitaría las cosas... a nosotros al menos —me miraba con gesto acusador —¿Confirmará lo que me has contado, el vídeo de la entrada?

—El vídeo confirmará que yo entré aquí para esconderme y que él venía siguiéndome —asentí —Entró buscándome con una pistola, para matarme. Me había hackeado el móvil...

—¿Cuándo decidiste dispararle? —me interrumpió, y dale con eso — ¿Fue justo después de que pararas el vídeo? ¿Coincidirá la hora, se oirá un disparo a las 19.43 cuando me llamaste?

Sentí un sudor frío en la espalda.

—Puede... puede que no fuera justo después de apagar el vídeo y llamarte... —mierda, pensé —Puede que fuera un poco más tarde.

—¿Puede! —protestó.

—No me acuerdo bien, joder —me defendí —Me han intentado matar y he disparado a una persona, perdóname si no he estado contando los putos minutos...

—¿Qué pasó en esos cuatro minutos? —Villalba me miraba fijamente.

Tenían que ser cuatro jodidos minutos, no podían ser ni tres ni cinco...

—Puede que... habláramos antes de que me atacara.

—¿Seguisteis hablando después de parar el vídeo? Antes has dicho que aprovechó para atacarte cuando te llamé, para pillarte desprevenido.

—Hablamos mucho, no estoy seguro de qué hablamos antes y qué hablamos después de parar el puto vídeo —protesté, me estaba poniendo nervioso y Villalba lo estaba notando —Y tú me llamaste varias veces, así que... No sé cuando fue exactamente...

—¿De qué hablasteis?

Me encogí de hombros.

—¿Y qué más da? Ese tío era un asesino, vino a matarme. Me siguió hasta ese garaje para matarme y cargarle el muerto a David. Mató a David para poder inculparle...

—No sabemos si David está muerto...

—Está muerto —aseguré —Me lo dijo él, está en el vídeo —¿Es que

acaso podía estar vivo todavía? Si lo estaba, más valía que fuera en un sitio donde pudieran encontrarle.

Villalba no quiso llevarme la contraria sobre aquello.

—Tú querías creer que era el asesino...

—Porque lo es —protesté —Has oído el vídeo.

—Le hiciste confesar apuntándole con una pistola.

—¡Era él! ¡Sabes que era él! Mató a Violeta y a las demás... Atacó a Ana, y quería matarme a mí. Me hackeó el móvil y vino buscándome con guantes y una pistola para pegarme un tiro. Sabes que David era un cabeza de turco. Era él quien estaba detrás de todo esto. Puede que os joda, porque era un compañero vuestro y no supisteis verlo, pero eso no lo hace menos cierto.

Me di cuenta de que ahí había metido el dedo en la llaga. Villalba me miraba enfadado.

—No se trata de eso, Carlos...

—Incriminó a David, pero seguro que cometió algún error, no era perfecto, no lo era —protesté —Encontraréis algo en casa de David que no cuadra, o en su casa, algo que demuestre que es él. Daréis con ese puto Volvo negro... Si miráis en su ordenador o en su móvil descubriréis que era él quien había hackeado todos los teléfonos, incluido el mío... Encontraréis copias de las fotos que dejó en casa de David o... Sólo tenéis que seguir investigándole y encontraréis algo.

—Sí, probablemente lo hagamos —concedió Villalba, le miré sorprendido, por un momento creí no haber entendido bien —Claro que encontraremos pruebas: el Volvo, las fotos, el programa espía... Claro que demostraremos que era él y que estaba incriminando a David, pero esa no es la puta cuestión. La cuestión es que deberíamos haber encontrado esas pruebas, y haberle arrestado, haberle hecho pasar por un juicio y que acabara en la cárcel. Eso es lo que debería haber pasado.

—Pues eso que os ahorro —gruñí, molesto al verle tan enfadado.

No era momento para comentarios fuera de tono, Villalba me miró realmente cabreado.

—¿Crees que esto es una puta broma?

—Vino a matarme y me defendí, no te cabrées conmigo —protesté.

—Así que sólo te defendiste ¿eh? Intentó atacarte y disparaste.

—Sí, exacto —protesté —¿O es que crees que pasaba por el garaje donde yo me había escondido por casualidad? ¿Llevando una pistola por casualidad? Me disparó dos putos tiros.

—Sí, creo que te siguió hasta allí para matarte —yo asentí satisfecho porque al menos reconociera eso —Pero eso no quita para que las cosas no hubieran debido terminar así.

—Al menos han terminado bien.

—¿Bien! —protestó.

—Mejor muerto él que yo —objeté.

—¿Y mejor muerto que en la cárcel?

—¿De verdad crees que habría terminado en la cárcel? —protesté, me estaba empezando a cabrear yo también —Ibais a por David, y os gustaba más como candidato que Ramírez. ¿De verdad crees que habría terminado entre rejas? ¿Que no habría conseguido librarse? No queríais ver que era un puto policía, no habríais mirado más...

—No íbamos a hacer la vista gorda porque fuera un policía, pero necesitábamos pruebas, y habríamos dado con ellas, habríamos conseguido encerrarle.

—Seguro —gruñí.

—En casa de David, en los objetos que le incriminaban, el pendrive y las fotos..., sólo había un juego de huellas —miré a Villalba confuso, sin saber de qué leches hablaba —Como si David sólo hubiera tocado esas cosas una vez. También encontramos un pétalo de violeta en la entrada. La maceta estaba en la terraza, pero había un pétalo fresco junto a la puerta de la casa.

Le miré aún confuso.

—Porque pusieron esas cosas ahí —observé —El pétalo se caería cuando entró con la maceta...

—Exacto. Habríamos demostrado que David estaba siendo inculcado, y habríamos dado con el puñetero Ramírez de la foto, y le habríamos investigado, y habría terminado en la cárcel. Eso es lo que debería haber pasado. Habríamos encontrado pruebas y un juez le habría condenado.

—Eso podría no haber funcionado —insistí, me miró fijamente —Al menos ahora ya no hará daño a nadie... incluyéndome a mí. Mejor él que yo, mejor él que cualquier otra persona.

—No funciona así, Carlos.

—Me la pela cómo funcione. Prefiero que haya acabado así que no de otra manera.

Me miró fijamente, tan cabreado él como estaba yo. Me di cuenta, probablemente un poco tarde, de que era mejor contener la lengua, no quería arrepentirme de nada de lo que dijera, y probablemente ya había dicho más de

lo que debía. Sí, probablemente debería haber cerrado la puta boca hacía ya un rato.

—¿Sabes lo que más me preocupa? No es que Ramírez esté muerto. No le echaremos de menos —al menos en eso estábamos de acuerdo —Me preocupa que no te des cuenta de lo que has hecho. Has quitado una vida y parece darte igual.

—No me da igual —aseguré.

—¿Te alegra entonces?

—Pues no me entristece —protesté, de nuevo me di cuenta de que tenía que cerrar la boca, pero no quería —¿Qué coño quieres? ¿Quieres que llore? ¿Que... reflexione sobre lo divino de la vida humana y me sienta culpable por lo que he hecho? Ese tío violó, torturó y asesinó a Violeta, Inés y Marta. Y de rebote mató a Juan y a David, haciendo a todo el mundo creer, incluido a sus familias, que eran monstruos. Atacó a Lucía y secuestró a Ana, la drogó y la ató en su cama, le hizo temer por su vida, sabiendo lo que le hacía a esas chicas ¿Puedes imaginarte lo asustada que debía de estar? ¿Puedes siquiera pensar en cómo tiene que ser, que alguien que sabes que hace lo que él hace te tenga a su merced? Me amenazó a mí y a todo el que me importa ¡Intentó matarme! Vino a ese garaje para matarme, y me disparó dos tiros, joder. ¿Quieres que sienta pena? No la siento. ¿Sabes lo que siento? Alivio. Ese cabrón está muerto y nunca más podrá hacer daño a nadie. No es una gran pérdida, de hecho, es una puta victoria. Deberíais alegraros, deberíais felicitarme.

Villalba no contestó, se limitó a mirarme en silencio. Yo bajé la vista.

—No te correspondía a ti juzgar ni hacer de verdugo.

—Fue él quien me puso en esa posición, no lo pedí yo —aseguré — ¿Crees que quería llegar a esto?

—Tal vez —murmuró, le miré molesto —No estoy seguro de saber qué querías, Carlos. Es gracioso, en el vídeo dices que no eres como él. Dices también que tú veías lo que él era, y que él te veía a ti. No estoy seguro de lo que veo yo.

Noté la decepción en su voz, por un momento esa decepción dolió, sólo por un momento.

—No es como que disfrutara matando a ese cabrón ¿sabes? Pero hice lo que tenía que hacer para salvar mi vida. Y no me arrepiento. Es algo con lo que tendré que vivir el resto de mi vida, sí, pero al menos tendré una vida que vivir, una vida en la que nadie más sufrirá por ese hijo de puta. Eso es lo que

soy, joder, me veas o no me veas.

Villalba volvió a quedarse en silencio, bajó la vista pensativo.

—Puede que vayas a la cárcel por esto, ¿crees que merece la pena, arruinar tu vida así?

Tragué saliva, inquieto por la perspectiva de ir a la cárcel.

—Sólo me defendí, yo... —bajé la vista pensativo —Sí, creo que sí merece la pena.

Me observó en silencio, yo pensaba ya en lo que se me venía encima.

—¿Qué me puede caer? Me estaba defendiendo, ¿eso ayudará, no?

—Hablamos de un delito de homicidio, eso son de diez a quince años de cárcel —respiré hondo, quince años son muchos años —Se te podría aplicar una eximente de legítima defensa, con suerte, podrías librarte... o al menos se reduciría la pena... Eso si el juez considera que te estabas defendiendo.

Le miré pensativo, asentí.

—Vale —murmuré, porque, sinceramente, me parecía bien. Asumiría las consecuencias, no me importaba. Seguía estando bien.

Villalba negó furioso por mi resignación.

—Carlos, esto va a cambiarte la vida...

—Me parece bien —aseguré sin pensarlo, porque no hacía falta pensarlo —Iré a la cárcel si tengo que hacerlo, está bien.

Villalba me observó pensativo, asintió con gesto resignado.

—Vamos a llevarte a comisaría, te tomaremos las huellas y nos quedaremos con tu ropa. Después te tomaremos declaración, tendrás que contar en detalle qué ha pasado ahí dentro.

Yo asentí con gesto cansado. No necesitaba que Villalba lo entendiera, pero me daba cuenta de que me hubiera gustado que lo hiciera. Villalba abrió la puerta del coche para irse, se detuvo un instante antes de hacerlo.

—¿Quieres que llamemos a alguien por ti? ¿A tus padres o... tal vez a esa novia tuya, la abogada?

—No es mi novia, es mi ex —corregí estúpidamente, como si eso importara.

—Lo que sea, abogada sí que es ¿no? —gruñó.

Yo asentí.

—Sí, eso... vale.

—La llamaré —murmuró.

Yo asentí agradecido, y Villalba desapareció de allí.

Capítulo 49. Sí que estaba bien

Me llevaron a comisaría, donde me tomaron las huellas y también se llevaron mi ropa y mis zapatillas, y me bajaron al calabozo. Pasé lo que me pareció una eternidad allí, aunque probablemente sólo fue cosa de una hora. Como no tenía ninguno de mis teléfonos, que me hacían de reloj, no podía saber la hora. Un agente vino a buscarme y me llevaron a una salita con un ordenador. Allí me encontré con Lorena, que se me echó encima y me abrazó.

—Carlos, ¿estás bien? —me miró de arriba abajo, cogiéndome de las manos y apretándolas con fuerza. Yo asentí, pero me di cuenta de que no me creía —Me ha llamado el inspector Villalba, me ha contado lo que ha ocurrido... ¿Seguro que estás bien?

—No estoy herido —aseguré.

—No me refiero a eso.

Asentí, estaba bien. Me miró con atención, estudiándome. El agente que me había llevado hasta allí se retiró cuando apareció el subinspector Cejasjuntas, al mirarle vi que no parecía tan enfadado como hacía un rato.

—Antes de empezar voy a por un vaso de agua, ¿queréis uno?

Lorena negó sorprendida, y miró como Cejasjuntas se dirigía a la sala contigua, hacia uno de esos bidones de agua con grifito y vasos de plástico. Lorena se volvió hacia mí.

—No digas una palabra —ordenó.

La miré confuso por la orden.

—Ya les he contado lo que ha pasado —expliqué, me miró perpleja, puede que enfadada.

—¿Te han dicho que tenías derecho a no declarar, no?

—Sí —murmuré. Sí, probablemente tenía que haber ejercido ese derecho y haberme quedado callado. En las series siempre la cagan por hablar y no pedir un abogado, la cagan por bocazas, y para bocazas yo —Tenía que explicar lo que había ocurrido...

—¿Por qué no pediste que viniera? —protestó ella, definitivamente enfadada, pero no iba a reñirme estando yo detenido después de haber matado a alguien, bastante tenía yo con lo mío.

—Yo sólo me estaba defendiendo, ese tío me había seguido hasta allí para matarme. Y era él, el cabrón que mató a Violeta y al resto, y no era David como ellos sospechaban...

—Ya, ya —interrumpió ella, sin ninguna intención de escuchar mi

historia, atenta a Cejasjuntas que se bebía su vaso de agua con parsimonia en la sala de al lado —¿Así que sí disparaste a ese tío?

—Sí —reconocí, vi a Lorena respirar hondo.

—Y ese hombre era policía...

—Y un asesino en serie también, me siguió a ese garaje para matarme...

—¿Y después de dispararle llamaste a la policía y confesaste?

—Villalba me había estado llamando y le contesté y le dije dónde estaba —expliqué —Me encontraron con la pistola en la mano —no habría servido de mucho guardar silencio ¿no? —Pero fue en defensa propia, él vino a matarme...

—¿La pistola era tuya?

—No —aseguré, ¿de dónde coño iba a sacar yo una pistola? —Era suya, la iba a usar para matarme y se la quité.

—¿Cómo? —preguntó extrañada.

—Le atacé con un extintor.

—Un extintor que encontraste allí —asentí, obviamente no me había traído el extintor de casa —Así que él te atacó y tú te defendiste. No podías hacer otra cosa —asentí otra vez, preguntándome cuántos detalles le habría dado Villalba —En ese momento temías por tu vida —asentí de nuevo —¿Iba armado cuando le disparaste?

Lo pensé un instante y negué.

—¿El arma que le quitaste era su arma reglamentaria? —la miré confuso por la pregunta —¿Le disparaste con su pistola?

—No, creo que era otra pistola, no era como la de los otros policías, era más pequeña.

—Así que tal vez sí tenía su arma encima, digo la reglamentaria.

—Tal vez —reconocí, no se me había pasado por la cabeza, tal vez debería haberle registrado por si acaso, aunque no sé si me habría atrevido a acercarme tanto a él.

—Y siendo un policía adiestrado podría haberte hecho daño aun sin armas, y más estando tu todavía recuperándote de tu accidente... ¿Tu hombro está bien? ¿Te duele? Forcejeasteis ¿no? Debería verte un médico.

Miré a Lorena confuso por las preguntas que me estaba haciendo, un tanto particulares.

—Estoy bien.

—Estás recuperándote de una lesión muy seria, ¿seguro que no te duele?

—Me duele un poco —reconocí —En el forcejeo me caí sobre un

coche...

—Pediremos que te examine un médico, un golpe así estando recuperándote de lesiones tan graves puede ser algo serio, desde luego pudo limitar tus opciones de defensa...

—Estoy bien —murmuré, Lorena me pintaba otra vez como un inválido, ella me miró con gesto severo —Pero supongo que no pasa nada porque me vea un médico.

—¿Habías bebido o habías tomado alguna sustancia? —negué, extrañado por la pregunta.

—Ha sido a las siete de la tarde —protesté, no eran horas de estar borracho o colocado, menos yo que no me colocaba con nada.

—¿Habías fumado algo? —reformuló Lorena, volví a negar.

Cejasjuntas regresó a la salita.

—¿Podría traerme ese vaso de agua que me ofrecía antes? —pidió Lorena, con la más encantadora de sus sonrisas —¿Y ya de paso otro para él?

Cejasjuntas miró a Lorena fijamente y con una sonrisa forzada asintió y salió otra vez para ir a por los dos vasos de agua.

—¿Le disparaste sólo una vez? —preguntó Lorena apenas le vio salir, yo asentí —¿Dónde le disparaste?

—En el pecho —respondí, por lo rápido que se había muerto, probablemente en el corazón.

—No tienes experiencia disparando, obviamente disparaste sin apuntar, al bulto que se echaba sobre ti... Eso está bien —comprendí que de haber apuntado a la cabeza habría sido peor —Te estabas defendiendo —afirmó.

—Él me había seguido hasta allí para matarme —repetí.

—¿Estás seguro de que era él, ese asesino?

—Sí, era él. Grabé su confesión, con el móvil, aunque fue cuando ya le había quitado la pistola, pero está muerto, así que su confesión servirá ¿no? —puede que una confesión a punta de pistola no sirviera para acusarle, porque vulneraba sus derechos o lo que fuera, pero para demostrar que era él y demostrar que yo me estaba defendiendo, ¿eso sí, no? Debería servir. Más valía que sirviera.

—Así que él te siguió hasta allí, le quitaste la pistola con un extintor y le grabaste confesar sus crímenes... y luego ¿te atacó y le disparaste? —asentí, eso era, más o menos —Él era un asesino, y con formación policial, conocimientos técnicos de defensa personal... y te atacó. No tenías otra forma de defenderte que implicara menos daño que ese, ya que tú estás

recuperándote de una lesión y no podías hacerle frente, y disparaste una sola vez...

Yo asentí, eso era. Lorena respiró hondo, creo que no le sonaba tan mal como había previsto, me miró y sonrió tratando de darme ánimos.

El subinspector Ortiz volvió, le ofreció un vaso a Lorena, que le dio las gracias, y dejó el otro frente a mí. Se sentó tras el ordenador. Me di cuenta de que se le habían bajado los humos conmigo, ya no parecía morirse de ganas de partirme la cara, ya ni siquiera parecía mirarme con odio. No entendí hasta más tarde que era así necesariamente o no habría hecho todo aquel paripé del vaso de agua para darle tiempo a Lorena de hablar conmigo. Al parecer los abogados no pueden hablar a solas con un detenido hasta después de la declaración policial, lo cual me parece bastante mal, por cierto. Se limitan a estar presentes para asegurarse de que todas las garantías procesales se cumplen, que te leen tus derechos y eso, y con suerte te hacen algún gesto para que no declares y te esperes a declarar frente al juez.

El subinspector volvió a leerme mis derechos ante la mirada conforme de Lorena, después se volvió hacia mí.

—Voy a tomarte declaración, así que necesito que me cuentes todo lo que ha pasado esta tarde en ese garaje. Lo escribiré y después tendrás que firmarlo. El juez de instrucción tomará en cuenta tu declaración y las pruebas que le presentemos para definir si hubo delito y de qué tipo. Si considera que hubo delito remitirá el caso al tribunal de lo penal —explicó el subinspector.

Empecé a hablar y a contar lo que había ocurrido desde que había salido de comisaría con Pellicer y Navas. No se me escapó la mirada tensa de Lorena cuando conté cómo había atacado a Ramírez con el extintor y él me había disparado.

—Disparó dos veces, no me dio porque me había resbalado sobre un coche.

—Y se golpeó el hombro —explicó Lorena —Después de la declaración queríamos que le viera un médico, Carlos se está recuperando de un aparatoso accidente y puede necesitar tratamiento.

—Me he hecho daño en el hombro —secundé, como un alumno bien aleccionado.

El subinspector asintió conforme.

—Cuando le atacaste con el extintor, ¿él se encontraba entre la salida y tú? —preguntó el subinspector —¿No viste opción de huir?

Era tentador decir que sí, pero no era cierto, y había visto a los de la

Policía Científica entrando en el garaje con esos trajes blancos cubriéndoles de arriba abajo. En el garaje habrían visto de qué columna había descolgado el extintor y la dirección de los restos de polvo químico, sabrían dónde estaba yo y dónde estaba Ramírez cuando le había fumigado. Ese es el peligro de ser un mentiroso, abusar de mentir; hay que saber elegir tus mentiras.

—No me bloqueaba la salida —reconocí —Él se había adentrado más en el garaje, le había hecho ir para allí dejando mi teléfono en la parte trasera de una ranchera y llamándome —el subinspector asintió, ya había tomado nota de esa parte, y me pareció que le había parecido una treta inteligente - Supongo que podría haber intentado correr hacia la cuesta o el ascensor... pero no me atreví —mentí —Imaginaba que llevaría una pistola y pensé que podría dispararme... No fui capaz de moverme, así que utilicé el extintor.

Seguí contando lo que había pasado, expliqué nuestra conversación grabada en vídeo. Ortiz me interrumpía de vez en cuando para hacer alguna pregunta, para clarificar algún punto, pero él había visto el vídeo y sabía de antemano las respuestas a sus preguntas.

—¿Qué pasó cuando apagaste el vídeo?

Cuatro minutos, pensé. Cuatro jodidos minutos.

—Lo estás haciendo bien —me animó Lorena, me señaló el vaso de agua frente a mí y yo me lo bebí de un par de tragos.

—Le dije que me diera el iPhone que tenía en la mano, Villalba estaba intentando dar conmigo y quería contestarle y decirle lo que había pasado. Al quitarle el teléfono colgué sin querer. Iba a llamar a Villalba, pero... él siguió hablando —expliqué.

—¿De qué?

Me quedé un instante en silencio, pensando bien lo que iba a decir, por suerte había tenido tiempo en el calabozo para pensar en esos cuatro minutos que no habían quedado grabados en vídeo.

—Me dijo que no le condenarían, que la policía no iría contra un compañero, que nadie me creería... —el subinspector me escuchaba con atención —Le dije que tarde o temprano verían el tipo de cabrón perturbado que era e iría a la cárcel. Le dije que no erais tan ciegos, que pese a que fuera uno de los vuestros seríais capaces de ver más allá, de daros cuenta de que sólo un policía podría haber sabido que tenía que huir de casa de Lucía, y que habría cometido algún error y lo encontraríais, algo que no encajaba en la casa de David, que encontraríais pruebas, y que habría algún detalle que conduciría a él, que era cuestión de tiempo... y que al final todo el mundo

sabría quién era, qué era. Le dije que me aseguraría de que un juez le condenara y que se pudriría en la cárcel. Le dije que disfrutaría cada puto día que pasara ahí encerrado gracias a mí —mentí de nuevo, esperando en el calabozo había creado en mi mente una conversación completa de cuatro minutos, una conversación alternativa a la verdad, que ahora era la nueva verdad y la única que contaba.

—¿Y después?

—Me atacó, bueno, hizo gesto de atacarme...

—¿Te atacó o hizo gesto de atacarte? —preguntó Ortiz, vi que no había tecleado nada, esperando a mi respuesta.

—Se movió hacia mí, para echarse encima mío —afirmé, tenía que sonar convincente, me había atacado, pero no quería inventar nada que luego las pruebas desmintieran, no podía decir que estaba demasiado cerca de mí ni que me había tocado si no era cierto —Vi que se movía hacia mí, que me atacaba, y disparé —sentí a Lorena tensa a mi lado —No sé si tenía otra arma, imaginaba que la que yo le había quitado no era su pistola, sino otra con la que pretendía inculpar a David, así que tal vez llevaba la reglamentaria encima...

—¿No le registraste para ver si tenía otra arma?

—No me atrevía a acercarme tanto a él —aseguré —Sólo le hice mantener las manos a la vista todo el tiempo.

Asintió y siguió tecleando.

—Así que se te echó encima atacándote...

—Me asusté y disparé —asentí.

Lorena me miraba fijamente, manteniendo la compostura en su papel de abogada, pero horrorizada al escuchar los detalles de lo que había pasado, sobre todo al darse cuenta de lo cerca que había estado de que ese loco me matara.

—Carlos sólo se defendía —observó —Usó los medios de que disponía, sabiendo que se enfrentaba a un asesino violento con entrenamiento en lucha y posiblemente armado, que ya había matado a varias personas antes y que le había seguido hasta allí con la intención de matarle a él también.

—Deje que sea Carlos quien se explique —cortó Ortiz, ligeramente molesto.

—Sólo me defendía —repetí —Ese tío era policía, sabía pelear y... había matado a cinco personas, y me quería muerto a mí también —Ortiz asintió con gesto desganado al ver que repetía lo que había dicho Lorena.

—¿Apuntaste al pecho al disparar?

—No apunté a ningún sitio, sólo disparé, al bulto que se me echaba encima —aunque no se movió lo más mínimo, pude imaginarme a Lorena a mi lado asintiendo satisfecha por esa aclaración —Fue un acto reflejo, lo vi moverse hacia mí y yo... apreté el gatillo.

El subinspector Ortiz asintió mientras seguía tecleando.

—¿Cuántas veces disparaste? —preguntó.

—Sólo una —no me había hecho falta más.

—Carlos nunca había disparado un arma, ni siquiera había tocado un arma de fuego en su vida antes —aseguró Lorena, mirándome apenas un instante para confirmar, yo asentí —No buscaba matar, sólo protegerse —asentí efusivamente de nuevo.

—¿Y qué hiciste entonces? —no supe muy bien a qué se refería —¿Pediste ayuda o intentaste auxiliarle?

Para rato iba a ayudar a ese cabrón, pensé.

—Murió casi al instante, no había nada que hacer...

—Le atravesaste el corazón, eso mata rápido —observó Ortiz.

Tal vez demasiado rápido para lo que este tío merecía, pensé. Sorprendentemente, me dio la impresión de que Ortiz debía de estar pensando algo parecido.

—¿Qué hiciste entonces?

—Vi que él... bueno, se quedaba inmóvil en el suelo, estaba muerto... Villalba seguía llamándome así que le contesté y le dije dónde estaba para que vinieran a buscarme.

Ortiz asintió y siguió tecleando. Temí que fuera a preguntar más sobre el periodo entre que apagara el vídeo y el disparo, entre las dos llamadas de Villalba, esos cuatro minutos... pero no hizo más preguntas. Lo que le había contado le parecía más que suficiente. Vi que terminaba de teclear y releía lo que había escrito.

—¿Y ahora qué? —pregunté al ver que Ortiz no decía nada más —¿Sigo detenido? ¿Me vais a llevar a la cárcel?

—Tendrás que quedarte aquí hasta que vea tu caso el juez de instrucción, él decidirá que pasa después —me explicó Lorena, la impresora junto al ordenador comenzó a hacer ruidos al encenderse —Si ya han levantado el cadáver, supongo que habrá que esperar a mañana...

—¿Y el juez de instrucción decidirá si voy a la cárcel?

—Estoy segura de que no ordenará prisión cautelar. Te defendiste de un

asesino que quería matarte, es un caso claro de legítima defensa. No tienes antecedentes, tu familia vive en la ciudad y no tienes recursos económicos que puedan apuntar a un riesgo de huida, no hay riesgo de que cometas otros hechos delictivos, y además has colaborado con la policía en todo momento... Seguro que te dejará irte a casa a la espera de juicio, y si no es así recurriremos —aseguró.

El subinspector no dijo nada, en silencio recogió mi declaración de la impresora y nos la entregó para que la leyera y firmara. Tanto Lorena como yo nos inclinamos sobre la mesa para leerla y asegurarnos de que todo estaba bien. Mientras leía, muy cerca de ella, sentí el jodido perfume de la manzana entrarme hasta el fondo de la nariz. Al terminar de leer Lorena me hizo un gesto de asentimiento, conforme con lo que estaba escrito, y yo firmé. Ortiz recogió la declaración.

—Tenéis cinco minutos hasta que me lo vuelva a bajar —le dijo a Lorena.

Ella asintió, y yo me la quedé mirando expectante.

—¿Voy a ir a la cárcel? —pregunté apenas Ortiz salió de la sala.

—No, no vas a ir a la cárcel —aseguró Lorena con firmeza.

—¿Homicidio son de diez a quince años, no?

—Es un caso claro de legítima defensa, no te van a condenar —asentí no muy convencido, puede que Lorena sólo quisiera tranquilizarme, o a lo mejor lo que quería era creérselo ella.

—Pero voy a ir a juicio para ver... si sí me defendía ¿no?

—En el juicio se decidirá si tu defensa fue justificada y proporcionada al riesgo que corrías...

—¿Y si creen que no? ¿Si creen que no me estaba defendiendo o que me pasé disparándole? ¿Serían de diez a quince años, no?

—En el peor de los casos sí, pero estoy segura de que reconocerán la legítima defensa y saldrás libre, o al menos se reduciría la pena como atenuante... —yo asentí inquieto, Lorena me miró con gesto firme —Eso en el peor de los casos —repitió, quería que yo viera claro que no era lo que debía esperar —Hablamos de un asesino en serie que ha matado a varias personas, y te había seguido hasta allí para matarte a ti también... Tú te defendiste con el arma que él había traído para usar contra ti, él era un hombre peligroso y tú te recuperas de una lesión grave... —yo asentí, todo eso era cierto —No te van a condenar, no por matar a un asesino en serie —me sonrió queriendo transmitirme seguridad.

Yo asentí, tal y como lo describía ella sonaba muy razonable que no me condenaran ¿no? Y ella parecía muy convencida.

—No voy a dejar que vayas a la cárcel, Carlos —aseguró, y aunque sabía que no dependía de ella, supe que lo decía en serio —Todo va a salir bien —me sonrió, tratando de transmitirme su confianza, y lo cierto es que lo consiguió, me hizo sentir más tranquilo, me hizo sentir que efectivamente todo saldría bien.

Lorena me prometió que volvería a la mañana siguiente, y me dijo que avisaría a mis padres de lo ocurrido. Me despedí de ella con otro abrazo.

—¿Seguro que estás bien? —me volvió a preguntar, obviamente no se lo creía.

Yo asentí.

—Estoy bien —aseguré. Sonrió y asintió, eligiendo creerme, o tal vez sólo fingiendo creerme.

Entonces me miró con intensidad un instante, yo le sostuve la mirada. Se inclinó hacia mí para besarme, y esta vez no volví la cara para asegurarme de que me besara la mejilla. Sus labios acariciaron mi mejilla, pero al alargar el contacto de nuestros rostros se acercaron a mi boca y acabaron sobre mis labios.

—Todo saldrá bien —susurró.

Yo asentí, agradecido. Se dio media vuelta y se fue, y yo la observé alejarse. Ortiz me condujo de nuevo al calabozo.

—¿Habéis encontrado algo en casa de Ramírez? ¿O en los vídeos? Seguiréis investigando ¿no? —no era lo mismo que me acusaran de matar a un asesino en serie que a un policía, más valía que eso quedara bien claro en mi juicio.

Ortiz me miró casi divertido por la pregunta.

—Nos has dado mucho trabajo en ese garaje como para sacar tiempo para eso —gruñó.

—Pero lo retomaréis ¿no? Es él, tenéis que encontrar el Volvo y...

—Tú preocúpate por lo tuyo ahora.

Asentí. Me metí en la celda, cuando de repente recordé algo.

—Esta tarde, antes de que Villalba y tú os fuerais a vuestra reunión, ¿le enseñaste un vídeo, verdad? ¿Era del Volvo?

Vi que el subinspector me miraba de nuevo con su familiar gesto de mala leche, casi lo había echado de menos.

—Villalba ya me enseñó otro vídeo, le confirmé que éramos el asesino y

yo —expliqué, tratando de hacerle ver que no era tan importante que me contestara —Identifiqué a ese tío en el vídeo, os ayudé a saber cómo era, su altura y corpulencia...

—No hace falta que veas este —aseguró —Está bastante claro que salís los dos.

—¿Salgo persiguiéndole? —probé.

Me miró pensativo, preguntándose si contármelo o no. Sí que se había ablandado conmigo, antes me habría mandado a la mierda sin contemplaciones.

—Es un vídeo muy interesante, y supongo que no importa que te hable de él, porque vas a saber de él muy pronto... —le miré sin comprender, un poco inquieto por lo que pudiera estar insinuando —Sales persiguiéndole, y de repente, él se para, y de repente, te paras tú también —fruncí el ceño confuso —Se le ve a él doblar una esquina y agarrar algo del suelo, y se detiene a esperarte. Entonces, sin motivo aparente, antes de doblar la esquina, tú te detienes también —yo me quedé blanco, ahora sí entendía, se estaba refiriendo a la esquina de la zapatería, donde me había visto transparentar — ¿Sabes lo que cogió del suelo? Parece un adoquín suelto, y estoy bastante seguro de que se trata exactamente de un adoquín porque eso mismo dijo en el vídeo que grabaste. Cuando hablabais de que le perseguiste y de que ojalá le hubieras alcanzado, él contestó que ojalá, que le hubiera gustado reventarte la cabeza con ese adoquín.

Le miré sobrecogido, procesando lo que me estaba contando, comprendiendo el valor de ese vídeo y la importancia de que ese cabrón hubiera mencionado el adoquín cuando le estaba grabando con mi teléfono.

—Eso demuestra que es él —comprendí, también que hubiera confesado en el vídeo que le había grabado, claro, pero frente a esto no cabía decir que había mentido y confesado por estar yo apuntándole con un arma —Sólo podría saber lo del adoquín si era él, ¿cómo coño podría saber del adoquín si no fuera él?

—Recibimos el vídeo después de que Ramírez se fuera de comisaría, así que no pudo verlo... Así que sí, mencionando el adoquín se incriminó —reconoció Ortiz —Demuestra que él fue quien atacó a Lucía y a quien perseguiste el sábado, y demuestra que no se inventó su confesión por estar tú amenazándole con un arma...

Yo asentí pensativo, contento. Ahí estaba, un error. A nadie podrían quedarle ya dudas de que se trataba de él, desde luego no a Villalba, y

tampoco a Ortiz. Le miré pensativo, a lo mejor era por eso que se había ablandado conmigo, porque sabía que tenía razón y que no era un imbécil paranoico que se había cargado a un compañero suyo inocente, sino que había matado a un puto asesino en serie que se merecía eso y más.

—Claro que la pregunta que yo me hago con ese vídeo es cómo demonios sabías tú que él te esperaba con un adoquín al doblar la esquina — me quedé helado, buena pregunta — Cuando vi el vídeo esta tarde me pareció evidente que no querías alcanzarle, que lo de correr tras él no era más que una farsa.

Le miré sorprendido.

—¿Y que cogiera un puto adoquín de la calle para reventarme la cabeza también era una farsa?

—Quien sabe lo que podía pasar entre vosotros dos...

—Quería matarme de verdad —aseguré.

—Eso dijo Villalba —recordó el subinspector —Él sí que creyó que ese tipo pretendía matarte, y que tú lo sabías y por eso te detuviste, ¿pero cómo lo sabías?

Yo me quedé en silencio, sin saber qué decir. Ortiz me miraba fijamente.

—Oí un ruido —mentí, la única mentira que podía tener lógica —Un ruido cerca, a la vuelta de la esquina y... ya no se oían sus pasos corriendo. Joder, me di cuenta de golpe de que estaba persiguiendo a un asesino en serie, no sabía qué iba a hacer si le alcanzaba, o qué podía hacerme él... me asusté y paré.

—Sí, supongo que pudo ser eso, un ruido... eso o, como dijo Villalba, que tienes una intuición cojonuda.

Le miré perplejo. El subinspector no dijo nada más, se dio media vuelta y me dejó solo en el calabozo. Me senté pensando en lo que Ortiz acababa de decir, después repasé en mi cabeza todo lo que había ocurrido en el último par de horas.

Pensé en Lorena, en cómo me había besado al despedirse, y recordé el olor de la puta manzanita. Recordé cómo me había preguntado, con intensidad, si estaba bien. Yo le había contestado que sí, sin pensarlo, una respuesta reflejo. Ahora tenía tiempo para planteármelo, para pensar en que había estado a punto de morir y había matado a una persona. Me pregunté si realmente estaba bien después de lo que había ocurrido, de lo que había hecho... Me di cuenta de que sí, no había mentido, sí que estaba bien.

Capítulo 50. Algo que ocurre

En la vista de instrucción tuve que volver a contar lo que había ocurrido, esta vez ante el fiscal y el juez. En la vista se presentó el atestado de la policía, que básicamente venía a confirmar mi declaración. Confirmaba que yo había contactado con la policía antes de los hechos para pedir ayuda, y que inmediatamente después de disparar a la víctima había contestado al teléfono para dar mi localización; confirmaba que los dos agentes de policía que habían acudido al lugar de los hechos me habían encontrado allí esperando frente a la víctima, con la pistola todavía en la mano, arma que había dejado en el suelo en que me lo ordenaron, tras lo cual se procedió a mi detención; confirmaba que en el lugar de los hechos se había encontrado el cuerpo ya sin vida de la víctima, o sea Ramírez, sin posibilidad de reanimación, y confirmaba que el detenido, o sea yo, había colaborado en su detención y confesado lo ocurrido de inmediato. El médico forense había certificado la muerte y el juez de guardia había ordenado el levantamiento del cadáver. Durante la inspección ocular del lugar de los hechos se había encontrado un extintor usado, cuyo contenido había sido vaciado principalmente sobre la víctima, encontrándose esta y sus inmediaciones cubiertas por polvo blanco de extintor, y también se habían localizado y recolectado dos balas, una de una columna y otra de la puerta de un coche aparcado. En el atestado se indicaba también que el detenido, yo, había hecho entrega a la policía de un móvil con un vídeo en el que la víctima, Ramírez, confesaba su participación en varios crímenes. También habían encontrado el virus espía instalado en mi móvil, en el iPhone, virus que había estado remitiendo información, incluida mi localización, al móvil de la víctima. Habían solicitado el vídeo de vigilancia de la entrada del garaje para obtener más información que les ayudara a confirmar los hechos, pero todavía no estaba disponible.

En la vista también se presentó un informe de la autopsia de Ramírez, en el que se declaraba que había fallecido de un único disparo que le había atravesado el corazón. También se mencionaban algunas contusiones, probablemente de cuando le había golpeado con el extintor, y que se había encontrado pólvora en su ropa y en los guantes que llevaba, por lo que se deducía que había disparado un arma recientemente.

Como había pedido Lorena, un médico me había examinado la noche anterior, y en la vista también se aportó mi informe médico, donde se indicaba que tenía un hematoma y movilidad reducida en el hombro debido a

una contusión reciente y a mi antigua fractura de clavícula.

Yo esperaba que la vista de instrucción fuera algo parecido a un juicio, con fiscal y abogado haciéndome preguntas, uno acusándome y el otro defendiéndome; pero no, para nada. Lorena me explicó que el papel del juez de instrucción era recopilar información de los hechos para determinar si había habido delito, que obviamente sí, y si había indicios de que lo hubiera cometido yo, que obviamente también; así que no es que el trabajo de ese juez fuera muy complicado ese día. Básicamente recopiló papeles, el atestado de la policía y los informes periciales, y tomó nota de mi declaración... Luego dictó un auto de procesamiento contra el imputado, o sea yo, que venía a ser la decisión de que habría juicio. El juicio oral tardaría aún más de dos años y ahí es donde realmente se decidiría todo.

Lo importante en instrucción eran las medidas cautelares, y tampoco ahí hubo un enfrentamiento entre el fiscal y mi abogada como me había estado imaginando durante toda la noche, simplemente porque el fiscal no solicitó prisión provisional. Lorena me explicó que lo de la prisión provisional era algo excepcional, y que aunque el delito de homicidio obviamente era grave, yo no tenía antecedentes, el riesgo de huida para evitar el juicio era bajo, y ni siquiera el fiscal se creía que hubiera peligro de que yo pudiera volver a cometer un delito vistas las circunstancias en que se habían producido los hechos el día anterior.

En definitiva, la cosa salió bien, y Lorena se sentía optimista de que todo saldría también bien en el juicio. No paraba de repetirme que no condenaría a quien había matado a un asesino en serie, que el bueno en aquella historia era yo y que no me preocupara.

Fue al salir del juzgado después de la vista de instrucción que volví a ver a Villalba, me separé de Lorena y de mis padres para ir a hablar con él. Lorena me retuvo un instante al ver a dónde iba.

—Intenta no decir nada fuera de lugar —me advirtió.

La miré sin comprender a qué se refería. Ya había contado todo lo que había pasado, varias veces en las últimas horas, no se me ocurría que más podía decir que estuviera fuera de lugar.

—Intenta no parecer excesivamente contento de que ese tío esté muerto, tú no querías matarle ¿vale? Sólo te defendiste, él te obligó a hacer algo horrible como es matar a otro ser humano —la miré sorprendido, Lorena me conocía realmente bien.

—No es que esté contento, sólo... aliviado.

Me miró con intensidad, como si creyera que tenía ganas de dar una fiesta.

—No voy a comprar tarta y globos —refunfuñé, me daba la impresión de que Lorena lo creía.

—Sé que te llevas bien con el inspector, pero es un policía y puede declarar y declarará sobre cualquier cosa que digas que afecte al caso... Ese asesino te atacó y tú te defendiste, y no estás orgulloso de ello, simplemente no tuviste opción.

—No estoy orgulloso de ello —aseguré. No lo estaba, orgulloso no era la palabra.

—Ya, tú... cuida con lo que dices —insistió, sí que me conocía bien.

Lorena no sabía de mi conversación con Villalba en el coche cuando me habían detenido, se iba a cabrear si se la contaba... Asentí como si me tomara en serio su advertencia y salí tras Villalba. El inspector se encendía un cigarrillo cuando le alcancé.

—He oído que no vas a ir a la cárcel, al menos por ahora —gruñó al verme —Enhorabuena.

Asentí, pensativo. No parecía decirlo con sorna, y tampoco parecía enfadado ni decepcionado, o lo ocultaba muy bien. Pensé que con los problemas que había causado lo menos era tenerme un poco de tirria, siempre me había parecido que Villalba tenía mucha paciencia conmigo.

—No han pedido prisión provisional —asentí —Pero todavía queda el juicio...

—Si te atacó, entonces estabas en tu derecho a defenderte —observó.

No sé si lo dijo con retintín, tal vez. De golpe me sentí triste. Villalba se había portado muy bien conmigo, me había escuchado y tomado en serio, hasta me había acogido en su casa... Me sentía mal por defraudarle, era lo único que me pesaba de lo que había hecho. Bueno, eso y la pasta que me iba a tener que dejar en abogados, eso también me pesaba y más que me iba a pesar en el bolsillo, o más bien en el de mis padres, cuando empezaran a llegar facturas.

—¿Habéis seguido investigando a Ramírez? —me miró irritado, molesto porque después de todo lo ocurrido me siguiera interesando por aquello —Encontrasteis ese virus espía en mi móvil —observé, eso lo sabía, pero no sabía si tenían algo más, además del vídeo del adoquín, claro.

Villalba asintió mientras daba una calada a su cigarro.

—Estamos en ello —no añadió nada más.

—Espero que todo este tema de Ramírez no te de problemas...

—No, qué va, que uno de los oficiales que trabaja para ti en el caso resulte ser el asesino en serie que buscabas, no da problemas —gruñó con sorna —Todos están encantados conmigo ahora mismo.

Me sentí culpable, aunque sabía que yo no tenía culpa alguna de eso, de otras cosas tal vez, pero no de que ese asesino hubiera resultado ser un poli del equipo de Villalba.

—Lo siento mucho. No te lo mereces —aseguré, y lo sentía de verdad.

—Debimos darnos cuenta, pero supongo que nuestra intuición no es tan buena como la tuya.

No contesté a eso, y él tampoco parecía esperar que lo hiciera. Dio otra calada a su cigarrillo como si tal cosa.

En la vista de instrucción no se había hablado de cómo me había puesto en el punto de mira de ese asesino al colaborar en la investigación del caso, al ayudar a Elena, y a Lucía, ni se había hablado de que conocía a Marta, o de que ese cabrón había atacado a una amiga mía, a Ana... Me pregunté si tendría que dar explicaciones al respecto en el juicio, posiblemente. Tendría que explicar por qué sabía que ese tío me quería matar, y resultaría muy difícil explicar que yo estuviera tan involucrado. Tal vez tendría que hablar de que le había hecho huir de casa de Lucía y le había perseguido, de que había dado una descripción de él a la policía y de que ya había querido matarme antes con un adoquín... ¿Y cómo iba a explicar que estuviera de madrugada frente a la casa de Lucía para ver si aparecía por allí ese loco para matarla? ¿Cómo explicaría haber alertado también a otra futura víctima como Elena? Me di cuenta de que aquel juicio podía resultar muy complicado, y de ser capaz de explicar mi situación y quedar bien dependían los siguientes de diez a quince años de mi vida.

—En el juicio puede que tengas que dar más explicaciones de las que te han pedido hoy, y no me refiero sólo a lo que ocurrió ayer —dijo Villalba, como si me estuviera leyendo la mente —Tendrás que hablar de lo que pasó el sábado, cuando espíaste a Lucía y perseguiste a ese tipo, tendrás que explicar por qué pensabas que esa chica iba a ser su próxima víctima...

—Se parecía a Violeta y a Marta —afirmé, casi como si estuviera ensayando ya para el juicio —No sólo físicamente, sino en los gestos, en la risa...

—¿Igual que Elena, no? —gruñó, asentí en silencio —No sé si el juez y el fiscal se conformarán con eso —repuso Villalba —Claro que aunque te

expliques no creo que puedan entenderlo... Tampoco lo entiendo yo.

Yo dudé, sin saber si volver a quedarme callado o decir algo.

—Yo tampoco lo entiendo —reconocí, me miró sorprendido —Sólo... es algo que ocurre.

—¿Algo que ocurre? —gruñó.

Asentí, básicamente era eso. Tampoco yo sabía cómo explicarlo.

—Si no me hubieras acogido en tu casa estaría muerto, así que gracias —añadí —En serio, te lo agradezco mucho... Y mi madre también te lo agradece, me dijo que te diera las gracias.

Asintió con una media sonrisa.

—Siento que ese cabrón fuera a por ti —repuso —No debería haberte dejado en la comisaría, o no debería haber mandado a Pellicer a buscar a David...

—Iba a venir a por mí fuera adónde fuera —aseguré —Era cuestión de tiempo que diera conmigo.

—¿Y eso lo sabes por qué...?

—Porque lo sé, me quería muerto —afirmé.

Villalba me miró intrigado, pero sabía que si preguntaba yo no diría nada más. Se limitó a asentir, me creía.

—Supongo que debería haber dado más importancia a esos cuatro dichosos minutos —murmuró.

—Necesitabas pruebas —observé —Y puede que yo tampoco os pusiera las cosas demasiado fáciles, tardé bastante en contaros algunas cosas...

—Eso es verdad, has sido un puto tocapelotas desde el inicio —opinó. Le miré sorprendido, pero no me pareció que lo dijera de malas.

—Sí, un poco —reconocí, porque algo de razón tenía, la verdad. Él asintió con convencimiento.

—Tengo que irme —dijo apagando el cigarrillo en el suelo —Me has dejado mucho trabajo pendiente —asentí, sin duda tenían que tener un buen marrón esperando en comisaría —Suerte en el juicio, Carlos, lo digo en serio —asentí, se agradecía —Y espero no tener que volver a verte hasta entonces. Ya sabes, intenta no meterte en más follones, y sobre todo, intenta no volver a meterte en el camino de un asesino en serie ¿eh?

Yo asentí de nuevo. Desde luego no quería tener que volver a cruzarme con un asesino en mi vida, pero lo cierto es que eso era algo que no dependía de mí.

—Lo intentaré.

Villalba asintió con una media sonrisa, puede que porque no se lo creía, y se marchó.

En los días que siguieron continuó la investigación del caso, efectivamente le había dado bastante trabajo a la policía. Encontraron el Volvo negro, que pertenecía al hermanastro de Ramírez, con el que vivía, que rara vez usaba el coche y que siempre dejaba las llaves en el mueble de la entrada. También encontraron cabellos de David en el maletero del Opel Astra.

Al revisar el portátil de Ramírez encontraron una carpeta con fotos de las víctimas, las mismas fotos del pendrive que habían encontrado en casa de David. También encontraron la información recopilada por el virus espía instalado en los teléfonos de las víctimas, tenía recogida y catalogada toda la actividad realizada en sus teléfonos en las semanas previas a cada ataque, incluyendo el registro de movimientos basados en el GPS, mensajes, conversaciones de whatsapp, y publicaciones en facebook y otras redes sociales. También me había estado vigilando a mí y había espiado la actividad de mi teléfono, recopilando información sobre mi día a día y prestando especial atención a los lugares que frecuentaba, desde bares habituales y casas de amigos, hasta la dirección del fisio y de mis clases de alemán. Ese tío me había estado estudiando en profundidad, lo que daba muy mal rollo, pero me vendría muy bien de cara al juicio para demostrar que me había estado acosando porque quería matarme.

Pasaron varios días hasta que encontraron a David. Localizaron su cuerpo en el sótano de un edificio abandonado no muy lejos de su domicilio, un lugar sin aparente relación con Ramírez, aunque obviamente aquello había sido obra suya. Confirmar que David estaba muerto fue el trago más amargo. Había albergado una pequeña esperanza de que le encontraran vivo, de que a lo mejor Ramírez no le hubiera matado, aunque sólo fuera por las prisas y por falta de tiempo, pero no fue así.

La investigación policial fue confirmando lo que yo ya sabía, que ese cabrón era el asesino que habíamos estado buscando. Y la confesión que había grabado con mi móvil pasó a tener más peso, ya nadie podía considerarla una sarta de mentiras contadas bajo coacción, se trataba de una confesión real que confirmaba todas las demás pruebas.

Todo aquel caso se convirtió en el caso estrella del momento para la prensa y llenó los telediarios y programas de tertulias. Zaragoza, que nunca salía en las noticias salvo que hiciera mucho viento y se cayera algún árbol,

se convirtió en el centro de atención de todo el país.

Respecto a lo que pasó en el garaje, inicialmente la prensa sólo había informado de un policía muerto en un tiroteo. Como se había ordenado el secreto de sumario para mi caso, la verdad tardó en salir a relucir. Pero el secreto de sumario no dura para siempre, y la gente habla, sobre todo de un caso tan jugoso como aquel. Y a cuentagotas empezó a saberse todo.

Pronto se supo que el agente de policía fallecido no había muerto en acto de servicio, y que la policía lo consideraba sospechoso de los crímenes del llamado Estrangulador del Campus. Cuando se descubrieron pruebas inculpatórias en su casa, entre ellas las fotografías de las víctimas, se filtró a la prensa y Ramírez se confirmó como el Estrangulador del Campus ante todo el país. La prensa se pasó días hablando de él, destacando el hecho de que fuera policía. Se hablaba de cómo se había valido de sus conocimientos en criminalística y técnicas de investigación policial para evitar ser descubierto durante tantos meses.

Tampoco tardó mucho en vincularse el caso de Violeta con los otros crímenes. Se la identificó como la primera víctima, a la que Ramírez había conocido de joven, y cuyo asesinato había buscado recrear con sus siguientes víctimas, todas ellas parecidas físicamente a Violeta. También se habló mucho de cómo ese tío las había acechado, espiando sus teléfonos durante semanas antes de atacarlas de madrugada cuando volvían a casa de fiesta. Y la prensa se recreó en hablar de las víctimas, y en describirlas como buenas chicas, felices, queridas por familiares y amigos... Y siempre haciendo hincapié en que sus vidas habían terminado demasiado pronto y que sus futuros se habían visto truncados de forma trágica.

A mí esa forma de hablar de las víctimas y de sus asesinatos me ponía enfermo, no porque no fuera verdad que sus vidas hubieran terminado demasiado pronto, que obviamente era cierto, sino por el rollo lacrimógeno, cuando no morboso, que utilizaba la prensa.

Un día haciendo zapping mientras desayunaba encontré a Jaime en una tertulia de Telecinco. Salía hablando de su hermano Juan, lo describía como un buen chico al que todos querían. Contaba que Juan había estado profundamente enamorado de Violeta, y que había sido acusado injustamente, siendo considerado durante todos aquellos años un asesino en vez de una víctima porque la policía no había investigado su muerte cómo debía. Se me atragantaron los cereales cuando le oí defender que él nunca había creído en la culpabilidad de su hermano y que sabía que Juan jamás

habría hecho daño a Violeta. Cuando le preguntaron por Ramírez, confirmó que le había conocido hacía años, y explicó que ya entonces Ramírez era un chico raro, y que siempre había creído que le tenía envidia a su hermano Juan porque estaba obsesionado con Violeta. Eso dijo en la televisión nacional, y se quedó tan a gusto, él que ni se acordaba del nombre de Ramírez cuando le habíamos preguntado.

También vi varias veces en la tele a Luis, el hermano de Inés, y a su lado siempre salía su novia, y era ella la que llevaba la voz cantante en las entrevistas. Ella que me había dicho que dejara las cosas tranquilas y que no “removiera la mierda”. Siempre hablaban de lo buena chica que era Inés y de cuánto les había afectado su pérdida. Un día oí a uno de los periodistas preguntarles cómo se sentían al saber que el presunto asesino de Inés estaba muerto, y en vez de cambiar de canal me esperé a oír su respuesta. Contestó la novia por parte de los dos, para variar, y dijo que estaban contentos de que el culpable ya no pudiera hacer daño a nadie más, pero que hubieran preferido verle condenado por un juez y encerrado en la cárcel. No sé si lo dijo porque lo pensaba o porque quedaba bien decirlo. Creo que de ser el hermano de una víctima, o incluso la novia del hermano de una víctima, preferiría al asesino muerto que no en la cárcel por máximo cuarenta años, más probablemente veinte o treinta.

Y como ellos, tantos otros salieron en la tele hablando de cualquier cosa que se les ocurriera sobre las víctimas o sobre Ramírez, por poco que les hubieran conocido y por poco que supieran de ellos, chupando cámara y disfrutando de sus cinco minutos de gloria. Y no faltaron los expertos tampoco, defendiendo una postura u otra sobre los asesinatos y sobre aquel psicópata, algunos hasta tenían algún título o formación que les cualificase de expertos, pero la mayoría hablaba por hablar sin tener ni puñetera idea.

Se montó un circo, vaya, si es que somos un país de pandereta. Obviamente yo no me libraba de aquel circo, yo estaba en el puto centro de ese circo. Se terminó sabiendo lo que había pasado en el garaje, más cuando el juez levantó el secreto de sumario. La prensa informó de que el asesino había acudido a aquel garaje siguiendo a un testigo del caso, presuntamente con la intención de matarlo, y que tras un forcejeo el testigo le había quitado su arma y le había disparado con ella. Y mi nombre salió en la prensa, al fin y al cabo estaba imputado y a la espera de juicio, y los periodistas no tardaron en venir a acosarme para intentar entrevistarme y conocer mi versión de lo ocurrido y mi relación con el caso. Como interés en hacerme famoso e ir de

tertulias no tenía, me mantuve al margen. Cuando los periodistas me contactaban les decía que no tenía nada que declarar y que contactaran con mis abogados.

Digo abogados, porque el abogado principal del despacho de Lorena se involucró personalmente en mi caso, no el pijo repeinado gilipollas, sino un viejete que llevaba mil años trabajando en casos penales. Mi caso era un caso importante que generaría mucha publicidad, así que por lo que me contó Lorena, todos en el despacho querían trabajar en él. A mí me parecía bien que participara más gente, pero exigí que el caso siguiera siendo de Lorena, se lo debía después de todo lo que había hecho. También exigí que el pijo repeinado gilipollas no participara en nada.

Así que mis abogados hablaban con la prensa en mi nombre, explicando que el caso estaba pendiente de juicio y que confiaban en que yo fuera exonerado ya que yo sólo me había defendido de un peligroso asesino. Tal y cómo describían mi actuación, venían a decir que yo era una víctima que al defenderse y matar a ese asesino le había hecho un gran favor al mundo.

Lorena me había avisado de que el caso tendría repercusión mediática, y que el apoyo popular sería masivo, y me había asegurado que todo eso jugaría en mi favor. La gente iba a estar de mi parte, y también lo estaría el jurado durante el juicio, al fin y al cabo me había cargado a un asesino en serie. Todos simpatizarían conmigo y nadie querría verme en la cárcel, yo era el protagonista de una historia que había acabado bien.

No hablé con la prensa, pero obviamente tuve que dar explicaciones a amigos y familia. Tuve que contar mi versión de lo ocurrido tantas veces que hacerlo pasó a ser algo automático, un discurso ensayado que recitaba sin pensar, como una canción que canturreas sin darte ni cuenta cuando suena la música. Contaba una versión corta y simplificada, claro, que me dejaba en buen lugar. De primeras se la tuve que contar a mis padres, a ellos se la conté el mismo día de la vista de instrucción, aunque fue una versión edulcorada para que a mi madre no le diera un síncope al oírla. También tuve que contárselo a los colegas, que de primeras no me creyeron, se pensaron que me estaba quedando con ellos aprovechando que el tío de las noticias se llamaba igual que yo... hay que joderse. Cuando ya aceptaron que sí, que era yo, me escucharon y acribillaron a preguntas, y yo aproveché para recrearme en mis mejores momentos, como cuando había engañado a ese cabrón llamándome por teléfono o cuando le había fumigado con el extintor.

También se lo conté a Ana, claro. Al día siguiente de la vista de

instrucción volvió a Zaragoza. No creo que se enterara por las noticias, porque ahí aún se hablaba sólo de un agente de policía fallecido, todavía no se le había relacionado con el Estrangulador del Campus, así que más bien creo que Lorena se lo contó. Ana se plantó en mi casa tan pronto estuvo de vuelta y yo le conté lo que había pasado, a Ana le di la versión más completa y fiel a la verdad.

Sin embargo, en todas mis versiones la parte final era idéntica, ese cabrón se echó sobre mí para atacarme y le disparé. Me defendí. Desde el momento en que había ocurrido y yo era el único que sabía la verdad, esa había pasado a ser la verdad. La única verdad.

Y todo el mundo me creía, ¿y por qué no iban a hacerlo? Bueno, todo el mundo menos tal vez Ana, porque cuando se despidió al salir de mi casa me abrazó con fuerza y me dijo gracias al oído. Y fue un abrazo intenso, y un gracias muy sentido, un gracias que le salía de dentro, más sincero que ningún otro que me hayan dicho nunca.

Pero desde luego, el resto de la gente me creyó. Tal vez todo el mundo quería creerme. Ese tío había venido a matarme y cuando me había atacado yo me había defendido y lo había matado, tan simple y sencillo como eso. Y a lo mejor tendría que pagar las consecuencias de lo que había hecho, en el juicio se vería, pero no me arrepentía de nada. Al final ese tío estaba muerto y nunca haría daño a nadie más, nunca más vería a nadie transparentando por su culpa, y eso era lo único que realmente importaba.

Epílogo. Naranja con semillas negras dentro

4 meses más tarde

Mientras esperaba a embarcar me puse a mirar el móvil. Raúl me había escrito un whatsapp.

—“¡Bruce Willis, si transparentan todos los de la fila no te subas al avión!”

Sonreí, pero por si acaso miré a los que esperábamos frente a la puerta de embarque. No transparentábamos ninguno, así que ya me iba a subir al avión un poco más tranquilo. Seguí releyendo conversaciones de whatsapp.

—“Los alemanes se nos llevan lo mejor” —me había escrito Ana —“Buen viaje mañana” —después había añadido un montón de emoticones lanzando besos con corazones.

Leí de nuevo la conversación con Escudero, un antiguo compañero de facultad que vivía en Colonia. Volví a leer las indicaciones sobre el tren del aeropuerto y los tranvías para llegar a su casa. Me quedaría con él mientras buscaba una habitación en un piso compartido. Era una suerte contar con alguien ya allí que hiciera más fácil la transición, y ya de paso me ahorrarse tener que quedarme en un hostel.

Hacía cosa de dos meses me había contactado una empresa alemana en Colonia, a través de una candidatura espontánea que había echado unas semanas antes. Al parecer las candidaturas espontáneas sí sirven de algo en Alemania, a veces. Tras pasar dos rondas de entrevistas con test de inglés incluido, dinámica de grupo y toda la pesca, me habían ofrecido un puesto. Empezaba en una semana. Así que ahí estaba, esperando para embarcar en el aeropuerto de Barcelona, encaminándome a una ciudad que no conocía para empezar un trabajo nuevo en un país cuyo idioma no hablaba. Como era una empresa internacional, el inglés les bastaba para el trabajo, pero ofrecían clases de alemán a los recién llegados. Me iban a hacer falta, porque con mis clases de alemán hasta el momento no había aprendido más que lo muy básico: presentarme, los números... y pedir una cerveza en un bar, que es útil, sí, pero no es suficiente.

Tendría que esperar algo más de dos años para mi juicio, pero por ahora podía volver a tener una vida normal y olvidarme de todo lo ocurrido, al menos temporalmente. Ya me tocaría volver preocuparme por todo aquello en el juicio. Lorena se mostraba optimista, y su jefe también, casi lo pintaban

como un trámite burocrático. Yo no estaba tan tranquilo, la verdad, pero no me importaba, seguía estando bien.

Volví la vista hacia la puerta de embarque. Una azafata acababa de llegar por allí, pero la pantalla sobre la puerta aún no anunciaba el embarque.

Volví a bajar la vista al iPhone y abrí la conversación de whatsapp con Lorena.

—“Seguro que te va a ir genial por tierras alemanas. Buen viaje y un besazo enorme” —y un emoticón lanzando un beso con corazón.

Pensé en la diferencia entre los muchos emoticones de beso con corazón de Ana y el único emoticón de beso con corazón de Lorena. A veces muchos no es más que uno.

Lorena y yo nos habíamos seguido viendo en el último par de meses, una o dos veces por semana, puede que tres... Nada serio. Al principio sólo pasaba por su casa de vez en cuando, hasta que empezamos a ir al cine, o a cenar... y a lo que me di cuenta intercambiábamos whatsapps cada día. No habíamos vuelto juntos, pero casi. O a lo mejor sí que habíamos vuelto... Bueno, no sé, no oficialmente al menos. No quedábamos en grupo con nuestros amigos, claro que mis amigos sabían que la veía, y sobre todo Ana no dejaba escapar ninguna oportunidad de recordarme que ya me había avisado de que acabaría volviendo con ella por tonto...

En fin, poco importaba porque aquello se acababa ahora que me iba a Alemania. En el último par de semanas, con los preparativos de la mudanza, nos habíamos visto menos; y cuando nos veíamos era diferente, porque los dos sabíamos que yo me iba y que todo iba a cambiar... Los dos teníamos claro que una relación tan indefinida como la nuestra no tenía futuro a distancia, más aún dado lo mal comunicada que está Zaragoza con Colonia. Al menos yo lo tenía claro... Seguro que Lorena también. Tal vez de haberme quedado en Zaragoza habríamos vuelto juntos, de haber seguido por el camino que llevábamos, pero yo me iba, así que... Supongo que hablaríamos bastante al inicio y luego la cosa se iría enfriando. Es verdad que yo volvería a casa algún puente y en Navidades, y Lorena seguía siendo mi abogada así que hablaríamos bastante antes del juicio, no era como que no fuéramos a volver a vernos... pero sería diferente. No estábamos juntos de verdad, así que no era una ruptura de verdad, pero supongo que era algo parecido...

Me metí en google y busqué cómo es una papaya, es una fruta naranja con semillas negras dentro. Viendo la foto me resultaba familiar, pero estaba

seguro de no haberla probado en mi vida. Para mí seguía siendo un olor de champú, del champú de Lorena.

La gente a mi alrededor empezó a levantarse. Miré la pantalla del mostrador, ahora sí que abrían el embarque. Me levanté y me puse en la fila.